

ALEXANDRA BRACKEN

La nueva
novela de la
saga **Mentes
Poderosas**

MENTES PODEROSAS 4

EL LEGADO MÁS OSCURO

RBA

Título original: *The Darkest Legacy*

© Alexandra Bracken, 2018.

© de la traducción: Montse Triviño, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO346

ISBN: 9788427215955

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Tres años antes

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Tres años antes

37

38

39

40

41

42

43

44

Agradecimientos

Notas

PARA ANNA JARZAB, LA PRIMERA EN ENAMORARSE DE ESTOS PERSONAJES Y DE SU OSCURO
MUNDO.
GRACIAS POR TODO.

La sangre no se iba.

Me corría por las manos, intensamente roja, y formaba riachuelos entre los rasguños de las muñecas y las costras de los nudillos. El agua que salía del grifo, tan caliente que empañaba el espejo, tendría que haber diluido la sangre hasta volverla de un tono rosado claro y luego transparente. Pero... no dejaba de brotar. Las manchas secas de la piel se volvían claras otra vez, pasaban de un marrón oxidado a un escalofriante tono carmesí. Sinuosos hilillos rojos descendían por el lavabo, hacia un desagüe que trataba desesperadamente de engullirlo todo.

La oscuridad de aquella estrecha habitación me acechaba, se acumulaba en los ángulos de mi visión. Fijé la mirada en los restos de sangre seca que se habían quedado pegados a la porcelana, como hojas de té sueltas.

«Date prisa —me ordené a mí misma—. Tienes que hacer la llamada. Tienes que conseguir el teléfono».

Se me doblaron las rodillas y el mundo se ladeó bruscamente. A punto de caer, me apoyé a medias en el lavabo y me aferré al suave borde con ambas manos. La masilla que lo fijaba a la pared se desmenuzó debido al peso añadido de mi cuerpo y crujió a modo de protesta.

«Date prisa, date prisa, date...».

Uno tras otro, tiré de los puntos en los que la sangre reseca me había pegado la blusa a la piel, mientras trataba de no atragantarme con el vómito que pugnaba por escapar.

Dentro de las paredes, las tuberías se estremecieron. El ruido metálico se volvió más rápido, más intenso, hasta que un estallido final hizo vibrar el lavabo entero.

«¡Mierda!».

Tanteé la superficie, en busca de algo que me permitiera

recoger la poca agua caliente que quedaba.

—No, no, no... vamos...

Los contadores, los malditos contadores que controlaban el suministro de agua corriente en cada habitación, para que no se desperdiciara ni una sola gota. Lo necesitaba. Solo por esta vez, necesitaba que se saltaran las normas por mí. La sangre... la notaba en la lengua y en los dientes, se me acumulaba en la garganta. Cada vez que tragaba saliva, notaba aquel regusto metálico con más fuerza. Tenía que lavarme...

Tras un último gemido de las tuberías, el chorro del grifo se convirtió en un fino hilillo. Cogí la toalla del motel, acartonada después de tantos lavados con lejía, y la coloqué bajo el grifo para que absorbiera la poca agua que aún salía.

Apreté la dolorida mandíbula y me incliné hacia delante con gesto vacilante, apoyando la cadera en el lavabo. Tras limpiar una parte de la condensación del espejo, usé la toalla húmeda para mojarme el labio inferior, que estaba partido e hinchado.

Los restos de sangre y suciedad que se me habían acumulado bajo las uñas me causaban dolor a la menor presión. Fijé la mirada en aquellas medias lunas de color rojo oscuro que asomaban entre el esmalte descascarillado de las uñas. No podía apartar la mirada.

Por lo menos, hasta que un mechón de pelo aterrizó con un ruido seco en el lavabo aún húmedo.

El fluorescente barato parpadeó y emitió un destello peligrosamente intenso. Aumentó todavía más el feroz zumbido de la electricidad estática que notaba atrapada en el cerebro. No entendía qué era lo que estaba viendo. Aquel trozo pequeño y desgarrado de piel. La forma en que los cabellos se enroscaban sobre la porcelana mojada.

No era un mechón de pelo largo y oscuro.

Era rubio. Y corto.

«No es mío».

Abrí la boca, pero el gemido, el grito... se me quedó atrapado dentro. Me tembló todo el cuerpo mientras abría y cerraba desesperadamente los grifos, tratando de eliminar la prueba, la violencia.

—Oh, Dios... Oh, Dios...

Arrojé la toalla mojada al lavabo vacío, me volví hacia el váter y me dejé caer de rodillas. Me subían arcadas desde el estómago, pero no salía nada. Llevaba días sin comer.

Doblé las piernas bajo el cuerpo, sobre el frío suelo de baldosas, y me obligué a pasarme las temblorosas manos por el pelo para arrancar los nudos pegajosos.

No funcionaba... Necesitaba... Me levanté como pude del suelo y cogí la toalla que había abandonado en el lavabo. Me restregué el pelo con ella y el cuarto de baño empezó a dar vueltas a mi alrededor.

Cerré los ojos, pero solo vi otro lugar, otra arrolladora ola de luz y calor. Extendí una mano, me aferré al toallero vacío y lo utilicé como última tabla de salvación.

Al tocar el frío metal, una brusca descarga de electricidad estática me recorrió el brazo y me erizó el vello. Cuando me llegó a la nuca, un escalofrío de energía me atenazaba ya la base del cráneo. Vi parpadear de nuevo la luz de cuarto de baño, pese a tener los ojos cerrados, y supe que debía soltar el toallero.

Pero no lo hice.

Tiré de aquel hilo plateado en mi mente, lo obligué a recorrer mis nervios y los miles de senderos luminosos y centelleantes de mi cuerpo. El calor, blanco y azul como el interior de una llama, abrasó los oscuros pensamientos de mi mente. Me aferré a la sensación de familiaridad que se abría paso dentro de mí como un relámpago imparable. Dentro de los muros, los cables emitieron un zumbido, satisfechos.

«Puedo controlarlo», pensé. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido, no había sido yo.

El olor a pladur carbonizado me obligó, finalmente, a soltar la barra del toallero. Apoyé la mano en las marcas chamuscadas que habían aparecido en el deprimente papel de estampado floral, envié la energía lejos de los cables y enfríe el aislamiento antes de que empezara a arder. El murmullo monótono de la televisión se interrumpió, solo para regresar un segundo más tarde.

«Puedo controlarlo». En aquel momento, no me había asustado, ni siquiera me había enfadado. No había perdido el control.

No había sido culpa mía.

—¿Suzume?

Hacía pocos días que conocía a Roman y, durante ese tiempo, su voz tranquila y serena solo había cambiado en unas pocas ocasiones. De rabia, de preocupación, de advertencia. En ese momento, sin embargo, detecté un tono hasta entonces desconocido. Casi como si hubiera permitido, por una vez, que su miedo se trasladara a mi nombre.

—Tienes que venir a ver esto —dijo—. Ahora.

Me quité la blusa destrozada y la tiré al cubo de la basura. Luego me limpié la cara una vez más con la toalla empapada, para después arrojarla también a la basura.

La camiseta de tirantes que llevaba no estaba tan desgarrada ni sucia como la blusa, pero no servía de mucho para protegerme del frío húmedo que escupía el aparato de aire acondicionado instalado en la ventana de la habitación. Caminé cojeando sobre mis tacones rotos, consciente de que el desgarrón en la costura trasera de mi falda se hacía cada vez más grande a cada paso que daba. No habíamos tenido tiempo de deshacernos de la ropa ni de encontrar algo más adecuado para viajar. En cierto modo, tenía lógica que mi aspecto fuera tan deplorable como mi estado de ánimo.

—¿Qué pasa? —pregunté con voz ronca.

Roman estaba justo delante de la tele y el pelo castaño le caía sobre la frente. Había adoptado su postura habitual: el puño apretado, los nudillos apoyados en la boca, las cejas juntas en un gesto pensativo. Verlo allí, trabajando meticulosamente en algún plan, me resultó tranquilizador. Por lo menos, algo estable en mitad de aquel caos.

No respondió. Ni tampoco Priyanka, que estaba sentada en la cama con la mirada fija en la pantalla de la tele. Le había quitado la funda a una almohada y la estaba usando para detener la hemorragia del corte que tenía justo encima del ojo izquierdo. Las mangas de su vestido amarillo de seda estaban hechas jirones; el delicado tejido estaba empapado de sangre, sudor y algo más que sin duda era gasolina. El tatuaje en forma de estrella que llevaba en la muñeca destacaba sobre su piel dorada. Sin apartar la mirada de la pantalla parpadeante de la tele, usaba la mano libre para recargar la pistola que había robado.

—Es... mira —dijo Roman con voz tensa al tiempo que señalaba la pantalla con la barbilla.

La presentadora era una mujer blanca de mediana edad. Llevaba un alegre vestido de color rosa que contrastaba con su expresión adusta y preocupada.

—Los investigadores —decía— están peinando el lugar de los hechos y continúa la búsqueda de la psi responsable de la muerte de siete personas. La identificación de las víctimas mortales está resultando muy complicada...

«Las víctimas mortales».

La electricidad estática había regresado y me zumbaba en los oídos. Por el rabillo del ojo vi a Roman volverse para observar mi reacción: su mirada, de un azul gélido, no vaciló en ningún momento, ni siquiera cuando la pantalla empezó a encenderse y apagarse, siguiendo el ritmo de mi corazón desbocado.

Mi propio rostro me devolvió la mirada.

No... No. No podía ser. Las palabras que aparecían en la parte inferior de la

pantalla, el ángulo de la secuencia de imágenes que reproducían una y otra vez... No podía ser.

«La muerte de siete personas».

—Necesito el teléfono —conseguí decir atragantándome.

«He sido yo».

—¿De qué teléfono hablas? —preguntó Priyanka—. El que te llevaste está muerto...

No tenía tiempo para tonterías.

—El que tú encontraste en el despacho del director, cosa que casualmente se te olvidó comentarnos. —Abrió la boca, dispuesta a protestar, pero la interrumpí antes de que pudiera decir nada—. Noto la carga de la batería en el bolsillo de tu chaqueta.

«Muertos». Todas esas personas...

Roman se volvió y se dirigió hacia el lugar en el que la otra adolescente había dejado su destrozada chaqueta vaquera, sobre el escritorio.

«No. Puedo controlarlo. No he sido yo. No he sido yo».

Apreté los puños. En el exterior del motel, las líneas eléctricas me respondieron con un zumbido, como si quisieran darme la razón.

Yo no había matado a esas personas. Tenía que hablar con alguien que me creyera, que estuviera dispuesto a defenderme. Si tenía que arrebatarme el teléfono a la fuerza a Priyanka, lo haría.

—Venga ya —dijo Priyanka dirigiéndose a Roman—. Esto es absurdo. Sabes que puedo cerrar...

—Ni se te ocurra —le respondió Roman con brusquedad antes de pasarme el viejo teléfono tipo concha y dedicarme una larga mirada—. Dime que vas a llamar a alguien en quien confías ciegamente.

Asentí. No albergaba ni una sola duda en mi mente.

Sin el apoyo de la lista de contactos de mi móvil, solo me sabía tres números de memoria. También sabía que solo en uno de esos números

obtendría respuesta al primer timbrado. Me temblaban tanto las manos que tuve que marcar el número dos veces, entrecerrando los ojos para ver bien la pequeña pantalla en blanco y negro, antes de pulsar el botón de LLAMADA.

Roman le lanzó una gélida mirada a Priyanka y ella correspondió con otra abrasadora. Sentí la necesidad de darles la espalda: no soportaba su incertidumbre, ni quería que ellos percibieran la mía.

El teléfono solo sonó una vez antes de que alguien descolgara.

—Hola, soy Charles... —dijo una voz agitada.

Las palabras me salieron a borbotones.

—No es verdad... lo que están diciendo. ¡No ha sido así! Las imágenes hacen que parezca...

—¿Suzume? —me interrumpió Chubs—. ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

—¡Lo sabía! —exclamó Priyanka al tiempo que hacia la señal de «Corten» con las manos—. ¿Has llamado a uno de tus amiguitos del Gobierno? ¿Es que te han lavado el cerebro o qué? ¡Localizarán la llamada!

—Lo sé —le respondí en tono cortante.

Era un riesgo real, pero seguro que Chubs tenía algún plan. Sabría con quién debía hablar yo. Lo sabía todo y ahora, además, conocía a todo el mundo. Me lo imaginé claramente en su oficina de Washington D.C., flanqueado por un enorme ventanal y una espléndida vista del recién terminado Capitolio.

Pero también vi otras cosas. Las cámaras instaladas en el techo, que controlaban hasta el último de sus movimientos. El dispositivo localizador que lucía en la muñeca, como si fuera un reloj. El personal de seguridad apostado junto a su puerta.

Todos aquellos años diciendo «Sí, vale, de acuerdo» se aceleraron y me atraparon de golpe. Me costaba respirar, era demasiada la presión de aquel

descubrimiento: la certeza de lo rápido que cada acuerdo, por pequeño que fuera, había desembocado en aquel momento.

—Tienes que calmarte y prestar atención a lo que estoy diciendo —me soltó con brusquedad—. ¿Dónde estás? ¿Es un lugar seguro? ¿Un escondite?

Una desagradable sensación se instaló en lo más profundo de mi mente, arraigó allí y me provocó un escalofrío en la espalda. Las palabras me brotaron de repente y, por mucho que yo intentara detenerlas, frenarlas y modelarlas, me salieron sin sentido.

—Di a todo el mundo que no he sido yo. Lo intentó... Aquellos hombres me atraparon antes de que pudiera huir... No sé cómo... Fue un accidente... Legítima defensa.

Pero recordé la voz de Roman, el tono dulce que había usado para hablar en la oscuridad del camión: «Para nosotros, no existe eso que llaman legítima defensa».

Y, de repente, esa verdad cristalizó a mi alrededor.

Legalmente, no podía reclamar nada. Eso lo sabía. Una parte de mí había percibido el peligro en la nueva orden cuando el Gobierno la había emitido, el año anterior, pero me había parecido todo tan abstracto, tan... razonable.

Los psi podían aprovechar sus aptitudes como si fueran armas, sacando su lado letal. En cualquier situación, el equilibrio de poder entre los psi y los que no lo eran sería desigual. El Gobierno había promulgado leyes para impedir que nos convirtiéramos en objetivos o en víctimas de persecución. Nos beneficiábamos de una protección especial. Lógicamente, era justo que los demás también se beneficiaran de protección legal. Yo misma lo había presenciado en muchas ocasiones. No todos los psi tenían buenas intenciones y, desde luego, nunca escaseaba la rabia por la forma en que se nos había tratado en el pasado.

Nos movíamos todos los días en esa frontera inestable entre el civismo y la cooperación con el gobierno provisional. La única posibilidad era trabajar

juntos, porque la otra opción no era en realidad una opción. No podíamos permitir que las cosas se precipitaran de nuevo hacia el caos. Eso obligaría definitivamente al Gobierno a actuar y la cura ya no sería una elección, sino la única forma de reclamar nuestro futuro. Y ese era, precisamente, el indicador de que las cosas habían ido demasiado lejos..., esa era la línea en la que todos nos habíamos puesto de acuerdo, años atrás.

El pulso me latía desbocado de nuevo y el sudor me chorreaba otra vez por la nuca.

Chubs habló con mucha tranquilidad y su orden sonó muy clara:

—Tienes que conducir hasta la comisaría de policía o punto de control más cercanos y entregarte. Deja que te esposen, para que se convenzan de que no les vas a hacer daño. Lo único que quiero es que estés a salvo. ¿Lo entiendes?

Me costó un gran esfuerzo pronunciar la palabra.

—¿Qué?

Se me encogió el cuerpo entero ante la idea de entregarme, de permitir que me esposaran y se me llevaran. No tenía sentido. Él ya sabía lo que era estar atrapado tras una valla de alambre de espino, a merced de guardias y soldados que nos odiaban tanto como nos temían. Me prometió —todos nos prometieron— que, pasara lo que pasara, nunca jamás tendríamos que vivir otra vez algo así.

El plástico se agrietó, a modo de protesta por la fuerza con que lo estaba sujetando. Traté de mantener la mirada enfocada en el cuadro de la pared, pero se volvía borroso una y otra vez.

«No dejaré que me cojan».

—La situación es grave —dijo eligiendo las palabras con mucho cuidado—. Es muy importante que escuches con mucha atención lo que te estoy diciendo...

—¡No! —exclamé. La garganta me dolía mientras pronunciaba las

palabras—: ¿Se puede saber qué coño te pasa? Quiero hablar con Vi... ¿dónde está? Dile que se ponga al teléfono... ¡O llámala tú, me da igual!

—Está en una misión —dijo Chubs—. Tienes dos opciones, Suzume: quedarte donde estás y decirme dónde te encuentras, o buscar el camino para llegar a algún lugar seguro en el que puedas entregarte.

Apoyé la mano en los ojos y la noté gélida. Respiré con dificultad.

—¿Me has entendido? —dijo Chubs en el mismo tono comedido que utilizaba cada vez que le pedían que hablara en una sesión del Consejo.

Así eran nuestras vidas ahora, ¿no? Constantes. Estables. Sumisas. No se nos permitía enfadarnos, ni amenazar, ni siquiera ser concebidos como una amenaza.

Por primera vez en mi vida, en todos los años desde que lo conocía y amaba, odié a Charles Meriwether.

Pero un segundo más tarde, entre el zumbido de la rabia que se había apoderado de mi mente, escuché lo que quería decir.

«Un escondite».

«Busca el camino para llegar».

«Lugar seguro».

«¿Me has entendido?».

Roman me rozó el hombro con los dedos y noté una pequeña descarga de electricidad estática. Me volví a mirarlo y él me lanzó una mirada de disculpa mientras señalaba el teléfono. Tras él, Priyanka ni siquiera se molestó en disimular un gruñido de frustración.

—Vale —dije—. De acuerdo. Entendido.

Tenía razón. No sé por qué no se me había ocurrido hasta entonces. No estaba muy lejos del lugar que Chubs me había insinuado. Si podía esquivar las cámaras y los drones que vigilaban las carreteras, solo tardaría medio día en llegar hasta allí. Puede que menos.

«¿Te reunirás conmigo?». Las palabras se me fueron escurriendo en la

mente, cada una más débil que la anterior. «¿De verdad te importo?».

Antes de que alguno de los dos pudiera añadir algo, pulsé la tecla COLGAR.

Priyanka estiró sus largas piernas y prácticamente saltó de la cama para arrebatarme el teléfono de las manos. Lo hizo añicos y le quitó la batería y la tarjeta SIM mientras murmuraba:

—Usar mi último teléfono para llamar al puto Gobierno. Lo que tú necesitas no es ayuda, lo que necesitas es que te reprogramen de cero. O mejor, que te «desprogramen».

—¿Quién era? —preguntó Roman con una mirada penetrante—. ¿En qué estás «de acuerdo»?

Los últimos días habían estado a punto de acabar conmigo de mil modos distintos. Pero si algo sabía hacer, era reprimir el miedo el tiempo necesario para seguir sobreviviendo.

En la oscuridad, solo es necesario ver hasta dónde alcanzan los faros. Mientras se pueda seguir adelante, es suficiente.

—Necesito un coche —les dije muy tranquila.

Me dirigí hacia las ventanas del motel y aparté la cortina para analizar nuestras opciones. No podía utilizar el mismo que habíamos robado antes. De todas formas, el motor de la camioneta estaba en las últimas y seguro que ya casi no le quedaba gasolina. Imposible que pudiera llevarme hasta donde yo quería ir.

Pero robar un coche del aparcamiento, o de por allí cerca... No soportaba sentir de nuevo esa desesperación. Puede que me hubieran etiquetado como una asesina, sí, pero eso no me autorizaba a cometer un delito de verdad.

—¿«Tú» necesitas un coche? —preguntó Priyanka arqueando una ceja—. ¿O «nosotros» necesitamos un coche?

Me volví de nuevo hacia ellos, mientras apoyaba una mano en mi clavícula. Repasé con los dedos el borde irregular de la nueva costra que se me había formado allí. Tal vez ese fuera el motivo de que no me hubiera

permitido a mí misma considerar todas las opciones de las que disponía y que no hubiera ido directamente hacia allí: desde el momento en que todo había explotado, no había pasado ni un solo segundo alejada de ellos dos. Aquel lugar era secreto por algo, incluso para muchos psi.

—Vosotros no estáis implicados —les dije—. No os han visto la cara, ni saben vuestro nombre.

—Ya, pero... ¿hasta cuándo?

Priyanka me sacaba bastantes centímetros y, en parte, yo envidiaba la confianza y el carácter que al parecer le confería su estatura, incluso cuando dejaba a un lado su escandalosa voz y hablaba en un tono más parecido a un susurro. Incluso cuando parecía que le había pasado un camión por encima.

Lo cual...

Hice una mueca. Lo cual era básicamente cierto.

—Esa gente... quienes sean los que lo han hecho... está claro que saben lo que hacen. Necesitas nuestra ayuda.

Priyanka hizo un gesto en dirección a la tele, y con una sola mirada sobrecargué los circuitos e inundé de electricidad el aparato. Las sangrientas imágenes desaparecieron tras un inquietante chasquido.

—Sí, vale, eso ha sido muy espectacular, pero es una lástima desperdiciar una tele en perfecto estado que podríamos haber cambiado por dinero para gasolina. En fin, tú sabrás —dijo Priyanka—. El problema es que no creo haber escuchado ningún argumento en contra.

El problema era que ella pensara que teníamos que discutirlo todo.

—No me pasará nada —insistí—. Sois libres de largaros cuando os dé la puta gana.

Roman frunció el ceño. Levantó una mano en mi dirección, pero volvió a dejarla caer antes de tocarme el hombro.

—Piénsalo bien. Aunque solo sea desde la perspectiva de la lógica. No nos conoces bien, es posible que no te fíes de nosotros y es normal...

—No es normal —dijo Priyanka—. Somos fantásticos y no hemos intentado matarte ni una sola vez. ¿Qué más quieres de nosotros?

«La verdad», pensé, enfadada. No podía seguir por mucho tiempo con aquella farsa de creérmelos.

—...pero sé que tú también te has dado cuenta. Priya y yo huimos contigo. Pase lo que pase, todo el mundo dará por sentado que estamos juntos, al menos inicialmente, porque un grupo es más seguro.

«No voy a poder librarme de ellos», pensé tratando de sobreponerme a las náuseas que esa idea me había provocado. «A no ser que me enfrente a ellos y huya». Querían ayudarme, sí, pero solo porque a cambio esperaban algo de mí. Fuera cual fuera su objetivo final, me habían puesto una correa. Y cada vez que trataba de quitármela, mi ventaja se reducía.

—¿Y no es ese un buen motivo para dispersarse? —repliqué—. ¿Para confundirlos y obligarlos a dividirse también ellos?

—Puede que tengas razón —dijo Roman—. Pero permanecer juntos tiene sus ventajas, por lo menos hasta que averigüemos qué ha ocurrido realmente. Dos pares de ojos más para vigilar. Dos pares de manos más para buscar comida.

—Dos bocas más que alimentar —proseguí—. Dos oportunidades más de que nos descubran.

—Como si tú supieras algo acerca de pasarlas canutas —dijo Priyanka, haciendo un gesto de impaciencia—. ¿Lo has aprendido en alguno de tus informes especiales? ¿Hiciste subir a algún crío al escenario durante alguno de tus discursitos para que contara su triste historia? ¿Soltaste unas cuantas lágrimas de cocodrilo delante de las cámaras para que todo el mundo se lo tragara?

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo, hasta el punto de empezar a dolerme. Apenas conseguí pronunciar las palabras.

—No necesito que nadie me dé lecciones sobre eso, ¿vale? Sé lo que se

siente al...

—No sabía que los robots del Gobierno estuvieran programados para tener sentimientos —me interrumpió.

Contuve una exclamación, mientras una rabia absoluta e inquebrantable se me iba acumulando en el centro del pecho. Era como un fuego que se alimentaba a sí mismo. Fue creciendo dentro de mí, hasta que pensé que podía expulsarlo por la boca y reducir el motel a cenizas más rápido de lo que lo haría cualquier rojo.

—Priya. —La voz de Roman era serena, pero igual que la hoja del cuchillo más afilado, no necesitaba fuerza ni rabia para conseguir que las palabras se clavaran—. Basta.

Priya desvió la mirada a un lado y la mueca burlona de sus labios desapareció.

Me volví para mirar hacia otra parte y dejé que la misma rabia y el mismo dolor se convirtieran en vapor. Dejé que abandonaran mi cuerpo en un largo suspiro.

—Tú no sabes absolutamente nada de mí —dije tratando de conservar la calma en la voz.

La chica también suspiró y se echó la larga melena por encima de los hombros. Le costó un poco, pero finalmente lo dijo.

—Perdona. Tienes razón.

Roman desvió la mirada de la una a la otra.

—Tenemos que zanjar el tema y largarnos. Si puede ser, en los próximos treinta segundos.

Expulsé el aire por la nariz, ruidosamente, tratando de estructurar una discusión. El problema era que no les faltaba razón. Cuando te intentan dar caza, es mejor beneficiarse de la protección de un grupo y contar con más ojos que vigilen, que enfrentarse en solitario a los peligros. Yo lo había aprendido por las malas.

Pero también había aprendido que a veces el peligro real son las personas que viajan contigo en el coche, y no todo lo que está fuera.

«No puedo llevarlos allí», pensé. «No puedo correr el riesgo».

Si continuaba oponiéndome, se darían cuenta de que estaba tramando algo y harían todo lo que estuviera en sus manos para impedir que me escabullera. Priyanka tenía la prueba que yo necesitaba para demostrar mi inocencia, y ella lo sabía. Mientras la mantuviera fuera de mi alcance, no me quedaba más remedio que seguir con ellos o arriesgarme a tener que probar mi palabra ante las pruebas que aportaban vídeos y testigos oculares.

Quería saber quién era el responsable de todo aquello. Y esa necesidad me quemaba como una carga feroz, me provocaba ampollas a medida que acumulaba cada vez más energía. Llevármelos al lugar seguro era un riesgo. Significaba poner en juego algo más que mi propia vida. Pero allí estaba ocurriendo algo, algo mucho más gordo de lo que yo podría haber imaginado. Así que no me quedaba más remedio que asumir el riesgo y tratar de controlarlo, si quería respuestas.

Y esa era otra de las cosas que me había visto obligada a aprender mucho tiempo atrás: el mundo nunca era tan sencillo como pretendía hacernos creer. Tras un exterior duro podía ocultarse un interior delicado, la familia elegida podía llegar a ser más importante que la familia de sangre... e incluso el más seguro de los lugares podía convertirse en una trampa.

—De acuerdo —les dije—. Necesitamos un coche. Pero conduzco yo.

Además, en el lugar al que nos dirigíamos vivía alguien que podía ocuparse de cualquier recuerdo no deseado que ellos pudieran fabricar... y garantizar que nunca recordara el camino de vuelta.

1

Tres días antes

Las ruedas no dejaban de girar sobre la carretera. No se detenían ni a poner gasolina, ni ante pancartas o señales.

Un rayo de sol se coló por mi ventanilla y borró las palabras que estaba intentando leer en la pantalla de mi móvil. El rugido sordo del motor y el olor renovado a gasolina reveló que poco a poco íbamos cogiendo velocidad. El rechinar de las ruedas sobre el asfalto no era suficiente para acallar las sirenas de la escolta policial, ni los cánticos de quienes agitaban pancartas a ambos lados de la carretera.

Me negaba a mirarlos. Los cristales tintados del coche los sumían en sombras, los convertían en una mancha borrosa en el ángulo de mi visión: los hombres de más edad con sus rifles, las mujeres que sostenían entre las manos pancartas con odiosos mensajes, los grupos de familias con megáfonos, los eslóganes tan ingeniosos como atroces.

Las luces de los coches de policía destellaban al ritmo de los cánticos.

«¡Dios!».

Rojo.

«¡Odia!».

Azul.

«¡A los monstruos!».

—Bueno —dijo Mel—, al menos nadie podrá acusarlos de ser originales.

—Lo siento, chicas —dijo el agente Cooper desde el asiento del conductor—. Solo faltan unos diez minutos. Puedo subir un poco la música, si queréis.

—No pasa nada —dije mientras dejaba el teléfono sobre el regazo y cruzaba las manos sobre él—. En serio, no pasa nada.

El ruido de las teclas procedente del asiento de al lado, que sonaba casi como el tableteo de una ametralladora, se interrumpió de repente. Con el ceño fruncido, Mel apartó la mirada del portátil que tenía en equilibrio sobre las rodillas.

—¿Es que esta gente no tiene nada mejor que hacer con su vida? Bueno, pensándolo mejor, quizá debería enviar a un responsable de contratación, a ver si conseguimos que se pasen a nuestro bando... Esa sí que sería una buena historia, ¿no? Del odio a la... humillación. No, no funciona. Bueno, ya se me ocurrirá algo. —Cogió el teléfono que había dejado sobre el asiento, entre las dos, y le habló—: Nota: programa de rehabilitación para manifestantes.

Yo ya había aprendido —igual que los agentes Cooper y Martinez, al parecer— que no era buena idea hacerle sugerencias a Mel, que era mejor dejar que llegara a la solución ella solita.

El coche gruñó y se estremeció al topar con un bache en la carretera. Los cánticos subieron de volumen y traté de ignorar la distracción que suponían.

«No seas cobarde», me dije. Ninguna de aquellas personas podía hacerme absolutamente nada, al menos mientras estuviera rodeada por todas partes de cristales a prueba de balas, agentes del FBI y policías. Si seguíamos mirando hacia otro lado, nunca nos creerían lo bastante fuertes como para enfrentarnos abiertamente a ellos.

Tragué saliva con dificultad y volví a mirar de nuevo por la ventanilla. La brisa de la mañana hacía ondear los banderines de señalización en la línea que separaba el carril norte del carril sur. Eran del mismo tono naranja que las barreras que protegían a los trabajadores mientras estos seguían con la tarea de colocar asfalto nuevo.

Varios hombres y mujeres interrumpieron su tarea y se apoyaron en la mediana de cemento para contemplar nuestro desfile de vehículos; algunos

incluso saludaron alegremente. De forma instintiva, levanté la mano para devolver el saludo y sonreí discretamente. Un latido después, el tiempo necesario para sentirme avergonzada, recordé que no me veían.

Tras la fina barrera de oscuro cristal, yo era invisible.

Cuando apoyé en el cristal tintado las yemas de los dedos, lo noté caliente y deseé que los trabajadores pudieran verlos, como si fueran cinco minúsculas estrellas. Pero poco después, igual que había ocurrido con todos los demás, los trabajadores desaparecieron en la distancia.

«¡América volverá al buen camino!». Ese había sido uno de los primeros proyectos publicitarios de Mel para el Gobierno provisional que las Naciones Unidas habían designado y supervisado, cuando ella aún era una empleada bastante joven en el Gabinete de Comunicación de la Casa Blanca. Era una forma de anunciar nuevos empleos en el sector de las infraestructuras, pero también de prometer que las carreteras dejarían de ceder bajo las ruedas de los coches, que el racionamiento de gasolina terminaría por fin y que el trágico hundimiento de puentes, como había sucedido en Wisconsin, dejaría de ser noticia. Gracias, claro, a los refuerzos de la nueva industria siderúrgica de Estados Unidos. Los informativos vespertinos ofrecían, día tras día, la prueba del éxito: la tasa de desempleo descendía al mismo ritmo constante que empezaba a ascender la tasa de natalidad.

Las cifras eran cosas sencillas, símbolos reales a los que todo el mundo podía aferrarse y alzar como si se tratara de trofeos. Pero no podían reflejar el «sentimiento» de los últimos años, la sensación arrolladora de que la vida volvía a fluir ante nosotros, de que crecía y crecía para llenar el vacío que los niños perdidos habían dejado tras ellos.

Las mismas personas que se habían trasladado a las grandes ciudades en su desesperada búsqueda de trabajo estaban empezando a regresar lentamente a los pueblos y barrios periféricos que habían abandonado. Los restaurantes volvían a abrir. Los coches entraban y salían de las gasolineras en los días

que se les habían asignado. Los camiones volvían a circular por carreteras reparadas y ya sin baches. Los ciudadanos volvían a pasear por parques bien cuidados. Los cines dejaban de proyectar viejas películas y apostaban por las nuevas producciones.

Iban llegando tímidamente, despacio, como las primeras personas que se atreven a bajar a una pista de baile aún desierta, a la espera de que los demás se animen a unirse a ellos en busca de un poco de diversión.

Hacía casi cinco años, cuando habíamos recorrido aquellas mismas carreteras, los pueblos y ciudades que dejábamos atrás prácticamente mostraban el dolor de su soledad. Parques, casas, empresas, colegios... era como si lo hubieran vaciado todo y lo hubieran rellenado de un gris sucio y melancólico. Todo estaba descuidado, abandonado como recuerdos que se pierden en la nada.

De alguna manera, el Gobierno había conseguido infundir un nuevo pulso al país. Un pulso que aleteaba, que en los momentos de frustración y oscuridad se aceleraba, pero que en general latía de forma regular. En general.

La verdad era que no tenía mucho que ver conmigo y sí mucho que ver con los demás, que trabajan día sí y día también. A mí no se me había permitido hacer gran cosa hasta que cumpliera con los nuevos requisitos obligatorios del colegio. La presidenta Cruz había dicho que era fundamental que los otros psi me vieran hacerlo, para que quedara bien claro que no había excepciones. Pero para mí había supuesto una agonía tener que esperar y esperar y esperar, resolviendo sencillos problemas de matemáticas que Chubs ya me había enseñado años atrás, en un destartalado monovolumen; estudiando historia que más bien parecía referirse a un país completamente distinto, y memorizando las nuevas leyes para psi.

Y, durante todo ese tiempo, a Chubs y a Vida se les había permitido realizar un trabajo real, importante. Desaparecían tras una u otra puerta

cerrada, ocupados en reuniones o misiones, hasta que yo pensé que los perdería del todo o que me quedaría fuera para siempre.

Pero solo fue cuestión de tiempo que los alcanzara. Mientras sacara el trabajo adelante, mientras demostrara que podía resultar útil, mientras fuera donde el Gobierno me enviaba y dijera lo que ellos me pedían, también yo avanzaría. Y era obvio que alguien se había fijado en mi potencial, porque a Mel la habían reasignado conmigo y, desde entonces, siempre habíamos viajado juntas.

—¿Cómo iba yo a saber que volverían a salir, con toda la fuerza, ahora que se ha anunciado el paquete de indemnizaciones? —dijo el agente Martinez—. Joder, la gente nunca está contenta.

Tras cuatro años de intentos, Chubs y el Consejo de los psi finalmente habían hecho llegar al Congreso provisional un plan de compensaciones y actos en memoria de los psi. Todas las familias afectadas por la ENIAA podían presentar una solicitud para recuperar su casa y beneficiarse de una condonación de sus deudas. Durante la crisis financiera provocada por un atentado en el antiguo Capitolio, en Washington D.C., los bancos habían ejecutado las hipotecas de muchas de esas familias. La muerte de millones de niños y la pérdida de puestos de trabajo como consecuencia del cierre de empresas solo habían servido para empeorar la situación.

Cuando el acuerdo final se había sometido a votación en el Congreso y se había aprobado, yo había experimentado un renacimiento de la esperanza y de la determinación. Había llorado con el último «sí». Llevaba años con una especie de opresión en el pecho, tantos que ya casi me había acostumbrado al dolor. En aquel momento, sin embargo, por fin se había liberado. Me había sentido como si por fin pudiera respirar hondo después de muchos años.

La justicia exigía tiempo y, en muchos casos, sacrificio, pero con trabajo duro y tenacidad era posible alcanzarla. No nos olvidarían ni nos apartarían a un lado: ni a los niños que habían muerto ni a todos los que habíamos tenido

que vivir en aquel cruel sistema de campos de rehabilitación. Hasta los antiguos supervisores de los campos caían en manos de la justicia para ser procesados penalmente.

Por fin sabrían qué significaba estar encerrados. Era lo único que se merecían.

Aún nos quedaba mucho trabajo por hacer, pero era un comienzo. Un trampolín desde el que pedir —y obtener— más. Con aquella victoria a sus espaldas, Chubs trabajaba para que el Gobierno le retirara a Leda Corp los fondos para investigación. Tanto los psi como sus familias estaban de acuerdo en que Leda no merecía haberse salvado de la purga de la administración Gray, sobre todo teniendo en cuenta su papel protagonista a la hora de desarrollar el agente químico causante de la mutación.

—El problema es que tenemos que anunciar con antelación los días en que se cierran las carreteras —dijo el agente Cooper—. Quieren que avisemos a las ciudades para que custodien las rutas, pero es como un pistoletazo de salida para esta gente. Da igual que seas tú o cualquier otro miembro del Gobierno.

Mientras circulábamos por la carretera, vi un hueco en la hasta entonces ininterrumpida línea de manifestantes. Un poco apartados de los alborotadores, había varios hombres y mujeres que formaban un grupo pequeño pero compacto. Todos llevaban pancartas escritas a mano. Estaban en silencio y la expresión de sus rostros era sombría. El todoterreno pasó rápidamente junto a ellos y tuve que volverme en el asiento para poder leer las pancartas.

¿QUIÉN TIENE A NUESTROS HIJOS? Noté un escalofrío en la espalda cuando uno de aquellos hombres giró un poco la pancarta en mi dirección. Decía: DESAPARECIDOS, OLVIDADOS POR NU. Y bajo aquellas palabras cargadas de rabia, vi las fotos escolares de varios niños.

Miré de nuevo hacia delante.

—¿Qué significaba eso?

El Gobierno había trabajado muy duro para identificar a los psi no reclamados y encontrarles un nuevo hogar. Y, según los informes a los que yo había tenido acceso, no quedaba ningún caso por resolver. Sabía que, tras el cierre de los campos, un grupo de psi habían decidido huir y vivir por su cuenta en lugar de regresar con las familias que los habían abandonado. Pero resultaba un poco difícil de creer que los mismos padres que insultaban a sus hijos o les temían estuvieran ahora manifestándose en una carretera, armados con pancartas caseras en las que exigían respuestas.

—Son esos puñeteros teóricos de la conspiración —dijo el agente Martinez moviendo la cabeza de un lado a otro.

Claro. Se me tendría que haber ocurrido. Últimamente, algunos informativos se centraban en la última teoría alarmista que el Observatorio para la Libertad estaba tratando de demostrar: que nuestros enemigos habían secuestrado a un gran número de psi para utilizarlos contra América.

Por desgracia, no parecía que aquellos rumores fueran a desaparecer de un día para otro. Joseph Moore, el empresario que se enfrentaba en las elecciones a la presidenta provisional Cruz, había repetido sin descanso una de las reivindicaciones más aplaudidas del Observatorio para la Libertad, el servicio militar obligatorio para los psi, y sus cifras de popularidad habían aumentado de forma astronómica. Ahora se dedicaba a repetir cualquier guion que le entregara el Observatorio para la Libertad. Si me pidieran la opinión, diría que la gente de Moore lanzaba esas historias como si fueran globos de ensayo, para sondear el futuro contenido de su siguiente discurso.

—Pero esas fotos... —empecé a decir.

Mel sacudió la cabeza, asqueada.

—Es otra de las cosas que hace últimamente el Observatorio para la Libertad. Sacan esas fotos de internet y pagan a ciertas personas para que

susciten dudas y miedo, para que hagan creer que el Gobierno no está haciendo su trabajo. Nosotros, al menos, sabemos que sí lo está haciendo.

Fruncí el ceño y asentí.

—Lo siento. Me han pillado desprevenida.

Apoyé la sien en la ventanilla justo cuando nos aproximábamos a otro grupo de manifestantes.

—Ay, Dios —dijo el agente Cooper al tiempo que se inclinaba hacia delante para mirar por el parabrisas—. ¿Y ahora qué?

La pancarta descendió desde lo alto del puente peatonal, ante nosotros, y se desplegó como si fuera una vieja bandera. Los dos hombres que la sujetaban, ambos con una franja tristemente familiar de estrellas blancas en el pañuelo azul que llevaban atado a la parte alta del brazo, me provocaron un escalofrío.

VIDA, LIBERTAD Y PERSECUCIÓN ETERNA
PARA LOS MONSTRUOS. SI NO SON HUMANOS,
NO ES ASESINATO

—Qué majos —dijo Mel haciendo un gesto de impaciencia mientras pasábamos por debajo del puente.

Me acaricié el labio superior con un dedo; luego cogí el teléfono y busqué el hilo de mensajes más reciente. «¿AÚN VAS A VENIR HOY?», tecleé.

No aparté la mirada de la pantalla del teléfono, a la espera de que apareciera en el chat la burbuja con una respuesta. Por el rabillo del ojo, capté el reflejo de las gafas de espejo del agente Cooper, que me observaba a través del retrovisor. Su piel, ya de por sí pálida, se volvió algo más lívida al comprender qué significaba el mensaje de la pancarta.

Pero el agente Cooper no tenía por qué preocuparse. No habría lágrimas, ni crisis emocional que solventar. La mitad del veneno que aquella gente escupía a través de sus pancartas, sus programas de radio y sus informativos era mentira y la otra mitad no tenía el menor sentido. «Monstruo» era un

insulto ya trasnochado: a veces, cuando se escucha demasiado a menudo la misma palabra desagradable, deja de resultar hiriente. O eso, o es que la piel se acaba curtiendo tanto que es difícil atravesarla. Mi corazón ya no era tan frágil como antes, así que llegaban tarde para atacarme por ese lado.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y apreté con fuerza la funda del teléfono.

«Si no son humanos...».

Me aclaré de nuevo la garganta y miré por la ventanilla. El grupo de manifestantes era menos numeroso en aquella zona, pero empezó a aumentar de nuevo a medida que dejábamos atrás la zona de obras.

—Todo el mundo tiene derecho a ser estúpido, pero estos abusan un poco de ese privilegio, ¿no?

Mel soltó una risita al escuchar ese comentario y se acercó a mí para colocarme tras la oreja un mechón de pelo que se me había soltado.

—Aun así, mejor informar —dijo el agente Cooper al tiempo que apartaba una mano del volante para darle un golpecito al agente Martínez—. No es una amenaza directa, pero deben saber que les falta esto para pasarse de la raya.

—De acuerdo —dijo el agente Martínez—. Tenemos que empezar a documentarlo todo, sea importante o no. Reunir pruebas.

—En realidad —intervino Mel mientras se colocaba bien las horquillas que había usado para recogerse el pelo en un moño—, lo mejor sería no echar más leña al fuego, porque es precisamente lo que quieren. Si los metemos entre rejas, empezarán con el discursito de que estamos violando su derecho a la libertad de expresión. Nuestra tarea es contar la verdad sobre los psi y las encuestas demuestran que estamos ganando por goleada. La gente está de nuestra parte.

No es que fuera un gran consuelo, pero algo era algo. A veces, me sentía como si estuviera hablando con todo el mundo y con nadie a la vez. Nunca

veía si las palabras que salían de mis labios provocaban un efecto positivo o negativo en el público. La gente las absorbía sin más. Si asimilaban el significado o no, ya era otra cuestión.

Eché un nuevo vistazo al teléfono.

Ninguna respuesta.

—Será mejor que te lo diga antes de que llegemos —dijo Mel volviéndose hacia mí. Una gota de sudor le caía por la mejilla y relucía sobre su piel oscura. Se inclinó hacia delante para girar hacia ella la rejilla del aire acondicionado—. Esta mañana he recibido un mensaje del jefe del Estado Mayor de la presidenta provisional Cruz, en el que me decía que van a enviar texto nuevo para tu discurso. No sé muy bien cuándo llegará, así que a lo mejor tengo que añadirlo directamente al teleprónter.

Puede que mi suspiro sonara petulante, pero me daba igual. Quería que supieran lo molesto que me resultaba.

—¿Aún no han terminado con los cambios? —dije. Me fastidiaba no tener tiempo para ensayar con el texto nuevo y me fastidiaba que alargaran mi discurso—. En fin, ¿de qué clase de texto nuevo se trata?

Mel volvió a guardar el portátil en su maletín. La maltrecha funda de piel trató de escupir unas cuantas carpetas llenas de documentos, para dejar sitio.

—Por lo que he entendido, solo unas cuantas puntualizaciones. Ya sé que a estas alturas eres capaz de pronunciar el discurso al revés y medio dormida, pero por si acaso fíjate en el teleprónter.

Había repetido distintas versiones del mismo discurso como unas cien veces, en cien lugares distintos: un discurso sobre la naturaleza del miedo y el hecho de que los psi hubieran entrado de nuevo a formar parte de la sociedad sin demasiados altercados graves. Pero esa responsabilidad añadida era una señal de que cada vez confiaban más en mí. Puede que incluso añadieran más fechas a la gira y volvieran a recurrir a mí en otoño, para las elecciones.

—Vale —dije—, pero...

Más que la mujer en sí, fue la brusquedad del movimiento lo que me llamó la atención. Se apartó del grupo de manifestantes con pancartas que formaban una hilera en el arcén, a nuestra izquierda. Pelo gris, largo y grasiento, una falda desteñida de estampado de flores, y un retal de tela azul decorada con estrellas blancas atado al brazo blanquísimo. Podría haber sido una abuelita cualquiera... de no ser porque llevaba en la mano un cóctel molotov.

Sabía que íbamos a toda velocidad, que era imposible que aquello ocurriera, pero el tiempo tiene una curiosa manera de concentrarse a nuestro alrededor cuando quiere que veamos algo.

Los segundos se hicieron más lentos y se adaptaron al ritmo de los pasos de aquella mujer. Tenía los labios entreabiertos, cosa que le marcaba aún más las austeras líneas del rostro. Sostenía en alto la botella y la arrojó contra el todoterreno mientras gritaba algo que no llegué a entender.

La pequeña bomba incendiaria se estrelló contra el asfalto y se produjo una sonora deflagración. Estalló al entrar en contacto con los restos de gasolina y productos químicos de la carretera; el calor y la presión de la onda expansiva bastaron para que mi ventanilla se agrietara con un agudo gemido de dolor.

El coche viró bruscamente a la derecha y el cinturón de seguridad se me clavó en el pecho. Estiré el cuello y vi levantarse en la carretera un muro de llamas rojas y doradas.

—¿Estáis bien? —exclamó el agente Cooper al tiempo que pisaba a fondo el acelerador.

Mel y yo nos estrellamos otra vez contra el respaldo del asiento. Alargué una mano y me aferré a la puerta para mantener el equilibrio.

Delante de nosotros, uno de los coches de la policía dio media vuelta y puso la sirena. Los manifestantes se dispersaron y se ocultaron en los bosques cercanos, como los cobardes que eran.

—Hostia puta —fue la respuesta de Mel.

Me invadió la rabia; me retorció las entrañas, como si quisiera

desgarrármelas. Me eché a temblar, sacudida por una adrenalina inútil. Aquella mujer... podría haber herido a otro manifestante, a Mel, a los agentes, a alguno de los oficiales de policía. Podría haberlos matado.

El calor empezó a retorcerse en mi interior, como si quisiera dar forma a mi rabia. Noté dentro de la nariz el hedor acre de alguna sustancia química.

Me resultaría tan fácil salir del coche y encontrar a aquella mujer... Agarrarla del pelo, tirarla al suelo e inmovilizarla hasta que llegara alguno de los agentes de policía. Tan fácil.

La carga de la batería del coche espumeaba allí mismo, esperando. «¿Crees que eso basta para asustarme? ¿Crees que eres la primera que intenta matarme?».

Eran muchos los que lo habían intentado. Y a algunos les había faltado muy poco para conseguirlo. Pero yo ya no era una presa fácil y no permitiría que nadie me obligara a serlo otra vez, mucho menos una vieja que jugaba a arrojar bombas con sus antipáticos amigos.

Una palabra gélida se abrió paso entre mis pensamientos abrasadores.

«No».

Me obligué a soltar la puerta. Abrí y cerré la mano, tratando de relajar la tensión que aún la atenazaba. Eso era exactamente lo que querían. Provocar una reacción, demostrar que no éramos más que monstruos a la espera de la oportunidad perfecta para huir de nuestras jaulas.

«Esa mujer no lo merece. Ninguno de ellos lo merece».

No sería la última en tratar de hacerme daño. Yo lo sabía, y por eso agradecía la protección de la que todos disponíamos. En mi vida ya no había espacio para fantasmas, ni vivos ni muertos. Ruby solía decir que nos habíamos ganado nuestros recuerdos, pero que no les debíamos nada a excepción de conservarlos. Supongo que tenía más experiencia que los demás.

Estábamos avanzando y era mejor dejar el pasado enterrado en su

oscuridad. En sus cenizas.

—No pasa nada —dije cuando me sentí capaz de hablar con voz serena—. Todo bien.

—Esa es la definición de «todo mal» —dijo Mel en un tono crispado.

—Creo que eso sí ha sido una amenaza directa —le dijo el agente Cooper a su compañero, sin apartar los ojos de la carretera.

Levanté de nuevo el teléfono, que hasta ese momento había mantenido pegado a la pierna, e ignoré el pulso que me latía con fuerza en las sienes. Pese a la funda de goma, la pantalla parpadeó al brotar de mi dedo un hilo de electricidad que se quedó revoloteando justo encima. Lo dejé caer de nuevo sobre el regazo y recé en silencio para que el teléfono volviera a encenderse solo.

«Mierda». Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hecho algo así.

Finalmente, tras unos segundos de agonía, la pantalla cobró vida de nuevo. Tragué con dificultad el nudo que se me había formado en la garganta y abrí el mismo hilo de mensajes de antes. Mi mensaje seguía allí, esperando aún una respuesta.

—Faltan unos diez minutos —dijo el agente Cooper—. Ya casi hemos llegado.

El teléfono me vibró en la mano y di un respingo. Por fin...

Bajé la mirada y dejé volar los dedos sobre la pantalla para introducir la contraseña. El hilo se abrió.

NO HE PODIDO ESCAPARME. LO SIENTO.

¿LA PRÓXIMA VEZ?

—¿Va todo bien? —me preguntó Mel tras apoyar una mano en mi brazo.

Su mirada era dulce, interrogante. Sentí la estúpida necesidad de recostar la

cabeza en su hombro, de cerrar los ojos y aislarme del mundo hasta que llegáramos a nuestro destino.

Ella debió de intuirlo en mi expresión, porque se apresuró a añadir algo.

—¿Quieres que retrasemos el evento? Puede que no sea mala idea aplazarlo, aunque solo sea unas horas. A mí casi me da un infarto, así que ni me imagino cómo te habrás sentido tú.

La sonrisa que me había obligado a desplegar era tan amplia que hasta me dolía la cara.

—No, estoy bien. De verdad. No hace falta aplazarlo. Además, si lo retrasamos, seguro que pillamos tráfico y nos perdemos el acto en la embajada japonesa.

La embajada estaba a punto de reabrir su centro de cultura e información japonesa y me habían pedido que hicieran los honores de presentar un documental de un psi japo-americano, Kenji Ota. Decir que estaba entusiasmada era un eufemismo. Solo había visto a Kenji una vez y de pasada, pero ya hacía semanas que ansiaba la oportunidad de conectar con alguien que tuviera unos orígenes similares a los míos y que hubiera experimentado lo mismo que yo.

—¿Podemos repasar la agenda de hoy? —le pregunté—. Para asegurarme de que lo tengo todo claro.

Mel me apretó la muñeca en un gesto tranquilizador.

—Eres increíble. No sé cómo consigues mantenerte fuerte en mitad de todo esto. Pero lo decía en serio: puedo preguntar si es posible retrasar el acto.

Negué con la cabeza y el corazón me dio un vuelco solo de pensarlo. En cuanto el director de comunicaciones de la presidenta Cruz sospechara que yo no podía soportar el estrés de este trabajo, me apartarían de inmediato.

—No hace falta. En serio.

—De acuerdo —dijo Mel, que parecía un tanto aliviada.

Para ella, encontrar otra fecha habría sido una auténtica pesadilla. Rebuscó en su bolso y sacó una carpeta con la agenda del día. Enseguida empezamos a repasar el itinerario y a coordinar horas y eventos.

Me guardé de nuevo el teléfono en el bolso al tiempo que trataba de pensar en algo que ahuyentara la angustia que empezaba a notar en el pecho. Me presionaba las costillas, como si quisiera abrirme en canal y dejar al descubierto el caos de mi interior.

¿Tendría que haberle contestado? ¿O con eso solo habría conseguido molestarlo aún más?

—A las nueve y media de la mañana, el decano te presentará...

«¿La próxima vez?». Me entraron ganas de sacar de nuevo el teléfono y leer el mensaje de Chubs, solo para asegurarme de que no me lo había imaginado. Mi mente no dejaba de susurrar esas tres palabras, de aferrarse al interrogante... el único símbolo que nunca antes había existido entre nosotros.

2

En otros tiempos, me pasaba meses enteros sin pronunciar ni una palabra. Más de un año, en realidad.

Al principio, había sido por accidente. O no por accidente, para ser más exactos. Aún seguía intentando explicarlo, intentando justificar por qué me había silenciado a mí misma. Era como si la valla de alambre de espino que rodeaba el campo de rehabilitación me hubiera hecho un corte tan profundo la noche en que nos escapamos, que simplemente me hubiera desangrado hasta quedarme sin palabras. Me había quedado tan vacía por dentro... tan fría... Lo bastante débil como para que el *shock* emocional se hubiera extendido y hubiera asumido el control.

Lo cierto es que hay cosas que no pueden explicarse con palabras. El sonido de los disparos que atronaba en la noche. La sangre que manchaba la espalda de los finos uniformes. Los niños tendidos boca abajo, semienterrados bajo la nieve que caía lentamente del oscuro cielo. La sensación de sentirse estrangulada por la propia esperanza en el momento en que esta saltaba la valla y te abandonaba para que murieras allí.

Los siguientes días solo me sentía... cansada. Insegura. Me hacían preguntas y yo me limitaba a asentir. O a negar. Requería tanta energía hablar... Temía elegir las palabras equivocadas en mitad de la caótica oscuridad que se había adueñado de mi mente. Me asustaba decir algo que pudiera molestarlos a ellos, los chicos que me habían salvado.

Cada minuto que pasábamos en la furgoneta me lo confirmaba: si les decía que tenía hambre, frío o que estaba herida, acabarían por pensar que yo era un problema, igual que habían pensado mis padres. Aquellos chicos me

abandonarían en cualquier lado con la misma rapidez con que habían decidido que podía acompañarlos la noche en que nos habíamos escapado.

Pero no lo hicieron. Y, poco después, comprendí que no tenían intención de hacerlo. Por entonces, sin embargo, me resultaba más cómodo coger aquel raído cuaderno que compartíamos y elegir con cuidado mis palabras. Podía escribir la respuesta exacta que deseaba, sin errores. Podía elegir cuándo quería decir algo. Podía, al menos, controlar ese aspecto de mi vida.

El problema era que yo insistía en elegir el silencio. Una y otra vez, me abandonaba a la seguridad que encontraba en las profundidades del silencio. Las vivencias dolorosas seguían enterradas, no hacía falta entenderlas ni hablar de ellas. El pasado jamás volvería para hacerme daño si nunca hablaba de él. El recuerdo de la nieve, de la sangre y de los gritos no podía alzarse y sepultarme en su gélida presión, en su oscuridad. No tenía que admitir que estaba asustada, hambrienta o agotada y preocupar así a los demás. Mi silencio se convirtió en una especie de escudo.

En algo que podía usar para protegerme.

En algo tras lo que podía ocultarme.

Pero de eso ya han pasado años. Me di a conocer al mundo por lo que había dicho, no por ser una niña silenciosa con la cabeza rapada y guantes demasiado grandes. Aparecía en la tele y ante multitudes. La niña se convirtió en un fantasma, abandonado en unos recuerdos que yo ya no quería recordar.

Hablar aún me costaba un poco más que al resto de la gente. Era demasiado fácil escabullirse de nuevo a esa cómoda profundidad de mi interior, donde todo estaba en silencio. Sobre todo en días como aquel, cuando el último subidón de adrenalina me hacía sentir impaciente por pasar al siguiente acto.

Por mucho que me esforzara, no conseguía concentrarme en nada. Las dos docenas de hileras de público que teníamos delante se convirtieron en una neblina vaga de colores y pequeños movimientos cambiantes. Perdí el hilo de

lo que fuera que estaba diciendo en ese momento el decano de admisiones de Penn State, un hombre de pelo plateado. También me había costado concentrarme durante la visita guiada que él mismo nos había ofrecido poco antes. Ahora, incluso su piel oscura y su traje de mil rayas se habían convertido en una mancha borrosa en el ángulo de mi visión.

Golpeé el suelo con un tacón, levanté el otro, lo bajé y levanté de nuevo el primero, tratando de apaciguar la persistente inquietud que aún me atenazaba desde el trayecto en coche. Cerré los ojos bajo la cálida luz del sol, pero los abrí inmediatamente al encontrar tan solo la imagen del rostro feroz de aquella mujer.

El aire era húmedo y el calor de finales de verano era tan intenso que el cielo parecía revestido de una capa sedosa. La abundante melena se me rebelaba, se encrespaba bajo las horquillas y parecía a punto de soltarse y estropear el cuidadoso peinado. Una gota de sudor descendió por la columna, vértebra a vértebra, y la blusa se me pegó a la piel.

Mel me cogió del brazo y me clavó las uñas. Volví en mí de golpe, me erguí y dejé que el mundo regresara de nuevo a mi alrededor.

Los escasos aplausos ni siquiera se oían lo bastante como para resonar entre las columnas del enorme edificio que teníamos a nuestra espalda y al que el decano se había referido como Old Main. No era buena señal, al menos en lo tocante a su nivel de interés, pero sabía que podía ganármelos. Ser un «monstruo» significaba que la gente estaba más que ansiosa por contemplarme durante un rato.

Me acerqué a la sombra que proyectaba la torre del reloj del Old Main. Erguí los hombros y me pasé la lengua por los dientes, para asegurarme de que no estaban manchados de carmín. Luego levanté la mano y saludé.

El decano se apartó del atril, que estaba en lo alto de una tarima provisional construida sobre los escalones que descendían hacia una zona

ajardinada. Extendió una mano hacia el atril mientras me acercaba y me invitó a subir con una sonrisa alentadora que me esforcé por devolver.

No necesitaba que me alentaran. Era mi trabajo.

Los escasos aplausos se diluyeron, esta vez entre la música procedente de los altavoces situados a ambos lados del último escalón, ya casi en el césped. Una especie de canción de batalla, supuse. Mientras esperaba que las palabras aparecieran en el telepóster, eché un rápido vistazo al público, pero me aseguré de no mirar directamente a la multitud de cámaras de televisión apostadas a la derecha de los escalones.

—Buenas tardes —dije al tiempo que me aferraba con ambas manos al borde del atril. No me gustaba cómo sonaba mi voz a través de los altavoces, me hacía parecer una niña pequeña—. Es un honor estar hoy aquí con vosotros. Gracias, decano Harrison, por concederme la oportunidad de dirigirme a esta increíble nueva promoción e invitarme a celebrar la reapertura de esta ilustre universidad.

Dudaba bastante que se tratara de una invitación. Mel elegía los actos en función de modelos de población y de la cantidad de medios que podían acudir a cubrirlos. Siempre parecía conocer la mejor forma de amenazar a alguien para que un «no» se transformara como por arte de magia en un entusiasta «sí».

El principio y el final de cada discurso se modificaba convenientemente para adaptarse al lugar. Esos pequeños ajustes eran las únicas variaciones en la rutina habitual. Me acomodé en el atril y relajé un poco las manos. Desvié la mirada de un lado a otro, tratando de analizar el estado de ánimo del público. Más allá de la hilera de periodistas, que garabateaban en sus cuadernos o estaban medio ocultos tras los teléfonos que utilizaban para hacer fotos, había un numeroso grupo de personas que cubrían más o menos todas las franjas de edad.

Los padres y otros familiares ocupaban las últimas filas. Algo más cerca,

se sentaban hombres y mujeres unos diez años mayores de lo que podría esperarse en alumnos de primer curso. Todos estaban tratando de retomar los estudios que se habían visto obligados a abandonar cuando la mayoría de las universidades habían quebrado, en pleno auge del pánico a los psi.

Y luego había otras personas de mi edad, incluso algo más jóvenes. Estaban sentados detrás de los periodistas y sus distintivos, del tamaño de un pulgar, resultaban perfectamente visibles sobre sus camisas, como era obligado en todo momento. Muchos distintivos verdes, menos azules y aún menos amarillos, como el mío. Y repartidos entre todos ellos, muchos blancos.

Bajé la mirada hacia el atril e interrumpí mi discurso para coger aire rápidamente. «Borrado». La palabra se abrió paso en mi mente, tan horrenda como indeseada. Eran los que habían decidido —o cuyos padres habían decidido por ellos— someterse al procedimiento de la «cura». Más concretamente, aquellos a los que se les habían colocado implantes quirúrgicos que impedían y neutralizaban con éxito el acceso del cerebro a las aptitudes que habían desarrollado tras sobrevivir a la ENIAA.

—Somos de verdad muy afortunados —proseguí—. Hemos sobrevivido a las duras pruebas que ha tenido que superar nuestro país durante la última década y eso nos ha unido de una forma que nadie podría haber imaginado. Lógicamente, todos hemos hecho sacrificios. Hemos luchado. Hemos aprendido mucho, hemos aprendido a confiar de nuevo los unos en los otros y a creer en el futuro de esta nación.

Se oyó en ese momento un brusco y sonoro carraspeo, procedente del extremo izquierdo de la primera fila. Fue lo bastante deliberado como para llamarme la atención mientras bebía un sorbo del vaso de agua, empapado por la condensación, que alguien me había dejado delante.

Había dos adolescentes sentados justo detrás del agente de policía que montaba guardia en el lado izquierdo del público. Uno de ellos, una chica de

piel dorada que lucía un resplandeciente vestido veraniego de seda amarilla, tenía las piernas estiradas delante del cuerpo. Las había cruzado a altura de los tobillos, justo por encima de las sandalias de tiras. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y la larga cola de pelo oscuro y rizado le caía sobre el hombro. Las gafas de montura metálica, en forma de ojo de gato, se le habían resbalado un poco por el puente de la nariz y dejaban al descubierto algunos rasgos más: unas cejas pobladas y altas, y unos pómulos rasgados. También tenía unos ojos grandes y supuse que bonitos, aunque no había forma de confirmarlo ya que al parecer mi discurso la había sumido en una agradable siesta.

Empecé a sentir rabia cuando la vi entreabrir los labios y respirar con regularidad.

«Uy, perdona, guapa, ¿te estoy haciendo perder el tiempo?».

Junto a ella vi a un chico, que más o menos también debía de tener mi edad. Era una auténtica sinfonía de contrastes y no pude resistirme a detener la mirada en él durante unos segundos. Lucía una melena castaña de rizos ligeramente rebeldes y no la llevaba precisamente muy bien peinada. La intensa luz del sol le arrancaba destellos rojizos. El rostro era delgado, pero de rasgos tan firmes y marcados que, si alguien me hubiera dicho que lo habían diseñado en las páginas de un cuaderno de bocetos, no habría dudado en creerlo. El ligero bronceado de su piel clara solo hacía resplandecer aún más sus ojos, también claros. Me sostuvo la mirada y su expresión impenetrable no vaciló ni una vez... hasta que curvó casi imperceptiblemente hacia abajo las comisuras de los labios.

Me erguí y aparté la mirada.

—Soy consciente de que a los psi como yo se les ha exigido mucho, pero debemos fijar límites a quienes aparentemente no los tienen. Nuestra sociedad solo puede funcionar si existen fronteras y normas y debemos seguir

trabajando para encontrar la forma de recuperarla, de no violar esas normas y, de ese modo, perturbar la paz.

Por mí, la chica ya podía levantarse y largarse, si tan aburrido le parecía oír hablar sobre su futuro. Sin embargo, me permití desviar un instante la mirada hacia ellos. La joven lucía un distintivo verde y él uno amarillo.

Me concentré de nuevo en el discurso al llegar a la recta final. Era la parte que menos me gustaba: les suplicaba a los psi paciencia con quienes nos temían y les suplicaba a quienes nos temían que comprendieran el terror en el que habíamos vivido desde el día en que se había reconocido por primera vez la existencia de la ENIAA. No parecía una comparación muy justa, pero aquello lo habían escrito profesionales. Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo?

Vacilé un poco, solo un poco, cuando en el teleprónter aparecieron unas palabras que no me sonaban.

—Y ahora que nos acercamos a este nuevo comienzo, creo que resulta más importante que nunca admitir el pasado. Debemos honrar nuestro tradicional estilo de vida.

Era el nuevo texto del que Mel me había hablado en el coche. El teleprónter empezó a ir más lento, adaptándose a mi desconocimiento de aquella parte.

—Y eso incluye —leí— honrar nuestra Constitución original, la base de nuestra fe, y las exigencias de la ciudadanía en nuestra democracia...

Las palabras siguieron pasando en el teleprónter, pero a mí se me atascaron en la garganta.

HOY, EL GOBIERNO PROVISIONAL HA VOTADO Y APROBADO UN PROYECTO DE LEY QUE EXCLUYE TEMPORALMENTE A LOS PSI DE LAS LISTAS DE VOTANTES. EL MOTIVO ES OFRECERLES MÁS TIEMPO PARA RECUPERARSE DE SUS TRAUMÁTICAS EXPERIENCIAS ANTES DE TOMAR, CON SU VOTO, DECISIONES QUE PODRÍAN SER TRASCENDENTALES; Y DARLES LA OPORTUNIDAD DE COMPRENDER MEJOR EL PESO Y EL IMPACTO DE TAN SAGRADA RESPONSABILIDAD CIVIL.

SE TRATA ÚNICAMENTE DE UNA MEDIDA PROVISIONAL. LA CUESTIÓN SE REVISARÁ TRAS LAS

Un temblor me empezó a subir por los brazos, pese a que me aferraba con las manos a la reluciente madera del atril. El silencio se fue alargando, interrumpido tan solo por el leve susurro de la brisa que captaba el micrófono. Los espectadores empezaron a moverse en sus sillas, incómodos. Una mujer de la segunda fila dejó finalmente de utilizar el programa como abanico, se inclinó hacia delante y me dedicó una mirada cargada de curiosidad.

No podía ser. Quise mirar a Mel, indicarle por señas que habían introducido el texto equivocado. Quien considerara que aquella broma tenía gracia, se merecía un puñetazo en toda la cara.

Las palabras volvieron hacia atrás y repitieron su mensaje, insistentes.

No. Aquello no... Los psi ya teníamos unos requisitos lo bastante estrictos para obtener el carné de identidad. Teníamos que esperar hasta los veintiún años para obtener un permiso de conducción legal. Me habían soltado un largo sermón acerca de lo mucho que valía la pena aquel retraso, acerca de lo emocionante que sería poder entregar por fin un formulario de registro de votantes con el carné de conducir. Yo había rellenado el mío ya hacía años, cuando lo habían hecho Chubs y Vida. No quería quedarme al margen.

Tenía que tratarse de... Se les tenía que haber pasado a Chubs y al otro psi del consejo de la presidenta Cruz. Seguro que ya estaban dando marcha atrás.

Solo que Mel había dicho que el texto lo enviaba directamente el jefe del Estado mayor de la presidenta Cruz. ¿Por qué soltármelo así, sin previo aviso ni explicación alguna?

«Porque saben que lo dirás, pase lo que pase», me susurró una vocecilla en la mente, «igual que has dicho todo lo que te han dado».

O... porque el Consejo de los psi se había negado a hacerlo público.

Esta vez eché un vistazo por encima del hombro. La multitud empezó a murmurar en voz baja, sin duda preguntándose qué ocurría. Mel no se levantó de su silla, ni se quitó las gafas de sol. Hizo un movimiento con las manos y las empujó hacia delante, apremiándome a que volviera de nuevo hacia el público. A que siguiera.

El chico que estaba en la primera fila, el mismo en el que me había fijado antes, entornó los ojos y ladeó ligeramente la cabeza. Por la forma en que tensó todo el cuerpo, me pregunté si de alguna manera había conseguido leer las palabras del teleprónter, o si oía el latido desbocado de mi corazón dentro del pecho.

«Dilo», pensé mientras las palabras volvían a pasar y se detenían. Les había prometido mi voz para todo lo que necesitaran. Esto era lo que yo había aceptado, el verdadero motivo de mi presencia allí.

«Dilo».

Solo sería temporal, lo habían prometido. Unas elecciones. Podíamos resistir unas elecciones. La justicia requería tiempo y sacrificio, pero como habían demostrado las compensaciones, era mejor alcanzarla a través de la cooperación. Estábamos trabajando para que los psi tuvieran un mejor «para siempre», no solo un año.

Me ardía la garganta. El atril temblaba bajo mis manos y yo no entendía por qué. ¿Por qué ahora, por qué ese anuncio y no otro cualquiera?

«Dilo».

La niña, el fantasma del pasado, había regresado y me rodeaba la garganta con sus manos enguantadas.

«No puedo. Esta vez no. Esto no».

—Muchas gracias por vuestro tiempo —dije con voz quebrada—. Ha sido un honor hablar con vosotros y os deseo lo mejor ahora que estáis a punto de empezar un nuevo capítulo en vuestra vida...

La pantalla del teleprónter se quedó en blanco. Un segundo después,

apareció una única línea de texto.

ALGUIEN HA VENIDO A MATARTE.

3

Me eché a reír.

Era un final discordante para un pensamiento aún sin terminar, que ahogó momentáneamente el zumbido de los altavoces y de los aparatos electrónicos que me rodeaban. El sorprendente sonido pareció multiplicarse al rebotar en las columnas del Old Main, como si una única bala hubiera provocado un tiroteo.

La confusión se fue adueñando de la multitud: lo veía en sus rostros y lo oía en sus murmullos. La rabia y el resentimiento me impedían moverme y cuanto más permanecía allí, inútil y silenciosa, más me hundía en la humillación.

Era obvio que alguien con un interés personal había introducido texto falso en el teleprónter, en lugar del material nuevo que Mel había entregado.

«Di algo. Haz algo».

Tendría que haberme dado cuenta nada más aparecer en la pantalla el texto sobre las medidas provisionales en las listas de votantes. Y tendría que haber improvisado con la mayor naturalidad. Pero no, me había quedado paralizada como una novata y me había convertido a mí misma en víctima de las peores especulaciones por parte de los informativos vespertinos. Ya me los imaginaba, analizando la pausa, reproduciendo el momento una y otra vez, preguntando «¿Qué le pasa a la pobre chica?».

Me incliné hacia delante y conseguí decir algo.

—Gracias otra vez. Que tengáis un buen día.

En lugar de calmar a los presentes, mis palabras solo parecieron

enfurecerlos aún más. Hasta la chica que dormía se sentó de golpe y recogió las piernas, al tiempo que miraba al chico de pelo castaño sentado a su lado.

El decano se acercó de nuevo al micrófono, mientras lanzaba una mirada inquieta en mi dirección.

—Bien, pues... gracias a todos. Por favor, disfrutad del sol y del pequeño refrigerio que os hemos preparado.

Los últimos treinta segundos me habían parecido treinta minutos. Daba igual si la amenaza era real o falsa: el protocolo de emergencia ya se había puesto en marcha. El agente Cooper vino directamente hacia mí; su corbata revoloteaba a cada paso rápido y sincopado que daba. Las palabras del teleprónter se reflejaron en el espejo plateado de sus gafas de sol, justo antes de que alguien lo desenchufara y la pantalla quedara en negro.

Me pasó un brazo por los hombros. Para cualquiera que estuviera mirando, parecía sencillamente que me estaba escoltando para abandonar la tarima. Probablemente, nadie se había dado cuenta de que el agente Cooper me obligaba a pegarme a su costado y que tenía la otra mano a unos pocos centímetros del arma que llevaba sujeta al cinturón. El sol le había calentado la manga del traje oscuro y yo notaba el calor allí donde me tocaba.

—No pasa nada, no pasa nada.

Repetía esas palabras una y otra vez, mientras los agentes de policía se volvían hacia los empleados de la universidad y les indicaban por gestos que abandonaran los escalones del Old Main. La mayoría de estudiantes y familias ya se habían puesto en pie y pululaban por la zona, hablando entre ellos o dirigiéndose a una mesa cercana, repleta de comida y bebidas.

—Lo sé —dije en tono significativo.

El tacón de uno de los zapatos se me enganchó en una grieta de las viejas piedras del suelo y se hundió un poco. En lugar de concederme un momento para soltarlo, el agente Cooper tiró de mí con fuerza. La piel del tacón se desgarró y llegué tambaleándome hasta Mel.

—Espera aquí —dijo—. Ahora viene Martinez a recogerte. Voy a buscar el coche.

En eso consistía nuestro protocolo de seguridad: buscar protección *in situ* hasta que pudiera garantizarse un transporte seguro. Asentí y el agente Cooper se marchó hacia el lugar en el que nuestro coche se hallaba bajo la custodia conjunta de la recién restablecida policía estatal de Pensilvania y la nueva policía federal de las Naciones Unidas, los Defensores.

Vi a Martinez a cierta distancia, pero no se dirigía hacia mí, sino que estaba interrogando a la mujer de la cabina de control, que se encogía de hombros.

La voz de Mel, justo detrás de mí, interrumpió mis pensamientos.

—¡...inaceptable! ¡Le pedí que garantizara un determinado nivel de seguridad y no ha cumplido!

Mis tacones repiquetearon sobre la piedra cuando me giré y me dirigí hacia ella en línea recta. Mel apartó la mirada del pálido empleado de la universidad, que no hacía más que asentir una y otra vez, y limitarse a aguantar el sermón de la publicista. El rostro de Mel era la imagen misma de una rabia apenas contenida.

Debido a su trabajo, a Mel la habían entrenado para ser variable, para adoptar un papel u otro en función de con quién estuviera o de qué estuviera haciendo. Conmigo había hecho de entrenadora, defensora, guía y protectora. La incompetencia, especialmente cuando tenía que ver con la seguridad, era algo que no soportaba. Y estaba claro que ese error en la seguridad, sumado al incidente en el coche, la había hecho perder la calma.

—No pasa nada —afirmé—, solo era alguien que buscaba una reacción...

—Sí pasa —dijo Mel al tiempo que me ponía una mano en el hombro. Me condujo hacia una de las columnas, lejos de la línea visual de las cámaras televisivas que aún quedaban—. Se suponía que tenías que hacer público el decreto sobre los votantes. ¡Por eso informé a la prensa de este acto!

Retrocedí un paso y entreabrí los labios mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Les dije que estabas preparada para anuncios más importantes, pero si no es así... —empezó a decir.

—¡No! —De alguna manera, conseguí sacudirme de encima la sorpresa que me había dejado la mente en blanco—. Claro que estoy lista. Lo que es pasa es que no me parecía... No estaba...

«Bien».

No podía pronunciar esa palabra, menos aún bajo todo el peso de la decepción de Mel. Hacía un calor insoportable, pero sus palabras estaban recubiertas de una capa de hielo.

—Ha llegado directamente desde la oficina del presidente provisional. Y te han elegido a ti para este anuncio —dijo Mel.

—¿Por qué? —pregunté. Mel se me quedó mirando como si le hubiera formulado la pregunta en otro idioma. No aparté la mirada mientras aclaraba lo que quería decir—: ¿Por qué me querían a mí?

Alguien me tocó el codo, silenciando así cualquier respuesta que Mel pudiera haberme ofrecido.

—Por aquí, señora.

Los uniformes de los Defensores eran tan nuevos y flamantes como la misma fuerza de combate. La chaqueta gris ceñía el cuerpo y permitía llevar un cinturón equipado con herramientas y armas no letales, incluida la tradicional porra con el lema de los Defensores grabado a lo largo en letras plateadas: PARA LA DEFENSA COMÚN. Una faja de cuero rojo cruzaba el cuerpo, desde el hombro izquierdo hasta la cadera, y se sujetaba gracias a una insignia de plata colocada a la altura del pecho.

Yo había formado parte del grupo de sondeo que había ayudado a elegir los uniformes. Estaba sentada al lado del jefe del Estado Mayor de la presidenta Cruz cuando había entrado en la sala de conferencias el hombre

que se probaba la muestra, la tercera de las cinco opciones finales. Y, de repente, me había encontrado junto a la puerta, abandonando la sala. Seguía sin entender por qué me había dado un vuelco el corazón al ver aquel uniforme en concreto. Era un uniforme bonito. Espléndido. No tenía nada de malo, aunque los colores fueran...

Respiré hondo al tiempo que miraba a la Defensora y sonreía. Cuando el jefe del Estado mayor me había preguntado qué me había ocurrido aquel día, me había sentido terriblemente avergonzada, pero más aún cuando el diseñador había explicado su idea. El contraste atrevido del rojo sobre el gris representaba la esperanza de un futuro fuerte y lleno de paz para dejar atrás un pasado negro.

El uniforme no tenía nada de malo y yo tampoco. Y lo demostré otorgándole mi voto.

Aquella Defensora —con su pulcra trenza bajo el casco, su piel clara bronceada y su postura rígida— había salido sin duda de alguna de las fuerzas de combate del país y había superado evaluaciones psicológicas y reciclaje táctico con las fuerzas de paz de las Naciones Unidas. Nos guio con la seguridad y la confianza de alguien acostumbrado a dar órdenes o, por lo menos, a cumplirlas.

—Un momento —dije al tiempo que intentaba soltarme el brazo.

La Defensora me lo sujetó con más fuerza mientras me obligaba a bajar los escalones del Old Main, en dirección a los altavoces y el atril. Si sabía que Mel aún estaba detrás de mí era por el ruido de sus tacones.

—El agente Cooper ha dicho que...

—Ahora no —dijo Mel en tono brusco, situándose a mi lado.

Hizo un gesto en dirección al grupo de Defensores que se habían apostado a lo largo de la improvisada tarima, para bloquear el paso a la multitud de curiosos que trataban de hacer fotos y a los pocos periodistas que seguían haciéndole preguntas.

—¿Qué opinión tiene la presidenta provisional sobre las próximas elecciones? ¿Ha visto las últimas encuestas?

—Mel, ¿qué puedes decirnos acerca de los rumores según los cuales la Asamblea General de las Naciones Unidas va a regresar a Manhattan?

—¿Mel? ¡Mel!

Al comprender la imagen que estaba dando, me pegué de nuevo al costado de la Defensora e ignoré el insistente zumbido que notaba en un rincón de la mente. Los altavoces siguieron emitiendo un murmullo cuando la energía empezó a circular por ellos y susurraron algo que no alcancé a comprender.

Pero sí oí claramente a Mel cuando me dijo, entre dientes y con una sonrisa pegada al rostro:

—Sonríe.

No podía.

Entre aquel mar de cuerpos impacientes que se empujaban unos a otros, entre las preguntas formuladas a gritos, me encontré accidentalmente con la mirada del chico al que había visto antes. No se había movido del lugar que ocupaba entonces, frente a su silla, y en ese momento yo también me sentí como si estuviera paralizada. Arqueó una ceja cuando finalmente apartó la mirada de mí y se concentró en un Defensor alto que en ese momento se abría paso entre la multitud.

La Defensora que aún me tenía cogida del brazo tiró de mí hacia delante, escalones abajo. No en dirección contraria a la multitud, sino hacia ella.

—¿Por qué vamos por aquí? —le pregunté.

Habría sido más rápido ir en dirección contraria, seguir el mismo camino que había seguido el agente Cooper para llegar al otro lado del Old Main.

—El protocolo de seguridad ha cambiado —murmuró la Defensora.

Su trenza oscura relucía en aquel calor húmedo.

Hay algo dentro de nosotros que cambia —o, mejor dicho, se despierta— cuando, en un momento determinado de nuestra vida, nos enfrentamos a la

muerte y la eludimos por los pelos. A partir de ese momento, es como si nos hubieran conectado a la mente una especie de intuición desconocida. No suena como una alarma cuando capta algo que no encaja. No siempre hace que se nos desboque el corazón. A veces, ni siquiera queda tiempo para eso.

Podemos llamarlo impulso, intuición o cualquier otra palabra que designe el instinto de supervivencia, pero una vez lo adquirimos, ya nunca desaparece. Y cuando se mueve, lo notamos como si fuera una capa de electricidad estática en la piel.

Nadie mejor que yo para saberlo. Lo había sentido desde el momento en que el coche de mi familia se me había calado accidentalmente en mitad de la I-495. Desde el segundo antes de que el camión embistiera el lado del pasajero del coche. Me había salvado tantas veces que no pensaba correr el riesgo de ignorarlo. Como solía decir Vida, hay veces en que tenemos que escuchar a nuestras entrañas y mandar a la mierda los buenos modales.

Pero hacerlo mientras las cámaras estaban grabando era un poco más complicado. No quería dar a nadie la satisfacción de verme asustada. No estaba dispuesta a acobardarme otra vez.

Y sin embargo... no era solo una sensación de inquietud. Una vibración débil y desconocida se había adueñado del aire, me provocaba un cosquilleo en la oreja, silbaba y quemaba.

En mitad de aquella mancha borrosa de la multitud que me rodeaba, vi a la chica del vestido color amarillo caléndula. Extendió una mano y le cogió el brazo al chico, al tiempo que señalaba algo a mi espalda.

Me volví para echar un vistazo por encima del hombro, en busca de lo que ellos habían visto. El silbido aumentó de intensidad y se fundió con el zumbido de los altavoces.

—Tendríamos que ir por otro sitio —le dijo Mel a la Defensora en voz baja—. Evitar la multitud.

«Sí. Sí, deberíamos». Los asistentes habían formado un cuello de botella

en la única entrada —y, por tanto, salida— de la valla de seguridad. El calor del día multiplicaba el olor a sudor y césped recién cortado, lo que me dejaba un regusto abrasador en la garganta.

Me volví de nuevo, en busca de un camino despejado para subir de nuevo al Old Main e ir en busca del agente Martinez, que parecía haber desaparecido. Pero cuando la multitud se separó, solo una figura seguía dirigiéndose hacia nosotros. Era el Defensor. El uniforme le quedaba demasiado estrecho en los hombros y tenía el rostro, de piel clara, empapado en relucientes gotas de sudor. Bajó la cabeza pero no la mirada. Me observó durante un instante demasiado largo. Antes de que pudiera señalarlo, ya estaba muy cerca de mí.

Lo bastante cerca como para que yo pudiera ver mi propio rostro reflejado en la reluciente insignia de su pecho.

Lo bastante cerca para ver que no había ninguna inscripción plateada a lo largo de su porra.

Lo bastante cerca para verlo introducir la mano libre en el bolsillo de la chaqueta del uniforme. Y para ver la forma letal de la pistola cuando acercó el dedo al gatillo.

No pensé. No grité. El rostro de la vieja de la carretera se me apareció en la mente justo cuando levantaba el brazo para disparar. Estiré los dedos hacia delante, lo bastante cerca de la porra como para chamuscar el extremo. El hombre apretó los dientes y entrecerró los ojos en un gesto de puro odio. Levantó la pistola sin sacarla del bolsillo y me apuntó al corazón.

Yo disparé antes.

Atraje la carga de las corrientes que vibraban en el aire y extraje un único hilo de electricidad que me brotó de la piel. Le apunté al pecho, con la idea de enviarle una descarga que lo hiciera salir despedido hacia atrás, pero...

—¡No! —gritó alguien.

La voz resonó en el aire justo cuando el Defensor —o quien fuera—

levantaba la porra para captar la descarga. Era de madera, o debería haber sido solo de madera, pero el hilo de luz estalló y formó un halo de chisporroteos que rodearon la porra y luego relampaguearon hasta atrapar al hombre en una jaula de violenta energía.

—¿Qué has hecho? —gritó Mel—. Dios, ¿qué has hecho?

Pero incluso su voz se perdió entre el rugido de los altavoces al estallar en una ola de fuego y estruendo.

4

Al principio, no había nada excepto silencio. Humo. Se me metió en lo más profundo de los pulmones y extrajo hasta el último vestigio de aire. Tenía el calor atrapado dentro, burbujeando hasta que creí que me separaría la piel de los músculos y los músculos de los huesos.

El dolor vino después.

El pánico me martilleaba el cráneo. El aire incandescente y la onda expansiva me habían levantado del suelo justo cuando el Defensor desaparecía en un torrente de plástico chamuscado y metal. El fuego se le había propagado al uniforme y al pelo, y se le había pegado como si fuera una segunda piel antes de devorarlo por completo. Y entonces yo había salido despedida... Me dolía la cabeza, y estaba todo muy oscuro, estaba tan oscuro...

Mi pecho se negaba a abrirse para dejar paso al aire que tanto necesitaba. No podía moverme. Mis nervios chillaban, aullaban y me dolían, pero la presión... la presión que me empujaba contra el duro e irregular suelo de piedra amenazaba con aplastarme.

Había humo por todas partes. Los jirones de humo se desplazaban por encima de mí, me acariciaban los cortes abiertos en brazos y pecho. Tenía el brazo derecho atrapado bajo una plancha de metal que me había caído encima. Traté de desplazarla hacia un lado, pero se me enganchó la muñeca en algo afilado. Me tragué un grito sordo de dolor.

«Piensa..., piensa...».

Mel. ¿Dónde estaba Mel?

Me retorcí todo lo que pude y el borde del metal se me clavó aún más en la

piel.

«No puedo quedarme aquí debajo... No puedo quedarme...».

«Alguien ha venido a matarte».

«Alguien ha venido a matarte».

«Atentado».

—Basta —me atraganté—. Basta.

Iba en contra de todo instinto, de todas las vocecillas de mi cabeza que me gritaban que saliera de allí, que me moviera, que respirara, pero me obligué a dejar de luchar contra la plancha de metal. Me obligué a respirar al aire abrasador, todas las bocanadas acres que pude tragar. «Cálmate».

No funcionó. Los Defensores, Mel, el chico, el teleprónter, el césped verde, verde... Todo empezó a darme vueltas en la cabeza. Traté de usar las uñas rotas para apartar la plancha que me impedía moverme. Respiraba, estaba viva... Todas las veces en que la oscuridad había intentado atraparme, me había escabullido. Había huido. Aún no me había llegado la hora. Estaba viva.

«Tengo que ayudarlos».

Cogí aire con un gruñido, arqueé la espalda e hice palanca con las rodillas para intentar empujar lo que fuera que me había caído encima.

Solo cuando noté en la mejilla el tacto áspero de la moqueta comprendí de qué se trataba: era una parte de la tarima provisional que habían colocado para mi discurso.

Empujé de nuevo y en esta ocasión se desplazó hacia los escalones cercanos, dejándome el espacio justo para acercar los dos brazos al pecho antes de que la plancha de metal me volviera a caer encima.

Y entonces, de repente, la presión, el peso y la oscuridad... todo desapareció.

La plancha de metal vibró cuando una figura trató de levantarla. Cuando la

luz del sol quedó momentáneamente oscurecida, pude verle el rostro con claridad.

Era el chico del pelo castaño.

En cuanto el peso dejó de oprimirme, me alejé de la plancha lo más rápido que pude. Con una expresión de alivio, el chico soltó el trozo de tarima de nuevo sobre los escalones, lo que provocó otra nube de polvo.

La sangre me empezó a circular otra vez por el cuerpo, me latió en las sienes y me provocó un doloroso hormigueo en las piernas entumecidas. Me pasé una mano por los ojos, que me escocían. La ceniza se arremolinaba en el aire como si se tratara de una violenta ventisca y, durante un segundo, tuve la sensación de que no estaba allí. Estaba en otra parte, mi cuerpo era pequeño y tenía la piel helada.

Noté el grito que se me iba abriendo paso en la garganta.

El muchacho, con los ojos relucientes, me sujetó por la parte superior de los brazos y me ayudó a levantarme cuando aún notaba los pies entumecidos. Me sostuvo con firmeza, incluso cuando se me doblaron los tobillos y me precipité hacia delante. El chico me zarandeó para intentar, o eso creí, que lo mirara a la cara.

Pero yo estaba mirando a su espalda.

«Mel».

Parecían las partes de una muñeca despedazada, arrojadas al suelo en plena pataleta infantil. Uno de sus zapatos de tacón estaba en los escalones, un poco más abajo de donde me hallaba yo, como si sencillamente se lo hubiera quitado un instante antes de que la sorprendiera la onda expansiva de la explosión. Los Defensores —la mujer que nos guiaba, el hombre de la pistola— estaban muertos: la tela gris de sus uniformes todavía humeaba.

La detonación había arrancado el césped y había dejado un rastro de ladrillos y tierra levantada. Unos pocos miembros del personal de la universidad y varios periodistas habían resultado gravemente heridos allí

cerca y trataban de alejarse del suelo en llamas. Tenían el cuerpo y la ropa tan chamuscados que prácticamente resultaban irreconocibles.

Di un salto cuando la primera figura se abrió paso entre la densa cortina de humo, pisoteando las destrozadas vallas de seguridad. Una mujer apareció justo detrás; su vestido veraniego estaba desgarrado en algunos puntos y manchado por la sangre que le resbalaba hasta las espinillas. Vi una expresión de perplejidad en su rostro, como si la explosión hubiera incinerado hasta el último pensamiento de su mente. No se tambaleó, ni siquiera al contemplar el brazo seccionado que sujetaba con la otra mano.

La gente emprendió una caótica huida en masa. Algunos pisotearon las cámaras hechas pedazos y esquivaron como pudieron a los heridos, a los muertos y a quienes trataban de ocuparse de ellos. Quienes permanecían de rodillas en el suelo, en mitad de aquel caos, gritaban en silencio. Niños. Padres y madres. Abuelos. Policías. Defensores. Sangre por todas partes. Y humo; mucho, mucho humo.

«Solo ha sido una chispa».

Solo había sido una descarga de energía. No podía haberse expandido de aquella manera, ni saltar a los altavoces. Yo era perfectamente capaz de mantener el control. Me volví de nuevo, esta vez hacia el lugar que debería haber ocupado la cabina de control. Hacia el lugar en el que debería haber estado el agente Martínez.

La presión que notaba en los brazos aumentó de nuevo. Me escocían los ojos, se me saltaban las lágrimas. El chico cambió de postura y bloqueó la imagen de la destrucción. Movía los labios, pero no conseguí entender más que unas pocas palabras: su voz sonaba amortiguada, como si me estuviera hablando bajo el agua.

—...volver... ya... ¿...oyes?

Él se dio cuenta exactamente en el mismo momento que yo de que no lo oía. Me encogí y traté de apartarme. El corazón me latía tan fuerte y tan

rápido que se me empezó a nublar la visión. El chico me sujetó con más fuerza y, en esta ocasión, me cogió la cara con una mano y me obligó a mirarlo de nuevo.

La tormenta de pánico y miedo que arreciaba en mi mente amainó durante un segundo. El chico siguió hablando. Una palabra. No hubiera sabido decir si de verdad lo oía o si solo imaginaba su voz, ronca y grave.

—¿Vale? ¿Vale?

No me había quedado completamente sorda, pero casi todos los sonidos que me rodeaban quedaban sofocados bajo un agudo zumbido que parecía salir de todas partes y, al mismo tiempo, de ninguna.

—¿Vale? —me gritó a pocos centímetros de la oreja—. ¿Vale?

Asentí, porque estaba viva. Asentí, porque era el único movimiento del que mi cuerpo parecía capaz en aquel instante. Pero no, no vale, pensé. Nada de aquello tenía sentido...

Ni siquiera podía llorar. Las lágrimas me brotaban por sí solas de los ojos, para eliminar el polvo y el humo. Y mi cerebro se negaba a sucumbir al dolor.

El chico me cogió el brazo de nuevo y me arrastró escalones abajo. Hacia los cuerpos.

Traté de resistirme, de regresar a la seguridad del Old Main. Todo aquello era de locos. La explosión. Los Defensores. Aquel desconocido... De pequeña, me habían enseñado que nunca debía irme con un desconocido. ¿Por qué, entonces, lo hacía en ese momento? Tal vez estuviera implicado en lo sucedido. Tal vez hubiera... tal vez hubiera amañado la explosión.

«Has sido tú —me susurró una voz—. Has perdido el control».

Negué con la cabeza y traté de soltarme. No había sido yo. Conocía muy bien mi poder.

Esa idea me tranquilizó y resonó en el interior de mi mente. «Conozco muy bien mi poder».

No había sido yo. Dejarme llevar por el pánico y caer en la trampa de esa espantosa posibilidad no me iba a servir de nada. Apreté los dientes y les ordené a mis manos que dejaran de temblar.

Plan: llegar al coche. Buscar a Cooper. Largarme de allí y llevarme a todo el que necesitara ayuda.

«Céntrate».

El chico me soltó cuando se dio cuenta de que intentaba liberarme. Me erguí y levanté la cabeza para buscar su mirada.

—¡Es peligroso! —gritó.

—¡Y una mierda! —le respondí. Señalé hacia el lugar en el que habíamos dejado el todoterreno—. ¡Coche!

Entre la capa de suciedad que le cubría el rostro, vi cambiar su expresión: la intensa mirada se convirtió en un gesto de sorpresa. Sin embargo, se recuperó al instante y adoptó de nuevo aquella mirada férrea y decidida. Asintió y me indicó con un gesto que le mostrara el camino.

Me volví. La chica que estaba antes con él apareció de forma inesperada. Su vestido amarillo destacaba entre la nube de humo. Tenía una quemadura en el antebrazo derecho, como si lo hubiera usado para protegerse del calor de la explosión. Le gritó algo al chico, que se volvió de inmediato para ver qué ocurría.

Un grupo de policías uniformados y de horrorizados espectadores se acercaban al lugar del siniestro. Algunos de los supervivientes se dejaron caer de rodillas y colocaron las manos tras la cabeza; otros echaron a correr desesperadamente, hacia los rifles que empuñaban los agentes de policía. Entre los policías había también algunos Defensores que habían sacado sus porras, aunque la mayoría se dirigían en ese momento a atender a los heridos.

La primera bala impactó contra los restos humeantes del altavoz segundos antes de que el restallido de la descarga de disparos hendiera el aire.

La chica de amarillo se lanzó al suelo, a la derecha. El chico se llevó la

mano a la parte trasera de los vaqueros, solo para descubrir que fuera lo que fuera lo que guardaba allí, ya no estaba. Sin decir una palabra, se volvió hacia un lado y me indicó por gestos que hiciera lo mismo.

Durante un segundo, creí que intentaba que yo me fijara en algo, pero no... Conocía bien aquel truco. Vida me lo había enseñado ya hacía años, antes de que se afanzara el nuevo gobierno.

«Colócate de lado y así le ofrecerás a tu atacante menos masa corporal a la que disparar».

Vi otro destello a lo lejos, entre el humo. En esta ocasión, la bala impactó cerca de mis pies y astilló la madera. Una astilla me desgarró la espinilla y a punto estuve de caer.

El chico inspeccionó los escalones a nuestro alrededor y reparó en otro panel de la tarima provisional, este más pequeño, que la explosión también había hecho saltar por los aires.

Se dirigió hacia él y, con un ágil movimiento, lo levantó de una patada, justo a tiempo de que la siguiente bala rebotara en él.

Era por el humo. No lo sabían. No podían ver a quién estaban disparando.

—¡Basta! —grité. Notaba la garganta dolorida y me salió una voz ronca—. ¡No disparéis! ¡No disparéis!

Veía entre el humo los fognazos de los disparos. Lo que quedaba del altavoz saltó en fragmentos negros y afilados, que me provocaron profundos cortes.

—¡Soy yo! —volví a gritar—. ¡Suzume!

El muchacho me obligó a arrojarme al suelo con él. Jadeó cuando la plancha de metal absorbió la fuerza del impacto de las balas y se fue doblando cada vez más, hasta quedar a pocos milímetros de su cara.

—No lo saben —dije tratando de zafarme de él.

Pensaban que él era el atacante. Pensaban que alguien me había tomado

como rehén. Y él no lo entendía. Teníamos que encontrar enseguida a Cooper o a Martinez.

El chico me gritó algo y se aseguró de que yo escuchara perfectamente hasta la última palabra.

—¡Saben que eres tú!

Negué con la cabeza y la boca se me llenó de sangre al morderme la lengua. El chico estaba a pocos centímetros de mi cara y respiraba con dificultad. Jadeaba y yo respondía de la misma forma. No apoyaba en mí el peso de su cuerpo, pero sí notaba su calor. Me resbalaban gotas de sudor por el pecho, no sabía si tuyas o mías.

«Se equivoca», pensé. «No tiene ni idea...».

—¿Estás conmigo o no? —gritó el chico—. ¿Puedes correr?

¿Cuál era el protocolo? ¿Qué habría hecho Mel?

—¡Deberíamos esperar! —dije—. ¡Tenemos que hacerles entender que no somos una amenaza!

—¡Y una mierda! —me gritó él junto a la oreja—. Yo no quiero morir aquí, ¿y tú?

«No».

No sé de dónde salió la voz, la misma voz de antes que ahora me susurraba las palabras del teleprónter: «Alguien ha venido a matarte». Transcurrieron unos instantes agónicos y las palabras fueron cambiando lentamente, deslizándose y crujiendo como una serpiente al mudar de piel: «Te van a matar».

Y alguien había estado a punto de conseguirlo. Pero no pensaba quedarme allí tendida y permitir que lo hicieran ahora, ni encajar una bala por error.

«¿Quieres morir aquí?».

Miré al chico.

Él me comprendió y me apretó el brazo. Un segundo después, corríamos hacia el coche.

El fuego de las armas rugía a nuestra espalda, como una ola que nos pisara los talones en mitad del océano. La chica del vestido amarillo apareció entre el humo y abrió mucho los ojos al vernos. Nos indicó por señas que la siguiéramos y gritó algo que yo no entendí, pero el chico sí. Se volvió hacia mí y señaló a la chica con la barbilla.

Asentí y seguí el camino que ella nos abría, para lo cual apartaba a los horrorizados testigos y a los empleados de la universidad que ocupaban los escalones superiores. Solo entonces cesaron los disparos. El chico arrojó a un lado la plancha de metal que había utilizado para protegernos.

«¿Qué está pasando?».

Alguien trató de sujetarme con una mano, pero le resbaló debido a la capa de polvo y ceniza que me cubría el brazo.

«¿Qué está pasando?».

—¡...nte! ¡Detente ahora...! ¡...ume!

Varios coches de policía y camiones de bomberos aparecieron en el césped, delante del Old Main. Las luces destellaban mientras rodeaban el ya inservible perímetro de seguridad.

«Han venido a ayudar. Han venido para asumir el control de la situación». Por fin un protocolo que funcionaba. Registrarían la zona, se asegurarían de que no hubiera peligro. Ayudarían a los heridos. Y encontrarían al responsable de... todo aquello.

Tenía que haber sido un atentado. Había hecho saltar por los aires los altavoces, a ambos lados del escenario, y había destrozado la cabina de control. Y en ese momento lo recordé: no se había producido una única explosión. Habían sido tres explosiones distintas, ocurridas en el tiempo en que yo había tardado en coger aire por última vez.

«Tres detonaciones —me susurró la misma voz siniestra en los aún doloridos oídos— ¿o una única y poderosa corriente eléctrica viajando a través del conductor que compartían?».

Se me revolvió el estómago y noté la bilis en la garganta. Ahora que habían llegado las autoridades, era solo cuestión de tiempo que averiguaran qué o quién era el responsable... y si tenía o no relación con la advertencia del teleprónter.

Seguimos a la marea de espectadores y empleados despavoridos hasta donde la línea de Defensores les cerraba el paso. Allí les dieron el alto, los rodearon y los condujeron en pequeños grupos hacia un lugar seguro. Al ver aquella imagen, sentí cierto alivio y se me escapó un profundo suspiro.

En lugar de dirigirse de cabeza hacia aquella red de seguridad que formaban los uniformes grises, el chico y la chica giraron bruscamente a la derecha al llegar al final del Old Main y se dirigieron a la calle que estaba al otro lado del inmenso edificio.

Aminoré el paso, aunque la gente me seguía empujando desde todos los lados. La chica fue la primera en darse cuenta de que yo me había quedado atrás y le hizo un gesto al chico para que siguiera andando mientras ella regresaba a buscarme. En su rostro, manchado de ceniza, apareció una expresión de incredulidad.

—¿En serio? —me gritó—. ¡No me digas que ahora voy a tener que llevarte a cuestas!

Los Defensores estaban allí para ayudar. Desvié la mirada de la chica al enjambre de uniformes grises, incluidos los que nos habían visto... y que en ese momento nos señalaban y nos gritaban algo.

«Los Defensores estaban aquí para ayudar».

Aquellas palabras, escritas en relucientes letras plateadas. La promesa, el juramento que todos tomaban. «Para la defensa común».

Pero había sido un Defensor quien nos había conducido a Mel y a mí hacia los altavoces. Un Defensor que, además, llevaba una pistola en el bolsillo, aunque les estaba prohibido usar armas letales.

No me permití analizarlo más detenidamente. Me limité a seguir a la chica.

Gracias a sus largas piernas, me sacó ventaja y alcanzó antes que yo a su amigo. Pegué la barbilla al pecho y cojeé tras ellos lo más rápido que pude.

La fuente que se encontraba detrás del Old Main, reconvertida en un monumento a la Generación Perdida de la comunidad, borboteaba como si nada hubiera ocurrido. Por lo demás, el lateral del edificio parecía abandonado. Varios coches obstruían el aparcamiento: sus propietarios los habían abandonado, algunos incluso con las puertas abiertas y el motor en marcha. Excepto uno.

Tendría que haberme parecido extraño, pero sentí tanto alivio que ni siquiera lo pensé. Eché a correr hacia nuestro todoterreno y solo entonces me fijé en que los faros estaban agrietados y los tapacubos derretidos a consecuencia del ataque anterior.

El chico trató de cogerme del hombro, pero lo esquivé. El corazón me latía desbocado cuando prácticamente me estrellé contra el lado del pasajero del todoterreno. A través de los cristales tintados, distinguí la silueta del agente Cooper.

Golpeé el cristal para llamar su atención.

—¡Cooper! —grité. Aquello no era propio de él. Nunca, y ya hacía años que lo conocía, lo había visto tan inmóvil—. ¡Agente Cooper!

El penetrante zumbido que notaba en los oídos aumentó de intensidad, adaptándose a los latidos de mi corazón mientras corría hacia el lado del conductor del todoterreno.

Antes de ver al agente, reparé en las figuras distorsionadas del chico y de la chica a través del cristal reventado de la ventanilla del conductor. Me fijé en el agujero del parabrisas. Y solo entonces vi a Cooper. Estaba inclinado hacia delante, con el cinturón de seguridad aún puesto. La sangre que le goteaba de la frente formaba un charco sobre el regazo, justo donde le habían caído las gafas de sol. Uno de los cristales estaba hecho añicos.

Metí las manos en el habitáculo y me corté en los brazos con los bordes

afilados de la ventanilla rota. Lo cogí por el hombro, por la corbata, pero enseguida retrocedí al notar la sangre aún caliente. Tenía el lado izquierdo del cráneo reventado y se le veía el blanco del hueso. Y el tono rosado de los tejidos blandos.

Los últimos vestigios de compostura que me quedaban, cada vez más diluidos, desaparecieron y me encontré de repente en la oscuridad más aterradora.

La oscuridad me cubrió los ojos y la mente. Supe que estaba gritando porque me ardía la garganta. Se me acumuló el calor en las palmas de las manos y el motor del coche arrancó con un carraspeo. El único faro que aún funcionaba se encendió y reventó sobre el asfalto. El sonido monótono y sordo del claxon se abrió paso, finalmente, entre el agudo grito que tenía clavado en los oídos.

«¿Qué coño está pasando?».

Noté un desplazamiento del aire, a mi espalda. Me volví con el codo en alto, dispuesta a golpear al chico en el pecho. No soportaba la idea de que me tocaran, menos aún cuando la carga de la batería del coche me inundaba los sentidos y me otorgaba un poder y un control que segundos antes no tenía.

Una mano me agarró la cabeza y me apartó del coche de un tirón. Los tacones se me engancharon en la irregular superficie asfaltada y perdí el equilibrio. La goma del guante se me enganchó en una trenza y noté un doloroso tirón en el cuero cabelludo.

Grité de nuevo y traté de golpear a la persona que estaba detrás de mí, fuera quien fuera. La carga eléctrica se enroscó justo por encima de mis nudillos y entre los dedos, chisporroteando en el aire. Luego alcanzó a mi atacante, pero justo en la gruesa coraza que se había puesto encima del mono negro. Todo, desde el casco que llevaba hasta la suela de las botas, estaba protegido por una gruesa capa de goma parecida a la de los neumáticos.

La corriente de energía emitió un destello blanco al toparse con la

resistencia de aquella armadura y viajó por el aire, en busca de otro conductor.

«Mierda». No percibía ningún dispositivo electrónico en aquel hombre, ni siquiera un intercomunicador en la oreja. «¡Mierda!».

Mi cuerpo supo qué hacer un segundo antes de que mi mente le diera la orden. Me quedé inerte y me convertí en un peso muerto. El asfalto me rozaba la parte posterior de las piernas, me arañaba los tobillos, pero la sorpresa de aquel movimiento fue suficiente para que el tipo dejara de agarrarme el pelo con tanta fuerza.

Giré rápidamente una pierna para darle en el tobillo con el pie. Por el rabillo del ojo vi al chico, que en ese momento rodeaba rápidamente el coche con una pistola pequeña en la mano. Retrocedió, sorprendido, cuando me puse en pie de un salto y le di uno, dos y tres puñetazos en la garganta a mi atacante.

—¡Al suelo!

Me lancé hacia la izquierda cuando oí el primer disparo. El atacante retrocedió tambaleándose y se llevó la mano al pecho, justo donde el chaleco de goma había detenido la bala. Vi el gesto inexpresivo del chico al rectificar la trayectoria apenas unos centímetros y disparar de nuevo.

«Pero qué coño...». Era un disparo imposible, resultaba difícilísimo acertar entre el casco del hombre, que le tapaba casi media cara, y la parte alta del chaleco, que le protegía la parte inferior. Hasta a Vida le habría resultado difícil.

El hombre se desplomó al suelo sangrando, entre el chico y yo.

El chico dio un paso hacia mí. Yo retrocedí también un paso, con el corazón casi en la garganta. Aquel chico no era un psi cualquiera... no era un chico cualquiera. Hacía falta mucho entrenamiento para...

—¿Quién coño eres tú? —le ladré.

«Está metido en esto —me susurró la voz—. Él y la chica».

Su expresión impenetrable desapareció justo cuando bajaba la pistola, pero volvió a empuñarla de inmediato y se volvió hacia la fuente.

Otro hombre vestido completamente de negro había derribado a la chica del vestido amarillo, pero ella se defendía golpeándole la rótula con el pie. Era tan alta, tan musculosa y tan atlética que estaban prácticamente en igualdad de condiciones... hasta que él la apuntó con una pistola.

Me dejé llevar por el instinto y eché a correr hacia ellos, pero el hombre no estaba solo... No estábamos solos. Otros tres hombres, todos vestidos con el mismo uniforme oscuro, aparecieron corriendo tras los coches de policía y nos apuntaron con sus pistolas.

—¡Vete! —me gritó el chico.

Volví la mirada hacia él justo cuando le disparaba al atacante de su amiga. El chico me dirigió una última mirada y luego se volvió hacia la chica. El soldado se dejó caer de rodillas sobre el estómago de la chica y la inmovilizó.

La chica gritó de dolor mientras extendía una mano para golpearlo en el casco y luego tiraba de la correa con la intención de estrangularlo. Puesto que ella no paraba de patear para tratar de invertir la posición y que el soldado se esforzaba por seguir inmovilizándola, el chico no tenía un buen blanco.

—¡Priya! —gritó el chico—. ¡Quieta!

El hombre —el soldado, o lo que fuera— metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un dispositivo manual de color amarillo.

Hacía mucho tiempo que no veía ninguno, menos aún un modelo tan antiguo. Hacía muchos, muchos, muchos años, a cientos de kilómetros de allí, en una carretera en mitad de ninguna parte. El recuerdo se adueñó de mi mente y me llenó la boca de electricidad estática, hasta que tuve la sensación de que las chispas me recorrían los dientes.

Pero cuando sonó el Ruido Blanco, no pude oírlo. Ni sentirlo.

Los demás, sí, sin embargo; y supe exactamente qué sentían, supe exactamente cómo el Ruido Blanco hacía trizas sus pensamientos y prendía

fuego a sus terminaciones nerviosas. El chico luchó por mantenerse en pie mientras le empezaba a salir sangre de la nariz. La chica se quedó completamente paralizada. El hombre se echó a reír cuando la golpeó de nuevo y ella no reaccionó.

Los otros hombres se abalanzaron de inmediato sobre el chico y empezaron a golpearlo y patearlo hasta que él también se desplomó sobre la acera. Trató de levantar la cabeza para mirarme. Le leí los labios: «¡Corre!».

Podía hacerlo. Podía coger uno de los coches abandonados en el aparcamiento y largarme de allí con viento fresco. Al darme cuenta de ello, se me doblaron las rodillas y me temblaron las manos.

Pero si no había sido capaz de abandonar a aquella desconocida en la gasolinera de Virginia Occidental cuando necesitaba ayuda, tampoco podía abandonar ahora a aquellos desconocidos, menos aún después de que ellos hubieran intentado ayudarme a mí. Aunque no consiguiera nada, debía intentarlo. Ese día ya había esquivado a la muerte en una ocasión, podía volver a hacerlo. No era débil, ni pequeña ni estaba asustada. Ya no era aquella niñita.

Él había confiado en mí. Y yo los había conducido hasta allí, hasta aquel caos. Por tanto, me correspondía también a mí sacarlos de allí.

Aquellas palabras me centellearon en la mente cuando me lancé contra el hombre que llevaba el dispositivo en la mano y le clavé las uñas rotas en la piel expuesta de la mejilla. Aún estaba encima de la chica y lo derribé hacia un lado, sin dejar de arañarlo hasta que conseguí hacerme con el dispositivo. Lo rocé con los dedos y empezó a chisporrotear y a despedir chispas cuando la funda de plástico se derritió e inutilizó los cables.

Los chicos dejaron de retorcerse, pero antes de que me diera tiempo a despertarlos, un par de brazos me sujetaron por detrás y me atenazaron el pecho. Me alzaron en vilo hasta que dejé de tocar el suelo con los pies. Retorcí el cuerpo y traté de reventarle la cara con la parte posterior de la

cabeza, pero solo conseguí darme contra el casco. Un montón de estrellitas negras me nublaron la visión.

—¡Zorra estúpida! —gritó el hombre mientras me arrojaba al suelo. Me estrellé contra el cemento, jadeando—. ¡Te voy a matar, joder, me da igual lo que...!

—¡Calma! —aulló alguien—. Vamos, no hay tiempo...

Alguien me puso en la cara un trapo húmedo que despedía un nauseabundo olor dulzón. Traté de arrastrarme hacia el chico inconsciente, pero solo conseguí que apretaran el trapo con más fuerza. Cloroformo.

«Dejadme ayudar..., dejadme ayudar..., dejadme...».

Traté de resistirme a la pesadez que notaba, me enfadé al notar en los ojos el escozor de las lágrimas y al ver que la creciente oscuridad se iba tragando la imagen del chico, las palabras y mi dolor, hasta que lo único que me quedó fue la oscuridad del sueño más profundo.

5

Perdía y recuperaba el conocimiento, me deslizaba entre la realidad y los sueños, entre la luz y la oscuridad.

Como si fuera una brisa pasajera, mi mente giraba en el interior del cráneo. La presión de las correas de cuero que me habían colocado sobre los hombros, el estómago y las piernas para inmovilizarme, me desorientaba. Solo estaba allí una parte de mí. La otra ascendía hacia las rendijas del techo metálico, me empujaba hacia aquellas estrechas franjas de luz. Las sombras de las paredes eran como pesadillas olvidadas mucho tiempo atrás, merodeando en torno a su presa.

Cada vez que cerraba los ojos, aparecía un nuevo escenario. Fogatas. Carreteras oscuras. Vallas electrificadas. De la oscuridad surgían vallas que se iban acercando más y más. Me observaban, desdibujadas e irreales. Estaban todos allí, todas las personas a las que había conocido. Mis amigos. El supervisor de Caledonia. Gabe. Mel. La anciana. Tenía sobre la cabeza una corona de chispas e hilos de energía que chisporroteaban.

Todos ellos me observaban, pero sin acercarse. Sin ayudarme. Expresaban ideas inconexas, sus voces sonaban irregulares.

—...todas partes, buscándola...

—Quedarnos aquí, esperar órdenes...

—El camión...

Me ardían los párpados y se me cerraron solos, por su propio peso. Las lágrimas y las costras atrapadas en las pestañas pesaban como el plomo. Esta vez, solo había oscuridad.

No había absolutamente nada.

Al principio, pensaba que era sangre.

El hedor metálico se me metió en la nariz, se me pegó al pelo y a la piel hasta que me resultó imposible huir de él. Me obligué a abrir los ojos y me deslumbró la intensidad de la luz procedente de lo alto. A medida que iban desapareciendo de mis retinas los puntitos negros, conseguí distinguir las manchas del techo. Y de las paredes que me rodeaban.

Solo era óxido. Pero al ver todas aquellas manchas y aquellas gotas teñidas de rojo que caían con regularidad en un pequeño charco, cerca de mi cabeza, la bilis me subió a la garganta y creí que me iba a ahogar en mi propio vómito.

«Respira». Cogí aire por la nariz y luego lo expulsé despacio. Tal y como me había enseñado la doctora Poiner durante nuestra primera sesión, ya hacía tres años, cuando al pasado le crecieron dientes de repente y empezó a seguirme a todas partes.

«Respira para superar el pánico —me enseñó—. Busca cinco cosas que puedas ver, cuatro cosas que puedas tocar, tres cosas que puedas oír, dos cosas que puedas oler y una cosa que puedas probar».

«Tres paredes, el techo, mi camiseta —conté—. Las protuberancias del metal, el rastro húmedo de condensación, las manchas viejas y nuevas de óxido, la madera áspera debajo de mi cuerpo. Mi corazón, las gotas de agua, mi respiración. Gasolina y algo medio podrido. Mi sudor».

Al concentrarme en mis sentidos uno a uno, me di cuenta de algo más: que volvía a oír. El zumbido de la electricidad estática había disminuido lo suficiente como para no bloquear los demás sonidos. Pero seguía allí, revoloteando como una mosca atrapada en el oído.

Cogí aire otra vez y traté de sentarme. Las correas que me inmovilizaban chirriaron, pero no cedieron. Estaba tendida de espaldas y notaba humedad allí donde mi cuerpo tocaba el suelo. A juzgar por la forma de aquel reducido

espacio, debía de tratarse de una especie de cobertizo... ¿o quizá un contenedor marítimo?

Incliné el cuello hacia atrás y vislumbré entre las sombras dos figuras largas e inmóviles. Lo recordé todo con un estremecimiento que me hizo ser consciente de lo ocurrido. No sabía dónde estaba, pero no estaba sola.

Alguien respiraba de forma agitada, tratando de librarse de las correas. Parecía presa del pánico y tuve que hacer un esfuerzo para que no me invadiera a mí también.

—¿Hola? —dije. Noté la garganta dolorida al hablar.

—Baja la voz. —Era el chico. Lo dijo en voz tan baja que apenas lo oí. Sin dejar de tirar de las correas, añadió—: Hay guardias apostados ahí fuera.

Parte de la tensión que notaba en los hombros desapareció, lo cual me permitió respirar mejor.

—Ah, qué bien —respondí, también en un susurro pero tratando de que mi voz sonara alegre. Era el método patentado por Liam Stewart, consistente en tragarse el propio miedo para intentar aplacar el de los demás—. Me preocupaba que escapar resultara demasiado fácil.

—¿Demasiado fácil? —repitió, olvidándose momentáneamente de las correas. Estaba a punto de explicarle el arte del sarcasmo inoportuno cuando dijo, casi como si estuviera probando por primera vez en su vida un tono burlón—. Entonces..., te alegrará saber que parecen llevar toda clase de armas excepto lanzallamas.

Giré de nuevo el cuello para mirarlo, aunque no vi mucho más allá de sus zapatillas deportivas cubiertas de barro reseco. Respiraba de forma más pausada y, pese a la poca luz, me di cuenta de que él también estaba retorciendo el cuerpo para intentar verme.

—¿Que no tienen lanzallamas? —dije—. Pero bueno, ¿qué clase de organización criminal es esta?

—Una bastante estúpida —respondió en un susurro—. Lo bastante

imprudente como para intentar capturarte y lo bastante insensata como para subestimar tu capacidad de defenderte. Creo que se han llevado el susto de su vida.

Aquello era, precisamente, lo que más necesitaba creer en aquel momento: que era perfectamente capaz de conseguir que saliéramos de allí y hacer que quienes nos había capturado lo lamentaran. Y aquella hebra de confianza se fue abriendo camino dentro de mí.

—Pues es una lástima. Lo del lanzallamas, digo. Porque sé usarlo, ¿sabes?

—Lo dices como si pretendieras sorprenderme —dijo el chico en voz baja—. Como si no te hubiera visto golpear a un tío el doble de grande que tú con una descarga de energía.

Eso era cierto. Lo había hecho, ¿no? Ese recuerdo bastó para hacerme revivir de golpe los momentos posteriores a la explosión: él y su amiga golpeados y reducidos en el suelo; la armadura de los soldados que bloqueaba mi energía; el chico que me gritaba que corriera.

¿Me habría dicho que huyera de haber estado ellos implicados en lo sucedido? ¿Estarían aquí —fuera donde fuera ese «aquí»— encerrados conmigo? Después del atentado, el chico se había comportado con calma, sin perder los nervios. Incluso cuando nos habían atacado los soldados parecía haberse sumergido aún más en ese autocontrol, como si simplemente hubiera adoptado una táctica distinta, más letal.

Apenas un minuto antes, sin embargo, lo había oído respirar agitadamente. Había percibido su pánico creciente como si se tratara de mi propio pulso latiendo bajo la piel.

—Lo siento —susurré—, la verdad es que todo esto no tiene la menor gracia.

—No lo sientas —respondió él—. El sentido del humor va muy bien para aliviar el estrés.

Al oír su voz con más claridad, detecté el rastro de un acento extranjero.

¿Polaco, quizá? ¿Ruso?

Se me escapó una risa débil.

—Eso es justo lo que habría dicho un amigo mío.

Dios. Chubs debía de estar muy preocupado. Seguro que él y los demás se estaban volviendo locos. En cuanto saliéramos de allí, lo primero que haría sería llamarlo.

«Sal de aquí, busca un teléfono, haz la llamada». Ni siquiera podía considerarse un plan, pero me aferré a él. Aunque quedaran todavía cien pasos previos que solucionar, me sirvió como base real para empezar a planificar. Solo la posibilidad de escuchar su voz, después de todo lo ocurrido, me dio las fuerzas necesarias para probar de nuevo la resistencia de las correas.

—Según me han informado, soy tan gracioso como una piedra —susurró—, lo cual significa que mi sentido del humor es «inexistente» y en absoluto «sorprendentemente original».

—No sé, yo creo que no lo haces del todo mal —le dije empujando de nuevo las correas—. Podemos practicarlo cuando salgamos de aquí. Y por casualidad no sabrás dónde estamos, ¿verdad?

Transcurrió un largo instante antes de que respondiera. Lo oí tragar con dificultad y oí también el chirrido del cuero cuando intentó moverse. Cuando habló, su voz sonó hueca. Lejana.

—Un contenedor de almacenaje... Una especie de estación de clasificación.

Las oleadas de pánico empezaron a remitir, liberando la presión insoportable que notaba en el pecho, despejando los puntos paralizados por la ansiedad. Y, en esos sitios, floreció algo nuevo.

Rabia.

Por la amenaza recibida durante el discurso. Por Mel. Por los heridos. Por Cooper. Por haber hecho pedazos la delicada paz que habíamos conseguido

arañar después de casi cinco años de lucha. Por el chico y la chica atrapados conmigo en aquella oscura red.

Tenía que existir una relación entre ambas cosas, entre el atentado y nuestra captura. Desde el momento en que la Defensora había bajado conmigo los escalones del Old Main, en dirección al otro Defensor, el de la porra equivocada y la pistola, hasta el momento en que habíamos llegado al aparcamiento y nos habíamos encontrado con el tipo provisto del equipo táctico de protección que había anulado mi poder.

Habían ido a por mí.

—Saldremos de aquí —le dije sin molestarme en bajar la voz—. ¿Ves a tu alrededor algo que podamos usar para abrir los cierres de las correas?

—Guardias —me recordó el chico en voz baja.

En aquel momento, lo único que oía yo era el viento que soplaba fuera del contenedor. Mi trabajo me exigía actuar siempre con la mayor reserva y ser muy cautelosa a la hora de elegir las palabras, así que fue un alivio para mí poder decir por fin exactamente lo que pensaba.

—Pues que me oigan, me da igual —dije levantando la voz lo suficiente como para que rebotara en las paredes de metal—. Quiero que se enteren de lo mal que lo van a pasar en cuanto salgamos de aquí.

Silencio. El chico se movió y giró el cuello para mirar hacia lo que, supuse, debía de ser la entrada.

—¿Está...? La chica... ¿está bien? —le pregunté—. Creo que le propinaron una buena paliza...

—¿Priyanka? Las ha recibido peores —dijo sin demasiada alegría—. Una advertencia: no tardará mucho en despertarse y se enfrentará a ti para ver quién sale primero de aquí, si tú o ella. Por favor, no os olvidéis de quitarme las correas cuando huyáis. —Por algún motivo, no le hizo falta levantar la voz como había hecho yo para que su mensaje llegara más allá de las paredes

del contenedor. Sus palabras eran puro hielo—. Y cuando tú acabes con ellos, me aseguraré de que ni siquiera parezcan humanos.

No hubo respuesta. Ni siquiera un golpe en la puerta para decirnos que nos calláramos. Ni tampoco insultos.

Cogí aire y lo solté, y me estremecí cuando me cayó en la frente una gruesa gota de agua teñida de óxido.

—Puede que se hayan ido —aventuré—. Que se hayan tomado un descanso para hacer otras maldades por ahí. Supongo que tendría que habértelo preguntado antes, pero... ¿estás bien?

—Lo único que quiero es... salir de aquí —dijo con voz entrecortada. Se movió de nuevo y me pregunté qué era lo que intentaba ver—. ¿Se te ocurre algún motivo por el que quisieran cogerte?

O sea, que él también suponía que yo era el objetivo y que tanto él como su amiga no eran más que daños colaterales.

Daños colaterales que, casualmente, peleaban con una eficacia que yo solo había visto en soldados profesionales.

—¿Para que haga una declaración? ¿A cambio de un rescate? —Decidí ponerlo a prueba, ver qué me contaba acerca de sí mismo antes de cerrarse en banda—. ¿Por qué asumes que no iban a por ti? ¿O a por Priyanka?

—Porque yo no soy nadie —dijo en voz baja—. Y no sé qué iban a ganar capturando a Priyanka, a menos que su intención sea vendernos al mejor postor. Pero ni siquiera eso tiene mucho sentido, teniendo en cuenta quién eres tú. Es un riesgo demasiado grande.

—Dudo que se arriesguen a vender un psi. El Gobierno impide cualquier intento ilegal de trasladar a los psi, ya sea dentro o fuera del país —dije—. Y por eso nos vigilan tan de cerca, para prevenir esa posibilidad.

—De acuerdo —dijo despacio—. ¿Qué quieres hacer, entonces?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo quieres que organicemos la fuga? —aclaró—. No sabría decirte

cuánto tiempo llevamos aquí, pero si de verdad se han marchado los guardias, puede que se estén preparando para trasladarnos.

Al asimilar sus palabras, sentí nacer en mi interior una especie de calma firme y radiante. De nuevo, el chico recurría a mí para saber qué hacer.

Confiaba en mí.

—Por lo general, me gustan los viajes por carretera, pero no podemos permitir que nos trasladen —dije—. Si vienen a quitarnos las correas para llevarnos a otro transporte, espera a que estemos todos libres. Y entonces atacamos.

—De acuerdo.

Cerré momentáneamente los ojos y expulsé el aire por la nariz.

—No tengas miedo —dijo él en voz baja.

—Estaba a punto de decirte lo mismo —respondí. Supongo que se me debió de partir el labio en algún momento después de perder el conocimiento, porque el corte se me abrió de nuevo al hablar y noté el sabor de la sangre—. Seguro que me están buscando y en cuanto consigamos salir de aquí, sobre esos gilipollas caerá todo el peso de la ley por las muertes que han causado. Ya me encargaré yo de que así sea.

Se hizo de nuevo el silencio entre nosotros.

—¿Y yo qué? —preguntó al fin.

—Puedes ayudar, si quieres —le dije.

—No —me interrumpió—. Quiero decir... ¿a mí me harás lo mismo? ¿Te asegurarás de que yo tampoco escape a la ley?

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—De los hombres —prosiguió—. Los que he matado.

De los hombres a los que había despachado con una gélida profesionalidad, con aquella expresión impenetrable en el rostro.

—Eso ha sido en legítima defensa —dije mientras me preguntaba a quién trataba de convencer—. Cualquiera con ojos en la cara se habría dado cuenta.

—Para nosotros —dijo— no existe eso que llaman legítima defensa.

—¿Qué quieres decir? —En vista de que no respondía, insistí—: ¿Quién eres tú para poder haber hecho lo que hiciste? No eres un universitario, ¿verdad? Dime la verdad, ¿qué hacías en el discurso?

—No es así —dijo rápidamente—. Suzume, escucha...

Oí a mi espalda un fatigoso lamento metálico. Entró la luz del día y nos envolvió en el manto dorado del atardecer. Cuanto más miraba hacia la abertura y hacia las siluetas que allí se recortaban, más se me humedecían los ojos.

—No sé quién coño sois... —les grité.

Me interrumpió un golpe metálico, seguido de un siniestro siseo. A nuestro alrededor se empezó a formar una nube de gas, que pronto llenó el reducido espacio. Las puertas volvieron a cerrarse y alguien corrió desde fuera un pesado cerrojo. La atmósfera se impregnó de un olor acre, a producto químico.

—Mierda —dijo el chico arrastrando un poco las palabras—. No respires. Intenta no...

Me costaba pensar y tuve la sensación de que todo me empezaba a dar vueltas otra vez. La oscuridad se convirtió en un remolino que se me acercaba con demasiada rapidez y tuve miedo, me pregunté si volvería a despertarme alguna vez.

—Tu nombre —dije jadeando—. ¿Cómo te llamas?

Me resistía a perder el conocimiento y empujé las correas con el cuerpo una vez más. No podía ser, todo aquello no podía estar pasando... No podía marcharme sin saber...

Antes de que el mundo entero se diluyera en la oscuridad, escuché una única palabra:

—Roman.

6

Cuando volví en mí, lo primero que oí fue el ruido de unas ruedas sobre el asfalto, voces apagadas y el aliento ruidoso y húmedo de un hombre inclinado sobre mí.

Estaba otra vez tendida de espaldas y el intenso calor me cocía por todos los lados. El hedor a goma caliente lo impregnaba todo. Me estaba ahumando viva en mi propio sudor.

—Mierda —gruñó entonces una voz—. Puta luz...

Oí el crujido de una articulación cuando el hombre se levantó. Me pisó la espinilla al alejarse.

Luché para permanecer despierta. Para fijarme en todo lo que me rodeaba antes de que la inconsciencia se acercara sigilosamente y se me llevara otra vez.

El lugar estaba completamente a oscuras, a excepción de la débil luz sujeta a la parte superior del casco del hombre. Llevaba el mismo uniforme negro que los tipos que nos habían capturado, pero tenía la piel tan blanca como un fantasma en plena oscuridad. Su figura despedía un brillo antinatural; era como perseguir las sombras en un vívido sueño. Lo veía todo borroso y no sabía si de verdad estaba colgando junto a mí una bolsa llena de líquido amarillo o solo era una alucinación.

No lo era.

La luz del casco empezó a parpadear. Le dio un golpe con el puño y el resplandor iluminó entonces el cuerpo dormido de Roman, tendido de espaldas. El tipo lo empujó con la bota y lo colocó sobre un costado, de forma que mirara hacia el otro lado. Excepto por la respiración superficial,

Roman no se movió, ni siquiera cuando el hombre se arrodilló tras él y empezó a toquetear la bolsa... la...

Me esforcé por recordar el nombre.

Roman tenía las manos atadas a la espalda con una brida negra. No le veía los pies, pero supuse que se los habían atado también con bridas. Yo también notaba los tobillos demasiado juntos y algo duro que se me clavaba en la piel.

Cuando el hombre levantó la mirada y lo enfocó con la luz del casco, vi el líquido que goteaba de la bolsa por el fino tubo que la conectaba al brazo de Roman. Tenía una aguja clavada en el brazo y sujeta con una ancha tira de esparadrapo.

Pero... entorné los ojos, a la espera de que las manchas negras desaparecieran de mi visión. Las bolsas de suero de Roman y de Priyanka colgaban burdamente de las correas del techo, cuya función era sin duda asegurar la carga dentro del contenedor.

Me empezó a doler el brazo en el mismo punto en que ellos llevaban la aguja clavada. Notaba una presión desconocida y constante justo donde me habían introducido una aguja bajo la piel. De allí partía un tubo transparente que iba hasta la bolsa de suero, colgada de un soporte metálico. Las primeras gotas del mismo líquido amarillo descendían ya por el tubo, hacia mi brazo.

Veía manchas de todos los colores flotando delante de los ojos, pero experimenté una nueva oleada de pánico que se impuso al efecto de aquella droga, fuera cual fuera. Intenté mover las manos y se me llenaron de arena caliente.

No podía moverlas. Las tenía atadas. Y no con bridas, sino con esposas de verdad, forradas con goma. Me empezaron a caer gotas de sudor por la frente, la garganta y el pecho.

La droga me dejaba un regusto amargo en la boca a medida que me entraba en el cuerpo. En apenas dos segundos, tuve dificultades para concentrar la mirada en el hombre que estaba inclinado sobre Roman. Pero cuando

finalmente me dio la espalda, giré la cabeza hacia el tubo de la bolsa de suero, lo sujeté con los dientes y tiré... con fuerza.

La larga aguja se me salió parcialmente del brazo. El esparadrapo siseó al despegarse una punta.

Tensé el cuerpo y apreté las manos con fuerza, como si fueran garras. Seguí observando la espalda del hombre. Esperando.

No se volvió. Tosió sin taparse la boca y se ensució de sudor y mocos la manga de la camisa negra que llevaba. Se me llenaron los oídos de electricidad estática al coger de nuevo el tubo con los dientes. En ningún momento aparté la mirada de él, ni siquiera cuando el corazón me empezó a latir desbocado a modo de advertencia.

El esparadrapo cedió finalmente y se levantó lo suficiente como para que la aguja se desprendiera. La droga me manchó la muñeca y el dorso de la mano y goteó sobre la esterilla de goma en la que me habían tendido.

El hombre se incorporó de nuevo y sacó un teléfono móvil del bolsillo. Escribió un mensaje. La pantalla le iluminó el rostro con un débil resplandor azulado. Eso, sumado a la luz del casco, me bastó para confirmar lo que ya sospechaba.

Era una especie de camión articulado. Hasta el último centímetro, desde el interior de la puerta hasta el suelo, pasando por las paredes, estaba cubierto de viejos neumáticos, cortados y derretidos para volver a unirlos formando una especie de colcha negra alquitranada.

Poco a poco se me empezaban a aclarar las ideas en la mente y los fragmentos se iban uniendo. Contemplé el soporte metálico del que colgaba mi bolsa de suero y, luego, la forma improvisada en que habían colgado las de Roman y Priyanka.

Nuestras sospechas estaban fundadas. Solo iban a por mí.

El chico también era un amarillo, ¿no? Le había visto el distintivo y suponía que también nuestros secuestradores. Pero yo era la única que

llevaba esposas de verdad, forradas con goma. La chica era una verde, considerados relativamente inofensivos por la mayoría de la población, pero le habían atado las manos delante del cuerpo y también tenía los tobillos atados con bridas. Si solo iban a por mí... ¿por qué no habían matado directamente a los otros dos, para no dejar testigos?

Una posible respuesta era el efecto multiplicador. ¿Qué era mejor que un rehén? Tres rehenes. Podían matar a uno de ellos, o incluso a los dos, para demostrar que no tendrían reparos en matarme también a mí.

Pero no podía quitarme de encima esa intuición que había tenido respecto a Roman y Priyanka. Me había recorrido el cuerpo entero, como una descarga eléctrica, desde el momento en que había visto a Roman disparar aquel primer tiro y, desde entonces, ya no había desaparecido.

No me gustaba sospechar de los psi que necesitaban ayuda; me provocaba más náuseas que los sedantes. Si hubiera puesto en duda las intenciones de todo desconocido que se hallaba en una situación aterradora, jamás le habría abierto la puerta de la camioneta a Ruby, tantos años atrás.

Pero los atacantes, aquellos dos psi, los hombres que nos habían capturado... Todos los implicados parecían demasiado bien entrenados. Nadie disparaba como Roman sin muchas horas de práctica y entrenamiento. Nadie peleaba con la seguridad de Priyanka si nunca antes lo había hecho.

Era posible, al fin y al cabo, que sí estuvieran implicados en todo aquello. Quería creer que todos los psi se apoyaban mutuamente, pero tampoco era tonta. Por un lado, existía aquel grupo nihilista, el Círculo psiónico, que no hacía más que lanzar amenazas que echaban por tierra todo el trabajo del Consejo de los psi. Por otro lado, los secuestradores podían haber contratado a aquellos dos chicos para que hicieran de cebo, a sabiendas de que era probable que yo aceptara su ayuda. Si era cierto, habían hecho muy bien su trabajo.

Pero... ellos también estaban atados, a ellos también los habían drogado.

Como solía decir Vida, la mejor forma de salir de la mierda era taparse la nariz con una mano, sostener una granada con la otra y entrar a saco. En ese momento, lo que necesitaba era neutralizar la amenaza más inmediata y luego despertar a los otros dos para obtener respuestas. Puesto que era la única de los tres que aún permanecía consciente, me correspondía a mí decidir cómo hacerlo.

—Cambiano el Op... —dijo el hombre mientras se volvía a guardar el teléfono en la funda de piel que llevaba sujeta al cinturón y daba dos pasos vacilantes hacia la pared tras la cual se hallaba la cabina del camión. La golpeó con fuerza—. ¿Has visto esa mierda? ¿Por qué cojones los tenemos que llevar allí? El punto de intersección de zonas va a ser una puta pesadilla.

No conseguí entender la respuesta, pero sí distinguir otras dos voces masculinas.

—Vale, vale —murmuró el hombre.

La luz del casco parpadeó de nuevo al iluminarlos y, esta vez, la dirigió hacia Priyanka, que estaba a mi izquierda. La bolsa de suero que colgaba justo encima de ella estaba vacía y se había arrugado, como si quisiera más.

Notaba bajo el cuerpo la vibración del camión. Cerré los ojos cuando el hombre pasó junto a mí. La pierna derecha de Priyanka me rozó la pierna izquierda cuando el hombre se agachó, le cogió la barbilla con una mano enguantada y le pellizcó las suaves mejillas. Observó el rostro de la joven y lo acercó a sus labios enmascarados. Le lanzó un beso y le susurró algo en tono burlón.

La rabia se fue adueñando de mí, centímetro a centímetro. Giré los dedos hacia las esposas y traté de liberar la mano derecha sin movimientos bruscos, para que no se diera cuenta. El hombre llevaba una pistola en una cadera y un cuchillo, con su funda, en la otra. Pero también llevaba el dispositivo de Ruido Blanco en el cinturón de herramientas y un *smartphone* en el bolsillo. Y, si no me equivocaba, un intercomunicador en la oreja.

Apartó el rostro de Priyanka con una especie de siseo y dejó que se golpeará la cabeza contra la esterilla de goma del suelo. Fruncí el labio superior, en un gesto de rabia, cuando el hombre dejó descansar la mirada — un segundo más de lo necesario— justo allí donde el vestido de la joven dejaba los muslos al descubierto.

Ah, así que se trataba de eso... Era de esa clase de cabrones...

La mente se me llenó de pensamientos desbocados y me sentí poderosa. Me animaban a actuar, apelaban a una parte de mí que no reconocía. Allí, en la oscuridad, podía convertirme en otra persona. En alguien que no se limitaba a posar delante del público, perfectamente arreglada y sonriente. Sonriendo siempre, por horrible que fuera lo que el mundo me arrojara a la cara. Allí no había caras. No había protocolos.

Solo había espacio para la huida. La supervivencia.

El hombre se volvió y apartó de una patada la pierna de Priyanka para acercarse a la pequeña nevera que estaba junto a la puerta.

—Tienes suerte de que no nos ordenara que te rompiéramos las piernas para que no pudieras huir —le dijo tan tranquilo, como si estuviera leyendo el parte meteorológico. «Nublado, con posibilidades de agonía»—. Yo no estaba de acuerdo, claro. —Abrió la tapa y la luz parpadeante de su casco iluminó la bolsa de líquido amarillo que sacó del interior. Se volvió hacia la chica, que quedó de nuevo iluminada—. Me habría encantado partirte un hueso tras otro, empezando por la cadera.

Supe que mi organismo había empezado a anular los efectos de la droga porque noté de repente las palabras en la punta de la lengua. Y las pronuncié con mucha claridad, pese a tener la garganta dolorida.

—Te ponen cachondo las chicas inconscientes, ¿no?

La bolsa de líquido se le cayó de la mano y fue a parar a la esterilla de goma. El camión aceleró, con un rugido del motor. Percibí el destello de la corriente eléctrica que recorría el cuerpo del camión, pero no conseguí

acceder a ella. Había demasiadas capas de aislamiento de goma entre la corriente y yo.

El hombre apoyó la mano en el charco de líquido vertido junto a mí.

—Zorra escurridiza —dijo en tono de incredulidad.

—Vuelve a llamarme zorra y podrás comprobar lo afilados que tengo los dientes.

—Tienes la lengua muy larga, tú —dijo—. Estaba pensando que podríamos darle un buen uso, por muy monstruo que seas. A lo mejor te mantengo despierta, aunque solamente sea para oírte gritar.

Se echó a reír y la sombra que vivía dentro de mí, aquel rinconcito oscuro de mi corazón que tanto me avergonzaba cuando exigía más, empezó a moverse. A despertar.

«¿Cuántas personas tienen que morir por tu culpa, antes de que te decidas a hacer algo?».

Dejé de pensar. Aparqué a un lado la calma tan cuidadosamente programada. Dejé que una ola de rabia arrastrara lejos de mi mente a Mel y todos sus consejos.

Y entonces yo también me eché a reír.

Me salió una risa angustiada, irregular. Cuando el hombre la oyó, contuvo una exclamación.

—Basta —ladró mientras se acercaba a mí tambaleándose.

La luz me deslumbraba, pero me negué a cerrar los ojos. Me pisó el tobillo y tuve que contener un grito de dolor cuando apoyó sobre él todo el peso del cuerpo. Un desafío, una amenaza.

—A mí también me parece divertido —le dije—. En serio, es la mar de divertido pensar en lo mucho que te deben de odiar tus amigotes de arriba.

Estaba lo bastante cerca como para verlo desviar la mirada, cosa que confirmó lo que yo ya sospechaba: creían que bastaba con las drogas. Que las esposas se encargarían del resto.

—¿De qué coño estás hablando?

—Te han dejado aquí encerrado conmigo, ¿no?

El corte del labio se me volvió a abrir al sonreír.

—Cállate de una puta vez —gruñó mientras se alejaba hecho una furia hacia la parte trasera del camión para recoger las drogas.

La fuerza de aquellas palabras hizo que Priyanka empezara a moverse otra vez. Su bolsa seguía vacía, esperando a que alguien la sustituyera.

—No puedo matarte, monstruo, pero puedo aprovechar estas últimas horas para hacerte pasar un infierno. Así que ponme a prueba, zorra.

—¿Qué te he dicho yo de esa palabra? —le pregunté.

Busqué la energía del intercomunicador que llevaba en la oreja y la atrapé. Pese a que me palpitaba la cabeza, solo me hizo falta concentrarme unos pocos segundos para freír el sistema de circuitos bajo la pequeña carcasa de plástico.

—¡Joder! —gritó el hombre al tiempo que se llevaba la mano a la oreja.

Un hilillo de humo se abrió paso entre sus dedos cuando intentó arrancarse el dispositivo.

—Lo han revestido todo de goma para protegerse ellos y proteger el camión. Pero no se han molestado en decirte que no llevaras ningún aparato electrónico. —Levanté las manos esposadas—. Te han hecho creer que si no te tocaba no podía hacerte nada, ¿verdad?

El hombre acercó la mano libre al dispositivo de Ruido Blanco.

Explicarle a alguien lo que yo podía llegar a hacer era prácticamente imposible, a menos que lo hubiera experimentado en sus propias carnes. La mayor parte de las veces, lo fundamental era fingir que no poseía ningún poder. Que no oía con todos los sentidos la sinfonía de vibraciones y zumbidos electrónicos, ni percibía bajo los pies el gruñido de las líneas de alta tensión subterráneas.

Era aterrador. Siempre me lo había parecido, ya desde niña. La inmensidad

de aquel poder. La carga innata de mi mente, que ansiaba conectarse a cualquier circuito cercano, unirse a él y completarlo.

Traté de llegar hasta las pilas. Y ellas de llegar hasta mí.

El dispositivo le explotó en la mano. Una astilla de plástico caliente me dio en la espinilla cuando el hombre cayó hacia atrás, aturdido por el ruido y el dolor. Pero yo aún no había terminado, no hasta que mi mente tuviera a su alcance la batería del teléfono.

—Di que lo sientes —le dije con voz ronca.

—¡Serás... zorra!

La batería del teléfono le explotó dentro del bolsillo del uniforme. El fuego le prendió los pantalones y se propagó rápidamente hacia el costado, el cuello, la cara, el casco... Se dejó caer al suelo, tratando de apagar las llamas, y gritó con tanta desesperación que me sorprendió que los otros no detuvieran el camión. El calor se extendió por la goma y la derritió bajo su cuerpo.

Cogí aire y me senté. La oscuridad me acechaba por todas partes, envuelta en humo. Me obligué a erguir el cuerpo, a observar.

El hombre se retorció y gemía, tratando de arrastrarse hasta la puerta. Ya estaba a punto de alcanzarla cuando se estremeció una última vez y se desplomó. El fuego siguió ardiendo hasta que ya no hubo nada que quemar y dejó sobre la esterilla de goma un rastro de finos y relucientes hilillos. Cuando se apagó la última llama, lo único que quedó fue la oscuridad. La oscuridad y el sonido de las ruedas sobre el asfalto, que parecían seguir el compás de mi pulso acelerado.

7

Me sobresalté al escuchar la voz de Priyanka.

—Hostia... puta...

La chica se volvió ligeramente hacia un lado y dio un bote cuando el tubo del gotero tiró de ella hacia atrás. Sacudió bruscamente las manos atadas y arrancó la bolsa, ya vacía, de la correa del techo a la que la habían sujetado.

—Espera, déjame que te ayude —dije.

Pero había hablado demasiado rápido. Tenía los tobillos atados con varias vueltas de brida, que a duras penas me dejaban el margen de movimiento suficiente para doblar las rodillas bajo el cuerpo y arrastrarme hacia ella centímetro a centímetro.

La cadena que unía mis esposas tintineó y se tensó cuando le arranqué el esparadrapo de un tirón.

—Joder, ¡ay! —exclamó, pero no le hice caso.

—¿Y eso te ha dolido? —le pregunté con incredulidad.

La luz del casco del hombre aún estaba encendida e iluminaba la pared junto a ella. Me aseguré de no freír también aquel dispositivo, porque podíamos necesitarlo en alguna ocasión. Por el momento, sin embargo, solo iluminaba la colección de cortes y moretones que lucía Priyanka. El hecho de verlos me hizo volver a la realidad de mis propias heridas y, durante un segundo, el dolor me dejó casi sin aliento.

Sacudí la cabeza, tratando de ahuyentar las punzadas palpitantes que sentía mientras le quitaba el tubo del gotero a Roman, que aún lo llevaba clavado al brazo.

—Lo añadiré a mi lista de quejas —murmuró Priyanka.

Roman suspiró débilmente cuando le extraje la aguja, pero no se despertó de inmediato como yo esperaba.

Bajé de un tirón la bolsa de líquido amarillo y la acerqué a la luz del casco en busca de una etiqueta o algo parecido. Faltaba aproximadamente una cuarta parte del líquido. Tuve la sensación de que a Roman le habían inyectado una dosis más alta que a Priyanka o a mí, así que no sabía cuánto tiempo permanecería inconsciente ni si tendríamos que largarnos del remolque sin él.

«Sería más fácil». No pude impedir que aquella idea fuese cobrando forma en mi mente. Una persona menos de la que huir, en caso de necesidad. Una razón menos para dudar de mi instinto.

Pero también una persona menos para luchar contra quienes nos habían capturado.

Suspiré profundamente. ¿A quién pretendía engañar? No tenía la menor intención de dejar a allí a ninguno de los dos, no pensaba abandonarlos a merced de aquellos tipos. Para empezar, porque no sería capaz de volver a mirarme al espejo. Si existía la más remota posibilidad de que solo fueran personas inocentes, entonces merecían tener las mismas oportunidades que yo de escapar de allí.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó Priyanka arrastrando un poco las palabras.

Como si fuera una gruesa cortina, la ondulada melena negra le cayó sobre los hombros cuando se apoyó en un codo y, finalmente, se puso de pie. Era obvio que su organismo aún estaba bajo los efectos de la droga, pues tenía la mirada ligeramente vidriosa de alguien cuyo cerebro está envuelto en niebla. Lo cual significa que yo aún disponía de una oportunidad.

En otro tiempo, en un mundo muy distinto, me habría sentido culpable por intentarlo, pero era una cuestión de vida o muerte. Y yo pensaba salir viva de aquel camión, fuera como fuese.

—A mí me preocupa un poco más saber quién nos ha capturado —dije en tono neutro—. ¿Has reconocido a alguno de esos tipos?

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo al tiempo que se llevaba las manos atadas a la zona de la mejilla en la que le estaba empezando a salir un nuevo moretón, del tamaño de un dedo—. ¿No deberías ser tú quien tuviera un catálogo de tipos malos con el que podamos empezar a trabajar? ¿Quiénes son esos idiotas que salen a gritar a las carreteras y van a los discursos con pancartas?

—¿Te refieres a los del Observatorio para la Libertad? —pregunté.

—Si son ellos los que creen que vosotros los psi deberíais formar una especie de ejército expiatorio, entonces sí, los del Observatorio para la Libertad.

Un escalofrío me recorrió la espalda de arriba abajo.

—¿Vosotros los psi? —pregunté. Ni siquiera sé cómo conseguí pronunciar aquellas palabras. Tampoco sé cómo conseguí sonreír, pues notaba en el rostro la gélida caricia del pánico—. ¿Te has dado un golpe muy fuerte o qué?

Transcurrió un instante de silencio antes de que Priyanka levantara una mano y se la acercara al rostro.

—Sí. Uf, tengo la cabeza como un bombo ahora mismo... Soy... —Cogió aire por la nariz y le lanzó una ojeada a Roman—. Soy... soy uno de esos... un prodigio.

—¿Perdona?

—Eh... ¿una verde? Bueno, no sé cuál es la etiqueta «correcta» según el Gobierno —dijo.

Nada de aquello tenía sentido. Nada de nada. ¿Es que ni siquiera eran psi? No los había visto usar sus aptitudes... Y parecían jóvenes, pero no más que muchos adultos que no se habían visto afectados por la ENIAA.

«Haz algo», pensé palpando de nuevo el cierre de las esposas. «No dejes

que huyan antes que tú».

Me incliné hacia delante, apoyé las palmas de las manos en el suelo y me arrastré hacia el cadáver del hombre. Priyanka no dejaba de observarme y su mirada casi me asfixiaba. Contuve el aliento mientras hacía un esfuerzo para no volverme hacia ella y mirarla abiertamente.

Llaves. Necesitaba las llaves de las esposas. Palpé el pecho chamuscado del hombre, en busca de lo que pudiera quedar de algún bolsillo. El hedor a pelo quemado y piel carbonizada me dio arcadas, hasta el punto de que tuve que contener la respiración. El cinturón de herramientas que aún llevaba estaba en mejores condiciones, pero los bolsillos que colgaban de él o estaban llenos de cigarrillos o vacíos.

Lo que estaba haciendo era espantoso, pero mi mente funcionaba otra vez en modo de supervivencia. En lo único que podía concentrarme en ese momento era en salir de aquel camión y seguir con vida.

Si el tipo llevaba encima las llaves de las esposas, se habían derretido o se le habían caído mientras intentaba salvarse. Lo más probable, sin embargo, era que las tuviera uno de los soldados que viajaban en la cabina.

—Ya es bastante malo que tengamos que ir anunciando nuestras aptitudes con estos horribles distintivos, ¿por qué encima tenemos que usar las etiquetas que nos ponen? —preguntó Priyanka—. ¿Por qué las han conservado tus amigos psi del Gobierno?

Me temblaron los dedos al rozar el mango del pequeño cuchillo que el hombre llevaba sujeto al cinturón de herramientas. Tal vez funcionara. Lo único que tenía que hacer era introducir la hoja entre los eslabones de la cadena y aplicar la fuerza necesaria para romper al menos uno de ellos.

Reparé con la mirada en la pistola que el hombre llevaba al costado y, cuando finalmente me volví a mirar a Priyanka, me di cuenta de que ella también la estaba mirando.

Y entonces volvió hacia mí sus ojos oscuros.

«Mierda», pensé al tiempo que sacaba el cuchillo del cinturón y sujetaba el mango con fuerza. «Di algo, di algo...».

Pero fue Priyanka quien rompió el silencio. Chasqueó la lengua y me dedicó una sonrisa demasiado fácil como para ser del todo natural.

—Vaya, qué sorpresa, tú sin respuestas. ¿Es que quien te escribe los discursos no te ha preparado ninguna respuesta ingeniosa?

Sabía que eran muchos los psi que no le veían sentido al trabajo que estábamos realizando con Cruz y el Gobierno provisional, pero tampoco veían ni la mitad de las cosas a las que nos enfrentábamos. Siempre era más fácil mostrarse cínico que arremangarse para echar una mano.

—Bueno, ya veo que no eres una entusiasta de mi trabajo —dije con voz neutra—. Pero supongo que tiene sentido. Roman ya me ha contado que no estabais allí por el discurso.

Era una mentira, pero de todas maneras ella entreabrió los labios en un gesto de sorpresa.

El miedo y la decepción se enredaron entre sí, hasta el punto de que me resultó difícil distinguir un sentimiento del otro.

«Quería estar equivocada».

Quería creerlos.

Tuve la sensación de que veía, tras sus ojos oscuros, el remolino de ideas y excusas que ella iba descartando, unas tras otra, en busca de otras mejores. Finalmente, se decidió por la que yo imaginaba: negarlo todo rotundamente.

—Es evidente que tenía la mente confusa por la droga esa que le han inyectado en el organismo. Estábamos allí porque teníamos que estar, como alumnos del nuevo curso.

Era tentador seguir escarbando, sobre todo porque las preguntas empezaban a amontonarse unas sobre otras, como un castillo de naipes. Pero bastaba un solo movimiento en falso, por pequeño que fuera, para que el castillo entero se me cayera encima y empeorara una situación ya de por sí

peligrosa. Una leve sospecha podía parecer normal, pero si Roman y Priyanka tenían otros planes para mí, presionarlos demasiado en busca de respuestas solo serviría para que se cerraran en banda y guardaran silencio.

Solo existía una forma garantizada de salir de allí y ponerme en contacto con D.C.: sola.

—Tienes razón. Además, puede ser que me entendiera mal —dije—. Vuestros familiares deben de estar preocupadísimos por vosotros. ¿Sabéis si alguno de ellos ha resultado herido? En cuanto salgamos de aquí buscaremos un teléfono para que podáis llamarlos.

O comprobaríamos si buscaban alguna excusa para no hacerlo. O si se limitaban a fingir la llamada.

—Ojito con lo que dices —me soltó Priyanka—. Roman es mi única familia y viceversa.

«Mierda». Mi mente decidió que la forzada ligereza de aquellas palabras indicaba sinceridad. La vergüenza me abrasó la garganta. No tendría que haber sacado el tema de las familias. Yo era la primera que no quería hablar de la mía.

—Lo siento —dije con una débil sonrisa—. Es que estoy de los nervios. Pero respondiendo a tu anterior tu pregunta... La verdad es que no tengo ni idea de quiénes son. Podría ser un grupo antigobierno, los antipsi, el Círculo psiónico...

Priyanka me tendió las manos para que le cortara las bridas y, finalmente, pareció relajarse un poco. Antes de cortar sus bridas, sin embargo, me ocupé de las que llevaba yo en los tobillos. Cuando finalmente dejó caer las manos sobre el regazo, la expresión de su rostro ya no era velada. El destello de suspicacia había desaparecido de su mirada y, durante una fracción de segundo, percibí en su expresión el rastro de una sonrisa. Un rastro fugaz, sí...
...pero lo había visto.

«¿Quién eres?». Me esforcé por conservar una expresión impenetrable en

el rostro, pese a que se me había erizado el vello de la nuca. «¿Quién coño eres?».

—Bueno, puedes tachar de la lista al Círculo psiónico —dijo Priyanka—. No han sido ellos.

—¿Por qué estás tan segura? —le pregunté.

Aquel grupo era una especie de fantasma. Eran muchas las agencias que trataban de seguirles el rastro y se les atribuían varios actos violentos, pero nunca salían de las sombras. Muchos creían que estaba formado por antiguos miembros de la Liga de los Niños, pero todos los que en su día integraban la Liga estaban controlados y, en su mayoría, trabajaban directamente para el Gobierno.

—Porque —dijo Priyanka— antes trabajábamos para ellos.

El camión dio un brusco bandazo al pasar por encima de un bache. Me la quedé mirando.

—Venga ya —dijo ella—. ¿Crees que no me fijé en la cara que se te quedó cuando Roman se cargó a aquellos tíos? —preguntó al tiempo que desviaba la mirada hacia su amigo—. No eres tonta ni tampoco estás ciega. Es evidente que hemos recibido entrenamiento táctico. Me sorprende que no se te ocurriera a ti solita.

Su tono era tan provocador que me empezó a hervir la sangre y tuve que respirar hondo.

—No estaba segura de que el Círculo psiónico existiera de verdad —le dije.

«¿Y qué pruebas tienes?».

—Bueno, supongo que eso es porque la idea es pasar desapercibidos y luchar de forma encubierta por las cosas que nadie en el Gobierno está dispuesto a ofrecernos —dijo Priyanka siguiendo con el cuerpo el vaivén del camión—. Y lo más importante, está formado solo por psi.

Muy inteligente. Me aparté los mechones de pelo empapados en sudor que

se me habían pegado a la cara mientras analizaba aquellas palabras. Había elegido el único grupo del que el Gobierno, y eso me incluía también a mí, no sabía prácticamente nada. Desde el momento en que había oído hablar por primera vez del Círculo psiónico, no me había gustado nada la idea. Lo último que necesitaban los psi era un grupo clandestino que anduviera por ahí sembrando el caos.

—O sea que estabais allí para... ¿qué exactamente? ¿Informar sobre lo que yo dijera?

—Estábamos allí en busca de un nuevo comienzo —dijo en tono significativo—. Tratábamos de enderezar de nuevo nuestras vidas después de abandonar una organización que resultó ser demasiado. Demasiado violenta. Por otro lado, tu discurso se estaba retransmitiendo, ¿recuerdas? ¿Qué información iba a recoger yo que no pudiera conseguir viendo la tele, cómodamente sentada en mi habitación de la residencia universitaria?

En realidad, se me ocurrían unas cuantas cosas: protocolos de seguridad, identificar el coche que utilizábamos, vigilar a Mel o a los agentes y detectar potenciales amenazas...

—Por lo menos, podría haberme quedado tumbada en mi cama, comiendo Pop-Tarts —dijo—. ¿Crees que nos apetecía estar allí, oyéndote hablar de lo próximo que nos va a arrebatarse el Gobierno? La asistencia era obligatoria. Prácticamente nos sacaron a rastras de las residencias.

Si algo he aprendido de los mentirosos es esto: que siempre ofrecen demasiados detalles. Lo de las Pop-Tarts era un detalle encantador, pero Priyanka no era la única que podía sacarse de la manga una elaborada tapadera.

—Vaya, pues lamento haber interrumpido tu ajetreado día —le dije—. La verdad es que las habitaciones de las residencias son muy bonitas. Southgate, ¿no? Antes del discurso, el decano nos ofreció una visita guiada a la

universidad. Es allí donde apareció al final la cabeza perdida de la mascota, ¿no?

Mentira, mentira, mentira. Southgate no era la residencia de estudiantes que había reabierto sus puertas. Ni siquiera era una residencia. Y, hasta donde yo sabía, la cabeza de la mascota nunca había desaparecido.

Se produjo un silencio que se alargó un segundo más de la cuenta, hasta que Priyanka me miró a los ojos.

—Sí —dijo lentamente—. La encontraron en el horno de la cocina del tercer piso.

«Mentirosa».

Lo lógico habría sido experimentar una pequeña sensación de victoria, pero en lugar de eso se me pusieron los nervios de punta. Cuanto más me observaba ella, como si me estuviera desafiando a pedirle explicaciones, como si quisiera comprobar qué pasaría si se las pedía, más me sentía como si me estuvieran arrancando la piel a tiras, lentamente.

Notaba la mano empapada en sudor y aferré el cuchillo con más fuerza, al tiempo que me lo acercaba al cuerpo.

—Me alegro de que salierais de allí. Del Círculo psiónico, me refiero —dije—. Pero me sorprende que un grupo que básicamente suena a organización terrorista os dejara marchar sin más, teniendo en cuenta el secretismo que lo rodea.

—Tuvimos que fingir nuestra propia muerte para poder marcharnos —dijo en tono brusco—. Y adelante, por mí puedes llamarlos como quieras, pero al menos ellos intentan trabajar en nombre de los psi.

—No, lo que hacen es estropear nuestro trabajo —le dije—. No puedes pegarle fuego a la casa cuando aún estamos todos dentro. Si lo que quieres es crear un cambio perdurable, tienes que entrar y sentarte a la mesa. Lo único que ha conseguido el Círculo psiónico es asustar a la gente, lo cual hace mucho más difícil el trabajo de los buenos.

—Te crees de verdad lo que dices, ¿no? —preguntó Priyanka.

No me apetecía discutir con ella sobre ese tema y tampoco veía la necesidad de justificarme. Trabajaba con el Gobierno porque, pese a todos sus defectos, seguía siendo nuestra mayor apuesta para obtener protección y seguridad.

Levanté las manos esposadas y sentí una extraña sensación de vacío cuando me obligué a encogerme de hombros.

Finalmente, Priyanka desvió la mirada hacia Roman. Dejó escapar un largo suspiro y luego empezó a hablar de nuevo, esta vez en un tono más suave.

—Mira. Aunque estoy dispuesta a confesar que existen ciertos elementos criminales en este país que no me son desconocidos, estos tíos... Sinceramente, me han parecido del montón, los típicos matones. Tenían entrenamiento, eso está claro, así que tal vez sean exmilitares. O antiguos miembros de las FEP que ofrecen sus servicios a terceras partes. O sea, ¿tanto te cuesta...?

—¿Qué? —la apremié.

—Mi mejor amigo, que es tan heroico como estúpido, ha sobrevivido a la explosión de una bomba. Y por si eso fuera poco, corrió hacia ti no porque seas quien eres, sino porque creyó que necesitabas ayuda —dijo—. Y ahora, por favor, ¿podríamos concentrarnos en buscar la manera de salir de aquí?

Me invadió una desagradable punzada de culpabilidad. La aspereza de su voz se me había antojado...

Desvié la mirada. Si resultaba que todo aquello era cierto, podía sentirme culpable y pedir disculpas más tarde. De momento, sin embargo, tenía que suavizar un poco la situación.

—Tienes razón, perdóname. Solo intento buscarle sentido a lo que ha ocurrido.

—¿Qué... ocurre? —nos interrumpió una débil voz. Y luego, más firme—: ¿Priyanka?

Las dos nos sobresaltamos cuando Roman se volvió y quedó tendido de espaldas. Parpadeó varias veces en la luz tenue.

—Estoy aquí —dijo Priyanka al tiempo que se inclinaba sobre él—. ¿Estás bien, amiguito?

Se movió despacio, como si quisiera eludir los efectos de la droga, y trató de apoyar las plantas de los pies en el suelo. Las bridas que le ataban los tobillos, sin embargo, se trabaron en el punto en que se cruzaban con las que le ataban las manos a la espalda.

La pequeña resistencia que ofrecieron bastó para que Roman se sobresaltara. Retorció el cuerpo entero y, con un gemido de pánico, se tendió de lado.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Priyanka levantando un poco la voz mientras él seguía forcejeando con sus ataduras—. Roman, espera. No, no lo hagas... Ni se te ocurra...

Roman retorció el cuerpo en una postura imposible: encorvó los hombros hacia delante, tensó los brazos y los músculos de la espalda...

—¡No te lo pienso volver a poner en su sitio! —exclamó Priyanka—. ¡No...!

Se oyó un desagradable crac cuando la brida que le unía las manos a la espalda se partió y se le dislocó el brazo izquierdo.

Retrocedí, horrorizada al escuchar aquel sonido. «¿Pero qué coño...?».

A Priyanka le entraron arcadas.

—¡Joder! ¿Quieres dejar de comportarte como un bruto?

Roman se sentó trabajosamente, con una mano apoyada en el hombro.

—Ah, no, ni hablar —dijo Priyanka—. No voy a permitir que lo hagas... déjame a mí...

Le apoyó una mano en el hombro y apretó la mandíbula. Tuve apenas medio segundo para desviar la mirada antes de que se lo recolocara. El único sonido que emitió Roman fue un gruñido de dolor y, luego, un largo suspiro.

—¿Qué? Ahora no pretenderás cortar con los dientes las bridas de los tobillos, ¿verdad? —refunfuñó Priyanka al ver que él las estaba examinando. El camión dio un brusco bandazo a la derecha y todos nos balanceamos—. ¿Ya has terminado de hacer el numerito?

Roman siguió contemplando las bridas y ladeó la cabeza. Como si se lo estuviera pensando.

—Eh..., eh... —empecé a decir tendiéndole torpemente el cuchillo—. ¿Te sirve?

—¿El hombre no ha dicho quiénes son ni adónde nos llevan?

Roman tenía la cabeza de oscura melena inclinada sobre mis esposas y me giraba las manos a uno y otro lado. El roce de sus dedos era suave y, por un segundo, me desconcentró, me hizo olvidar que tenía las manos y los dedos llenos de callos. Eran las manos de alguien que lleva muchos años manejando armas.

No me había fijado antes, pero tenía el dorso de la mano derecha cubierto por una especie de telaraña de oscuras cicatrices. Parecían heridas muy dolorosas. Le giré delicadamente la mano para observar mejor las cicatrices, pero él la apartó de inmediato.

—Lo siento —murmuré.

¿Qué podía haberle causado aquellas marcas? ¿El fuego?

Roman siguió con el rostro vuelto hacia abajo, incluso cuando tocó de nuevo las esposas.

—Una estupidez que cometí —explicó en voz baja—. Fue culpa mía.

Puesto que no le respondí, levantó la mirada y me observó entre los mechones de pelo alborotado. Me fijé en sus ojos relucientes, enmarcados por gruesas pestañas. Aunque su rostro no dejaba traslucir lo que pensaba, en lo más profundo de aquellos ojos percibí una poderosa corriente de emociones.

El peligro era que me atraían cada vez más, por mucho que mi mente me ordenara apartar la mirada.

Ojos de poeta, manos de asesino.

«¿Quién coño eres?».

—Estamos en deuda contigo —dijo al tiempo que señalaba con un gesto el cadáver del hombre—. Seguro que ni se lo ha visto venir.

En aquel momento, me había parecido que no me quedaba más opción que atacar a aquel hombre, pero ya no estaba tan segura y me preguntaba si habría cometido un error al revelar lo que era capaz de hacer.

—Se lo merecía.

Empecé a acalorarme bajo la intensa mirada de Roman, pero tenía la mente hecha un lío. Me miró de la misma forma en que me había mirado al salir de entre los escombros tras el atentado, con una poderosa combinación de alivio y gratitud. Y no lo entendí.

«Distancia», me recordé a mí misma.

Retiré las manos y erguí el cuerpo todo lo que pude.

—En fin, lo único que pude sacarle es que habían cambiado el Op, pero no entendí qué quería decir. También dijo que aún quedaban varias horas de camino.

Intenté no pensar en las circunstancias en las que había obtenido aquella información.

—Op —se burló Priyanka, repitiendo la palabra—. Op.

—¿Y a ti qué te pasa? —le solté.

—Tienes que quedarte muy quieta durante un segundo —nos interrumpió Roman, con una voz tan firme y tranquila como la carretera que teníamos debajo—. No puedo quitarte las esposas sin la llave, pero al menos esto te dará mayor libertad de movimientos.

Acercó la punta del cuchillo y la introdujo entre dos de los pequeños eslabones de la cadena que unía las esposas. Si él podía mantener las manos

inmóviles en aquella situación, incluso con los bandazos que daba del camión, yo no estaba dispuesta a ser menos.

—Es que es muy gracioso oírtelo decir —respondió Priyanka en un tono de voz aún más agudo—. Op.

Los eslabones de metal se rompieron y por fin pude separar las muñecas.

—¿Suelen esposarte muy a menudo? —le pregunté a Roman, frotando los aros metálicos que aún me ceñían las muñecas.

Roman bajó la mirada hacia el filo del cuchillo, como si tratara de encontrar la respuesta.

—¿Aún estamos intentando aliviar el estrés?

Mis nervios despedían chispas, se consumían en un fuego abrasador que no parecía muy dispuesto a apagarse. O sea, sí.

Priyanka levantó ambas manos.

—Y ahora, ¿podríamos concentrarnos de nuevo en la situación que nos ocupa? ¿Cuántas personas puede haber en la cabina del camión?

—Yo he oído dos voces que le contestaban al tipo de ahí —dije cruzando los brazos sobre el estómago.

Priyanka se puso en pie y, al desplegar su impresionante estatura, se golpeó la cabeza con una de las rejillas vacías que colgaban del techo del camión.

—Ay, joder. Bueno, a ver, Chispita —dijo frotándose la cabeza con una mano—. Te toca. ¿Puedes parar el camión?

—¿Qué me acabas de llamar? —pregunté.

Roman suspiró y le lanzó una mirada a Priyanka.

—Quiere decir que estás clasificada como amarilla. Una subida de voltaje podría detener el camión, ¿verdad?

Asentí.

—Pero si también han aislado la cabina, va a ser un problema.

Roman apretó los labios un instante y frunció el ceño en un gesto de

concentración.

—Tú también eres un amarillo, ¿no? —insistí—. No me imaginé tu distintivo, ¿verdad?

A pesar de todo, a pesar de mis temores en lo que a ellos respectaba, me resultaría casi tranquilizador tener cerca a otro psi como yo. Explicaría por qué sentía, incluso entonces, esa especie de atracción instintiva hacia él. Los psi clasificados como amarillos podían conectarse entre sí cuando percibían las mismas corrientes eléctricas, como dos chispas de energía rozándose.

A veces, esa sensación pasajera era lo único que me tranquilizaba, lo único que me decía que no estaba sola.

—No, no te lo has imaginado —dijo—. Pero tú tienes mucho más control que yo y no sé si te puedo resultar muy útil. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

Me restregué la cara mientras pensaba. El control sería clave en este caso. Era la diferencia entre parar el motor y hacerlo estallar, lo cual acabaría también con todos nosotros.

—Yo puedo ocuparme del motor. Pero lo más importante va a ser utilizar el factor sorpresa. Uno de vosotros tiene que abrir la puerta y el otro tiene que estar preparado para disparar a los soldados si se acercan a investigar qué ha ocurrido.

Roman asintió y agudizó la mirada.

—Yo me encargo de ellos antes de que tengan tiempo de salir de la cabina. Priya abrirá la puerta. ¿Todo el mundo de acuerdo?

Me quedé perpleja cuando Roman giró el cuchillo en la mano, lo cogió por la punta de la hoja y me lo pasó por el mango. Lo cogí, balanceándome con el vaivén del camión, y me di cuenta un segundo demasiado tarde de que Roman solo lo había hecho para poder tener las dos manos libres y coger el cinturón de herramientas del cadáver.

Incluida la pistola.

«Mierda». ¿Por qué no la habría cogido yo en cuanto Roman me había

dejado las manos libres?

—¿Qué os parece si hago algo más que abrir la puerta? —preguntó Priyanka—. No sé, para no quedarme dormida mientras espero a que vosotros nos salvéis a los tres.

Roman le dedicó una mirada inquieta.

—De momento es suficiente. No metas prisa a los caballos.

Priyanka se lo quedó mirando un instante y él hizo un gesto de impaciencia.

—Vale, ¿cómo se dice aquí? —preguntó.

—No tengas tanta prisa —respondió ella—. O para el carro. Pero la de los caballos me gusta, un punto para la madre Rusia.

No me había equivocado, pues. El inglés no era su lengua materna.

Roman asintió.

—Lo que quiero decir es que es mejor tener cuidado y no extralimitarse si no es necesario.

—Vale, solo una pega: ¿es posible «extralimitarse» con unos gilipollas como estos? —preguntó Priyanka—. ¿No podemos aprovechar la oportunidad para mandar un mensaje a las altas esferas? ¿O a quien sea que ha organizado este numerito?

—Lo único que necesitamos es salir vivos de aquí —dijo él en un tono de súplica.

—Y encontrar al responsable de que nos hayan capturado —añadí mientras los observaba a ambos a la espera de su reacción.

Sus rostros, sin embargo, no dejaron traslucir nada.

—No te aguanto cuando pones esa cara tan seria —estalló Priyanka, frustrada—. Me siento como si estuviera a punto de decirte que un camión ha atropellado a tu perrito.

—Priya.

—Vale —se rindió—. Yo abriré la puerta... pero quiero el cuchillo en

cuanto ella no lo necesite.

El corazón me dio otro brusco vuelco. Aferré con más fuerza el mango.

—Dios, ¿y ahora qué pasa? —quiso saber Priyanka.

«De todo», pensé. Me iba a quedar sin arma, pero no indefensa. Aún me quedaba mi energía.

—Nada, da igual.

Por el rabillo del ojo, vi a Roman dirigirse hacia la parte delantera del camión. Al volverme hacia él, me fijé en que estaba contemplando el arma que tenía en la mano con una expresión pensativa en el rostro.

Como si presintiera mi mirada, levantó la cabeza y yo me dejé caer de rodillas sobre la goma. Clavé en ella la hoja del cuchillo y empecé a serrar el grueso material hasta que el cuchillo lo atravesó y chocó con un ruido metálico contra la base del remolque.

Capté con los sentidos la corriente eléctrica, cuyo voltaje me entró en la sangre como un relámpago.

Roman comprobó el cargador de la pistola y frunció el ceño.

—¿Cuántas balas? —preguntó Priyanka.

—Tres.

Pasó junto a mí para pegar la oreja a la pared que separaba la cabina del resto del camión.

—¿Estás segura de que oíste dos voces?

Me tocaba a mí dar una mala noticia.

—El tipo hizo una pregunta y le contestaron dos voces. Es lo único que sé.

Roman asintió.

—¿Listos? —pregunté.

Roman me cogió el cuchillo y cortó una parte de la goma que recubría la pared.

«Sal de aquí, averigua quién es esta gente, huye». Y, tras ese último

pensamiento, dejé que mi mente se conectara con el motor. Me llegó tanta energía de golpe que prácticamente desapareció todo lo que me rodeaba.

Me pegué al suelo de goma.

—Estoy lista. Que empiece el espectáculo.

—De acuerdo —dijo Roman—. En cuanto salgamos del camión, dirigíos hacia el oeste. No dejéis de correr por nada del mundo.

—¿Y si nos separamos? —intervino Priyanka.

—Eso no va a pasar —se limitó a responder él.

—Quédate sobre la goma —le dije a Priyanka—. Por si acaso.

Priyanka me dedicó una insulsa mirada cuando pasó por encima del cuerpo del hombre para cogerle el cuchillo a Roman.

La imagen del Defensor, de su cuerpo agarrotado al recibir la carga de energía que yo le había lanzado, se me apareció tras los párpados cerrados.

—Por si acaso —repetí al darme cuenta de que los otros dos estaban esperando. Apoyé los dedos en el suelo ranurado, buscando de nuevo la poderosa conexión—. Decidme cuando...

Priyanka se situó junto a la puerta. Con una mano sostenía el cuchillo, mientras que con la otra se aferraba al pasador de la puerta del camión. La vi asentir, por el rabillo del ojo.

Roman esperó un segundo más, antes de gritar:

—¡Ahora!

Me sumergí en la energía, de un blanco cegador, que al instante se abrió paso en mi mente. La atraje, la hice subir y bajar, la alimenté hasta multiplicarla por diez y entonces el motor se caló con un chirrido metálico. El camión dio un brusco bandazo a la izquierda y las ruedas del lado derecho se levantaron de la carretera cuando el conductor trató de recuperar el control.

Roman apoyó la espalda en el lateral del camión y disparó dos veces hacia la pared que nos separaba de la cabina.

Las ruedas se bloquearon y derraparon en la dirección contraria.

—¡Hostia pu...! —empezó a decir Priyanka, pero se interrumpió al estrellarse contra la puerta.

El mundo empezó a dar vueltas y más vueltas, una y otra y otra. Solté la corriente, interrumpiendo así la conexión. Los últimos restos de energía me acariciaron la espalda con un ronroneo.

Con una tremenda y definitiva sacudida, el camión cayó de nuevo sobre las cuatro ruedas y recorrió lentamente unos metros antes de detenerse del todo. Roman arqueó las cejas y yo le devolví el gesto.

—Bueno, una idea bastante curiosa de lo que es pasarlo bien —dijo Priyanka, sacudiendo el cuerpo entero y recuperándose lo suficiente como para abrir de un empujón la puerta del remolque.

La luz del atardecer, a su espalda, inundó el camión y reveló un paisaje de llanos campos verdes y poco más.

—Vamos, antes de que... —empezó a decir Priyanka.

Lo noté una fracción de segundo antes que los demás: la chispa cuando el motor volvió a ponerse en marcha. El camión salió lanzado hacia delante y Priyanka cayó hacia atrás.

—¡No! —gritó Roman.

Su grito, sin embargo, se perdió entre la lluvia de balas que atravesó la pared que separaba el remolque de la cabina. Rebotaron en el metal expuesto y rugieron al despedazar la goma. El aire se llenó de trozos negros y de fragmentos metálicos, y el hedor de la goma caliente cargó aún más la atmósfera.

Priyanka se había aferrado al borde metálico del remolque y movía las piernas bajo el cuerpo, como si intentara correr a la velocidad cada vez más rápida del camión. Con un gruñido, consiguió apoyar los codos en la plataforma del remolque y trató de alcanzar con una mano la correa de la puerta. Se oyó un chirrido de marchas y el camión dio un brusco bandazo a la izquierda. Priyanka volvió a caer hacia atrás.

Las balas silbaban y se estrellaban por encima de mi cabeza mientras la veía desaparecer cada vez más bajo el camión, hasta que solo quedaron a la vista sus nudillos, blancos por el esfuerzo.

Me di cuenta de que el camión no la estaba arrastrando. Priyanka había usado las pocas fuerzas que le quedaban para afianzar el largo cuerpo entre el metal abrasador de los ejes y la parte inferior del camión, evitando así el roce con la carretera.

—¡Páralo! —gritó Roman mientras se lanzaba al suelo bocabajo para esquivar las balas que atravesaban la pared.

Se dio la vuelta y trató de aprovechar los agujeros que habían quedado para apuntar a la figura que se movía en la cabina y que en ese momento trepaba por encima de los cadáveres que lo separaban del volante.

Tres. Había tres hombres en la cabina, no dos.

«Una bala más».

—No puedo —respondí—. ¡La electrocutaré también a ella!

Me acerqué hacia el extremo del camión. Priyanka había metido las piernas por debajo del borde y había apoyado los pies en algún lugar que yo no podía ver. Lo único que se le veía eran las manos y la parte superior de la cabeza. El asfalto pasaba a toda velocidad bajo su cuerpo, dispuesto a despedazarla.

Priyanka fijó la mirada en algo que estaba a mi espalda y en su rostro apareció una expresión de perplejidad. Estaba lo bastante cerca de ella como para ver el destello de sus pupilas cuando jadeó de nuevo, tragando aire y humo del tubo de escape. Debía de tener la adrenalina por las nubes.

En la cabina del camión se oyó un estallido y el incesante rechinar de las ruedas se detuvo finalmente tras unos cuantos chisporroteos.

—¡Dame la mano! —exclamé acercándome a ella—. ¡Priyanka!

Ni siquiera estaba segura de que me hubiera oído. Apenas podía oír mi voz entre el sonido de la carretera, los gritos de la radio en la cabina y el latido de la sangre en las sienes.

—¡Priyanka!

Traté de cogerle las manos justo cuando ella se soltaba y se la tragaba el asfalto negro y lleno de parches.

8

Fui yo quien gritó.

Desde el borde del remolque del camión, la vi estrellarse contra el asfalto y encogerse sobre sí misma lo justo para esquivar por muy poco las monstruosas ruedas del camión. Rodó una y otra vez y se fue quedando inerte a medida que su cuerpo daba tumbos. Cuando finalmente se detuvo, yo ni siquiera sabía si aún respiraba.

«¡Levántate —gritó una voz dentro de mí—. ¡Levántate!».

No se levantó. No se movía. Estaba...

—¡Suzume! —aulló Roman.

Se arrastró hacia mí, sin levantar la cabeza. Quien estuviera dentro de la cabina, había dejado de disparar, lo cual le había dado a Roman el tiempo suficiente para llegar hasta mí y cogerme del brazo.

—¡Tenemos que hacerlo otra vez!

El sonido de mi nombre, unido al roce de su piel, me hizo volver a la realidad. Asentí y lo seguí hasta la abertura que antes había practicado en la goma. Él me apoyó de nuevo una mano en el hombro y me ayudó a mantenerme firme mientras el camión seguía dando bandazos.

Me miró y, cuando yo asentí, los dos acercamos la mano. Mi percepción de Roman estalló cuando mi energía y la suya se rozaron, un segundo antes de que los dos tocáramos con las manos el suelo metálico del remolque.

Esta vez no solo calamos el motor, sino que lo fundimos hasta convertirlo en acero líquido.

El camión se detuvo tan bruscamente que las juntas se doblaron sobre sí mismas. Las ruedas traseras perdieron contacto con el suelo, por lo que

Roman salió disparado hacia una pared y yo hacia la otra. La abrasadora energía de la conexión que habíamos establecido se apagó tras enviar una última descarga a mi organismo.

Finalmente, el camión dio una sacudida y se quedó inmóvil. Roman se puso inmediatamente en pie. Yo parpadeé varias veces, tratando de enfocar la visión, antes de ponerme en pie. Me temblaban las piernas, pero aun así salté a la carretera.

Me dirigí tambaleándome hacia la mancha de color que era Priyanka, pero enseguida me di cuenta de que la mancha se volvía más grande y brillante: se acercaba hacia mí, corriendo y cojeando a la vez. Tenía los brazos, los hombros y las piernas cubiertas de quemaduras provocadas por el asfalto.

—¿Estás bi...? —empecé a gritar.

—¿Lo has dejado allí? —me gritó ella.

En cuanto llegó junto a mí, me agarró del codo y me obligó a dar media vuelta para regresar hacia el camión.

Lo único que vimos al llegar fue al hombre vestido con el equipo táctico de protección, que en ese momento bajaba de la cabina por el lado del conductor y nos apuntaba con su pistola. Estaba tan furioso que la piel, blanca, se le había teñido de un rojo sangre.

Priyanka dio un paso al frente, con el puño en alto, aparentemente sin darse cuenta de que el cuchillo ya no era más que un destello plateado en la carretera, a más de un kilómetro de distancia. Tenía un corte en la cabeza que le sangraba profusamente y le dejaba un rastro carmesí en la frente. Los nudillos y las palmas de las manos estaban en carne viva, de tanto arrastrarse por el asfalto. Solo de verla, me dolía todo.

—Ni se os ocurra —dijo el hombre. Desvió la mirada hacia el remolque del camión—. ¿Anders? Anders, ¡informa!

El cuerpo de Anders salió rodando del remolque y cayó pesadamente a la

carretera. Y, en ese momento, Roman surgió de entre las sombras, pistola en mano.

«Una bala».

—¿De verdad vas a correr el riesgo, hijo? —se burló el hombre mirándolo—. No os necesito a todos. ¿Con qué muerte quieres cargar el resto de tu vida? ¿Con la suya? —Desvió la pistola de Priyanka hacia mí—. Con esta transmitiremos un mensaje mucho más potente.

—¡Dispárale! —gruñó Priyanka cuando el hombre se acercó.

Priyanka cambió el peso de un pie al otro, como si quisiera salirse de su propia piel. Cuando el hombre pasó por detrás de mí, levantó una mano y me agarró por la nuca. Noté el calor procedente de su armadura y las gotas de saliva que escupía por la boca cada vez que respiraba.

A Roman no le temblaba el pulso, aunque lo vi trasladar el peso del cuerpo al pie que tenía más atrás. Desvió la mirada del hombre que estaba detrás de mí a mi rostro y, luego, otra vez al hombre. Tensó un músculo de la mandíbula. Yo no podía apartar la mirada del hilillo de sudor que le caía desde la sien, le resbalaba por los pómulos y le llegaba hasta la barbilla.

El cañón de la pistola me acarició la espalda.

«Déjate caer», pensé mientras trataba de recordar la táctica que Vida me había enseñado muchos años atrás. «Descolócalo».

«Y correr el riesgo potencial de que me peguen un tiro», me dije. Detrás de mí, el soldado temblaba de rabia. De rabia o de miedo.

—Suéltalas a las dos —dijo Roman con voz serena—. Dispones de una oportunidad. No tienes por qué morir.

Me concentré en el rostro de Roman y, tras él, todo se desenfocó. Las líneas tensas en torno a sus labios, la súplica descarnada de su mirada. «No lo hagas. No me obligues a hacerlo...».

—Estaba bromeando —dijo el hombre apuntando de nuevo a Priyanka—. El jefe me dijo que podía disparar...

La bala le acertó justo debajo del borde del casco y le entró por el ojo derecho. Las salpicaduras de sangre me mancharon un lado de la cabeza y me aturdieron momentáneamente.

Durante una fracción de segundo, Roman me observó con una expresión horrorizada. Luego dobló el cuerpo hacia delante y se precipitó al asfalto, desde el remolque.

—¡Oh, no! —dije echando a correr hacia él—. ¿Qué ha pasado?

—¡Roman! —Priyanka lo cogió por los hombros y le levantó el torso del suelo—. Roman, ¿me oyes?

—¿Le han disparado? —dije. Me obligué a detenerme junto a ellos.

—Está bien —se apresuró a decir con voz tensa—. Solo se ha desmayado. A veces..., a veces el estrés le provoca migrañas que lo dejan fuera de combate.

La luz del sol se reflejó en el retrovisor derecho del camión. Giré sobre los talones y me dirigí en línea recta a la cabina antes de que mi mente decidiera siquiera intentarlo.

—¿Qué coño estás haciendo? —exclamó Priyanka.

Subí al estribo y abrí de un tirón la pesada puerta. El cuerpo de uno de los soldados me cayó sobre el pecho y me dejó sin aliento. Traté de empujar el cadáver de nuevo al interior de la cabina y los brazos me temblaron por el esfuerzo. La bala de Roman le había entrado por detrás y le había reventado el cuello.

Finalmente, con las manos embadurnadas de su sangre, conseguí quitarme de encima el enorme peso de aquel tipo. El cuerpo cayó sobre el soldado que ocupaba el asiento central, cuyo cadáver simplemente se había derrumbado sobre el salpicadero del camión, como si se hubiera quedado dormido.

El hedor caliente de la muerte me inundó todos los sentidos, hasta el punto de que me costaba respirar, lo hacía en bocanadas rápidas e irregulares. Busqué en el suelo y en el salpicadero algún papel o identificación.

«Teléfono», pensé. El hombre que estaba en el remolque llevaba uno, al menos antes de que yo lo friera. Incluso un teléfono de prepago podía proporcionarme información acerca de las personas con las que habían contactado aquellos soldados. La presión que notaba en la base del cráneo, que había ido en aumento en las últimas horas, remitió por fin cuando encontré un delgado *smartphone* oculto en el chaleco antibalas del soldado que tenía más cerca.

Protegido con contraseña. Pues claro. Tampoco había cobertura. Toqueteé la pantalla con los dedos y la embadurné de sangre. No necesitaba la contraseña para hacer una foto: deslicé el dedo por el cristal agrietado de la pantalla, en busca de la cámara.

Hice una foto de cada soldado, lo más rápido que pude. Las Naciones Unidas tenían bases de reconocimiento facial en las que podían buscar alguna coincidencia con aquellos soldados. Bastaría con las fotos para poder identificarlos. La verdadera pregunta, sin embargo, era saber si podría alejarme de los otros el tiempo suficiente como para enviar aquellas pruebas al Gobierno.

—Repito: ¿qué coño estás haciendo?

Me volví hacia la voz y noté el pulso que me latía en las venas.

Priyanka me observó desde el asfalto, con una pistola en la mano. Debía de habérsela quitado al soldado al que había matado Roman. El cañón del arma apuntaba hacia algún punto entre el suelo y yo.

—Yo... pruebas —dije mostrándole el teléfono—. Escucha, creo que deberíamos separarnos. Dispersarnos, para que les resulte más difícil seguirnos la pista...

—Necesito tu ayuda —me interrumpió Priyanka con un tono de voz tenso—. Yo sola no puedo llevarlo, al menos no lo bastante lejos. No puedo. No tengo... no tengo las fuerzas. Necesito ayuda.

Meforcé por apartar la mirada del arma que Priyanka empuñaba.

«No puedo negarme», comprendí. Si dejaba de fingir que todo iba bien, ellos harían lo mismo. Y sin saber cuál era su objetivo, no podía adivinar cómo reaccionaría Priyanka ni cómo intentaría retenerme allí.

Pero tenía que llegar como fuera a D.C. con el teléfono. Y si ella se empeñaba desesperadamente en retenerme allí...

—¿Tienes idea de lo mucho que me cuesta pedir ayuda? —preguntó Priyanka con la voz desgarrada. Quizá antes hubiera experimentado un subidón de adrenalina, pero desde luego ya se le había pasado. Las piernas, cubiertas de cortes y moretones, le temblaban debido al esfuerzo que estaba haciendo por mantenerse en pie—. ¿Crees que te lo pediría si no fuera porque no me queda más remedio?

Tragué saliva y tomé una decisión. Por el momento, lo importante era seguir con vida. Ya se me presentaría otra oportunidad de alejarme de ellos. Me aseguraría personalmente de que así fuera.

—Dame —dijo Priyanka al tiempo que me tendía una mano cubierta de arañazos y sangre—. Ya te llevo yo el teléfono.

Lo aferré con más fuerza.

—No, tranquila.

—Yo tengo bolsillos —dijo con una voz tan directa como su mirada—. Sería una lástima que lo perdieras, ¿no?

Aún llevaba la pistola en la otra mano. Mi instinto no dejó de gritar mientras depositaba suavemente el teléfono en la palma de su mano y la observaba guardárselo en la chaqueta vaquera hecha jirones.

Los brazos y las piernas empezaron a entumecerse mientras bajaba de la cabina del camión. Nos dirigimos a toda prisa hacia el lugar en que había dejado a Roman tendido boca abajo, a la sombra del camión articulado.

—Larguémonos de aquí antes de que aparezca la caballería al galope, allá en el horizonte —dijo Priyanka.

Se arrodilló y se pasó por encima del hombro uno de los brazos de Roman.

Yo hice lo mismo con el otro.

—¿Y adónde vamos? —le pregunté mientras contemplaba los inmensos campos a ambos lados de la carretera.

Por toda respuesta, la alta hierba nos saludó, mecida por una suave brisa. Hacia el este, el oeste, el norte, el sur... no había nada en kilómetros a la redonda excepto praderas y cielo abierto.

Nada excepto nosotros.

9

La noche convirtió la autopista vacía en una oscura tira de asfalto, que se extendía sin descanso hasta el lejano horizonte. Era como perseguir la luna, que siempre se quedaba justo fuera del alcance de los faros.

La idea salió despedida de mi mente cuando las ruedas se toparon con un bache. Los maltrechos amortiguadores de la camioneta nos hicieron caer a los tres del asiento. Priyanka se golpeó la frente contra el cristal de la ventanilla en la que estaba apoyada. La miré al escuchar un suave gruñido, pero en cuestión de segundos se había abandonado de nuevo al cansancio que le embotaba la mente.

Desvié la mirada hacia el pequeño bulto del bolsillo de su chaqueta, luego de nuevo hacia la carretera y, por último, otra vez hacia el bolsillo. Mordiéndome el labio inferior, me incliné sobre Roman con cuidado de no rozarle el pecho, que subía y bajaba levemente, y extendí los dedos hacia la chaqueta.

«Coge el teléfono, para el coche sin que se despierten y corre para alejarte de ellos todo lo que puedas».

Pero justo entonces Priyanka cambió de posición y me dio completamente la espalda. Por mucho que me quitara el cinturón de seguridad, no tenía manera de llegar hasta el bolsillo de Priyanka sin apoyarme encima de Roman.

—Mierda —susurré concentrándome de nuevo en la carretera.

Sujeté el volante con tanta fuerza que noté el crujido del cuero al agrietarse bajo mis manos.

Priyanka y yo habíamos caminado durante horas, llevando a cuestas entre

las dos a un Roman inconsciente. Los prados dieron paso a campos de maíz, que nos habían conducido hasta una granja abandonada: allí habíamos encontrado una vieja camioneta a punto de ser sepultada por un granero medio en ruinas. Lo único que había tenido que hacer era utilizar la poca energía que le quedaba al generador de la casa para arrancar el motor.

La camioneta era un modelo antiguo, que desde luego había visto tiempos mejores. Además, el indicador de la gasolina no funcionaba, lo cual añadía un desagradable toque de misterio a la cantidad de combustible que nos quedaba. A Liam, sin embargo, le habría encantado. Habría dicho que era una «belleza clásica» y le habría puesto el nombre de alguna vieja canción de rock.

Tal vez... tal vez fuera a él a quien llamara en segundo lugar, después de hacerle saber a Chubs dónde estaba y asegurarle que me encontraba bien. Si es que el número de Liam que conservaba seguía siendo el correcto.

Bajé la ventanilla con la manivela, deseosa de que el aire frío de aquella noche de verano disipara un poco la niebla de cansancio que se iba adueñando de mis pensamientos. Tarde o temprano, tendríamos que encontrar alguna casa, motel o gasolinera. Lo importante era que me mantuviera despierta.

Llevaba varios días sin comer ni beber. Y tampoco había dormido, a excepción del sopor en el que nos había sumido la droga. Y tal vez por eso Priyanka ni siquiera se había molestado en discutir para ver quién conducía. Seguramente, estaba convencida de que yo no tardaría ni un minuto en aparcar la camioneta en el arcén y echarme a dormir también.

La miré de nuevo. Tenía la pistola sobre el regazo y la mano apoyada en ella. El teléfono que yo le había robado al soldado no tenía cobertura: o bien por allí no había repetidores de telefonía móvil, o alguien había averiguado de inmediato lo ocurrido y había desactivado el número. En el fondo,

tampoco importaba. Al subir a la camioneta había tanteado con mi energía si le quedaba algo de batería, pero estaba completamente descargada.

«No te duermas», pensé. «No te duermas».

Lo que necesitaba mi mente era un café. Lo único que tenía era una radio.

Al principio, la señal no llegaba demasiado bien, era una especie de chisporroteo entre canciones y silencios. Pero a cada kilómetro que recorríamos se iba escuchando con más nitidez, lo que me hizo pensar que tal vez estuviéramos a punto de encontrar algún lugar civilizado. Y aunque solo pudiera captarse aquella emisora de música de otras épocas, al menos me ofrecía algo que hacer: cantar, el truco favorito de Liam para mantenerse despierto.

Susurré la letra de la canción de REO Speedwagon que sonaba en ese momento, pero tenía la sensación de que la cabeza me pesaba una tonelada y me costaba seguir la melodía.

—Nunca había oído esa canción.

La camioneta se me fue al otro carril. El corazón me dio un vuelco en el pecho, como si quisiera hacerse pedazos contra mis costillas.

—¡Joder!

—¡Perdona! —exclamó él con voz ronca—. Tendría que haber...

—No —lo interrumpí. Me llevé una mano al pecho mientras con la otra giraba el volante para regresar a nuestro carril—. No pasa nada. —La adrenalina me había puesto los nervios a mil y la forma en que Roman me miraba en ese momento, con expresión preocupada, me hizo sentirme confusa y enfadada conmigo misma—. Estás despierto.

«No seas amable conmigo», pensé al tiempo que me obligaba a concentrarme de nuevo en la carretera. «No finjas».

—¿Dónde estamos? —preguntó él restregándose la frente.

Se inclinó un poco hacia delante y se volvió para observar mejor a

Priyanka. La contempló con aquellos relucientes ojos suyos, rebosantes de preocupación. Ella no se movió.

—Ni idea —me limité a decir al tiempo que me sentaba algo más erguida—. Solo conduzco hasta que encontremos algún sitio en el que pueda telefonar.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera de combate? —preguntó como quien no desea averiguar la respuesta.

—Unas cuantas horas —le respondí—. Lo bastante como para que empezara a tener serias dudas acerca de si volverías a despertar algún día.

Soltó un taco en voz baja.

—¿Horas?

—Horas. Priyanka me ha contado lo de tus migrañas —le dije—. Que las desencadena el estrés. ¿Es verdad?

—Es como si me atizaran con un martillo y me dejaran fuera de combate, pero normalmente me dura una hora, como mucho —dijo. Se restregó de nuevo la cara con la mano surcada de cicatrices—. ¿Qué más te ha contado Priyanka?

Lo preguntó con el tono de voz de quien no desea averiguar la respuesta. Claro. A lo mejor era más fácil sondearlo a él en busca de información.

—Lo de vuestro pasado con el Círculo psiónico —dije observándolo por si percibía alguna reacción—. Y que habíais ido a la universidad en busca de un «nuevo comienzo».

—¿El Círculo psiónico? —Reclinó la cabeza en el asiento y apretó los labios en una especie de mueca. No me pasó por alto la mirada que le lanzó a Priyanka—. Entonces te ha contado demasiado.

—¿Por qué? —pregunté haciéndome un poco la tonta—. ¿En plan «me encantaría contarte más pero entonces tendré que matarte»?

—Sí —se limitó a decir—. Cuanto más sepas, más peligrosos te resultarán. Y en tu caso hay ciertos... riesgos añadidos, ya que trabajas para el Gobierno.

Decidí ignorar el escalofrío que notaba en la nuca y mantuve el mismo tono jocoso.

—¿Lo dices porque tienen espías infiltrados entre nosotros?

—No, lo digo porque puedes informar acerca de nuestra relación con ellos y entonces nos detendrían para interrogarnos.

Me volví a mirarlo, perpleja.

—Yo nunca haría tal cosa.

—¿Y por qué no? —preguntó mientras miraba a través del parabrisas—. Además, da igual lo que tú quieras hacer personalmente, la cuestión es que sería tu deber. Tu responsabilidad.

No sé por qué, pero esas palabras me hirieron.

—Soy perfectamente capaz de trabajar para el Gobierno y de ayudar un poco «en negro» si hace falta. Si es cierto que lo que buscáis es un nuevo comienzo y habéis dejado atrás esa vida, entonces no tengo motivos para informar de nada.

Pero eso no era cierto del todo... El Gobierno llevaba años buscando cualquier pista que condujera al Círculo psiónico. Me remordería la conciencia saber que poseía una información potencialmente útil. Y tal vez sí acabaría por sentir la necesidad de informar.

Pero eso solo importaba si algún detalle en aquella historia, por pequeño que fuera, era cierto. Y todas las conversaciones que había mantenido con aquel par apuntaban a que se trataba de una cómoda tapadera, incluidas las reticencias de Roman a darme más detalles en ese momento.

—Lo siento —dijo con su habitual voz serena, la que no interrumpía el silencio, sino que más bien lo volvía más profundo—. Dios, lo siento tanto... No sé qué más decir, aparte de gracias.

—No me des las gracias —dije tratando de ignorar la atracción que ejercían aquellos ojos. El dolor obedecía a su propia fuerza de la gravedad y

sus palabras rebosaban un dolor tan intenso que amenazaba con arrastrarme también a mí—. En realidad, no he hecho gran cosa.

—Te has quedado con Priyanka —insistió—. La has ayudado.

El término «ayudado» implicaba que había tenido elección... pero aunque todas las otras cosas que Roman había dicho fueran mentira, al menos esas palabras me parecieron auténticamente sinceras.

—Te compensaré —dijo con una voz grave que era como un murmullo—. No olvidaré lo que has hecho y jamás volveré a dejarte tirada así.

Al escuchar aquellas palabras, que rezumaban tanta sensibilidad, finalmente me volví a mirarlo. Roman me estaba observando fijamente: su rostro era un caleidoscopio de emociones a duras penas contenidas.

—No pudiste evitarlo —le dije mientras notaba cómo se me volvía a acalorar la piel.

Por la forma en que me miraba, parecía...

Nada.

Un mentiroso.

Me concentré de nuevo en la carretera.

—No pasa nada. En serio. No es para tanto.

—Es que sí es para tanto —dijo en voz baja—. Claro que es para tanto. O, al menos, para mí.

No supe qué responder. Ni tampoco supe por qué quería responder. En ese momento, me sentí tan delicada como un pétalo, cuando lo que en realidad necesitaba era que me salieran unas cuantas espinas.

—Priyanka y yo... somos... —dijo como si se esforzara por ordenar sus pensamientos.

—Solo os tenéis el uno al otro —concluí—. Eso también me lo contó.

Negó con la cabeza, mientras se pasaba una mano áspera por el ensortijado pelo castaño.

—¿Qué? ¿No es verdad? —insistí.

—Sí que es verdad —dijo Roman frotándose el dorso de la mano llena de cicatrices—. Yo... perdí a mi hermana. La perdí, igual que habíamos perdido a nuestra madre años atrás. Me esforcé mucho por cuidar de ella, pero al final todo se vino abajo. El hombre que nos crio tenía el corazón de una serpiente y no pude salvar a mi hermana de él. No pude mantener a mi familia unida.

Intenté tragarme el nudo que se me había atascado en la garganta.

—Lo siento.

—Y aunque para ti no tenga sentido... cuando te digo que el hecho de que ayudaras a Priyanka significa mucho para mí, es verdad. Es una verdad absoluta.

—Lo entiendo —dije sin poder contenerme—. Seguramente mejor de lo que crees.

Yo tampoco había sido capaz de mantener unida a mi familia.

Puede que todo aquello no fuera más que una representación, parte del plan que habían trazado: conseguir que me pusiera de su lado mediante una inteligente manipulación de mis sentimientos. En cuanto esa idea me cruzó la mente, sentí deseos de ahuyentarla. Las únicas veces en que había tenido la sensación de que Roman y Priyanka se mostraban sinceros eran aquellas en que se les escapaba en cierta manera el control de la situación y actuaban o hablaban desde un lugar de profundas emociones. Aquellos atisbos de quiénes eran más allá de las mentiras —dos críos dispuestos a defenderse el uno al otro con uñas y dientes— me hacían pensar que la meta final no era hacerme daño, menos todavía matarme. O, por lo menos, eso esperaba.

Transcurrieron por lo menos diez minutos antes de que me diera cuenta de que Roman y yo habíamos estado en silencio. Lo miré por el rabillo de ojo, pero el silencio parecía incomodarlo tan poco como a mí.

Por primera vez en mucho tiempo, no me sentía en la obligación de decir nada. No había nadie a quien consolar ni convencer. Nadie a quien impresionar ni animar. Me sumergí en mí misma mientras seguía

conduciendo, tratando de encontrar mi propio centro. Podía respirar. Estar inmóvil.

Lo que no esperaba es que, aparentemente, Roman también lo necesitara tanto.

Algunas personas le tienen miedo al silencio. Harían cualquier cosa para llenarlo: hablar de temas triviales, hacer preguntas solo para escuchar una respuesta... En mi opinión, muchas personas consideran el silencio una especie de fracaso. Una prueba de que no resultan lo bastante interesantes, o de que el vínculo no es lo bastante estrecho. O a lo mejor es que les resulta angustiante no saber lo que el silencio es capaz de revelar acerca de sí mismas.

—¿Quieres descansar? —preguntó en voz baja al sorprenderme mirándolo.

—No, estoy bien —respondí.

No tenía la menor intención de dejar aquel volante en manos de ninguno de los dos. Mientras lo tuviera yo, podía controlar nuestro destino.

Estaba tan convencida de que me llevaría la contraria, de que me saldría con la excusa de que él había descansado y yo estaba agotada... Pero no, se limitó a asentir. A creerme.

—¿Por qué has dejado de cantar? —me preguntó.

—Ah, solo lo hacía para mantenerme... para mantener la mente alejada de otras cosas —dije—. Y la verdad es que tampoco he reconocido las últimas canciones que han puesto.

Roman me miró con una expresión de alivio.

—Yo tampoco.

Vale. Estaba dispuesta a morder el anzuelo. Por lo menos, aquello me mantenía despierta y en guardia.

—¿Qué música sueles escuchar? ¿O no escuchas música?

Se apoyó el puño en los labios mientras reflexionaba.

—Pues... Priyanka dice que tengo gustos musicales de abuelo. Me gusta la

música de antes. Tiene un nombre que ahora mismo no me sale.

—¿De antes significa música tipo orquesta o clásicos?

—¡Clásicos! —dijo con una expresión radiante—. Sinatra, Billie Holiday, Nina Simone... Aprendí inglés escuchándolos. Eran los únicos discos que tenían en la casa en la que nos criamos. Pero también me gustan porque son canciones sencillas.

Fruncí el ceño.

—¿En qué sentido?

—Las voces son profundas y complejas, ¿vale? —dijo despacio—. Pero las letras de las canciones no son nada complicadas: alguien ama a alguien, o echa de menos a alguien o no quiere perder a alguien. Ojalá la vida pudiera ser siempre así de sencilla.

De repente, Roman se sentó más erguido y contuvo una exclamación. Me concentré de nuevo en la carretera, en busca de lo que fuera que él había visto moverse en la oscuridad, más allá del resplandor de los faros.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Qué pasa?

—¡Esta la conozco! —dijo al tiempo que subía el volumen de la radio.

Tardé un segundo en comprenderlo.

—No es verdad —dije con incredulidad.

Levantó el dedo índice y esperó el estribillo, con la mirada fija en el salpicadero. Y entonces abrió la boca para cantar.

Pese a que tenía la garganta reseca y la voz le salía áspera, me pareció una voz tan hermosa como profunda, con el sonido puro y audaz de una campana, que no se correspondía en absoluto con el tono sosegado que solía utilizar al hablar. Durante un segundo, me quedé tan asombrada que ni siquiera comprendí lo que en realidad estaba diciendo.

—«Vamos, Eileen, te juro que no te miento» —cantó tratando de no levantar demasiado la voz para no despertar a Priyanka—. «En este momento

lo necesitas todo. / Eres la mejor. / Oh, te juro que eres la mejor. / Deja de sufrir. / Vamos, Eileen...». ¿Lo ves?

Se me escapó una carcajada de incredulidad. Roman parecía tan satisfecho de sí mismo que apenas me atrevía a decírselo.

—La letra no es así. ¿De qué crees que habla la canción?

Roman adoptó una expresión seria.

—Ella está triste y él trata de que se sienta mejor. De animarla.

—Está intentando convencerla de que folle con él. Vamos, que prácticamente la está acosando.

—No —dijo con una expresión casi escandalizada—. ¿En serio?

—En serio —le confirmé.

Roman ladeó la cabeza en dirección a la radio y escuchó la siguiente estrofa. Luego se inclinó hacia delante y apagó la radio.

—Me gustaba más mi versión —dijo al cabo de un minuto.

—¿Sabes? —respondí—. Creo que a mí también me gustaba más tu versión.

Roman se encogió de hombros y se concentró en la carretera. Yo hice lo mismo. El silencio se instaló de nuevo entre nosotros, pero a medida que íbamos dejando atrás cada vez más kilómetros, lo mismo ocurrió con la naturalidad de aquel momento. Un gélido y desagradable presentimiento se adueñó de mí.

«Mierda».

Había tenido un... desliz. La conversación me había parecido sincera y estaba tan agotada que había bajado la guardia. Quería creer que me había abierto para convencerlo de que me había tragado su juego, pero eso habría sido mentirme a mí misma.

Solo había una cosa que debía recordar.

Todo aquello era imposible y nada sería real jamás.

10

Cuando faltaban pocas horas para que amaneciera, vislumbramos a lo lejos el letrero de un motel que tenía encendida la luz de HABITACIONES LIBRES. Durante decenas de kilómetros no había sido más que una chispa en la lejanía, pero ahora el resplandor del letrero teñía el cielo de violeta. Al verlo, se me enredaron las ideas y se me mezclaron con desagradables recuerdos de otros moteles, en otros lugares vacíos.

—Cables de teléfono —dije señalándolos. Una especie de sensación de triunfo floreció en mi interior cuando añadí—: Por lo menos, parece que podré hacer mi llamada.

Se me planteaban dos únicas preguntas: qué intentarían hacer ellos para impedírmelo y qué harían al darse cuenta de que no podían.

Como si estuviera planeado, Roman preguntó justo en ese momento:

—¿Puedes parar un segundo?

Aminoré la marcha, pero no detuve la camioneta en el arcén de tierra. Roman contempló el motel y frunció el ceño, como si quisiera concentrarse.

—Estaba pensando... quizá sería mejor acercarnos a pie. Y no registrarnos en recepción.

Lo traduje a palabras que dejaran más clara la naturaleza del delito.

—¿Quieres decir colarnos en una habitación y hacer uso de ella?

—El encargado del hotel o los empleados podrían identificarnos si alguien llega hasta aquí buscándonos —se explicó—. O puede que los secuestradores hayan llegado aquí antes que nosotros y sobornado a los trabajadores para que los avisen si nos ven.

—Dejando a un lado esa escalofriante posibilidad —dijo Priyanka—,

también tenemos pinta de haber huido del escenario de un crimen, así que quizá sea mejor acercarse con cierta cautela, sobre todo porque es bastante probable que el encargado de un hotel perdido en medio de ninguna parte tenga alguna clase de arma.

Bajé la mirada hacia mi blusa y el estómago se me revolvió al ver las manchas de sangre.

—Pues también es verdad —afirmó Roman.

—Entonces, dejadme que vaya yo primero —dijo Priyanka—. Inspeccionaré el lugar, me fijaré en qué habitaciones están abiertas, evitaré meter prisa a los caballos...

—¿Y por qué no vais los dos juntos? —sugerí con aire inocente—. O puedo ir yo y vosotros os quedáis aquí.

—O puede ir Roman —dijo Priyanka—. O podéis ir tú y Roman. Gracias por plantear tan amablemente todas las opciones posibles.

—Esas no son todas las opciones posibles —dijo Roman con expresión ausente—. Podríamos no ir ninguno de los tres, o ir los tres juntos. —Al ver la forma en que Priyanka lo estaba mirando, añadió—: ¿Qué? No eran todas las opciones.

—Debería ir yo —dije tratando de sobreponerme a mi frustración. Tenía que entrar yo sola en una de aquellas habitaciones, no darles tiempo a encontrar una excusa que justificara por qué debíamos seguir adelante—. Podría ir yo, telefonar y salir antes de que nadie se dé cuenta.

—De los tres, a quien se puede reconocer más fácilmente es a ti —dijo Priyanka—. Alguien se dará cuenta.

—No, nadie se dará cuenta —repliqué, y era cierto. Estaba acostumbrada a moverme sin ser vista, aunque hubiera perdido un poco la práctica—. Tengo bastante más experiencia que vosotros en estas cosas.

—Pues no sé por qué —dijo Priyanka—, pero la verdad es que lo dudo.

Enfadada, pisé el freno con fuerza y eso fue lo único que necesitó

Priyanka. Antes de que pudiera acelerar otra vez, ella se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó de un salto.

—Podéis dedicar el rato —gritó— a pensar juntos en todas las opciones de lo que podría pasarme.

Priyanka echó a correr, cojeando al principio, pero fue recuperando la movilidad en las piernas a medida que zigzagueaba entre la alta hierba y los árboles, trazando un amplio arco por el campo para acercarse al hotel por la parte trasera. Apreté los dientes, conduje la camioneta hasta el arcén y la aparqué.

Temblaba por la frustración y no podía parar, por muy fuerte que me agarrara al volante.

—Dime qué significa esa mirada —dijo Roman—. ¿Estás bien?

—No —le respondí.

Y no añadí nada más, para que tratara de adivinarlo él solito.

La figura lejana de Priyanka apareció en la esquina del aparcamiento del motel unos veinte minutos más tarde. A medida que se acercaba, nos resultó más que evidente que la sangre que le manchaba la chaqueta vaquera y el vestido era de un rojo demasiado brillante —es decir, fresca— y que se apoyaba la palma de una mano justo encima de la ceja izquierda por algún motivo.

Roman soltó un suspiro y se inclinó para apagar el motor y sacar las llaves del contacto. Se deslizó sobre el asiento para abrirle la puerta, pero Priyanka no se molestó en volver a subir al coche.

—Buenas noticias y malas noticias —dijo en un tono demasiado alegre para alguien que tenía una herida sangrante en la cabeza.

Cuando se inclinó, vi que tenía otra vez las pupilas dilatadas y aquella mirada de entusiasmo casi febril. Empezó a hablar y tuve la sensación de que las palabras se le atropellaban unas a otras en la boca.

Roman tensó todo el cuerpo mientras asimilaba su aspecto.

—Empieza por las malas.

—Bueeeeno, veréis —empezó a decir—. Estaba yo echando un vistazo por la ventana de una habitación, para asegurarme de que no estaba ocupada, cuando el encargado del hotel, un tipo blanco y canijo, va y aparece como por arte de magia y se me acerca. Yo no quería despertar a nadie que estuviera durmiendo por allí cerca, así que lo he seguido hasta su oficina, haciéndome la pobre ingenua. Y en fin, resulta que el tipo tiene un pequeño negocio paralelo, en este caso de estupefacientes. Vamos, que he tenido que dejarlo fuera de combate, atarlo con su propio cinturón al váter de la oficina y atrancar la puerta del cuarto de baño.

Robo y agresión. Genial. Iba a ser muy divertido explicárselo a Chubs.

—¿Y a eso lo llamas tú ser cuidadosa? —dijo Roman.

—No, en realidad lo llamo detención ciudadana —dijo Priyanka—. Solo estaba cumpliendo con mi deber cívico.

—¿Te has cargado por lo menos las cámaras de seguridad?

Priyanka se lo quedó mirando.

—¿De verdad crees que esta es la clase de tugurio que tiene cámaras de seguridad que funcionen? Mejor pregúntame si le he robado del bolsillo la recaudación de la venta de drogas, porque la respuesta es sí, se la he robado.

Nos mostró un grueso fajo de dólares impresos por las Naciones Unidas, con el típico papel azul pálido y la lámina holográfica de seguridad, y se lo lanzó a Roman, que lo atrapó con una expresión de descontento.

—Con esto no compraremos gran cosa —dijo—. Como mucho, podemos llenar el depósito una o dos veces.

—¿Estás de broma? —dije mientras lo cogía. Solo por el peso de los billetes, supe que allí había por lo menos mil dólares—. Pero da igual, no os lo podéis quedar... Es... una prueba.

—¿Cuándo fue la última vez que compraste algo? —me preguntó Priyanka—. Ahora todo cuesta cien dólares, un ojo de la cara y parte del otro.

—Yo compro... —empecé a decir.

¿Qué había comprado últimamente? Un pañuelo, como regalo de cumpleaños para Cate. Pero claro, yo no pagaba ni comida, ni ropa, ni gasolina. Era una empleada del Gobierno que vivía en una casa del Gobierno. Eso me convertía en una persona afortunada y agradecida, no en alguien que estaba desconectado, como había insinuado Priyanka.

Me reunía a diario con muchas personas y escuchaba sus historias. Todo el mundo iba escaso de dinero, pero poco a poco la gente se iba incorporando otra vez a la población activa y eran muchas las nuevas empresas que abrían sus puertas. De acuerdo, puede que con un dólar ya no se pudiera comprar gran cosa, pero pronto todo volvería a ser como antes.

—Cosas —concluí sin demasiada convicción.

—¿Es dinero negro? —preguntó Roman volviéndose hacia ella—. ¿Se puede rastrear?

—Déjame que te lo explique: o ese tipo trabaja para Leda Corp y se saca un sobresueldo como encargado de un siniestro motel en mitad de ninguna parte, o está metido hasta el cuello en la red que opera en esta zona.

—¿Red? ¿Te refieres a una red delictiva? —pregunté—. Tienes una imaginación desbordante, la verdad.

—Vale —dijo Priyanka—, tú cree lo que quieras. Yo prefiero creer en lo que he visto: tenía más existencias que muchas farmacias. En cualquier caso, deberías darme las gracias. Ahora podremos devolverlo todo al seno de la democracia y la justicia, junto con Suzume, la psi a la que todo el mundo adora. De nada, América.

—Qué graciosa —le dije.

—Sí, ya lo sé —respondió ella—. Pero no te reirás tanto cuando te diga que la línea telefónica no funciona.

Aquellas palabras fueron calando en mí y, a medida que asimilaba lo que

significaban, la sangre me empezó a circular con más lentitud. Roman me dirigió una mirada inquieta.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Priyanka se encogió de hombros.

—Igual ha habido una tormenta.

«Claro». Me invadió una rabia abrasadora. Seguro que ella había encontrado la forma de cortarla. No tenían la menor intención de dejarme llamar para pedir ayuda, por lo menos no antes de conseguir lo que querían de mí, fuera lo que fuera.

—Compruébalo tú misma, si quieres —dijo Priyanka con una expresión de lo más inocente.

—Sí, creo que eso es justo lo que voy a hacer —dije mientras bajaba de un salto de la camioneta.

—¿Cómo es que se te ha vuelto a abrir el corte de la cabeza? —preguntó Roman al tiempo que se acercaba a echarle un vistazo.

Priyanka le apartó la mano.

—Calma, estoy bien. Es una herida reciente, ya sabes.

—¿Te ha pegado?

Priyanka pareció ofendida.

—No. Bueno, digamos que opuso un poco de resistencia... —empezó a decir Priyanka—. En fin, una pelea de nada. Una refriega. Para morirse de la risa.

—O sea, que te has vuelto a dar en la cabeza con el marco de la puerta, ¿no?

La sonrisa radiante de Priyanka se atenuó un poco, pero no por ello habló más despacio. Me fijé en el pulso que le palpitaba de nuevo en la garganta, demasiado rápido como para que fuera normal.

—Para que lo sepas, me he dado un golpe contra la ventana cuando el tipo ha salido de repente de entre los arbustos, chillándome como si fuera un trol.

—¿No decías no sé qué de una buena noticia? —pregunté.

Priyanka metió una mano en el bolsillo medio arrancado de su vestido. Con el dedo índice extrajo un enorme llavero de madera, del cual colgaba una llave plateada.

—He conseguido una de las habitaciones más grandes y diría que menos asquerosas. Calculo que tenemos una hora antes de que el encargado se despierte, consiga arrancarse la cinta plateada de la boca y empiece a gritar.

«Ay, Dios».

Roman me miró como si esperara mi aprobación. Asentí, aunque a regañadientes.

«Solo esta vez...», pensé. Eché a andar tras ellos, pero me sentía cada vez más pequeña. Recordé lo que se sentía al saltarse la ley y volverse invisible para evitar que te pillaran. Me temblaban tanto las manos que tuve que apoyármelas con fuerza en los costados.

Podía volver a hacerlo. Solo una vez.

Solo una vez más.

Cuando Priyanka pasó junto a mí, noté en la mente el inesperado roce de una chispa de electricidad.

Me dirigí de nuevo hacia ella y desplegué el hilo plateado de mi energía para que buscara una conexión.

Y la encontró.

Además del móvil que yo le había robado al secuestrador, Priyanka llevaba encima algún otro dispositivo eléctrico. Algún aparato al que aún le quedaba batería.

Echó a andar hacia el motel, abriendo la marcha. Roman aminoró sutilmente el ritmo y se rezagó, quedando así uno o dos pasos por detrás de mí. Me consideraban una prisionera, al parecer, y como tal me custodiaban.

Pero bajo aquella luz tenue y blanquecina del amanecer, dejé que se me

dibujara una sonrisa en los labios. Sabía perfectamente qué significaba aquella energía.

Un teléfono móvil distinto.

Una oportunidad.

11

Momento presente

El coche olía a patatas fritas de hacía varios días y avanzaba como si se arrastrara hacia el millón de kilómetros. El motor se ahogaba y carraspeaba lastimeramente cada vez que yo aceleraba y los frenos chirriaban cuando aminoraba la marcha. Sí, teníamos el depósito lleno, pero solo porque yo le había enseñado a Roman cómo utilizar la manguera del jardín para extraer la gasolina del otro coche del aparcamiento.

Aquella era una rutina que me sabía de memoria. Buscar un coche. Extraer la gasolina. Cambiar las matrículas. Me concentré en los pasos que ya conocía, porque no tenía ganas de pensar. Cualquier cosa me parecía mejor que rememorar las imágenes que había visto en la tele.

Yo, matando a aquel Defensor. Yo, lanzando una cegadora descarga eléctrica que alcanzaba los altavoces y luego la cabina de control, que explotaban en rápida sucesión.

Tenía la esperanza de que alguno de los periodistas allí presentes hubiera captado el ataque con su cámara. Por lo menos dos de ellos lo habían grabado, pero ambos vídeos estaban filmados desde detrás del Defensor que se me había acercado con la pistola. Solo alguien situado a mi derecha podía haber grabado lo que en realidad había ocurrido.

No podía dejar de pensar en ello, ni siquiera mientras retrocedíamos por la interestatal para recuperar las matrículas de la camioneta e intercambiarlas con las del sedán gris que conducíamos. Todas las cámaras que grababan... ¿lo habían hecho desde el mismo ángulo?

Cuando terminé de colocar las matrículas, Priyanka y Roman ya estaban en el coche: los víveres estaban en el maletero junto con las botellas de agua y los aperitivos que Roman había elegido de la máquina expendedora.

Nadie dijo ni una palabra mientras nos dirigíamos hacia el este, guiándonos por la brújula del salpicadero del coche. Transcurrió por lo menos una hora antes de que supiéramos dónde estábamos: Nebraska. A más de mil seiscientos kilómetros del ataque en Pensilvania, que se había producido tres días antes.

Aquellos hombres nos habían retenido durante tres días enteros mientras el resto del país, las Naciones Unidas, sus fuerzas de paz, los Defensores y la policía local me buscaban. Mientras enviaban drones a inspeccionar edificios en ciudades y carreteras, a la espera de hallar mi rastro. Mientras mi cara aparecía en todos los informativos y, supuse, en las pocas redes sociales a las que el Gobierno provisional había aprobado el acceso.

«Sigue la búsqueda de la psi responsable de la muerte de siete personas...».

Transcurrió otra hora antes de que empezaran a aparecer coches, antes de que empezaran a surgir ciudades y antes de que la carretera se hiciera mucho más ancha. Me sentí como una hormiga que, atrapada bajo un cristal, no puede moverse y se achicharra viva bajo la luz del sol.

Tragué con dificultad y acerqué la mano a la botella del portavasos. Roman le quitó el tapón y me la pasó. Me la bebí de un trago y arrugué el plástico al terminar, pero el agua no me alivió el dolor que notaba en la garganta.

—¿Queréis que hablemos de esto o vamos a ignorar el hecho de que eres una fugitiva a la que todo el mundo busca? —preguntó Priyanka, despatarrada en el asiento trasero—. A mí me da lo mismo una cosa que otra, solo quiero asegurarme de que estemos todos en el mismo barco. Bueno, y además me aburro.

Rechiné los dientes.

—Pues me alegra que te permitas el lujo de aburrirte en esta situación.

—Tenemos que trazar un plan —dijo Roman en un tono casi de disculpa—, aunque solo sea para atravesar el punto de intersección de zonas. ¿Te comenté tu amigo alguna forma de llegar hasta... donde sea que tenemos que llegar?

—Eso. Y, por cierto, ¿quién es ese amigo? —preguntó Priyanka—. ¿El que está en el Consejo de los psi o... cómo se llamaban los otros? ¿Stewart y... Ruby? Se llamaba así, ¿no?

Zanjé rápidamente la cuestión.

—Era Charles.

Priyanka conocía el nombre de Ruby. Tras el alboroto en los medios de comunicación justo después del cierre de los campos y, más tarde, su desaparición, todo el mundo conocía el nombre de Ruby y todo el mundo sabía que el Gobierno la buscaba. Por tanto, no era una pregunta inocente.

Me mordí la cara interior de la mejilla para no añadir nada más. Después de todo lo que había ocurrido, del castillo de mentiras, no podía ser tan simple. Tan obvio. Mi historia personal era pública, así como el hecho de que había mantenido una estrecha relación con Ruby y Liam. No era del todo descabellado, pues, que Priyanka y Roman dieran por sentado que yo seguía manteniendo un contacto secreto con mis amigos y que, en caso de necesidad, acudiría a ellos.

Aun así, la idea me provocó un gélido escalofrío en la nuca. ¿Qué podía significar? ¿Que lo habían preparado todo para que la rueda empezara a girar en aquella dirección? ¿Que se estaban aprovechando de la situación en la que nos encontrábamos?

Mierda. «Y aquí estoy yo, llevándolos justo adonde ellos quieren ir».

Tenía dos opciones: la primera pasaba por arrebatarme a Priyanka el móvil con la prueba de los secuestradores y entonces, una vez llegáramos a Virginia, huir. De ese modo, no me vería obligada a poner en peligro la existencia del lugar seguro y a todos los que allí se encontraban.

Y en cuanto a la segunda... Existía una forma de utilizar Haven para atrapar a Roman y a Priyanka sin tener que llevarlos al lugar seguro en el que se hallaba la casa.

Cuando había elaborado mi plan en el motel, la segunda opción me había parecido una especie de solución de emergencia —solo de pensar en llevarlos hasta las inmediaciones de Haven se me ponían los pelos de punta—, pero ya no estaba tan segura. Si a Roman y a Priyanka les interesaba encontrar a Ruby y a Liam, mis amigos no solo querrían saberlo, sino que debían saberlo.

Plantear así la situación era peliagudo, pero siempre y cuando actuara con cautela, podía controlar y limitar los riesgos.

Podía hacerlo. Sí, podía. Me habían arrinconado, de acuerdo, pero no se daban cuenta de que yo también los había arrinconado a ellos.

Kilómetro y medio más adelante, se encendió una valla publicitaria electrónica. Enseguida aparecieron interferencias, a la espera de recibir la transmisión. Cuando finalmente se cargó la imagen, no era un anuncio ni una alerta de tráfico.

Era mi cara. Cuatro metros y pico de alto, a todo color. La foto se desplazó en la pantalla y dejó un poco de espacio a un texto que parpadeaba en letras rojas.

SI VE A ESTA PSI, LLAME AL 911.

MUY PELIGROSA.

NO SE ENFRENTA A ELLA.

Clavé el pie en el freno y salimos los tres lanzados hacia delante. El coche que venía detrás tocó el claxon y viró bruscamente para esquivarnos.

—Bueno —dijo Priyanka con suavidad—. Hay que admitir que no es tu mejor foto. Tienes pinta que querer darle una paliza a alguien.

Habían utilizado la foto de mi carné de psi. La foto en la que se me había prohibido explícitamente sonreír. El resultado era una horrenda imagen de

ficha policial. A Vida le había parecido tan divertida que la había impreso y enmarcado.

Ahora ya no resultaba tan divertida.

Otro kilómetro más adelante, se encendió la siguiente valla publicitaria: SI VE A ESTA PSI...

El destello de las vallas me había distraído, por lo que mi cerebro estaba tardando en registrar las nuevas fuentes de energía, que aumentaban rápidamente como si se tratara de un enjambre de abejas. La vibración de la energía era silenciosa, en comparación con la de los motores de los coches próximos, pero se armonizaban entre sí de una forma que me ponía los pelos de punta.

—Suzume —empezó a decir Roman.

—Lo veo —respondí medio atragantándome.

Unos pocos kilómetros más adelante, los coches frenaban. Se había formado una especie de cuello de botella al quedar la carretera reducida a un solo carril. Varios agentes de policía uniformados y Defensores iban pasando de coche en coche y abrían los maleteros. En lo alto, varios drones sobrevolaban despacio la carretera, equipados con sus cámaras y escáneres. El último grito en tecnología, encargada por las Naciones Unidas como regalo de despedida.

Respiré hondo y contuve el aliento mientras pasaba al carril derecho y cogía a lo loco la siguiente salida.

—Vale, seguro que esta jugada no hace saltar ninguna alarma —dijo Priyanka aferrándose a una de las agarraderas del techo del vehículo.

Aceleré en la calle y giré bruscamente a la derecha sin mirar. Alguien hizo sonar el claxon, pero el sonido se diluyó entre la sensación de que algún aparato electrónico nos seguía desde las alturas.

«Mierda», pensé. Aceleré y giré de nuevo, esquivando por los pelos a un

ciclista que estaba a punto de entrar en el cruce. Me encogí, pero el dron seguía allí, lo veía por el espejo retrovisor.

—Priyanka, ¿podrías...?

—Ya estoy en ello —respondió.

Pensaba que Priyanka había tirado el teléfono de prepago que había desmontado, pero no, se había guardado las piezas en el bolsillo. Volvió a montarlo rápidamente, sin introducir la tarjeta SIM, y luego se sacó del bolsillo el otro teléfono. El que tenía las fotos.

—¿Qué haces con eso? —le pregunté airadamente.

—Relájate —dijo—. Solo le voy a quitar una piececita para ponérsela al otro. El almacenamiento del teléfono no se verá afectado, ni tus fotos tampoco.

Me dieron ganas de saltar entre los asientos y arrebatarle el teléfono de las manos, pero ella ya había extraído la pieza de uno y la había introducido en el otro.

—Te juro por Dios que como te cargues ese teléfono... —empecé a decir mientras aferraba el volante con más fuerza.

—Lo único que me voy a cargar es ese dron —dijo Priyanka con voz tranquila—. El teléfono va a emitir una señal de baja calidad que codificará las imágenes del dron antes de que pueda transmitir las. Mientras consiga mantener cargado el teléfono, somos un punto ciego permanente. Y lo mismo con las cámaras de la carretera: cuando pasemos por debajo, las hará parpadear. —Se volvió en el asiento y saludó con la mano al dron, que permanecía inmóvil en el aire—. ¿Lo ves? Adiós, dron.

Entré con el coche en el primer centro comercial desierto que encontré y contemplé, asombrada, el dron, que en ese momento abandonaba su posición y daba media vuelta en dirección a la carretera. Nos detuvimos bruscamente tras una lavandería cerrada. Tiré con fuerza del freno de mano y apagué el motor.

Ni siquiera había pensado en las cámaras recién instaladas que encontraríamos en la carretera, camino de Virginia. Se trataba de una nueva medida de seguridad, pensada para prevenir el contrabando y la delincuencia. Pero también tenían la función de detectar cualquier coche cuyos ocupantes trataran deliberadamente de disimular u ocultar el rostro. Una herramienta muy útil... cuando perseguía a otros.

—¿Seguro que estamos a salvo?

Había visto a otros verdes hacer milagros tecnológicos con unos cuantos cables y una lata vacía de atún, pero aquello era asombroso hasta para mí.

Priyanka se hizo la ofendida y se llevó una mano al pecho.

No sé por qué miré a Roman en busca de confirmación, dado que él había sido tan poco sincero como ella. Tal vez porque si había algo en ellos de lo que estaba segura, era de que jamás pondrían en riesgo la vida o la seguridad del otro si no era absolutamente necesario. Ellos tenían tantos motivos como yo para eludir el ojo de la cámara.

—Funciona —me tranquilizó—. Los drones indicarán que se ha producido un error rutinario y las cámaras de la autopista no se activarán para hacer fotos ni grabar imágenes.

El aire me quemaba al entrar y al salir y el pulso se me aceleraba. Me incliné para apoyar la cabeza en el volante. Cerré los ojos y traté de ahuyentar el recuerdo de la valla publicitaria en la oscuridad. Cuando volví a abrirlos, Priyanka me había puesto delante una bolsa de plástico.

—Por favor, no vomites en la tapicería. Tenemos que compartir este espacio.

—¡Priyanka! —exclamó Roman.

—Ya, como si tú no estuvieras pensando lo mismo —dijo ella.

Le aparté la mano.

—Estoy...

«Enfadada. Confusa. Asustada». Muchas cosas espantosas a la vez. Pero

no quería dar protagonismo a ninguno de esos sentimientos admitiéndolo, así que cambié de tema.

—Estoy bien. ¿Cómo sabían que debían buscarme aquí?

—Es un territorio de búsqueda inmenso... —dijo Roman al tiempo que se pasaba una mano por el pelo alborotado—. Lo más probable es que partieran de Pensilvania y hayan ampliado el perímetro día a día.

Me obligué a sentarme erguida, aunque mi cuerpo recuperaba la sensibilidad muy despacio.

—¿Puedes decirnos adónde vamos? —preguntó—. Si están vigilando las carreteras, podemos intentar evitarlas.

No, no podíamos. Al menos, no siempre.

—Virginia. Vamos a un lugar seguro que está allí. Un lugar en el que no podrán rastrearnos.

Un lugar desde el que podría enviar a Vida y a Chubs fotos de los secuestradores, y empezar a encajar las piezas de la implicación de Roman y Priyanka en el atentado.

Priyanka se inclinó hacia delante, entre los dos asientos.

—Eso suena bastante bien.

No me gustaba la idea de ofrecerles por adelantado ni siquiera esos pocos detalles, pero si les proporcionaba un poco de información, tal vez creyeran que empezaba a confiar en ellos. Además, aunque se me presentara la oportunidad de huir de ellos, Virginia era un estado muy grande. Podían pasarse años enteros recorriéndolo en coche y buscándome en vano.

—O sea, que vamos a tener que pasar por el punto de intersección de zonas —dijo Roman—. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

Daba igual cómo nos acercáramos, tendríamos que cruzar por lo menos un control de zona. En ese momento estábamos en la Zona 3. La frontera de la Zona 1 discurría por el extremo oeste de Pensilvania, Virginia Occidental y

Virginia. Este último estado también hacía las veces de frontera sur de la Zona 2, que empezaba en Carolina del Norte y se extendía hasta Texas.

Las zonas habían sido importantes en los primeros tiempos, después de la intervención de las Naciones Unidas, sobre todo a efectos administrativos. Servían para establecer cómo se dividían y organizaban los suministros y permitían que las fuerzas de paz pudieran supervisar zonas más pequeñas y manejables. Pero ahora apenas faltaban unos meses para las primeras elecciones reales en más de cinco años y, sin duda, el desmantelamiento de las zonas sería uno de los primeros temas que votaría el nuevo Congreso.

Era imposible cruzar de una zona a otra de extranjería, por así decirlo. Todas las carreteras de acceso estaban bloqueadas. Todo el mundo cruzaba utilizando alguno de los muchos puntos de control situados en las principales carreteras estatales e interestatales. Se fotografiaban las matrículas de los coches, se escaneaban y se introducían en el sistema para tener constancia de todo el que entrara o saliera.

Esa idea me hizo volverme hacia Roman y Priyanka.

—¿Cómo lo hicieron los secuestradores? —pregunté tamborileando con los dedos sobre el volante—. ¿Cómo consiguió el camión pasar de la Zona 1 a la Zona 3 sin que saltaran las alarmas? Aunque no pasara por el escáner, seguro que tuvo que someterse a un registro visual de la carga.

—Ojalá pudiera decirte que todo el mundo respeta las leyes tanto como tú —dijo Priyanka—, pero resulta que muchas personas prefieren los sobornos.

El soborno no era una opción en nuestro caso. Incluso con el dinero que habíamos conseguido, no podía arriesgarme a que me identificaran. Acababan de instalar cámaras de reconocimiento facial en los puntos de control y no me cabía duda de que las fuerzas de paz de las Naciones Unidas, que controlaban el flujo de tráfico, se dedicaban a inspeccionar los vehículos de forma mucho más minuciosa con el objeto de encontrarme. A mí, la fugitiva.

Roman me miró.

—¿Y si lo intentamos a pie?

—No —dije apoyando el codo en la puerta—. Conozco otro camino.

No quería hacerlo, porque era muy egoísta —por no decir delictivo— revelar esa información a personas que carecían de una autorización de seguridad, pero no teníamos tiempo de ir por ahí buscando un hueco en las alambradas o en los controles de seguridad. Había descubierto accidentalmente aquella posible escapatoria cuando nos habíamos visto obligados a cambiar nuestra ruta de viaje de la Zona 1 a la 3, después de que unos cuantos seguidores del Observatorio para la Libertad levantaran una barricada en el principal punto de control. Y al agente Cooper se le había escapado.

—Hay una ruta secundaria que no está vigilada —admití—. El Gobierno la utiliza a veces para evitar el tráfico o los embotellamientos en los puntos de control.

Era una carretera estatal que discurría a orillas del lago Eerie, entre Nueva York y Pensilvania. El Departamento de Transporte del Gobierno tenía pensado reabrirla al público para facilitar el acceso al lago y aligerar un poco el tráfico en el principal punto de control. Habían instalado cámaras inteligentes de identificación visual y todo lo necesario para vigilar la fluidez del tráfico durante la primera fase de ¡América volverá al buen camino! Pero, en el último momento, el Gobierno canadiense había presentado una queja formal: decían que las cámaras, enfocadas hacia el lago, podían utilizarse para vigilar a los barcos canadienses en aguas canadienses, violando así el derecho de los ciudadanos de ese país a la privacidad. El Gobierno canadiense argumentaba que podía considerarse espionaje nacional, teniendo en cuenta su rol en las Naciones Unidas.

El Gobierno, pues, había dejado las cámaras para usarlas más adelante, pero no estaban conectadas. Así, la carretera interestatal no estaba vigilada.

—*Quelle surprise* —dijo Priyanka.

—¿Con qué frecuencia se utiliza? —preguntó Roman—. ¿Crees que a alguien se le podría ocurrir que planeas utilizarla?

Eran buenas preguntas para las cuales yo carecía de respuesta.

—No lo sé. Creo que deberíamos probar y ver qué ocurre.

No era la mejor opción, desde luego. Pero era la única medio decente que se me ocurría. Y si se trataba de elegir entre esa opción y nada, tendría que bastarnos.

12

Me llevó más de ciento cincuenta kilómetros confiar en la efectividad del dispositivo de Priyanka, y otros ciento cincuenta más convencerme de que podíamos mantenernos alejados de los principales pueblos y ciudades, que sin duda contaban con el apoyo de drones teledirigidos para la prevención de delitos. El dinero del camello del motel, tal y como Priyanka había vaticinado, se iba acabando rápidamente: apenas nos llegaba para comprar las suficientes tarjetas de racionamiento de gasolina como para mantener el depósito medio lleno.

Priyanka fue echando alguna que otra cabezadita durante las doce horas que tardamos en llegar hasta Ohio: tumbada con las rodillas dobladas hacia el techo del coche, roncaba débilmente, pero Roman no se permitió cerrar los ojos en ningún momento. Ni siquiera un segundo.

Yo tampoco.

A medianoche, nos detuvimos finalmente a descansar un rato. Aparqué el coche enfrente de un pequeño restaurante, al otro lado de la calle: lo bastante lejos como para pasar desapercibidos, pero lo bastante cerca como para vigilar a todas las personas que estaban al otro lado de las ventanas iluminadas. Un hombre que llevaba un gorrito blanco limpiaba en ese momento la barra, mientras charlaba con dos clientes un tanto achispados que compartían alegremente un plato de crepes. Tras ellos, la televisión emitía un boletín informativo sobre Europa.

—Se lo está tomando con calma... —dijo Roman, que parecía ligeramente nervioso.

Desviaba continuamente la mirada desde el restaurante hacia los lavabos,

situados en la esquina derecha del edificio. Estaban en el exterior, como si se tratara de una gasolinera y esa ubicación era el único motivo de que nos hubiera parecido seguro detenernos para utilizarlos.

—No pasa nada —dije—. Es normal que se lo tome con calma. No tuvo tiempo de lavarse cuando estábamos en el motel.

Gracias a mí.

Roman se inclinó y le dio un golpecito al botón de ENCENDIDO de la radio.

La verdad es que yo no estaba de humor para escuchar boletines de noticias sobre el incidente y mi supuesta implicación, así que me incliné para apagarla otra vez, pero me lo impidió la voz sosegada de Roman.

—Ya sé que a lo mejor te resulta doloroso escuchar lo que dicen, pero es mejor que estemos al corriente de las noticias y sigamos la investigación.

Retiré la mano y la apoyé de nuevo en el volante.

No le faltaba razón, claro, pero yo aún tenía a flor de piel el recuerdo de la explosión y de lo que les había sucedido a Mel y a los demás. No hacía más que reproducirlo mentalmente una y otra vez, como si fuera un bucle infinito, porque necesitaba saber si podía haber hecho algo para salvarlos. La idea de escuchar a alguien comentando aquellos últimos y espantosos segundos... me daba ganas de salir corriendo del coche.

—Vale —conseguí decir.

Roman giró el dial y fue pasando emisoras, hacia delante y hacia atrás, en busca de la que se escuchara mejor en aquella zona.

La estática se me colaba en los oídos, interrumpida de vez en cuando por la señal débil de alguna emisora o por el fragmento de alguna canción. Cuando Roman por fin encontró una emisora, el volumen estaba tan alto que fue como si el locutor nos estuviera gritando. Roman dio un respingo y toqueteó los botones hasta bajar el volumen.

«...no estamos en desacuerdo con Moore y, de hecho, nos hemos ofrecido a trabajar con él de forma más activa en su programa de Centros

Independientes de Formación Individualizada. Los informes que su compañía ha enviado sobre los resultados del centro piloto son muy alentadores. No es ningún secreto que no soy una ferviente partidaria de la EPP, pero estoy abierta a ella siempre y cuando el centro piloto supere el mes que viene la inspección del Gobierno. Como saben, aún no hemos tenido acceso al centro... Sí, siguiente pregunta, por favor...».

Había reconocido desde el principio la voz de la presidenta Cruz, pero también su tono. Era un tono de agotamiento y reticencia, el tono de alguien que finalmente se sentía acorralado después de años de escapar por los pelos.

—¿Qué es la EPP? —preguntó Roman.

—Escolarización Privatizada de los Psi —dije tratando de concentrarme en lo que estaba diciendo la presidenta Cruz. Había convocado una rueda de prensa, sin duda, lo cual era muy valiente teniendo en cuenta las noticias—. Una especie de internado para psi, con el objetivo de conseguir que se reintegren mejor en la sociedad proporcionándoles una serie de conocimientos que les pueden ser útiles cuando se incorporen a la población activa.

—Creía que había unas... ¿comunidades independientes? ¿No habías hecho una presentación o algo parecido?

De repente, me sentí muy molesta. No con Roman, sino con lo que había hecho que aquellos planes se fueran al traste.

—Se rechazó porque se consideraban demasiado caras para una economía todavía en recuperación. Unas cuantas compañías, entre ellas la de Moore, presentaron ofertas para financiar distintos proyectos escolares y de vivienda, y se eligió la suya.

Si los niños recibían una serie de conocimientos valiosos en un entorno limpio y seguro, yo no tenía motivo de queja, sobre todo porque la idea original —idea que había alcanzado una asombrosa popularidad entre un

sector de la ciudadanía— consistía en buscar territorios remotos, construir en ellos unos cuantos edificios y recluir a los psi tras vallas electrificadas.

«No, George, yo estoy de acuerdo tanto contigo como con él —prosiguió la presidenta Cruz—. Esos programas podrían ser una muy buena opción, sobre todo para los psi no reclamados. Doce de ellos se han ofrecido voluntarios para convertirse en la primera promoción del centro piloto y esperamos poder trasladar al centro a otros cincuenta que ahora mismo están en casas de acogida o albergues. Pero, insisto, eso será después de que Moore concluya las pruebas iniciales y someta el programa a una inspección más exhaustiva».

—¿Cuántos chicos... no reclamados hay? —preguntó Roman titubeando al pronunciar aquella expresión tan desagradable.

—Mil ciento doce —dije—. La mayoría están en casas de acogida, pero los psi de más edad viven juntos en albergues. El Gobierno los supervisa y reciben visitas constantes de los asistentes sociales.

Se volvió de nuevo hacia la carretera, con una expresión preocupada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada —dijo—. Es solo que... me sorprende que no te opongas más a ellos. Al fin y al cabo, tú estuviste en un campo, ¿no?

Lo miré sorprendida.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Tras la entrevista que había concedido años atrás, que al parecer había dado la vuelta al mundo, y todas las charlas en las que había participado desde entonces, no quedaba nadie en el planeta que no conociera mi historia. Eran tantas las personas que conocían los detalles que la historia ya ni siquiera me parecía mía.

—Pensaba que lo odiarías porque lo que propone se parece demasiado a los campos —se explicó—. Perdona, no pretendía recordar...

—No pasa nada. —Y era cierto—. Los niños del programa de Moore se

ofrecieron voluntarios y se les ha garantizado que pueden salir cuando quieran. Por las imágenes del centro que he visto, parece el colmo del lujo, en comparación con lo que teníamos nosotros. —Hasta entonces, no se me había ocurrido preguntarlo, pero en ese momento me invadió la curiosidad—. Entiendo que vosotros no estuvisteis en ningún campo, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No, vivíamos en la calle. Nunca formamos parte del sistema de campos.

—¿Cómo? —pregunté.

Yo había vivido en la calle con los otros chicos durante un tiempo y nos había resultado prácticamente imposible eludir los rastreadores y a las FEP. Incluso los civiles dispuestos a ganarse unos cuantos dólares a cambio de dar información suponían una amenaza para nosotros. Me pregunté si el Gobierno tendría algún informe oficial sobre Roman y Priyanka.

—Encontramos una casa vacía y nos instalamos allí —dijo frotándose el dorso de la mano de las cicatrices con el pulgar de la otra mano. Hablaba con voz lejana. Ensayada—. Un vecino nos llevaba comida.

En cierto modo, la mentira parecía apropiada. Porque esa clase de cosas solo ocurrían en las fantasías.

—¿Cómo era? —preguntó—. Vivir en uno de esos campos, quiero decir.

—¿Qué puedo decirte que no se haya dicho ya? —le pregunté a mi vez—. Era una cárcel en todos los sentidos de la palabra. Controlaban todos los aspectos de nuestra vida: cuándo dormíamos, qué comíamos y cuándo... Nos hacían trabajar para mantenernos ocupados. Era como caminar por un terreno empapado en gasolina y tratar de impedir que te prendieran fuego.

El tono brusco de aquellas palabras me dejó un regusto amargo en la boca y entre nosotros se hizo un incómodo silencio.

—Era como vivir con el corazón enjaulado —dije al cabo de un momento—. Nada podía escapar, pero tampoco entrar.

Cuando aún vivía en casa —antes de Caledonia, antes de la Redada, antes

incluso de que se manifestara mi poder— me había criado escuchando historias de antepasados que habían vivido en campos de internamiento en Estados Unidos, durante la Segunda Guerra Mundial. Me habían contado que el Gobierno encarcelaba a la fuerza a muchos japo-americanos y se quedaba con sus propiedades, con lo que muchos de los ciudadanos habían tenido que soportar una vida muy dura en su propio país simplemente porque se consideraba que cualquiera de origen japonés era, por defecto, peligroso. Y aun así, cuando el autobús que nos llevaba —a mí y a otros muchos niños— a Ohio había cruzado las puertas de Caledonia, yo había sido lo bastante ingenua —o lo bastante joven— como para desear que aquel «centro de rehabilitación» fuera exactamente lo que habían prometido en las noticias: un programa médico para salvarnos la vida, una escuela protegida y un lugar en el que podíamos vivir sin miedo.

Las experiencias no eran las mismas y, desde luego, no podía establecerse una comparación real entre ellas. Lo único que deseaba era haber prestado más atención a aquellos relatos, haber conseguido de alguna manera que la historia me resultara más próxima, porque creo que haber aprendido a no desear lo mejor, haber entendido que el Gobierno y el presidente no siempre encarnaban figuras paternas dispuestas a cuidar de nosotros... bueno, me habría ahorrado bastante sufrimiento.

—Lamento que tuvieras que pasar por todo eso —dijo con su habitual voz sosegada—. Ahora entiendo por qué trabajas tan duro para ayudar a los psi.

No supe qué responder, porque no quería estar de acuerdo. No quería que hubiera nada entre nosotros que pudiésemos compartir.

Priyanka apareció en ese momento en la puerta del lavabo y la cerró cuidadosamente tras ella. Dirigió la mirada al restaurante y, antes de cruzar la calle, se aseguró de que los clientes estuvieran de espaldas a la ventana.

La presión que notaba en el pecho había aumentado hasta el punto de que parecía a punto de estallar.

—En realidad —dije mientras abría la puerta—, creo que sí necesito un pequeño descanso.

Cerré la puerta a mi espalda y ni siquiera me molesté en establecer contacto visual con Priyanka cuando nos cruzamos. Ella se volvió y me siguió con la mirada hasta los lavabos. Mientras me acercaba al edificio, vi al camarero salir de detrás de la barra y acercarse a las ventanas para limpiar las mesas.

Me agaché y avancé a gatas hasta pegarme a la pared, justo debajo de las mesas. Me quedé allí, esperando. El aire, cálido y húmedo, me llenaba los pulmones y me resbalaba por la piel.

«Suzume Kimura, la psi responsable del espantoso atentado en Penn State, ¡trabajaba en el despacho de la presidenta!».

Tensé todos los músculos del cuerpo al oír mi nombre pronunciado por la voz sedosa de Joseph Moore, procedente de la tele del restaurante.

«La presidenta en funciones Cruz no ha sido elegida para el cargo que ocupa, sino que ha sido nombrada por los cabecillas de las Naciones Unidas. Los acuerdos perjudiciales que acepta de ellos constituyen un ataque a los intereses de los ciudadanos que trabajan y luchan día a día. Ha llenado los bolsillos de los caciques extranjeros y, en lugar de moldear a la generación de psi, lo único que ha conseguido es alimentar a los elementos más radicales. ¿Cómo podemos confiar en su buen juicio? ¿Cómo puede ser imparcial en la cuestión de los psi cuando su propia hija, Rosa —quien, por cierto, no se ha dejado ver en público desde que empezó la campaña de su madre—, se cuenta entre ellos?».

Quería que dejara de pronunciar con sus asquerosos labios mi nombre y el de Rosa. La pobre vivía en Canadá y estudiaba allí, después de que alguien hubiera intentado secuestrarla cuando volvía a casa del colegio.

«No queremos un nuevo sueño americano..., queremos recuperar el que nos robaron el día en que aceptamos permitir que el resto del mundo

resolviera nuestros problemas. El primer paso es el juramento de lealtad. — Los aplausos que siguieron me pusieron la piel de gallina—. ¡Sí! ¡Exacto! Pero... dejadme terminar, dejadme terminar... El segundo paso es asegurarnos de que un ataque como el que han perpetrado Kimura y los degenerados como ella no vuelva a producirse jamás».

Degenerados.

La rabia me devoró por dentro. Todo el trabajo..., todos los discursos..., todos los golpes que había encajado y devuelto poniendo la otra mejilla... era un paso adelante y mil atrás.

El locutor habló de nuevo:

«Aunque la administración Cruz —apuntó— considera innecesario un juramento de lealtad y ha desestimado las exigencias del Observatorio para la Libertad en ese sentido, el atentado en Penn State podría propiciar un cambio en esa política».

Me arrastré hacia delante y me incorporé cuando llegué a la puerta de los lavabos. Desde aquel ángulo, veía las imágenes de la televisión reflejadas en la fachada de cristal del restaurante.

La secretaria de prensa se acercó en ese momento al atril de la sala de prensa. En sus palabras percibí una emoción contenida. Ella y Mel habían sido íntimas amigas y, además, conocía a muchos de los periodistas que habían cubierto el acto.

«Para garantizar la seguridad del público y la cooperación ininterrumpida con los psi, a partir del próximo lunes vamos a poner en marcha dos nuevas medidas. Primera: a todos los psi, incluso los que están bajo la custodia de sus familias, se les asignará un asesor del Gobierno local, que será el encargado de tramitar todas las solicitudes para viajar entre zonas, así como cualquier otro tipo de documentación legal. Segunda: en la primera entrevista con dichos asesores, se solicitará a todos los psi que firmen un documento

por el que se comprometen a no cometer actos violentos ni a traicionar de ningún modo a Estados Unidos».

O sea, un juramento de lealtad. Di un paso al frente, incrédula. Tenía que verlo con mis propios ojos en la pantalla para convencerme de que no estaba atrapada en una pesadilla.

Iba a ser imposible dar marcha atrás a todo aquello, por mucho que yo consiguiera demostrar mi inocencia.

El locutor siguió hablando:

«Puede que dichas medidas les parezcan insuficientes al Observatorio para la Libertad y otras organizaciones que han expresado abiertamente su temor de que Estados Unidos no esté haciendo suficiente para controlar la población de psi, así como su deseo de que todos los psi tengan que cumplir el servicio militar obligatorio...».

Al otro lado de la calle, las luces del coche emitieron un destello. Sobresaltada, me volví hacia el coche y vi a Priyanka golpear con el puño el volante y emitir un estridente bocinazo en mitad de la noche.

—...¡sí! ¡Está aquí! ¡Os lo juro!

Giré sobre mis talones y eché un vistazo al interior del restaurante. La mujer blanca de la barra estaba gritando algo a través de su móvil y el hombre que hasta ese momento había estado junto a ella se había puesto en pie y se dirigía en dirección a la puerta lateral... hacia mí. El camarero se agachó tras la barra, cogió una escopeta y me apuntó a través del cristal.

No tuve tiempo de pensar. Aferré la corriente incandescente que circulaba por las luces del techo y los letreros de neón y tiré de ella. Luces y letreros estallaron en una lluvia de cristal y todos los que estaban dentro del restaurante empezaron a gritar.

Los frenos del coche chirriaron cuando derrapó por la carretera y se detuvo en seco. Eché a correr hacia él, sin hacer caso del ruido de pasos a mi

espalda. Tenía la mirada fija en Roman, que había bajado la ventanilla y apuntaba con la pistola justo por encima de mi hombro.

Abrí de un tirón la puerta trasera y entré de un salto. Priyanka aceleró con tanta brusquedad que la puerta se cerró sola a mis pies.

Nadie dijo nada. Me acurruqué de costado y respiré con dificultad, entre las oleadas de adrenalina y pánico de acción retardada que me iban asaltando.

Finalmente, Priyanka habló:

—¿Ya estamos todos despiertos? —preguntó con un hilo de voz.

Me incorporé un poco, demasiado avergonzada como para mirar a Roman.

«Qué estúpida..., qué estúpida...».

Transcurrió un minuto, puede que un poco más, antes de que el teléfono de Priyanka emitiera un tono que me resultaba familiar. El Sistema de Alerta de Emergencias.

Roman no leyó el mensaje en voz alta, pero lo vi claramente por encima de su hombro.

AVISTADA EN LA ZONA LA PSI FUGITIVA SUZUME KIMURA.

TOYOTA PLATEADO CON MATRÍCULA TERMINADA EN D531.

MANTÉNGANSE ALERTA. NO SE ACERQUEN SI LA VEN.
LLAMEN AL 911.

Un dron apareció en el cielo oscuro, silbando como una bala por encima de nosotros en dirección al restaurante. Un minuto más tarde, sirenas. Estaban lejos, pero su aullido se me quedó atrapado en la mente, por muchas horas y kilómetros que pasaran. Incluso cuando ya estábamos lo bastante lejos como para que pudiera relegar al olvido lo que había ocurrido.

Pero no podía. En mi interior, el pasado colisionaba con el presente y lo

único que podía hacer era permanecer despierta el tiempo suficiente como para sobrevivir a la pesadilla que provocaba.

13

Mi cara estaba por todas partes.

En incontables vallas publicitarias. En las pantallas de televisión de las casas frente a las cuales pasábamos, en las alertas informativas enviadas de forma automática al teléfono de prepago de Priyanka y en miles de carteles pegados a farolas, escaparates de tiendas y gasolineras.

Tras nuestra última parada para poner gasolina, unas horas antes, Roman nos había traído uno para que le echáramos un vistazo. Era idéntico al mensaje y la foto que aparecían en las vallas publicitarias. Había, sin embargo, una diferencia fundamental: un segundo número de teléfono al que llamar y una breve línea de texto al final. Decía así: «Moore Enterprises, en colaboración con la campaña Moore es más para América».

Algo más tarde, oímos al propio Moore lanzar su amenaza en la radio: «Si Cruz no es capaz de encontrar a Kimura, ni siquiera con todos los recursos que posee, entonces lo haré yo».

Miré a Priyanka y a Roman y, con la voz más serena que pude, dije:

—Creo que voy a necesitar un disfraz.

—Ahora empezamos a entendernos —dijo Priyanka—. No sé tú, pero yo me muero por dejar de tener el aspecto de alguien que ha salido arrastrándose de su propia tumba.

Entramos en el pueblo tan deprisa que ni siquiera me dio tiempo a leer el nombre cuando pasamos frente al indicador. Roman levantó el pie del acelerador y aminoró la marcha para ver si el lugar en cuestión merecía una parada. La ranchera soltó un lastimero quejido cuando Roman redujo las marchas. Nos había parecido demasiado arriesgado quedarnos el otro coche

y, por una cuestión de suerte, habíamos encontrado nuestro nuevo transporte abandonado junto a una estación de clasificación.

Tras una serie de calles vecinales que dormitaban a la sombra de exuberantes árboles, empezamos a ver ciertas señales de vida renovada. Varias cuadrillas de trabajadores habían salido a reparar las líneas eléctricas caídas o a retirar de las casas recién pintadas los contenedores llenos de basura y restos de vegetación. Había coches aparcados en los caminos de entrada de las casas y no abandonados en la cuneta de alguna carretera. Había gente en los jardines, paseando a sus perros o charlando con los vecinos.

«Funciona», pensé al tiempo que sentía renacer la esperanza por primera vez en mucho tiempo. El Gobierno, pese a todas las críticas que encajaba día tras día, estaba mejorando la vida de las personas. En cuanto hubiera limpiado mi nombre, trabajaría aún más duro. Ayudaría a más gente.

Pero era evidente que aquel débil rastro de vida había pasado por alto la vieja avenida comercial que se abría ante nosotros. Parecía la piel de una serpiente, frágil y plateada bajo la luz del atardecer. La mayoría de los escaparates de las tiendas seguían tapiados y el resto bloqueados sin demasiado entusiasmo con cinta policial y carteles en los que podía leerse PROHIBIDO EL PASO.

Me fijé en un enorme contenedor y lo señalé.

—Ahí, ese nos servirá.

A Roman se le escapó una débil sonrisa. Yo no había vuelto a sentarme al volante tras el incidente del restaurante y no creía que volviera a hacerlo, menos aún cuando estábamos tan cerca de Virginia. Al fin y al cabo, no valía la pena pelear. Que condujeran ellos directamente hasta mi trampa, igual que cuando ellos me habían insinuado que serían dos pares de ojos más para vigilar.

—¿Seguro...? —dijo Roman mientras detenía el coche detrás del inmenso contenedor.

Había tantas bolsas de ropa apiladas en el interior que a la tapa solo le faltaba una fuerte ráfaga de viento para salir volando. Junto al contenedor se amontonaban juguetes y bicicletas, que lo único que hacían era acumular lluvia y polvo. Recuerdos no deseados. No existía forma de saber cuánto tiempo llevaban allí aquellos trastos, si diez años o diez días.

—Te esperaremos aquí —le dije mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad.

Puesto que Roman era el único de los tres que no llevaba la ropa manchada de sangre, le había tocado ser el encargado de conseguir gasolina... ya fuera sobornando a alguien para que le cediera una tarjeta de racionamiento o sobornando al empleado de la estación para que le cobrara en negro.

Roman bajó el cristal de la ventanilla.

—Tened... cuidado, ¿vale? No tardaré mucho.

—No te preocupes, Ro —le dijo Priyanka—. Te encontraré la camiseta psicodélica de tus sueños, a poder ser en tono fosforito.

La sufrida expresión de su rostro cuando se alejó con el coche casi me hizo reír. Casi.

Priyanka ya estaba muy ocupada rebuscando en una bolsa de ropa que alguien había dejado junto al contenedor de ropa usada.

—Oooh... Esto sí que me gusta.

Utilizó una caja de libros como taburete para sacar una bolsa atada. Por un agujero del plástico sobresalía la manga de una blusa de seda violeta. Canturreó alegremente mientras rebuscaba en la bolsa.

Apoyé las manos en las caderas y me volví para inspeccionar todo lo que la gente había abandonado allí. Piezas de electrodomésticos, colchones y adornos abandonados como si fueran trastos inservibles. Tanto desperdicio me resultaba casi ofensivo. Pero en fin, las personas siempre se desprendían de sus pertenencias cuando intentaban librarse del peso de los recuerdos.

Rebusqué en la bolsa de ropa más cercana y me concentré durante unos

instantes en una blusa rosa de estampado floral. Suspiré profundamente y la aparté a un lado, en favor de la prenda que estaba justo debajo, una camiseta enorme de los Cleveland Cavaliers. Mientras rebuscaba en las prendas del fondo, encontré unos vaqueros cortos que aparentemente podían servirme, siempre y cuando me los sujetara con un cinturón o un trozo de cuerda. Me quité los tacones destrozados, los metí en la bolsa y cogí las deportivas blancas que estaban en el fondo. Solo un número de más. No estaba mal.

Terminada esa tarea, empecé a elaborar mentalmente una segunda lista. Comida, agua, recipientes, mantas...

Organicé tres pilas, empezando por las mantas, y luego cogí todas las fundas de almohada que pude encontrar. Siempre podíamos utilizarlas como bolsas para llevar cosas si no disponíamos de mochilas. Un cazo pequeño para hervir, una sartén pequeña para cocinar o como arma para defendernos. Cuchillos, que siempre iban bien. Un tenedor y una cuchara para cada uno. Más no, porque entonces podían tintinear dentro de las bolsas y nos impedirían movernos con sigilo. No encontré pilas, solo una linterna que de momento funcionaba, aunque no alumbrara mucho. Encontrar comida enlatada o papel higiénico ya habría sido la leche, pero esas cosas iban muy buscadas.

—¿Se te ha olvidado comentar que nos llevas de acampada? —dijo Priyanka, que me observaba con las cejas arqueadas—. Estoy dispuesta a adaptarme, siempre y cuando tengamos aire acondicionado y buenas vistas.

Me ruboricé y desvié la mirada hacia mis ordenadas pilas de material.

Si había querido parar, era solo para encontrar ropa limpia. No me hacía ninguna falta coger todas aquellas cosas, menos aún teniendo en cuenta que nos dirigíamos a Haven. Sí, estaba cansada, pero aquello... no, aquello era otra cosa. Era como si acabara de ponerme un par de zapatos que ya se me habían quedado pequeños. Los contenedores de donaciones, la calle desierta... Aquella situación me resultaba tan familiar que me sentí abrumada.

—Lo siento —murmuré, mientras me obligaba a ponerme en pie—. Viejas costumbres.

Me sentí... No, «avergonzada» no era la palabra. No echaba precisamente de menos los meses que habíamos pasado huyendo, sobreviviendo a base de comida de máquinas expendedoras y robando gasolina con un trozo de manguera.

La desesperación y el hambre habían marcado todos aquellos días. Los únicos rayos de luz a los que podía aferrarme eran los recuerdos de mis amigos a la luz de las linternas: Liam contando historias o desafinando cuando cantaba su interminable lista de clásicos del rock. Yo resolviendo los complicados problemas de matemáticas que Chubs me escribía en el cuaderno que compartíamos. Yo deambulando con Ruby en un Walmart oscuro y abandonado, en busca de ropa que realmente me apeteciera ponerme. Sintíendome segura. Esperanzada. Querida.

Al pensar en todos esos recuerdos, me sentí como si estuviera viendo los rayos del sol a través de un cristal esmerilado. Cada recuerdo conservaba su propio color, su propia sensación y, entre todos, creaban algo hermoso que se mantenía unido gracias a un marco oscuro.

Priyanka me miró otra vez, pero en esta ocasión su mirada era distinta. Ya no parecía suspicaz, ya no tenía ese aire impaciente que adoptaba cada vez que yo hablaba de mi trabajo. Por una vez, no me miraba como si me tuviera calada.

Si las cosas hubieran sido distintas, tal vez me habría atrevido a decir que me entendía.

—No, o sea..., está muy bien —dijo Priyanka. Me molestó la amabilidad de su voz cuando se agachó para meter una de las pilas de objetos en una funda de almohada. Me hizo sentir casi un animal salvaje por haber reunido todo aquello—. Nunca se sabe, ¿verdad?

—Vale —murmuré renunciando a las pilas de material y concentrándome

en las bolsas de ropa que antes había ignorado—. Lo que tú digas.

Priyanka se quedó un instante detrás de mí, observándome. ¿Por qué tenía que sentirme así, como si fuera un animal herido al que alguien devuelve a la naturaleza? Me dolía la cabeza, sentía la necesidad de apoyarla en algo y la presión iba aumentando detrás de los ojos.

«Esto es absurdo —me dije—. Estás bien».

Y, para demostrármelo, dejé vagar la mente en busca del débil voltaje de la batería del teléfono que aún funcionaba. Fue como volver del revés un bolsillo vacío. Seguro que Priyanka lo había dejado en el coche. La única electricidad que capté fue la de una farola cercana.

—Toma —dijo Priyanka mientras me pasaba un ovillo de ropa—. Cógelo.

Tras un instante de silencio, obedecí.

La camisa era de suave algodón. La desplegué de una sacudida y vi que tenía en los hombros un delicado bordado de flores y hojas de enredadera.

—Es muy bonita —dije al tiempo que me la apoyaba en el muslo y trataba de alisar las arrugas.

—Los bordados son preciosos —admitió Priyanka—. Échale un vistazo, por si tiene alguna mancha o agujero que se me haya pasado...

Reseguí delicadamente con los dedos las costuras y le di la vuelta a la camisa para inspeccionarla bien. En aquel momento, deseé por encima de todo haberla encontrado yo primero.

Los chicos se esforzaban tanto por encontrarme ropa cuando viajábamos en Betty... que no entendían lo mucho que significaba para mí poder elegir algo que de verdad me gustara. Por poco útil que resultara llevar ropa de color fucsia mientras huíamos, el simple hecho de presentarme como yo quería en un mundo que se empeñaba en convertirme en inútil, me había hecho sentir un poquito más poderosa. Me había hecho sentir como las heroínas mágicas de los cómics manga que había leído de pequeña, con sus

colores alegres y sus hermosos disfraces. Por aquel entonces, esa era la idea que yo tenía de la fuerza.

—¿Sigues aquí, Chispita?

Parpadeé.

—Sí, perdona.

—Esa camisa te quedaría monísima con una falda de colores alegres, pero es una lástima que sea tan poco práctica para correr y pelear.

—Espera —le dije—. ¿La has cogido para mí?

—Ay, no, otra vez te estoy abrumando —dijo Priyanka—. Perdona, es que he pensado que esos colores combinaban muy bien con tu tono de piel. Pero vamos, que si no te gusta yo no me voy a ofender ni nada. Estoy tan acostumbrada a ocuparme de Roman que a veces se me olvida que los demás pueden ocuparse perfectamente de sí mismos.

—No, si me encanta —dije. Me sorprendía, sin embargo, que hubiera acertado de pleno con mis gustos—. Pero ya había cogido ropa.

Traté de devolverle la blusa, pero ella se limitó a contemplar la camiseta de los Cavaliers como si estuviera infestada de piojos.

—Se supone que es un disfraz —dije preguntándome por qué tenía que justificar mi elección.

—Pero si te sobran por lo menos tres tallas. ¿Y si te pones un sombrero grande y ya está? —dijo Priyanka—. O sea, si te vas a convertir en una fugitiva que huye para salvar la vida, ¿no deberías por lo menos llevar algo con lo que te sientas bien?

Empujé de nuevo la blusa hacia ella, preguntándome por qué se me había formado un nudo en la garganta. La expresión irónica desapareció de su rostro cuando finalmente la cogió. Pero, en lugar de devolverla a una de las bolsas, la dobló y la colocó en su propia pila.

—Por si cambias de idea —aclaró.

—No cambiaré.

Priyanka se encogió de hombros.

—En fin, eres un cielo por pensar que a mí me quedaría bien, pero parecería más un top que otra cosa. ¿Qué te parece esto para mí?

La blusa que tenía entre las manos era de tejido oscuro y ligeramente transparente, manga larga y estampado floral. Tenía el tono ideal para destacar el color ámbar de sus ojos. Pero después de haberla visto con aquel alegre vestido amarillo, los demás colores me parecían demasiado apagados para ella.

—Búscate unos vaqueros de tiro alto y hazte un nudo en la blusa. Y si no fuera porque hace un calor que te mueres, te diría que te pusieras esto encima —dije mientras tiraba de un suave jersey azul.

Se le iluminó el rostro al cogerlo.

—Maison de Contenedor es un auténtico tesoro oculto —dijo—. ¡Un Dior *vintage*!

—En Très Trastos tienen una gran variedad —dije. La observé mientras se probaba alegremente un largo chaleco, que luego también dejó en su pila. Se concentró de nuevo en la bolsa y rescató algo del fondo—. Por lo general, solo encuentras camisetas de NASCAR y ropa de bebé. ¿Para quién es eso?

Priyanka contempló una camiseta de un desteñido estampado floral que tenía en la mano. No era de su talla ni de la de Roman, pero no me la ofreció a mí, sino que la dejó también en su pila.

Una pila con ropa suficiente para tres personas, no dos. Priyanka debió de fijarse en que yo me había dado cuenta, porque no es que disimulara la expresión, sino que se volvió impenetrable.

Y regresé de golpe a la realidad.

El silencio que se produjo a continuación pisoteó aquellos breves momentos de cordialidad. Sentí alivio cuando me dio la espalda, porque así no tuve que ocultar la rabia arrolladora y amarga que me devoraba por dentro.

«Lo has vuelto a hacer», pensé con vehemencia. Me había acomodado

demasiado. Quería culparla a ella, aferrarme a la idea de que no había sido más que una hábil manipulación para conseguir que me pusiera de su parte.

Pero me sentía avergonzada. Me avergonzaba admitir que, aunque solo fuera durante unos minutos, me había gustado la sensación. Había permitido que aquella sencilla conversación apaciguara un dolor profundo y silencioso que hasta ese momento me había empeñado en ignorar. Un dolor que, por cierta y desagradable que fuera la idea, me negaba a atribuir a la soledad.

—¿Para quién es eso? —volví a preguntar.

La ranchera entró en ese momento en el aparcamiento y los frenos chirriaron cuando Roman se detuvo junto a nosotras.

—Si quisiera que lo supieras, te lo habría dicho —dijo. Cada palabra sonó más áspera que la anterior—. ¿Has terminado?

—Sí —dije al tiempo que recogía todo el material que podía cargar—. Ya estamos.

En el asiento trasero, soñé.

Soñé con carreteras lejanas que se precipitaban sobre mí como si fueran truenos, salpicadas de hilos de rabiosa electricidad. Con rostros familiares que me rodeaban y me impedían ver lo que se avecinaba de lejos. Cada vez que extendía una mano para tocarlos, se deshacían como si fueran de ceniza.

Oí la voz de Mel, sus palabras que retumbaban una y otra vez, atrapadas en una especie de bucle. «¿Quieres que retrasemos el acto? ¿Quieres que retrasemos el acto?».

Incluso al abrir los ojos, me sentí como si estuviera mirando a través de un cristal empañado. La luz rasgaba la oscuridad en el interior del coche. Tenía la cabeza apoyada en el regulador del cinturón de seguridad y el pelo pegado a la frente debido al sudor.

«Lo único que digo es que si la psi que supuestamente era el ejemplo de lo

reformados y “humanos” que son ha hecho lo que ha hecho, entonces deberíamos estar acojonados por lo que son capaces de hacer los otros. El Círculo psiónico está a punto de salir de las sombras ahora que se ha revelado quién es su verdadero líder».

«Tienes mucha razón, Carol. Piensa en la cantidad de información que debe de haber proporcionado al Gobierno. Tenemos suerte de que el Círculo no haya perpetrado atentados peores que el de Penn State y que hasta ahora se hayan limitado al vandalismo y hurto de propiedades privadas. Pero es evidente que los psi están intensificando sus acciones. Las precauciones que se están tomando son insuficientes. Las afirmaciones de Cruz respecto al buen comportamiento de los psi son insuficientes. Lo que les ocurrió es muy triste, ciertamente, pero los desviados tienden a una conducta desviada. No digo que el presidente Gray fuera perfecto, pero incluso las personas imperfectas pueden tener razón en algún momento...».

Alguien chasqueó la lengua en un gesto de asco y apagó la radio. El sopor del sueño me atrapó de nuevo y cerré los ojos, pero las voces siguieron hablando. Sus palabras eran como brasas que se apagaban antes de alcanzarme.

—...tan cerca, no podemos confiar...

—...deberíamos decirlo —insistió el chico—. Tenemos que...

—Tan cerca —fue la respuesta—. No es seguro para ella...

¿Para quién?

—Lana habría...

—Lana no...

Tenía que recordarlo.

Lana.

Tenía que preguntar... Pero la densa oscuridad me reclamaba de nuevo.

Lana.

¿Para quién no era seguro, para mí o para Lana?

14

La calle principal de Blackstone, Virginia, parecía pintada a partir de un bucólico sueño de lo que América había sido en otros tiempos. Parecía tan perfecta, de hecho, que de haberla visto en una película seguramente me habría parecido estereotipada: toldos de rayas, edificios de ladrillo pintados de alegres colores, farolas pasadas de moda... Ya habían transcurrido seis semanas desde el 4 de julio, pero la calle aún estaba repleta de banderas y otros símbolos patrióticos. Entre dos semáforos colgaba una pancarta que anunciaba la próxima reapertura del cine local.

Lo peor que podía decirse de Blackstone era que quedaba un poco apartado de Petersburg y Richmond. Dado que era una localidad pequeña, no merecía las modernas cámaras de seguridad que se habían instalado en otras ciudades de mayor tamaño. En los contenedores y las bocas de incendios tampoco se veían los reveladores símbolos de las Naciones Unidas. Pero esas cosas no podían considerarse precisamente defectos a la hora de buscar un lugar en el que ocultar un centro secreto de reinserción para niños psi.

—¿Estamos dando vueltas sin más? —preguntó Priyanka—. ¿O estamos esperando algo... o a alguien?

Yo no me había despertado de muy buen humor, y los acontecimientos del día no habían contribuido precisamente a mejorarlo, sobre todo por las seis horas de más que nos había costado llegar hasta allí por culpa de todos los controles y puntos de vigilancia que habían instalado a lo largo y ancho del estado.

Tal y como yo esperaba, cuanto más nos acercábamos a lo que ellos querían, más me controlaban los movimientos. Si necesitaba ir al lavabo,

Priyanka me acompañaba. Roman iba en el asiento del pasajero y reseguía el trayecto en un mapa robado. Finalmente, me habían permitido sentarme otra vez al volante, pero solo después de haberles mentido y haberles contado que mis amigos solo considerarían seguro dejarnos entrar si era yo quien conducía.

Empezaba a tener claro que no iba a poder librarme de ellos. Cuando había subido al coche, en el motel, había escrito mi destino, igual que ellos el suyo. El resto no era más que esperanza y vanas ilusiones.

El perrito caliente del día anterior que me había comido en una gasolinera, para desayunar, me había sentado como una patada.

—Solo me estoy asegurando de que no nos sigan. Prefieren las llegadas nocturnas.

Mentir era más fácil ahora. Era cuestión de mantener a raya los sentimientos y no perder la concentración. No era cierto que Liam y Ruby prefirieran las llegadas nocturnas. Tenían, además, un protocolo detallado para cualquier niño que necesitara contactar con ellos. Aún lo recordaba de mi última y única visita.

Pero no íbamos a recurrir a ese protocolo. Lo que quería era que nuestra llegada resultara lo más sospechosa posible.

Priyanka tamborileaba con los dedos en el respaldo de ambos asientos. Roman, sin apartar la mirada de la calle, se bebió el último sorbo de café. El viento arrancó de una farola uno de los carteles en los que aparecía mi foto y lo empujó hacia el parabrisas de nuestro coche. De no haber sido porque estaba demasiado nerviosa, me habría echado a reír. En lugar de eso, me bajé un poco la gorra de béisbol y me subí las gafas de sol.

Roman tensó la mandíbula y ese gesto fue lo único que empañó un poco su calma exterior. Me pregunté si se proponía decir algo o si, por el contrario, lo que pretendía era impedirse a sí mismo decirlo.

—Vale —dijo Priyanka dando un saltito en su asiento.

No recordaba prácticamente nada del trayecto hasta allí, ni tampoco de los sueños que había tenido, aunque me habían dejado la garganta como si me la hubieran arañado por dentro. Pero sí recordaba una cosa. Una palabra.

«Lana».

Daba igual si estaban buscando a Ruby, o si estaban buscando a esa tal Lana, fuera quien fuera: no iba a permitir que pusieran los pies en Haven.

Pasaron varias horas, durante las cuales el sol trazó su amplio arco en el cielo. Moví el coche varias veces para evitar que el vigilante del aparcamiento se acercara a comprobar cuánto tiempo quedaba en el parquímetro. Finalmente, aparqué en un callejón sin salida, delante de la valla de una obra en la que estaban reconstruyendo una casa prácticamente desde los cimientos.

Finalmente, cuando anocheció, introduje de nuevo la llave en el contacto y la giré. Mi corazón y el motor ronronearon al unísono. Si conseguía mantener la calma, pronto me quitaría de encima aquel peso. Y entonces, cuando todas las mentiras y todos los secretos salieran a la luz, podría volver a respirar.

—Las luces —me recordó Roman con voz adormilada.

—Esta vez no —dije.

No era un trayecto muy largo por las afueras del pueblo: serpenteé entre carreteras secundarias y calles apartadas, para después dar una vuelta más y asegurarme de que nadie nos estuviera siguiendo. El depósito del coche estaba peligrosamente cerca de la reserva cuando dejamos atrás los últimos carteles de las afueras y nos dirigimos al extenso y oscuro bosque.

Cuando me cercioré de que no había nadie cerca, encendí un momento los faros.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Priyanka.

Los faros iluminaron una tira de cinta azul, que señalizaba una puerta oculta. Frené de golpe y Priyanka contuvo una exclamación cuando el cinturón de seguridad se le clavó en el pecho.

—Eso.

Detuve el coche y bajé sin apagar el motor.

—Voy a necesitar ayuda —dije.

Roman bajó y cerró suavemente la puerta del coche tras él. Nos dirigimos a lo que parecía una zarzamora alta y exuberante y, con cuidado, introduje una mano. La verja metálica que estaba detrás había absorbido todo el calor del día. El pestillo se abrió con un sonoro clic.

Roman sonrió discretamente cuando abrimos la barrera para que pudiera pasar el coche. Estaba lo bastante cerca de él como para percibir la emoción que emanaba de su cuerpo.

—¿Es aquí?

Era como un embudo: el terreno despejado era estrechísimo junto a la verja, pero luego se iba ensanchando para dar paso a un aparcamiento. Se basaba en una ilusión óptica: desde la carretera, nadie se habría dado cuenta de que faltaban unos cuantos árboles en un bosque por lo demás muy poblado.

—Es aquí.

Me aparté cuando Priyanka se sentó al volante y cruzó la verja con el coche. Roman y yo procedimos rápidamente a cerrarla y pasar de nuevo el pestillo. Unos cuantos coches, propiedad de los residentes de Haven, estaban perfectamente alineados a un lado del claro, la mayoría de ellos cubiertos con lonas de camuflaje. Vi una camioneta que me resultaba muy familiar y el corazón me dio un vuelco.

«Están aquí».

Priyanka bajó del coche y silbó en voz baja.

—Menudo tinglado —comentó despacio.

Sonreí.

—Pues aún no has visto nada.

—¿Tenemos que llevarnos algo? —preguntó Roman.

—No —dije—. Bueno..., puede que la linterna.

Asintió, obediente, y fue a buscarla al maletero del coche.

—Priya, ¿dónde la has guardado?

Priyanka se volvió de nuevo hacia el coche y recorrió la corta distancia a grandes zancadas.

—Tendría que estar en una de las fundas de almohada...

Pero no era así. Yo la había cambiado de sitio antes, cuando nos habíamos detenido, y la había escondido bajo el asiento. Disponía más o menos de un minuto antes de que la encontraran y mi improvisada maniobra de distracción llegara a su fin.

Por lo que recordaba, las cámaras que Liam y su padre habían instalado estaban dotadas de sensor de movimiento. Por tanto, tendrían que haberse puesto en marcha nada más cruzar la verja el coche, pero estaban tan bien disimuladas y protegidas entre los árboles que para encontrar la más cercana tuve que seguir el cable de alimentación oculto.

Acerqué el rostro al objetivo, para que pudieran verme claramente. Y luego hice el único gesto sutil que se me ocurrió para indicar que las cosas no iban bien. Levanté ambos brazos y apoyé cada mano en el hombro contrario, creando así una X.

«Por favor, que aún los usen», pensé, mientras pronunciaba con los labios una única palabra: «Ayuda».

Liam me había contado que estaba enseñando a los niños de Haven las antiguas señales de carretera que usaban los psi, incluida la X rodeada de un círculo para indicar que un lugar no era seguro. Si quien me estuviera viendo —ya fuera Liam, Ruby u otra persona— no comprendía el significado del mensaje que yo intentaba transmitir, tal vez les sirviera para darse cuenta de que las cosas no eran lo que parecían, de que algo iba muy mal.

—La tengo —dijo Roman mientras cerraba la puerta trasera.

Encendió la linterna y enfocó el suelo.

—¿Qué pasa? —dijo Priyanka acercándose a mí.

Dejé resbalar las manos por los brazos y fingí abrazarme el pecho.

—No sé, me ha entrado frío de repente. Debe de ser el aire del lago.

Debíamos de estar a veinte grados al menos, por no hablar ya de la humedad. Priyanka se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos —dije—. Tenemos que caminar un rato.

Teníamos que concederle a Haven un poco de tiempo para averiguar qué estaba ocurriendo y decidir cómo actuar.

Roman caminaba a mi lado, con la cabeza erguida y la mirada atenta, escudriñando los árboles. Había cogido la pistola, pero la llevaba metida en la cinturilla de los pantalones. Veía el bulto del arma bajo la ajustada camiseta gris que vestía. Me había planteado la posibilidad de pedirle que la dejara en el coche, pero no se me había ocurrido cómo decírselo sin conseguir que en su mente, ya de por sí precavida, saltaran todas las alarmas.

—Admito que corretear por el bosque de noche es una de mis peores pesadillas —susurró Priyanka justo detrás de nosotros—, pero la verdad es que me encantaría saber qué tengo que buscar. ¿Una casa? ¿Una especie de túnel?

—Ya no estamos lejos —contesté también en un susurro—. Avisa si oyes agua.

El lago era una motita en la mayoría de los mapas, un punto insignificante junto al cercano lago Lee, cuyo nombre no había escapado ni a la atención ni a las burlas de un tal Liam Stewart. Pero era lo bastante ancho y profundo como para que hiciera falta un bote para cruzar al otro lado, donde la vegetación era aún más frondosa y no había camino de acceso a los edificios que se escondían tras ella.

Seguimos avanzando. Mi intención era obligarlos a dar un amplio rodeo antes de regresar al punto en el que nos hallábamos, pero Roman se irguió de repente.

—Creo que es por aquí —dijo señalando con la cabeza la dirección exacta en la que se encontraba el lago.

Me volví antes de que Roman tuviera tiempo de añadir nada más y extendí una mano para arrebatarse la linterna. El sendero no estaba muy marcado en aquella zona: para empezar, había que lidiar con unas rocas enormes y con una pendiente, así que no me hizo falta ninguna excusa para iniciar un lento descenso. Cuando finalmente llegamos a la embarrada orilla del lago, el corazón me latía como si hubiese llegado corriendo desde Nebraska.

Me arrodillé y, por señas, les indiqué que hicieran lo mismo. Enfoqué con la linterna la orilla opuesta y entonces la encendí y la apagué varias veces.

—¿Qué haces? —preguntó Roman.

—Es una señal —mentí—, para que sepan que no somos enemigos. Tienen un protocolo de seguridad.

Y, desde luego, aquella señal no formaba parte de él.

«Estamos aquí», pensé. «Venid a capturarnos».

—Ooh —susurró Priyanka mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro—, esto es la mar de emocionante.

—Sí —admití.

—Creo que veo a alguien —dijo Roman mientras observaba la otra orilla del lago con los ojos entornados.

Y, efectivamente, un segundo después se oyó un chapoteo y algo entró en aquellas oscuras aguas.

Un bote, en cuyo interior empezó a perfilarse la silueta de la única persona que viajaba a bordo. Los remos se hundían en el agua sin aparente esfuerzo. Me puse en pie y sujeté la linterna con tanta fuerza que las pilas me correspondieron con una chispa. Franela..., pelo claro...

No era Liam.

Cuando el bote se aproximó, la persona que remaba se volvió para comprobar a qué distancia de la orilla se encontraba. Y, en ese momento, la

reconocí: era Lisa, una de las primeras adolescentes a las que habían ido a rescatar, tres años antes. Tenía dieciocho años, igual que yo, y ya debía de ser uno de los psi de más edad en Haven.

«No es Liam. No es Ruby».

Lisa me miró y se le iluminó el rostro al reconocerme. Mi plan había quedado hecho añicos, pero traté de salvar lo que pude.

—¿Quién coño eres? —le pregunté.

Se puso tensa de golpe y se quedó inmóvil, con medio cuerpo fuera del bote. Roman se llevó una mano a la espalda y la detuvo a unos centímetros de la pistola.

—No te conozco —dije en un tono de voz áspero. «Y tú a mí tampoco, vamos, Lisa»—. ¿Dónde están los psi al mando?

Lisa abrió boca y la volvió a cerrar. Una expresión de miedo le cruzó el rostro.

Tendrían que haber venido Liam o Ruby. Las cosas no podían haber cambiado tanto, especialmente en lo relativo a las cuestiones de seguridad.

«Aquí pasa algo», pensé. Allí estaba pasando algo raro.

Priyanka se me acercó por detrás, con los hombros erguidos.

—¿Hay algún problema?

Roman se me acercó por el otro lado. De haberse tratado de otras personas, habría pensado que intentaban apoyarme, no de asegurarse de que no pudiera huir.

Nadie dijo ni una palabra y, gracias a ese silencio, oímos el crujido de una rama al partirse. Un instante después, una exclamación.

—¡Tira el arma al suelo!

Seis figuras, con el rostro oculto tras pasamontañas negros, surgieron de entre los árboles a nuestra espalda. Armados con rifles y pistolas. Vestían camisetas y pantalones negros para camuflarse y, si bien el equipo que llevaban no era militar, era más que suficiente para una emboscada nocturna.

Habían aprovechado la distracción que suponía el lento avance de Lisa por el lago para rodearnos mientras les dábamos la espalda.

Una de aquellas figuras, un adolescente alto, dio un paso al frente y acercó un dedo al gatillo de su rifle.

—Tira el arma al suelo —repitió esta vez con voz más calmada.

Roman ya estaba empuñando el arma antes de que a mí me diera tiempo a echar un vistazo a nuestra espalda. En su expresión había aparecido de nuevo aquella máscara horrible y despiadada, mientras desviaba la mirada de una figura a otra, analizando la situación.

«Puede acabar con ellos», pensé. Y aquella certeza fue como una cuchillada en el vientre. Roman no era de los que corrían riesgos. Si había ignorado la orden, era porque sabía que podía ganar.

Extendí una mano y la apoyé en el cañón de la pistola. Roman me miró y en sus ojos no vi nada, solo hielo. Lo obligué lentamente a bajar el arma y lo vi tragar saliva con dificultad.

Finalmente, le puso otra vez el seguro y se la lanzó al muchacho que tenía delante. No me gustó la mirada que le dedicó a Priyanka, ni el mensaje que ocultaba. Crucé las manos en la nuca y me arrodillé.

—Para que no haya malentendidos —dije—, voy armada.

«Registradlos en busca de más armas».

Lisa le hizo un gesto de asentimiento a otro de los enmascarados, una chica. La joven se me acercó y me cacheó rápidamente. Cuando terminó, me dio una patada en la espalda y tuve que mantener el equilibrio para no morder el polvo.

—No la vuelvas a tocar —advirtió Roman.

Para sorpresa mía, la única arma que llevaba Roman era la pistola. A Priyanka solo le habían quitado los dos teléfonos. Lisa se dio cuenta de que yo los estaba mirando y se los guardó en el bolsillo de su sudadera de franela.

«Separadnos —supliqué en silencio—. Alejadme de ellos el tiempo

suficiente para averiguar qué ocurre. Separadnos. No los llevéis a la casa».

—Puedo explicarlo —empecé a decir.

El muchacho me agarró del brazo y tiró de mí para obligarme a ponerme en pie.

—Desde luego que lo vas a explicar.

Priyanka dio un amenazador paso al frente, sin hacer caso de las pistolas que apuntaban en su dirección.

—A mí me parece que esa no es forma de tratar a una señorita, ¿no crees?

Levanté una mano tratando de disimular mi propia sorpresa.

—No pasa nada..., no te preocupes.

El adolescente enmascarado me apretó el brazo. Con un gesto tranquilizador, no amenazador.

—Llevad a esos dos al agujero. Vamos a interrogar a esta.

—¡No! —Roman se lanzó hacia delante y dos de los adolescentes se vieron obligados a sujetarlo, mientras un tercero le apuntaba directamente a la cara con su arma—. No, por favor...

Esas dos palabras me dejaron casi sin aliento. «Por favor». Me obligué a mirar a Lisa, que seguía el desarrollo de los acontecimientos con una expresión afligida. El juego que yo misma había iniciado se estaba empezando a volver en mi contra.

La rabia que ardía en el rostro de Roman era real. El miedo en su voz era real.

Los demás se volvieron hacia Priyanka, que levantó ambas manos.

—Yo no pienso montar ningún numerito —dijo. Luego, señalándome con la barbilla, añadió—: Pero como se os ocurra tocarle un solo pelo, vais a saber lo que es bueno.

El chico me arrastró hasta Lisa y el bote y me ayudó a subir. Me apuntó tan teatralmente con su pistola que tuve la sensación de que no podía arriesgarme

a mirar qué estaba ocurriendo con Roman y Priyanka, sin correr el riesgo de poner en peligro toda la farsa.

El chico empujó el bote de nuevo al agua, subió y nos acomodamos los tres. Mientras nos alejábamos, respiré hondo el aire fresco y húmedo que ascendía del lago iluminado por la luna. Cuanto más nos alejábamos, menos entendía qué había ocurrido. Pensaba que intentarían oponerse a que nos separaran, porque no querían perderme de vista antes de poder utilizarme, pero...

«Así no».

La orilla opuesta estaba apenas a unos metros cuando el chico se quitó el pasamontañas y respiró hondo para tranquilizarse. Jacob.

—Ha sido una pasada —dijo.

—Pues sí —admitió Lisa con voz algo temblorosa.

—¿Estás bien?

Jacob era por lo menos un palmo y medio más alto de lo que yo recordaba. Incluso sentado en el bote, tenía que encorvarse un poco para mirarme a los ojos. Había sido el más silencioso de los tres de antaño, casi insoportablemente tímido. En aquella época, me recordaba un poco a Chubs, tanto físicamente como en la energía que destilaba. Pero ahora parecía capaz de levantar a Chubs sin demasiado esfuerzo.

—¿Zu? —dijo en tono algo más apremiante—. Querías que te alejáramos de ellos, ¿no?

—Sí —respondí.

Tuve que contener el deseo de volver la vista atrás.

—No has seguido el procedimiento normal, pero no sabíamos si era porque... no lo recordabas —dijo Lisa titubeando un poco al pronunciar las últimas palabras—. Ha pasado bastante tiempo.

—Lo de usar el símbolo de la X ha sido muy inteligente —dijo Jacob—. Miguel se lo ha imaginado enseguida. Hemos ido remando hasta detrás de la

casa y luego hemos dado un rodeo por el camino más largo para sorprenderlos. Muy bien hecho lo de entretenerlos.

Quise sentirme orgullosa, o por lo menos reconocer que aquel plan tan temerario había funcionado. Pero por algún motivo...

«Por favor».

—Estoy bien y, sí, eso era lo que me proponía —dije cuando llegamos casi a la orilla—. ¿Deduzco, pues, que me precede mi nueva reputación?

Apenas conocía a aquellos críos. Solo los había visto una vez y, durante unos minutos, ni siquiera había dispuesto de una hora para interactuar con ellos. Todos habíamos entrado casualmente en la rutilante órbita de Liam y Ruby.

En ese momento, sin embargo, al percibir sus miradas de apoyo y darme cuenta de que habían asumido automáticamente mi inocencia, sentí deseos de abrazarlos y no separarme nunca más de ellos.

—Oye —empezó a decir Lisa un tanto insegura—, antes de que entremos...

El bote oscilaba en el agua, pero ni Jacob ni Lisa parecían dispuestos a desembarcar. Y entonces me acordé.

—¿Dónde están? —preguntó.

—¿No te lo ha dicho Charlie? Ruby y Liam se marcharon hace un par de semanas para una recogida —dijo Jacob— y ninguno de los dos ha regresado.

Tres años antes

No soportaba los martes.

Era como si el mundo hubiese decidido que los lunes eran para empezar la semana con calma, pero los martes... los martes eran un blanco legítimo. Los martes el apartamento empezaba a quedarse vacío y en silencio, mi móvil enmudecía y una repentina oleada de reuniones se tragaba a todos mis amigos. Y, por si todo eso fuera poco, era el día en que la señora Fletcher había decidido que debíamos estudiar mates.

Yo no tenía problema con las mates. En realidad, me gustaban. Eran directas, lo que no ocurría con todas las demás cosas de la vida. Solo existía una respuesta correcta y, por lo general, solo una manera de llegar a esa respuesta. No tenía nada que ver con las dudas que planteaban la lectura y la escritura, donde una sola palabra podía cambiar el sentido de toda una frase. Las mates estaban bien.

El problema era que estábamos estudiando lo mismo que Chubs me había enseñado un año y medio antes. La señora Fletcher se negaba a adelantar materia porque decía que «el verdadero entendimiento solo puede alcanzarse si los bloques de construcción se van añadiendo uno a uno».

En algún lugar de la sala contigua, el tono de mensaje de mi teléfono emitió un alegre ding.

Me senté un poco más erguida y me recliné en la silla para echar un vistazo por el extremo de la barra de desayuno.

«¿Dónde lo había dejado...?».

Desde mi posición, sin embargo, lo único que veía era la espalda de Nico. Estaba sentado en el sofá, con unos auriculares conectados al ordenador en el

que estaba trabajando en no sé qué programa, el mismo que llevaba toda la semana codificando. No tenía forma de llamar su atención, de pedirle que comprobara quién me había enviado un mensaje..., de saber si eran finalmente ellos, después de haberme pasado meses teniendo pesadillas en las que sucedía lo peor.

—No —dijo la señora Fletcher sin apartar la mirada de la hoja de ejercicios que estaba corrigiendo. Fue revisando con su boli rojo los problemas de álgebra, marcando los que estaban bien y tachando los pocos que estaban mal—. Termina las ecuaciones.

Dejé el lápiz y le dediqué mi sonrisa más dulce, la que según Vida tendría que declararse ilegal.

—¿Y si...? —empecé a decir.

—No.

—Pero si ya casi es la hora de comer.

—No.

Apreté la mandíbula. Deslicé los pies descalzos sobre las baldosas hasta notar la electricidad estática que me mordisqueaba los dedos a cada movimiento. ¿Y si solo disponían de un segundo para enviar un mensaje y necesitaban una respuesta de inmediato? ¿Y si aquella era mi única oportunidad de hablar con ellos antes de que volvieran a desaparecer durante meses?

Y si... ¿y si era Chubs, que me llamaba para decirme que había sucedido lo peor?

No pretendía trasladar toda esa frustración a mi voz, pero no pude evitarlo.

—Sabe que esto no es un colegio de verdad, ¿no? No necesito permiso para salir de clase.

La señora Fletcher se dignó por fin a mirarme y dejó su bolígrafo. El teléfono emitió otro ding desde la salita y me pareció que en esta ocasión sonaba más apremiante.

«Lo siento, señora Fletcher, solo quiero saber si el mensaje es de alguno de mis amigos... Sí, esos que desaparecieron hace seis meses. Ya sabe, los fugitivos a los que todo el mundo busca».

—¿Crees que te estoy haciendo perder el tiempo? —preguntó al fin.

La pregunta tenía una respuesta fácil: «No». Pero, por algún motivo, esa palabra se me resistía y no conseguí pronunciarla.

La mujer dejó resbalar la mirada por la sala: con ojos llorosos, contempló primero los cacharros que colgaban de la cocina de Cate —todavía sin estrenar, después de meses de comida para llevar— y luego la salita, donde Nico seguía ignorándonos.

No habría sabido decir qué observaba en realidad la señora Fletcher. Todo en el apartamento tenía un aspecto extraño: demasiado nuevo, demasiado perfecto. Me recordaba la casa de muñecas que había tenido de pequeña: todos los adornos y muebles venían empaquetados, y eran del color y el tamaño perfectos para las minúsculas habitaciones de la casita.

Y lo mismo allí: la mayoría de los muebles venían incluidos en el contrato de alquiler del apartamento. El sofá y los sillones de la salita eran raros, demasiado acolchados. Parecían haber brotado de los suelos enmoquetados como si fueran setas.

Cate debía de haber pasado por allí a primera hora de la mañana, porque había varias pilas nuevas de expedientes, que mantenían un precario equilibrio en el borde de la mesita de café. Lo más probable era que se hubiera quedado el tiempo justo para ducharse y cambiarse antes de seguir trabajando en el proyecto que en ese momento les hubieran asignado a Vida y a ella.

Ahí fuera, trabajando de verdad. No estudiando álgebra básica.

La señora Fletcher rondaba los cuarenta y pocos, pero los últimos años habían llegado cargados con el doble de estrés, el doble de rabia y el doble de miedo, lo cual nos había afectado a todos de distinta forma. Se le habían

formado dos profundos surcos en las comisuras de los labios. Decidí que uno era por sus alumnos y el otro por su hijo, que tendría que haber estado sentado a la mesa de la cocina con ella si la vida hubiera sido mínimamente justa.

—Tiene que ser difícil adaptarse a la rutina después de todo lo que ha ocurrido —dijo despacio—. Supongo que después de todo lo que has visto, esto te resulta mortalmente aburrido.

Le susurré las mismas palabras que Chubs había pronunciado después de ayudarme a montar mi habitación en el nuevo apartamento de Cate.

—El aburrimiento es bueno.

Después de que Chubs se marchara, yo me había quedado sentada en mi cama, escuchando las últimas idas y venidas de los empleados de mudanzas, que traían una cama nueva para Nico. A diferencia de las otras habitaciones del apartamento, nuestros pequeñísimos dormitorios no venían amueblados. Los de las mudanzas se empeñaban en llamarlos habitaciones de invitados, y Cate los corregía una y otra vez. Pero, en cierto modo, aquellos hombres tenían razón: yo solo tenía que quedarme allí hasta que me autorizaran a tener mi propio apartamento en el edificio en el que habían alojado a Chubs, Vida y los otros chicos que trabajaban para el Consejo de los psi.

Cate me caía bien. Me caía muy bien. Pero ninguna de las dos podía hacer nada para cambiar las condiciones. Según la ley, todo psi menor de dieciocho años tenía que vivir con un tutor no psi, y ella era la única adulta en la que mis amigos confiaban plenamente. Y Cate era demasiado buena para decir que no.

La habitación era, por el momento, mi espacio. Cate se había ofrecido a dejarme pintarla y decorarla como yo quisiera, pero a mí no me parecía bien. Lo único que yo deseaba de verdad era la puerta. Una puerta que pudiera abrir y cerrar cuando me apeteciera. Que se cerrara desde dentro, no desde fuera. Que separara mi propio espacio del resto del mundo.

El aburrimiento, pues, era bueno. Todas las noches, al tumbarme en la misma cama, ya no tenía miedo de lo que pudiera ocurrir cuando me quedara dormida.

—Si no aburrido, entonces..., absurdo. Por si te sirve de algo, creo que en cierto modo lo entiendo —dijo la señora Fletcher—. Cuando pasas por una experiencia tan impactante, todo lo demás te parece banal. Innecesario. Pero, por favor..., lo único que te pido es que tengas un poco de paciencia. Que aprendas todo lo que puedas antes de salir ahí fuera. Porque eso es algo que nadie podrá arrebatarte jamás.

La observé desde debajo del flequillo.

—¿Es que me queda algo que puedan arrebatarme?

—Espero que nunca descubras la respuesta a esa pregunta. —La señora Fletcher dejó escapar un leve suspiro y se reclinó en su silla—. Bueno, vamos a hacer un descanso... pero después de leer los mensajes apagas el teléfono, ¿entendido?

Me escurrí de la silla y me obligué a dirigirme andando —no corriendo— hacia la salita. Nico levantó la vista cuando pasé junto a él y aparté los cojines del sofá en busca de mi móvil. Señaló la mesa que estaba junto a uno de los sillones.

—Gracias... —empecé a decir, pero él se limitó a sonreír discretamente antes de volver a concentrarse en su trabajo.

El teléfono estaba bocabajo, pero la funda de color rosa que me había comprado Vida se veía entre unas cuantas hojas sueltas de periódico. El corazón se me subía más y más a la garganta a cada paso que daba.

Pero cayó bruscamente cuando le di la vuelta al teléfono.

Era Chubs. ¿TE IRÍA BIEN HACER LA CENA FAMILIAR HOY EN LUGAR DEL VIERNES?

«¿Y qué otros planes te crees que tengo?», me dieron ganas de escribir. Pero en lugar de eso, tecléé: VALE. ¿EN TU CASA O EN CASA DE VIDA?

EN MI CASA. ¿NOS VEMOS A LAS 18:30 EN EL PARQUE?

Eché un vistazo por la ventana. Aquella semana habíamos tenido un tiempo horrible, que alternaba aguanieve con una lluvia gélida. Tanto en el apartamento de Chubs como en el de Vida había micrófonos ocultos desde el principio. Si quería que nos viéramos fuera, era porque había algo que deseaba compartir solo conmigo.

Yo había notado el cosquilleo de las baterías de los micrófonos la primera vez que había ido al apartamento de Chubs. Más tarde, cuando él me acompañaba a reunirme con Cate, me había dicho que no me preocupara por los micrófonos, que servirían para reafirmar que se podía confiar en ellos.

—Bueno, Suzume, ¿lista? —me llamó la señora Fletcher.

Respondí rápidamente al último mensaje de Chubs y apagué el teléfono, tal y como había prometido. No tenía ni idea de cómo iba a poder concentrarme durante las dos horas siguientes.

—Lista.

Chubs me estaba esperando en su rincón favorito del parque Meridian Hill. Estaba apenas a unas manzanas del pequeño edificio de apartamentos que Cruz y los demás habían destinado a los miembros del Consejo de los psi, que incluía por lo menos a un representante de cada campo de rehabilitación. Aunque se había adecentado un poco el aspecto descuidado del parque antes de reabrirlo junto a los demás espacios verdes y monumentos de la ciudad, la espectacular fuente que constituía su elemento más destacado seguía apagada. La única agua que llenaba el cercano lago reflectante era la de la incansable llovizna que seguía cayendo.

A Chubs, sin embargo, no parecía importarle. Estaba sentado en el borde, contemplando la fuente.

Aminoré el paso a medida que me acercaba a él. Por algún motivo, verlo allí sentado me provocó un escalofrío. Me froté la parte superior de los

brazos, tratando de aplacar el cosquilleo que notaba bajo la piel. Estaba empapado: llevaba ropa apropiada para el invierno, pero no para la lluvia. Ni paraguas ni gorro de lana como yo. Ladeé la cabeza. ¿Ni siquiera guantes?

«Algo no va bien».

Ocultó la barbilla bajo la bufanda que llevaba al tiempo que se frotaba las manos desnudas. El maletín empapado que tenía al lado era casi idéntico al que llevaban todos los ejecutivos y empleados del Gobierno que en ese momento recorrían apresuradamente los senderos del bosque, de vuelta a casa. Una mujer, al verlo, lo miró dos veces y a punto estuvo de tropezar.

Instintivamente, Chubs extendió una mano para ayudarla, pero la mujer apartó el brazo con un gesto brusco y lo pegó al costado, al tiempo que palidecía. Luego bajó la cabeza y se alejó a toda prisa sin pronunciar ni una sola palabra.

Al ver la expresión perpleja de Chubs, apreté el puño. Aquella mujer no tenía ni idea de la clase de persona que era Chubs. Sacudí la cabeza y me obligué a expulsar bruscamente el aire por la nariz. Ese era el motivo. Por eso Chubs y los demás estaban trabajando con el Consejo. Porque teníamos que demostrar a los demás que no debían tenernos miedo.

«Esa mujer no estaba asustada —susurró una vocecilla en mi mente. Yo sabía qué aspecto tenía el miedo y no era ese—. Estaba asqueada».

Unos pocos metros más allá, el agente de seguridad de Frank frunció el ceño mientras fingía leer el periódico. Pero Chubs se limitó a sentarse de nuevo y a apoyar las manos en la gélida piedra. Tenía los hombros subidos casi hasta las orejas, como si tratara de protegérselas del frío. No sabía si su expresión se había vuelto tensa por culpa de la mujer o por lo que estaba pensando... pero no me gustaba ninguna de las dos ideas.

La lluvia resonaba con fuerza sobre mi paraguas rosa a medida que reducía la distancia que nos separaba. Finalmente, Chubs se volvió al escuchar el chapoteo de mis apresurados pasos en los charcos.

—Bonita noche has elegido para salir a dar un paseo —dije mientras sostenía el paraguas sobre los dos.

Una de las cosas que más me gustaba de la sonrisa de Chubs era que la prodigaba muy poco. Pero cuando lo hacía, resultaba auténticamente sincera.

—Eh —dijo. De repente, pareció enfocarme desde detrás de las gafas—. Un momento, ¿dónde está tu agente de seguridad?

Se refería a Aurelia. Era aún más amable que Frank y me había enseñado a hacerme trenzas francesas.

—La han reclamado. Dicen que ya no soy una figura pública y que puedo acudir a Cate para todo lo que necesite.

Frank nos lanzó una miradita y luego se dedicó otra vez a inspeccionar el parque. Se levantó, se desperezó y fue a sentarse al otro lado del sendero, para concedernos un poco más de intimidad. Sus chinos parecían poco apropiados para la época del año, pero Frank tampoco me parecía la clase de hombre que dedicara mucho tiempo a pensar qué tela es más adecuada para cada estación.

—¡Eso ya lo veremos! —resopló Chubs—. ¿Que no eres una figura pública? Como si tu cara y tu nombre no hubieran aparecido durante meses en todos los informativos. ¡Pero si la otra noche vi la reposición de tu entrevista en uno de los canales! Increíble. Sé exactamente quién me va a...

—¿Crees que Frank solo tiene ese par de pantalones? —lo interrumpí—. ¿No crees que tendríamos que comprarle otros de mezcla de lana, si adoptas la costumbre de salir a la calle en pleno invierno para analizar tus profundos pensamientos?

—Ni se te ocurra robarle todas las prendas del armario y encargarle ropa nueva —me advirtió Chubs.

—Pues a ti te quedan la mar de bien y, además, acerté con las tallas, ¿no? —dije.

Chubs siempre se había preocupado mucho por su aspecto, incluso cuando

viajábamos en Betty. Liam solía burlarse de él por plancharse las camisas, pero es que Chubs era así. Una persona responsable y pulcra. Para una de sus primeras ruedas de prensa, tuvo que pedirle a su padre que le prestara un traje, el cual no le sentaba precisamente bien. Pero no había querido aceptar dinero de sus padres para comprarse uno nuevo, menos aún cuando ellos necesitaban hasta el último céntimo para pagar los gastos médicos de la operación a corazón abierto a la que había tenido que someterse su padre.

Le había preguntado a Cate si Chubs podía disponer de una pequeña asignación para comprar ropa, de manera que no tuviera que hurgar en los contenedores de ropa usada en busca de un traje de ejecutivo más o menos digno. Le escribimos una petición a Cruz y ella me firmó un cheque personal por el coste de tres trajes nuevos que Chubs podía ir alternando hasta que ganara un sueldo lo bastante decente como para aumentar su colección. Tener una nómina regular, sin embargo, era algo para lo que aún faltaban años. Tanto Chubs como Vida trabajaban a cambio de una casa y un estipendio para comida, ahora que ya habíamos dejado atrás el espantoso y mal administrado racionamiento de los meses que habían seguido al derrocamiento de Gray por parte de las Naciones Unidas.

Chubs trabajaba muy duro, no era justo que la gente se apartara de él en los parques ni lo insultara mientras iba en metro a su despacho. Por lo menos se merecía sentirse bien en algo.

—Me sentí como si hubiera entrado en el apartamento de otra persona, casi me da un infarto... —dijo Chubs observándome con los ojos entornados—. Vale, fin del paréntesis. Si no te ha traído en coche un agente, ¿cómo has llegado hasta aquí? Si has cogido el metro tú sola, por favor, cuéntame una mentira.

—El metro es completamente seguro.

—¿Quién lo dice? —preguntó.

—Tú, en el discurso que pronunciaste la semana pasada, ese en el que

hablabas de por qué no necesitamos billetes especiales para poder usarlo — dije—. Por cierto, hola.

Chubs vestía un traje elegante y un abrigo oscuro. Se había puesto la corbata que yo le había elegido para su primer día de trabajo, que era casi del mismo tono azul que el distintivo azul que llevaba en la solapa. Me eché por encima del hombro el pelo, que se me había enredado en el distintivo amarillo que me había prendido en el abrigo antes de salir de casa.

—Hola —dijo con cautela esquivando el paraguas para abrazarme—. Ahora en serio, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Me ha traído la señora Fletcher. Y antes de irse, se ha esperado a que yo te encontrara —le expliqué apoyada en su hombro—. ¿Estás bien? Este abrazo es demasiado largo incluso para ti... —Un segundo después, me asaltó un horrible pensamiento—. ¿Se trata de Vi? ¿Está bien?

Se apartó.

—Sí, está bien. ¿Nos quedamos aquí sentados un minuto?

La lluvia prácticamente se me congelaba en el gorro y en los hombros. Tenía los labios entumecidos de frío, hasta el punto de que ni siquiera sabía si sonreía o babeaba.

—Eeh..., ¿seguro?

Chubs solo se mostraba así de cauteloso cuando trataba sin éxito de mantener algo en el mayor secreto. No hacía más que moverse, incómodo, y restregar los pies contra el suelo, como si buscara un terreno más sólido. Liam lo llamaba el baile de San Vito. El resto de estadounidenses aún tenían que comprender que podían confiar en lo que decía simplemente porque si dijera una mentira, le pesaría tanto como un ancla al cuello.

—Hay algo de lo que quiero hablar contigo —empezó a decir.

Se me aceleró el pulso. Asentí y respiré hondo. Chubs extendió una mano y abrió su maletín. Miró de reojo a Frank antes de sacar unas cuantas hojas de papel, húmedas.

—Quiero hablar contigo acerca de la importancia de leer —concluyó.

Me lo quedé mirando y cogí los papeles que me tendía.

—¿Lo dices porque no me ponen suficientes deberes? —le pregunté.

—He encontrado unos cuantos libros que creo que podrían gustarte, así que he impreso unas cuantas críticas para que te ayuden a decidir los que de verdad te interesan. Leer te puede cambiar la vida —dijo—. Y abrirte la mente...

—Hoy ya me han soltado un discursito sobre la importancia de la educación —lo interrumpí mientras trataba de controlar el impulso de atizarle en la cara con los papeles.

¿A qué venía tanto misterio si, en realidad, solo se proponía decirme que tal vez me gustara —le eché un vistazo al papel— *La colina de Watership*?

—¿En serio? —pregunté.

Se inclinó hacia delante y pasó un dedo por la reseña.

—Pensaba que podíamos comparar notas, como solíamos hacer mis padres y yo.

Tardé un momento, pero cuando por fin lo entendí estuve a punto de levantarme de un salto del banco.

—¿Confías...? —pregunté tragando saliva con dificultad y aclarándome la garganta—. ¿Confías en estos críticos?

—Sí —dije—. Hace muchos años que confío en ellos.

Eran ellos. Solo Ruby y Liam sabían cómo intercambiaban mensajes Chubs y sus padres mientras él estaba huido. Observé de nuevo la reseña, esta vez con más atención: era un correo electrónico de la tienda *online* que solían utilizar. En el asunto decía: «Recomendado por la usuaria EleanorRigbyyy».

Me invadieron sucesivas oleadas de alivio cuando finalmente me liberé del miedo que me atenazaba desde hacía casi seis meses. «Están bien. Están vivos».

Pero una vez desaparecido el miedo, en mi corazón quedó espacio para

algo más. Algo tan abrasador y cortante que no podía ni tocarlo. Un segundo antes de que Chubs apartara la mirada, vi en su expresión ese mismo sentimiento. Ninguno de los dos lo verbalizó, pero me di cuenta de que iba cobrando forma entre nosotros y se convertía en una hoja de doble filo.

«Se han marchado».

—¿Por qué no te las llevas a casa y piensas qué libro te apetece leer primero? —dijo Chubs. Me quitó las páginas de la mano y las dobló varias veces, hasta que fueron lo bastante pequeñas como para poder guardármelas en el bolso—. ¿Quieres que entremos? Estoy muerto de hambre. He pedido comida italiana otra vez, espero que no te importe.

Solo había un restaurante que había podido reabrir sus puertas en un radio de veinte manzanas a la redonda y era Italia North.

—Espero sentir algún día la misma pasión que tú por el pan de ajo — bromeé aceptando el brazo que él me ofrecía.

Nos dirigimos los dos, seguidos de cerca por Frank, hacia el edificio de apartamentos en el que vivía Chubs.

Y aquello se había convertido en algo normal para nosotros, igual que el nuevo Gobierno y las nuevas leyes. Los parques reabrían, se celebraban reuniones, empezaba el colegio. Nosotros nos quedábamos.

«Se han marchado».

No pude evitar seguir dando vueltas y más vueltas a aquellas palabras, por mucho que Chubs me hablara del trabajo y me preguntara por mis estudios. Por mucho que viviéramos vidas que, en términos generales, eran aceptables, prácticamente normales y, sobre todo, de lo más aburridas.

«Se han marchado».

Comprendí por qué. Comprendí su elección. Pero una parte de mí jamás llegaría a entender por qué cuatro se habían convertido en dos.

Que Cate no me oyera escabullirme del apartamento a las tres de la madrugada solo podía tener una explicación: la pobre estaba agotada.

Me abrigué con mi gorro de lana, un forro polar de rayas, abrigo y botas forradas de borreguito por dentro. Esa combinación, sin embargo, no bastó para evitar la gélida ráfaga de viento y lluvia que me azotó cuando abrí la puerta trasera del edificio y salí al callejón. Pasé corriendo frente a los contenedores del edificio y los coches aparcados, en busca del adecuado.

—¡Eh!

Me volví y los pies me patinaron sobre el asfalto mojado. En ese momento se encendió la luz interior de un coche normal y corriente, de color azul oscuro, y vi a Chubs en el asiento del conductor. Llevaba un jersey negro de cuello alto, que se había subido hasta la boca, y una gorrita también negra que prácticamente le tapaba los ojos.

Me dirigí por instinto hacia la puerta trasera, pero entonces lo recordé una vez más. «Solo estamos nosotros dos». Me senté en el asiento delantero y cerré suavemente la puerta. El aire caliente que salía de la rejilla de ventilación me dio en la cara mientras me abrochaba el cinturón de seguridad y Chubs puso la marcha atrás para volver a calle. Escudriñó la calle una vez más y, por último, se bajó el cuello del jersey lo suficiente para poder hablar.

—Vi quería venir —me explicó—, pero hemos pensado que sería demasiado sospechoso que desapareciéramos los tres a la vez.

—A mí ya me parece bastante sospechoso que nos larguemos nosotros —dije.

Tamborileó con los dedos sobre el volante al tiempo que se inclinaba un poco hacia delante para observar mejor la calle oscura. Los limpiaparabrisas empezaron a funcionar más rápido a medida que iba cogiendo velocidad.

—Vi le ha dicho hoy a Cate que tú y yo nos íbamos juntos de viaje —explicó—. Seguro que entre las dos se les ocurre una buena excusa para

justificar por qué le hemos dado plantón a Frank. En teoría, se supone que tengo libres los fines de semana...

—Hoy es miércoles —le recordé.

—Bueno, el miércoles puede ser mi fin de semana si no he descansado ningún fin de semana en... —dijo, pero no terminó la frase.

—En nunca —dije meneando la cabeza de un lado a otro—. Nunca te has cogido un fin de semana libre. Supongo que tendría que habértelo preguntado antes, pero... ¿de quién es este coche?

—Nos lo ha conseguido Vida en... Bueno, no le he preguntado dónde, es mejor así —dijo—. Ella misma lo ha revisado. No tiene GPS ni ningún otro sistema de localización.

¿De verdad se había molestado Vida en comprobarlo? Si aquel coche parecía más viejo que nosotros tres juntos. No debía de tener ni tapacubos, mucho menos GPS.

—Bueno —empezó a decir al cabo de un rato—. ¿Qué te han parecido los mensajes?

En total, eran tres. Dos de Liam y Ruby y uno de Chubs que contenía instrucciones para reunirse con él más tarde aquella mañana. «Estamos sanos y salvos, os explicaremos todo si venís», decía el primer mensaje. El segundo resultaba ligeramente incomprensible: «Mural de Blackstone escribid nombre en pared dejad piedra comprad té en tienda de enfrente».

—Supongo que tendríamos que dar las gracias por saber que están vivos. Aun así, es muy típico de Liam —murmuró Chubs—. No le bastaba con un simple «Ir a tal sitio y yo paso a recogeros».

—Bueno, tampoco es que nos estén proponiendo la búsqueda del tesoro —dije.

Vale, las instrucciones no eran del todo claras, pero bastaban para ponernos en marcha. Blackstone era una pequeña ciudad que se encontraba a

unas cuantas horas al sur de Virginia. Lo único que teníamos que hacer era buscar un mural y una cafetería.

—Tú siempre de parte de Lee —contestó.

—No es verdad —insistí—. A veces me pongo de parte de Vida.

No se echó a reír como yo esperaba. Tampoco encendió la radio, lo cual me fastidió menos de lo que esperaba. Liam siempre necesitaba escuchar música o noticias de fondo, como si no soportara el aire vacío.

Chubs apoyó un codo en la puerta del coche y dejó descansar la cabeza en la palma de la mano.

—Nunca dejaré de parecerme raro verte sentado al volante —dije.

—Si hubiera podido conservar mis verdaderas gafas, podría haber relevado a Liam a ratos, cuando viajábamos en Betty —respondió Chubs—. Aunque dudo que me lo hubiera permitido. Ya sabes cómo se pone cuando conduce.

—Supongo que tienes razón —contesté—. ¿Lo ves? Ahora me estoy poniendo de tu parte.

Finalmente, una leve sonrisa.

—Ojalá pudiera conducir —le dije—. Me parece una estupidez tener que esperar.

—Qué impaciente —replicó él al tiempo que acercaba una mano y me la apoyaba un instante en la cabeza. No lo había hecho desde hacía años—. ¿Sabes la de cosas que pueden salir mal cuando estás al volante? Y eso sin tener en cuenta a los otros conductores. En fin, hablemos de otra cosa que no tenga que ver con muertes por atropello.

Aferró el volante con más fuerza cuando dejamos atrás los límites de Washington D.C. y nos incorporamos a la ronda de circunvalación. A través de la lluvia que azotaba el parabrisas, vislumbramos la silueta de las nuevas farolas y cámaras de seguridad que debían instalarse en los próximos meses. En ese momento, sin embargo, nuestras únicas fuentes de luz eran los faros del coche y la contaminación lumínica de la ciudad.

—¿De verdad siempre me ponía de su parte? —reflexioné en voz alta—. Juro que no era mi intención...

Chubs se atrevió a lanzarme una mirada rápida y luego se concentró de nuevo en la carretera.

—No es cuestión de ponerse de parte de uno u otro. No tendría que haberlo dicho, lo siento. Ya sabes cómo me pongo cuando mi nivel de azúcar en sangre es bajo. En fin, hablamos de Lee: es divertido, simpático y viste como un abrazo con patas.

—Sí, la verdad es que le gusta mucho la franela —dije—. Pero tú también eres todas esas cosas. No pongas esa cara solo para demostrarme que me equivoco. Tengo razón.

—Yo no me siento así —admitió—. Pero siempre he sabido que vosotros teníais algo distinto. Y lo respeto. Yo nunca he sido... Bueno, me cuesta abrirme a la gente.

Los faros del coche iluminaban las gotas de lluvia que rebotaban en el parabrisas y las hacían brillar como si fueran estrellas fugaces.

Por su forma de hablar, Chubs parecía estar diciendo que una amistad era mejor o más importante que la otra. Y eso no era cierto. Solo eran distintas. El amor era exactamente el mismo. La única diferencia era que Liam había perdido a una hermana pequeña y yo siempre había tenido la sensación de que él necesitaba demostrarse a sí mismo que podía salvar por lo menos a uno de nosotros.

—Yo siempre te he comprendido —le dije—. Igual que tú siempre me has comprendido a mí.

Chubs me miró de reojo y tragó saliva. Por naturaleza, él siempre se movía en una frecuencia ligeramente más alta que la de los demás, pero al verlo en ese momento noté una punzada de dolor en el pecho. Los trajes que vestía ocultaban lo mucho que había adelgazado y las sombras que proyectaba el oscuro cielo le alargaban el rostro.

Detesté esa parte egoísta de mí que se había emocionado tanto ante la idea de ver a nuestros amigos que ni siquiera se había parado a pensar en el tiempo y el esfuerzo que Chubs y Vida habían dedicado a planear todo aquello. En lo cuidadosos que habían sido para asegurarse de que nadie interceptara los mensajes ocultos, o los planes.

Chubs era el que más se arriesgaba si nos capturaban o nos seguían. Vida perdería su estatus de agente en activo, pero a Chubs lo crucificarían vivo. Lo harían pasar por un egoísta mentiroso. El Congreso aseguraría que los había engañado deliberadamente y podría acabar en la cárcel por mentir bajo juramento. El Consejo de los psi aún estaba en pañales, no sobreviviría si perdía a su visionario.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Pues claro —contestó tal vez demasiado rápido.

—Ya no estamos en Washington D.C. —le recordé—. No nos escucha nadie.

—Ya, lo que pasa es...

—Antes no me mentías nunca —dije colocando las manos ante las rejillas que escupían aire caliente—, así que no empieces ahora, por favor.

Chubs suspiró y se pasó una mano por el pelo. Normalmente lo llevaba corto, pero en ese momento tuve la sensación de que habían pasado unas cuantas semanas más de lo habitual desde la última vez que se lo había cortado.

—Es... complicado. Todo en general. Lamento que no nos hayamos visto mucho últimamente. Es que... no se acaba nunca. Cuando hacemos felices a unos, enfurecemos a otros. Intentamos cambiar la opinión que la gente tiene de nosotros y lo único que conseguimos es que se reafirmen más, porque no les gusta que les hagan ver lo equivocados que están. Intento que en el Consejo todo el mundo esté organizado y que lo leamos absolutamente todo, pero tenemos que adaptar nuestros objetivos iniciales para que encajen con

los del resto del Gobierno. Es una locura. Y luego está esa peña tan desagradable de las noticias, los de las pancartas ofensivas, los que mataron a aquel pobre chaval psi en California y dijeron que era en defensa propia... Es... es solo que no se acaba nunca. Si al menos pudiéramos empezar a mover el tema de las indemnizaciones...

El sistema judicial ya había rechazado todas las demandas civiles interpuestas contra el Gobierno por familias que habían perdido a sus hijos debido a la ENIAA, o que tenían hijos que habían sobrevivido a la enfermedad pero habían terminado en los campos de rehabilitación. En todos los casos, los jueces esgrimían las mismas razones. La administración y Leda Corp habían realizado pruebas suficientes para asegurarse de que el Agente Ambrosía era seguro. La intención del Gobierno había sido introducir el agente químico con la intención de prevenir ataques biológicos a nuestras reservas de agua. El Gobierno tenía motivos para creer que suponíamos una amenaza inminente, dadas nuestras poderosas aptitudes y el miedo a que la ENIAA pudiera transmitirse por contacto.

La presidenta provisional Cruz trabajaba entre bastidores para llegar a un acuerdo, pero tendrían que pasar años antes de que se llegara a algo definitivo. Prácticamente todas las familias de Estados Unidos habían resultado afectadas; las deudas y la depresión seguían asfixiando el país: sencillamente, no había dinero para pagar indemnizaciones.

Se había hecho pública una disculpa oficial de la administración Gray por no haber intervenido. Era un comienzo, al menos. Pero cuando Chubs había conseguido llevar a la Cámara de Representantes un proyecto de ley para financiar un monumento en memoria de los fallecidos, el presidente lo había tumbado con la excusa de que la nación «necesitaba reflexionar sobre la tragedia antes de poder llorarla como correspondía».

—Chubs... —empecé a decir mientras acercaba una mano y le apretaba el

brazo. Habíamos viajado juntos durante mucho tiempo, pero nunca lo había visto así—. ¿Por qué no has dicho nada?

—Porque para esto me contrataron —dijo. Sacudió la cabeza—. ¿Quién iba a pensar que diría algo así? Lo siento, Zu. No es tan malo como parece, es solo que me siento frustrado. No hago más que recordarme a mí mismo que es un buen trabajo, aunque no sea fácil. Dentro de un año, cuando vuelva la vista atrás y piense en este caos, seguro que me reiré de mí mismo.

Las cosas podían mejorar y lo harían. Lo creía con todo mi corazón. Pero Chubs necesitaba ayuda: nos necesitaba para que aligeráramos un poco el peso que él cargaba sobre los hombros.

—Creo que el optimismo solo te servirá para que te echen del Equipo Realidad de Ruby —dije en tono indulgente.

—Estoy cansado del Equipo Realidad —dijo Chubs con voz tensa.

El coche empezó a acelerar al pasar frente a los trabajadores que estaban asfaltando la otra calzada de la carretera.

—Para mí se acabó —prosiguió—. Prefiero ser el loco que cree en el cambio y lucha por conseguirlo, que el cínico que no hace nada y se ríe cuando se demuestra que tenía razón al dudar.

Asentí.

—En eso también estoy de acuerdo contigo.

Sonrió.

—Gracias por escuchar. A veces tengo la sensación de que solo hablo para mí mismo.

—Pues te escuchamos todos —le dije—. Hablas para todos nosotros.

La sonrisa de su rostro se esfumó.

—No para todos.

Ahora que no nos escuchaba nadie, pude formularle la pregunta que llevaba meses acosándome.

—¿Te hicieron daño?

—No se molestaron en hacerme daño antes de irse —dijo Chubs tratando de mantener a raya la amargura de su voz—. Ni siquiera me dijeron que se iban.

—Me refería a los que te interrogaron acerca de su desaparición —dije en voz baja.

A Chubs y a mí nos había interrogado el FBI, pero de manera muy distinta. Los hombres que a él lo habían acosado durante semanas, siguiendo todos y cada uno de sus movimientos, a mí ni siquiera se habían molestado en mirarme. Dos agentes del FBI habían pasado por el apartamento de Cate para hacerme unas cuantas preguntas acerca de la última vez que había visto a Ruby y a Liam, pero Cate había estado presente todo el rato. Y, al cabo de una hora, los había obligado a marcharse. Eso había sido todo.

Al principio, yo me había enfurecido. En plan, claro, ¿qué iba a saber una pobre cría, no? Pero después había visto lo que la investigación le había hecho a Chubs.

Lo había visto sentarse ante el Congreso y testificar bajo juramento que no tenía ni idea de dónde estaban sus «supuestos amigos» y responder a todas las preguntas con un «No lo sé. Hace meses que no hablo con ellos». Yo estaba allí cuando los agentes se habían presentado durante la cena familiar y habían registrado su apartamento en busca de pruebas. Se habían llevado todo lo que les había dado la gana, incluyendo sus libros, con la única intención de intimidarlo. Había presenciado el acoso al que periodistas, investigadores y personas que simplemente odiaban a los psi habían sometido a los perplejos padres de Chubs, hasta que estos tuvieron que marcharse de Virginia.

La realidad era que, por una vez, mi juventud me había protegido.

—No —dijo al cabo de un rato—. Se limitaron a hacerme preguntas para las que aún no tengo respuestas.

Cogí el mapa doblado que estaba en uno de los portavasos. Chubs había

señalado la ruta hasta Blackstone, una ciudad de la que yo jamás había oído hablar. Estaba al sur del estado, en la parte central.

—Tardaremos unas tres horas —dijo como si hubiera recobrado la calma—. Si tienes hambre, dímelo. He cogido unas cuantas botellas de agua y barritas de proteínas. ¿Está bien la temperatura?

—Todo perfecto —le respondí—. ¿Quieres que ponga la radio?

—Pues en realidad —dijo—, prefiero el silencio, si no te importa.

Sonreí y me recliné en mi asiento para contemplar la lluvia.

—Yo también.

15

Momento presente

«Nadie me lo había dicho».

Cogí el trillado sendero que llevaba a Haven y eché a andar con paso rápido, enérgico, y los brazos cruzados sobre el pecho. En el terreno liso y compacto encontraba de vez en cuando unas cuantas hojas o alguna huella que debía de haber quedado marcada durante la última tormenta. Cada vez que pasaba junto a una huella que iba en la dirección contraria, hacia el lago, me preguntaba si sería de Liam o de Ruby.

Pero esa idea solo me despertaba rabia.

Noté el calor de esa rabia, que me arañaba bajo la piel como una carga eléctrica que buscaba desesperadamente un circuito que recorrer, una forma de renovarse.

«No me lo dijeron».

Dos semanas. Dos puñeteras semanas habían transcurrido desde que se habían marchado... ¿y Chubs no había encontrado ni un momento para comentármelo? Lisa me contó que habían contactado de inmediato con él para hacérselo saber. Así que podría haber comunicado la noticia, en persona o a través de Vida. ¿O acaso pensaba que a mí me iba a dar igual que dos personas a las que todos queríamos se hubieran... se hubieran largado sin más y hubieran dejado atrás Haven, que era lo más importante de sus vidas?

Me di cuenta de que estaba temblando. Cruzar los brazos sobre el pecho no me servía de nada, solo atrapaba dentro la rabia abrasadora que me iba consumiendo.

—...que ha crecido bastante desde la última vez que estuviste aquí. Ahora tenemos unos veinte niños, el más pequeño de nueve años. ¿Suzume?

Finalmente, aparté la mirada del sendero.

En algún momento de su existencia, puede que Haven fuera la casa de veraneo de alguien. Una casa aislada junto a un lago, un lugar en el que disfrutar de intimidad.

Liam y su padrastro habían trabajado mucho para ampliar lo que en sus inicios no era más que una sencilla casa de madera de dos plantas. Los colores de la madera, verde oscuro y marrón, servían para que el edificio quedara camuflado entre el paisaje. Pese a los pronunciados ángulos del tejado, la primera —y última— vez que vi Haven tuve la extraña sensación de que tal vez aquella casa hubiese surgido del bosque, que hubiese crecido en la tierra igual que los árboles que la rodeaban.

A medida que nos íbamos acercando, asomaron entre los árboles las consabidas cuerdas, pero... un momento. Aún estábamos lejos de la casa y, la última vez que yo había estado allí, las cuerdas no se adentraban tanto en el bosque.

Incliné la cabeza hacia atrás y seguí la línea de cuerda que pasaba justo por encima de nosotros. Estaba atada en lo alto de un árbol, a nuestra derecha.

Era un altísimo roble de Virginia. Vi una escalera metálica apoyada en el tronco, de la cual colgaba un cubo lleno de martillos y clavos. Medio oculto entre las ramas más resistentes estaba el principio de una plataforma de madera.

—Será la Cabaña del Árbol N.º 10 cuando Liam..., bueno, cuando alguno de nosotros tenga tiempo para terminarla —dijo Lisa—. Ya tenemos otras nueve acabadas. Cuando algunos de los niños se entusiasmaron con la primera que construyó Lee, él y Ruby decidieron construir otras cabañas para que los demás niños también pudieran tener su espacio privado. Y luego la cosa se nos fue un poco de las manos, porque a Liam no le gusta la palabra

«no». Y en fin, así estamos, con más cabañas en los árboles que casas en el suelo.

—Son fantásticas —conseguí decir.

—Los niños suelen dormir ahí arriba, a menos que haga demasiado calor o demasiado frío y se vean obligados a ir a la casa —añadió Jacob.

El repentino sentimiento de culpa que me invadió en ese momento me resultó tan abrumador que apenas pude hablar. La sensación de haber perdido muchos años nunca me había parecido tan dolorosa como me lo pareció en ese momento. Cada una de aquellas cabañas en los árboles era como un profundo corte que me llegaba hasta el hueso. Tensé el cuerpo, tratando de reprimir el deseo de dar media vuelta y echar a correr, pero no podía apartar los ojos de aquellas cabañas.

«Esto es lo que te has perdido».

¿Por qué no había regresado?

«Mira todo lo que han hecho sin ti».

¿Por qué no había buscado la forma de llamar?

«Este no es tu sitio».

Fue ese último pensamiento el que me hizo llevarme una mano a la garganta, como si quisiera eliminar el nudo que se me había formado.

—Ya sé que no estás de acuerdo con Haven... —empezó a decir Jacob malinterpretando mi expresión.

Levanté ambas manos y lo interrumpí.

—No es eso. Nunca ha sido eso.

—Entonces ¿qué es? —preguntó Lisa.

—Lisa... —la interrumpió Jacob.

—No, quiero saberlo —dijo Lisa volviéndose hacia mí para mirarme abiertamente—. Nunca volviste, pero ellos nunca dejaron de esperar que lo hicieras algún día.

El tono de acusación de su voz, y la constatación de una verdad que yo

había conseguido ignorar durante un tiempo, me dejó helada.

Les había hecho daño. Había hecho daño a las dos personas a las que Lisa y Jacob —y todos los niños de Haven— querían. Y hasta las heridas más viejas pueden reabrirse si se les aplica la presión necesaria.

Quise gritar. Quise darle un puñetazo al árbol más cercano y dejar que los años de silencio que nos separaban brotaran como la sangre.

Pero lo único que hice fue coger aire. Uní las manos a la espalda. Hablé con aquel tono de voz frío y cauteloso que Mel me había enseñado a adoptar. Y aquel adormecedor autocontrol se convirtió en mi armadura.

—Quería trabajar para asegurarme de que nunca necesitaríamos sitios como este —le dije—. Esta era su forma de ayudar. Yo tengo la mía.

O, al menos, la tenía.

El Gobierno no había autorizado Haven. No lo autorizaría jamás, ni tampoco otros lugares parecidos, porque alejaban a los niños de la protección y la vigilancia que garantizaba el Gobierno. Esos lugares devolvían a los psi a la peligrosa forma de vida que en otros tiempos nos habíamos visto obligados a adoptar.

No dudaba de que los niños que vivían en Haven habían huido de situaciones absolutamente terribles. De los abusos y el abandono que en muchos casos se habían producido después de que los devolvieran a sus familias. Otros eran fugitivos que se habían negado en redondo a volver con sus familias, o que habían sido obligados a usar sus aptitudes en contra de su voluntad...

Eso lo entendía. Lo que me costaba entender era por qué no habían acudido a nosotros para encontrar un alojamiento mejor. Vivir en la sombra de la sociedad los convertía en seres frágiles e invisibles.

Lisa y Jacob intercambiaron una mirada. Él sacudió la cabeza y ella dejó caer los hombros.

—Lo siento —empezó a decir—. Yo solo...

—Lo pillo —le dije—. En serio... Limitémonos a... tratar de entender qué está ocurriendo. Necesito encontrar un cargador para ese teléfono y también necesito que me contéis todo lo que sabéis acerca de lo que está pasando con...

Lisa se llevó un dedo a los labios y dirigió la mirada hacia los rostros que nos observaban con curiosidad desde las cabañas de los árboles.

«No lo saben», comprendí.

—Han hecho un largo viaje para una recogida —dijo Jacob con un tono de voz significativo—. Pero pronto volverán.

Les estaban mintiendo a los demás. Por omisión, sí, pero no dejaba de ser una mentira. Supuse que lo hacían para proteger a los más pequeños, pero en mi opinión, y teniendo en cuenta las circunstancias que los habían llevado hasta allí, merecían el respeto de ser informados.

—Vamos —dijo Jacob—. Miguel nos está esperando en la Batcueva. Imagino que ya habrá elaborado alguna teoría sobre tus nuevos amigos.

Mientras nos dirigíamos al porche que rodeaba la casa, el chico que estaba en la Cabaña del Árbol N.º 4 envió un mensaje en una lata —una vieja lata de café, con un peso en el fondo— por la cuerda que la unía a la Cabaña del Árbol N.º 3. Pasó volando por encima de nuestras cabezas con una especie de siseo. Al parecer, todas las cabañas estaban conectadas entre sí, pero también con la ventana del desván de Haven. Donde dormían Liam y Ruby.

—¿Va todo bien?

Otra chica, vestida de negro como ellos, llegó corriendo desde la parte posterior de la casa. La trenza de pelo oscuro revoloteaba tras ella y parecía estar casi sin aliento.

—Sí, todo controlado —respondió Jacob al tiempo que le entregaba su pistola—. Jen, esta es Zu. Zu, esta es Jen.

—Hola —dijo la chica—. Has hecho que la noche resulte bastante interesante. ¿Queréis que vaya a ayudar a los demás?

—Lo tienen todo controlado —dijo Jacob. Y luego, tímidamente, añadió —: ¿Podrías hacerme un favor y guardar esto en las taquillas de arriba? Tenemos que ir a dar parte a Miguel.

—Claro —dijo ella al tiempo que cogía el arma—. Y si no me necesitáis, guardo también la mía.

Jacob subió corriendo los escalones del porche y abrió la puerta con un teatral gesto que, sin duda, había aprendido en algún momento de Liam. Jen nos precedió y desapareció tras dirigirse al vestíbulo. Me armé de valor, crucé la puerta y me sumergí tanto en aquella atmósfera fresca que olía a cedro que casi se me olvidó limpiarme los pies en el raído felpudo de la entrada.

La torpeza que había sentido en el exterior no era nada comparada con la sensación que me invadió en ese momento. Me resultó físicamente dolorosa. Si en algún momento aquel lugar me había parecido familiar, la sensación se disipó casi al instante. Apenas le presté atención a Lisa, que había entrado justo detrás de mí y me estaba explicando en ese momento la distribución de la casa: concentré prácticamente toda mi atención en el recibidor.

Si el exterior de la casa estaba pensado para que se camuflara en la naturaleza, el interior era un derroche de colores y diseños. Las alfombras eran como un sendero de llamativos tonos azules y amarillos. De un jarrón retorcido asomaban flores silvestres y la barandilla de la escalera estaba iluminada por una guirnalda de luces de colores.

Sin embargo, yo no podía dejar de mirar las paredes. Durante nuestra breve gira, unos cuantos años atrás, Ruby me había explicado que era demasiado peligroso conservar fotografías de los psi que se alojaban en la casa, ya fuera durante unos pocos meses o unos cuantos años. Habían empezado a dar vueltas, pues, a la idea de animarlos a dejar alguna obra de arte, de manera que ni la casa ni quienes vivían en ella los olvidaran jamás.

Era evidente que habían tomado una decisión.

El resultado era un batiburrillo de marcos desperdigados por el vestíbulo y

las paredes de la escalera. La mayoría de los psi habían dibujado Haven, pero otros se habían decantado por autorretratos. Algunos habían hecho pulseras, o agarradores, otros habían bordado mensajes y algunos incluso habían utilizado cuentas para hacer flores de plástico y caritas sonrientes. Liam y Ruby se habían tomado la molestia de enmarcar todas aquellas obras.

Al final de la pared había un dibujo de cuidados trazos hechos con lápices de colores. En él aparecía una mujer bajita con el pelo oscuro y un muchacho alto y rubio, cogidos del brazo con expresión sonriente. Vi mi rostro reflejado en el cristal del marco y, un segundo después, apareció el de Liam en lugar del mío, con su sonrisa bobalicona y orgullosa.

—Si no te importa... —dijo Lisa.

Señaló una hilera de zapatos perfectamente alineados junto a la pared: zapatillas de deporte, sandalias, botas... Todos de distinto número. Me quité mis zapatillas deportivas y las dejé junto a un par de botas de agua rojas, muy sucias.

En el salón, la tele estaba encendida y de los altavoces salía una música alegre y estridente. Eché un vistazo al interior y vi por lo menos una docena de críos entusiasmados con una peli de dibujos que ni siquiera reconocí. Cuando pasamos ante la puerta, una niña salió de la sala. Se frotó los ojos, medio adormilada, y se fue directa al cuarto de baño.

Su melena de rizos oscuros dio una sacudida cuando frenó en seco delante de mí y abrió unos ojos como platos:

—¿Zu?

Me quedé helada.

«Oh, no», pensé. «Ha visto la explosión, cree que...».

Pero en lugar de salir huyendo, dejó que en su rostro apareciera una radiante sonrisa. Sentí un alivio tan grande que hasta podría haberme echado a llorar.

—Hola. Sí.

Me cogió una mano y empezó a estrechármela con fuerza, arriba y abajo. No era exactamente un apretón de manos, sino un gesto de puro y desconcertante entusiasmo. Cuando me miró, su expresión se volvió apremiante. Sería.

—¿Aún te gustan los caballos?

—Que si me... ¿qué? —dije parpadeando.

—En la entrevista dijiste que te gustaban los caballos —insistió—. ¿Cuáles son tus preferidos? ¿Caballos árabes, percherones, clydesdale, de raza lipizzana? ¿O alguna otra raza?

Lisa se echó a reír.

—Lo siento, Sasha, ahora mismo no tiene tiempo de hablar. Te la voy a tener que robar un ratito.

—¡Vale! —dijo la chica apretujándome la mano una vez más—. Si quieres puedes venir a nuestra habitación, la azul, y podemos seguir charlando.

—Vale —respondí un tanto perpleja.

La niña se alejó pasillo abajo y chocó los cinco con Jacob.

Les dediqué una mirada interrogante a los dos.

—Será mejor que te lo enseñemos —dijo—. Además, nos pilla de paso.

Lisa nos condujo por el pasillo. Giramos a la izquierda en el comedor y, justo antes de llegar a la cocina, se detuvo ante un tablón de anuncios que colgaba de la pared, repleto de recortes de periódicos y revistas. Un rostro me sonreía desde todas las fotografías.

El mío.

—Joder..., esto es...

Ni siquiera se me ocurría qué decir. Contemplé fotografías de mis discursos e imágenes publicitarias, y también artículos de todos los eventos en los que había participado.

—Lo siento —dijo Lisa—. Espero que no te sientas incómoda. Ya sabes cómo es Liam. Supongo que quería... quería que todo el mundo te conociera.

«Porque nunca volviste».

—Arriba también tenemos uno sobre Charlie —dijo Lisa—. Pero es más pequeño. De él no se habla tanto como se... hablaba de ti.

Sobre la inmensa mesa de la cocina colgaba un tapacubos viejo y abollado, sacado de una furgoneta oculta en lo más profundo del bosque, cerca de un lago distinto. Di media vuelta, porque no soportaba seguir mirándolo ni un segundo más.

—¿Podemos irnos ya adonde sea que tengamos que ir y seguir hablando allí?

—Por aquí —dijo Jacob mientras señalaba con un gesto la puerta trasera.

La temperatura de la minúscula habitación —claramente añadida más tarde a la estructura original— era por lo menos diez grados más baja que en el resto de la casa. Y no era decir poco, teniendo en cuenta que en la pared del fondo se alineaban varias torres de servidores. Un escritorio empotrado ocultaba la mitad del espacio y hasta el último centímetro de su superficie estaba ocupado por pantallas o torres de ordenador.

Miguel estaba sentado justo en el centro de aquel caos y aporreaba el teclado que tenía delante como si estuviera tocando el piano. Giraba a uno y otro lado en su silla, al ritmo de la música amortiguada que salía de sus gigantescos auriculares.

Cuando entramos, apartó la mirada de lo que estaba haciendo. Las pantallas iluminaron el bronceado natural de su piel e hicieron que le resplandeciera el rostro.

—Hola, Zu. Cuánto tiempo —gritó por encima de la música de sus auriculares, sin dejar de teclear.

Siempre me sorprendía ver la cantidad de cosas que podía procesar al mismo tiempo el cerebro de un verde. Tres pantallas distintas de ordenador parpadeaban, repletas de códigos, mientras Miguel me dedicaba la sonrisa

confiada de un rompecorazones que sabe exactamente hasta dónde llega su encanto.

Jacob resopló, exasperado, y con un gesto cariñoso le quitó los auriculares a Miguel. Este, sin embargo, le cogió la mano antes de que Jacob tuviera tiempo de apartarla y, tras guiñarle un ojo, le dio un beso en el dorso. Jacob apartó rápidamente la mano, ruborizado y complacido al mismo tiempo.

Por si aquello no probara claramente que estaban juntos, Miguel dejó los auriculares sobre el escritorio, junto a una foto en la que aparecían los dos. Una sinfonía de compases y violines electrónicos empezó a salir de los auriculares, hasta que Lisa se inclinó y pulsó la tecla SILENCIO.

—Eh, Miguel —le dije—, gracias por pillar mi mensaje.

Miguel se pasó una mano por el pelo oscuro, se rascó justo allí donde lo llevaba recogido en un moño y se encogió de hombros.

—No pasa nada. Me alegra que todo saliera bien.

—Antes de que se me olvide —dije volviéndome hacia los demás—. ¿Puedo recuperar los teléfonos? Miguel, no tendrás por casualidad un cargador...

Miguel abrió un cajón cercano, en cuyo interior había decenas de cargadores con el cable perfectamente enrollado. Lisa me pasó los teléfonos y yo se los di a Miguel. Señalé el teléfono que había utilizado para hacer fotos de los secuestradores.

—Priyanka le hizo algo —le dijo—. Le quitó no sé qué pieza y se la puso al otro...

Miguel retiró la tapa posterior de los dos teléfonos e hizo exactamente lo contrario de lo que Priyanka había hecho en el coche. Jacob apoyó ambas manos en los hombros del adolescente y se inclinó sobre la cabeza de Miguel para ver qué estaba haciendo.

—Solo le sacó la tarjeta SIM, nada grave.

Al ver que la pantalla finalmente se iluminaba, se me escapó un

tembloroso suspiro. Por lo menos, aún me quedaba el teléfono.

—¿Cómo van las cosas en el agujero? —preguntó Jacob, mientras observaba las pantallas en busca de imágenes.

Miguel pulsó dos teclas y cambió la grabación de la pantalla que tenía justo delante.

—Hasta ahora, inquietud y poco más. Y mucho paseílo. Más o menos como tú, la verdad.

Jacob le lanzó una mirada y Miguel correspondió con una sonrisita.

Pero tenía razón: Roman caminaba de un lado a otro en aquel reducido espacio. Parecía tenso e incapaz de apartar la mirada de lo que, según deduje, era una puerta que no se veía en la imagen. En aquel cobertizo no había más que un banco en el que sentarse, pero tampoco se trataba de un agujero en el suelo, como parecía indicar el nombre. No debería haber sido así, pero me sentí fatal mientras los observaba.

—No entiendo nada —dije—. ¿Qué les inquieta...? ¿El hecho de que los hayan capturado?

Miguel tecleó más instrucciones y la grabación retrocedió unos diez minutos. Subió el volumen. Apoyé los brazos en la mesa y me incliné hacia delante.

—...hacerle —dijo Roman con una voz teñida de rabia—. ¡Qué estúpido soy! No tendría que haberla perdido de vista. Ahora no tenemos forma de saber si se proponen hacerle daño o no...

Priyanka estaba tanteando las paredes, como si buscara alguna junta. Al oír aquellas palabras, se volvió hacia Roman y lo miró por encima del hombro.

—No le va a pasar nada. No te comportes como si fuera una damisela en apuros, porque es ella quien nos ha sacado de casi todos los líos en los que nos hemos metido. Si intentan algo, se defenderá como una fiera.

—Aun así... —dijo Roman al tiempo que se detenía en mitad del cobertizo. Dejó caer la cabeza hacia atrás y apretó el puño—. Lo sé. Lo sé. No dudo de

ella. Es solo que... esto no me gusta. No deberíamos haber permitido que nos separaran.

—Y así todo el rato —dijo Miguel mientras pasaba la otra grabación hacia delante—. ¿Y si nos escapamos y vamos a buscarla? Ya volverá, no te preocupes. ¿Y si intentamos hablar con los chicos de ahí fuera? ¿Por qué nos habrán separado? Etcétera.

Cuando volví a incorporarme, noté las miradas de Jacob y Lisa clavadas en mí. Me daba vueltas la cabeza.

—Bueno... tampoco creo que vayan a revelar sus planes en directo, para que los oigan los chicos que están montando guardia.

La grabación dejó de avanzar a toda velocidad al llegar al momento presente. Vi a Priyanka cogerle una mano a Roman. Tras un breve duelo de titanes, Roman cedió. Se dejó caer en el banco en el que ya estaba sentada Priyanka y ella le apoyó la cabeza en el hombro. En lugar de cerrar los ojos, como yo esperaba, levantó la cabeza.

Y miró directamente a la cámara.

—¿Es una amarilla? Porque ha localizado a la primera cámaras y micrófonos —dijo Miguel.

Hmm. ¿Casualidad? No me imaginaba a Miguel colocando esos dispositivos en lugares mínimamente obvios.

—No, verde... O, al menos, eso me dijo —respondí—. Chicos, por casualidad no tendréis una copia de la antigua base de datos de rastreadores y FEP, ¿verdad? Pensaba que a lo mejor podíais consultarla.

—La tenemos, y ya lo he intentado —dijo—. He introducido en el sistema capturas de pantalla con sus caras. No están fichados, aunque la verdad es que esa base de datos es de hace cinco años.

—Roman me dijo que habían evitado que los capturaran, lo cual significa, supongo, que también habían evitado que los ficharan.

—O que alguien ha borrado sus fichas —dijo—. ¿De qué van esos dos? ¿Y

cómo has entrado en contacto con ellos?

Les conté los detalles lo más rápido y en el tono más neutro que pude, junto a mi teoría de que su objetivo tal vez fuera Haven, o Liam y Ruby, desde el principio. Y entonces se me ocurrió otra idea.

—Aquí no tenéis a nadie que se llame Lana, ¿verdad?

Los chicos miraron a Lisa.

—No —respondió ella—. He estado controlando las líneas telefónicas durante las últimas semanas y ese nombre no ha aparecido en ningún momento. ¿Sabes qué aspecto tiene? ¿Qué aptitudes podría tener?

Negué con la cabeza.

—Lo único que tengo es el nombre. Estaban hablando de ella durante el viaje... pero no en un tono malicioso, sino más bien nostálgico. Aunque tampoco me pareció que trataran de localizarla por encargo de alguien.

—Todo esto es cada vez más misterioso —dijo Miguel volviéndose de nuevo hacia la pantalla—. No es que Haven sea un secreto para los psi; últimamente han empezado a correr rumores. A lo mejor solo buscaban un lugar seguro, ¿no?

Noté una punzada de frustración.

—Pero entonces..., ¿por qué no contármelo desde el principio?

Jacob se movió, incómodo, y le lanzó a Miguel una mirada silenciosa que ocultaba algún mensaje. Miguel lo captó y asintió.

—¿Qué? —insistí.

—Piénsalo... —dijo en un tono cordial—. Trabajas para el Gobierno. Tal vez les preocupaba que, en lugar de decirles cómo llegar hasta aquí, los entregaras al FBI o a los Defensores por tratar de esquivar el sistema de vigilancia.

La idea me dio náuseas.

—Yo jamás haría tal cosa. Si lo que querían era venir aquí...

«¿Los ayudarías a saltarse la ley?».

No era... no era tan fácil. En nuestra situación, las cosas nunca eran blancas o negras. Nuestras vidas estaban pintadas en una amplia gama de grises. Yo creía que los niños merecían la posibilidad de decidir, y también que debía protegerlos lo mejor que pudiera.

—O —se apresuró a añadir Jacob— puede que estuvieran convencidos de que no los ibas a creer. O de que te cerrarías en banda si te lo preguntaban directamente y te negarías a decírselo. Así que a lo mejor fueron al discurso para preguntártelo, pero entonces se vieron implicados en lo ocurrido y pensaron que tarde o temprano tú vendrías aquí..., ¿no?

Lisa negó con la cabeza.

—No sé... Hicieron lo que pudieron una y otra vez para que no se marchara sola.

Respiré hondo. Teníamos que aparcar aquel tema y seguir avanzando. El hecho de no saber qué les había ocurrido a Liam y a Ruby había creado una especie de olla a presión dentro de mi cerebro y amenazaba con explotar en cualquier momento.

—¿Pasa algo si se quedan aquí un poco más de tiempo?

—No, tranquila —respondió Lisa—. Pediré que les lleven comida y agua.

—Y mantas —dije—. Por si... Aquí hace frío por la noche, ¿no?

Lisa me dedicó una débil sonrisa y asintió. Desapareció al otro lado de la puerta y regresó instantes más tarde.

—Muy bien —dije—. Y ahora, ¿quién me va a contar qué les ha ocurrido a Liam y a Ruby?

16

Lisa se sentó en el borde del escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ni siquiera sé por dónde empezar. Cuando se marcharon, nada indicaba que algo fuera mal. Liam parecía un poco preocupado, pero supuse que tenía algo que ver con el crío al que iba a recoger...

—Espera. ¿Se fueron los dos de Haven al mismo tiempo? —la interrumpí—. ¿Cuándo cambiaron esa política?

Por lo que yo recordaba, habían decidido tiempo atrás que uno de ellos debía quedarse siempre en Haven, de manera que los chicos tuvieran al menos una constante en sus vidas.

—Miguel, Jacob y yo podemos encargarnos de todo —respondió Lisa—. Los cubrimos cuando la situación lo requiere.

Miguel se reclinó en su silla y se volvió un poco más hacia nosotros.

—En cualquier caso, es algo bastante reciente. No creo que les guste a ninguno de los dos, pero si se dividen puede cubrir más terreno y recoger a más niños.

—¿No se marcharon juntos?

Intercambiaron una mirada los tres que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—Cuéntaselo —dijo Jacob al fin—. Ni Liam ni Ruby pensarán que hemos traicionado su confianza. Es Zu.

Lisa no parecía del todo convencida y noté de nuevo un agudo escalofrío.

«Este no es mi sitio. No soy uno de ellos».

Ruby y Liam ya no eran míos, por lo menos no como antes. Les había hecho daño, igual que ellos me lo habían hecho a mí, y si bien aquellos tres

chicos se habían mostrado cordiales, estaba segura de que ellos tampoco habían olvidado mi última visita.

—Mira —dijo al fin—, ya sabes cómo son. El principal motivo de que empezaran a viajar por separado es que han ampliado mucho su red y cada vez recibían más soplos sobre niños. No le di demasiada importancia. Pero parecían más estresados...

—Habían empezado a discutir —dijo Jacob yendo por fin al grano.

Miguel asintió.

—Pero no sabemos acerca de qué discutían —añadió.

—Discutían en voz baja, como cuando los padres se creen que sus hijos no los oyen —dijo Lisa.

—Me estáis tomando el pelo —conseguí decir.

Liam y Ruby no discutían nunca.

—No —respondió Jacob—. Desde hace un tiempo, Ruby se marcha cada vez con más frecuencia. Todos nos preocupamos cuando se va, pero Lee se caga de miedo. Se encierra en la carpintería, deprimido, y acabamos todos con una especie de animal deforme tallado en madera. Y encima tenemos que fingir que nos gusta para que no se sienta aún peor.

Me aparté un mechón de pelo de los ojos.

—Eso es típico de Liam.

—La cuestión —dijo Lisa— es que los viajes de Ruby duraban cada vez más, pero había dejado de traer niños. Ruby siempre ha sido bastante reservada, pero últimamente era como si... como si estuviera ida.

Era propio de Ruby: a veces se encerraba hasta tal punto en su propia mente que a los ojos de los demás era, literalmente, como si estuviera desapareciendo. Pero quería a aquellos niños, y amaba Haven. Después de todo lo que había sufrido, Ruby sin duda disfrutaba a partes iguales del silencio del entorno y del acogedor caos que imperaba en la casa. Fuera lo

que fuese lo que la inquietaba, tenía que ser muy gordo para perturbar la tranquilidad que Ruby había encontrado en Haven.

—¿Qué pasó con el último viaje? —pregunté—. Vi la furgoneta de Liam y estaba convencida de que sería él quien cruzara el lago en bote.

—Miguel estaba usando la camioneta de Lee para recoger provisiones del punto de entrega —explicó Lisa—. Y por eso Lee no se la llevó. Ruby se había marchado y entonces, uno o dos días después, recibimos a través de la red un soplo sobre un niño azul que vivía en la calle cerca de Misuri, y Liam decidió ir a comprobarlo.

—Y desde entonces, ¿ninguno de los dos se ha puesto en contacto? —pregunté.

—Liam sí —dijo Jacob.

Me erguí.

—¿En serio? ¿Y entonces por qué hablabais de él como si hubiera desaparecido?

—Porque hace más de una semana que no tenemos noticias tuyas —respondió Miguel—. Llamó para decir que el soplo era falso y le dijimos que Ruby estaba desaparecida. El localizador de su móvil estaba desconectado. Liam fue a buscarla y entonces también perdimos la señal de su teléfono. Lo único que recibimos fue un mensaje de texto, desde un número desconocido, en el que decía que se le había estropeado el teléfono y que seguía buscándola. Desde entonces, no ha respondido a ninguno de nuestros mensajes. En mi opinión, él también ha desaparecido.

—Nuestra teoría es que Liam pensó que lo estaban siguiendo y no quería que rastrearán hasta aquí sus llamadas —apuntó Jacob.

—Sí, supongo que no quería preocuparos —admití—. Menudo idiota. ¿Tenéis la última localización conocida de Ruby?

—La tenemos —dijo Miguel—. La dirección aproximada es 1020-1024 de Cypress Street, en Jackson, Misisipi. Básicamente, en mitad de un campo.

—¿Te dice algo? —me preguntó Lisa.

Negué con la cabeza. «Nada en absoluto».

—¿De verdad no hay nada más que un campo?

—No tenemos imágenes de satélite de Ruby en ese sitio —dijo Jacob—. O sea que o es un error o... no está en un sitio que veamos.

Al comprender el significado de aquellas palabras, se me nubló la visión.

—No está muerta —les dije con un tono de voz áspero. Tajante—. No está muerta. En todo caso, puede que arrojara allí su teléfono para despistar a alguien.

Lisa frunció el ceño y se apoyó una mano en la frente. Parecía exhausta. Llevaban allí dos semanas, claramente fingiendo ante los niños que todo iba bien, cuando en realidad ya habían asumido lo peor.

—No sé qué pensar —dijo Jacob—. Ofrecían una recompensa por ella. Puede que alguien la haya capturado y la haya entregado al Gobierno. Puede que la haya retenido alguna organización criminal. Y hay muchos elementos extranjeros que podrían estar buscando a alguien con sus aptitudes. O puede que simplemente se haya marchado. Sola.

Tuve la sensación de que todos los músculos del cuerpo se me tensaban a la vez. Cuando ella y Liam se habían marchado, yo había sentido...

Daba igual lo que yo hubiera sentido. Siempre había tenido claro que lo habían hecho para proteger a Ruby. Después de que su padre la protegiera con su propio cuerpo de la bala de un odioso monstruo, mientras daban un paseo por el parque, las amenazas contra ella habían pasado de ser algo que daba risa a algo que daba miedo, y mucho.

Su padre había sobrevivido, pero la fe de Ruby en el mundo no. Poseía un poder, y un control sobre ese poder, que la distinguía de nosotros. La situaba en lo más alto de nuestra cadena trófica y la convertía en una diana roja y perfectamente visible para todo aquel que la temiera. A ella y a lo que era capaz de hacer.

—Al Gobierno puedes descartarlo —dije—. No olvides que son muchos los chavales de la antigua Liga de los Niños que trabajan para el Gobierno. Alguien se habría enterado de su captura, o habría visto algo en alguno de los distintos sistemas.

Teníamos amigos en todos los niveles y departamentos del Gobierno. Por no hablar de que Nico había instalado en el sistema controladores que nos alertarían en el caso de que apareciera algo así. Además, el Gobierno era un barco con demasiadas fugas: la captura de la psi más poderosa no era un secreto que pudiera guardarse durante mucho tiempo. Tarde o temprano, alguien querría atribuirse el mérito.

—Yo creo que habría emitido un comunicado —dijo Lisa—. Ruby siempre decía que el hecho de haberse escapado era más peligroso para la reputación del Gobierno que cualquier cosa que ella pudiera hacerles.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó Miguel.

—Estaba pensando que... —dije. Hice una pausa para respirar hondo—. ¿Es una coincidencia que Ruby desaparezca y que, casi inmediatamente después, alguien vaya a por mí?

—Puede que no lo sea —contestó Jacob—. Es muy sospechoso que haya sido casi a la vez y las dos sois muy conocidas. Puede que quieran enviar un mensaje al mundo: ningún psi es intocable.

No era solo que Ruby fuera poderosa, también era importante su historia. Ruby había completado el círculo y había destruido el lugar en el que la habían mantenido cautiva. Era un símbolo. Nuestro símbolo.

Sacudí la cabeza, frustrada porque las piezas no encajaban.

—¿De verdad no os contó qué estaba pasando, ni os dio ninguna pista acerca de por qué se marchaba? ¿Estaba trabajando individualmente con algún niño antes de irse?

—Con Owen —dijo Lisa despacio—. Había estado trabajando con Owen. Pero es muy... frágil.

—¿En qué sentido? —insistí.

—Es un rojo —aclaró Jacob—. Proyecto Jamboree.

Sus palabras me dejaron helada.

—Quiero hablar con él —pedí—, siempre que no sea demasiado para él.

—No le sacarás mucho —me advirtió Miguel—. Owen no es precisamente muy comunicativo.

—¿Y tú lo serías si hubieras pasado por lo mismo que él? —dije—. Pero algo siempre será mejor que nada.

El timbrazo repentino y estridente de un teléfono resonó en la sala y nos levantamos todos de un salto. Jacob soltó una risita incómoda y torpe, pero se abalanzó sobre el teléfono y contestó.

—Pizzería Betty Jean, ¿en qué podemos ayudarle? Ah, sí. Está aquí. Un momento.

Se volvió hacia mí y me pasó el teléfono.

Respiré hondo por la nariz y me aparté del escritorio. Cogí el teléfono, desenrollé el cable enredado y fui tirando de él para salir de la Batcueva. Entré en la cocina, en busca de algo de intimidad.

Respiré hondo otra vez, pero aun así me salió la voz temblorosa.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que...?

Pero no era Chubs.

—Cierra la puta boca y escúchame. Solo tengo unos minutos antes de que se den cuenta de que me he largado.

—No —le espeté—, escúchame tú a mí por una vez, Vi. ¿Qué coño está pasando? Ruby y Liam llevan dos semanas desaparecidos... ¿y a ti ni siquiera se te ocurre pensar que yo querría saberlo? Y no finjas que te enteras ahora, porque sé que Chubs te lo cuenta todo.

—Pues claro que lo sabía —dijo Vida hablando en susurros—. ¿Qué crees que he estado haciendo estas últimas semanas? Arrastrar el culo por todo el país buscándolos.

Sujeté el teléfono con más fuerza, ignorando la electricidad estática que me hacía cosquillas en los dedos. Mi ira se había aplacado un poco.

—¿Los has encontrado?

—No —respondió—. Aún no. Pero no te llamaba para hablar de ellos, sino de ti. ¿Estás bien?

—No mucho —le dije.

Mel, el agente Cooper, los periodistas... los recuerdos se me clavaron como la hoja de un cuchillo al rojo vivo. Y admitir que no estaba bien fue suficiente para que los ojos se me llenaran de lágrimas otra vez.

—Pero no estoy herida.

—Cuéntame, lo más rápido que puedas, qué coño pasó.

—¿Has visto las imágenes? —le pregunté—. El ángulo...

—Manipulado que te cagas —dijo Vida—. He visto laboratorios de metanfetetas menos sospechosos que ese ángulo de cámara.

Y entonces le conté toda la historia. Las palabras, en sus prisas por salir, se atropellaban unas a otras.

—Tengo un teléfono. Saqué fotos de los tipos que nos capturaron. ¿Cómo puedo hacértelas llegar?

—Quiero que tú y esas fotos os quedéis justo donde estáis hasta que yo llegue. No envíes los archivos a ningún lado. Me da igual lo segura que sea su red, no podemos correr el riesgo de que alguien rastree esas fotos hasta Haven.

—Quiero hacer algo más que quedarme aquí sentada esperando... — empecé a protestar, frustrada.

De repente, se oyó de fondo el chisporroteo de unas voces, al otro lado de la línea.

—No sabía que la estupidez también afectara las retinas, Murphy —le soltó Vida a alguien—. ¿No ves que es una llamada personal? Dame un puto segundo. Sí, con mi difunta madre. No, me importa una mierda lo que...

—¿Vida? —dije—. ¿Vi?

—¿Sigues ahí? —dijo Vida con una voz débil que no era propia de ella—. Me tengo que ir, lo siento. Escucha, te quiero, ¿vale? No cometas ninguna estupidez. Quédate donde estás y uno de nosotros irá dentro de poco. ¿Vale? —preguntó. Hizo una pausa—. ¿Vale?

Pero no, ese «vale» no me servía.

—No pienso quedarme aquí mientras los asesinos andan sueltos y Ruby...

Se cortó la línea. El sobresalto del tono de comunicar se fue abriendo paso en mi interior y me sentí vacía.

—Yo también te quiero —susurré.

Me apoyé en la encimera de la cocina durante un segundo y me acerqué a la frente el auricular del teléfono. Justo cuando lo devolvía a su sitio, me fijé en una pila de periódicos sobre la encimera.

El que estaba encima de todo era de hacía un mes y proponía un titular muy llamativo: «¿Presidente adjunto?». Lo cogí y leí las primeras líneas: «Mientras el gestor empresarial Joseph Moore adquiere una naviera que sumar a su imperio, que ya incluye empresas automovilísticas, de televisión por cable y de transporte marítimo, sus seguidores defienden que “gestione” el despacho más poderoso del país».

Dejé caer el periódico, asqueada, y regresé a la Batcueva, donde los tres chicos no habían decidido nada, sino que más bien seguían discutiendo.

—Tampoco es una idea tan descabellada, si están tratando de tenderle una trampa...

—¿Tender una trampa a quién? —los interrumpí.

Jacob giró sobre los talones y dejó caer a un lado las manos, alzadas hasta ese momento para dar énfasis a lo que estaba diciendo.

Miguel lo señaló con el pulgar.

—Este encantador payasito cree que deberíamos sacar a esos dos del agujero y ver si están dispuestos a contarnos algo sobre el Círculo psiónico.

—El único problema es que creo que, en realidad, nunca han llegado a formar parte del Círculo psiónico —apunté—. Más bien creo que se lo inventaron sobre la marcha.

—Podría interrogarlos —se ofreció Jacob—. Ver si a mí también me piden que me quede, o preguntarles quién es la tal Lana.

—No —lo interrumpió Miguel, consciente de los riesgos que implicaba—. Si le mintieron a Zu, te mentirán a ti. Yo no soy capaz de ocultarte un secreto, pero afortunadamente ese superpoder solo te funciona conmigo.

—No podemos dejarlos ahí eternamente —protestó Jacob—. Y aunque no sepan exactamente dónde está la casa, estoy seguro de que ahora ya no les costaría encontrarla.

—Lo siento —les dije—, pensaba que Ruby podría ayudarnos con eso.

—No lo sabías —dijo Miguel encogiéndose de hombros.

Lisa pasó junto a su silla y acercó mucho la cara a una de las pantallas. La señaló: Roman agitaba los brazos y Priyanka gritaba algo.

—Han escrito algo en el suelo... —explicó.

Miguel giró en su silla, hacia las pantallas, y pasó la grabación al monitor grande del centro. La imagen tenía mucho grano, pero aun así se leía perfectamente lo que habían escrito:

APAGAD EL TELÉFONO

—Mierda —dijo Miguel devolviendo el sonido a las imágenes.

«¡Apagad el teléfono! —estaba gritando Priyanka—. ¡Apagadlo!».

—¿Qué teléfono? —preguntó Lisa—. ¿De qué hablan?

Miguel lo comprendió unos cinco segundos antes que los demás. Arrancó del cargador el teléfono que yo le había dado antes. Se iluminó la pantalla cuando le dio la vuelta y solo le hizo falta mirarlo una vez para derrumbarse.

—¡Mierda!

—¡Espera! —exclamé—. ¡Las fotos...!

El *walkie-talkie* que llevaba Jacob sujeto al cinturón cobró vida de repente con un chisporroteo de electricidad estática.

—¿Jay? Ya llevan así unos diez minutos...

Y entonces lo noté: el repentino y abrasador fogonazo en mis terminaciones nerviosas, la electricidad que circulaba por los cables cercanos con un murmullo que pronto se convirtió en un grito.

Un segundo después, Haven se quedó sin electricidad.

17

En aquel momento, en aquella oscuridad, nada podría haber resultado más aterrador que el tañido de las campanas cuando se activaron los anticuados cables trampa que rodeaban la casa.

Pero entonces oí el grito de una niña.

Miguel se puso en pie de un salto y se dirigió a la puerta que daba al exterior. Lo alcancé y lo sujeté.

—Los generadores... —empezó a decir.

Era mucho más alto y corpulento que yo, pero forcejeé con él para impedirle que se marchara hasta que Jacob acudió en mi ayuda.

—No sabemos qué pasa ahí fuera.

—Ya, y seguiremos sin saberlo si no encendemos las cámaras y focos de emergencia —dijo zafándose finalmente de nosotros.

Lisa bloqueó la puerta y extendió ambos brazos.

—No tenemos tiempo. Tú y yo tenemos que ir a buscar a los niños y llevarlos a la trampilla.

—Pero la electricidad... —protestó él.

—Es demasiado tarde —le espetó ella al tiempo que empujaba a Miguel hacia la puerta de la cocina—. Vámonos, ahora que aún tenemos tiempo.

—¿Ben? —dijo Jacob hablando por su *walkie-talkie*—. ¡Ben! ¿Hay alguien? ¿Me oye alguien?

Miró a Miguel en la oscuridad.

—Debe de haber alguien interceptando las frecuencias —explicó Miguel—. Lo cual significa...

—Que saben lo que hacen y van armados —dije atragantándome.

—Hemos ensayado esta clase de situaciones —dijo Lisa—. Tenemos que despertar a los niños que duermen en las cabañas de los árboles.

—No —se apresuró a decir Jacob—. Tenemos que sacarlos deprisa y en silencio. Si hacemos demasiado ruido al alertar a los niños, es posible que los intrusos nos ataquen inmediatamente.

La expresión de nerviosismo en el rostro de Miguel desapareció cuando asintió y procedió a extraer varias piezas de cada servidor. Las metió todas en una bolsa que guardaba bajo la mesa. En cuanto Lisa abrió la puerta, oímos las voces asustadas de los niños en el piso superior. Lisa hizo bocina con las manos y dijo en voz baja:

—¡Free Bird! ¡Esto no es un simulacro! ¡Dejadlo todo!

La respuesta llegó en forma de ruido de pasos que descendían por la escalera y se dirigían hacia nosotros.

—La escotilla de salvamento está en la lavandería, debajo de la secadora —me explicó Lisa, al tiempo que volvía a coger a Miguel del brazo justo cuando este llegaba a la puerta.

—Yo iré a buscar a los niños de las cabañas —afirmó Jacob mirándome.

Asentí.

—Por favor, ten cuidado..., por favor —dijo Miguel.

Retrocedió lo justo para fundirse en un abrazo con Jacob.

—Nos vemos pronto —le prometió Jacob.

Se miraron durante un largo segundo y, a continuación, Miguel siguió a Lisa al exterior.

—Lo siento, no sabía que..., el teléfono... —empecé a decir.

Jacob negó con un gesto brusco.

—Hasta a Miguel se le pasó por alto. —Al ver mi expresión, me apoyó las manos en los hombros—. Tendrías que ir con Lisa y los demás.

Sus palabras ahuyentaron de golpe el espanto que se había adueñado de mi mente.

Yo era responsable de lo sucedido. Yo, sin saberlo, había conducido a los secuestradores hasta allí y había sido lo bastante ingenua como para pensar que no rastrearían el teléfono desaparecido. No estaba dispuesta a marcharme hasta asegurarme de que todos los niños estaban a salvo de lo que fuera —o de quien fuera— que nos perseguía.

—No —dije—. No, Jacob. Necesitamos armas.

—Están arriba —dijo emprendiendo ya la marcha.

Los niños que estaban durmiendo en las habitaciones bajaron corriendo por la escalera justo cuando nosotros empezábamos a subir. Lisa, que estaba en el pasillo, los dirigía hacia la lavandería y los iba contando.

Pronunció el último número en voz lo bastante alta como para que todos la oyéramos.

—¡Ocho!

—¿Nueve en las cabañas de los árboles? —confirmé con Jacob.

—Y cuatro en el agujero —dijo él.

Pronuncié mentalmente una retahíla de tacos. El agujero... Priyanka y Roman solo podían ser dos cosas: o presas fáciles o los que estaban en el lugar más seguro.

Subimos corriendo al desván. Al dormitorio de Ruby y Liam.

La habitación no había cambiado nada desde la última vez que yo había estado allí. Era un lugar casi bonito. Conservaba la misma alfombra verde que Ruby había heredado de su abuela y de las ventanas de la pared del fondo —desde las cuales partían todas las cuerdas que conectaban con las cabañas de los árboles— colgaban las cortinas de rayas que ella les había confeccionado. Aparte de un escritorio, dos mesillas de noche, una cama y una estantería de libros, no había más muebles en la estancia.

Lo cual, en realidad, no ofrecía demasiada protección.

Los últimos dos niños de Haven nos estaban esperando allí arriba. Jen y otra niña de pelo negro azabache ya habían sacado de debajo de la cama de

Ruby y Liam pesadas cajas de armamento. En ese instante, estaban montando las pistolas.

—¿Qué pasa? —preguntó Jen.

Jacob se agazapó junto a ellas. Yo hice lo mismo, pero me desplacé hasta el marco de las enormes ventanas, las que daban a las cabañas de los árboles. Me quedé allí, con la espalda pegada a la pared.

—¿Es un asalto? —preguntó la otra niña, incapaz de contener el miedo en la voz.

—No —dijo Jacob al tiempo que me pasaba una pistola—. Es algo más.

Un chillido rasgó el aire: en algún lugar de la oscuridad, se oyó un chasquido de madera al partirse y un sonoro crujido al estrellarse contra el suelo. Me puse de rodillas y escudriñé las sombras, entre los árboles.

—No veo nada...

De repente, vislumbré varios rayos de luz roja entre la maleza. Eran miras de armas, que barrían el terreno hasta la fachada delantera de la casa.

—¡A cubierto! —grité al tiempo que me alejaba de la pared.

Las dos niñas se arrojaron al suelo y se agazaparon junto a la puerta en posición defensiva. Con un único movimiento, Jacob levantó la cama, tumbó las estanterías y las deslizó en nuestra dirección para que pudiéramos atrincherarnos tras ellas.

—Tenemos que comprobar la parte de atrás y asegurarnos de que no tiene toda la casa rodeada —dijo—. Jen, tú vienes conmigo. Zu y Anna, quiero que os quedéis aquí y nos cubráis.

Pero su voz se perdió entre la atronadora lluvia de disparos que golpeó el lateral de la casa y agujeró el revestimiento de madera. Las esquirlas de cristal y los fragmentos de yeso se convirtieron en un ruidoso y violento huracán.

—¿Han conseguido salir? —pregunté con la boca llena de humo y polvo—. ¿Los niños que estaban en la casa?

Abajo, no se oía ningún ruido. Sin duda, habían conseguido llegar a la trampilla. Debían de haber huido.

Pero los niños que estaban fuera de la casa...

Los disparos habían cesado, pero no sus gritos.

—¡Ayuda! ¡Ayudadme!

—¡Fuera de aquí! ¡Corred!

El siguiente pensamiento me provocó un espantoso escalofrío. Si lo que querían los intrusos era matar a los niños, habían tenido tiempo de sobra para hacerlo.

—No quieren matarlos —les dije a los otros—. ¡Quieren llevárselos!

Jacob se abrió paso entre los muebles destrozados, arrastrando un rifle tras él. Lo apoyó en el marco reventado de la ventana y apuntó con la mira. Tenía un corte en el puente de la nariz y la sangre le empapaba la cara.

Lo seguí y me aposté en el otro lado de la ventana, aferrando con fuerza la pistola que tenía en la mano.

—¿Tienes un blanco? —le pregunté al tiempo que estiraba el cuello para echar un vistazo a través de la ventana.

No lo tenía. No sin herir a los niños, a los que en ese momento alejaban a rastras de los árboles. Los pobres pataleaban, arañaban y aullaban sin descanso.

—¿Por qué no usan sus poderes? —susurré.

Los otros niños tenían que haberse dado cuenta de que aquellos hombres eran enemigos. Los oíamos tratando de escapar, pese a que los intrusos iban armados. Pero debía de haber algo más que les impedía utilizar sus aptitudes. Algo que desde allí arriba no alcanzábamos a ver.

Todos los hombres iban vestidos de negro y parecían monstruos: se habían pintado la cara para camuflarse entre el verde del bosque y llevaban chalecos antibalas tan voluminosos que parecían soldados en plena batalla.

Igual que los hombres que nos habían secuestrado en Pensilvania.

Me invadió el terror. Aquel sitio... era el sueño de Liam y de Ruby, pero yo lo había convertido en una pesadilla. El mal me había perseguido hasta allí y ahora iba a envenenar también las vidas de aquellos niños inocentes.

Quitó el seguro, comprobó el cargador y luego lo devolví a su sitio. No había vuelto a notar entre las manos la amarga y pesada caricia de un arma desde que era una cría, desde que Vida me había ofrecido el entrenamiento que nadie más estaba dispuesto a ofrecerme. Más tarde, le había jurado que nunca le haría daño a nadie y que, por supuesto, nunca mataría a nadie. No iba a ser necesario, porque estábamos construyendo un mundo nuevo.

Un mundo en el que no tendríamos que temer a los desconocidos, ni desconfiar de sus intenciones.

Un mundo en el que no tendríamos que protegernos, ni recurrir a la autodefensa.

Un mundo en el que no sentiríamos el escalofrío de la muerte en la nuca cada vez que saliéramos al exterior.

Aferré la pistola con más fuerza.

«No os llevaréis a estos niños».

—¿Adónde vas? —susurró Jen mientras me acercaba a la puerta—. ¡Zu!
¡No lo dirás en serio!

Me abrí paso y la aparté con el hombro, al tiempo que ignoraba las protestas de los demás.

Fue como si los soldados lo hubieran detectado, como si supieran exactamente en qué momento aplastarme de verdad.

Solo pude dar un paso antes de que el Ruido Blanco empezara.

Percibí, en un solo instante, dos cosas a la vez: que yo seguía de pie y que los demás no.

El sonido atronaba desde los altavoces del exterior y se estrellaba contra la

casa como un viento huracanado. Emitía un murmullo constante y, de vez en cuando, un chillido. Pero simplemente estaba... allí. Muy ruidoso, muy agresivo en su forma de atacarme el cerebro, pero no resultaba abrasador.

Para mí, al menos.

Jen gimió, las piernas se le doblaron bajo el cuerpo y se tapó los oídos con las manos. Al otro lado de la habitación, Ana intentaba levantarse del suelo, pero se tambaleaba como si la hubieran drogado. A unos pocos pasos de ella, Jacob giró el cuello y le vi la cara, roja y bañada en sudor por el esfuerzo que le suponía tratar de sobreponerse al Ruido Blanco.

—Ve... ¡vete! —consiguió decir.

Y eché a correr.

«La explosión en la universidad», pensé mientras bajaba la escalera a toda velocidad. Estaba muy cerca de los altavoces cuando habían estallado. En los momentos posteriores a la explosión, no oía casi nada y, si bien había recuperado el oído más tarde, era muy posible que la frecuencia del Ruido Blanco ya no pudiera desgarrarme la mente.

«¿De dónde viene?».

Me obligué a frenar un poco al llegar a los últimos escalones. El suelo del pasillo estaba cubierto de papel y cristal; las pocas obras de arte que aún colgaban de la pared estaban torcidas o al revés.

Respiré hondo, traté de imaginar cómo afrontaría Vida aquella situación y empuñé la pistola.

Cerca de la puerta, las tablas de madera del suelo crujieron. Giré en redondo hacia el sonido. En la puerta había una figura oscura, vestida de negro de pies a cabeza, que me apuntaba directamente a la cabeza con su rifle.

En lugar de apuntar con mi pistola, levanté la mano izquierda. Me bastaba con el auricular que llevaba la figura. Me hice con el control de aquella pequeña fuente de energía y la amplifiqué hasta que le estalló como un

petardo a un lado de la cara. Los otros dispositivos electrónicos que llevaba —la linterna sujeta al cinturón, la mira del rifle, el táser— chisporrotearon y emitieron un zumbido cuando les extraje, en forma de hilos blancos y azules, la carga eléctrica. La carcasa de plástico de los aparatos produjo un horrendo chasquido, como el de un hueso al romperse, justo antes de que estallaran.

—¡Mierda!

El hombre gritó mientras caía, al tiempo que trataba de arrancarse el cinturón para apagar el fuego. Me dirigí hacia él, con la siniestra intención de rematarlo, de castigarlo por haber irrumpido en aquel lugar seguro. Un paso más, uno más. Aferré la pistola con firmeza.

Dos sombras cruzaron al otro lado de las ventanas delanteras, justo un poco más allá del lugar en que el hombre había caído al suelo, gimiendo. Se dirigieron rápidamente al porche: dediqué un segundo a observarlos por los agujeros que habían hecho en la puerta y luego di media vuelta y salí disparada.

Corrí por el pasillo, crucé la sala y entré en la cocina. La puerta que daba al exterior desde la lavandería aún estaba cerrada, pero no quise correr riesgos. Aparté la cortinilla que cubría la ventana de la puerta y pegué la espalda a la pared. Capté un destello plateado por el rabillo del ojo. Cogí la pizarra de tareas que colgaba de la pared, junto a mí, y coloqué el marco plateado de manera que reflejara lo que había justo al otro lado de la puerta.

No venía nadie. Me escabullí hacia la niebla que surgía del lago. El olor a tierra húmeda lo impregnaba todo y se mezclaba con el humo de las armas. El Ruido Blanco seguía atronando; era prácticamente imposible oír nada que no fuera aquel ruido. Ni siquiera oía mis propios pasos mientras me adentraba en el bosque, tratando de localizar la corriente de energía que emitían los altavoces.

Eché un vistazo a la izquierda, desde el sendero. Las mismas figuras de negro estaban bajando de las cabañas los cuerpos inertes de los niños. Me

volví hacia ellos; seguía con el dedo apoyado en el gatillo, con tanta fuerza que me sorprendió no haber disparado accidentalmente todavía.

Uno tras otro, formando una espantosa cadena, arrastraron a los niños por el sendero, en dirección al lago. La mente me gritaba una y otra vez que disparara, pero...

«No puedo». Como mucho, conseguiría abatir a uno de los hombres antes de que localizaran mi posición. Me mordí el labio con tanta fuerza que noté el sabor de la sangre. No. Debía interrumpir el Ruido Blanco. Necesitaba que los demás pudieran usar sus poderes para que me ayudaran a detener todo aquello.

—Vamos... ¿dónde estáis? —susurré.

El Ruido Blanco se filtraba por el bosque, cubría cada centímetro cuadrado de terreno, hasta el punto de que parecía surgir de todas partes y de ninguna a la vez. A mí no me había dejado fuera de combate, pero la intensidad de aquel sonido me impedía concentrarme durante mucho tiempo en cualquier pensamiento. Avanzaba entre el bosque por instinto, siguiendo la carga eléctrica.

Estaba tan distraída que tropecé con el primer altavoz.

Las rodillas absorbieron el impacto de la caída. Tanteé entre las piedras y el mantillo en busca de la caja del altavoz. No había descubierto ningún cable, lo cual era una mala noticia: significaba que no estaba conectado a los demás altavoces, cosa que me obligaría a tener que buscarlos uno por uno.

Sacudí la cabeza y dejé que el hilo plateado se desenrollara dentro de mi mente. El corazón me vibró cuando mi energía se conectó con el dispositivo. Fui forzando la carga eléctrica, aumentando la temperatura hasta que la batería empezó a burbujear. La carcasa se fundió con una especie de chirrido y finalmente se apagó el sonido.

Me puse en pie de un salto, me apoyé en un árbol con una mano y lancé la mirada entre los árboles, como si fuera una red de pesca.

Alguien gritaba en tono suplicante.

—¡No, no!

Apreté la mandíbula. «Muévete», pensé. «¡Muévete!».

El árbol que estaba a mi derecha estalló cuando las balas hicieron pedazos la corteza y las hojas. Una afilada astilla se me clavó en la mejilla: la sorpresa y el dolor bastaron para que los ojos se me llenaran de lágrimas y se me nublara la vista. Me dejé caer al suelo, bajo la capa de niebla, y me llevé una mano a la mejilla dolorida: un hilillo de sangre goteaba hacia el suelo.

Pero no importaba. Un circuito eléctrico ronroneaba tras un helecho alto y lo rociaba todo con aquel fuego audible que era el Ruido Blanco.

Cerca... estaba muy cerca. La energía del altavoz me acarició el vello de las orejas, la cara, el cuello... El barro me empapó los vaqueros cuando me agazapé y concentré toda mi atención en conectarme al ritmo de aquella energía, aunque no pudiera verla. Aquel altavoz debía de ser más grande que el primero, porque la carga eléctrica empujó mis sentidos con el doble de fuerza.

Noté un agudo dolor en la base del cráneo, seguido de un calor intenso. La sensación me recorrió la columna vertebral de arriba abajo y eché las manos hacia atrás, en busca de la herida, del lugar por el que había penetrado la bala atravesando huesos, nervios y músculos.

Pero no había ninguna bala. No había sangre, ni herida.

El dolor lacerante desapareció tan rápido como había llegado, pero me afectó el sentido del equilibrio. Apenas tuve tiempo de apoyar las manos cuando me caí. Arrastrándome, arañé frenéticamente el barro y la maleza, apelando al hilo plateado de mi mente, tratando de lanzarlo en dirección al altavoz.

Nada.

Un escalofrío de pánico, más intenso aún que el Ruido Blanco, se fue abriendo paso en mi pecho.

No notaba el cosquilleo, no percibía la energía del altavoz. Ni el pulso de su corriente eléctrica. No percibía en la mente la electricidad estática al adentrarme en sus circuitos.

«Nada».

Avancé tambaleándome entre la vegetación hasta encontrar el dispositivo. Golpeé con la mano la robusta caja externa. No noté nada. Estaba sola en mi propio cuerpo: lo único que quedaba en mi mente era un vacío que abría sus enormes fauces, dispuesto a devorarme.

En mi interior no quedaba ni una sola chispa.

Mis poderes habían desaparecido.

Q —¿ué demonios... pasa?

Me tiré del pelo, cerré los ojos con fuerza y me concentré en el hilo plateado. Lo imaginé allí, enredado en mi mente. Cuanto más me agazapaba, más me latía el corazón contra las costillas y más me sumergía en aquella espiral de horror.

Alguien gritó. Gritó... mi nombre.

Volví en mí de golpe, noté el peso de la pistola en la mano y la realidad del momento. El Ruido Blanco hacía pedazos el silencio y cuanto más tiempo permanecía allí, sin hacer nada ni sentir nada, más aumentaba de intensidad.

Pero en el oscuro caos de aquel momento, un pensamiento claro y revelador consiguió abrirse paso.

—Como si necesitaras poderes psiónicos para destrozarse un altavoz, pedazo de idiota —exclamé.

Traté de no pensar en los sonidos y movimientos que me rodeaban, apunté directamente al altavoz y disparé. Al recibir el impacto, el aparato dio un salto en el suelo. Lo silencié definitivamente con un segundo disparo.

El otro altavoz estaba bastante cerca y pude localizarlo guiándome únicamente por el sonido. Afiancé los pies en el suelo, giré hasta que me empezaron a doler los oídos y localicé la dirección de la que procedía el sonido. Entorné los ojos y escudriñé la niebla, la oscuridad, los árboles..., todo lo que se interponía entre el sonido y yo.

Era un disparo imposible. Imposible porque no veía lo bastante para apuntar, ni tampoco podía acercarme con los niños y los hombres en el

sendero. Así pues, apunté a lo alto, hacia las gruesas ramas del roble en el que se afianzaba la estructura sin terminar de la Cabaña del Árbol N.º 10.

Cuando disparé y vacié el cargador contra aquella rama, tuve la sensación de que la pistola se me iba a escapar de la mano. Las balas zumbaron entre los árboles como si fueran abejas, pero yo seguí disparando hasta que la enorme rama se partió.

Me agazapé cuando se separó del árbol. No la vi caer, pero oí el estruendo cuando se estrelló contra el suelo y arrastró la cabaña que Liam había empezado a construir. La madera golpeó el suelo con fuerza y, a la postre, no me hizo falta localizar el lugar exacto que ocupaba el altavoz, pues la rama y los restos de la cabaña lo sepultaron y ahogaron el Ruido Blanco.

Una rama se quebró a mi espalda. Me volví y por el rabillo del ojo vi algo que se movía. Apunté con la pistola.

Era una chica.

Su piel era demasiado pálida como para ofrecer un aspecto saludable: tenía los ojos grandes y hundidos, y los pómulos demasiado pronunciados. Tuve la sensación de que si le quitaba la ropa, le vería a través de la piel todas las venas del cuerpo unidas al corazón palpitante. Los ojos, de un azul sorprendente, estaban enmarcados por unas pestañas largas y oscuras.

Me relajé un poco. Por lo menos, alguien había conseguido huir de las cabañas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

La muchacha levantó una mano y rozó el pequeño amuleto en forma de flor dorada que llevaba colgado al cuello. Me miró, claramente abrumada por todo lo que estaba sucediendo.

—Tienes que correr —me apresuré a decirle—. Entra por la parte trasera de la casa y sal por la trampilla de la lavandería. Los demás ya han ido hacia allí.

La joven sonrió, pero la sonrisa no le iluminó los ojos.

—Gracias por la información.

No había oído al hombre acercarse por detrás, pero desde luego sí noté el impacto de la culata de su rifle en la base del cráneo.

Empecé a ver lucecitas y, de repente, me sumergí en el dolor y en la oscuridad.

«¡...u! ¡Owen...!».

Era...

Las piernas me arrastraban por el suelo húmedo y tenía la sensación de que estaban llenas de arena.

«¡Zu!».

Era... El nombre... Owen era... La idea estaba allí, en mi mente, pero se me antojaba inalcanzable, revoloteaba tras el insistente tirón del sueño. Cada vez que se pronunciaba aquel nombre, un color me llenaba la mente.

«Rojo».

Abrí de golpe los ojos y el recuerdo de las últimas horas me atrapó por sorpresa y me dejó sin aliento.

Haven. La chica. El hombre de negro. El rifle.

«Capturada».

Las manos... Intenté levantarlas para aliviar la fuerte presión que notaba en la nuca. El hombre, cuya radio emitía un murmullo justo por encima de mi cabeza, me arrastraba entre piedras, raíces y espinosos arbustos. De cintura para abajo, tenía la sensación de que mi cuerpo estaba tallado en piedra; la mitad superior, en cambio, parecía hecha de aire, tan insustancial que ni siquiera estaba segura de estar realmente allí.

De repente, la tierra se volvió más suave y lisa bajo mi cuerpo. El flujo sanguíneo regresó a las piernas y noté un doloroso cosquilleo, como si fuera

arena caliente, cuando recuperé la sensibilidad. El hombre me sujetaba por el cuello de la camiseta y me lo retorció hasta que empecé a asfixiarme.

—¡Owen! ¡Owen, no!

La niebla fue aumentando, enredándose entre las sombras de la noche. Cerré de nuevo los ojos con fuerza, para tratar de sobreponerme a la sensación de mareo. Cuando me obligué a abrirlos otra vez, no vi la casa.

Pero vi a un niño, de no más de trece años, que entraba en el sendero y se situaba entre nosotros y el resto de Haven. Llevaba una camiseta blanca y estaba tan pálido que parecía un fantasma. Un blanco fácil.

Empecé a patalear, para que nuestro avance resultara más lento. Un poco más adelante, varios soldados de negro forcejeaban con los niños que arrastraban. La mayoría se retorcían y pataleaban, intentaban soltarse, y los hombres se reían. Se reían de nosotros.

«¿Por qué nadie usa sus poderes?».

Busqué de nuevo el hilo plateado en mi mente, pero no encontré nada, nada, nada. No captaba los dispositivos electrónicos de mi atacante, por lo menos no más que el latido de su corazón.

«Porque no pueden», comprendí. Debían de haberles bloqueado la mente igual que habían hecho conmigo.

Tal vez lo que bloqueaba aquella parte de nuestra mente fuera un sonido que ninguno de nosotros podía captar, o alguna toxina desconocida mezclada con la niebla. Podía haber un millón de causas distintas, pero a todos nos había causado el mismo efecto. Por primera vez en una década, no había nada dentro de mí a lo que pudiera apelar. No tenía poder.

«Eso también nos lo han arrebatado», me susurró una voz rebelde.

No. No estábamos indefensos, aunque no pudiéramos recurrir a nuestras aptitudes. Cambié bruscamente de posición, con la esperanza de sobresaltar al soldado y conseguir que me soltara. Estiré una mano hacia atrás y clavé las

uñas rotas en la mano que me sujetaba por la nuca. Pero en lugar de encontrar piel, arañé una tela gruesa y basta.

El hombre giró la mano y me clavó aún más los dedos en la nuca. Forcejeé y me retorcí, jadeando para llenar de aire los pulmones. Todo se empezó a volver negro, una vez más. La presión cedió un poco cuando el cuerpo se me quedó inerte, pero no lo suficiente como para zafarme de él.

—Ahí tenemos a otro —dijo el hombre con una voz ronca y burlona, pero no supe si se refería a mí o a Owen.

Me llegó a la nariz un intenso olor a humo. Dirigí la mirada hacia la casa, convencida de que los hombres habían decidido prenderle fuego, de que se disponían a destruirlo absolutamente todo.

Y entonces noté la cólera del fuego a mi espalda. El calor me atravesó en oleadas la ropa húmeda y me acarició la piel, pero sin quemarla.

El hombre gritó y me soltó en la oscuridad. Cuando volví a ver con claridad, vi las llamas que crecían cada vez más en el centro de su pecho, para luego llegarle a la cabeza en forma de abrasadora ola dorada.

Aquella especie de aturdimiento no nos había afectado a todos. Owen seguía conservando sus poderes.

Era todo lo que yo necesitaba ver. Rodé por el suelo para alejarme y se me revolvió el estómago al percibir el hedor a carne quemada. De repente, el bosque se llenó de gritos. Me di la vuelta y me arrodillé en el suelo.

Los hombres empezaron a arder, uno tras otro, y aullaron como la jauría de lobos que eran mientras el fuego los consumía. Tuve la extraña y fugaz sensación de que, vistos desde lejos, parecían velas de cumpleaños dispuestas en arco a lo largo del sendero.

Las llamas eran tan brillantes y ardían con una intensidad tan devastadora, que los hombres solo tuvieron unos pocos segundos para gritar antes de que los pulmones se les carbonizaran.

En cuanto los niños quedaron libres, echaron a correr en dirección a la

casa. Al parecer, todos estaban ilesos salvo por los golpes que les habían propinado los soldados.

Los niños dieron un rodeo para evitar al chico que seguía en el centro del sendero, observando con mirada desapasionada mientras las figuras que antes habían sido hombres caían al suelo, convertidas en monstruosas formas carbonizadas. El viento arrastró el fuego de sus restos hacia la casa y los esparció entre el porche y el revestimiento exterior.

—¡Owen! —grité al tiempo que me ponía en pie.

El chico dirigió la mirada hacia mí.

«Este es el motivo», me susurró de nuevo aquella voz siniestra. El motivo de que hubiera resultado tan fácil aceptar los controles que Cruz y los demás nos habían impuesto. El motivo de que mi parte escéptica hubiera acabado accediendo, repitiendo una y otra vez sus motivos para imponernos restricciones legales. El motivo de que la gente no dejara de tenernos miedo, el motivo de que nos hubiéramos visto obligados a aceptar la poca libertad que nos habían ofrecido.

Nadie debería poseer unos poderes como aquellos.

Nadie debería ser castigado por usar esos poderes para protegerse o proteger a los demás.

Era aterrador.

Pero necesario.

Se me revolvió el estómago cuando di otro paso para acercarme a él. «Es un crío. Solo es un crío».

Owen tenía el control. No necesitaba que lo controlaran.

—Owen —dije en voz baja—. Ya es suficiente...

Las llamas cada vez más altas de la casa le bañaron el rostro en un resplandor dorado.

Y entonces, un pestañeo de perplejidad. Un miedo repentino le cruzó la mirada, como si fuera un niño pequeño.

—No pasa nada —le dije al tiempo que le tendía una mano—. Todo va bien...

La puerta mosquitera de Haven se abrió y se cerró de golpe.

Nos giramos los dos, pero Owen fue más rápido. Dos hombres bajaron del porche de un salto, empuñando sus armas, pero no consiguieron dar más de un paso en nuestra dirección antes de que el primero empezara a arder en una escalofriante llamarada.

Cegado por el fuego y las llamas, el primer hombre echó a correr de nuevo hacia la casa, tambaleándose, y chocó con uno de los postes de madera del porche.

No podía moverme. La visión se me empezó a oscurecer en los ángulos y, de repente, ya no veía al soldado, veía a Mel. Veía a los Defensores, a los periodistas, a los espectadores despedazados por la explosión.

«Basta, basta, basta...».

Sacudí la cabeza y, por un momento, creí que iba a vomitar. En cuestión de segundos, las llamas treparon por la madera e invadieron el porche. El segundo hombre, aterrorizado, miró a Owen y se quedó inmóvil.

El muchacho se limitó a devolver la mirada. Frunció el ceño, en un gesto de absoluta confusión al principio y luego de clara inquietud. Se llevó las manos a la cabeza y soltó un gemido de dolor.

«No». A él también le había afectado.

La chica salió de nuevo de entre los árboles, como si se materializara desde el cielo nocturno. Llevaba las manos ocultas en los bolsillos de su enorme chaqueta y tenía la mirada fija en la figura encorvada de Owen. Torció los labios en una especie de cruel sonrisa.

«¿Ella?».

Desapareció tan rápido como había aparecido y se perdió entre la niebla y la oscuridad. No podía tratarse de una coincidencia: la presión que notaba en la mente aumentó. De algún modo, era la chica quien... quien nos estaba

haciendo aquello. Pero si Owen no había resultado afectado inmediatamente, significaba que la chica tenía que concentrarse uno a uno en los psi para que aquella especie de aturdimiento funcionara.

El segundo soldado del porche aprovechó la oportunidad y empuñó su arma.

—¡No! —exclamé lanzándome hacia delante y rodeando a Owen con los brazos para intentar proteger su cuerpecillo.

Se oyó un disparo.

Un cuerpo pesado cayó al suelo, entre roce de tela y estrépito de armamento. Al darme cuenta de que no era yo quien había recibido el impacto de bala, me incorporé y le palpé el cuerpo a Owen en busca de una herida, de sangre.

—Bien —murmuró él con una voz que le temblaba tanto como el cuerpo—. Estoy bien.

Se oyó un grito. Uno de los soldados, una mujer, cargó contra nosotros desde el punto en el que había estado peinando el bosque hasta ese momento. Oí el ruido metálico de su equipo, pero la soldado solo tuvo tiempo de dar unos cuantos pasos antes de salir disparada hacia atrás por el impacto de una bala y estrellarse contra un árbol cercano.

Owen y yo nos volvimos en el preciso momento en que Roman aparecía entre el remolino de humo y cenizas y apuntaba a uno de los soldados, que en ese momento huía con un niño cargado a la espalda. Entornó los ojos, colocó los brazos en la posición adecuada y disparó: la bala alcanzó al soldado justo en la franja de piel que quedaba expuesta en el cuello, entre su chaleco antibalas y el cuerpo de la niña que llevaba a cuestas.

—¿Lo ves? Tampoco es tan terrible ser el último en llegar a la fiesta —le gritó Priyanka, apostada tras otro árbol—. Nunca subestimes el poder de una teatral entrada sorpresa —añadió en tono burlón—. ¿Estás bien, Zu?

«No han huido».

Me recuperé de la sorpresa y arrastré a Owen hasta el árbol más cercano, al tiempo que trataba de protegerlo todo lo posible con el cuerpo.

—¿Zu? —repitió Priyanka.

—¡Sí, bien! —grité con la voz ronca por el humo y el alivio, tan inesperado como difícil de contener.

«Intentan ayudarnos».

Deberían haber huido pero, por algún motivo, sabían que iba a ocurrir algo y habían tratado de advertirnos. Y se habían unido a la lucha para intentar proteger a aquellos críos.

Los dos adolescentes encargados de vigilarlos aparecieron entre los árboles y pasaron corriendo junto a mí, cada uno cargado con un crío que lloriqueaba.

—Owen —dije agachándome para mirarlo a los ojos. Lo toqué y me di cuenta de que estaba ardiendo—. Tienes que irte con ellos, ¿vale?

—Quiero ayudar —dijo en voz baja.

El denso humo nos envolvió como si fuera una cortina. Lo noté en la lengua incluso al respirar por la boca.

Y Owen... Se encogía cada vez que los niños que se habían encargado de custodiar el agujero gritaban o contenían una exclamación al cruzarse con el cuerpo carbonizado de algún soldado.

—Ya lo has hecho —le prometí—. Lo mejor que puedes hacer ahora para ayudar es marcharte con ellos y ponerte a salvo.

Uno de los guardianes, una chica, le tendió la mano a Owen y lo apremió para que la siguiera. Owen se apartó de mí, pero en lugar de aceptar la mano de la chica, levantó ambos brazos.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté—. ¡Owen!

Las llamas se alargaron y ascendieron como montañas desde la casa, invencibles, devorando el aire puro y la estructura de madera. Pero entonces Owen unió bruscamente las manos, dio una única palmada y, de repente, las llamas se apagaron.

Me lanzó una última y reticente mirada y luego echó a correr tras los otros chicos.

Un segundo demasiado tarde para advertirlos, recordé a la chica y también lo que involuntariamente le había dicho yo acerca de dónde encontrar a los niños de Haven que ya habían huido.

«Gracias por la información».

Eso había sido antes del incendio. Ella, o alguno de los soldados, había tenido tiempo de sobra para ir tras ellos. Para hacerles daño.

Vi a Roman justo cuando se apostaba tras un árbol y dedicaba unos momentos a recargar el arma.

Me detuve el tiempo necesario para recoger la pistola que se le había caído de entre las manos a la soldado, y eché a correr hacia él como una flecha entre una lluvia de balas.

Roman se volvió hacia mí y, cuando choqué contra el tronco del árbol y me dejé caer junto a él, percibí una mirada de alivio en sus ojos. Extendió una mano, me la apoyó en la parte posterior de la cabeza y me obligó a acercarme. Tuvo que gritar para hacerse oír entre el tiroteo.

—¿Estás bien? Dime que no te han hecho daño...

No, no teníamos tiempo para eso...

—Saben dónde encontrar a los niños —jadeé—. ¡Van a ir tras ellos!

Roman tensó el cuerpo.

—Y una mierda. ¡Priya!

Iluminada desde atrás por las llamas que aún ardían en los árboles, Priyanka se me antojó una bola de color y movimiento. Corrió hacia nosotros y recorrió los últimos metros de barro deslizándose sobre la cadera y las piernas.

—Vale —dijo con un gesto de dolor—. No me dejéis volver a hacerlo. Mola un montón, pero duele que te cagas...

Roman la interrumpió.

—Parece que hay una especie de túnel o ruta para huir de la casa —dijo al tiempo que me observaba en busca de confirmación. Asentí—. Y lo han descubierto. ¿Puedes encargarte de eso mientras nosotros terminamos aquí?

Priyanka adoptó una expresión grave.

—Vale, ¿dónde está?

—Debajo de la secadora, en la lavandería —dije—. Puede que aún queden algunos chicos atrapados en el desván. Busca a Jacob cuando entres y hazle saber que los tenemos a todos.

Priyanka asintió y se echó la larga melena por encima del hombro.

—Os voy a recordar que los héroes suelen morir, pero que las personas mediocres normalmente sobreviven. No hagáis nada que pueda cabrearme.

Y, tras esas palabras, Priyanka salió disparada hacia la casa y nosotros la cubrimos cuando uno de los soldados que aún quedaban con vida abrió fuego desde algún punto del bosque. La puerta mosquitera se cerró de golpe tras ella y luego se desprendió completamente del marco. Una parte del porche se vino abajo con un crujido de madera y sepultó los cadáveres que allí yacían.

Extendí una mano y cogí a Roman del brazo para llamar su atención.

—Tendríais que haber huido. ¿Se puede saber qué hacéis todavía aquí?

Roman tenía el rostro manchado de hollín y el pelo castaño le caía sobre los ojos, pero era imposible no fijarse en su tonalidad asombrosamente azul. Resplandecía en la oscuridad y me atraía más y más.

Le tembló ligeramente la voz, como si se hubiera quedado momentáneamente sin aliento. Y entonces bajó las oscuras pestañas y se permitió un atisbo de sonrisa.

—Hubiéramos llegado antes, de no ser por ese ruido...; te has encargado tú de silenciarlo, ¿no? Nada más levantarme del suelo, pensé: «No nos va a quedar nada que hacer excepto quedarnos mirando cómo barres a todos los demás».

Erguí el cuerpo al escuchar aquellas palabras, pero enseguida comprendí

que no se trataba de una burla. El tono sincero y aquella leve sonrisa en sus labios, casi un gesto de sorpresa, me obligaron a apoyarme en el suelo para no perder el equilibrio.

—Soy el motivo de que estén aquí —respondí en un susurro mientras él se volvía hacia el bosque y apuntaba con la pistola—. Es culpa mía. El maldito teléfono...

Roman extendió una mano y me la apoyó en el hombro.

—No es culpa tuya. En todo caso, es mía. Se me tendría que haber ocurrido. Tendría que haberlo sabido, porque conozco sus métodos. Tú eres la única que, dada la situación, ha hecho lo correcto.

—Yo también tendría que haberlo sabido —dije negando con la cabeza.

Cuando habían cortado la electricidad, me había dejado llevar por el pánico y ni siquiera me había parado a pensar en cómo habían anticipado el ataque Roman y Priyanka. Pero ahora que Roman estaba allí, delante de mí, tan calmado y sereno como siempre, necesitaba centrarme un poco. Aclararme.

—¿Cómo habéis sabido Priyanka y tú que habíamos conectado el teléfono? Se atrevió a mirarme.

—Hemos oído los helicópteros a lo lejos. Nos habíamos esforzado tanto durante el viaje en coche para que no nos siguieran ni nos vieran, que esa es la única explicación que se nos ha ocurrido.

Se oyó otro grito a lo lejos, esta vez el de una chica. Los dos nos volvimos hacia el lugar del que procedía.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

—Separémonos —dije al tiempo que empezaba a ponerme en pie—. Tú ve a la izquierda y yo a la derecha, nos encontramos en el lago. ¿Es allí donde han aterrizado los helicópteros?

Roman negó con la cabeza.

—No hay espacio suficiente para aterrizar. Han dejado a los soldados y se han marchado. Eso nos da un poco de tiempo mientras esperan el transporte.

Asentí mientras respiraba el aire cargado de humo. Veía una y otra vez la imagen de Roman levantándose del suelo, resuelto y sin miedo.

—Tendríais que haberos marchado —repetí.

«Gracias por haberos quedado».

—Llegamos juntos —dijo—, nos vamos juntos.

Antes de que me diera tiempo a responder, la expresión de Roman cambió de nuevo. Su mirada penetrante y decidida se transformó en algo que solo podía ser dolor.

No, dolor no. Agonía.

Roman expulsó violentamente el aire, como hubiera recibido un golpe. Extendió una mano y tanteó el aire en busca de algo a lo que aferrarse, algo que lo ayudara a mantener el equilibrio. La mano aterrizó en mi brazo extendido y tuve que hacer un esfuerzo para impedir que Roman se precipitara de nuevo al suelo.

Sacudió la cabeza y el sudor le empapó el rostro cuando intentó contener un grito.

—¡Roman! —dije.

No era como la migraña que había sufrido antes: en aquella ocasión, sencillamente había perdido el conocimiento. Esta vez, sin embargo, tensó el cuerpo entero y dio una sacudida, como si el dolor tuviera manos y estuviera tratando de estrangularlo lentamente.

—¿Qué ocurre? —pregunté mientras le comprobaba el pulso y le sujetaba el rostro para que no se golpeará la cabeza contra las piedras—. ¿Qué pasa? ¡Roman!

—Niños... busca... niños... —jadeó—. ¡Vete!

Dejé que cayera encima de mí y le deslicé las manos bajo la camisa. Le palpé la espalda y los hombros en busca de una herida de bala, de metralla o algo que explicara por qué de repente tenía la mirada desenfocada. Él me

apretó el antebrazo con los dedos con tanta fuerza que me dejó la marca. Era una advertencia.

—Sabes que odio tener que hacer esto.

La chica. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se echó el pelo por encima del hombro.

—Me lo pones muy difícil. No sé qué más puedo hacer para llegar hasta ti.

La miré y luego miré a Roman, que en ese momento movía los labios, como si quisiera decir algo. La chica no solo le había bloqueado la mente, más bien daba la sensación de que lo estaba atacando.

Roman gritó y retorció las piernas sobre el suelo cuando la chica dio un paso al frente.

—Intento ayudarte. Tendría que matarte con mis propias manos por lo que hiciste. Se supone que eso es lo que debo hacer, ya sabes. Matarte. Algunos días, hasta me apetece. —Hablabla en voz baja, en un tono teñido de rabia. Solo entonces, al percibir el claro odio de aquella voz, me di cuenta de que el tiroteo había cesado—. No sé qué te ha ocurrido, Roman, pero necesitas ayuda. Aún no es demasiado tarde. Ven conmigo y me aseguraré de que estés a salvo. Te protegeré.

Me puse en pie, con la pistola aún en la mano. Me invadió una rabia gélida y apunté sin vacilar.

—Sea lo que sea lo que le estás haciendo, a él y a todos nosotros, déjalo ya.

Aquella sonrisa certera fue como una uña que me bajaba por la espalda.

—No.

Me lamí el sudor del labio superior y apoyé el dedo en el gatillo.

—Entonces dame una razón para no matarte.

—La razón —dijo débilmente Roman a mi espalda— es que es mi hermana.

19

L —ana...

Hasta ese momento, la chica me había estado mirando fijamente, sin parpadear. Solo entonces se volvió hacia Roman, entornó los ojos y le lanzó una mirada colérica.

«Lana».

Roman se apoyó en el árbol para levantarse del suelo. Avanzó tambaleándose, mientras las rodillas se le doblaban peligrosamente. Tenía una mirada vidriosa, casi febril, y percibí su dolor.

Y entonces me invadió una rabia que ni siquiera me molesté en disimular. Aquella chica se disponía a matarlo: se disponía a matarlo y la única forma de impedirlo era matarla antes a ella.

«No me obligues a hacerlo», pensé observándola.

—Tuvimos que marcharnos —dijo Roman—. Tuvimos que hacerlo. Pero durante todo este tiempo, no hemos hecho más que buscarte.

Después de tantos días tratando de averiguar la verdad, aquella revelación me golpeó como si fuera un puñetazo.

«No me había equivocado».

La chica negó con la cabeza al tiempo que retrocedía.

—Eres tú quien necesita ayuda. ¡Estoy intentando salvarte! ¡Voy a salvarte!

Alguien la llamó.

—¡Aquí! —respondió ella haciendo caso omiso de la pistola con la que yo la estaba apuntando—. ¡Aquí! ¡Lo he encontrado!

—No... No... —dijo Roman con voz débil—. Solnyshko...

Y entonces la noté. La sacudida.

Fue como si me vertieran metal fundido dentro del cráneo. Se me escapó un grito de la garganta. Se me tensaron todas las articulaciones del cuerpo, para luego estirarse y retorcerse. Caí al suelo y me golpeé el costado izquierdo contra las raíces del gigantesco árbol. Se me escapó la pistola y cayó rodando entre la tierra y las hojas.

A través de la neblina de lágrimas y humo, vi acercarse a uno de los soldados, que arrastraba a un chico tras él. Me invadió el pánico y traté de apoyar las manos en el suelo para levantarme.

—¡Basta, Lana! —le suplicó Roman—. Iré contigo, ¿vale? Por favor..., ¡no lo hagas!

—Vendrás con nosotros haga lo que haga —dijo Lana—. Esto —prosiguió mientras yo gritaba al ir aumentando la presión que notaba— es para que comprendas que tus actos tienen consecuencias.

Se oyó un disparo. El soldado estaba allí, de pie, y de repente ya no estaba. Le empezó a brotar un chorro de sangre del cuello y retrocedió tambaleándose, al tiempo que se tapaba la herida con una mano enguantada. Debido a la sorpresa del impacto, soltó al muchacho, que echó a correr en cuanto se vio libre. El calor que notaba en la mente remitió en parte, lo justo para permitirme levantar la cabeza y mirar a Roman.

Pero el disparo había llegado desde lo que quedaba del porche de la casa. La pistola aún humeaba cuando Priyanka bajó la mano, al tiempo que abría mucho los ojos.

—¡Lana!

Pronunció aquel nombre en un tono alegre que, sin embargo, pronto se transformó en incredulidad.

—¡Quédate donde estás! —conseguí gritar pese al dolor—. No te acerques más...

La chica se volvió y deseé poder verle la expresión, descubrir si aún

conservaba aquella máscara de rabia o si reflejaba la alegría de Priyanka, que se iba transformando en horror.

Priyanka me miró, luego miró a Roman y, por último, volvió a mirar a Lana.

—¿Qué estás haciendo?

Bajó del porche de un salto y, gracias a sus largas piernas, recorrió rápidamente la distancia que la separaba de Lana. La joven trató de retroceder y evitó mirarla.

La distracción que había propiciado la llegada de Priyanka bastó para que el calor y la presión que notaba en el cráneo aflojaran momentáneamente. Me incorporé lo suficiente para intentar arrastrarme por el suelo y recuperar la pistola que se me había caído.

—¿Tú qué crees? —le escupió Lana.

Nos observó a los tres con el aire feroz de un animal que sabe que no tardarán en acorralarlo.

Priyanka se detuvo y, como si estuvieran las dos unidas por una especie de fuerza magnética, Lana también se quedó inmóvil.

—La verdad es que no lo sé —dijo Priyanka en voz baja—. Pero puedes explicármelo mientras nos largamos de aquí de una puta vez.

Algo se apagó en Lana y su tono de voz se volvió neutro otra vez.

—Tú no vas a ninguna parte. Eres mía.

—Desde luego que lo soy, rayo de sol —dijo Priyanka con una sonrisa afligida, mientras se arrodillaba junto a Roman y le tomaba el pulso.

«Ah», pensé al comprender de qué iba la cosa.

—Eso no es... —empezó a decir Lana. Separó mucho las aletas de la nariz al coger aire trabajosamente—. No. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sé muchas cosas —dijo Priyanka despacio, mientras volvía a ponerse en pie. Roman trató de imitarla, pero solo consiguió ponerse de rodillas—. Sé

que la Lana a la que amaba jamás haría daño a nadie, mucho menos a su hermano.

—Igual que Pri nunca me abandonaría, ¿verdad?

Priyanka trató de controlar la expresión, pero los ojos la delataron.

—¿Qué te ha ocurrido?

Lana apretó el puño y dio un paso al frente.

—Él me hizo más fuerte. Nadie, ni siquiera tú, podrá volver a hacerme daño jamás. Él cuidó de mí. Y ahora, es el único que merece mi lealtad.

Una palabra se abrió paso entre el dolor que me retorció la mente. «¿Quién?».

—¿Quién... coño... es él? —dije pronunciando las palabras con los dientes apretados.

Sin embargo, estaban tan concentradas la una en la otra que me ignoraron. Priyanka le tendió una mano.

—Ven..., ven conmigo. Te hemos estado buscando: durante todo este tiempo, no hemos hecho nada más que intentar llegar hasta ti.

—Mentirosa —susurró Lana, pero no trató de retroceder otra vez.

Contempló la mano que le tendía Priyanka. Le temblaba, suspendida en el aire, y por mucho que Priyanka se esforzara en ocultarlo, vi en la expresión de su rostro que estaba al borde de la desesperación.

Aun así, dio otro paso hacia Lana.

—Tenemos mucho trabajo que hacer, ¿recuerdas?

Si por un momento Lana había aparecido confusa, se recobró al instante.

—No.

La detonación sonó una milésima de segundo antes de que la bala impactara contra el árbol, a escasos centímetros de la cabeza de Lana. Jacob se había apostado en el porche y ya estaba apuntando para disparar de nuevo. El niño al que había visto antes estaba pegado a su espalda, con el rostro bañado en lágrimas mientras le explicaba lo que estaba ocurriendo.

A lo lejos, las hélices de un helicóptero hendieron el aire nocturno. El sonido fue aumentando rápidamente. Aprovechando la breve interrupción, Priyanka se lanzó hacia Lana, pero la chica fue más rápida, tanto en los movimientos como en el cálculo de sus posibilidades. Se lanzó hacia la maleza, saltó sobre un tronco caído y desapareció entre los árboles.

—¡No! —gritó Priyanka al tiempo que echaba a correr tras ella—. ¡Lana!

Cuando la presión que notaba en el cráneo cedió con un doloroso chasquido, mi visión volvió a ser normal. Roman, a mi lado, se estremeció y jadeó.

La electricidad estática me recorrió la mente, me atronó los oídos y me empezó a circular por las venas. La esperada caricia de la energía estalló en mi interior y eliminó el aterrador silencio que se había adueñado de mi mente.

—¿Estás bien? —preguntó Jacob, que en ese momento llegaba corriendo.

Esperé a que se me pasara la sensación de vértigo antes de aceptar su ayuda para ponerme en pie.

Roman ya había conseguido levantarse y se disponía a seguir el camino que Lana y Priyanka habían emprendido por el bosque.

—¡Aún tienen a Sasha! —gritó el niño desde el porche.

«Mierda». Cogí a Roman del brazo.

—Ve tras Lana, yo iré...

Pero Roman se soltó y negó enérgicamente con la cabeza.

—No, iré yo. ¿Puedes buscar a Priya?

Aún me sentía un poco desorientada, por lo que tardé un segundo en comprender sus palabras. Para entonces, Roman ya había echado a correr, tras detenerse el tiempo necesario para recoger otra pistola del suelo. Y entonces él también desapareció: se lo tragaron la oscuridad y el humo.

Jacob me apoyó una mano en el hombro y di un respingo.

—¿Estás bien?

—¿Solo tienen a Sasha? —pregunté.

Jacob asintió y la sensación de alivio que experimenté fue tan intensa que se me volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Llévatelo —dije ladeando la cabeza en dirección al niño—. Traeremos a Sasha.

—Me lo tomo como la constatación definitiva de que confías en ellos —dijo mientras se secaba el sudor del rostro.

Me volví hacia el bosque en llamas, en busca de alguna señal de movimiento.

—Tiendo a pensar que salvar niños de secuestradores y asesinos es una actividad bastante simpática.

Jacob chasqueó la lengua.

—Estamos de acuerdo, entonces. Priyanka nos ha salvado el culo a mí y a Jen cuando ha irrumpido en la casa. Considérala supersimpática.

Era algo más que eso: finalmente, empezaba a comprender qué estaba ocurriendo. El misterio que los había rodeado hasta entonces, que asomaba entre sus mentiras... no era una intención malévola. Era una persona, Lana, y no se parecía a nada ni a nadie que yo conociera.

Era como nosotros y, al mismo tiempo, no lo era.

Eché a correr y llamé a Priyanka mientras abandonaba el sendero y me adentraba en el bosque. La mente me iba a mil por hora. Lo que Lana era capaz de hacer... el hecho de que pudiera alterarnos la mente de aquella forma, eliminar nuestros poderes y clavarnos estacas directamente en los nervios, me hacía pensar que seguramente la habían clasificado como naranja. Solo conocía a otros dos naranjas, Ruby y Clancy, y ninguno de los dos tenía exactamente esa misma capacidad. Clancy podía sembrar sugerencias, manipular los sentimientos y utilizar los cuerpos, mientras que Ruby era capaz de reprimir directamente los recuerdos de alguien.

Frené en seco al ver a Priyanka, que se dirigía hacia mí. Caminaba con los

brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza gacha. Le temblaba todo el cuerpo y su expresión era la de alguien a quien le han arrancado todo sentimiento.

—¿Estás bien? —dije corriendo hacia ella.

Movió la cabeza de un lado a otro, como si se hubiera quedado momentáneamente sin palabras. Me pareció... no impotente, sino más bien perdida.

—No he podido..., no he sido capaz... No he conseguido que se quedara.

No supe qué decir, excepto:

—Creo que nadie podría haberlo conseguido.

—Yo sí. Tendría que haberlo hecho. Pero le prometí a Roman que no llevaría las cosas demasiado lejos.

Aunque no las repitió, vi en su rostro el eco de las palabras que acababa de pronunciar: «No he sido capaz».

—Pensaba que se dirigía al lago para huir en el helicóptero —me explicó Priyanka en un tono de voz que revelaba su cansancio—, pero es como si se hubiera fundido con la oscuridad. Debe de haber ido en otra dirección. No he conseguido que se quedara... No he conseguido que se quedara.

Aquellas palabras, la forma en que las repetía una y otra vez, me hicieron pensar que se estaba rindiendo. La cogí del brazo para intentar calmarla.

—¿Quieres que vayamos a buscarla? —le pregunté—. El terreno está bastante húmedo, es posible que podamos seguir su rastro cuando haya más luz.

En realidad, no me apetecía mucho ir en busca de la persona que había intentado hervirme el cerebro como si fuera un huevo, pero no podía dejar de pensar en que andaba suelta por ahí fuera, tal vez haciéndole a otro psi lo que nos había hecho a nosotros. No era solo la forma en que nos había hecho daño, sino más bien la certeza de que había disfrutado haciéndonoslo.

—No. Cuanto más la persigamos, más correrá y más se alejará —dijo

Priyanka con tristeza mientras se pasaba una mano por la frente—. Tenemos que encontrar la forma de que sea ella la que se acerque a nosotros.

Puesto que yo no respondía, Priyanka debió de leerme el pensamiento en la expresión.

—Mira... Lana es... Es diferente.

—No me digas —ironicé.

Se mordió el labio.

—No es la misma. Ella no es así. No sé qué le han hecho, pero esa no es la Lana a la que yo conocía.

—A ver si lo adivino, normalmente es un rayo de sol —dije. Recordé un segundo demasiado tarde que así era precisamente como la había llamado Priyanka antes—. Lo siento.

Ella hizo un gesto vago con la mano, como si quisiera restarle importancia, y me siguió cuando eché a andar hacia la casa.

—Pero está claro que existe alguna relación entre ella y los secuestradores —insistí—. ¿Por qué no me cuentas de qué va todo esto?

Tuve la sensación, en ese momento, de que el dolor de Priyanka era físico.

—Yo... creo que los secuestradores tal vez nos estuvieran buscando a Roman y a mí. Lo siento..., lo siento mucho. No estaba del todo segura hasta que he visto a Lana aquí. Él... Supongo que querían obligarnos a volver.

No me tragué su teoría. Aún había muchas piezas que no terminaban de encajar: la amenaza en el teleprónter, por ejemplo. Y si los secuestradores solo querían a Roman y a Priyanka, ¿a qué había venido lo de la explosión? Había otra pregunta, sin embargo, que se imponía a todas las demás.

—¿Quiénes querían obligaros a volver? —pregunté—. ¿El Círculo psiónico? Lana ha mencionado a un hombre, también. Ha dicho que «él» la había hecho más fuerte.

Su expresión era tan distante que ni siquiera estaba segura de que me hubiera oído, hasta que finalmente dijo:

—No lo sé. Puede que alguien... Puede que alguien haya asumido el mando del Círculo psiónico. Que haya cambiado las cosas. Antes no trabajaban con los no psi, pero las cosas... cambian. Se suponía que no debíamos marcharnos. Nunca. Alguien quiere que volvamos.

Tuve la sensación de que Priyanka estaba haciendo un verdadero esfuerzo para serenarse y poder hablar.

—Cuando huimos, ella no nos acompañó. Nunca tendríamos que haberla dejado allí, pero fue inevitable. Lo fue, te lo juro.

—Te creo —le dije sorprendida por lo mucho que parecía buscar mi aceptación y por la angustia de su mirada.

—Intentamos ponernos en contacto con ella —prosiguió—, pero no hubo manera. Y mientras tanto, ya ves lo que le han hecho...

Se llevó una mano a la cabeza y se cogió el pelo.

—¿Estás hablando de sus poderes? —le pregunté—. Tengo la sensación de que podría ser una naranja, pero... ¿cómo ha hecho... lo que ha hecho?

—No lo sé, no lo sé... La han... Lana era una persona dulce y alegre, no lo que... lo que has visto, sea lo que sea —dijo Priyanka al borde de las lágrimas—. Es como si la hubieran entrenado para hacer daño a los demás. No tendría que haberla dejado allí.

«No pude mantener a mi familia unida —había dicho Roman—. No pude salvar a mi hermana».

En cierto modo, había intentado decirme la verdad. O, al menos, todo lo que podía decirme sin perjudicar a Lana. En aquel momento, yo había dado por hecho que su hermana estaba muerta, así que no le había insistido más, porque conocía exactamente el dolor que se siente cuando alguien se culpa de la muerte de otra persona.

—Sé que Lana sigue ahí dentro —dijo Priyanka—, lo sé. No se ha quitado el collar de mi madre, el de la flor dorada, ¿lo has visto? Sé que parece enfadada, pero también sé que aún le queda amor. Podemos llegar hasta ella.

Yo no había visto ese supuesto amor por ningún lado y la prueba es que estaba llena de cortes y magulladuras por todas partes. Pero los sentimientos de Priyanka hacia Lana eran inequívocos.

—¿Por qué queríais venir aquí? —le pregunté.

—Porque habíamos oído hablar de Daly..., de tu amiga, Ruby —dijo Priyanka—. También nos habíamos enterado de que al parecer Lana había abandonado el Círculo psiónico y pensábamos que podría estar aquí, o que tus amigos tal vez supieran algo. Qué estúpida fui al pensar que había podido escapar de ellos.

Me sentía tan confusa que no acertaba a expresar mis pensamientos con palabras.

—No te equivocabas al pensar que os ayudarían —dije—. Lo habrían hecho, sin formular preguntas. Pero no están aquí. Hace unas dos semanas, Ruby se fue a recoger a un niño y desde entonces está desaparecida.

El viento movió las hojas de los árboles, en lo alto.

—Joder —exclamó Priyanka—. ¿En serio?

En ese momento, el zumbido de un helicóptero rasgó el aire y silenció la voz de Priyanka. No se dirigía al lago, sino que se alejaba de él. Priyanka y yo intercambiamos una mirada.

Echamos a correr al mismo tiempo y cruzamos el bosque de vuelta al sendero. Cuando llegamos, Roman ya estaba allí. Corría a toda velocidad por la pista de tierra y llevaba a Sasha auestas. La niña tenía el rostro bañado en lágrimas y la cabeza apoyada en el hombro de Roman.

—Ya está —dijo en voz baja.

Luego miró a Priyanka y ella negó con la cabeza.

—Deberíamos marcharnos —sugerí.

Pero Roman se había vuelto de nuevo hacia el bosque y en su rostro había aparecido otra vez aquella expresión decidida. No teníamos tiempo de buscar a alguien que no quería ser encontrado.

—Llegamos juntos, nos vamos juntos, ¿recuerdas? —le dije.

Buscó mi mirada, pero el cálido cosquilleo que noté en la base del cráneo no tenía nada que ver con aquella mirada y sí mucho que ver con una energía cercana que me resultaba bastante familiar.

«Un dron».

Eché a correr otra vez y los otros me siguieron por el sendero de tierra. Fui aminorando la marcha, hasta que finalmente lo vi. El dispositivo, con aspecto de araña, emitía una especie de zumbido mientras planeaba sobre los cadáveres de los soldados. Dio varias pasadas, lentas y deliberadas, sobre el escenario. Se encendió la luz inferior, lo cual solo era necesario en el caso de que estuviera grabando o haciendo fotos.

Miguel había destruido el teléfono con las fotos que yo había hecho, pero si aquel aparato tenía imágenes de quienes nos habían atacado, las quería. Como solía decir Mel, todo el mundo desea creer, lo único que necesitan es un relato lo bastante verosímil para justificarlo. El mío, por lo menos, tenía el mérito de ser cierto.

Priyanka y Roman no tardaron en alcanzarme, pero no se volvieron. Empecé a desenredar en mi mente el hilo plateado de energía, pero enseguida lo interrumpí. Lo más probable era que acabase cargándome el aparato, cosa que lo dejaría inservible. Así que empuñé la pistola. El dron era más o menos del tamaño de un gato, aunque no tendría que haber permitido que mi cerebro estableciera tal comparación mientras seguía los movimientos del dron y apuntaba.

—¿Qué te propones? —preguntó Roman.

El dron sobrevoló el porche, en busca de algo. Respiré hondo, coloqué los brazos en la posición adecuada y disparé.

La bala destrozó uno de los brazos del dron. El aparato se ladeó y luego trató de equilibrarse, lo cual me obligó a disparar una segunda vez. Y

entonces el dron cayó sobre la madera chamuscada del porche y se deslizó unos metros.

—Con cuidado —dijo Priyanka mientras yo me acercaba al aparato—. Es probable que la cámara esté transmitiendo las imágenes directamente a alguien.

—Mejor —dije mientras cogía el dron y le daba la vuelta.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi que Roman me estaba mirando. La expresión angustiada de su rostro empezaba a desaparecer. Priyanka se arrodilló junto a uno de los soldados y le registró el cinturón y los bolsillos. Le quitó la linterna y algo más que se guardó en el bolsillo de los vaqueros.

Las hélices del dron dejaron de girar, pero junto al reluciente objetivo de la cámara seguía encendida una lucecita roja.

Limpié un poco la tierra para que la imagen resultara lo más clara posible.

—No sé quién coño eres —dije—. Pero como vuelvas a acercarte a mí o a mis seres queridos, más te vale rezar para que consigas matarme, porque te piso los talones y ya no me queda nada que perder.

La lucecita roja se apagó.

20

Al final del largo y rudimentario túnel excavado debajo de Haven había un desagüe pluvial que daba a un campo sembrado de basura. Allí encontramos a los demás, sentados formando una piña: los niños se apoyaban unos en otros, en la espalda o los hombros, y hacían esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

Lisa y Miguel habían reunido a los últimos en llegar desde las cabañas y se estaban ocupando de cortes y rasguños, prodigándoles agua y cariñosos abrazos. Sobre la hierba había varios botiquines de primeros auxilios ya vacíos.

Roman fue el primero en salir de la tubería llena de barro. Empapado hasta los tobillos en aquella mezcla fangosa, cogió a Sasha del brazo y la ayudó a bajar el alto escalón. Priyanka se apoyó en el hombro de Roman para no perder el equilibrio y luego siguió a la niña hacia donde Jacob y algunos chicos más estaban ordenando una pila de efectos personales manchados de hollín. Alguien debía de haber vuelto a la casa para recoger unas cuantas cosas que les resultarían útiles durante la huida.

Finalmente, Roman se volvió hacia mí y me tendió ambas manos, como si se dispusiera a ayudarme igual que antes había ayudado a Sasha. Sin embargo, vaciló y dejó la mano flotando sobre mi antebrazo, antes de que yo aceptara su ayuda y bajara de un salto. Roman no dejó de contemplar su propia mano en ningún instante, como si necesitara concentrar toda su atención en aquella sencilla tarea.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Roman se sobresaltó y me observó entre su enmarañado pelo castaño.

—No estoy herido.

—Me refería a Lana —dije—. Priyanka me ha contado por encima lo que ocurrió. Ojalá hubieras sido sincero conmigo.

—Tendría que haberlo sido —dijo—. Lo siento, Suzume.

—Zu —lo corregí.

Me observó de nuevo.

—Zu. Ya sé que no importa y tampoco espero que me perdones, pero he intentado contarte la verdad como unas mil veces.

—Pero también querías proteger a tu hermana —dije. «De mí».

—Ha vivido rodeada de peligro desde el día en que se manifestaron sus poderes. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para protegerla. Para llegar hasta ella —dijo Roman. Luego, en tono casi de arrepentimiento, añadió—: Mentirle a una desconocida tampoco me pareció tan grave en aquel momento.

—Tiene gracia —dije—. Yo también quería que siguieras siendo un desconocido. —Si había algo que yo siempre entendía, era esa necesidad de hacer lo que fuera necesario para proteger a los seres queridos—. Fui yo quien planeó vuestra captura cuando llegamos a Haven. Estamos en paz, ¿no?

Se quedó perplejo al comprender el significado de mis palabras, mientras evocaba mentalmente aquel momento. Para sorpresa mía, sin embargo, se echó a reír suavemente, se apoyó una mano en la frente y dejó caer la cabeza hacia atrás. Me fijé en la línea firme que definía su mandíbula y en la pequeña cicatriz que tenía justo debajo de la mejilla derecha.

—Priyanka tenía razón. Soy imbécil. Tú, en cambio, eres increíble.

Lo dijo con sencillez, como si fuera la constatación de un hecho. Me entraron ganas de creerlo, de permitir que aquella calidez me empapara por completo hasta convertirse en una realidad. Pero lo único que tenía que hacer era echar un vistazo a mi alrededor para enfrentarme a la verdad.

—Sí, increíble arruinando vidas.

Su expresión dejó de ser risueña.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? —dije—. No tendría que haber encendido el teléfono. No soy estúpida. Se me tendría que haber ocurrido, pero lo hice, y les he buscado la ruina a estos críos. He destruido el único lugar que consideraban seguro.

Prácticamente, me había cargado yo solita su sueño. La idea de enfrentarme a Ruby y a Liam me provocó una especie de opresión en el pecho que me impedía respirar.

—Hiciste lo que habría hecho cualquiera de nosotros —dijo—. Y quién sabe, puede que estuvieran rastreando el teléfono incluso estando apagado.

—Ya, pero entonces nos habrían capturado antes de que tuviéramos tiempo de salir de Nebraska —apunté.

Me dirigió una mirada severa.

—Estás saboteando mi intento de conseguir que te sientas mejor.

—¿Sabes qué me haría sentir mucho mejor? —le dije—. Otra entusiasta versión de «Anímate, Eileen».

—Bueno, vale —dijo al tiempo que respiraba hondo.

Levanté ambas manos y se lo impedí.

—Era broma.

Cuanto más me observaba Roman, más sobria se volvía su expresión.

—Lo que he dicho antes iba en serio —dijo—. Si no hubieras apagado el ruido, ninguno de nosotros habría conseguido llegar hasta aquí. A todo el mundo le puede tocar una carta mala, lo que importa es cómo la juegas. No has huido. Te has quedado y has luchado.

—Igual que tú.

Roman bajó ligeramente la cabeza, como si estuviera asimilando la gratitud de mis palabras.

—Lo tenías todo controlado.

Tras él, Priyanka se apartó de Jacob y de los chicos de más edad y se

dirigió al grupito de niños, al tiempo que zarandeaba el dron desconectado.

—¡Hola, hermanitos psi! —dijo con una voz forzadamente alegre—. ¡Soy vuestra nueva amiga Priyanka y os voy a enseñar a desmontar un dron y robar las piezas útiles!

Roman se volvió y la observó arrodillarse delante de los niños.

—Ella tampoco está herida.

Entendí lo que quería decir.

—¿Estaban juntas?

Roman asintió y perdió la compostura solo lo justo para que el agotamiento le tiñera la voz.

—Hemos estado muy unidos desde que éramos unos críos, pero entre ellas dos había algo más. Hacía dos años que iban en serio: desde que teníamos dieciséis hasta justo antes de que la dejáramos allí.

—¿Y eso fue...?

—Hará unos seis meses.

Lo que a mí me parecía reciente, para él era sin duda una eternidad.

—¿Zu? ¿Estás bien? —me preguntó Lisa al tiempo que me saludaba con la mano.

Varios de los niños nos observaron a Roman y a mí con los ojos muy abiertos. Sin poder evitarlo, aparté la mirada de sus rostros manchados de ceniza.

—¡Un momento! —les respondí para después volverme de nuevo hacia Roman—. Tengo que contarte algo: Ruby lleva unas dos semanas desaparecida y Liam está tramando algo. Si quieres ir a recuperar a Lana, entonces aquí es donde nos separamos. Yo tengo que ir a buscarlos.

Aquella información pareció inquietar sinceramente a Roman.

—¿Qué? —le pregunté.

—No creo que debamos separarnos —dijo—. Escucha, dudo que sea una

coincidencia que tu amiga haya desaparecido justo cuando alguien intenta secuestrarte a ti.

—Yo pensaba lo mismo, pero Priya cree que los secuestradores iban a por vosotros —dije—. Que tal vez fueran del Círculo psiónico.

Negó con gesto enérgico.

—No, Lana está trabajando con otras personas y está intentando... obligarnos a volver al redil, como hizo ella. No sé cómo, pero todo esto está relacionado.

—¿Crees que alguien la está obligando? —le dije tratando de contener mi incredulidad.

Pero por mucho que yo tuviera dudas, no podía dejar de pensar en la insistencia de Priyanka cuando había dicho que Lana parecía otra persona.

—Creo que la han... ¿programado? ¿Cómo se dice?

—Les han lavado el cerebro —lo ayudé—. ¿De verdad lo crees? He visto rojos que han pasado por el programa de acondicionamiento y la verdad es que, aparte de cumplir órdenes, no parecen capaces de mucho más.

Ese pensamiento me obligó a dirigir la mirada hacia los niños. Busqué entre ellos y no tardé en vislumbrar la figura del pequeño Owen, claramente alejado de los demás.

—Tú no la conoces —dijo Roman—. Lana ha cambiado, alguien ha sembrado en ella la semilla del odio. Le han hecho algo; si no, no tiene explicación su comportamiento.

Lana parecía inquieta, pero no como los rojos que habían sido sometidos al proyecto Jamboree. Aquel programa de acondicionamiento había sido como una especie de enfermedad mental, que les arrebatava hasta la última chispa de vida. Pero, evidentemente, Roman sabía mucho mejor que yo hasta qué punto había cambiado Lana.

—Si encontramos juntos a tu amiga Ruby, podría... ¿podría ayudar a Lana?

—preguntó con voz ligeramente temblorosa, como si apenas pudiera contener la esperanza—. ¿Llegar hasta ella?

—El problema de Ruby es que no puede no ayudar, así que sí, lo intentaría —respondí mientras me maravillaba el hecho de que una simple palabra, «juntos», hubiera aliviado en parte mi pesadumbre—. En eso estoy de acuerdo contigo: de alguna manera, todo esto..., el secuestro, la trampa, el ataque... Todo está relacionado. Ruby es una pieza, pero no entiendo cuál. Tú ves las cosas con más claridad que yo.

—Eso no es verdad —dijo él casi avergonzado.

Comprendí, entonces, que aquello era algo típico en él: siempre trataba de restar importancia a mis intentos de elogiarlo, pero cuando él nos alababa a mí o a Priyanka, se negaba a dejarnos hacer lo mismo.

—Sabías desde el principio —prosiguió— que Priyanka y yo estábamos mintiendo.

—No te ofendas, pero la verdad es que no se os da precisamente bien mentir —le dije—. Y, además, alguien me recordó en una ocasión las ventajas de permanecer juntos.

—Dos pares de ojos más para vigilar —confirmó él.

—Dos pares de manos más para buscar comida —concluí yo.

Podía hacerlo yo sola. Lo sabía y, por la débil sonrisa de Roman, comprendí que él también lo sabía. Cuando me miró, ya no veía a una niña pequeña que necesitaba que la llevaran en brazos y la protegieran. No veía a una chica que necesitaba que la salvaran.

Me sentía capaz de encontrar a Ruby —y, de paso, establecer contacto con Liam— y también de adivinar quién estaba detrás de todo aquello. Pero no quería hacerlo yo sola a menos que no me quedara más remedio.

Un brusco chasquido de electricidad estática nos sobresaltó a los dos cuando le rocé el hombro. A Roman se le escapó otra risa sorprendida y entrecortada.

—Lo siento —dije—. Son gajes del oficio, como ya sabrás.

—Sí —dijo a medida que su sonrisa se iba diluyendo.

Acepté el brazo que me ofrecía para mantener el equilibrio mientras avanzábamos entre el barro. Estaba demasiado pendiente de todo: de la calidez de su piel, de los músculos que se le tensaban por encima de los huesos, del roce de mi cadera contra la suya cuando erguí el cuerpo... Eché a andar hacia donde estaba Lisa, pero me detuvo su voz dulce.

—No quiero ser un desconocido para ti.

Le devolví la mirada.

—Pues entonces no lo seas.

Justo en ese momento, el cielo empezó a prepararse para el amanecer y se tiñó de colores dignos de una acuarela. La vida tiene un punto cruel y es que, mientras continúa, el sol sigue saliendo, la gravedad nos mantiene los pies en el suelo y las flores siguen abriéndose para recibir al sol. Da igual si el sufrimiento, el dolor o la ira se han adueñado de nuestro mundo: el cielo nos seguirá regalando los más asombrosos amaneceres, desde el violeta más intenso hasta el rosa más puro.

Miguel y Lisa me lanzaron miradas idénticas de alivio cuando me acerqué a ellos. Jacob retrocedió y me permitió unirme a su círculo.

—Lo siento —dije con la garganta dolorida—. No tendría que haber vuelto aquí.

—No digas eso —me respondió Lisa—. Ruby y Liam habrían querido que vinieras. Estabas agotada y soportabas un estrés increíble. Se nos tendría que haber ocurrido comprobar el teléfono.

—Pero la casa... —dije.

Cerré los ojos y lo único que vi fui a Liam y a Ruby de pie junto al porche en ruinas, frente a la pila de cenizas y rescoldos en que había quedado convertido su sueño.

—No voy a fingir que no la hemos cagado —dijo Jacob—. Nos dejaron al

mando y, por mucho que hayamos conseguido salvar a todos los niños, sigue siendo muy triste. Pero Haven es más que una casa, es la gente que vive en ella. Pregúntaselo a cualquiera y todos te dirán lo mismo. Mientras podamos cuidarnos unos a otros, da igual el techo bajo el que nos refugiemos.

Asentí, pero aquellas palabras no aliviaron mi sentimiento de culpa.

—...y esta es una hélice estándar —dijo en ese momento Priyanka detrás de mí—. Sirve para elevar este dron tipo cruadicóptero, mientras que la hélice impulsora de la parte trasera lo que hace, como su nombre indica, es impulsar el dron hacia delante. Esta es la tarjeta de memoria, que voy a guardar yo. Aaah, ¿y sabéis qué es esto? —dijo haciendo una pausa teatral—. Es el soporte del motor. Tenéis que aseguráros siempre de que no esté roto y de que los tornillos no estén flojos.

Me volví justo a tiempo de ver varias cabecitas que asentían enérgicamente. No sé si de forma intencionada o no, pero busqué a Roman con la mirada. Sasha le había hecho señas con la mano para que se sentara en el centro de un círculo de niños pequeños. A juzgar por los gestos de Sasha y por la forma en que Roman aguantaba estoicamente el rubor que le había teñido las mejillas, la niña les estaba contando con todo detalle la historia de su huida. Otra de las niñas se puso en pie y le alisó a Roman el pelo alborotado.

—...plan de emergencia ya está en marcha —estaba diciendo Jacob, obligándome a concentrar de nuevo mi atención en él.

—¿Esas son las bolsas de provisiones? —pregunté señalando las grandes mochilas de acampada esparcidas entre los niños.

Liam me lo había mencionado de pasada la vez que estuve en Haven: estaban equipadas con prácticamente todo lo necesario para vivir una temporada al aire libre. Las bolsas de basura en las que estaban guardadas las habían aprovechado los niños para cubrir el suelo, a modo de mantas.

—Sí —respondió Lisa—. Hay comida, agua, botiquines de primeros

auxilios y prácticamente todo lo que podamos necesitar. Nos las arreglaremos hasta que llegue el padre de Liam con sus amigos.

Al ver mi mirada de sorpresa, Miguel me mostró un teléfono de concha.

—He enviado la palabra del código de emergencia nada más salir del túnel. El padre de Liam está comprobando el refugio de seguridad por si se ha metido alguien o lo están vigilando, pero no tardará en llegar.

Un refugio de seguridad. Respiré hondo y cerré los ojos un momento. Me supuso cierto alivio, aunque en realidad ya suponía que Liam y Ruby tendrían alguna clase de plan de emergencia en el caso de que alguien localizara Haven.

—¿Y luego qué? —pregunté.

—Buscaremos una casa nueva, o construiremos otra —dijo Lisa—. Y los niños le acabarán por coger cariño, como a Haven.

Dirigí la mirada hacia Owen, que seguía solo, sentado en un rincón. Algunos de los niños trataban de acercarse a él, tímidamente, y le apoyaban una mano en el hombro con gesto vacilante, pero Owen no reaccionaba a ninguna clase de contacto. Tenía la mirada fija al frente, como si contemplara el amanecer. Pero aunque no se los veía, sabía que sus grandes ojos oscuros estaban vacíos.

—¿Cuáles son tus planes, Zu? —me preguntó Miguel—. Tenemos sitio para ti, si quieres venir con nosotros.

—Voy a ir a buscarlos —respondí.

—Ya imaginaba que dirías eso —admitió Lisa—. Pero preferiría que te quedaras aquí con nosotros, a salvo.

—Hay alguien que me está buscando —le recordé—. Así que por mucho que quiera quedarme, nunca estaréis a salvo mientras yo ande cerca. No hasta que arregle todo este desastre.

—¿Con ellos? —especificó Jacob al tiempo queladeaba la cabeza para señalar a Roman y a Priyanka.

Me volví a mirarlos: Priyanka seguía enseñando a los niños las distintas partes del dron y dejaba que uno de los amarillos borrara lo que, supuse, debía de ser algún tipo de dispositivo de seguimiento. Roman, por su parte, le estaba colocando a Sasha en la cabeza, como si fuera una corona, la guirnalda de margaritas que había hecho. La niña le devolvió una sonrisa radiante y las flores blancas relucieron como estrellas en su pelo oscuro.

—Sí —dije—. Creo que podré manejarlos.

—Eso ya lo suponía —dijo Miguel—. Será mejor que te lleves el coche de las fugas.

—¿Coche de las fugas?

—Liam escondió un Toyota en el bosque, a unos cien metros de esa línea de árboles —dijo Lisa señalando al otro lado del campo—. Llévate una de las mochilas. Encontrarás todo lo que necesitas, incluido un teléfono de prepago y el cargador.

Negué con la cabeza. Ya les había arrebatado bastante.

—No puedo...

—Sí que puedes —me tranquilizó Lisa—. Nosotros no la vamos a necesitar.

Y, en el fondo, todo se reducía a eso. A la necesidad. Como mínimo, necesitábamos el teléfono de prepago, tanto para comunicarnos como para que Priyanka crease otro dispositivo de esos para apagar las cámaras de seguridad. La necesidad nos obligaba a aceptar cosas y a hacer cosas que en otras circunstancias nunca habríamos hecho ni aceptado.

—Por favor —dijo Miguel—, intenta ponerte en contacto con nosotros. Si descubres algo, ya sabes, o aunque solo sea para decirnos que estás bien...

—Lo intentaré —prometí.

—Espera —dijo Lisa volviéndose de repente hacia la pila de objetos que habían recuperado de la casa. Hurgó entre los dibujos, cogió una fotografía

algo chamuscada y me la dio—. He pensado que te gustaría tenerla. La he cogido de su habitación.

Era una foto de hacía cinco años. Nos la había hecho Vida en mitad de un bosque cerca del lago Prince, en Virginia: era una foto de los cuatro —Liam, Ruby, Chubs y yo— delante de Betty, la furgoneta.

En aquella época, Liam había querido ir a buscar a Betty, para poder traerla y arreglarla. Cuando por fin la encontramos, la naturaleza prácticamente había destruido el motor y el chasis. Intentar que una grúa fuera hasta allí y la remolcara habría sido una auténtica pesadilla, así que finalmente dejamos a Betty donde estaba, como una especie de monumento a lo que habíamos hecho juntos, a lo que habíamos sido juntos.

Liam, sin embargo, se había llevado uno de los tapacubos. Y se había alejado de allí, con aquel pequeño recuerdo bajo un brazo y Ruby bajo el otro.

Me vi tan joven en aquella foto... Vestía de color fucsia y tenía una expresión radiante. Llevaba el pelo corto y lucía una amplia sonrisa que me daba un aire casi pícaro. Chubs estaba mirando hacia el cielo, claramente irritado por algo que Vida había dicho justo antes de tomar la foto. Liam miraba por encima de mi cabeza y le sonreía a Ruby. Ella aún llevaba la pierna escayolada, después de lo ocurrido en Thurmond, y se apoyaba en la puerta del pasajero de la furgoneta para no perder el equilibrio. Su sonrisa era discreta... pero serena.

Creía que Chubs tenía la única copia que existía de aquella foto. La había roto en mil pedazos una hora antes de testificar —delante de Cruz, de los representantes de las Naciones Unidas y de los miembros provisionales del Congreso— que ya no consideraba amigos a las personas que aparecían en aquella instantánea y que no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraban.

Cogí aquel recuerdo y me lo guardé en el bolsillo trasero para protegerlo.

—¿Lee y Ruby se reunirán allí con nosotros? —oí que un niño le preguntaba a Lisa. El pequeño se retorció las manos y cruzaba los dedos, inquieto—. ¿Nos encontrarán?

«Os encontrarán», pensé, «porque yo los llevaré hasta vosotros».

Pero antes de partir en su búsqueda, había una última persona con la que necesitaba hablar.

Roman levantó la mirada cuando pasé junto a él y me dirigí a la figura que seguía sentada en solitario, unos pasos más allá.

Owen se había limpiado el hollín del rostro, pero no había podido eliminar la huella que el ataque había dejado en él. Pese al calor, aferraba una manta contra el pecho. La mirada de sus ojos estaba vacía. Ni su baja estatura, ni su fragilidad ni su aspecto de cervatillo asustado servían para contrarrestar el miedo que experimentaban los demás al descubrir que era un rojo.

—Hola, Owen —le dije al tiempo que me arrodillaba junto a él—. No hemos tenido ocasión de conocernos. Soy Zu.

Nada. Ni un solo movimiento, ni una sola palabra.

—Gracias otra vez por lo que has hecho —proseguí—. Nunca me cansaré de repetirlo. Gracias. Ninguno de nosotros estaría aquí ahora mismo, a salvo, de no haber sido por ti.

Su única respuesta fue un breve gesto de asentimiento cuando acercó más la barbilla a la manta.

—¿Estás bien? —le pregunté. A pesar de que estaba amaneciendo, el aire era húmedo y su manta parecía de lana—. ¿Tienes frío?

«Puede que esté en estado de shock», pensé. Owen, sin embargo, no se movió para cubrirse mejor con la manta. No se movió en absoluto.

—Quiero hacerte una pregunta, si te parece bien —dije aceptando con calma su silencio—. Es sobre Ruby.

Otro gesto de asentimiento. Paso a paso.

Los otros chicos me habían dicho que Ruby estaba trabajando con él

individualmente, tratando de ayudarlo a romper el control que había impuesto a su mente el proyecto Jamboree. Tal vez fuera una posibilidad muy remota, pero si Ruby le había comentado algo sobre sus viajes, ni que fuera de pasada, podía resultarme útil.

—¿Recuerdas de qué hablasteis Ruby y tú la última vez que pasó tiempo contigo? —le pregunté—. Ha perdido el teléfono y estamos tratando de averiguar adónde puede haber ido.

Aquel no era mi primer encuentro con un rojo que había formado parte del fatídico proyecto Jamboree, pero eso tampoco lo hacía más fácil. El programa de lavado de cerebro del presidente Gray se había diseñado para convertir a aquellos críos en armas de destrucción masiva, pero en realidad solo había servido para doblegar su mente y su voluntad.

Ruby había trabajado con varios de aquellos niños, hasta que el mundo había intentado doblegarla también a ella.

Cuanto más tiempo permanecía allí, cuanto más se prolongaba el silencio, más crecía el nudo que se me estaba formando en la garganta.

—No pasa nada —le dije a Owen—. No tienes por qué contármelo. Pero quiero que sepas que tu voz es necesaria y que merece ser escuchada.

Me miró de nuevo, con el ceño fruncido, y entonces comprendí que me había equivocado. No es que tuviera la mirada vacía, sino que sus ojos eran como el lugar más profundo del océano: la oscuridad se tragaba cualquier sentimiento y cualquier temor, los empujaba a gran profundidad bajo la superficie.

—Bueno, no pasa nada —dije tratando de contener la frustración que me había invadido—. Me alegro mucho de haberte conocido, Owen. Si se te ocurre algo, díselo a Jacob o a Lisa y ellos se pondrán en contacto conmigo.

Me estaba poniendo en pie cuando una vocecilla dijo:

—Es para Ruby.

—¿El qué? —dije quedándome inmóvil. Al volverme, vi a Owen dejar

caer la manta sobre el regazo—. ¿La manta?

Owen asintió, sin mirarme, y resiguió con los pulgares el borde de la manta.

—Tiene mucho frío.

Solo cuando esas palabras se adentraron en mi mente por segunda vez comprendí lo que Owen había dicho.

—¿Quieres decir que tenía frío la última vez que la viste?

—Tiene frío —dijo Owen—. Tiene mucho frío.

—No sé si te entiendo —dije—. ¿Te dijo algo antes de marcharse?

Levantó de nuevo la mirada oscura, concentrada en la manta.

—Solo adiós.

El pulso ya me palpitaba con fuerza en las venas antes de volverme, antes de que me llegara el «¡Mierda!» de Miguel desde el otro extremo del campo.

Él, Lisa y Jacob estaban encorvados sobre uno de los teléfonos de prepago. No habría sabido decir cuál de los tres tenía una expresión más horrorizada. Un poco más allá, el teléfono de prepago que nos habían dado empezó a emitir un estridente sonido en la mano de Priyanka. Roman ya estaba junto a ella e, incluso de lejos, vi cómo le palidecían las mejillas.

La electricidad estática empezaba de nuevo a gruñir con fuerza en mis oídos cuando me acerqué a Roman y a Priyanka. Los dos levantaron la mirada, pero no dijeron ni una sola palabra cuando me pasaron el teléfono.

Al principio, no entendí qué era lo que estaba viendo. Era un vídeo en directo de un avión en llamas, cuyos fragmentos estaban esparcidos por la pista de despegue. La cámara enfocó a continuación la imagen de una hilera de vehículos que se alejaban a toda prisa, entre el destello de las luces policiales.

Y entonces apareció un titular en la parte inferior de la imagen y reveló la espantosa verdad.

—¿Qué le está pasando a este mundo? —oí decir a Lisa.

LOS EXPLOSIVOS DETONARON MOMENTOS ANTES DE QUE EL CANDIDATO SUBIERA A BORDO. HAN PERDIDO LA VIDA DOCE PERSONAS, ENTRE PERSONAL DE CAMPAÑA Y MIEMBROS DE LA TRIPULACIÓN. NO HAY SUPERVIVIENTES.

—No lo entiendo —dijo Jacob—. ¿Quién iba a hacer algo así?

SUZUME KIMURA, LÍDER DEL CÍRCULO PSIÓNICO, SE ATRIBUYE LA AUTORÍA DEL ATENTADO.

21

El coche era tan viejo como soso. La clase de vehículo que Liam siempre había preferido: seguro y completamente anodino. De un discreto tono beis. El único otro requisito que debía tener, aparte de un motor más o menos decente y los dispositivos de seguridad normales, era una radio en condiciones. Yo la habría dejado apagada, pero teníamos que escuchar las últimas noticias sobre el atentado y las consecuencias que se derivaban.

Cuando llevábamos una hora conduciendo, me llevé la sorpresa de escuchar una grabación de mi propia voz, claramente un montaje a partir de discursos míos. «Esto es una venganza por todos los crímenes cometidos contra los psi». Una hora más tarde, me entraron verdaderas ganas de fundir la radio.

El único canal que conseguimos sintonizar durante kilómetros y kilómetros no era la emisora oficial de la zona, sino otra que desde luego no contaba con la autorización del Gobierno provisional. Se llamaba la Radio de la Verdad, con Jim Johnson, y consistía en una programación continua en la que se trataban temas que se volvían más y más repugnantes a medida que iban pasando las horas.

Me hervía la mente, de inquietud y de impaciencia. Roman había insistido en que descansáramos en el coche y esperáramos hasta que cayera la noche antes de iniciar el viaje. Pero yo había sido incapaz de dormir, a diferencia de Roman y Priyanka. La impaciencia por marcharnos de allí, por llegar a Misisipi, me provocaba un cosquilleo bajo la piel. Aunque Ruby no estuviera allí, su última localización conocida era la única pista que teníamos.

«Es que... escuchen esto. Es increíble. Escuchen y verán», estaba diciendo

Jim Johnson, con una voz tan petulante que se me puso la piel de gallina.

Y entonces nos llegó otra voz a través de las ondas: la de la presidenta Cruz.

«A consecuencia del atentado terrorista perpetrado en el aeropuerto —dijo con una voz tan firme y audaz como siempre, una voz a la que no se le permitía cometer errores—, he decidido asignar temporalmente a los Defensores un nuevo papel en la protección de nuestro país. Dispondrán de todos los recursos necesarios para localizar a... esos elementos psi que actúan al margen de la ley, el llamado Círculo psiónico. Con ese fin, están autorizados a emplear la fuerza en las situaciones que así lo requieran. Se les ofrecerá un entrenamiento especializado que se centra en la excepcional peligrosidad de un enfrentamiento con los poderes psiónicos. A los que con anterioridad hayan recibido entrenamiento en ese aspecto, se les concederá autorización a lo largo de las próximas doce horas para asumir sus funciones».

Solo existía un grupo que «con anterioridad hubiera recibido entrenamiento en ese aspecto»: las antiguas FEP. Esa idea me heló la sangre.

Pero la presidenta Cruz aún no había terminado.

«A cambio de su ayuda en la identificación de miembros potenciales de ese grupo terrorista nacional, o de cualquier información que puedan aportar sobre el historial de esos psi, el fiscal general del Estado en funciones retirará todos los cargos contra los antiguos controladores de campo que aún están esperando a ser juzgados».

La vista se me nubló de nuevo y, si la carretera de dos carriles no hubiera estado desierta, me habría detenido en el arcén para respirar hondo y controlar el pánico. No es que estuviera temblando, es que me estaba consumiendo la rabia.

«Mentirosa».

Aún me parecía escuchar su voz, su promesa. «Nunca más tendrás que

sufrir como sufriste en el pasado. Este es un nuevo mundo y te pertenece tanto como nos pertenece a los demás».

Nos iba a quedar mucho trabajo por delante en cuanto volviera a Washington D.C. Por primera vez en años, Cruz tendría que oírme hablar sin guion. Tendría que escuchar todos los pensamientos que se arremolinaban en mi mente.

«Tengo al teléfono al mismísimo Joseph Moore, candidato presidencial del Partido Observatorio para la Libertad. Señor Moore, es un placer darle la bienvenida al programa».

«Un placer estar aquí, como siempre».

«Las circunstancias son terribles: ¿puede asegurar a los oyentes que tanto usted como su familia están bien?».

Moore soltó un largo suspiro.

«Mi esposa está muy alterada y el equipo de mi campaña se ha visto obligado a afrontar una realidad espantosa. Hemos perdido a muchos buenos amigos. Lo único que podemos hacer ahora es llorar su muerte y ganar las elecciones en su honor».

—¿Se supone que ese era Moore expresando su dolor?—dijo Priyanka—. Porque por la ovación que se ha escuchado de fondo, parecía más bien que estuviera aprovechando el momento para hacer campaña.

«Hablemos de la noticia que hemos conocido hoy: ¿le ha sorprendido ver que la presidenta en funciones finalmente ha cedido en esos puntos?», prosiguió el presentador.

«Bueno, es lógico que Cruz se haya rendido finalmente: no solo ha visto los deprimentes resultados en los sondeos, sino que también sabe que tiene los días contados. Fijémonos si no en sus niños mimados: resulta que una está tras el Círculo psiónico y el otro se ha visto finalmente obligado a disolver esa ridícula vergüenza que es el Consejo. Espero que tardemos bastante en

volver a tener noticias de él, al menos hasta que hayan terminado de interrogarlo».

Chubs. Mi reacción fue tan violenta que el coche dio un brusco bandazo a la derecha. Roman extendió una mano para sujetar el volante.

—Lo siento —exclamé—. Lo siento...

—¿Es tu amigo? —me preguntó Roman—. ¿Es a él a quien llamaste antes? Asentí débilmente.

«A nosotros también nos han llegado rumores sin confirmar acerca de la posible disolución del Consejo de los psi, pero... ¿qué le hace creer que lo están interrogando?», preguntó el locutor.

Lo tenían. Seguro que lo habían detenido para un primer interrogatorio después de la explosión y luego, al llamarlo yo directamente, lo único que había hecho había sido confirmar que seguíamos en contacto. Que tal vez él sabía adónde me dirigía y a quién acudiría en busca de ayuda o refugio.

«Bueno, él es el vínculo, ¿no? Entre Kimura e incluso Daly y Stewart, a quienes aún se está buscando. ¿Quién dice que no están metidos también en el Círculo psiónico, que no está actuando como una especie de topo para ellos? Esa es la pregunta que yo me formulo».

No. Dios, no...

Deseé no estar conduciendo en aquel momento. Lo único que me apetecía era encogerme durante un instante y dejar que mi cuerpo y mis huesos impidieran el paso de la verdad.

No solo me había cargado el sueño de Liam y Ruby, sino que alguien me estaba utilizando también para destruir a Chubs... y yo no podía hacer nada para impedirlo.

«Pero no durará mucho», pensé sujetando el volante con más fuerza.

«Es solo cuestión de tiempo que Cruz se vea obligada a hacer frente a la verdad —estaba diciendo Moore—. En el fondo de su corazón, creo que sabe que sus caciques de las Naciones Unidas están hundiendo este país, con sus

restricciones antiamericanas. No tiene posibilidades de ganar las elecciones mientras se niegue a poner en marcha algún programa de reeducación de los psi, de manera que aprendan a integrarse en esta sociedad. Es una generación, sí, pero no tiene por qué ser una generación perdida. En lugar de arrinconarlos, lo que tenemos que hacer es pedirles que trabajen para este país. ¿Acaso no es algo que hemos visto una y otra vez a lo largo de nuestra historia? Si los preparamos para servir a su país, los sacaremos de las calles... ¡Qué diablos!, hasta podríamos recuperar nuestro papel predominante en la política mundial».

«Las reticencias de Cruz —intervino el presentador— hacen que nos preguntemos si las Naciones Unidas tienen intención de aflojar su férrea presión sobre nosotros. Créanme, suspenderán las elecciones antes de permitir que las gane usted».

—Eso es absurdo —exclamé.

«Esperemos que eso no sea cierto —dijo Moore—. Llegados a este punto, creo que podemos estar todos de acuerdo en una cuestión: incluso Gray fue mejor presidente...».

Golpeé el botón del volumen con el puño cerrado. Solo quería silenciarlo, pero la chispa que partió de mis nudillos hacia el salpicadero recorrió la pantalla y la diatriba de Joseph Moore terminó abruptamente con un satisfactorio chasquido.

Roman tanteó tímidamente los botones, pero apagó definitivamente la radio en cuanto volvió a escuchar la voz del locutor.

Me obligué a respirar despacio, hondo, hasta que dejé de oír en las sienes el latido de mi corazón.

—Sé que tenemos que seguir informándonos sobre la situación —empecé a decir.

—Eso no era informarnos sobre la situación, más bien era escuchar a un hombre que se felicita a sí mismo por lo listo y majo que es —dijo Priyanka

—. Pero... ¿por qué Cruz no ha dicho ni una sola palabra en tu defensa? Ni siquiera fingien investigar qué está ocurriendo.

Fue como si la voz de Mel acudiera de repente a mis labios. Vi la estrategia tan claramente perfilada delante de mí que me sorprendió que hasta entonces no se me hubiera ocurrido.

—En este momento, soy veneno político. Es mejor que no se empeñe en recordarle a la gente que está relacionada conmigo.

Pero... la primera vez que había escuchado su voz a través de la radio, ya hacía algunos días, Cruz no había intentado defenderme, ni tampoco había dicho que tenía que existir otra explicación. Y eso sí me había dolido. Sinceramente, no sabía cómo impedir que esa pequeña herida se fuera enconando.

—¿Mejor? Y una mierda —dijo Roman.

—...fueron las belicosas palabras de Roman Volkov —se burló Priyanka—
—. Si tú no te cabreas, nos cabraremos nosotros por ti, ¿qué te parece?

—¿Volkov? —pregunté—. ¿Es ruso? ¿Ucraniano?

—Ruso —respondió—. De ahí procede mi familia.

Asentí.

—Pero... ¿os criasteis aquí? Tú y Lana, quiero decir.

—Sí —confirmó Priyanka, aunque no dio más detalles.

Me pareció justo. A mí tampoco me apetecía dar detalles sobre mi familia y, por otro lado, ya sabía que había tenido una mala experiencia de adopción.

—Básicamente —dijo Roman. Como si percibiera mi frustración, añadió—: Es complicado. Yo no nací aquí.

Se habían dado unos cuantos casos de ENIAA a nivel internacional, especialmente en el caso de madres que habían viajado a Estados Unidos y habían bebido agua durante cierto tiempo antes de volver a casa, pero también existían otras posibilidades, por ejemplo que su madre hubiera nacido aquí, o vivido aquí, y lo hubiera tenido a él en otro país.

Se lo habría preguntado, pero Roman apartó la mirada y se dedicó a contemplar a través de la ventanilla, con los nudillos pegados a los labios. Estaba allí y, al mismo tiempo, estaba muy lejos.

—Sigo sin poder creérmelo —dijo Priyanka al cabo de un rato—. La jugada esa de archivar las causas contra los controladores de los campos es lo más perverso que he oído en mucho tiempo. Esa mujer nunca ha sido nuestra aliada.

No. Tiempo atrás, al principio, todos lo habíamos sabido, pero había sido una especie de asociación. Cruz era alguien que deseaba trabajar con nosotros. Alguien a quien yo respetaba.

—Sabéis, lo irónico de Cruz es que...

Me interrumpí.

—¿Es que qué? —me apremió Priyanka.

«Ya no tienes que medir tus palabras», me dije. Pero me había pasado tanto tiempo esforzándome por presentar a la presidenta provisional de la mejor forma posible, que hablar de ella en aquellos términos me parecía algo tremendamente antinatural.

—El único motivo de que Cruz esté en el poder somos nosotros. La Liga de los Niños la rescató de Los Ángeles después del atentado. La ayudaron a eludir las brutales patrullas militares de Gray, que la habrían arrestado y acusado de traición igual que a todos los otros políticos californianos. Pero ella decidió trabajar con nosotros. Se puso de parte de las Naciones Unidas cuando se disponían a intervenir —les expliqué—. Así que no, probablemente no es nuestra aliada, pero su hija es como nosotros, así que es parte interesada en nuestro bienestar.

—Tiene lógica—dijo Priyanka—. Pero si de verdad quiere seguir en el poder, ¿no debería simplemente dejarse llevar?

—Cuando pasen las elecciones, las cosas se calmarán —dije—. Y en cuanto yo limpie mi nombre, retirará esas órdenes ejecutivas. Ahora mismo,

tenemos que hacer todo lo necesario para obtener votos y derrocar a ese capullo de Moore.

—Espero sinceramente que tengas razón y realmente sea eso lo que se propone —dijo Priyanka—, porque ahora mismo da la sensación de que es la primera pieza que va a ser sacrificada en el tablero de ajedrez.

—Si tú ni siquiera juegas al ajedrez —la interrumpió Roman.

—Cierto —respondió Priyanka—, pero se me dan muy bien las analogías. Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Solo es política —dije.

Uno de los puntos de control en que confluían la Zona 1 y la Zona 2 estaba en Bristol, Virginia... Por lo menos, hasta hacía poco.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó Roman.

—Este punto de control tenía tan poco tráfico que lo desmantelaron hará un par de meses, como prueba piloto para ir reduciendo paulatinamente los otros puntos de intersección de zonas —les expliqué—. A menos que hayan apostado a alguien expresamente para buscarme, deberíamos poder pasar con la única vigilancia de las cámaras —dije al tiempo que miraba a Priyanka a través del retrovisor—. Y de eso puedes ocuparte tú, ¿verdad? ¿Tenemos que cargar la batería antes de intentarlo?

—No, estamos bien —dijo ella echándole un vistazo al teléfono—. ¿Solo una cámara? Por fin nos sonríes, Suerte.

—La suerte no es antropomorfa —le recordó Roman.

Priyanka le lanzó una mirada de indignación.

—Todo el mundo sabe que la suerte es mujer.

Puede que la suerte fuera mujer, sí, pero no tardamos en descubrir que también era una auténtica cabrona.

Unos quince kilómetros más tarde, el resplandor de los reflectores del

punto de control de Bristol, plenamente operativo, barrió la carretera de un lado a otro, delante de nosotros. Observé la escena con incredulidad.

El punto de control era exactamente igual a todos los demás. No es que lo hubieran vuelto a montar apresuradamente para buscarme, sino que nunca habían llegado a desmontarlo. Los aburridos puestos de control, de cemento, y los edificios administrativos contiguos estaban rodeados por altísimas vallas electrificadas. A lo largo de la carretera vimos una hilera de coches blindados, de todos los tamaños posibles, cuya misión era reducir la vía a dos únicos carriles: uno de entrada hacia las dos cabinas de control y otro de salida.

La mayoría de los puntos de control habían empezado como simples remolques, pero con el tiempo las estructuras se habían fijado al suelo con cemento y allí se habían quedado, clavadas como cuchillos en un paisaje por lo demás hermoso.

La idea de aquellos edificios era que resultaran imponentes. Incluso entonces, después de haber pasado frente a tantas de aquellas moles, noté en el cuerpo el peso de todo lo malo que había hecho a lo largo de mi vida.

—¿Es posible que tuvieras la fecha mal apuntada? —propuso Priyanka con cautela.

—Di un discurso entero sobre el tema —dije.

Levanté la mirada hacia las luces de la carretera y las cámaras disimuladas en ellas. Eran tan modernas... relucientes y plateadas, sin ángulos definidos. O sea, nada que ver con el paisaje verde y natural que las rodeaba.

—O bien alguien me pidió que contara una mentira —proseguí— o cambiaron de idea con la esperanza de que nadie lo notara.

Las dos opciones me resultaban igual de exasperantes.

—¿Siguiendo idea? —preguntó Priyanka.

—Sola una: iremos a pie —dije esperando que el dron que justo en ese momento se acercaba pasara por encima de nosotros y se alejara en la

dirección opuesta—. Buscaremos un coche en el otro lado y proseguiremos el viaje hacia la dirección que tenemos. Nos queda por lo menos una lata más de gasolina en el maletero, ¿no?

Abrimos las puertas al mismo tiempo y descendimos en la oscuridad de la noche. Roman recuperó las provisiones y el material del maletero, incluidas las tenazas que Liam había ocultado allí.

Estaba a punto de cerrar la puerta del conductor cuando Roman me lanzó un trapo pequeño.

—Será mejor que lo limpies —dijo.

Me lo quedé mirando sin entender.

—Huellas.

Pronunció aquella palabra con tanta delicadeza que casi pareció una disculpa, como si quisiera suavizar las implicaciones.

«Fugitivos».

—Ah, vale.

Él había borrado las huellas de los dos últimos coches que habíamos usado.

—No te preocupes —dijo Priyanka apoyándose en el lateral del vehículo—. Con el tiempo te acostumbras.

Pasé rápidamente el trapo por el volante y el salpicadero y luego concentré toda mi atención en las huellas de las puertas y del maletero.

—¿A qué?

—A hacer algo que te parece mal por motivos que te parecen correctos —dijo Priyanka mientras empezaba a dirigirse hacia las luces del lejano punto de control—. A la larga, terminas por comprender que la única manera de vivir es según las normas que uno mismo establece.

—Estas son circunstancias atenuantes. La vida no siempre funciona así —dije—. Las personas tienen que responsabilizarse de sus actos. Tiene que existir algún sistema. Nosotros nos ocupamos del sistema y el sistema se ocupa de nosotros.

—Puede —dijo sin rastro de amargura en la voz—. La verdad es que no lo sé. Últimamente, responsabilidad significa ponerte un collar sin rechistar y confiar en que la gente que nos odia no lo apriete más de la cuenta. Si el sistema no funciona y estás atrapada dentro, ¿cómo lo arreglas?

—¿Qué es mejor —le pregunté—, intentar arreglar algo que tiene potencial o romperlo en mil pedazos y esperar a que lo que venga a continuación sea mejor? Yo prefiero trabajar en un sistema con fallos para hacerme un nombre que aislarme y no participar en absoluto.

Roman se acercó a mí y se dedicó a observarnos alternativamente a las dos, con expresión un tanto preocupada. Sin embargo, no era exactamente una discusión, sino más bien un debate. Y fue la misma Priyanka quien lo confirmó, al pasarme un brazo sobre los hombros.

—¿Y tú qué piensas? —le pregunté a Roman con una curiosidad sincera.

Como siempre, meditó sus palabras antes de hablar.

—Interrumpir un ciclo negativo a veces también puede interrumpir un sistema —dijo—. Pero interrumpir un sistema siempre interrumpe un ciclo. No es más que una diferencia en el grado de certidumbre.

—Y tras esa nota poética —dijo Priyanka al tiempo que cogía la lata de gasolina que llevaba Roman—, creo que sería buena idea ponerse en marcha antes de que alguien empiece a patrullar la carretera.

Seguimos los pasos prácticamente silenciosos de Roman sobre el asfalto, en dirección a la zona boscosa que lindaba con el arcén derecho de la carretera. Esperaba que su intención fuera simplemente alejarnos del ángulo de visión de los edificios del punto de control, pero seguimos caminando entre los árboles el tiempo suficiente como para que se me formaran ampollas en los pies y se me reventaran.

En un momento determinado, me di cuenta de que los ojos se me habían adaptado a lo que en principio me había parecido una noche oscura como boca de lobo. La silueta de los árboles y el perfil de Roman destacaban en

relieve, hasta que pude ver los nervios de las hojas y los pliegues de la camiseta pegados a su musculoso cuerpo.

—¿Quieres ver el truco mágico de Roman? —preguntó Priyanka claramente aburrida.

Arqueeé las cejas.

—Eh, Ro, ¿qué hora es? —preguntó Priyanka en tono casual.

—No, no me gusta este juego —respondió él.

—No es ningún juego —juró solemnemente la chica—. Es que necesito saberlo. Tengo mis... motivos.

Roman le lanzó una mirada suspicaz por encima del hombro, con las manos aferradas a las correas de la mochila.

—Motivos.

—Motivos muy, pero que muy importantes.

Roman la miró una última vez, antes de volver la vista hacia el cielo.

—La una y treinta cinco.

En cuanto nos dio la espalda, Priyanka cogió el teléfono y, con una alegre mirada, me mostró la hora en la pantalla: la 1:36 de la madrugada.

Contuve una exclamación y Roman se volvió al oírme.

—Me he tragado... un bicho —le dije—. ¿No hemos ido ya lo bastante lejos? ¿Estás buscando un punto concreto de la valla?

Levantó un poco la mochila y cogió las tenazas, que había sujetado bajo una de las correas para que no se cayeran.

—No. Solo espero encontrar un sitio donde no haya alambrada.

—¿Por qué? —le pregunté—. Si llevamos tenazas.

—Porque destruir propiedades del Gobierno y cruzar zonas sin autorización es un delito grave.

«Ah».

De repente, Priyanka pareció muy interesada en su teléfono.

Crucé los brazos sobre el pecho y me cogí los codos, mientras pensaba en

qué decir. Por supuesto que no se le había pasado por alto lo mucho que a mí me incomodaría. A Roman se le escapaban muy pocas cosas, si es que se le escapaba alguna. Yo llevaba tanto tiempo delante de las cámaras y del público, que creía que todo el mundo me conocía. Pero no veían lo que veía Roman.

—¿Y eso es lo que te preocupa? —le pregunté con un tono de voz indulgente—. Para alguien acusado de asesinato, traición y terrorismo, ¿crees que significa mucho entrar sin autorización en una propiedad ajena? Trae, ya lo hago yo —dije señalando las tenazas.

Lo que había dicho al dirigirme a la cámara del dron iba muy en serio. En ese momento, con mis amigos desaparecidos y mi reputación por los suelos, ya no me quedaba nada que perder. Podía volver al Gobierno, sí, y podía intentar hacer las cosas bien... pero eso sería a la larga, y lo que importaba ahora era el presente. Debía hacer lo que fuera para seguir adelante.

—Podría hacerlo yo —dijo—. No tengo el control que tienes tú, pero podría intentarlo y al menos no tendrías que vivir también con esto.

—No pasa nada —le dije—. Quiero hacerlo.

No hubiera sabido decir exactamente qué me había llevado a hacerlo. Tal vez fuera su expresión angustiada, la forma en que apretaba los puños a ambos lados del cuerpo, la amabilidad de su gesto... La energía que vibraba en la alambrada. Todo aquello quedó registrado en mi corazón con pequeñas sacudidas.

Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla. Noté en los labios la textura desconocida de la áspera barba que le había empezado a crecer. Su piel se volvió más cálida allí donde la rocé y me entretuve un segundo más de lo necesario, mientras percibía el olor de la tapicería de cuero del coche y el perfume de los verdes árboles que nos rodeaban.

No opuso resistencia cuando le quité las tenazas de las manos. Retrocedí hasta que dejé de notar el calor de su cuerpo y solo quedó aquel impulso,

sorprendente y delicado a la vez, que me pareció tan confuso como cuando lo había experimentado. Roman no dijo ni una palabra cuando empecé a dirigirme hacia el sur, hacia donde percibía la llamada de la valla electrificada.

Era una versión más simple de la valla que habíamos visto cerca del punto de control: solo medía unos dos metros y medio de alto, en lugar de los seis de antes, pero la electricidad que la recorría de un lado a otro no era menos letal. Enloqueció cuando me acerqué, como si fuera una jauría de perros. El hilo plateado salió de mi mente, estableció contacto con la electricidad y la condujo lejos de la sección de hilos de alambre que tenía justo delante.

Lo único que importaba era llegar al otro lado. Y, en ese momento, me permití estar enfadada. Me enfurecí por la mentira sobre el cierre del punto de control, porque era otra cosa más que se interponía en mi camino.

Acerqué las tenazas y corté el primer hilo metálico antes de tener tiempo de pensármelo dos veces.

Cuando terminé, arranqué de una patada la sección cortada y atravesé la valla. Sujeté la alambrada con una mano y, por señas, les indiqué a Roman y a Priyanka que pasaran. Roman entró en primer lugar y me robó una mirada al pasar. Priyanka se limitó a silbar, claramente impresionada.

En cuanto terminaron de pasar los dos, me volví de nuevo hacia la valla para ver lo que había hecho.

Y lo celebré levantando el dedo corazón.

—¿Ves algo ahí dentro? —chisporroteó la voz de Roman a través del *walkie-talkie*, mientras Priyanka y yo recorríamos la acera en dirección al coche de color azul oscuro.

Lisa nos había obligado a coger los *walkie-talkies* y, aunque yo en un principio me había negado, lo cierto era que le debía una. De las grandes.

—Aún no —respondió Priyanka—. Por lo menos, nada que se mueva.

La imagen por satélite de la dirección estimada no había sido exactamente engañosa, pero tampoco muy precisa. En lugar de en un campo vacío, el coche estaba aparcado en el centro mismo de un gran aparcamiento asfaltado, como el que podría haber tenido un supermercado o un gigantesco centro comercial. Un aparcamiento que debería haber tenido algún uso, pero no, lo único que había allí era la enorme huella de cemento que formaban los cimientos de un edificio, además de unos cuantos troncos y bloques de hormigón esparcidos por un campo cercano.

—Esto da mal rollo, ¿no? —dijo Priyanka. Tuve que acelerar el paso para seguirle el ritmo—. Bastante mal rollo.

El aire estaba tan cargado de humedad que parecía sisear cada vez que nos movíamos. Se me había encrespado el pelo y se me pegaba a las mejillas y al cuello. Aún notaba en los labios los restos de sirope del desayuno que Priyanka había ido a buscar al restaurante Waffle House, mezclados con mi propio sudor.

Fui tensando el cuerpo más y más, pese a que el calor amenazaba con derretirme de pies a cabeza. Cuando finalmente nos acercamos lo bastante como para distinguir la forma de los asientos en el interior del coche, apenas podía respirar.

«No está en el coche. No puede estar en el coche».

Roman me había dado una de las pistolas de Haven y yo no la había soltado desde que habíamos entrado en el aparcamiento. La levanté ligeramente y apunté hacia el coche mientras nos acercábamos por detrás.

Le hice un gesto a Priyanka y ella se dirigió hacia el lado del pasajero mientras yo me acercaba al del conductor. La batería del coche estaba completamente descargada. No captaba ninguna chispa de electricidad por allí cerca, a excepción del *walkie-talkie* que Priyanka llevaba en la mano. En

secreto, temía que todo aquello pudiera tratarse de una sofisticada trampa, pero en ese momento casi empecé a relajarme un poco.

El coche no estaba cerrado con llave. Cuando abrí la puerta, percibí un hedor a aire caliente y viciado. En uno de los portavasos se pudría lo que en su momento había sido una bolsa llena de M&M's. Y a pocos centímetros, la llave seguía puesta en el contacto. En el compartimento de la puerta había una botella vacía de agua.

Me senté en el asiento del conductor y respiré aquel aire cargado. Cerré los ojos y traté de imaginar a Ruby allí, en aquel mismo asiento. Mirando al frente con sus ojos verdes.

«¿Qué estabas haciendo aquí?».

¿Por qué iba a ir ella sola a un sitio como aquel?

—¿Quieres que abra el maletero? —preguntó muy despacio Priyanka.

—Oh, Dios —susurré—. Ni siquiera se... se me había ocurrido.

—No sé si esto te hará sentir mejor, pero basándome en mi limitada experiencia en lo que a cadáveres se refiere, creo que ya lo habríamos oído —dijo Priyanka.

Tenía la cara y el cuello empapados en sudor y el pelo, ya de por sí ondulado, se le había rizado aún más.

Asentí, con las manos apoyadas en el volante. El coche se movió un poco cuando abrió el maletero y vi aparecer la puerta en el retrovisor.

«Por favor», pensé. «Por favor».

—¡Vacío! —dijo—. No, espera...

Al percibir su tono de sorpresa, abrí rápidamente la puerta del conductor y bajé de un salto.

Priyanka me cogió del brazo y me empujó hacia el maletero. Estaba vacío. El exterior del coche estaba cubierto por una fina capa de polvo, moteada tras una lluvia reciente, pero el interior estaba prácticamente immaculado.

—No, mira... —dijo al tiempo que señalaba el hueco de la rueda de

recambio.

La cubierta estaba ligeramente levantada. Priyanka la apartó del todo y en el interior encontramos una pistola. Documentos de identidad falsos. Y el móvil de Ruby.

—*Veo una nube de polvo, a unos siete u ocho kilómetros a nuestra espalda* —dijo Roman—. *Se acerca alguien.*

Cogí las tres cosas, coloqué de nuevo la cubierta de la rueda de recambio en su sitio y me aparté para que Priyanka pudiera cerrar de nuevo el maletero. Nuestros pasos resonaron sobre la superficie de asfalto, agrietado por el calor, hasta que nos adentramos de nuevo en la carretera de tierra.

Algo más arriba, a un kilómetro y medio aproximadamente, Roman utilizaba los restos de una gasolinera calcinada para ocultar nuestro propio coche. Al vernos, bajó los prismáticos —sin duda para calcular la distancia a la que nos hallábamos— y luego se los acercó de nuevo a los ojos para inspeccionar la carretera que teníamos a nuestra espalda.

Eché un rápido vistazo por encima del hombro, lo justo para ver las luces rojas y azules que emitían destellos entre una nube de polvo.

Priyanka y yo giramos bruscamente al llegar al coche y nos detuvimos al otro lado. Nos agazapamos en el suelo, junto a Roman.

—Deberíamos largarnos —dijo Priyanka—. Vamos.

—No, están entrando en el aparcamiento —dijo—. Tenemos que quedarnos aquí hasta que se marchen.

Me volví justo cuando los coches llegaban a la superficie asfaltada. Enseguida rodearon el coche de Ruby, formando un irregular círculo.

—Déjame ver —le dije a Roman extendiendo una mano para coger los prismáticos.

Parpadeé, tratando de adaptarme a su potencia. Vi a varios hombres y mujeres de uniforme, armados, que en ese momento rodeaban el coche.

Formaban una curiosa mezcla de cuerpos especiales: fuerzas de paz de las Naciones Unidas, FBI, Defensores y...

«Vida».

Su piel dorada resplandecía bajo el sol de la tarde, pero tardé un momento en reconocerla con el pelo oscuro. Había dejado de teñirse unos años atrás, cuando la habían nombrado ayudante especial del director en funciones del FBI. No me había gustado demasiado la primera vez que la había visto con el pelo así y en ese momento, al verla deambular entre agentes uniformados vestida con aquel traje elegante y de aspecto tan profesional, tuve la sensación de estar espionando a una desconocida.

Bajé los prismáticos, con un nudo en la garganta que me impedía hablar.

—¿Cómo pueden haber encontrado el coche? —susurró Priyanka—. No pueden habernos seguido...

—¿Es posible que hayan encontrado a los niños de Haven? —preguntó Roman.

Frunció el ceño mientras se pasaba los dedos por el pelo enmarañado.

Negué con la cabeza. Por mucho que la situación no tuviera sentido, había algo de lo que estaba absolutamente segura.

—Vida jamás habría permitido que el Gobierno se acercara a ellos. Si se ha presentado en Haven y ha descubierto por dónde huimos, sin duda se habrá puesto en contacto con el padrastro de Liam, Harry. Es posible que él le haya contado lo que sabía y ella haya tenido que ofrecerle algo al Gobierno para que no empezaran a sospechar.

«O a lo mejor es que piensa que en el fondo sí eres culpable».

—Voy a intentar encenderlo —dijo Priyanka al tiempo que me mostraba el móvil de Ruby—. Esperemos que el calor no lo haya estropeado.

Desapareció en el asiento trasero y rebuscó el cargador en los bolsillos. Soltó un taco al golpearse accidentalmente la cabeza con una de las agarraderas del techo del vehículo.

—Vida es la persona más inteligente que conozco —le dije a Roman—. Y probablemente también la más dura. Puede manejar la situación.

Las dos cosas eran ciertas. Chubs podía tener una excelente formación, pero Vida poseía una forma innata de comprender el mundo. Su mente era una especie de cámara y poseía una inquietante capacidad de averiguar qué era importante en cada detalle y aplicarlo después en una situación determinada. La había visto hacerlo muchas veces, no sin envidia.

Roman asintió.

—Tiene que serlo, para estar a tu altura.

La idea de que Vida quisiera estar a la altura de alguno de nosotros me parecía tan absurda que casi me eché a reír. No, era Vida quien imponía un ritmo despiadado en aquella clase de situaciones y suerte teníamos los demás si podíamos seguirlo.

—Te caería bien —dije tratando de aligerar un poco las siniestras ideas que se me habían arremolinado en la mente—. Bueno, lo retiro. Seguro que te sentirías un poco abrumado. Pero estoy convencida de que le caerías bien, siempre y cuando percibiera en ti la cantidad precisa de inteligencia y respeto.

—Tomo nota.

Cogí de nuevo los prismáticos. Todas las puertas del coche de Ruby estaban abiertas, mientras los hombres lo registraban. Vida estaba algo apartada, con el teléfono pegado a la oreja y paseando de un lado a otro con el aire de un león que espera su próxima comida.

Eso era lo que más me costaba aceptar. No los cambios en mis amigos, pues todos teníamos que cambiar, mucho o poco, sino más bien los detalles que reconocía —y echaba de menos— en ellos.

—Lo lógico sería que estuviera buscando a Ruby y a Liam por su cuenta. —Aún me dolía recordar que ni ella ni Chubs me habían contado nada hasta que ya era demasiado tarde—. Cuando hablé con ella, antes de marcharnos de

Haven, estaba con otros agentes en Washington D.C. Tiene que haber pasado algo para que haya venido hasta aquí y los esté buscando con las agencias gubernamentales.

Incapaz de seguir observando, le pasé los prismáticos a Roman.

—Puede que tu amigo Charles le haya contado al Gobierno que Ruby y Liam han desaparecido y que le preocupaba que pudiera ocurrirles algo —aventuró—. Disponen de muchos más recursos para una búsqueda a gran escala. O tal vez se lo contaran él o Vida, en un intento de desvincular los nombres de Ruby y Liam de cualquier relación con el Círculo psiónico o los últimos atentados. O... no sé. ¿Tú qué crees?

De eso se trataba. En otros tiempos, los conocía a ellos mejor que a mí misma. Tendría que haber sido capaz de adivinar exactamente por qué Chubs y Vida se comportaban de esa manera. Tendría que haber sabido, sin el más mínimo margen de duda, qué se proponían hacer y cómo.

Pero no lo sabía.

—Ruby y Liam no están relacionados con el Círculo psiónico, ¿verdad? —le pregunté de repente—. ¿Existe alguna prueba de una posible implicación? ¿Surgieron sus nombres alguna vez? Cualquier información sobre esa organización secreta que ahora supuestamente dirijo me sería muy útil.

No sé por qué no se me había ocurrido hasta entonces, pero si Ruby no estaba metida en el Círculo psiónico, tal vez los miembros de esa organización querían que lo estuviera... Y si ella no estaba dispuesta a hacerlo por voluntad propia, tal vez la hubieran capturado. Los poderes de Ruby lo habrían hecho difícil, claro, pero no imposible... especialmente si la mantenían atontada.

O si Lana utilizaba sus aptitudes con ella.

En lugar de acercarse de nuevo los prismáticos a los ojos, Roman se limitó a darles vueltas entre los dedos y estudiar su forma. Sabía que sus reticencias

a hablar sobre el Círculo psiónico estaban relacionadas con su deseo de protegerme, pero yo necesitaba saber.

—Nunca he oído sus nombres vinculados a la organización.

—¿Qué clase de operaciones preparaban? —le pregunté—. ¿Todas las cosas de las que los han acusado? ¿Quiénes están implicados?

—Todos los altos rangos... usaban nombres en clave. Y hacían las cosas normales..., crear algún que otro problemilla, pero no esas cosas de las que los acusan en las noticias. Dudo de que dispongan de tantos recursos.

—Bien —dije—. Seguro que ahora estarán encantados de que se les dedique tanta atención. Con un poco de suerte, podré intervenir con la verdad antes de que pasen a otro nivel.

Roman tenía la piel cubierta de polvo y sudor y, por culpa de la humedad, su ondulada melena castaña parecía aún más enmarañada. Se restregó una mejilla tostada por el sol contra el hombro y me fijé de nuevo en la pequeña cicatriz que lucía en la mandíbula.

Alguien llamó con fuerza al cristal de la ventanilla trasera y me sobresalté. Priyanka nos estaba observando a través del cristal tintado con una ceja arqueada.

—Subid, chicos, tenemos que combinar nuestras poderosas mentes en un único cerebro para dar con la contraseña de Ruby.

—Cero cinco cero uno —le dije mientras me sentaba al volante.

—No creo —dijo mientras tecleaba los números—. Ah, pues sí. Vaya, no ha sido nada divertido. ¿Qué es cero cinco cero uno?

—El cumpleaños de Liam.

—Aah... En fin, patético en lo que a seguridad se refiere.

Tras echar un último vistazo por los prismáticos, Roman se unió a nosotros y ocupó su lugar habitual en el asiento del copiloto.

—Están remolcando el coche. La carretera quedará despejada dentro de unos minutos.

—Vale, solo hay un mensaje: «Vuelve a casa. No dejes que termine así», leyó Priyanka. Pero el número aparece como bloqueado.

—Entonces debe de ser el de Liam —dije al tiempo que empezaba a notar una desagradable sensación en la boca del estómago.

«No dejes que termine así». ¿Que termine qué? ¿Ella y Liam? ¿Haven? «¿Todos nosotros?».

—¿Buscó alguna dirección? —pregunté.

Priyanka empezó a tararear en voz baja y me di cuenta de que Roman me estaba mirando, pero no soportaba la idea de descubrir qué había en sus ojos.

—A ver... Raleigh, Tampa, Jacksonville, Nashville... —dijo Priyanka leyendo la lista de direcciones—. Un momento, esta aparece varias veces. Cuatro o cinco, por lo menos. Una dirección de Charleston. ¿La reconoces, Zu?

Me acercó el teléfono para que viera la pantalla y señaló una dirección con el pulgar. En cuanto vi el nombre de la calle, se me heló la sangre.

«Ruby», pensé, «Ruby, ¿qué estás haciendo?».

—Sí, la reconozco —respondí—. Ahí es donde vive Clancy Gray.

En una calle a la sombra de inmensos magnolios que llevaban allí muchos años y habían visto muchas cosas, en una casita pintada de rosa con un porche y jardineras rebosantes de flores, vivía el hijo sociópata de un expresidente asesino.

—Tengo que admitir que la bandera es un bonito detalle —dije al tiempo que señalaba con la barbilla la bandera que ondeaba en el centro del porche, como un audaz signo de interrogación rojo, blanco y azul en una calle en la que imperaban los tonos pastel—. Nadie diría que intentó destruir el país.

Habíamos aparcado el coche en la misma calle, unas cuantas casas más abajo, delante de una impresionante mansión con un cartel de en venta que prometía LA AUTÉNTICA VIDA SUREÑA. Estábamos lo bastante cerca del centro de Charleston o, por lo menos, del núcleo histórico y todos sus turistas como para que no me hiciera mucha gracia la idea de deambular mucho rato por allí.

—Nunca encontraron a su padre, ¿verdad? —preguntó Priyanka al tiempo que apoyaba los brazos en los asientos delanteros y se inclinaba un poco.

—No. Sigue siendo un fugitivo. Se cree que huyó del país durante el caos que supuso que la coalición de las Naciones Unidas interviniera el país —dije. Sacudí la cabeza de un lado a otro—. Jamás creí que el presidente Gray y yo pudiéramos tener algo en común.

Pese a todo lo que aquel hombre nos había hecho, lo más extraño era que no conseguía recordar su cara, a menos que estuviera viendo una foto en el periódico o en las noticias.

Era como un extraño bloqueo mental. Durante mucho tiempo, no había

sido más que una impresión: una voz que nos hostigaba, que nos recordaba a todos los psi lo monstruosos que éramos. En la radio del autobús cuando cruzábamos la verja de alambre de espino del campo. En los comunicados que a veces emitían durante las muchas y silenciosas comidas. A través de los altavoces de Betty, en mitad de ninguna parte.

—El buzón dice «Hathaway» —comentó Roman.

—Él y su madre se ocultan a la vista de todos bajo los nombres de John y Elizabeth Hathaway. —Cruz nos había proporcionado aquella información años atrás porque sabía que, de todas formas, lo descubriríamos, pero todo lo demás que sabía acerca de él entraba en la categoría de rumor—. Ella recuerda su vida pasada. Él no.

—¿Lesión cerebral? —preguntó Roman entornando los ojos en un gesto de interés.

—Ruby.

No aparté la mirada de la puerta. El rostro dulce y venerable de aquella casa era como el de una abuelita cariñosa cuyas interminables reservas de galletas calientes ocultan un horrendo pasado racista.

El público había aclamado a Lillian como heroína y había considerado a su esposo un hombre malvado; al hijo de ambos le había correspondido el papel de víctima que ella había intentado salvar a toda costa. Clancy Gray, según el relato, se había alegrado de someterse al procedimiento de cura para demostrar a todo el mundo que era seguro, y también se habría ofrecido voluntario para ir a Thurmond, dispuesto a demostrar a las familias estadounidenses que los programas de los campos de rehabilitación funcionaban. Eran muchos los que creían que los Gray seguían viviendo aislados lejos de Washington D.C., pero Lillian se había negado a aceptar que el Gobierno la realojara y había dicho que lo único que deseaba era ocuparse de su hijo en paz y tranquilidad.

Teniendo en cuenta lo bien que lo había hecho la primera vez, me

sorprendía que se lo hubieran permitido.

Pero Lillian sabía cosas que mucha gente no sabía. Y, como solía decir Mel, si consigues que alguien sea feliz, por lo general también consigues que esté tranquilo. Lógicamente, Clancy también había sabido esas mismas cosas en algún momento, antes de que Ruby le arrebatara los recuerdos. O los clausurara. O lo que fuera que hacía con ellos.

«¿Por qué has venido aquí?».

Se abrió la puerta. Y los tres nos encogimos en nuestros respectivos asientos.

Apareció un hombre con gafas de sol, que miró a ambos lados de la calle antes de apartarse para dejar pasar a una mujer.

Pese a que se había teñido el pelo y ahora era morena, la piel de alabastro de Lillian y su porte regio eran inconfundibles. Si no recordaba mal, trabajaba en uno de los laboratorios de una universidad cercana.

—O sea, que tiene equipo de seguridad —dijo Roman.

—Y cámaras: sobre la puerta delantera y seguramente también en la parte de atrás —dijo Priyanka—. El equipo de seguridad debe de ser reducido, para que nadie se fije mucho... Uno o dos cabezas de chorlito, como mucho.

Los miré alternativamente a uno y otro, un tanto alarmada por la tranquilidad con que hablaban del tema.

«Como si tú no hubieras robado nunca nada —me dije—. Ni te hubieras colado en ningún sitio».

Roman asintió.

—Seguridad privada, probablemente, si Ruby ha podido hacerles una visita sin que la pillara el Gobierno.

—Yo también lo creo —dije—. Al principio, congelaron las cuentas de la familia Gray, pero finalmente se las devolvieron al aceptar Lillian testificar contra su marido en un juicio por poderes. Pueden permitirse equipo de seguridad las veinticuatro horas, eso seguro.

Lillian y sus guardaespaldas subieron a un Range Rover negro que estaba aparcado en la calle y se alejaron en la dirección opuesta.

Priyanka se hizo crujir los nudillos para darle más emoción a la cosa.

—Bueno, yo puedo forzar cualquier cerradura y desactivar cualquier cámara, pero hay una forma más sencilla, dependiendo de lo que Zu quiera hacer.

—Tengo que intentar hablar con él —dije—. Descubrir si Ruby ha venido realmente a verlo.

—Yo sigo defendiendo la teoría de los dos guardaespaldas: uno para mamá y otro para su bebé —dijo Priyanka. Hice un gesto de impaciencia: Clancy ya tenía veintiséis años—. Si él sigue ahí, y no está haciendo lo que sea que los primogénitos amnésicos hacen con su tiempo, nuestra mejor opción es entrar por una puerta o ventana traseras. La barandilla del porche es lo bastante alta, podríamos usarla para encaramarnos al tejado. Pero vamos a tener que distraer de algún modo la atención del guardaespaldas.

Se quedó mirando fijamente a Roman hasta que él le devolvió la mirada, confuso.

—¿Quieres que le dispare?

—¿Qué? ¡No! Eso no es distraerlo, es asesinarlo —dijo Priyanka al tiempo que sacudía la cabeza y se llevaba una mano a la frente, en un gesto teatral—. Ay de mí, el teatro me llama de nuevo. Creo que podéis colaros fácilmente por la puerta lateral y llegar al jardín trasero. Esperad mi señal.

—Ni idea de lo que eso significa —dije—. ¿De verdad lo vamos a hacer?

Roman se inclinó hacia delante y se metió una pistola bajo la cinturilla de los pantalones.

—Vale —suspiré—. Supongo que sí.

Me dirigí a la acera y me reuní allí con Roman. Él acercó una mano y me ajustó la visera de la gorra de béisbol, de manera que me tapara mejor la cara.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarle cómo íbamos a acercarnos a la casa, me pasó un brazo por encima de los hombros y me pegó a su cuerpo.

—Lo siento —murmuró mientras nos alejábamos acera abajo—. Espero que puedas resistirlo, será un momento.

—Sí —susurré mirando a ambos lados antes de cruzar la calle para dirigirnos a la casa—. Es lo peor que me ha pasado últimamente, desde luego.

Era lo bastante temprano como para que el día en Charleston aún no hubiera alcanzado niveles insoportables de humedad. Una débil brisa me acarició las mejillas y trajo consigo el embriagador aroma de las flores de los magnolios y de los jazmines cercanos.

Por lo que pude ver, un sendero conducía a la parte trasera de la casa, protegida tan solo por una pequeña verja blanca. Aun así, me sorprendí cuando Roman me condujo hacia la casa contigua, al tiempo que me dedicaba una sonrisa deslumbrante y se reía sin motivo.

Yo también me eché a reír e hice una mueca cuando la voz de Roman se me antojó áspera y estridente en mitad de la silenciosa calle.

—Fingimos tener una estupenda conversación —me dijo colocándome de manera que yo diera la espalda al cuidado seto de la casa vecina y luego me hizo retroceder en esa dirección. Sus anchos hombros me impedían ver la calle.

E impedían que alguien me viera desde la calle.

—Y se nos está dando la mar de bien —dije.

Por algún motivo, no me había dado cuenta de lo alto que era hasta que estuvo lo bastante cerca de mí como para que yo pudiera percibir los movimientos de su pecho cada vez que respiraba. Levanté la mirada para observarlo y reseguí con los ojos la marcada línea de su mandíbula cuando él volvió la cara para observar la casa. No sabía muy bien qué debía hacer, así

que fueron mis manos las que decidieron por mí. Las dejé resbalar por sus caderas para después entrelazarlas a su espalda.

Roman se sobresaltó y me apoyó las manos en los hombros, como si estuviera a punto de perder el equilibrio. Me fijé en su mano derecha y contemplé el entramado de abultadas cicatrices que le cubrían el dorso.

Estaba convencida de que había conseguido mantener a raya la inquietud que me provocaba enfrentarme a Clancy, pero Roman me preguntó:

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—«Querer» no es exactamente la palabra que usaría en esta situación — dije. Noté un escalofrío y supe que él estaba lo bastante cerca como para haberlo percibido también—. Lo que ocurre es que ahora el pasado está un poco más cerca que antes de que bajáramos del coche.

De alguna forma, Roman pareció entender lo que yo quería decir.

—Si no puedes resistirlo, o tienes la sensación de que algo no va bien, hazme una señal... ¿Qué fue lo que hiciste en Haven para atraer la atención de tus amigos?

Crucé los brazos sobre el pecho y apoyé cada mano en el hombro contrario.

—Vale, eso servirá —dijo—. ¿Qué te parece una mano para decir sí —dijo al tiempo que se llevaba la mano derecha al hombro izquierdo, para demostrarme lo que quería decir— y las dos para decir no?

Respiré hondo y asentí.

—Vale.

Priyanka llamó con fuerza a la puerta, lo cual me obligó finalmente a apartar la mirada de Roman. Priya respiró hondo y empezó a pasear de un lado a otro delante de la puerta, al tiempo que dejaba caer los hombros y se pasaba las manos por la abundante melena. Me pareció verla murmurar algo entre dientes, pero estaba demasiado lejos para entender qué decía.

Finalmente, las puertas se abrieron y un hombre calvo, vestido con un polo

oscuro y unos chinos, asomó la cabeza. Al verlo, Roman tensó el cuerpo y el mío reaccionó de la misma manera.

—Ay, gracias a Dios —dijo Priyanka. Tuve que contener la risa al escuchar el marcado acento sureño que había adoptado de golpe—. Señor, necesito urgentemente su amable ayuda... Acudo a usted por pura necesidad, de dama sureña a caballero sureño...

Hice una mueca.

—Será mejor que nos demos prisa.

—Comprendido —respondió él.

Roman cogió aire antes de dar un paso atrás y romper el círculo que formaban mis brazos. Echó a andar delante de mí, sin perder de vista el porche. Priyanka se había colocado de cara a nosotros y el sendero, lo que obligaba al hombre a darnos la espalda.

A diferencia del sendero de la casa de al lado, este no estaba cubierto de ruidosas conchas de ostra, sino de sencillos adoquines. El corazón casi se me subió a la garganta cuando Roman me ayudó a pasar por encima de la pequeña valla, para después saltarla él. Me resultaba difícil comprender que alguien con un cuerpo tan grande pudiera moverse con tanto sigilo.

El estrecho sendero estaba bordeado por farolillos y setos salpicados de flores, pero no percibí que hubiera cámaras ni otros dispositivos de seguridad ocultos entre las hojas.

—¿Tenemos que subirnos a la barandilla del porche para intentar colarnos por alguna ventana? —susurré—. ¿Crees que...?

Choqué contra la espalda de Roman cuando se detuvo de golpe, al final del sendero. Tanteó con una mano a su espalda, pero no supe si buscándome a mí o tratando de coger la pistola.

Me aparté a un lado y pasé junto a él.

El sendero terminaba en un jardín rodeado de una valla blanca y de los mismos setos altos que habíamos visto antes. Había un pequeño parterre de

flores y plantas que formaba una curva en torno a uno de los lados de una mesa redonda de jardín. Sobre la mesa, alguien había dejado un plato de comida, a medio terminar, y un cesto de lo que parecía pan tostado. Se me encogió el estómago al percibir el cálido aroma de la mantequilla derretida sobre la delicada base de pan.

La figura sentada a la mesa estaba medio oculta tras las páginas del *New York Times*. Junto a una taza, sobre la mesa, había también una jarra de té, o quizá fuera café. Finalmente, el hombre cerró el periódico, lo dobló cuidadosamente por la mitad y se concentró en la jarra que tenía delante.

Café. Cuando se lo sirvió, el intenso aroma impregnó aquel pequeño jardín y se fundió con el perfume dulzón de las rosas que florecían no muy lejos.

La misma sensación gélida de antes me fue recorriendo la piel hasta paralizarme por completo.

Estaba igual que siempre: no como la última vez que lo había visto, sino como la primera, en East River. El pelo oscuro le había vuelto a crecer y también había recuperado peso, ya fuera porque se cuidaba o por la edad. Ya no estaba delgado, medio esquelético como casi todos nosotros al final, sino que se le veía fuerte. Aun así, la pulcra camisa abotonada, los pantalones de vestir planchados y almidonados y las pijas gafas de sol que le ocultaban los ojos... Sí, no cabía duda, era el mismísimo Clancy Gray.

No me parecía bien. Aquello no era justo. No se merecía estar allí, con aquel aspecto tan saludable y tan... satisfecho de sí mismo. Después de todo lo que había hecho, después de todas las personas que habían muerto en su lugar, por su culpa, él disfrutaba de aquella despreocupada estampa de felicidad.

Como si hubiera captado mis pensamientos, levantó la vista y sonrió.

—Hola —dijo al tiempo que depositaba de nuevo la taza sobre su platillo—. Ruby me dijo que vendrías.

La primera vez que vi a Clancy Gray, había sido como entrar en un sueño.

En aquella época, ninguno de nosotros sabía nada acerca de la astucia con que estaba orquestando las cosas en East River. No sabíamos que estaba utilizando a todos los niños, incluidos nosotros cuatro, como notas en la magistral sinfonía del caos que dirigía secretamente en su cabeza. Estábamos tan agotados cuando llegamos, tan hambrientos y necesitados de unos minutos de paz y seguridad... Clancy prácticamente nos había recibido con los brazos abiertos, con su sonrisa radiante, de dientes perfectos y blanquísimos. Todo en él parecía perfecto.

En East River, los niños lo idolatraban. Y él se aseguraba de que así fuera. Porque eso era lo que mejor se le daba, claro: descubrir exactamente qué necesitaba cada persona, qué era lo que deseaba por encima de todo, y ofrecérselo. Si en la mente de alguien surgía un pensamiento, ese alguien lo aceptaba sin más, creyendo que era suyo. Si a alguien se le ponía la piel de gallina al sorprender una mirada de Clancy, lo primero que hacía ese alguien era reprenderse a sí mismo por ser tan desconsiderado con quien tanto le había dado. Al fin y al cabo, si eran tantos los niños que adoraban y respetaban a Clancy... ¿no sería ese alguien quien tenía el problema?

Pero había algo extraño en sus ojos. Eran como la lluvia y cuando Clancy se desprendía de su máscara, quien lo miraba tenía la sensación de que se le helaba el alma.

Incluso entonces, privado ya de sus poderes y del recuerdo de sus años como monstruo, seguía habiendo algo en su mirada que no encajaba del todo. Puede que simplemente se lo hubieran arrebatado, igual que a todos nos habían arrebatado fragmentos de las personas que éramos antes. O puede que tal vez nunca hubiera estado allí.

Se bajó las gafas de sol y me observó por encima de ellas. Di un paso al frente, más y más incómoda a cada latido acelerado de mi corazón. No era justo odiar tanto a alguien, despreciarlo por el sufrimiento que había causado

a mis amigos y, aun así, sentir miedo y querer huir de allí lo más rápido posible.

«Has venido por Ruby —me recordé a mí misma uniendo las manos a la espalda—. Pregúntale y adiós».

Noté la electricidad estática en los dedos, pero la liberé con un brusco chasquido cuando Roman se me acercó por detrás y me rozó una mano con la suya.

—Ah —dijo Clancy concentrándose de nuevo en su plato. Su voz había perdido en parte el tono autoritario de antes, pero seguía siendo tan despreocupada y confiada como la de cualquiera que hubiera nacido rodeado de dinero y privilegios—. Deduzco que me conocíais. Ya. Ruby me dijo que erais amigos, pero no me comentó que nos hubiéramos conocido. Me dijo que debía tener paciencia con los demás, para que sepan que no pasa nada si dicen algo y se equivocan.

—¿Ahora Ruby te ofrece consejo? —le pregunté.

Cogió de nuevo su taza de café.

—Sí. Y se le da muy bien. Hasta mi madre la escucha. Uy, perdón, qué maleducado soy: ¿queréis algo? Puedo pedir que traigan más tazas de la cocina.

Aunque minutos antes estaba muerta de hambre, el estómago se me había cerrado y no me sentía capaz de comer nada. Negué con la cabeza.

—Estamos bien —le dijo Roman.

—Bueno, sentaos por lo menos —dijo—. O podéis quedaros de pie si tenéis prisa, a mí me da igual.

Otra cosa que tampoco había cambiado en Clancy: seguía hablando demasiado.

Roman me miró, a la espera de ver qué quería hacer yo. Después de respirar hondo, asentí y me dirigí a la silla que estaba justo enfrente de Clancy. Roman me siguió y se quedó de pie justo detrás de mí, con una mano

apoyada en el respaldo de la silla. Sus nudillos me rozaron el hombro y aquel contacto sirvió para tranquilizarme, pues tenía los nervios a flor de piel.

Crucé los brazos sobre el pecho y me recliné en la silla.

—Entonces ¿me reconoces? ¿Sabes quién soy?

—Sí, por las noticias —dijo observándome de nuevo con atención—. Buenas y malas. Y supongo que las malas no son ciertas, ¿verdad?

—No, no lo son —dije—. Aunque no creo que tu personal de seguridad esté tan dispuesto a creerme.

—¿Seguridad? —repitió Clancy al tiempo que ladeaba la cabeza—. No, esos eran el asistente y el chófer de mi madre. ¿Por qué íbamos a necesitar personal de seguridad?

—Porque eres...

Mierda.

—Famoso —concluyó Roman.

Clancy se echó a reír al escuchar esa palabra y el sonido me erizó el vello de la piel.

—¿Ah, sí? Bueno, supongo que es normal, siendo el primer caso documentado de pérdida de memoria como resultado del procedimiento quirúrgico de cura. Mi madre siempre trae a colegas del trabajo para que me hagan pruebas y vean si ha cambiado algo.

Me mordí la lengua y me retorcí las manos sobre el regazo. Debía andarme con mucho cuidado. Su madre le había construido una nueva identidad. No recordaba nada de su vida pasada, aparte de que ella era su madre. No recordaba que su padre había sido presidente, ni recordaba sus poderes ni nada acerca del caos que él mismo había provocado.

Me había preguntado muchas veces cómo le habría explicado Lillian lo de la pérdida de memoria. ¿Un efecto secundario de la operación quirúrgica? Debía de haberle resultado agotador impedir que él descubriera la verdad. O, por lo menos, alguien tendría que haber dedicado todo su tiempo a esa tarea.

—De vez en cuando, alguien intenta hacerme una foto cuando salimos a cenar, pero la verdad es que no lo entiendo. Si la gente quiere saber cómo estoy, lo único que tienen que hacer es llamarnos y preguntar. Para mí sería un placer decirles que no, no recuerdo mi infancia ni lo que se siente al ser un verde, pero que me encantaría leerles la tesis en la que estoy trabajando en la facultad.

—Ya, claro —repliqué siguiéndole la corriente—. ¿Y de qué va?

Otra sonrisa demasiado fácil.

—«La relación entre fe y violencia en los primeros años de la colonia de Plymouth».

Noté una especie de punzada en la mente, pero enseguida la ahuyenté. Ya tendría tiempo de analizar su tono y su sonrisa eternamente condescendiente más tarde, cuando nos hubiéramos largado de allí de una puñetera vez.

—Has dicho antes que Ruby te comentó que íbamos a venir —dije. Me llevé una mano al bolsillo trasero de los pantalones y saqué una foto de los cuatro, pero la doblé de manera que solo se viera a Ruby y una parte de Liam—. ¿Es esta la chica de la que hablas?

—Ah, sí —dijo Clancy al tiempo que apoyaba una mano en la mesa. Miré a Roman, pero él estaba observando la forma en que Clancy acariciaba con aire ausente el mango del cuchillo de la mantequilla—. Esa es Ruby. Es amiga mía desde la infancia, la única que se preocupa lo bastante como para visitarme. ¿De qué la conoces?

Al oírlo llamar «amiga» a Ruby me entraron ganas de inclinarme sobre la mesa y darle un puñetazo. Como si lo intuyera, Roman me dio otro golpecito con los nudillos. Sonó a pregunta.

Me llevé la mano derecha al hombro y disimulé el movimiento inclinándome hacia la mesa.

—Se ocupó de mí durante un tiempo —respondí—. ¿Cuándo vino por última vez?

—Ruby estuvo aquí hará un mes, pero suele pasar con regularidad. Cada tres meses o así, a veces con más frecuencia —dijo Clancy.

«¿Tan a menudo?». Dejé resbalar la mano por el brazo. No tenía ni idea de que hubiera ido a ver a los Gray una sola vez, menos aún de que les hubiera hecho tantas visitas. Liam no era controlador, pero sí podía llegar a ser muy protector. Teniendo en cuenta el papel que había desempeñado Clancy en la muerte de su hermano, me apostaría algo a que Clancy era la persona a la que Liam más odiaba en este mundo. La idea de que le pareciera bien que Ruby viniera hasta aquí, donde alguien podía verla, que pasara tiempo con aquella cucaracha reformada...

«A menos, claro, que a él tampoco se lo dijera».

—Tú también estás preocupada por ella, ¿verdad? —dijo Clancy. Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en las piernas—. Se la ve tan... sola, ¿no crees? Agotada y triste, como si llevara todo el peso del mundo sobre los hombros y la carga le resultara insoportable. A veces se abre y me cuenta cosas: que se siente atrapada, o sola. Me pregunto si soy su único amigo.

—No —dije con más frialdad de la que pretendía—, no eres su único amigo.

—No era mi intención ofenderte. Habla muy poco de las personas de su vida, así que era una conclusión lógica. Pero volviendo a tu pregunta de antes, cuando estuvo aquí por última vez me dijo que se marchaba y que tardaría mucho en volver. Que tal vez viniera alguien aquí a preguntar por ella. ¿De verdad se marchó con tantas prisas?

Qué estúpida había sido... Pues claro que Ruby no se había referido únicamente a mí, sino que hablaba en general de cualquiera de nosotros que pudiera descubrir sus visitas a Clancy después de que ella se hubiera marchado.

—Sí —conseguí decir—. Desapareció así, sin más. Estamos preocupados.

—Lo entiendo —dijo mientras se pasaba una mano por el pelo—. En cierto

modo, parece que era inevitable. Como si lo que más deseara, por encima de cualquier cosa, fuera que la dejaran en paz.

Noté de nuevo el zumbido de la electricidad estática en los oídos.

—¿Y no te dijo adónde iba? —dije a punto de perder el último hilo de esperanza.

Negó con la cabeza.

—No... Pero me dejó un número, en caso de emergencia.

—Pues podías haber empezado por ahí —dijo Roman.

—Quería asegurarme de que vuestra intención no era perjudicarla de ningún modo —contestó Clancy al tiempo que le lanzaba una mirada severa.

«Nadie le ha hecho tanto daño como tú».

Y, sin embargo, Ruby había ido hasta allí. Había recurrido a él.

—¿John? —dijo una voz masculina desde el interior de la casa—. Vas a llegar tarde a clase...

La maniobra de distracción de Priyanka había terminado. Me puse en pie de un salto, dividida entre echar a correr de vuelta por el sendero o agarrar a Clancy por la camisa y sacudirlo hasta que me diera el número.

—Ah, perdona —dijo él poniéndose rápidamente en pie—. Dame tu número y luego te mando un mensaje con el contacto de Ruby.

«Mierda». No quería darle el número de nuestro único teléfono de prepago, pero tampoco nos resultaría muy difícil cambiarlo por otro más tarde. Así pues, se lo canté y él lo repitió.

—Perfecto.

—¡John! —llamó de nuevo el hombre, cuya voz sonó más cerca esta vez.

Roman ya estaba en el sendero, haciéndome señas para que lo siguiera. Clancy, sin embargo, me cogió del brazo antes de que pudiera hacerlo. No fue un gesto brusco, pero el contacto de sus dedos en la piel me hizo sentir como si me hubiera inyectado veneno. Se me quedó mirando con la cabeza

ligeramente ladeada, como si captara el grito que resonaba dentro de mi cabeza.

—No me puedo creer que te haya conocido —dijo sonriendo—. Eres famosa. Pero debe de ser difícil hablar en nombre de todos los psi. Pedirle al mundo que crea en cosas en las que a lo mejor ni siquiera tú crees.

Me lo quedé mirando y traté de contener la necesidad de alejarme de él. El hilo plateado de mi mente empezó a alzarse y noté una chispa en la lengua.

—¿Te gusta ir de gira? —me preguntó—. Creo que a mí no me gustaría si estuviera en tu lugar.

«En mi...». Las palabras se fueron apagando, sustituidas por un recuerdo lejano. Años atrás, sentada a la mesa del comedor de Caledonia que teníamos asignada los de mi habitación, justo bajo los relucientes retratos de Clancy y su padre que colgaban de la pared. Su voz sibilina que nos llegaba a través de los altavoces cuando nos obligaban a escuchar un mensaje suyo que debía servirnos de «orientación».

«Me llamo Clancy Gray y antes era como vosotros...».

Después de que Clancy manipulara su salida de Thurmond, su padre lo había utilizado como una especie de portavoz itinerante para vender a los padres desesperados el sueño de una futura cura en los campos. Clancy era la prueba viviente de que podíamos cambiar. De que teníamos «arreglo».

Me entraron unas náuseas tan violentas que levanté ambos brazos y los crucé sobre el pecho.

«Esa no soy yo. Eso no es lo que yo hago».

—¡John!

—El deber me llama —dijo Clancy volviéndose hacia la casa—. Buena suerte. Siempre es un placer conocer a otros amigos de Ruby.

Dejó los platos, tazas y restos de comida en la mesa y se dirigió a la casa. Clancy siempre había tenido la costumbre de dejar que los demás le hicieran el trabajo sucio.

Eché a correr hacia el sendero y obligué a Roman a seguirme el ritmo. «Esa no soy yo». Conseguí dar tres pasos tras la protección que nos ofrecía el seto antes de que las piernas se me convirtieran en arena. «Eso no es lo que yo hago».

Roman me sujetó por los brazos y me ayudó a tenerme en pie.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

Negué con la cabeza y dejé que me guiara hacia delante, paso a paso, pero notaba los pies entumecidos y Roman caminaba muy rápido. Me invadió el pánico y noté una insoportable presión en el pecho, como si me ahogara. Temblaba tan violentamente que me castañeteaban los dientes. La calle se volvió borrosa, como un óleo que aún no está seco.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarme Roman, que parecía asustado—. ¿Te ha hecho algo?

«Estás bien, estás bien, se supone que estás bien...».

—No —susurré—. No me ha hecho nada. No me ha hecho nada.

Salimos a la acera y dejamos atrás la sombra de la casa. Y con la suavidad de un suspiro, me liberé del nudo de sentimientos que me atenazaba. Se me llenaron los ojos de lágrimas, que no podría haber detenido ni aunque me lo hubiera propuesto.

—No me ha hecho nada —repetí.

Aquel no era Clancy. No era el monstruo que había hecho daño a mis amigos. Y, sin embargo, había sido capaz de encontrar mis puntos débiles y clavarme allí los dientes.

—Es un cerdo —dijo con el tono de voz más furioso que le había escuchado hasta entonces—. Ha hecho todo lo que ha podido para conseguir que te sintieras mal...

—No —susurré—. Creo que, por una vez, estaba diciendo la verdad. Ruby nos ha abandonado.

23

Viajábamos en silencio. Roman iba al volante y Priyanka en el asiento del pasajero.

Yo, una vez más, en el asiento trasero.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventanilla y traté de conciliar el sueño.

La voz de Clancy se había colado en mis pensamientos y escarbaba en todos los planes que yo intentaba trazar acerca de lo que debíamos hacer a continuación. Al final me rendí y dejé que lo pensaran Roman y Priyanka, pues no me veía capaz de tomar ninguna clase de decisión.

No era únicamente que Ruby hubiera ido a ver a Clancy, conociendo los riesgos, sabiendo quién era y qué había hecho. Era que Ruby había decidido confiar en él. Todo el mundo podía mentir acerca de las palabras exactas de los demás, pero él había visto en Ruby algo que ella nunca dejaba asomar. Cuando la conocí, Ruby vivía tan aislada en su propio miedo que ni siquiera se dejaba tocar. Y aunque con el tiempo había aprendido a controlarlo y se había curtido, las oscuras tormentas que arreciaban en su interior no habían desaparecido, solo se habían transformado.

Atrapada por las expectativas y las necesidades de la gente, sola con lo que había visto y con lo que podía hacer. «Muy sola».

«Yo estaba allí», pensé. «Yo estaba allí todo el tiempo».

No podía dejar de preguntarme si en cierta manera todo aquello lo había provocado yo. Por trabajar para el Gobierno, por no haberme ido a vivir a Haven con ellos... ¿Había cerrado la puerta a nuestra amistad? Yo solo quería ayudarla a vivir una vida mejor. A ella y a todos los psi. Podría haber utilizado nuestro protocolo de contacto para hablar conmigo. Y yo habría ido

a verla. Pero me había quedado esperando una llamada que nunca llegó a producirse.

Tendría que haber hecho yo esa llamada.

Aun así, una pequeña parte de mí seguía aferrándose a la idea de que Ruby no se marcharía sin más. No se alejaría de Liam. Ni de los niños de Haven. Ni de su familia, Ni del mundo. Cuanto más trataba de imaginarlo, más difícil me resultaba. Las únicas veces en que Ruby se había distanciado voluntariamente, lo había hecho para protegernos.

Pero ahora las circunstancias eran distintas y nosotros también éramos distintos. Podían haber sucedido muchas cosas desde la última vez que la había visto y el momento en que se había marchado. Podía habérsela tragado la misma oscuridad de otras veces y habérsela llevado para siempre.

Me incliné entre los asientos delanteros y encendí la radio, solo para saber de qué espantoso crimen se me acusaba ese día.

Cuando surgió de los altavoces del coche una voz conocida, pensé que mi mente había perdido definitivamente el control.

«...por ahí, si estás escuchando, entrégate. Por favor, Suzume, entrégate».

—¿Quién es ese chiflado? —preguntó Priyanka mientras Roman detenía el coche en el aparcamiento vacío de un área de descanso. Apagó el motor, pero ninguno de los tres se movió.

«Es usted delegado en la Cámara de Virginia, ¿verdad?».

Cerré los ojos. Era de esperar. Era de esperar que hubiera ido a la Radio de la Verdad.

«Lo soy. He querido dimitir muchas veces, pero quedarme y luchar por el estilo de vida americano es lo único que se me ocurre para contrarrestar el veneno que Suzume ha inyectado en nuestro frágil mundo».

—No, ahora en serio, ¿quién es ese gilipollas?

Abrí un ojo. Priyanka parecía dispuesta a entrar en el equipo de sonido y estrangular a alguien. Roman se había puesto muy tenso, con las manos aún

en el volante. El resplandor anaranjado de las luces del área de descanso se filtraba a través del parabrisas.

—Mi padre —dije secamente—. ¿No lo habíais adivinado por el cariño y la calidez de su voz?

«Su madre, Akari, y yo queríamos que volviera a casa: queríamos trabajar con ella e intentar reformarla con nuestros propios medios, pero se negó. Y, desde entonces, ha hecho todo lo posible para causarnos dolor, a nosotros y a todo el mundo. Y, claro, la presidenta provisional Cruz intervino e hizo una excepción con ella. Apenas me lo creía cuando vi a Suzume hablando en nombre del Gobierno. Si eso no anima a los ciudadanos a votar a Joseph Moore, entonces ya no sé qué más se puede hacer».

Priyanka me miró.

—Necesito una cuchilla de carnicero y la dirección de tu casa.

Hasta Jim Johnson encontró curioso el comentario de mi padre.

«¿Podemos considerar esas palabras como su apoyo oficial a Joseph Moore, delegado Kimura? ¿No es Joseph Moore el hombre que, alegando la falta de efectividad del Gobierno de Cruz, está financiando con su propio dinero la búsqueda de su hija para llevarla ante la justicia?».

«Sí —dijo—. De hecho, me gustaría decirle lo siguiente al señor Moore...».

Fue Roman quien apagó la radio, porque yo no tenía ánimos ni para moverme. Ni siquiera podía pensar, al menos al principio. Era como si tuviera un globo en el pecho y la sensación de que en el preciso instante en que hiciera algo, el globo estallaría.

Pero en cierto modo, las miradas preocupadas de Priyanka y Roman resultaban aún peores.

—Tengo que ir al lavabo —murmuré al tiempo que abría la puerta del coche.

En el aire flotaba el olor a hierba y a basura de varios días, amontonada en

las papeleras. Empecé a dirigirme al lavabo de mujeres, pero di media vuelta. Era como si mi cuerpo supiera antes que mi mente lo que debía hacer. Abrí el maletero, cogí el pequeño botiquín de primeros auxilios y me lo llevé al lavabo.

Las luces automáticas se encendieron e inundaron el sucio lavabo de un intenso resplandor. Me situé delante del espejo resquebrajado y la chica a la que vi a través de las grietas del cristal y de las pintadas... no la reconocí.

El botiquín que Ruby o Liam habían preparado contenía varios medicamentos que se vendían sin receta, vendas y unas tijeras pequeñas pero afiladas. Las cogí, las dejé en el borde del lavabo y me las quedé mirando como si pudieran revelarme mis propios pensamientos.

—¿Estoy a punto de presenciar una maravillosa transformación? — preguntó Priyanka desde la puerta.

Me volví para mirarla.

—Debería... disfrazarme, ¿no? Mi cara aparece en todos los informativos...

«Esa no soy yo». No era Suzume Kimura, portavoz de la presidenta provisional. No era Suzume Kimura, hija de un miembro de la asamblea legislativa de Virginia. No era Suzume Kimura, líder del Círculo psiónico.

Solo era Zu.

—A menos que tengas pensado mutilarte la cara con esas tijeritas, un corte de pelo no es que sea precisamente un disfraz... —dijo Priyanka al tiempo que ladeaba la cabeza—. Yo me inclinaría más bien por decolorarlo, pero solo serviría para cargarse tu espléndida melena y te dejaría el cuero cabelludo como si lo hubieras metido en el mismísimo infierno. Bueno, no es que hable por experiencia propia, claro.

No podría haberlo dicho de forma más elegante.

—Creo que solo quiero parecer... distinta.

Me sentía vacía, como si me hubieran quitado todo ornamento y formación. Ya no era aquella niña pequeña que había visto en la foto de

Haven, inmortalizada en un momento alegre, pero tampoco era la joven guapa y atildada de las noticias. Por mucho que lo intentara.

—¿Te parece ridículo? —le pregunté.

Priyanka se acercó con una expresión pensativa.

—No, no me lo parece. La única forma de seguir con vida es escuchar los mensajes que nos envía el corazón con sus latidos.

—¿Eso lo has leído en una tarjeta de felicitación? —pregunté.

—No, en no sé qué anuncio de una medicación para la presión sanguínea —dijo—, pero no por eso es menos cierto.

Me volví de nuevo hacia el espejo y cogí las tijeras. El primer tijeretazo interrumpió el incesante zumbido que me recorría el cuerpo y lo acalló momentáneamente.

—Caray, vas en serio —dijo Priyanka alegremente—. ¿Cómo de corto lo quieres?

Cogí unos cuantos centímetros de pelo con la mano, para mostrárselo, y me lo corté justo por debajo de la barbilla. Los largos mechones cayeron en el lavabo y se acumularon junto al desagüe. Me los quedé mirando hasta que ya no vi mi pelo, sino un fragmento del cuero cabelludo de alguien. Me tembló la mirada, lo mismo que el resto del cuerpo.

—¿Por qué no me dejas terminar a mí? —propuso Priyanka con suavidad mientras me cogía las tijeras.

Abrió el grifo, se mojó las manos y me las pasó por el pelo una y otra vez, hasta deshacer todos los nudos y eliminar todo el polvo y el olor a humo.

Me fijé de nuevo en el tatuaje de una estrella azul oscuro que llevaba en la muñeca, pero antes de que pudiera preguntarle qué significaba, Priyanka me mostró hasta dónde quería cortarme el pelo.

—Lo quieres así, ¿no?

Me indicó un par de centímetros por debajo de la barbilla y asentí.

—Gracias —murmuré.

Entrelacé los dedos y uní las manos delante de mí, apretándolas todo lo que pude para que me dejaran de temblar.

—No te preocupes, vivo para esto —dijo entre tijeretazo y tijeretazo—. Cuando veo que alguien está triste, empiezo a acicalarlo hasta que se vuelve a sentir bien. Eso sí, Roman no me deja acercarme a él con las tijeras. Antes siempre le cortaba el pelo a Lana, pero ahora... Bueno, solo me lo corto a mí misma.

—¿Roman no te deja cortarle el pelo?

Me miró a través del espejo.

—¿Crees que le permitía llevar esas greñas si tuviera elección? Pero no, no hay manera. Siempre ha sido así, no sé por qué. La amistad es una cosa muy rara. Creo que solo funciona cuando finalmente averiguas qué botones tienes que pulsar para ayudar y qué botones provocan dolor.

—¿Tú y yo somos amigas? —le pregunté.

No tenía planeado pronunciar esas palabras, pero percibí la insoportable soledad que se ocultaba tras ellas.

Priyanka dejó las manos inmóviles.

—Pues claro, Chispita. Me caíste bien desde el principio, muy a mi pesar. Eres el vivo ejemplo de que no hay que juzgar un libro por su acicalada cubierta gubernamental.

Se inclinó hasta colocar la cara junto a la mía y, mirándome a través del espejo, me ofreció una astuta sonrisita. Yo correspondí con una bastante más tímida.

El suave chis, chis, chis de las tijeras me resultaba relajante, casi hipnótico. A medida que iban cayendo al suelo los largos mechones, ya no notaba aquella especie de angustioso tirón que trataba de empujarme en todas direcciones.

Cuando Priyanka terminó, me apoyó una mano en la cabeza, en un gesto reconfortante, y me pasó una vez más los dedos entre el pelo húmedo.

—¿Estás bien? —me preguntó, en esta ocasión más seria.

El término «bien» resultaba bastante relativo.

—No sé por qué me sigue molestando tanto —dije con un nudo en la garganta—. No debería molestarme. Los odio: hace años que odio a mis padres. No es por lo que me hicieron, es por lo que no hicieron. Incluso cuando se desmantelaron los campos, yo seguía pensando: ¿tal vez? ¿Tal vez ahora? Se habrán dado cuenta de lo buena chica que soy, de que no represento un peligro para ellos. Pero no vinieron jamás. No llamaron jamás. Hasta que me necesitaron.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Priyanka—. ¿A qué se refería cuando ha dicho que Cruz intercedió por ti?

Era lo único en lo que Cruz había estado dispuesta a ceder por mí y ya hacía años que me sentía culpable por ello. Me sentía como si estuviera obligada a hacer a cambio cualquier cosa que ella me pidiera.

—Sabes que se puso en marcha un programa para reclamar a los niños después del desmantelamiento de los campos, ¿no? —le pregunté—. La mayoría éramos adolescentes, muchos con dieciséis ya cumplidos, y eran bastantes los que creían que no estaban obligados a volver con sus padres, quienes para empezar los habían entregado al Gobierno y los habían hecho sentir muy poco queridos.

—Lo entiendo.

Asentí, antes de proseguir.

—Las Naciones Unidas y el equipo de Cruz insistían en que los padres seguían teniendo derechos legales sobre los que aún no habíamos cumplido dieciocho años. El compromiso era que si los padres no reclamaban a sus hijos y los hijos no querían volver, no forzarían las cosas. Es decir, los padres podrían reclamar la tutela en cualquier momento, pero mientras tanto, el Gobierno se encargaría de realojarnos.

Una sombra cruzó la expresión de Priyanka cuando pronuncié esas

palabras.

—¿Qué?

—Nada —dijo sacudiendo la cabeza.

La observé durante un segundo, esperando percibir de nuevo esa vacilación. No volvió a aparecer.

—Vale... Durante unos cuantos años viví con una amiga, Cate, y los otros niños a los que ella supervisaba. Y entonces, un día, recibí la llamada. Mis padres querían recuperarme. Lo querían de verdad. Solicitaron que se les devolviera la tutela y me enviaron una larga carta con todo el papeleo, en la que me decían lo mucho que lo sentían, lo asustados y confusos que se habían sentido. Mi prima Hina y sus padres llevaban años insistiéndome para que intentara hablar con ella. Pero yo no quería ir. No lo deseaba. La última vez que los había visto estaban muy enfadados conmigo... yo había provocado un terrible accidente de tráfico en una carretera muy transitada y había estado a punto de matar a mi madre.

—Joder... —exclamó Priyanka.

Asentí de nuevo.

—Pero... debía convertirme en un buen ejemplo. Debía enseñar a los otros niños que aquello podía ser un nuevo comienzo para nosotros, que las viejas heridas cicatrizarían con el tiempo... En fin, aquí puedes añadir todos los clichés que quieras. Así que fui. Me subí a un coche y me llevaron a Falls Church con todas mis cosas. Estábamos a unos tres o cuatro kilómetros de mi barrio cuando vi el primer cartel.

—¿Un cartel que decía «Alto, no te acerques más, esta gente da asco»?

—Kimura delegado. «Un mañana mejor con Kimura».

Priyanka lo entendió al instante y su mirada absolutamente indignada me pareció un gesto encantador. En aquel momento, había tenido la sensación de que mi reacción era quizá demasiado exagerada, que tal vez solo se tratara de una coincidencia. Aquel día conducía el agente Cooper: se dio cuenta de lo

que sucedía y me ofreció una posibilidad de elegir que nadie hasta entonces me había ofrecido. Incluso se arriesgó a una sanción disciplinaria.

—Aparcamos bastante lejos de la casa porque no nos quedó más remedio, pues la calle estaba llena de unidades móviles de los medios de comunicación. Y también había bastante gente. Todo el mundo estaba esperando. Hasta habían colgado una pancarta justo sobre la puerta del garaje: «Reuniendo a nuestras familias, reclamando nuestro futuro».

—No sé qué hacer, si atizarle a alguien o echarme a llorar —dijo Priyanka—. ¿Qué hiciste?

—Dar media vuelta y volver a Washington —dije—. Nunca tuve agallas para leer la cobertura periodística de aquel día, pero supongo que salió en todas partes. Me hicieron preguntas durante años, incluso después de que Mel las prohibiera.

Chubs y Vida me estaban esperando cuando llegué. Chubs me abrazó con tanta fuerza que en aquel momento pensé que nunca más podría volver a sentir nada. Y eso habría sido un tremendo alivio. Pero en lugar de eso, me tragué mi dolor, cené con ellos y luego lloré y me enfurecí en privado, bajo el agua de la ducha.

Esa es una de las pocas cosas que se aprenden en los campos de rehabilitación: la capacidad de contener las lágrimas cuando se desea y la forma de llorar sin que nadie se entere.

Llevaba casi un año sin hablar con Hina ni con mis tíos. Eran personas buenas y generosas y se habían pasado años discutiendo con mis padres por su decisión de enviarme a un campo. Sabía que yo los había decepcionado al no regresar a California e irme a vivir con ellos y también sabía que esa decepción había ido creciendo más y más a medida que la grieta que nos separaba a mi padre y a mí se convertía en un cañón. Pero yo no quería escuchar sus explicaciones, no quería dejarme engatusar. Quería trabajar.

Me volví para mirar a Priyanka y derribé accidentalmente con el codo el

botiquín de primeros auxilios. Priyanka y yo nos agachamos al mismo tiempo para recogerlo y, justo en ese momento, algo se le cayó del bolsillo trasero de los vaqueros y rebotó en el suelo. A simple vista, parecía el teléfono de prepago, pero aquel dispositivo rectangular era de color negro mate y no tenía pantalla. Bajo la carcasa percibí una débil carga de energía.

—Batería de repuesto para el teléfono —me explicó Priyanka al tiempo que nos poníamos en pie y ella volvía a guardarse el aparato en el bolsillo—. Por si tenemos que deshacernos del coche. Pensaba cargarla aquí durante un rato.

Debía de estar prácticamente descargada. La energía emitió un quejido cuando mi mente la acarició.

Me acerqué al pecho el botiquín de primeros auxilios y le lancé a Priyanka una mirada agradecida.

—Supongo que Roman se estará preocupando...

—No lo supongas, dalo por hecho —dijo mirándose al espejo—. Salgo dentro de unos minutitos. Me parece que voy a intentar lavarme el pelo en este estupendo lavabo.

Asentí y me dirigí a la puerta. Justo antes de sumergirme de nuevo en la cálida noche veraniega, volví la vista atrás. Priyanka había apoyado las manos en el borde del lavabo y se estaba contemplando en el espejo, buscando algo que a mí me estaba prohibido ver.

24

En cierto modo, esperaba ver a Roman montando guardia junto a la puerta, pero al parecer ni siquiera se había movido. Seguía aferrado al volante, observando a través del parabrisas. Abrí la puerta del pasajero y me dejé caer en el asiento, tras lo cual cerré lo más despacio que pude.

Seguimos sentados en silencio durante largo rato, contemplando la puerta del lavabo. No entendía la tensión que emanaba del cuerpo de Roman. No iba dirigida a mí, como tampoco iba dirigida a mí su mirada de silenciosa frustración.

—¿Tan horrible es el corte de pelo? —dije en un tono de voz alegre.

Se volvió a mirarme. Dos veces.

—Oh. No... O sea...

—Es broma —le dije—. ¿Va todo bien?

—Sí. No. —Percibí cierta rabia en sus palabras—. Se equivoca. En todo. No te conoce en absoluto.

—¿Quién se equivoca? —le pregunté—. ¿Mi padre?

Asintió con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—Algunas cosas de las que ha dicho son ciertas —dije—. Me negué a volver a casa. Y les hice daño al causar el accidente. No estuve a la altura de las expectativas que ellos tenían en lo que a mi vida se refiere. Pero bueno, en realidad eso último es un agravio comparativo, porque tampoco es que yo eligiera mi poder. Solo elegí conservarlo.

Ni mi padre ni mi madre terminaban de creer en el concepto del *shikata gannai*, la certidumbre de que algunas cosas en esta vida sencillamente están fuera de nuestro alcance debido a las circunstancias. Mi padre, en concreto,

estaba convencido de que, con la debida dosis de cuidadosa planificación, eran muy pocas las cosas en este mundo que no se podían prever o dominar. Uno de los motivos por los que les había resultado tan difícil contener mi rabia cuando me enviaron al colegio el día de la Redada era que yo lo entendía. Lo entendía de verdad. Mi poder era algo anómalo según su visión del mundo y ellos se esforzaban tanto por racionalizarlo como yo por controlarlo.

Roman se volvió en su asiento con una mirada encendida.

—En ti no hay nada decepcionante.

Me incliné hacia atrás y apoyé la sien en el reposacabezas del asiento. No me apetecía decir nada, quería deleitarme un poco más en aquellas palabras, por mucho que la vocecilla de mi mente me repitiera que no eran ciertas.

—Ojalá fuera verdad.

Roman negó con la cabeza.

—Yo sé qué es el fracaso. He fracasado tantas veces en mi vida que no tengo ni la más remota idea de cómo he podido llegar hasta aquí. Pero tú sobreviviste al campo, has utilizado tu voz para intentar ayudar a los demás y te defendiste como una leona de aquellos secuestradores... Nos salvaste de ellos. Tú solita. Nos has guiado hasta aquí y no te has echado atrás en ningún momento, pese a encajar un golpe tras otro. Eso no es decepcionante. Es increíble.

Ladeé ligeramente la cabeza, invadida por una repentina oleada de emoción. De haber estado en el asiento trasero, podría habérselo ocultado a Roman. En ese sentido, el asiento trasero era más seguro. No hacía falta unirse a la conversación. No hacía falta dejarse ver.

Pero yo quería dejarme ver. Porque cuando Roman me miraba, él solo veía la persona que yo era en ese momento. Una joven competente, fuerte y con autocontrol. No la niña con guantes que solo podía controlar su voz.

—¿En qué has fracasado tú? —le pregunté—. Es que ni siquiera me lo

imagino. Cada vez que estoy al borde del pánico, lo único que tengo que hacer es mirarte. No pierdes la calma y nunca fallas un solo tiro. —Y luego, en tono burlón, añadí—: Y además cantas como los ángeles...

Dejó escapar una suave carcajada y bajó las manos del volante al regazo. Con la mano izquierda se frotó, distraído, las cicatrices del dorso de la mano derecha.

—Me gustaría ser esa persona a la que ves.

—Es que ya lo eres —le dije—. No tenemos por qué ser lo que otras personas quieren que seamos.

Roman se apartó el pelo de la cara y percibí en sus ojos la misma mirada distante de otras veces.

—Mi padre vivió y murió en una espiral de violencia —empezó a decir Roman—. Tenía los empleos más extraños y siempre estaba a merced de las personas a las que debía dinero o de las personas para las que trabajaba. Mi madre nos mantenía alejados de él, pero era como una herida en el corazón de la familia. Lo que hacía siempre nos salpicaba, de un modo u otro. Era un hombre terrible.

Hizo una pausa y yo esperé a que prosiguiera.

—Mi madre me hizo prometer que yo nunca sería como él. Me hizo una mueca en la nariz para que no lo olvidara. —La frase me sonó rara, pero entendí lo que quería decir—. Y se lo prometí, una y otra vez. Iría a la universidad, sería médico, pescador, banquero, profesor... Cualquiera cosa, menos lo que él era. Y aquí estoy, haciendo precisamente lo que más odio en este mundo.

—Roman... —empecé a decir.

Trató de adoptar un tono más alegre, pero no le salió bien.

—También le prometí que cuidaría de mi hermana. Cuidar de Lana siempre ha sido mi responsabilidad, desde que éramos pequeños. Y ni

siquiera eso conseguí hacer: me despisté un segundo, me concentré en otra cosa... y se me escapó.

Roman se restregó el rostro con las manos y dejó escapar un suspiro de frustración. Los compadecí a él y a Priyanka, mucho más de lo que los había compadecido hasta entonces. Los dos hacían todo lo posible para ocultarlo, de la mejor manera que podían, pero ver a Lana había sido un mazazo. El simple hecho de estar cerca de ellos me bastaba para percibir el intenso dolor que chisporroteaba en el interior de ambos, como si fuera un cable de alta tensión.

—Lo siento, me estoy compadeciendo de mí mismo —dijo despacio al tiempo que apoyaba la cabeza en la mano—. No esperaba encontrar a Lana en Haven, y ver en qué se ha convertido me ha parecido... No sé qué palabra utilizar...

Yo sí lo sabía. «Devastador».

—No puedo imaginar, por mucho que lo intente, todo lo que has tenido que sufrir —le dije—. Pero el fracaso no es definitivo, a menos que lo aceptes. Encontraremos a Lana y la ayudaremos. No tengo la menor duda, a diferencia de todo lo demás en esta situación.

—¿Te refieres a demostrar tu inocencia? —me preguntó.

—Y conseguir justicia para todos los que han muerto —dije. Y aquello, precisamente, era lo más importante de todo—. Pero si Clancy tenía razón y Ruby se ha marchado sola, eso significa que la teoría de que su desaparición pueda estar relacionada con los secuestradores no tiene el menor sentido. No sé muy bien cómo voy a conseguir pruebas ahora, si tenemos que seguir una pista completamente distinta.

—Y cuando consigas esas pruebas —pregunto Roman—, ¿qué es lo que te propones hacer con ellas? ¿Hay alguien en el Gobierno en quien confíes lo bastante para entregárselas?

El tono en el que había pronunciado las últimas palabras me hizo

reflexionar.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que el Gobierno está implicado?

—No, no —se apresuró a decir—. Me refería a alguien que se las tome en serio y que las deje en manos de personas imparciales.

—Estamos hablando del Gobierno —repliqué con sequedad—. Nadie es imparcial. Todo el mundo está en un bando u otro, solo tengo que elegir a alguien que esté en el mío. La única forma de echar por tierra toda esa historia que han contado sobre mí es crear otra aún más poderosa. Una historia irrefutable.

—Parecido a lo que hiciste en los campos —dijo comprendiendo adónde quería llegar—. Crear un paquete de imágenes y entrevistas para los medios.

Asentí.

—Las historias son poderosas. Puedes entregar a una persona una lista de hechos y o bien no se los creará, o bien los ignorará. Las personas solo creen lo que sienten como cierto, así que tengo que hacer que sientan algo. Tengo que conseguir que se enfaden por mí, que se solidaricen con las víctimas. Y tengo que intentar recuperar parte de la confianza que Moore está minando.

—Suena prácticamente imposible —dijo—. O sea, para ti cuestión de un día.

Por primera vez en varios días, sonreí.

«Me gustaría ser la persona a la que ves».

Priyanka llegó como una bala hasta el coche, con una expresión entusiasmada en el rostro.

—Oh, oh —dijo Roman al tiempo que giraba la llave en el contacto. Antes de que ella llegara, sin embargo, se volvió a mirarme una última vez y dijo—: Decir que me gusta tu corte de pelo es decir poco. Ahora pareces tú misma.

Supe lo que quería decir.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Priyanka cuando se sentó en el asiento trasero y cerró la puerta con un gesto teatral.

Sin duda, había conseguido cargar la batería de repuesto, porque la energía que me llegaba había dejado de ser una chispa para convertirse en una llama estable.

—Vuestra genial amiga ha tenido un momento de genialidad —nos anunció—. ¿Recordáis que, después de intentar llamar al número que nos envió por mensaje el inquietante Clancy y de que nos diera error, me dijisteis que lo dejara para que pudierais tener tiempo de pensar en lo que debíamos hacer a continuación, etcétera, etcétera?

—Priya —dijo Roman—, al grano.

Ella le lanzó una mirada de exasperación.

—He hecho una búsqueda rápida del prefijo y resulta que ese prefijo ya no se usa.

—¿En serio? —pregunté.

—Se parece al tres-tres-cuatro, que es el prefijo de Alabama, así que he probado con ese número, pero tampoco se usa.

—¿Crees que un error?

Que yo supiera, Clancy jamás había anotado nada mal. Si aquel era el número que Ruby le había dejado, me costaba mucho creer que Clancy no hubiera intentado llamar por lo menos una vez, ni que fuera por pura curiosidad. Si el número no funcionaba, seguro que Clancy lo sabía antes de dármelo. Y así se lo dije a Roman y Priyanka.

—Estaba pensando justamente lo mismo —dijo Roman—. Si lo que se propone es proteger a Ruby, entonces seguro que quiere comprobar cuánto tiempo tardas en averiguar la información correcta. Y lo ansiosa que estás por localizar a Ruby. O eso, o le da a todo el mundo la misma información para que no podamos seguirle la pista.

—O sencillamente no lo comprobó y solo pretendía ayudar a una amiga proporcionándole la información que le había pedido —dijo Priyanka—. Y

esa es, precisamente, la posibilidad hacia la que me decanto ahora que sé que esto no es un número de teléfono, sino algo completamente distinto.

Nos mostró un recorte de periódico que había sacado de alguna parte y señaló el margen en el que había intentado descomponer el número en coordenadas. Había trazado un círculo en torno a la última posibilidad.

—Esta es la única que me ha proporcionado una dirección real —dijo—. Está justo a las afueras de Athens, en Georgia. Parece una casita.

—¿Quieres ir? —me preguntó Roman.

—Está muy lejos, pero si existe alguna posibilidad de que esté allí, creo que debemos intentarlo, ¿no? —dije.

—Podemos hacerlo —respondió Roman—. Pero tendremos que conseguir más gasolina. Y más víveres. Agua, comida y todo eso.

—Y resulta que no tenemos dinero para comprarlo —señaló Priyanka.

Se volvieron los dos hacia mí, pero no teníamos otra opción. Y los tres sabíamos lo que eso significaba.

—Buscaré alguna tienda que cierre de noche —dijo Roman—. Entrar y salir.

Gracias a Dios, la economía se había recuperado lo bastante como para que hubieran reabierto las tiendas, porque eso nos permitía robar en ellas. Tendría que haberme sentido peor, es cierto, pero durante la última semana el mundo me había arrebatado demasiadas cosas. Puede que tampoco estuviera tan mal recuperar algo.

Me molestaba la sensación de abrir los ojos sin ser consciente de que me había quedado dormida, igual que me molestaba abrir los ojos y encontrarme con un coche vacío.

Me senté y traté de tragarme el regusto amargo del sueño. Quedaba un

poco de agua en una de las botellas de los portavasos. Me la bebí con avidez y me sequé los labios con la manga.

Tal y como había prometido, Roman había encontrado una tienda cerrada. Por lo que pude ver a través de las ventanas, el interior estaba a oscuras, aunque eso no sirvió de mucho a la hora de tranquilizar mis nervios, porque más bien los tenía de punta. No tenía ni idea del tiempo que Roman y Priyanka llevaban dentro.

Roman había tomado la precaución de dejar el coche lejos de los charcos de luz que proyectaban las farolas de las calles. Bajé las ventanillas, para que me despejara un poco el aire fresco y limpio de la noche. Percibí algunos chisporroteos de energía, lo que indicaba la presencia cercana de cámaras de seguridad. Pese al dispositivo de Priyanka, no quise salir y arriesgarme a que una de ellas me grabara. Así que pasé como pude por encima del freno de mano y me senté en el asiento del conductor.

Roman tenía las piernas mucho más largas que yo, por lo que tuve que adelantar el asiento por lo menos un palmo. Los vi a los dos por el retrovisor cuando me disponía a ajustarlo. Al parecer, no se daban cuenta de que sus voces se oían en la quietud nocturna mucho más de lo que ellos imaginaban.

—Si ocurre algo... —estaba diciendo Roman.

—Eso no me ayuda —le soltó Priyanka—. Lo que me ayuda es que me dejes hacer lo que tengo que hacer. Que tú tengas miedo, no significa que yo tenga que frenarme.

Roman no dijo nada, pero cuando se acercó al asiento del conductor vi en su mirada un destello de profunda infelicidad y preocupación. Se detuvo de golpe al verme y luego subió al asiento trasero. Priyanka se sentó a mi lado. Y los dos cerraron violentamente la puerta.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunté—. ¿Qué es lo que tienes que hacer, Priyanka, y de qué tienes miedo tú, Roman?

—De nada —respondió Priyanka.

—De todo —contestó Roman al mismo tiempo.

—Vale —dije parpadeando.

—Roman no me ha dejado coger el dinero de la caja fuerte —dijo al tiempo que sacaba un paquete de pececitos salados de la bolsa y me lo ofrecía —, eso es lo que pasa. No me gusta sentirme inútil cuando sé que podría hacer mucho más.

—No eres inútil —le dije.

No le veía la cara a Roman a través del espejo retrovisor.

—¿Estamos listos? —pregunté.

Esta vez, ninguno de los dos respondió.

25

A parqué el coche junto a un agrietado camino de entrada y me quedé mirando la casita que se alzaba al final. Me dolía la cabeza y estaba muerta de sueño, pero el corazón me latía desbocado desde que habíamos cruzado la frontera del estado de Georgia.

—Toma —dijo Roman al tiempo que me pasaba una botella de agua.

La acepté, agradecida, y la estrujé con fuerza hasta que no quedó ni una gota.

Priyanka contempló el edificio a través de la oscuridad.

—Vaya, parece una auténtica casa de los horrores. Qué guay, me muero por entrar.

Roman se deslizó por el asiento trasero y bajó la ventanilla.

—No se ve movimiento en el interior. Ni luces.

Al fijarme con más atención, me di cuenta de que aquella casita era en realidad más grande de lo que parecía. El lado izquierdo se había construido directamente sobre la curva natural de la colina, lo cual añadía una planta inferior a la casa. Con los años, la vegetación había invadido la propiedad. Los árboles del jardín trasero eran altísimos y amenazaban con caer sobre el techo.

Parecía abandonada, pero eso no significaba que lo estuviera.

—Me alegro de haber venido —dije—. Aunque esto sea un callejón sin salida, por lo menos podremos descartarlo.

No había depositado tantas esperanzas en aquella casa como para llevarme una auténtica decepción, si de verdad resultaba ser un callejón sin salida. La

idea de que Ruby estuviera viviendo en un lugar así solo servía para inquietarme aún más.

—Venga, vamos a echar un vistazo rápido y nos largamos de aquí —dijo Priyanka.

Buscó una linterna dentro de la mochila que tenía a los pies y me indicó por gestos que cogiera la otra, que estaba en el bolsillo del asiento.

La noche era una sinfonía de grillos y cables de electricidad que murmuraban. Varios cables gruesos cruzaban por encima del jardín delantero. Cuando pasé justo por debajo, el sonido se convirtió en sensación. Percibí en todos los nervios del cuerpo la electricidad que me rodeaba: la farola, la puerta de garaje de otra casa y algo más..., algo que estaba dentro de la casa.

Me detuve de golpe. Priyanka barrió la parte delantera de la casa con el haz de luz de su linterna. Roman le quitó el seguro a su pistola.

Por el rabillo del ojo, vi algo que se movía. Encendí mi linterna y busqué la campanilla de viento que me había parecido ver en el lado medio caído del porche.

No me lo había imaginado. La campanilla de viento destelló cuando la iluminó el haz de luz. Una ligera brisa se levantó a nuestra espalda y la campanilla emitió unas delicadas notas. No conseguía apartar la vista de una de aquellas pequeñas piezas de cristal. Concretamente, la que tenía forma de media luna.

Eché a correr, subí de un salto los escalones y entré en el porche.

—¡Zu, espera! —me llamó Priyanka. Echó a correr detrás de mí y me sujetó por la camiseta—. ¡Quieta ahí! No sabes qué, por no hablar de quién, se esconde ahí dentro.

—Creo que es ella —dije sin aliento—. Hay una fuente de energía dentro de la casa, algo eléctrico.

—Puede que esta casa sea una bomba trampa —dijo Roman—. Y que la puerta esté conectada a un detonador o algo.

—Bueno, yo no estaba pensando precisamente en eso —dijo Priyanka—, pero gracias por esa imagen tan gráfica.

Roman se inclinó por encima de nosotras y cogió una de las tablas de madera clavadas por fuera de las ventanas delanteras. El clavo oxidado que la sujetaba saltó al primer tirón. Roman echó un vistazo por la ventana, pero colocó el cuerpo de manera que desde el interior nadie pudiera dispararle.

—Despejado —dijo colocándose de nuevo frente a la ventana para arrancar otra tabla.

—Hay una máquina o algo parecido ahí dentro —les dije—. Pero la sensación es muy débil... Como si no estuviera ni encendida ni apagada del todo.

—Eso no parece demasiado tranquilizador —dijo Priyanka mientras se volvía hacia la puerta y levantaba un pie, embutido en una bota—. Solo hay una forma de averiguarlo.

La abrió de una patada. La puerta se astilló y prácticamente saltó de su marco.

Roman fue el primero en entrar y echó un rápido vistazo al interior.

—¿Zu? ¿Priya? —nos llamó—. Será mejor que vengáis a ver esto...

—Cuando alguien dice eso, normalmente es una mala noticia —dije, cogiendo aire para serenarme.

—Bueno, no hemos saltado por los aires —dijo Priyanka al tiempo que me pasaba un brazo por los hombros y entrábamos juntos—. Tan malo no será...

Estaba preparada para algo malo, sí, pero no para lo que encontré.

—Vaya —dije al tiempo que apoyaba las manos en las caderas.

—Qué preciosidad —susurró Priyanka.

En la casa no había muebles. Los armarios de la cocina ni siquiera tenían puertas. Por lo que podía ver, lo único que había dentro de aquella casa era un

servidor vertical y una pantalla. Y aquella, precisamente, era la fuente del bajo voltaje que había percibido desde el exterior.

Roman rodeó el servidor y le dio un ligero tirón al cable. Aún estaba conectado al enchufe, pero era evidente que iba muy lento.

—¿Está fallando? No parece que esté trabajando.

—Seguro que ha habido un apagón, solo hay que reiniciarlo —dijo Priyanka—. ¿Queréis que haga yo los honores?

Pasé un dedo por la pantalla y dejé un rastro en la gruesa capa de polvo que la cubría. Hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí. Y menos aún Ruby. Pero si nos había enviado allí, yo quería saber por qué.

—Adelante, ponlo en marcha. Veamos qué información consideraba demasiado peligrosa como para guardarla en Haven.

Priyanka me pasó su linterna y se hizo crujir los nudillos.

—Ya hacía tiempo que tenía yo ganas de echarle mano a un Arclight cuatrocientos. Este ya es un poquito viejo, pero es la joya de los servidores seguros. Hay que tener mucho cuidado para no clavarse sus espinas.

Roman y yo intercambiamos una mirada de perplejidad.

Priyanka empezó a tararear mientras toqueteaba la hilera de máquinas del servidor y pulsaba algunos botones. El cambio en el flujo de electricidad fue inmediato y me acarició los sentidos cuando las máquinas se calentaron y empezaron a ronronear. Había una pequeña bandeja para teclado justo debajo de la pantalla y Priyanka pulsó unas cuantas teclas.

—Dejarlo aquí, donde cualquiera podría entrar y llevárselo, parece muy arriesgado —dijo Roman despacio—. ¿No dijiste que en Haven tenían un sistema tecnológico y de seguridad muy avanzado, incluyendo un servidor?

—Sí —dije—. Pero los grandes riesgos pueden proporcionar grandes recompensas.

—Ya, pero parece... poco cuidadoso. Ruby no podría impedir que alguien

se lo llevara —insistió Roman—. No está lo bastante cerca como para intervenir de inmediato en el caso de que alguien lo intentase.

El corazón me empezó a latir más deprisa.

—¿Crees que le pertenece a otra persona?

—Creo que Ruby estaba intentando asegurarse de que alguien descubriera este sitio —se limitó a decir Roman—, en el caso de que ella no pudiera llegar.

—¡Ah! —exclamó alegremente Priyanka—. No hace falta reiniciarlo: es que se había aflojado la toma de corriente del segundo servidor. Vamos allá.

Se le iluminó el rostro cuando la pantalla cobró vida con un pitido electrónico. La diferencia en el flujo de energía de los dispositivos se notó de inmediato: de la toma de corriente más cercana surgió una oleada de corriente que fluyó por los cables como si fuera sangre.

Roman le lanzó a Priyanka una mirada inquieta y luego retrocedió hacia la ventana y se apostó allí para vigilar la calle.

—Hay algo en todo esto que no me gusta. Voy a revisar el perímetro de la casa para asegurarme de que no hay nada raro.

Cuando comprendí lo que había dicho y me volví hacia él, Roman ya había salido.

Las teclas sonaban como el tableteo de una ametralladora. En la oscuridad de la casa, la pantalla del ordenador proyectaba sobre Priyanka un inquietante resplandor.

—¿Cómo va? —le pregunté mientras me acercaba a ella.

La interminable lista de códigos que desfilaban por la pantalla no tenía para mí el menor sentido.

Priyanka se mordió el labio inferior.

—Necesito un minuto más. La seguridad de este sistema es...

La pantalla se volvió negra de repente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Priyanka empezó a teclear a toda velocidad.

—No lo sé...

La pantalla parpadeó y apareció una palabra.

CARGANDO . . .

Una y otra vez la misma palabra.

CARGANDO . . .

CARGANDO . . .

—¿Cargando qué? —le pregunté.

Priyanka tecleó un comando.

TRANSFERENCIA DE ARCHIVO A USUARIO DESCONOCIDO

CARGA COMPLETA

ARCHIVO 1 ELIMINADO

CARGA COMPLETA

ARCHIVO 2 ELIMINADO

—Mierda —dijo Priyanka—. Alguien está descargando y borrando el material del servidor.

—¿Quién? —le pregunté—. ¿No hay forma de saberlo?

CARGA COMPLETA

ARCHIVO 3 ELIMINADO

Miró hacia la puerta y luego hacia la pantalla parpadeante.

CARGA COMPLETA

ARCHIVO 4 ELIMINADO

—Voy a desenchufarlo —dije.

—No, no lo desenchufes, podrías cargarte los datos —dijo Priyanka—. Solo... Vale, a la mierda. Te vas a enterar, *skiddie*.

Desplazó las manos del teclado a la pantalla, la sujetó con fuerza y cerró los ojos.

—¿Priya?

Los abrió de golpe, justo cuando la pantalla volvía a llenarse de códigos verdes. Vi letras y números que se deslizaban por la pantalla, parpadeando entre el proceso de carga y una lista de archivos encriptados.

—No consigo... entrar...

CARGA COMPLETA

ARCHIVO 5 ELIMINADO

—¿Priya? ¿Priyanka?

Me dispuse a tocarla y una descarga de electricidad estática viajó desde mi dedo hasta su hombro. Me mordí la lengua al notar la punzada de dolor, pero ella ni siquiera se inmutó. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas finas como agujas. Las movía frenéticamente de un lado a otro, como si estuviera atrapada en una fase REM.

—No puedo..., necesito...

CARGA COMPLETA

ARCHIVO 6 ELIMINADO

Cuando conectaba con un circuito, siempre me imaginaba a mí misma disolviéndome en un millón de partículas de luz y energía. Sabía que era imposible, que en realidad no me había convertido en electricidad, pero a veces la razón decía una cosa y el instinto otra. Al ver en aquel momento a

Priyanka, con el cuerpo tan tieso como el servidor, la única imagen que me vino a la mente fue la de un enchufe en su toma de corriente.

La pantalla estaba repleta de archivos, imágenes y códigos, pero pasaban tan rápido que ni siquiera tenía tiempo de comprender qué estaba viendo. A Priyanka se le pusieron los ojos en blanco, pero siguió moviéndolos de un lado a otro, como si estuviera escaneando las líneas de material mucho más rápido que cualquier humano.

CARGA INTERRUMPIDA
CARGANDO . . .
CARGA INTERRUMPIDA
CARGANDO . . .

La puerta se cerró a mi espalda. Giré sobre los talones justo a tiempo de presenciar la expresión de horror de Roman al ver a Priyanka en aquel estado.

Cruzó la habitación como una flecha y se detuvo justo antes de tocarla, cuando Priyanka empezó a temblar. No hubiera sabido decir dónde terminaba la fuente de energía de los ordenadores y terminaba Priyanka. Roman chasqueó los dedos justo delante de ella.

—¡Joder, Priyanka, suéltalo!

—Me ha dicho que no lo desenchufara...

—No, ¡no lo hagas! —aulló Roman—. Entraría en estado de shock. Necesito... necesito que vayas al coche. Abre el maletero. Hay dos botes, uno que dice metoprolol y otro que dice haloperidol. Y también necesito una jeringuilla.

—¿Qué es todo esto? —dije con voz lastimera, como si estuviera mendigando—. ¿Qué es lo que está haciendo?

El flujo de información de la pantalla seguía el mismo ritmo que las sacudidas que experimentaba Priyanka, que el parpadeo de sus ojos y la

vibración de los aparatos en el servidor. Como si llegara desde muy lejos, percibí el agudo zumbido de los servidores, el olor a humo y plástico fundido.

«Priyanka está en el ordenador», pensé.

Su mente era...

Roman echó los hombros hacia atrás y respiró hondo como si quisiera serenarse. Las manos le temblaron sobre el brazo de Priyanka, pero no la tocó.

—Cógeme la pistola y sujétala con fuerza.

Obedecí y me coloqué la pistola bajo la cinturilla del pantalón.

—¿Qué está pasando?

—Tranquila, todo va bien —dijo, pero no a Priyanka, sino a mí—. Por favor. Ve a buscar el metoprolol y el haloperidol.

Cuando Roman finalmente cogió a Priyanka, los músculos del cuerpo se le tensaron al máximo.

—Puedo sacarla... No... desenchufes... —murmuró.

Sufrió una especie de sacudida y se balanceó ligeramente sobre los pies. Cerró los ojos de golpe, pero me di cuenta de que seguía moviéndolos bajo los párpados, en el mismo estado de trance.

—Os voy a matar a los dos —murmuré—. En cuanto me despierte de esta alucinación.

Y esa fue la explicación a la que me aferré. Sí, seguramente aún seguía dormida en el coche y aquello era..., ¿cómo lo llamaba Chubs? Parálisis del sueño, cuando la mente está lo bastante despierta para sentir el terror de las pesadillas, pero el cuerpo está atrapado en una prisión de profunda relajación y es incapaz de reaccionar o defenderse de los monstruos.

Fuera lo que fuera aquella conexión con las máquinas, no era psiónica. No, no, eso tampoco era cierto: podía ser psiónica, pues ese término condensaba cualquier cosa relacionada con los poderes sobrenaturales de la mente. Lo único que ocurría era que yo jamás había visto nada parecido.

Una cosa era cierta: estaba clarísimo que aquellos dos no eran ni verdes ni amarillos.

Las máquinas emitieron un doloroso lamento cuando la energía sobrecargó las placas base internas. Todos los sonidos de aquella habitación, excepto nuestra respiración, eran antinaturales. Chasquidos, pulsaciones, zumbidos, pitidos...

Me obligué a salir de aquella especie de aturdimiento y eché a correr hacia la puerta. La hierba y el barro me salpicaron los tobillos mientras cruzaba el jardín y trataba de abrir el maletero. Roman no había cerrado el coche, lo cual me pareció una jugada peligrosa para alguien que, por lo general, casi siempre lo tenía todo controlado en cuestiones de seguridad.

«Sabía que esto podía ocurrir», pensé. Sí, Roman debía de haberlo imaginado.

Abrí las bolsas de la tienda y rebusqué entre las cajas de medicamentos y comida hasta que encontré los botes que necesitaba. Uno, el metoprolol, venía en pastillas y el otro, el haloperidol, en forma líquida.

La jeringuilla... Para eso la necesitaba. Encontré una caja de jeringas y, tras vaciarla, cogí unas cuantas. No venían las instrucciones sobre cómo administrarlas.

—Pues claro que no —murmuré—, porque se supone que lo tiene que hacer un puto médico... ¿Pero qué coño...?

Una inesperada chispa de energía me invadió los sentidos y abrasó cualquier otro pensamiento. Noté un subidón de adrenalina al erguirme, en busca de la fuente de aquella energía. Estaba lejos, pero se acercaba. Tres, cuatro, cinco, seis chispas. Energía de baja intensidad, como si se tratara de...

«Intercomunicadores». Soldados.

Sujeté los fármacos contra el pecho y eché a correr hacia la casa. Al llegar, empujé la puerta con el hombro para abrirla. Patiné sobre el suelo cubierto de polvo y me detuve de golpe.

Se me cayeron de entre los brazos las jeringuillas y los fármacos cuando me llevé una mano a la espalda para coger la pistola que le había quitado a Roman.

—Atrás.

Lana estaba junto a Roman y a Priyanka, observándolos a través de una cortina de pelo enmarañado. No los había tocado. No parecía haberles hecho nada. De momento.

La chica no se movió. Se limitó a observarme con una mirada que parecía tener mil años de edad.

—¿Dónde están sus medicinas?

—Atrás —la advertí de nuevo al tiempo que quitaba el seguro de la pistola.

Las chispas estaban cada vez más cerca, justo al otro lado de la casa. Otro equipo de extracción, al parecer.

Nada más asimilar esa idea, se me ocurrió otra de inmediato: aún tenía mis poderes.

—Estrella azul...

Desvié la mirada hacia Priyanka. Las sacudidas eran ahora más violentas, como si quisieran arrancarle las pocas fuerzas que aún le quedaban.

—Estrella azul —murmuraba—, estrella azul, estrella azul, estrella azul...

Aquellas palabras evocaron algo en mi mente, una especie de recuerdo.

—Muy bien, Pri. Lo has adivinado, ¿verdad?

Lana tenía la mirada fija en los cuerpos rígidos de Roman y Priyanka, que seguían moviendo sin descanso los ojos bajo los pesados párpados. Y entonces, como marionetas cuyas cuerdas corta alguien, se desplomaron en el suelo, todavía retorciéndose. Lana me ignoró, ignoró la pistola y se dispuso a coger los fármacos.

Disparé al suelo justo a su lado para impedirselo. En el exterior, los soldados que habían venido a apoyarla se estaban reagrupando. Solo me quedaban unos segundos antes de que entraran en tromba en la casa.

Fijé la mirada en la otra chica. La simple presencia de Lana no era la causa de la supresión de poderes. Seguramente, tenía que concentrarse para que ocurriera, igual que el resto de nosotros. Y, de momento, yo seguía conservando los míos.

Mi hilo plateado de energía se entrelazó con cada una de las chispas del exterior. Me hice con el control de las baterías de los intercomunicadores y lancé la energía hacia delante, tirando cada vez más hasta que los soldados empezaron a gritar de dolor.

Las seis señales energéticas desaparecieron. No llegaron más.

Algunos de los soldados seguían vivos, pues los oía gritar de dolor. El primer ataque no había bastado para neutralizar la amenaza que suponían. No del todo, al menos. El hilo plateado encontró otra fuente de energía, más poderosa. El motor del aire acondicionado situado en el exterior.

Lana levantó despacio la mirada, entornó los ojos y yo aproveché aquella última oportunidad.

La explosión del motor nos hizo saltar a las dos y se me escapó la pistola. Me golpeé la cabeza contra el suelo y todo se volvió oscuro.

Cuando recuperé el conocimiento, Lana ya se estaba incorporando. Se puso en pie como pudo y se llevó la mano al corte que tenía en la frente. La pared trasera de la casa estaba ardiendo. Las llamas se extendían por el suelo y el techo y llenaban de humo la habitación.

Lana se dejó caer de rodillas al suelo, junto al medicamento en forma líquida y cogió una de las jeringuillas. Clavó la aguja en la botella abierta y llenó la jeringa con mucho cuidado, controlando la cantidad.

Roman, en el suelo, gimió y dobló las piernas en un gesto de dolor. No parecía consciente de la presencia de su hermana, como tampoco parecía haberse enterado de la explosión. Era como si para él no existiera nada más que aquella abrasadora agonía que lo estaba devorando por dentro.

Lana se arrastró hacia Priyanka con la jeringuilla en la mano. Me abalancé

sobre ella y la derribé de nuevo al suelo.

La punzada de dolor que noté en el cerebro me pilló por sorpresa cuando Lana desactivó mis poderes. Me golpeó con el codo. El mismo cosquilleo de la otra vez, como si fueran agujas al rojo vivo, me recorrió la espalda y me dejó una especie de vacío irregular y profundo, como si me hubieran arrancado mis aptitudes del interior del cuerpo.

—Tú... —dije atragantándome.

—¡Necesita la medicina! —rugió Lana—. ¡Estoy intentando ayudarla!

Le di una patada en la mano y se le cayó la jeringa.

Y, en ese momento, fue como si le ocurriera algo. Una extraña luz le iluminó la mirada.

—Tú no sabes nada —se burló Lana con voz cantarina—. ¡Tú no sabes nada! Ah, ¿pensabas que eran tus amigos? ¿Te han contado alguna historia triste sobre la trágica vida que han tenido?

—Me han contado lo bastante —dije mientras caminábamos en círculos los dos. Lana se lamió los labios, disfrutando claramente con todo aquello—. Me han hablado del Círculo psiónico.

Frunció el ceño.

—¿El Círculo psiónico? ¿De qué estás hablando? Nos crio Gregory Mercer. Habrás oído hablar de él, ¿no? Sí, se te nota en la cara.

Mercer. Estrella Azul.

Y entonces lo comprendí. Sí, conocía el nombre. Estaba en la lista de personas buscadas por el FBI por tráfico de armas. El suyo había sido uno de los pocos sindicatos del crimen que se habían mantenido a flote y habían prosperado después de que se cerraran las fronteras de Estados Unidos durante la epidemia psi.

Estrella Azul. Su organización.

Estrella Azul. Como el tatuaje que llevaba Priyanka en la muñeca. Lana se subió la manga y me mostró el suyo, también en la muñeca.

El asombro me impidió moverme, como si tuviera los pies clavados en el suelo.

«Mentirosos». Aquella palabra, tan fea como amarga, resonó en mi interior.

Después de todo lo que había ocurrido, me habían vuelto a mentir. Y la diferencia era que, esta vez, yo había sido lo bastante estúpida como para creérmelos.

«¿Qué había sido de aquello de “gato escaldado del agua fría huye”?», me pregunté furiosa.

—El señor Mercer nos convirtió en lo que somos. Se ocupó de nosotros — dijo Lana—. Mi hermano y Priyanka dejaron que alguien les llenara la cabeza de mentiras. Le hicieron mucho daño cuando se marcharon, mucho, y... — Una expresión de rabia le endureció el rostro—. Tendrán que responder por ello, pero el castigo no será tan duro ahora que han decidido volver conmigo.

Me erguí, incapaz de ocultar mi sorpresa ante la convicción de la joven.

—No quieren volver —le dije con la garganta reseca por el humo—. Quieren ayudarte a huir de... de Mercer.

—¿Ah, sí? —preguntó Lana con una voz demasiado dulce que no encajaba con la expresión siniestra de su rostro—. ¿Y entonces qué hacían aquí, poniendo en marcha el servidor para ayudar a Mercer? Solo nos proporcionó acceso remoto al servidor después de que lo sacáramos de la casa.

—¿A quién? —pregunté.

Pero ya lo sabía. Lo sabía.

La rabia, tan incontenible como abrasadora, me recorrió por dentro. Era imposible. La memoria de Clancy estaba bloqueada. Cómo iba a recordar dónde había dejado el servidor en su vida pasada con la suficiente exactitud como para... El resto de las palabras se me atragantaron.

Extracción. Clancy le había pedido a Estrella Azul que lo sacara de su casa. De Charleston.

Por algún motivo, lo recordaba.

Lana se limitó a sonreír.

—El negocio del jefe ahora es suyo.

Tras ella, una parte de la pared se derrumbó. Ninguna de las dos se inmutó siquiera.

—No me crees —dijo. Se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un dispositivo negro que me resultaba familiar. La batería de repuesto—. Dime, ¿por qué llevaba Priya el localizador del dron? ¿Por qué lo encendió, si no quería que viniera a buscarlos?

Cogí aire con fuerza y prácticamente me atraganté. La sangre me abandonó el rostro con tanta rapidez que tuve la sensación de que el suelo me temblaba bajo los pies.

«Cuanto más la persigamos, más correrá y más se alejará —había dicho Priyanka—. Tenemos que encontrar la forma de que sea ella la que se acerque a nosotros».

«Oh, Priyanka», pensé mientras contemplaba su figura aún temblorosa en el suelo. «De todas las cosas estúpidas y desesperadas...».

—No te estaba diciendo que quería que la recogieran —le dije a Lana—. Te estaba conduciendo a una trampa. Y te has metido de lleno en ella.

A Lana se le transformó el rostro y me miró con rabia. Frunció el labio superior y esa fue la única advertencia antes de que se abalanzara sobre mí.

Me clavó la cabeza en el estómago y me dejó sin aliento. Nos fuimos las dos al suelo. La empujé mientras ella resoplaba y me arañaba, mientras trataba de inmovilizarme clavándome las rodillas en el costado. Traté de apartarla de una patada, pero justo entonces me dio un puñetazo en la mejilla.

—Has sido tú, ¿verdad? —me gritó en la cara—. ¡Tú los has cambiado! ¡Tú eres la que me los ha arrebatado!

«No dejes que se te suban a la espalda —resonó en mi mente la voz de

Vida, mientras la vista se me iba llenando de manchitas negras—. Porque entonces no podrás volver a levantarte».

Jadeé. Lana se inclinó sobre mí y me rodeó el cuello con las manos.

«Levántate...».

Tenía las uñas rotas o, mejor dicho, ni siquiera tenía uñas, pero aun así le dejé marcas irregulares en la nariz y en la mejilla cuando se las clavé con todas mis fuerzas.

—No hace falta que te lleve viva —me dijo—. Para él todo sería más fácil si desaparecieras. Será más fácil.

Se le dilataron tanto las pupilas que el iris prácticamente desapareció. El odio de su mirada me hizo sentir como si me estuvieran desollando viva, justo antes de que la abrasadora agonía se adueñara de nuevo de mi cráneo e hiciera saltar por los aires mis últimos pensamientos. Pateé el suelo con los pies y retorcí el cuerpo de dolor cuando se me nubló la visión y todo se empezó a volver negro.

A punto de perder el conocimiento, oí el sonoro restallido de un disparo y la presión y el dolor que notaba en todo el cuerpo aflojaron de golpe. Desapareció el peso que notaba en el pecho y el aire cargado de humo me llenó rápidamente los pulmones. Jadeé y tosí, mientras trataba de apartar las manos invisibles que aún me atenazaban el cuello.

Lana se puso en pie y retrocedió tambaleándose hacia la pequeña cocina. Se llevó una mano al hombro, pero no había sangre. La bala no había perforado la piel ni el músculo. Solo había un desgarró en la chaqueta, allí donde la bala había rozado el cuero.

Roman había encontrado la pistola que a mí se me había caído y había levantado el torso del suelo lo suficiente como para apuntar y disparar. No hubiera sabido decir cuál de los dos parecía más sorprendido por lo que Roman acababa de hacer.

—Lana... ¡espera!

Pero ella dio media vuelta, desapareció entre el humo y, un segundo después, supe que no había eliminado a todos los soldados. Dos figuras, cuyos rostros pálidos habían adquirido una intensa y dolorosa tonalidad roja, surgieron de la oscuridad de la cocina y se abalanzaron hacia delante. Roman disparó de nuevo y derribó a uno de ellos, pero el otro ya lo tenía en el punto de mira.

Un grito de rabia resonó en la casa. Priyanka, iluminada por el fuego, se había puesto en pie. Tensó al máximo todos los músculos del cuerpo al coger el servidor y levantarlo del suelo, con todos los aparatos conectados, como si no pesara nada. Se lo lanzó al soldado con la fuerza suficiente como para que el suelo se agrietara cuando se le cayó encima.

—¡Priya! —gritó Roman con voz sofocada—. ¡Basta!

Pero Priyanka echó a correr hacia el hombre y cruzó la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Apartó de su camino el servidor, se arrodilló sobre el pecho del hombre, unió ambas manos sobre la cabeza y luego las descargó con todas sus fuerzas en la cara del hombre. Sus movimientos eran tan erráticos y bruscos que me sentí como si estuviera viendo una película fotograma a fotograma.

Priyanka era demasiado rápida. Demasiado fuerte. Le veía el pulso latir bajo la piel, más y más rápido cada vez que bajaba las manos.

Roman se arrastró hacia delante y cogió la jeringuilla que Lana había llenado. Priyanka seguía convirtiendo la cara del hombre en una masa sanguinolenta cuando Roman se tambaleó tras ella, le clavó la aguja en el cuello y presionó el émbolo.

—¡No! —aulló ella tratando de arrancarse la jeringa—. ¡Aún no he terminado! ¡Con esto no es suficiente!

Golpeó a Roman con el brazo, lo bastante fuerte como para lanzarlo al otro lado de la habitación. Roman chocó con el bote de píldoras, lo cogió y trató de arrancarle el tapón.

Priyanka se puso en pie con una agilidad casi sobrehumana. Tenía la mirada vidriosa, demasiado brillante, y en sus ojos percibí la mirada de un depredador.

—¿Dónde está Lana? ¿Dónde ha ido?

—Te... te lo enseñaré —dije con voz ronca al tiempo que intentaba ponerme en pie pese a que me temblaban las piernas.

—¡Detenla! —gritó Roman con la voz atenazada por el pánico—. ¡No dejes que Priya se marche!

A los servidores aún les quedaba algo de energía bajo las carcasas recalentadas. Cuando pasé por delante, rocé con la pierna uno de ellos y capté la débil carga, que transporté conmigo los últimos pasos que me faltaban para llegar a Priyanka.

El voltaje saltó con un débil chasquido de mis dedos a su piel. Irguió el cuerpo y abrió muchos los ojos en un gesto de momentánea sorpresa. Había llegado el momento de sujetarla con los brazos e inmovilizarla.

Roman le metió las pastillas en la boca, a la fuerza, y se la tapó con una mano para impedir que las escupiera. Priyanka forcejeó con los dos. Noté en la piel su pulso, demasiado rápido, cuando los músculos y los ligamentos se le volvieron de acero.

—Tienes que tragártelas, lo siento, ya lo sé —le estaba diciendo Roman—. Por favor, tómatelas, tómatelas y ya está...

Me di cuenta de que no quería hacerlo, pero lo hizo de todas formas. Roman tenía el rostro bañado en sudor cuando finalmente retiró la mano.

—Lana —lloriqueó Priyanka tratando aún de soltarse. El pulso era cada vez más lento y, poco a poco, se iba quedando sin fuerzas—. No... Dejarme que la ayude... Por favor... No estoy...

—¿Qué le has dado? —quise saber.

—Un sedante y... —dijo Roman al tiempo que apoyaba una mano en la frente— y algo para que no le dé un ataque.

Las sirenas que se oían a lo lejos puntuaron sus palabras.

—Mierda —dijo al tiempo que se pasaba por encima de los hombros un brazo de Priyanka.

Cogí la pistola que Roman había usado y luego me coloqué al otro lado de Priyanka. Daba la sensación de que las piernas se le habían vuelto de arena, cosa que me obligó a cargar con su peso.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Roman con un rápido parpadeo.

Yo tenía el rostro empapado en sudor y el humo me impedía pensar con claridad. Si permanecíamos allí un minuto más, el techo se nos caería encima.

Pero Roman parecía tan débil como Priyanka. Avanzamos despacio, tambaleándonos por el jardín. El calor del fuego rugía detrás nuestro.

Cuando llegamos al coche, Roman apenas podía abrir la puerta trasera, pues la mano le resbalaba de la manija una y otra vez, como si no pudiera cogerla.

—¡Ya lo hago yo! ¡Tú pon el coche en marcha! —le ordené.

Me costaba tanto hablar que, por un momento, tuve la sensación de que Lana aún me estaba estrangulando.

Roman asintió y avanzó tambaleándose hacia la puerta del conductor. Oí el ruido del motor justo cuando había conseguido introducir casi todo el cuerpo de Priyanka en el coche. Los músculos de mi cuerpo casi suspiraron de alivio cuando finalmente conseguí tenderla en el asiento trasero. Le controlé el pulso una vez más y comprobé, satisfecha, que latía despacio pero con normalidad.

—¿Has visto adónde ha ido Lana? —preguntó Roman con un tono de voz débil.

Me invadió de nuevo la rabia mientras abría de un tirón la puerta del pasajero y luego, tras haber entrado, la cerraba con fuerza.

—Se ha largado.

Apoyó las manos en el volante y soltó otro taco, esta vez en un idioma que

me pareció ruso.

—No —le dije. Las sirenas se acercaban cada vez más, puede que ya solo estuvieran a unas pocas calles de distancia—, no es justo que te enfades por esto. ¡Limítate a conducir!

Roman no se movió. Escudriñó la calle con una desesperación que en cualquier otra circunstancia me hubiera partido el corazón. Así que hice lo único que se me ocurrió: sacar la pistola y apuntarle.

Apreté los dientes.

—Conduce.

Quitó el freno de mano y el coche salió lanzado hacia delante. Se subió al bordillo y luego bajó bruscamente de nuevo a la calzada. El motor subió de revoluciones cuando giró en la siguiente calle.

El zumbido de la electricidad estática había vuelto y me inundaba el cerebro. Las luces del salpicadero parpadearon.

—Dime qué está pasando —dije sujetando la pistola con firmeza.

Apoyé la espalda en el cristal de la ventanilla, para dejar entre los dos la máxima distancia posible. En el asiento trasero, Priyanka gimoteaba casi imperceptiblemente.

—Háblame de Estrella Azul. ¡Dime qué tiene que ver con todo esto!

Roman parpadeó rápidamente, y el color se le escurrió de la cara como si fuera tinta sobre papel mojado. Se llevó un puño a la sien y se golpeó. Tenía los labios pálidos, fruncidos en un gesto de claro dolor, y respiraba agitadamente.

—Basta —le susurré. La pistola me tembló en la mano—. ¡Basta! ¡Deja de hacerte daño!

—Coge... —empezó a decir. El coche dio un brusco bandazo antes de que consiguiera controlarlo—. Coge... el... volante.

Fue lo último que dijo Roman antes de desmayarse.

Salté a su asiento y cogí el volante. La aguja del cuentakilómetros subía

cada vez más, ciento cuarenta, ciento cincuenta, ciento sesenta. La carretera terminaba abruptamente en una escuela en construcción, justo al final. Los faros iluminaron una pancarta amarilla y su orgulloso anuncio: ¡ABRIMOS EL PRÓXIMO CURSO PARA LAS MENTES MÁS BRILLANTES!

No tenía tiempo de apartar a Roman del asiento. Me subí encima de él, me senté en su regazo y de una patada le aparté el pie del acelerador. Las ruedas del coche chirriaron cuando pisé el freno a fondo y giré el volante a la derecha hasta bloquearlo.

El coche se detuvo bruscamente, pero no antes de chocar contra el andamio que rodeaba la pancarta, que cayó revoloteando sobre el capó.

Finalmente, todo quedó inmóvil.

—¿Qué... —jadeé— coño... está... pasando?

Me senté sobre la tierra de la carretera desierta, entre los haces de luz de los dos faros. El mismo polvo que habíamos levantado al recorrer a toda velocidad aquel camino rural desierto flotaba perezosamente en el aire, como si no supiera dónde posarse. La luz desdibujaba aquel paisaje oscuro y me imaginé que aquello debía de parecerse mucho a estar dentro de una corriente eléctrica. Todo resplandecía. Todo parecía simplificado. Contemplé la danza hipnótica de las partículas de polvo mientras seguían descendiendo en el aire y traté de ignorar la marea de siniestros pensamientos tanto tiempo como pude.

Desde el principio había tenido la sensación de que me faltaba por lo menos una pieza de aquel rompecabezas. Eran demasiados los aspectos que no tenían sentido, ni siquiera después de haber descubierto la existencia de Lana. Y, en algunos casos, seguían sin tenerlo.

Me dije que ese era el motivo de que aún no hubiera abandonado a Roman y a Priyanka en la cuneta. Durante unos cuantos minutos, me había sentido tan furiosa que había considerado muy en serio esa posibilidad. Lo único más poderoso que aquella asfixiante sensación de traición había sido, sin embargo, la necesidad de saber. De sacarles a la fuerza, si era necesario, las últimas respuestas.

El aire era fresco y seco y, durante un rato, lo único que hice fue escuchar el sonido de mi respiración a medida que iba expulsando el humo de los pulmones. Esperaba que se llevara, aunque solo fuera en parte, la humillación que sentía, pero la paz momentánea no duró mucho y no pude contener el

torrente de pensamientos. Todas mis preguntas cambiaban como el viento: «¿Por qué me han mentido?» se convertía en «¿Por qué los has creído?».

Su deseo de ayudar a Lana había explicado todo lo que yo necesitaba saber y su voluntad de salvar a los niños de Haven me había dicho lo que de verdad importaba.

¿Tan desesperada de amistad estaba, tan desesperada de una conexión real que incluso había dejado de cuestionar y analizar todo lo que estaba sucediendo? ¿Había valido la pena cambiar el control y la supervivencia por unos minutos de risas y de vida?

«Lo único que pretendían desde el principio era utilizarte».

Y así había sido siempre mi vida, ¿no? Durante mucho tiempo, me había negado a aceptarlo, por no hablar ya de hacer algo al respecto. Sí, había tenido amigos en otros tiempos, pero últimamente lo único que hacía la gente era fingir que se preocupaban por mí, siempre y cuando yo pudiera hacer algo a cambio. Hasta me habían asignado a Mel. No había sido una elección mía.

No podía dejar de pensar en Mel sin pensar en su muerte y, una vez que empecé a llorar, ya no pude parar. Me incliné hacia delante, me abracé las rodillas y dejé que las lágrimas me resbalaran por las mejillas y cayeran al suelo.

—Serás... —empecé a decir, pero las palabras se me atascaron en el pecho. «Serás estúpida. ¿Cómo has podido ser tan estúpida?».

No era estúpida. Nunca había sido estúpida. Pero estaba... sola.

Me sequé la cara con la camiseta y respiré hondo. Durante los últimos minutos, tenía en cierto modo la sensación de haberme vuelto más pequeña, de haberme encogido. Erguí el cuerpo y jugueteé con la gravilla suelta de la carretera.

—Deja de compadecerte de ti misma —me dije.

Me lo repetí una y otra vez hasta que la frase adquirió fuerza y se convirtió en una orden: «Deja de compadecerte de ti misma».

No tenía tiempo para esas cosas, pues los asesinos seguían sueltos y mi nombre estaba teñido de sangre. Los chicos de Haven confiaban en mí para que encontrara a Ruby y a Liam.

—No te has largado.

Ni siquiera había oído abrirse la puerta, ni sus pasos..., pero era propio de Roman. Pese a su corpulencia y su letal entrenamiento, se movía como un susurro. Allí de pie, fuera del alcance del resplandor de los faros, su figura era solo un poco más oscura que el cielo nocturno que se recortaba tras él. De haber sido un poco más oscura, habría desaparecido.

Pero, a pesar de todo, me dio un vuelco el corazón al escuchar su voz.

—¿Es decepción eso que detecto en tu voz?

—Zu... Suzume —se corrigió.

No entendí por qué esa formalidad me llegó tan hondo.

—¿Y adónde querías que fuera? —le pregunté muy seria, volviendo la vista atrás—. ¿Qué podría haber hecho, aparte de abandonar vuestros cuerpos inconscientes en alguna cuneta?

Avanzó con paso inseguro hacia el capó del coche y se sentó en él.

—Habrías estado en tu derecho —dijo—. Y yo no te hubiera culpado.

—¿Priyanka está despierta? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿De verdad estás preocupado? —dije, pero no pude impedir un tono amargo—. ¿O es que otra vez se me escapa algo?

—Quería contártelo...

Me puse en pie.

—Lo que querías hacer no importa. Lo que importa es lo que has hecho. O sea, mentirme.

Por lo menos, no trató de discutirme ese punto. Me detuve delante de él y crucé los brazos sobre el pecho. Se fijó en los rasguños que yo tenía en el

cuello y se los quedó mirando, hasta que su palidez se volvió aún más intensa.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No mucho —respondí.

No desvió la mirada, sino que giró las manos sobre el regazo, en una especie de gesto de súplica.

—¿Estás dispuesta a escuchar mi explicación? —preguntó—. Si quieres marcharte, lo entiendo. Pero necesito que me escuches, porque lo que tengo que decir te afecta. O, mejor dicho, afecta tu seguridad.

—Estoy deseando escuchar tu explicación, pero no te garantizo que no vaya a interrumpirte de un puñetazo —dije—. Porque, ahora mismo, es lo único que me apetece.

«No sé qué has hecho, pero has conseguido gustarme».

Dejó caer la mirada hacia el capó del coche. Y, luego, volvió a mirarme.

—Puedes hacerlo, si así te sientes mejor. De hecho, Priyanka dice que hay momentos en los que estoy de bofetón.

«Y yo también quería gustarte».

Negué con la cabeza.

—Limítate a hablar.

Soltó un largo suspiro.

Apoyé una cadera en el capó del coche y dejé que el aire nocturno me penetrara en la piel. Esperé. Roman parecía necesitar unos minutos para reorganizar las ideas o, por lo menos, elaborar mentalmente una historia. Esa tendría que haber sido la primera pista para darme cuenta de que no existía una explicación sencilla.

—¿Has oído hablar de una organización llamada Estrella Azul? —me preguntó.

—¿Te refieres a la organización para la que en realidad trabajáis? —dije.

Abrió mucho los ojos y proseguí—: Oí a Priyanka pronunciar ese nombre en la casa. Y tu hermana tuvo el encantador detalle de ampliar la información.

Soltó el aire con fuerza.

—Entonces ya debes de saber que es un sindicato del crimen. Una familia. Que dirige Gregory Mercer.

—He oído hablar de él —respondí—. Es un contrabandista. Armas, sobre todo.

Roman asintió.

—Vender armas es una parte muy lucrativa de su negocio. Cuando estaba empezando, haciéndose un nombre en el mercado, aceptaba cualquier clase de trabajo a sueldo: asesinatos, robo de obras de arte, sobornos, blanqueo de dinero... Pero en realidad su negocio no despegó hasta que empezó a desarrollar nuevas drogas e inundó el mercado con ellas.

—Qué majo —me limité a decir.

—En un principio, el destino de esas drogas no era el mercado. Eran los subproductos de otro de sus planes: encontrar la forma de recrear el agente químico que provocó la mutación psi en los niños.

—El Agente Ambrosía —apunté.

—Eso es. El Agente Ambrosía —dijo Roman al tiempo que respiraba hondo una última vez—. Hace mucho tiempo... cuando yo tenía cinco años y Lana tres, nuestra madre pasó una época muy complicada. Ya te he hablado de mi padre.

Asentí.

—Mi madre no quería aceptar su dinero. Intentaba alimentarnos y mantenernos a salvo con sus propios medios. Lo intentaba de verdad —dijo, como si le pareciera muy importante que yo lo entendiera—. Por aquel entonces vivíamos en Tolyatti, en Rusia, cuando nos enteramos de lo que estaba ocurriendo en Estados Unidos. Lo de la terrible epidemia que estaba matando a los niños. Cuando se dieron unos cuantos casos en nuestro país, a

todo el mundo le entró el pánico. Ya no nos dejaban ir al colegio. Ni nos dejaban salir a la calle a jugar con los otros niños del barrio. Pero lo peor llegó cuando la economía estadounidense se hundió. La enfermedad no se extendió como imaginábamos, pero sí el cierre de las empresas. La fábrica de coches en la que trabajaba nuestra madre cerró y ella perdió su trabajo. Lo perdimos prácticamente todo.

—Lo siento —dije, aunque aquellas palabras me parecieron insuficientes—. Pero... ¿cómo terminasteis aquí, en Estados Unidos?

Ladeó la cabeza hacia el hombro derecho.

—Nuestra madre trabajaba en lo que podía, de día y de noche. La mayor parte del tiempo, Lana y yo estábamos solos. Un día, cuando estábamos jugando en la calle, se nos acercó un agente de policía. Dijo que nuestra madre había sufrido un terrible accidente y que teníamos que acompañarlo al hospital.

Me erguí.

—¿Y era cierto?

—No. Nos metieron en una camioneta con unos cuantos niños más y nos dijeron que si no guardábamos silencio nos matarían. Dijeron que íbamos a un nuevo hogar y nos llevaron a un orfanato que estaba a miles de kilómetros, en Ucrania. Ellos... aquellos hombres —dijo Roman al tiempo que cerraba los puños sobre el capó del coche— intentaron separarnos a Lana y a mí, pero ella estaba muy enferma. Siempre estaba enferma. Y los hombres no tardaron en darse cuenta de que yo podía cuidarla y mantenerla viva. Y, en el fondo, les daba igual, lo único que querían era su dinero. Estuvimos en el orfanato solo un año, hasta que Mercer nos compró.

—¿Cómo? ¿Os compró? —repetí.

—Estados Unidos había cerrado las fronteras, así que no podía hacernos entrar legalmente. Tampoco podía adoptarnos legalmente. Pero el hombre que estaba al mando en el orfanato estaba dispuesto a trabajar en secreto para

él. Eran tiempos difíciles y necesitaba dinero... —dijo Roman al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro—. Nos compró a mí, a Lana y a otros seis niños. Nos introdujeron en el país dentro de un contenedor marítimo. Uno de los niños que viajaban con nosotros murió. Hacía tanto frío que murió congelado. De vez en cuando, aparecía alguien para vaciar el cubo en el que hacíamos nuestras necesidades o para traernos algo de comida, pero nos pasamos semanas enteras viviendo en aquellas condiciones. ¿Recuerdas cuando nos metieron a los tres en aquel contenedor marítimo, en Pensilvania? Fue Mercer. Y eso es solo una muestra de su crueldad.

Tenía un nudo en la garganta que me impedía hablar. Lo único que podía hacer era mirar a Roman, tratar de asimilar el dolor que irradiaba cada centímetro de su cuerpo.

Roman parecía decepcionado.

—No me crees. Lo entiendo... Ya sé que todo esto parece imposible.

—No eres tan buen mentiroso —dije—. Te creo. Y hasta se me han puesto los pelos de punta. Pero lo que me cuesta aceptar es que supieras desde el principio quién estaba detrás del secuestro.

Negó con la cabeza.

—Te juro que no lo sabía. Priya y yo teníamos sospechas, pero no reconocimos a ninguno de los secuestradores. No estuvimos seguros del todo hasta que vimos a Lana. Mercer no habría permitido que la utilizara nadie más, para ninguna clase de trabajo. Lana es suya y solamente suya.

—Entonces, ya hace unos cuantos días que lo sabes —señalé—. Lo sabías cuando encontramos el coche de Ruby. Lo sabías cuando fuimos a ver a Gray. Lo sabías cuando hemos entrado en esa casa. Veías lo mucho que me costaba aceptar el hecho de no saber quién estaba detrás del atentado y del secuestro y, aun así, ¿no me lo contaste?

En su rostro apareció una expresión de dolor.

—Quería hacerlo. Pero no podía hasta que tuviéramos la información

necesaria para demostrarlo y exponer a Mercer. Era demasiado peligroso.

—Yo decido lo que es demasiado peligroso para mí —dije en tono brusco—. No era asunto tuyo.

—Es que es mucho más que eso —dijo—. Nosotros no somos los únicos que están en peligro.

—Bueno, pero somos los que están en peligro inmediato —respondí—. ¿Sabes que Priyanka es la responsable de que Lana y ese equipo nos hayan encontrado?

Se restregó la cara y soltó un gemido de frustración.

—¿En serio?

—Le quitó el localizador al dron —dije.

—Priya... —dijo con una expresión de dolor—. No quiere esperar hasta que encontremos a Ruby. Quiere rescatar a Lana ya, para poder protegerla. No es que no atienda a razones, es sencillamente que el amor que siente por ella es más fuerte.

—¿Qué le ha pasado en la casa? —le pregunté—. Antes de que le dieras ese cóctel de fármacos, es como si se hubiera convertido en una superheroína. O se hubiera metido un chute de polvo de ángel.

Roman abrió la boca, como si se dispusiera a decir algo, y volvió a cerrarla enseguida.

—Tengo que retroceder otra vez en el tiempo para explicarlo, ¿de acuerdo? Asentí.

—A ver... —empezó a decir—. Priyanka llegó unos tres años después que nosotros.

—O sea, que Mercer también la introdujo en el país, ¿no?

—No, ella ya estaba en Estados Unidos. El padre de Priya era un rival de Mercer y Mercer la secuestró para presionarlo. No funcionó. Sobre todo porque, si existe en el mundo un hombre más cruel que Mercer, es el padre de Priyanka.

Madre mía.

—Bueno, tampoco me parece bien contarte toda su historia —dijo. Asentí de nuevo y él prosiguió—: Durante un tiempo, no ocurrió nada. Mercer nos había alojado a todos en un complejo militar, a las afueras de Nueva Orleans. Nos enseñaron técnicas de supervivencia. Nos enseñaron a luchar y a disparar. Mercer se comportaba como un padre benévolo y nos colmaba de cumplidos y atenciones cuando hacíamos exactamente lo que él decía. Y un día, cuando Priyanka y yo teníamos doce años y Lana diez, Mercer trajo a un hombre llamado Wendall. Jonathan Wendall. Trabajaba para Leda Corp, en el sector de desarrollo e investigación.

Leda Corp... la compañía responsable del Agente Ambrosía y de los años de pruebas que dieron como fruto lo que había causado la ENIAA. Solo de oír aquel nombre me invadía la rabia.

—Fue entonces cuando empezaron los experimentos —dijo Roman al tiempo que se frotaba la frente—. Todos los días, el doctor Wendall nos llevaba a uno o dos de nosotros al laboratorio. Nos hacía análisis de sangre. Escáneres. Nos inyectaba esto o lo otro. Anotaba los resultados. Nos encontrábamos fatal, pero nada más. Durante dos años. Y entonces, cuando se cerraron los campos de rehabilitación e intervinieron las Naciones Unidas, las cosas cambiaron. Muchos niños se perdieron entre las grietas del sistema y Mercer consiguió hacerse con verdaderos psi. Psi no reclamados.

«No reclamados». Aquellos niños cuyos padres los habían abandonado, dejándolos otra vez en manos del Gobierno al no querer recuperarlos tras el desmantelamiento de los campos.

—Sabía que así podía ganar mucho dinero. Contrató a rastreadores para que encontraran a los niños, que luego él vendía a otros países que tenían interés en estudiarlos o utilizarlos. Pero a algunos se los quedó para el doctor Wendall. Estaba obsesionado con una psi en concreto: deseaba, por encima de todo, poseer sus poderes. Ruby Elizabeth Daly.

Lo observé con incredulidad.

—Salía en los periódicos. En la tele. Trató de secuestrarla en un parque una vez, pero los escoltas de las Naciones Unidas que la protegían repelieron el ataque de aquellos hombres. Uno de ellos hirió al padre de Ruby.

—Me acuerdo de eso —susurró.

—Gracias a su pasado en Leda, Wendall sabía, mucho antes de que lo confirmara la comunidad científica, que la mutación no se transmitía de forma natural de padres a hijos. Pagar a mujeres para utilizarlas como vientres de alquiler y usar con ellas el Agente Ambrosía era poco efectivo y los resultados eran impredecibles. Mercer quería que Wendall encontrara la forma de inducir en nosotros, que éramos como pizarras en blanco, una mutación psi específica.

—¿Qué? —conseguí decir—. O sea, ¿que vosotros ni siquiera teníais la mutación? ¿Ninguno?

—Ninguno de nosotros tenía aptitudes psi cuando empezó todo esto —confirmó.

Retrocedí un paso, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Era imposible. Aquellas mutaciones se habían desarrollado mientras estábamos en el útero.

«Mercer nos convirtió en lo que somos», había dicho Lana. Quería decir literalmente.

—Escúchame, por favor —dijo Roman—. Una vez que se confirmó la causa de la ENIAA y Wendall tuvo psi a los que estudiar, sus métodos se volvieron más y más eficaces. Desarrolló un compuesto químico que se encontraba en la fórmula del Agente Ambrosía, veneno en una parte por millar. Para inducir la mutación en nuestra mente, nos introdujo la sustancia a la fuerza y realizó intervenciones quirúrgicas. Muchos de los niños que habían venido con nosotros a Estados Unidos murieron durante distintas fases de los ensayos, hasta que solo quedamos cuatro. En una ocasión, cuando Lana tenía doce años, ella también sufrió un paro cardíaco.

—¿Qué?

—Su organismo nunca se recuperó del todo de la enfermedad que había tenido cuando era pequeña. Wendall consiguió reanimarla, pero... a partir de aquel momento, empecé a tener la sensación, o la intuición, de que en cierto modo mi hermana sufriría más por haber sobrevivido. Los poderes de Priyanka se manifestaron de inmediato y los míos poco después, pero Lana pasó casi dos años sin demostrar aptitud alguna. Lo cierto era que no sabía cómo acceder a ellos. Hasta aquel momento, habíamos sido capaces de llevar una vida más o menos normal al margen de las pruebas y los experimentos. Pero todo eso cambió cuando Mercer comprendió lo que Lana era capaz de hacer.

—¿Cuándo empezó a cambiar su personalidad? —le pregunté—. Priyanka me contó que fue una transformación lenta.

—Cuando Lana tenía dieciséis años y nosotros dieciocho, nos enviaron a hacer ciertos trabajos en nombre de Mercer. Pero alguien pilló a Lana y a Priyanka escabulléndose juntas y le contó a Mercer lo de su relación. Mercer nos dejó muy claro que las relaciones estaban prohibidas. Cuando las pillaron por segunda vez, Mercer cumplió su amenaza de separarlas. Incluyó a Lana en su equipo personal de seguridad y empezó a trabajar por ella. A moldearla. Ellos salían de viaje cuando nosotros estábamos en el complejo, o al revés. Mercer se había vuelto paranoico y estaba convencido de que sus rivales utilizarían a jóvenes psi para asesinarlo. Y Lana era su garantía de que no lo consiguieran. Es una Límite.

—No entiendo muy bien cómo funcionan sus aptitudes —le dije—. En cierto modo, me recuerdan a los poderes de Ruby, pero es obvio que Lana ha suprimido la parte de nuestra mente que controla y regula los poderes, igual que Ruby puede suprimir los recuerdos de alguien.

—Y puede hacerlo con la fuerza suficiente como para que resulte doloroso —concluyó Roman—. Ninguno de nosotros se convirtió en Ruby. Ninguno

de nosotros se convirtió en lo que él quería, así que nos encontró otros usos y prosiguió con sus experimentos. Priyanka puede utilizar la mente para infiltrarse en maquinarias complejas, como ordenadores, y hacerse con el control. Se llama a sí misma Hacker.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Las cámaras y los drones de la carretera...

—Los teléfonos no hacían nada —dijo confirmando mis sospechas—. Era ella quien las encendía y apagaba cuando pasábamos por debajo. Priya es el motivo de que Mercer no haya conseguido detectarnos durante tantos días. Mercer solía utilizarla en muchos robos, porque es capaz de introducirse en cualquier sistema de seguridad y en el mecanismo de cualquier caja fuerte.

—¿Y tú? —le pregunté.

—La basura de Mercer, básicamente —dijo con una carcajada que no sonaba precisamente alegre—. Priyanka me llama Espejo. A través del contacto físico, puedo imitar las aptitudes de cualquier psi durante cierto tiempo, pero no sin consecuencias. Mercer tuvo que buscarme otros usos.

—Un momento... —empecé a decir—. En el camión, cuando nos capturaron... Yo no tenía bastante poder para cargarme el motor. Tú me cogiste y entonces noté una descarga, como si hubiera conectado con otra fuente de energía. Pensaba que eras un amarillo.

—Ojalá —dijo apoyando las manos sobre las rodillas—. Me limité a amplificar lo que tú ya estabas haciendo.

—¿Y eso es lo que te causa las migrañas? —le pregunté—. ¿Usar tu poder?

—Sí. Todos sufrimos efectos secundarios. Bueno, todos menos Lana.

Solté un suspiro.

—Ya, claro. Pero... ¿qué le ha pasado a Priya?

—Explota. La adrenalina le sube al mismo tiempo que el pulso y si la cosa dura mucho, su cuerpo no lo resiste. Pierde toda sensación de miedo. Su

mente empieza a decirle que es invencible. Los fármacos son para contrarrestar la adrenalina y sedarla, de manera que no sufra un paro cardiaco o un ataque.

—Joder —exclamé.

—La mayor parte del tiempo, por ejemplo cuando se dedicaba a apagar y encender las cámaras, está bien. Esa sensación la mantiene alerta, la anima a seguir y hacer cosas. Pero controlar esos servidores... ha sido demasiado para ella.

—Entonces... ¿por qué lo ha hecho?

—Ella no... —dijo frotándose la nuca—. Quiere ayudar, pero esa sensación, esa descarga de adrenalina..., no sé, es como un colocón. Durante un tiempo, estaba enganchada a esa sensación. A Mercer le encantaba, creía que la volvía el doble de efectiva. Siempre y cuando consiguiéramos traerla de vuelta, claro.

—¿Y cómo pudisteis finalmente escapar de él? —le pregunté.

—Estábamos haciendo un trabajo que no conseguimos terminar —se limitó a decir—. Resultó ser demasiado para nosotros y huimos. Estaba tan seguro de que podría volver a por Lana en unos días... Mercer siempre estaba viajando. Creíamos que podríamos sacarla del complejo mientras él estuviera ocupado en sus reuniones. Pero después de que Priya y yo nos marcháramos, no la dejó volver a salir de allí. La primera vez que vi a mi hermana en casi seis meses fue el otro día, en Haven. Y esta noche.

Cerró el puño derecho con fuerza. Parecía abatido, completamente destrozado.

—Me has salvado la vida —dije despacio.

—No iba a detenerse —repuso con voz ronca—. Se lo he visto en los ojos: no iba a detenerse.

Le cogí una mano y le acaricié la piel cálida y rugosa a causa de las cicatrices.

—Lo entenderá cuando vuelva a ser la de antes.

—Lo único que puedo hacer es tener esperanzas —dijo—. Es lo único que me queda.

—No es lo único —le aseguré.

Roman me miró y me apretó los dedos de la mano.

—Si no te contamos nada de nosotros, ni de Mercer, es porque sigue experimentando con niños —dijo. Abrí la boca para decir algo, pero él prosiguió—. Sí, ya sé lo que estás pensando, pero no podemos informar al Gobierno. ¿Puedes garantizarme que el Gobierno no experimentaría aún más con esos niños? ¿Que nos los mandaría con familias de acogida, o a uno de esos centros privados de los que tanto habla Moore? Nunca podrían volver con sus familias.

—No confiabas en mí —dije apartando la mano.

Él negó con la cabeza.

—No es eso. No quería ponerte en la delicada situación de pensar que tenías que ocultarle información al Gobierno. Y lo cierto es que ahora que Mercer sabe que estás con nosotros, tú también corres peligro. Mantiene tan en secreto sus oscuros negocios que hará lo que sea para impedir que hables con alguien lo bastante poderoso como para detenerlo. Ni siquiera lo verías venir.

Noté un pequeño escalofrío.

—Pero lo siento —añadió Roman al cabo de un momento—. Siento haberte contado mentiras y verdades a medias. No me cansaré de repetirlo.

Eché la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo. Los faros del coche no atenuaban el manto de estrellas.

—Límite, Hacker, Espejo... Y yo convencida de que formabais parte del Círculo psiónico.

—Esa es otra —dijo—. El Círculo psiónico no existe.

Dirigí de nuevo la mirada hacia él.

—No hay ninguna prueba de su existencia —dijo negando con la cabeza—, así que la lógica dicta dos posibilidades: o son la leche ocultando su rastro o no existen. Créeme, Mercer lo investigó. Me mandó a un montón de misiones en su busca, pero siempre terminaban en un callejón sin salida. Dedicó muchos recursos a esa cuestión, una y otra vez, pero nunca encontró nada.

—Pero yo he visto informes —dije—. El Consejo de los psi revisaba información sobre ellos en las reuniones mensuales.

—¿Y quién creaba y redactaba esos informes? —preguntó Roman.

—Varias agencias —respondí—. Las Naciones Unidas, el FBI, los servicios de inteligencia... Todos cuentan con personas que podrían haber estado vigilándolos y luego enviando la información a alguien en la administración de Cruz.

—Aunque haya podido formarse un círculo en los meses que han transcurrido desde que Priya y yo huimos de Mercer, es imposible que hayan podido cometer algo como el atentado en el avión. Solo planificarlo ya les hubiera llevado meses enteros. Por la forma en que utilizan tu nombre, yo creo más bien que es la tapadera de algo más.

«Algo peor».

—¿Y qué pinto yo en todo esto? Tú tenías pensado acercarte a mí el día del discurso, ¿no?

—Sí. El plan era alejarte y obligarte a conducirnos hasta Daly, para suplicarle que nos ayudara.

—¿Quieres decir secuestrarme? —aclaré casi riendo.

Pareció un poco avergonzado.

—Secuestrar suena demasiado fuerte. Esperábamos que accedieras a ayudarnos. Por lo que yo había investigado, parecía que...

—¿Parecía que qué? —dije arqueando una ceja.

—Los informes a los que tuve acceso, las historias de los periódicos, los

documentales... Todo te hacía parecer tan... dócil. Vulnerable. Solícita —dijo—. Instantes después de la explosión, supe que no eras así en absoluto. Que habían construido una imagen de ti que eliminaba toda tu fuerza y tus aptitudes.

Se me revolvió el estómago.

—No podía parecer peligrosa —dice despacio—. No podía ser una amenaza para nadie. Mel solía decir que la gente me utilizaría como imagen representativa de todos los niños psi. Mis actos y mi forma de comportarme forjarían la opinión del público acerca de nosotros.

Así que había accedido, había aceptado las cosas que me habían dicho que eran importantes. Había reprimido las partes de mí que, según los grupos de sondeo, eran «demasiado efervescentes», «demasiado imprevisibles». Me había esforzado por parecer serena y tranquila. Razonable.

—Fui lo bastante tonto como para creerme todo lo que había visto y leído y subestimarte. Pero, si quieres que te sea sincero, creo que los hombres que nos capturaron también te subestimaron. Y, gracias a eso, conseguiste salvarnos la vida.

—Fue Priyanka quien envió el mensaje al teleprónter, ¿no? —pregunté.

Poco a poco, las piezas empezaban a encajar.

—Quería interrumpir los procedimientos habituales —dijo—. Llevábamos un mes estudiando vuestro protocolo de seguridad y pensábamos que una emergencia sería el mejor momento de pillarte a solas.

—Querrás decir el mejor momento de que os mataran —lo corregí—. No sé si os habría ayudado a encontrar Haven, por mucho que hubierais sido sinceros conmigo desde el principio. Y no solo por una cuestión de proteger la ubicación de Ruby. Después de todo lo que ha sufrido, siento la necesidad de protegerla. Ella siempre ayudará a los demás, pero su poder le hace más daño de lo que está dispuesta a admitir. No quiero decir físicamente. Ruby ve

los traumas, el dolor y las cosas horrendas que todo el mundo guarda en secreto.

Al expresarlo de esa forma, pensé en Roman. Alguien que siempre decía que sí, que nunca renunciaba a ayudar, pero que sufría internamente las consecuencias.

—¿Y por eso crees que se marchó voluntariamente de Haven? —preguntó Roman.

—En parte —dije—. Todo el mundo tiene un límite y ella lleva tantos años acumulando dolor que no me sorprendería que finalmente hubiera llegado a su límite. Pero ahora estoy segura de que no se fue... de que no lo ha abandonado todo por voluntad propia. Algo ocurrió.

—Yo también lo creo —asintió Roman—. Estrella Azul preparó el atentado en Penn State. Tal vez lo hicieran para atrápanos a Priya y a mí, y solo te inculparan a ti para alejar de ellos las sospechas. Pero dijiste que uno de los Defensores se disponía a dispararte, ¿no?

—Sí —respondí—. Tuvo que ser una trampa desde el principio. Estrella Azul provoca la explosión... me culpa a mí para evitar sospechas... ¿y alguien más decide intervenir con el ataque al avión de campaña de Moore?

Roman vaciló.

—Suéltalo —le dije.

—No te va a gustar esta teoría, pero podría tratarse de alguien del Gobierno que tiene algo contra ti, contra el Consejo o contra Cruz... o contra todos a la vez. Si el uniforme de Defensor era auténtico, la cosa apunta a que la conspiración es aún mayor.

—No —dije negando con la cabeza—. ¿Es... es posible que Mercer sea el motivo de que Ruby haya desaparecido? ¿Que la tenga él?

—Creo más probable que ella haya descubierto el interés de Mercer y haya decidido ocultarse —respondió Roman.

—Pero entonces habría encontrado la forma de comunicarse con nosotros

—le dije—. Tenemos varios métodos distintos que podría haber utilizado. Creo que la tiene alguien. Y ha de ser Mercer.

—La verdad es que no lo sé —dijo al tiempo que se pasaba una mano por el pelo—, pero espero de verdad que no sea así.

Me cubrí la cara con las manos y respiré hondo.

—¿Dónde está Ruby? —susurré—. ¿Dónde está?

Oímos un golpecito en el parabrisas y nos volvimos. Priyanka nos estaba mirando. Cuando hablé, su voz sonó amortiguada.

—Creo que yo lo sé.

El coche se movió cuando me senté en el asiento del conductor y cerré la puerta. Un instante más tarde, Roman se dirigió al lado del pasajero e hizo lo mismo. El único sonido que se oyó fue el clic del cinturón de seguridad cuando se lo abrochó.

Me volví a mirar a Priyanka, que en ese momento estaba estirando las largas piernas sobre el asiento, pero ella no quiso, o no pudo, devolverme la mirada.

—¿Se lo has contado? —preguntó.

Sin la calidez habitual de su voz, el tono ligero que empleó sonaba demasiado artificial. Como si lo empleara solo por nuestro bien.

Roman asintió, sin mirarla.

La mano me tembló sobre el contacto. No sabía si era mejor arrancar y marcharnos de allí, o tomarnos unos momentos para recobrar la poca calma que teníamos antes.

—Chica, te lo has perdido —me dijo Priyanka, con el mismo tono dolorosamente displicente—. Yo cuento la trágica historia con mucha más gracia. O, por lo menos, con muchos más efectos de sonido y sombras chinescas.

—Priya... —empecé a decir, al tiempo que me fijaba en su aspecto.

Tenía el cuerpo entero bañado en sudor, lo cual convertía su espesa melena en una especie de gorra aplastada contra el cráneo. Algunos mechones se le pegaban a las clavículas y a los hombros, como si fueran enredaderas. Deslizó las manos bajo las piernas, pero eso no me impidió darme cuenta de que el resto del cuerpo le temblaba.

—Puede que ahora no sea el momento —añadí.

Ella se aclaró la garganta y se sentó algo más erguida.

—Había una dirección. En el servidor. Coincidió con una de las direcciones que había buscado Ruby en su teléfono, pero ellos... los de Estrella Azul... han borrado el archivo antes de que pudiera verlo bien.

—¿De verdad puedes ver los archivos? —le pregunté, con curiosidad—. ¿Cómo funciona?

—Es más bien como... —empezó a decir Priyanka— si todo se descargara en mi mente. A veces no puedo acceder enseguida y el archivo se abre en mi mente días más tarde, al azar. Cuando estoy enchufada, mi mente es como una red: a veces puedo captarlo todo, otras se me escapan algunos fragmentos. Es como una... conexión. Como un flujo cálido e intenso de imágenes.

—¿Has podido ver algo más en los archivos? —le pregunté.

—La verdad es que era un auténtico batiburrillo de chantajes y apestaba a corrupción y secretos. Mucha información interesante sobre senadores y también sobre un negocio inmobiliario bastante misterioso de hace unos cuantos años, en el que está involucrada la presidenta Cruz.

Contuve el deseo de golpearme la frente contra el volante del coche.

—Genial. ¿Algo especialmente interesante?

—Hay algo que deberías saber —me dijo Priyanka—. Había archivos sobre tus amigos y tú. Bueno, en realidad, deberías saber dos cosas: después de destruir los archivos, lo último que hizo su sistema fue emitir un comando GO y una transferencia de dinero.

—Entonces, el trato ya está cerrado —dije—. Clancy está tramando algo.

Les conté en ese momento lo que Lana me había revelado sobre el trato de Clancy. Roman sacudió la cabeza de un lado a otro, asqueado.

«Ruby, ¿tan importante era lo que necesitabas de él que incluso estabas dispuesta a correr el riesgo de volver a dejarlo libre en el mundo?».

Priyanka sufrió un repentino ataque de tos y se golpeó el pecho.

—¿Estás bien? —le pregunté, mientras le pasaba una botella de agua.

Incapaz de hablar, Priyanka asintió y bebió un largo trago. Estaba sudando copiosamente, tanto que la blusa violeta se había convertido en una especie de segunda piel, pero poco a poco iba recuperando el color.

—Salir del Modo SuperPriya nunca es tan agradable como disfrutarlo, de ahí que sea tan tentador quedarse allí arriba —dijo Priyanka, al tiempo que me guiñaba un ojo.

Roman golpeó el salpicadero con la mano y me sobresalté.

—No tiene gracia. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado al meterte en el servidor y ponerte a perseguir a los que estaban al otro lado?

—Lo tenía controlado —dijo Priyanka—. El subidón era útil, yo ya sabía que sería así...

—No lo necesitas, Priya. —Si la expresión de su rostro a mí me resultaba desgarradora, no podía ni imaginar el efecto que estaba teniendo en Priya—. No sé por qué no te das cuenta de que contigo es suficiente.

—Ojalá fuera ese el caso —dijo Priyanka—. No había ninguna otra forma de salvar el cortafuegos de Estrella Azul. O eso, o dejar que pudiera acceder al material sin que nosotros pudiéramos verlo siquiera.

—Podríamos haber desenchufado los servidores y llevárnoslos para analizarlos más tarde —dijo Roman, con la voz rota—. Y yo podría...

—¿Sufrir otra puñetera migraña, como antes? ¿Arriesgarte a que sea la última, a no despertar nunca más? —dijo Priyanka, sacudiendo la cabeza—. Ese subidón es la única forma que tengo de seguirte el ritmo.

—Era yo el que siempre tenía que correr para seguirte el ritmo —dijo Roman—. No se trataba solo de eso.

—No —dijo Priyanka—. Se trataba de reivindicar cierto poder después de todo lo que me hizo Mercer. A mí y a todos sus niños.

—¡No somos suyos! —la interrumpió Roman, furioso.

Priyanka se limitó a sacudir la cabeza.

—Tú nunca lo has entendido. Lana y yo queríamos utilizar nuestros poderes para ayudar a otros niños vulnerables. Queríamos prenderle fuego a la corrupción, pero lo único que tú querías era huir.

Se movió en su asiento, incómodo.

—No quiero huir de esto, lo único que quiero es que estemos seguros. ¿Y tú decías que te sentías inútil? ¿Impotente? Mírame, Priya. Mírame. —Priya obedeció—. Mercer solo me quería por mi lealtad y mi pulso firme. La única razón de que no me matara como a un perro es que yo estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para protegeros a ti y a Lana.

«¿Y eso qué quiere decir?».

Desvié la mirada del uno al otro: la rabia y el dolor puros que veía en sus rostros me hicieron desear haberme largado de allí. Roman dirigió la vista de nuevo al frente, se llevó un puño a la boca y miró por la ventanilla.

Necesitaba algo que hacer, así que puse en marcha el motor y recorrí de vuelta el camino por el que habíamos llegado. Las ruedas se hundían en la tierra y levantaban nubes de polvo a nuestra espalda.

—Ro... —empezó a decir Priyanka, esta vez con un tono de voz más dulce—. No tienes de qué preocuparte. No es que yo quiera ese subidón, es que a veces tengo la sensación de que lo necesitamos. Pero procuro no caer en trampas de las que no estoy segura de poder salir y esta es una de ellas. Y ya que hablamos de trampas, lamento mucho no haberos contado lo del dispositivo localizador. Pensaba que... solo un intento más...

La observé a través del espejo retrovisor.

—Lo entiendo.

Me devolvió una mirada de gratitud teñida aún de remordimientos.

—No pretendo soltarte un sermón —dijo Roman—. No te hace ninguna falta y estás en tu derecho de usar tus poderes como te dé la gana. Pero no

puedo perderte a ti también, ni quiero que tu odio hacia Mercer acabe por destruirte. Te mereces más.

—No permitiré que me destruya —dijo Priyanka mientras recuperaba el teléfono de Ruby del respaldo del asiento.

Buscó una dirección de Baton Rouge y luego se lo pasó a Roman para que buscara la dirección en el GPS del coche. Transcurrieron varios kilómetros en silencio antes de que Priyanka apoyara la cabeza en el respaldo del asiento y cerrara los ojos.

Entre el ruido de las ruedas al girar sobre el camino de tierra, apenas oí el susurro de su voz.

—No antes de que yo lo destruya a él.

El calor húmedo y pegajoso empezó en cuanto cruzamos la frontera estatal de Luisiana. Ascendía en temblorosas ondas desde el asfalto y me obligaba a pensar con una lentitud desesperante. Le había cedido el volante a Roman hacía horas, pero había resistido sus intentos por hacerme dormir.

—No me puedo creer que no me hayas contado hasta ahora lo de los poderes de Priyanka. Podríamos haber tenido un montón de dinero para comprar comida —dije.

Observé a Priyanka llenar el depósito con la gasolina que acababa de comprar por el sencillo método de piratear el distribuidor y hacerle creer que estaba leyendo una tarjeta de racionamiento. La distancia a pie hasta la gasolinera no era demasiada y tampoco es que Priyanka hubiera tenido que esperar mucho en la cola de racionamiento, pero cuando volvió, parecía que en lugar de ir andando hubiera ido nadando. Cuando terminó de llenar el depósito, volvió a dejar en el maletero la lata vacía.

—¿Por qué siempre ibas tú a buscar gasolina y no ella? —proseguí.

—Ella iba en las pocas ocasiones en que tú estabas durmiendo.

Utilizábamos sus poderes para conseguir la pasta que podíamos. Priyanka metía una tarjeta de racionamiento ya gastada y pirateaba el distribuidor — dijo Roman—, pero siempre existe el riesgo de que alguien se fije en lo que está haciendo y la delate. A mí se me da bastante bien pasar lo más desapercibido posible. Es lo menos que puedo hacer.

—A mí también se me da bastante bien —insistió Priyanka, mientras se sentaba de nuevo en el asiento trasero—. Bueno, en teoría. Pero... ¿por qué pasar desapercibido cuando tus enemigos pueden pregonar tu nombre a los cuatro vientos?

Miré a Roman.

—Pues tiene razón.

—No te habrás pasado del límite por ración, ¿verdad? —preguntó él, al tiempo que la miraba a través del retrovisor.

—No, relájate. Aunque me hubiera puesto en plan valiente y lo hubiera intentado, había un poli allí mismo, controlando el medidor. ¡Uf! —dijo Priyanka, abanicándose—. ¿Podéis poner el aire acondicionado más fuerte antes de que me dé tiempo a volver a olerme? No sé cómo, pero creo que se me ha pegado el olor a nachos y queso requemado que salía de este sitio.

Hice lo que me había pedido. La hilera de coches que esperaban su turno en la gasolinera llegaba ya hasta nosotros. La sinfonía de impacientes bocinazos había dado comienzo. Roman tenía la mano en la portezuela y parecía como si se estuviera arrepintiendo.

—Ve —le dije—. Podemos esperar. Necesitas lavarte y cambiarte.

—A lo mejor el dependiente de la gasolinera se apiada al verte en tan lamentable estado y te regala los nachos de la semana pasada —dijo Priyanka—. Pero si te deja elegir entre nachos y perritos calientes, mejor los perritos calientes.

—Ya. Eso será cuando las langostas silben en el monte —dijo. Al ver

nuestras miradas de perplejidad, añadió—: ¿En serio? ¿Esa tampoco se dice así?

—Más bien «cuando las ranas críen pelo», pero nos quedamos con la tuya, es encantadora —dijo Priyanka—. ¿Qué os pasa a los rusos con las langostas? ¿Cómo era la que dijiste aquella vez... no sé qué de las langostas que duermen?

—Ya te enseñaré yo dónde pasan el invierno las langostas —dijo Roman, con voz un poco tristonosa—. Como amenaza no está mal...

—Muy evocadora —dije—. Incluso más amenazadora que dormir con los peces, porque no todo el mundo sabe dónde pasan el invierno las langostas.

—¿En las gélidas aguas profundas? —aventuró Priyanka—. ¿En el hielo? ¿En el congelador de alguien?

Con un resoplido de impaciencia, Roman abrió la puerta y bajó del coche. Se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y caminó con la cabeza gacha mientras se dirigía a la gasolinera.

Priyanka se sentó en el asiento del pasajero y tosió mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. La observé con una mirada preocupada.

—Estoy bien —dijo—. Lo único que ha estado a punto de matarme ha sido la mirada triste de Roman. Es tan letal como un arma.

Las dos nos volvimos y lo vimos perderse a lo lejos.

—Gracias —dijo Priyanka al cabo de un rato—. Por no largarte después de descubrir la verdad. Siento mucho haberte mentado, no te lo merecías. Pero nada me hace sentir más protectora que pensar en los niños que Mercer tiene cautivos.

—Ahora que ya tengo todas las piezas, entiendo por qué lo habéis hecho —dije—. Pero esta vez va en serio: tenemos que ser sinceros, porque de lo contrario esto no va a funcionar.

—Bueno, y ya que estamos en plan de revelar secretos, ¿te ha contado

Roman cómo caí en manos de Mercer? ¿Te ha hablado de mis padres? —preguntó.

—No mucho. Me ha contado que Mercer te secuestró para presionar a tu padre, que era uno de sus mayores rivales —le dije.

—Ah, sí, un fabuloso rival en el contrabando de armas. Vamos, una especie de némesis —dijo Priyanka. Apoyó los pies en el asiento y se abrazó las rodillas con los brazos—. ¿Has oído hablar de Parth Acharya?

—Me suena de algo...

Cogió el teléfono de prepago y entró en el buscador. El artículo del *New York Times* ya estaba abierto en una pestaña: la imagen de un hombre indio, atractivo y con el pelo cano, llenaba la pantalla, bajo un titular que decía «ACHARYA SE LIBRA DE LAS ACUSACIONES».

Soltó una breve carcajada.

—A veces no puedo contenerme. Busco su nombre por lo menos una vez a la semana. Me digo que es porque quiero saber si aún vive, pero en realidad creo que se trata de una clase distinta de curiosidad morbosa. Cuando yo era un poco más joven, solía fingir que él intentaba ponerse secretamente en contacto conmigo a través de los periódicos y de la red, que me enviaba señales. En mi imaginación, era una figura tan importante... casi como un emperador... Así que supuse que tenía que existir algún motivo para que siempre lo estuvieran trincando y juzgando por tal o cual delito. Y al final resulta que era Mercer, que siempre estaba filtrando al Gobierno información sobre él. Aun así, parece que no pudieron acusarlo de nada grave. Y siguen sin poder hacerlo.

—Y tu padre... se limitó a... ¿dejar que Mercer te retuviera?

—No exactamente —dijo Priyanka, con un delicado suspiro—. Yo no nací aquí. Mi madre se llamaba Chandni. Ella y yo pasamos en Nueva Delhi los primeros siete años de mi vida. Mi padre había venido a Estados Unidos a establecerse: primero trabajó como chófer, luego como chófer de un capo

mafioso y, al poco tiempo, se convirtió en el capo mafioso. Bueno, tampoco es que fuera de la noche a la mañana, pero solo transcurrió un año hasta que envió un avión privado a recogerlos. Y fue toda una hazaña, porque los vuelos comerciales con origen o destino en Estados Unidos se habían interrumpido por culpa de la ENIAA y el miedo a que se propagase.

»Pocos días antes de la fecha en la que supuestamente debía llegar —prosiguió Priyanka—, mi madre murió atropellada por un coche mientras cruzaba nuestra calle. Así que me fui yo sola. Me instalé en la inmensa y solitaria mansión de mi padre, en Jersey, donde contemplé el incesante ir y venir de esbirros, y escuché a escondidas cientos de conversaciones en susurros. Y todo ello se convirtió en algo muy normal para mí. Si mi padre temía que yo me contagiara de la ENIAA, jamás lo demostró. Y entonces, más o menos un año después de mi llegada, justo un día antes de Navidad... Sí, has acertado, es así de gilipollas... Mercer envió a alguien a secuestrarme. Le dio a elegir a mi padre: o se desvinculaba del negocio de las armas, o la próxima vez que volviera a verme sería cortada en trocitos.

—Joder —se me escapó.

—Ah, pues espera, que aún hay más —dijo Priyanka, mientras cambiaba de posición en su asiento—. La fecha límite era el mismo día en que mi padre tenía que ir a juicio acusado de crimen organizado. Mi padre no respondió al mensaje ni trató de renegociar las condiciones: Mercer y yo lo vimos en las noticias subiendo la escalera del juzgado vestido de blanco de pies a cabeza. Cuando uno de los periodistas le preguntó por qué iba de blanco, respondió que su «querida» hija había muerto de ENIAA la noche anterior y que iba vestido de luto.

Tardé unos segundos en ser capaz de articular palabra.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Para que veas hasta qué punto es orgulloso. Se negaba a admitir que Mercer había secuestrado a su hija, que lo había derrotado y lo

había colocado en una posición débil, así que me consideró una pérdida y siguió adelante. Yo era un problema para él, lo cual significaba que había dejado de tener valor. A sus ojos, yo no era suficiente.

—Es asqueroso —dije.

—En aquel momento, lo más importante era saber qué planes tenía Mercer para mí. Lo recuerdo muy claramente. Mercer me miró y me dijo: «Bueno, ¿y ahora cómo me vas a resultar útil?». Así que le pedí unirme a los otros chicos.

—Priya... —exclamé.

Ella se encogió de hombros y se aclaró la garganta.

—Mercer es un capullo hijo de puta, pero mi padre es un cabrón despiadado. A eso se reduce la diferencia entre ellos. Lana no se equivoca. Mercer, en cierto modo, se ocupó de nosotros. Cuando te dedicaba su atención, era como el roce de la miel caliente. Hasta que no tuve cierta edad no me di cuenta de lo manipulador que podía llegar a ser.

—Joder —se me escapó—. ¿Y la familia de tu madre? ¿No podías volver con ellos?

—No lo sé —contesté—. He seguido estudiando hindi, así que supongo que algún día seré capaz de comunicarme con ellos, pero la verdad es que tampoco he intentado ponerme en contacto, ni siquiera después de dejar Estrella Azul. Cada vez que pienso en hacerlo, algo me lo impide. Me digo a mí misma que es porque no quiero que Mercer vaya a por ellos, que los utilice para hacerme daño, pero creo que es algo más. Ni siquiera sé muy bien cómo explicarlo...

—Pues inténtalo... —le dije.

—Una de las peores cosas de todo esto es que siento una especie de extraña desconexión, en un sentido amplio, con mi familia y mi cultura. Sigo conservando mi fe, mi intensa pasión por el *malpua* y aún atesoro un montón

de hermosos recuerdos sobre mi vida en Nueva Delhi con mamá, pero... es como si me hubieran arrancado de allí en mitad de mi vida. ¿Tiene sentido?

—Lo tiene.

Priyanka había verbalizado un sentimiento que yo misma nunca había sido capaz de expresar. Cuando nos habían llevado a los campos, no solo habían interrumpido nuestras vidas, sino también la percepción que teníamos de nosotros mismos. Todo aquello había cambiado la trayectoria de nuestro mundo. Durante mucho tiempo, nos habíamos concentrado única y exclusivamente en la supervivencia

Pero eso no era vivir.

—Bueno, y creo que eso es más o menos todo —dijo Priyanka—. En algunos aspectos, me siento afortunada, porque Lana y Roman son para mí una familia, mucho más de lo que ha sido jamás mi padre. De no haber sido así, nunca los habría conocido.

Ya, pero igualmente...

Giró la muñeca y se subió la manga de la blusa hasta dejar al descubierto la estrella azul que llevaba tatuada.

—No sé por qué aún la tengo. Roman se quemó la suya unas cuantas noches después de que huyéramos, pero yo no he sido capaz de hacerlo. Roman decía que no soportaba la idea de que lo hubieran marcado como si fuera propiedad de alguien, pero yo nunca lo he visto de esa forma. Para mí, era más bien una especie de símbolo que nos unía. Un símbolo que nos convertía en familia. Ahora, solo es un recordatorio de que las cosas no son ni del todo buenas ni del todo malas.

Me notaba el corazón al borde del colapso, como si ya no pudiera soportarlo más. Me tapé los ojos con las manos.

—Ahora no te me pongas a llorar —dijo Priyanka—. Porque entonces me pondré a llorar yo también y ya no podré parar.

Me aclaré la garganta.

—Lo siento. Es que a veces tengo la sensación de que todo esto es demasiado, ¿sabes? Solía pensar que la vida me resultaría más fácil a medida que fuera creciendo, pero lo único que he conseguido es que se me dé mejor fingir que lo es.

—Para las personas como nosotros no es fácil —dijo Priyanka al tiempo que se inclinaba hacia mí para apoyarme la cabeza en el hombro. Yo dejé caer la cabeza hacia la suya—. Lo percibimos todo.

Justo entonces vimos a Roman más allá del coche, en la carretera. Tenía el pelo húmedo y resplandecía bajo el sol.

—Siento lo de Lana —le dije a Priyanka—. Debe de ser muy duro verla así.

—Solo será muy duro cuando yo abandone toda esperanza de recuperarla —dijo—. Y eso no ocurrirá jamás. Jamás. Mi corazón es como una noria. Se estropea constantemente, pero la mayor parte de los días sigue girando.

Desplegué el mapa y lo alisé de nuevo sobre el volante, mientras desviaba la mirada de la X que Roman había marcado en el edificio que se encontraba al otro lado de la calle. Habíamos utilizado el limitado GPS del teléfono de prepago para buscar la dirección de Baton Rouge, pero debía de haberse producido algún problema técnico en la transmisión por satélite, o bien Roman había cometido algún error al trasladar la información al papel. No podía ser allí.

—Yo creo que sí está bien —dijo Roman, entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor del sol y contemplar mejor el edificio—. Por desgracia.

—Casi me parece oír los gritos de los fantasmas de los niños —dijo Priyanka, con un estremecimiento—. Por favor, dime que a Ruby le gusta tanto patinar que es capaz de cruzar varios estados y arriesgarse a que la capture el Gobierno solo para divertirse un rato.

La pista de patinaje de Riverside estaba justo a las afueras de Baton Rouge, en una calle que aún no había experimentado los efectos de la recuperación económica que ya habíamos visto en otros sitios. El flujo de dinero y trabajo incentivado por el Gobierno se había limitado, al parecer, al centro de la ciudad.

Aparcamos al otro lado de la calle, detrás de un McDonald's cerrado, y comimos a base de productos de máquina expendedora en un parque infantil cuyos juegos había descolorido el sol. Roman insistía en seguir vigilando para ver si entraba o salía alguien. Hasta el momento, nada. Nadie.

—No creo que esté aquí —dije mientras depositaba un envoltorio de

M&M's en la papelera del restaurante, llena hasta los topes. Al instante acudió un enjambre de moscas—. De hecho, creo que hace por lo menos una década que aquí no hay nadie.

La mitad de las letras fluorescentes de la pista de patinaje habían desaparecido, ya fuera a manos de los ladrones o debido al abandono. Imposible saberlo. El aparcamiento estaba vacío y las líneas de las plazas, casi borradas. Las ventanas, como las del resto de los edificios del barrio, estaban tapiadas y pintarrajeadas con amenazadoras advertencias dirigidas a los intrusos.

—Bueno, pues aquí estamos. Al menos podremos descubrir por qué este sitio despertaba su curiosidad —dijo Priyanka—. ¿Listos?

Roman comprobó que hubiera una bala en la recámara de su arma y luego asintió.

La pista de patinaje estaba cerrada a cal y canto y la puerta principal asegurada con una cadena. El hecho de que la puerta trasera estuviera abierta hizo que todo pareciera aún más raro.

—Que conste en acta que esto no me gusta —dijo Priyanka.

—No tenemos ningún acta —susurró Roman.

Priyanka le lanzó una miradita. Y él se la devolvió.

—¿Queréis que entre yo primero? —propuse.

Avanzamos con la espalda pegada a la pared de ladrillo, de cara a la montaña de basura que se acumulaba en los contenedores cercanos. El hedor era tan fuerte que me tapé la boca y la nariz con el cuello de la camiseta.

Roman nos condujo al interior, moviendo la pistola de un lado a otro mientras inspeccionaba lo que en otros tiempos debía de haber sido la cocina de la pista. Aún quedaba una parrilla, pero el resto de las máquinas habían desaparecido. Lo único que quedaba, casi como si fuera una reliquia, era un trozo de queso naranja que se había cuajado sobre el suelo de baldosas.

Roman había entrado en la zona principal de la pista, pero inmediatamente

giró sobre sus talones y se tapó la boca con la mano.

—No en... —empezó a decir cuando pasé junto a él.

Demasiado tarde. Yo también lo olí. El nauseabundo olor dulzón de la comida putrefacta se mezclaba con el hedor a excrementos humanos y... a algo más. Algo que olía como la muerte.

El fino haz de luz de la linterna iluminó la pista de patinaje y fue revelando un horrendo escenario. Estantes llenos de patines abandonados. Basura y cubos desperdigados por toda la pista.

Y un cuerpo.

La chica estaba tendida de costado, de espaldas a nosotros, con las rodillas pegadas al pecho. Una larga trenza oscura se extendía por el suelo tras ella. El extremo quedaba oculto bajo un envoltorio de papel. La camisa de cuadros era de color rojo oscuro, con rayas negras. No se movía.

No respiraba.

Aminoré el paso.

Me detuve.

«Ruby».

La linterna se me cayó de entre los dedos y rebotó sobre el suelo duro. El pulso me empezó a latir en los oídos, hasta que pensé que me iba a partir en dos.

Alguien me apoyó las manos en los hombros. Priyanka me obligó a volverme hacia ella y dijo algo que no entendí. Me aparté con brusquedad, justo cuando Roman rodeaba a la chica con expresión sombría y se agachaba delante de ella.

Priyanka me clavó los dedos en la piel hasta hacerme daño, pero ella tampoco pudo apartar la mirada de Roman, al menos hasta que él se volvió hacia nosotras y negó con la cabeza.

No lo creí. Me solté de Priyanka y me di cuenta de que el pecho me ardía

porque estaba conteniendo el aliento. Solo me hizo falta echar un vistazo a lo que quedaba de la cara de la chica.

«No es ella».

Era demasiado joven. Los pies y las manos, sujetos con bridas, eran demasiado pequeños. De lejos, la confusión era posible, pero vista de cerca...

Me obligué a no darme la vuelta. Me obligué a seguir mirando a aquella muchacha, sola en aquel lugar.

—Dios, no debe de tener más de doce o trece años —dijo Priyanka con voz ronca—. ¿Qué estaría haciendo aquí?

Roman se puso de pie lentamente y recogió la linterna, que se había alejado rodando hasta las piernas de la niña y se había detenido allí. Recorrió de nuevo la pista con el haz de luz y esta vez iluminó pisadas pegajosas que habían quedado marcadas por encima de la mugre y el polvo. Seguí un rastro de minúsculas pisadas hasta que se cruzó con otro, y luego con otro, y luego con otro más.

No eran solo unas pocas huellas, eran decenas y decenas. Y algunas de aquellas pisadas eran más pequeñas que mi mano.

—No sé qué estaba haciendo —dijo Roman—, pero no estaba sola. Y tampoco vino aquí por decisión propia.

—Quiero irme —dijo Priyanka, de cuya voz había desaparecido el habitual tono burlón. Yo notaba el aire pegajoso en la piel, como si fuera el aliento húmedo de alguien, pero ella se frotó los brazos como si quisiera desentumecerlos—. Ahora.

—No —dije—. No podemos dejarla aquí.

Roman suavizó un poco la mirada al volverse hacia mí.

—No la vamos a dejar aquí. Llamaremos a la policía de Baton Rouge desde la cabina que está al otro lado de la calle. Tienen que ver esto... sea lo que sea...

—Es que...

«No me fío de que se ocupen de ella».

Esa verdad, tan sencilla en sí misma, me quemó por dentro. No me fiaba de la policía. No me fiaba del FBI, ni de Cruz ni de nadie que estuviera en su órbita. Solo confiaba en nosotros mismos.

—Te entiendo —dijo Roman—, a mí tampoco me gusta la idea. Pero esta chica merece que la identifiquen, merece volver con su familia y tener un entierro digno. Y nosotros no podemos ofrecérselo.

Se me había formado un nudo en la garganta.

—¿Vale? —dijo Roman, con dulzura.

Asentí.

«No olvides todo esto», me dije. Era mi responsabilidad no olvidarlo. Pero con eso no bastaba.

—Necesito el teléfono —le dije a Priyanka.

Me lo entregó con una mirada interrogante. La cámara no recogería aquellas imágenes con una definición asombrosa, pero lo único que me importaba era capturar aquella escena, aquel momento, para que nadie pudiera apartar la mirada.

Si mi intención era construir un relato con todas aquellas piezas —las imágenes del dron, aquella pista de patinaje y todo lo que pudiéramos encontrar en lo sucesivo—, mi deber era empezar a documentar lo que estaba ocurriendo.

Cambié la vista de cámara para que me enfocara a mí. El rostro me resplandecía en la oscuridad de la pista.

—Es... —empecé a decir mientras calculaba mentalmente—. Diecisiete de agosto. Son aproximadamente las cuatro de la tarde, en la pista de patinaje de Riverside, justo a las afueras de Baton Rouge. —Cambié de nuevo la vista de cámara y empecé a recorrer el perímetro de la pista, enfocando con el teléfono las pruebas de que allí se había retenido a personas o, mejor dicho, niños—. Hemos descubierto este sitio mientras seguíamos la pista de los

verdaderos culpables del atentado en Penn State. Por lo que puedo ver, parece que aquí se ha retenido a varios niños, posiblemente psi, en contra de su voluntad y sin duda con la intención de traficar con ellos.

Me dirigí de nuevo hacia la niña. Roman y Priyanka se apartaron para no salir en el encuadre.

—Pero se dejaron a alguien aquí —proseguí. Me arrodillé junto a la niña y le acerqué la cámara al rostro—. Sigue aquí, olvidada, esperando a que alguien se ocupe de ella.

Dejé de grabar y me volví hacia Roman y Priyanka.

—Creo que es evidente quién está detrás de todo esto —dijo Roman, con una voz que reflejaba su rabia—. Mercer debe de haber vuelto al negocio del tráfico de niños. Percibo sus huellas por todas partes: estamos cerca de una zona portuaria que acaba de reabrir y lo bastante cerca del complejo militar de Nueva Orleans. Hasta lo de utilizar unas instalaciones abandonadas para retener a los niños mientras organizaba el transporte...

—Ojalá pudiera creer que es el único que está traficando con niños —dijo Priyanka—. Todo esto está muy sucio y desordenado. No es su estilo. Seguro que Mercer habría enviado a alguien a limpiar.

—No deja que los rivales entren en su juego —le recordó Roman—. Es exactamente lo mismo que hacía antes: retener a los niños psi que necesita para experimentar y vender el resto a otros países u organizaciones que no puedan poner en peligro su negocio.

Sujeté el teléfono con más fuerza en la mano.

—Si Ruby ha estado aquí de verdad, es porque esto es lo que estaba buscando. Es posible que Mercer sí la esté reteniendo. Esto habría puesto a Ruby directamente en su camino.

Ruby había estado siguiendo las líneas de una red que se extendía entre distintos estados, entre un siniestro elemento criminal y otro. Había estado desentrañando pistas y, con un poco de suerte, recogiendo pruebas.

Y ahora...

—Zu —dijo Roman y me cogió la mano. Repitió mi nombre una y otra vez, hasta que finalmente me decidí a mirarlo—. Si Mercer la tiene, podemos empezar buscando en sus propiedades inmobiliarias. Es un punto de partida.

Eso no me hizo sentir mejor. Y tampoco detuvo la presión que me iba aumentando cada vez más en el pecho. Por encima de nuestras cabezas, las luces fluorescentes emitían un zumbido, como si fueran moscas atrapadas.

—¿Y eso cuánto tiempo nos llevará? Podría tenerla en algún lugar que ni siquiera vosotros conocéis —dijo—. Podría estarle haciendo daño ahora mismo.

—Solo existe una forma de localizar su ubicación con toda exactitud —contestó Priyanka mirando a Roman—. Vas a tener que pedir que te devuelvan un favor.

29

La única palabra que pronunciaba Roman mientras salíamos de la pista de patinaje y cruzábamos la calle para dirigirnos de vuelta al coche era «no». No, no y no.

—Pero... —empezó a decir Priyanka al tiempo que abría la puerta del pasajero.

—No. —La palabra no transmitía rabia, solo finalidad. Roman negó con la cabeza—. Voy a informar a la policía y luego, mientras nos largamos de aquí, podemos analizar las opciones que tenemos.

—Te estás comportando como un idiota —le dijo Priyanka mientras él se dirigía hacia la cabina telefónica que estaba en un rincón del aparcamiento del McDonald's—. ¡Sabes que tengo razón! Tendríamos que haberlo hecho de entrada.

Roman tensó el cuerpo, pero no se volvió hacia nosotras.

—A lo mejor. O a lo mejor ahora estaríamos todos muertos.

—¡Uuf! —exclamó Priyanka al tiempo que subía al asiento trasero y cerraba de un portazo—. Está diciendo chorradas. Pues claro que es un riesgo. ¿Hay algo que no lo sea?

—Me encantaría opinar, pero no tengo ni idea de lo que estáis diciendo —le dije mientras me abrochaba el cinturón de seguridad en el asiento del conductor.

Priyanka, que había dejado caer la cabeza contra el asiento, respiró hondo.

—¿Te ha contado Roman que fuimos cuatro los supervivientes de los experimentos del doctor Wendall?

Asentí.

—Yo quiero ir a buscar al cuarto miembro de nuestro Escuadrón Tristán —explicó—. Es un pescador. Puede localizar telepáticamente a cualquier persona. Es como si lanzara un sedal telepático y pescara una imagen de la persona en cuestión, esté donde esté.

—Será broma, ¿no? —dije—. ¿Eso es posible?

—Tendrías que preguntárselo a Wendall —dijo Priyanka—. Puede que él tenga más información, teniendo en cuenta que Max es su hijo.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo es que la historia empeora cada vez que le añades algo nuevo?

—Tengo por costumbre racionar las peores partes, porque tratar de asimilarlo todo de golpe sería demasiado —dijo Priyanka—. Pero supongo que entiendes que un poder como ese le resultaría muy útil a Mercer, ¿no? Podría encontrar prácticamente a quien quisiera: espías en su organización, enemigos, competidores... Mercer incorporó a Lana a su equipo de seguridad, pero nosotros tres formábamos nuestro propio equipo. Max localizaba a la persona, yo me introducía en los sistemas de seguridad y Roman...

De repente, supe exactamente a qué se refería Roman al decir que Mercer apreciaba su pulso firme.

—Resultó demasiado para Max. El sentimiento de culpa, quiero decir. Puede que no fuera él quien apretaba el gatillo, pero consideraba que cada secuestro o asesinato era culpa suya. A cada uno de nosotros nos afectaba de una forma distinta, pero las cosas llegaron a un punto crítico durante la última misión a la que Mercer nos envió. Mercer quería que Roman se cargara a un antiguo socio de negocios y que lo arreglara todo para que pareciera un robo que había acabado mal. Pero cuando escenificas un robo, no solo te cargas al blanco. Tienes que matar también a todos los testigos. Y el tipo tenía hijos pequeños. Max los vio cuando trataba de pescar la ubicación del hombre.

—¿Y qué pasó? —pregunté sujetando con fuerza el volante.

—Max normalmente viajaba con nosotros, y no siempre conocíamos el

recorrido hasta que estábamos cerca, porque sus dotes localizadoras se agudizaban cuanto más se acercaba al blanco. Total, que la noche antes del trabajito, Max se despertó y trató de huir. Roman lo encontró varias horas más tarde y Max finalmente le explicó que había visto a los hijos del hombre, y que se había acabado, que no le importaban las consecuencias. Y Roman lo dejó marchar. Huir. Saber lo de los niños fue, en última instancia, lo que también decidió nuestro destino, porque Roman y yo no teníamos intención de seguir con la misión los dos solos y cargarnos a un montón de críos inocentes... Pero huir significaba dejar atrás a Lana.

—¿Pensaste en volver tu sola junto a Mercer? —le pregunté.

Asintió.

—Estuve a punto de hacerlo. No quería dejar a Lana, pero tampoco podía volver y echarle toda la culpa a Roman. Mercer habría enviado a un equipo tras otro para matarlo. Y aunque sé que él jamás lo admitirá, Roman necesita a alguien que se ocupe de su bienestar.

En ese preciso instante, Roman dobló de nuevo la esquina del parque y se dirigió hacia nosotras.

Abrió la puerta trasera y la cerró bruscamente después de subir al coche.

—Dicen que enviarán a alguien «en cuanto puedan». —Antes de que Priyanka tuviera tiempo de abrir la boca, Roman añadió—: El único motivo de que no me guste tu idea es que conlleva muchos riesgos asociados. Si queremos llegar hasta Max, tendremos que sacarlo a la fuerza y, por lo que he visto, no hay forma de colarse sin que nos vean. Si está donde está es por algún motivo, Priya. No quiere saber nada de todo esto.

—Un momento... ¿colarse dónde? —pregunté.

Me estaban empezando a dar miedo las miraditas que intercambiaban.

—Roman y yo desertamos de la misión más o menos una hora más tarde que Max, pero a él le bastó ese tiempo para desaparecer —dijo Priyanka—. Conseguimos localizarlo unos días más tarde, cuando encontré informes

policiales según los cuales se había entregado voluntariamente en una comisaría de Texas. De allí lo habían trasladado a una especie de centro. Las medidas de seguridad eran demasiado estrictas como para ir a echar un vistazo y el hecho de que Max hubiera cumplido su amenaza, entregarse, nos hizo pensar que era mejor dejarlo en paz.

—¿En qué parte de Texas? —pregunté.

—Al norte, cerca de Oklahoma. ¿Cómo se llamaba aquella ciudad que atravesamos?

La última pregunta iba dirigida a Roman.

—Wheeler.

Me sonaba de algo, pero tenía las ideas demasiado confusas como para recordar de qué.

—A Max podrían haberlo trasladado —señaló Roman—. O puede que hayan cerrado ese centro. Ya han pasado casi seis meses.

—No, vayamos —dije—. Si sigue allí, podemos preguntarle si quiere ayudarnos. O eso, o entrar en todas las instalaciones de Estrella Azul.

—Insisto —dijo Roman— en que la cuestión no es sacar a Max de allí, sino encontrar la forma de entrar.

Dejé atrás el aparcamiento y me dirigí de nuevo a la carretera. El sol empezaba a descender hacia el horizonte, audaz y radiante pese al avance de la oscuridad. Puse rumbo hacia él.

Era una idea descabellada. Solo de pensar en la temeridad que estábamos a punto de cometer, tuve la sensación de estar cayendo en barrena en el interior de mi propio cuerpo.

—No nos hace falta encontrar la forma de entrar —dije—. Solo tenemos que dejar que nos atrapen.

Transcurrieron las horas y los kilómetros, pero seguía sin poder dejar de

pensar en la niña.

Priyanka estaba tendida en el asiento trasero, con la cabeza apoyada en la puerta. La inclinaba un poco hacia atrás cada vez que pasábamos por debajo de una cámara de seguridad y las iba contando entre dientes. Roman trataba de no sucumbir al sueño: cerraba los ojos unos instantes y luego volvía a abrirlos, sobresaltado.

Puse en marcha la radio y me sorprendió gratamente escuchar la voz de una locutora local: «Como cada hora en punto, vamos con el resumen de las noticias más destacadas... En Washington, la campaña de la presidenta provisional Cruz anuncia que se ha alcanzado y superado el repentino aumento en la recaudación de fondos de la campaña de Joseph Moore. La presidenta en persona ha anunciado que se ha llegado a un nuevo acuerdo presupuestario con las Naciones Unidas, que incluye ampliar la fecha límite para el pago y destinar fondos adicionales al Ministerio de Defensa... En la información local, el alcalde de Nashville...».

Y así sucesivamente: cada estado aportaba las últimas noticias sobre su situación, sobre las nuevas fábricas que financiaban las Naciones Unidas y que estaban dando trabajo a pueblos enteros, sobre nuevos proyectos de construcción de carreteras, nuevos colegios, universidades reabiertas, desfiles que se recuperaban, carreteras cerradas, mítines de las campañas locales y nacionales... Contuve el aliento cuando la mujer llegó a Luisiana, a la espera de que hablara del cadáver que a esas alturas la policía ya debía de haber encontrado.

Pero en lugar de eso, la locutora se saltó Luisiana y pasó a hablar de las playas públicas de Florida, que volvían a estar abiertas.

Dirigí una incrédula mirada hacia el salpicadero y, luego, hacia Roman, esperando aún que la locutora volviera a esa noticia. Mel me había enseñado que era mejor alternar las buenas noticias y las malas, suavizarlas en cierto modo, pero era evidente que la locutora no había recibido ese mismo consejo.

«Finalmente, el secretario de prensa ha anunciado hoy que la presidenta provisional ha solicitado al Congreso que libere los fondos reservados al programa de indemnizaciones a los psi y los reasigne al presupuesto de Defensa para aumentar el número de Defensores que en la actualidad rastrean el paradero del Círculo psiónico. El programa de indemnizaciones, entre cuyas medidas figuraban asignar un pequeño subsidio a los psi supervivientes y condonar las deudas de sus familias, queda en suspenso de forma indefinida».

Terminado el resumen informativo, la emisora pasó a emitir de nuevo grandes éxitos del rock.

—Mierda —exclamé al tiempo que golpeaba el volante con las manos—. ¡Mierda!

—Aún pueden cambiar de opinión —dijo Roman—. Tú puedes hacer que cambien de opinión. Tenemos que concentrarnos en recoger pruebas.

Negué con la cabeza. El programa de indemnizaciones a duras penas había conseguido superar la votación en el Congreso. Saber que me habían utilizado como excusa para cargarse el proyecto por el que Chubs tanto había luchado me dio náuseas. Era una traición tan grande que me costaba asimilarlo.

Pero no era solo eso. Era el hecho de que ni siquiera habían mencionado a la niña muerta, de que obviamente no consideraban que tuviera interés periodístico. Me entraron ganas de bajar la ventanilla y gritarle al mundo «¡Despierta, despierta, despierta!».

Estaban encubriendo su muerte. Barriéndola discretamente bajo la alfombra. Obviamente, los informativos locales nunca eran demasiado exhaustivos, pero la administración Cruz siempre se había enorgullecido de su transparencia, después de los años de secretismo que habían caracterizado al Gobierno de Gray. Desde un punto de vista publicitario, sin embargo, tenía mucho sentido pregonar a los cuatro vientos las buenas noticias y no dedicar

atención a los inevitables problemillas que surgían al recomponer un país entero.

Pero ahora... ahora me preguntaba si de verdad habían erradicado la podredumbre o si se habían limitado a ocultarla bajo una capa de pintura nueva.

«Algo está pasando en este país», pensé. «Y nadie quiere que lo sepamos».

30

L —a verdad es que no estoy muy segura de querer hacerlo...
—Quiero que lo hagas —dije—. Imagina que me estás haciendo un favor. Te estoy pidiendo que lo hagas. Si te vas a sentir mejor, hasta te lo suplico.

El baño exterior de la gasolinera llevaba todo el día asándose lentamente al sol. Pese a la minúscula rejilla que dejaba pasar la luz y el aire, era como estar dentro de un ataúd. Hasta Roman se esforzaba valientemente por mantener una expresión serena mientras las gotas de sudor le resbalaban por la cara, cosa que hacía que se corriera el delineador que Priyanka le había aplicado en los ojos. No me hizo falta mirarme al espejo para saber que yo tenía el mismo aspecto.

—No voy a negar que me encanta que me supliquen —empezó a decir Priyanka—, pero suplicarme que te pegue un puñetazo en toda la cara no va a hacer que me sienta mejor al propinártelo.

—El Sistema de Localización de Psi se sirve del reconocimiento facial para buscar en la base de datos —dije, mientras me pasaba una mano por el pelo. Priyanka me había ayudado a peinármelo en pequeñas trenzas que se unían por detrás en una cola de caballo. Luego lo habíamos pintado con tiza de color rosa intenso, antes de aplicar una generosa capa de gomina con la idea de que el color aguantara lo máximo posible—. Tenemos que alterar esa función.

—Ay, mujer de poca fe... —dijo Priyanka al tiempo que se llevaba una mano al corazón.

Igual que nosotros, vestía completamente de negro con prendas que

habíamos rescatado de un contenedor de ropa usada. Y, a diferencia de nosotros, había conseguido el aspecto deseado. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y su atuendo —pantalones cortos de color negro, vaporosa camiseta negra y botas negras que le llegaban por encima de la rodilla— le daban un aire casi sofisticado. Roman y yo parecíamos más bien la clase de personas que se dedican a dar patadas a los niños y robarles los dulces de Halloween.

—¿No me crees capaz de piratear su sistema, duplicar tu perfil actual y luego cambiar el nombre y todos los otros datos necesarios en menos de dos segundos? —me preguntó.

Miré a Roman.

—Esto no va a funcionar, ¿verdad?

Roman suspiró.

—¿Y nosotros qué?

—Hace mucho tiempo que creé para los dos perfiles de identidad nuevos en su sistema, por si acaso nos escaneaban alguna vez —dijo Priyanka—. No tendremos problema. Dos verdes normales y corrientes.

—Entonces, quizá será mejor que vayamos solos —dijo Roman al tiempo que me lanzaba una mirada rápida—. Y si no podemos volver a salir, al menos encontraremos la forma de hacerte llegar la información que Max descubra. Podrías seguir sin nosotros.

—No —dije al tiempo que me alisaba la camiseta negra sobre las mallas negras rotas en algunos puntos—. Esta es una situación rollo todos para uno, uno para todos. Y dado el secretismo que rodea esas instalaciones, no creo que vayamos a encontrar la forma de salir hasta que estemos dentro.

No estaba dispuesta a permitir que corrieran aquel riesgo sin que yo estuviera cerca para poder ayudarlos. Si de verdad nos quedábamos atrapados allí, entonces encontraría la forma de hacer llegar a Vida la ubicación de

Ruby. Siempre existía una alternativa. Pero la idea de dejar todo aquello sin terminar... No, para eso no creía estar preparada.

Alguien aporreó la puerta desde el exterior.

—¿Podéis daros un poco de prisa? —gritó un hombre con voz airada—. Los demás también tenemos que usar el lavabo.

—¡Estoy vomitando! —le respondió Priyanka—. Y me voy a tomar el tiempo que me dé la gana, a menos que quieras que te vomite en la cara y en los espantosos pantalones de pinzas que sin duda llevas.

—Puaj —dije.

—¡Voy a llamar al encargado!

—Eso, eso —le respondió Priyanka—. Vete corriendo como un crío y llama a tu mamá.

Decidimos ignorar la venenosa retahíla de tacos y maldiciones que siguió desde el exterior.

—Lo que tú digas, pero sigo pensando que es mejor que me atices —dije, tratando de sonar todo lo razonable que puede sonar alguien que le pide a otra persona que le dé un puñetazo—. En el ojo, y quizá también en el labio, para que se me vuelva a abrir la herida.

—¿Por qué? —dijo Priyanka—. ¿Por qué quieres que golpee ese adorable rostro? ¿Por qué eres tan cruel conmigo?

—Llevo años saliendo en la tele, en los periódicos y en las revistas —dije—. ¿De verdad crees que la gente no me va a reconocer al verme?

—Hablando por experiencia —dijo Roman, que llevaba el pelo alborotado y de punta—, no subestimes el poder del contexto. Has llegado hasta aquí sin que te pillen. Nadie espera que ahora, de repente, actúes de forma despreocupada.

—Y además, mírate —dijo Priyanka al tiempo que me obligaba a volverme hacia el espejo agrietado.

Apenas podía distinguir mi imagen entre la densa capa de pintadas del

cristal, pero lo que pude ver se me antojó una sinfonía de contrastes. Duro y suave, brillante y oscuro. Y, como siempre, la verdad estaba en un punto intermedio.

—Vale. Pero como algo salga mal y hagan una identificación visual...

—Entonces abortamos la misión y pasamos al plan B.

—¿El plan B no es ese en el que conducimos sin rumbo de un lado para otro hasta que encontramos por casualidad una pista sobre el paradero de Ruby? —pregunté.

En el exterior, el ruido de los motores de los coches había pasado de débil murmullo a interminable rugido.

«Empieza el espectáculo».

—No nos pasará nada —dijo Roman, que hasta ese momento había estado sentado sobre la tapa del váter—. Pero si te ven dudar, te observarán más atentamente. Elijas quien elijas ser, sé esa persona hasta el final.

Le dediqué un gesto de saludo.

—¿De verdad lo vamos a hacer?

Priyanka sacudió brazos y hombros y luego cogió la llave de rueda que descansaba apoyada en la puerta.

—Si caigo, vengadme.

Cogí mi propia llave de rueda, que había mangado en un taller de reparaciones cercano.

—No. Aquí no va a caer nadie. Si alguien saca un arma, y es bastante probable teniendo en cuenta que esto es Texas, lo que tenéis que hacer es levantar enseguida las manos y tiraros al suelo.

—¿Cuánto tiempo llevabas esperando para soltar esa frase? —le preguntó Roman a Priyanka.

—Pues bastante, desde que se me olvidó decirlo cuando estábamos con el asunto Turner.

—Eso fue hace tres años.

—Es que hace falta una situación muy concreta, Roman. Tengo que «sentir» el momento...

—Concentraos —dije al tiempo que le pasaba a Roman el bate de béisbol—. ¿Listos?

Contempló la madera astillada, pasó la mano por el extremo roto del bate y asintió. Priyanka respiró hondo, pero le flaqueó un poco la expresión decidida. Empujó la puerta con el hombro y nos iluminó el resplandor blanco del abrasador sol de Texas.

Una hora antes, cuando habíamos llegado, había unos pocos coches haciendo cola para conseguir la ración semanal de gasolina. Ahora ya ocupaban toda la calle polvorienta en la que, aparte de ellos, poco más había. Las empresas y casas cercanas habían sido recientemente derruidas y los escombros aún formaban altas pilas. Parecía un escenario apocalíptico.

El hombre que antes le había gritado a Priyanka vestía, efectivamente, pantalones de pinzas y una desteñida camisa de cuello abotonado. Parecía lo bastante mayor para ser su padre. La piel de su rostro, curtida por el sol, adquirió un tono casi violáceo cuando Priyanka le dejó resbalar por el pecho la punta afilada de su llave de rueda.

—Todo tuyo, grandullón —le dijo.

Le dio un golpecito en el pecho con la llave de rueda y luego se alejó dando alegres saltitos.

Las botas le proporcionaban unos siete centímetros más a su ya de por sí altísima estatura y ella les sacaba provecho. Balanceó la llave de rueda cuando pasamos por delante de la tienda de la gasolinera y luego se dirigió hacia los coches que ya estaban en los distribuidores. Yo avancé con la cabeza gacha, lista para detectar cualquier problema por el rabillo del ojo. Dentro de la tienda, la mujer que atendía la caja cogió el teléfono. La vi palidecer claramente a través del cristal.

Roman se alejó nosotras y se acercó por detrás al agente de policía que

estaba vigilando. El hombre gruñó cuando Roman le quitó la pistola de la cartuchera y la lanzó lejos. El arma se deslizó resbalando por el suelo. Con una eficacia asombrosa, le hizo una llave de cabeza y le aplicó la presión justa para que aquel tipo de pelo entrecano cayera redondo al suelo.

Priyanka subió de un salto al capó del coche que estaba en ese momento en el distribuidor y luego subió al techo.

—¡Damas y caballeros, llegan justo a tiempo para el espectáculo de monstruos de hoy y, por si eso fuera poco, van a tener la suerte de interpretar el papel protagonista! ¡Entreguen sus tarjetas de racionamiento y a lo mejor no los electrocutamos ni reducimos este sitio a cenizas! —dijo. Dio un golpecito con el tacón en el techo solar del coche al que se había subido—. También va por ti, guapo.

El hombre prácticamente salió rodando del coche, en un torpe intento de huir.

Los coches que estaban al final de cola dieron la vuelta y se alejaron calle abajo para evitar problemas. La señal de varios teléfonos estalló en mi mente como si fuera un castillo de fuegos artificiales. Diez, veinte teléfonos de repente activos, a medida que la gente los iba usando para realizar llamadas de emergencia.

Me acerqué al todoterreno más cercano, en cuyo interior había una mujer encogida, y rompí la ventanilla del conductor. Introduje la mano por el cristal roto y le tendí la mano a la mujer.

—Está... está en la máquina —tartamudeó mientras pegaba la espalda a la otra ventanilla.

«Ah. Vale».

Intenté poner una voz grave, con resultados más o menos aceptables.

—Pues sácala.

No me sorprendió oír en primer lugar el molesto zumbido de los drones, que volaban por encima de nosotros. Priyanka hizo un gesto con el brazo y se

precipitaron al suelo. Quedaron convertidos en una pila de metal, cristal y llamas.

El alboroto de gritos y movimientos cesó al instante.

—¿Pensabais que estaba bromeando? —les dijo Priyanka a los presentes—. ¿A quién le toca ahora? ¿Quién quiere asarse dentro de su propio coche cuando lo convierta en un horno?

Roman pasó junto a mí y murmuró «joder» en voz baja, antes de cargarse el espejo retrovisor de un monovolumen.

—¡Quedaos donde estáis, putos monstruos!

Los tres nos volvimos hacia el final de la cola, desde donde un hombre nos apuntaba con un rifle subido al capó de su camioneta. Tres personas más —dos mujeres y otro hombre— echaron a correr en nuestra dirección armados con pistolas. Uno de ellos disparó, aunque sin duda accidentalmente, ya que la bala impactó contra el metal, por encima de los distribuidores. Priyanka saltó y se puso a cubierto.

—¡Cuidado! —gritó alguien—. ¡Joder, vais a hacer que estalle todo!

—¡Vale, vale! —dijo Priyanka levantando los brazos.

—Al suelo —gruñó una de las mujeres armadas—. Ahora. Antes de que te meta una bala en ese cerebro de monstruo.

—Bueno, vale, no hace falta ser maleducado —murmuró Priyanka.

El cañón de un arma se me clavó en la espalda en el mismo momento en que alguien me cogía de un brazo y me obligaba a tenderme en el abrasador suelo. Vi gruñir a Roman y lanzarse hacia quien fuera que me sujetaba por detrás, pero justo entonces apareció junto a él la otra mujer armada y lo apuntó. La mirada calculadora que Roman le lanzó me heló la sangre, pese al calor asfixiante que me hacía sudar bajo la ropa oscura.

—No —dije con aspereza.

Roman me miró, se fijó en la forma en que el hombre me aplastaba la mejilla contra el suelo. Traté de quitármelo de encima: tenía la rodilla

apoyada en la parte baja de la espalda, con tanta fuerza que creí que me iba a partir la columna. Me retorcí lo suficiente como para poder volver la cara hacia arriba. A lo lejos, se oían las sirenas de la policía de Amarillo.

Y entonces obtuve lo que había pedido: el hombre descargó el puño libre sobre mi carga y me sumí en el calor y la oscuridad.

El balanceo constante, el sonido bajo y regular de un toque de tambor, el aire sofocante que me aletargaba, el olor a cuero y a piel limpia y cálida... todo me invitaba a seguir sumida en un profundo sueño. Pero la suave presión que notaba en las muñecas le sirvió a mi cuerpo para recordar que tenía muchos motivos de queja. Y en cuanto a mi cara...

Me tragué un grito de dolor. Noté de nuevo en la boca el sabor de la sangre, amargo y metálico como el casquillo de una bala. Intenté abrir los ojos pese a tenerlos cubiertos de polvo, pero apenas conseguí separar el párpado izquierdo una rendija. Me dolía a cada movimiento. Oí por encima de mí voces cargadas de electricidad estática.

«Código diez...».

«...sospechoso va a pie...».

El objeto o respaldo en el que estaba apoyada se movió de repente. Una de las bridas se me clavó en las muñecas cuando intenté mover las manos para apartar lo que fuera —o a quien fuera— de un empujón.

Roman.

Me observó con los ojos entornados y me indicó con un leve sonido que guardara silencio. A su lado, Priyanka miraba por la ventanilla, hacia el paisaje que íbamos dejando atrás a toda velocidad. Ellos también tenían las manos atadas a la espalda, cosa que los obligaba a apoyarse de lado en el respaldo para encontrar una posición cómoda. Me aclaré la garganta y noté en el cráneo el dolor que me irradiaba desde el pómulo.

La reja que nos separaba de la parte delantera del coche vibró cuando una agente la golpeó con un dispositivo amarillo que me resultaba familiar.

—¿Qué os he dicho yo de estar calladitos y quietecitos? —preguntó—. ¿Queréis que vuelva a usar esto? Me encanta recordar a la gente el significado de la palabra «cooperación».

Priyanka abrió la boca y curvó hacia arriba las comisuras, en una especie de mueca burlona, pero Roman la golpeó con el hombro.

La agente ladeó la cabeza.

—Lamento decirlo, Bella Durmiente, pero dentro de cinco minutos desearás haber seguido inconsciente. ¿Veis aquellas luces de allí? —Viajábamos por una carretera de tierra rodeada de desierto por todas partes. Lo único que se veía eran aquellas luces borrosas, en lo alto de una montaña solitaria que se alzaba a lo lejos—. Disfrutad del paisaje mientras dure.

Me preocupaba sinceramente que Priyanka fuera a estallar si no conseguía soltarle cualquier barbaridad a la agente. En lugar de eso, respiró hondo varias veces y me miró de reojo. Debió de ver la inquietud reflejada en mi mirada, porque tragó saliva con dificultad y luego asintió.

Apareció una nube de polvo que se dirigía hacia nosotros desde la otra dirección. Otro coche de policía, que se marchaba justo cuando nosotros llegábamos. Los dos conductores se saludaron al cruzarse.

—Parece que esta noche no sois las únicas entregas —dijo el conductor—. ¿Qué pasa, habéis decidido salir todos a la vez de donde sea que os escondéis?

Me puse a temblar de rabia y tuve que morderme el labio para no decir nada. Todo lo que yo había hecho mientras trabajaba para el Gobierno había sido con el objetivo de sacarnos de las sombras, de dejarnos florecer bajo el poco sol que la sociedad estuviera dispuesta a ofrecernos. Pensaba —esperaba— que poco a poco pudiéramos conseguir que los demás cambiaran de opinión, pero la triste verdad era que ni siquiera querían pensar en nosotros.

El estado de la carretera iba empeorando a medida que nos acercábamos al

edificio. Las náuseas que había empezado a notar en los últimos minutos fueron aumentando a cada bache y salto. Me di cuenta entonces de que lo que teníamos delante no era una montaña, sino un alto muro de cemento provisto de reflectores y alambre de espino.

Cerré los ojos con fuerza, pero lo único que encontré allí fue otra valla y más alambre de espino. Notaba la piel ardiendo un momento y helada al siguiente, atrapada entre el calor del verano y el lejano recuerdo de la nieve. Fui perdiendo la sensibilidad en las puntas de los dedos de las manos y en los pies, enfundados en unas botas negras demasiado grandes. Se me llenó la boca de saliva.

«Basta —me dije—. Basta. No estás allí. Estás aquí».

Estaba en el momento presente. Con Roman y Priyanka. Noté la presión del hombro de Roman en el mío cuando se movió y estiró los brazos tras la espalda para rozarme los dedos con los suyos. Entrelacé el pulgar y el índice con los suyos y solo entonces recuperé la sensibilidad.

Cuando llegamos al recargado rótulo, recordé de qué me sonaba Wheeler, Texas.

CENTRO INDEPENDIENTE DE FORMACIÓN INDIVIDUALIZADA

Prohibido el acceso a toda persona ajena a las instalaciones

Priyanka contuvo una exclamación, pero yo apenas podía respirar.

«No...».

Las fotos y los vídeos del centro terminado daban a entender que sería la mitad de grande que aquel edificio, que estaría rodeado de zonas verdes y pintado de colores alegres. Como un colegio. ¿De qué coño eran las imágenes que el equipo de Joseph Moore había enviado cuando habían ganado el concurso público para construir los centros de formación?

Los muros de cemento de aquel edificio debían de medir más de quince metros y se curvaban hacia dentro en lo alto, como manos ahuecadas. Aquel

sitio irradiaba tanta energía como una estrella fundida. En él convergían líneas eléctricas que llegaban desde todas las direcciones: chisporroteaban y gemían, como si trabajaran a destajo.

«Ha construido otro campo».

El Congreso... Cruz... probablemente no tenían ni idea. De lo contrario, jamás habrían aprobado algo así.

La carretera trazaba una curva y luego terminaba abruptamente a un lado de un formidable edificio que se alzaba en línea recta hacia el cielo. Tenía tantas plantas y ventanas que resultaba imposible contarlas. Lo habían construido como algo puramente funcional e intimidatorio: no habían gastado tiempo ni dinero en adornos que pudieran atenuar un poco su deprimente aspecto.

Me incliné hacia delante y observé a través del parabrisas. Había una especie de pasadizo, parecido a un túnel, que se adentraba en el edificio al nivel del suelo.

El coche se dirigió hacia un control de seguridad: estaba situado a unos cien metros de las instalaciones y actuaba como punto de conexión entre el edificio y la red de vallas de seguridad que se fue perfilando a medida que nos acercábamos. No había solo una alambrada, sino muchas, una detrás de otra. Y, entre ellas, una serie de espacios conectados entre sí que permitían el paso de los vehículos. Noté en la espalda un escalofrío de puro terror.

Si un prisionero conseguía cruzar una de aquellas verjas, siempre se interpondría en su camino otra, y otra y otra.

Me lamí el sudor que me cubría el labio superior y noté el sabor de la sal y del producto químico que contenía la gomina. El coche patrulla finalmente aminoró la marcha cuando nos acercamos a un soldado. No. No era un soldado, al menos no del ejército de Estados Unidos, ni tampoco de las fuerzas de las Naciones Unidas. No llevaba ninguna clase de uniforme, aparte de una camisa de camuflaje y un grueso chaleco de Kevlar.

El hombre estaba en el centro de la carretera, haciendo gestos con un brazo hasta que el coche paró. Se acercó a la ventanilla del conductor con cara de pocos amigos.

—Bueno, esto promete —murmuró el agente que estaba al volante—. Hola, buenas noches. Llevamos a tres psi ahí detrás. A estos idiotas los han pillado cuando intentaban rob...

—No pueden ustedes seguir trayendo a críos y dejándolos aquí como si fuera su basura —lo interrumpió el hombre con brusquedad—. El jefe quiere que tomemos medidas enérgicas. Ahora tenemos un sistema nuevo. ¿Se han molestado en escanearlos antes de traerlos hasta aquí?

—¿Cree usted que el Gobierno nos proporciona esa clase de equipo? —le preguntó la agente, inclinándose sobre su compañero para observar mejor al guardia—. Ya sabe cómo funciona esa mierda de la burocracia. Mire... quédense a estos tres y nosotros comunicaremos al departamento lo que nos ha dicho.

El hombre que custodiaba la entrada resopló, molesto, y se dirigió de nuevo al control de seguridad. Salió otro hombre de la garita, que enfocó el asiento trasero del coche con una potente linterna. Los tres volvimos la cara.

—Vale —gruñó el primer hombre—. Pero la próxima vez llamen antes y comprueben la base de datos.

—Hecho —dijo el conductor. Tras subir la ventanilla, añadió—: Gilipollas.

Un poco más adelante, la primera de las verjas se abrió con un zumbido. Mientras cruzábamos la primera sección, y luego la siguiente, le apreté los dedos a Roman. Al llegar a la tercera verja, la agente se volvió y nos observó a través de la reja del coche.

—Que disfrutéis siendo el problema de otros.

Las verjas se iban cerrando con un chasquido a nuestra espalda. Todas las

vallas estaban electrificadas y emitían un zumbido, como si nos estuvieran avisando, advirtiéndolo.

Nos detuvimos a los pies de aquel edificio que parecía una fortaleza. Cuando la última verja se cerró, las luces situadas en el techo bajo del túnel se apagaron y empezaron a emitir destellos rojos, acompañadas del aullido de una alarma.

Vimos puertas metálicas de color negro a ambos lados del coche patrulla. Se abrieron las dos y salieron seis hombres fuertemente armados. Todos llevaban el mismo chaleco negro, pero distintas camisas debajo, algunas de manga larga, otras sin mangas.

«No son un cuerpo militar organizado», pensé. Roman también los estaba observando y, como yo, sacando sus propias conclusiones. Se trataba de un ejército a sueldo, probablemente formado por mercenarios.

El agente que conducía desbloqueó las puertas traseras del coche patrulla y, antes de que me diera tiempo a coger aire, un hombre armado me estaba sujetando por los brazos y los hombros.

«No hagas ningún ruido, no les des la...».

Pero la idea se esfumó en cuanto me precipité al suelo y me golpeé la cabeza contra la puerta.

—¡Eh! —oí protestar a Roman, pero no pude verlo porque todo se estaba volviendo negro otra vez.

Se me agarrotaron los músculos cuando los hombres armados me obligaron a ponerme de nuevo en pie y me empujaron hacia la puerta que tenía a mi izquierda. Al otro lado, solo había un pasillo oscuro como boca de lobo.

El pánico convirtió mis pensamientos en cenizas. No podía ver más allá de los soldados que se habían reunido en el pasillo, pero lo intenté y traté de soltarme del tipo que me sujetaba por un brazo. No veía a Roman ni a Priyanka: no sabía si aún estaban detrás de mí y, solo de pensarlo, tuve la sensación de que el pecho se me encogía.

El soldado que estaba a mi derecha se acercó con su rifle y me clavó la culata en el punto sensible donde el cuello se une al hombro. Solté una exclamación, más por el susto que por el dolor, y avancé tambaleándome. El hombre me dejó caer de rodillas al suelo y luego usó la mano libre para cogerme del pelo y obligarme a ponerme en pie otra vez.

—¡Como le vuelvas a pegar, te voy a patear el culo con tanta fuerza que te vas a comer mi pie!

«Priyanka».

Me volví justo a tiempo de ver a una soldado clavarle el codo en el estómago. Priyanka gritó de dolor y se le doblaron las rodillas, pero consiguió mantener la posición vertical.

«¿Dónde está Roman?».

El pasillo, vacío, se perdía en la oscuridad por ambos lados. Desde las rejillas del techo, que siseaban y nos escupían humedad como si fuéramos espectadores, nos llegaban ráfagas de aire frío.

«Las baldosas», pensé mientras me fijaba en el suelo de piedra gris. «Son las mismas».

Los recuerdos se abalanzaron sobre mí como siniestras olas.

—¿Se puede saber qué coño le pasa? —preguntó uno de los hombres.

—Que finalmente se ha dado cuenta de que están de mierda hasta el cuello —respondió el que me arrastraba hacia delante—. ¿Has comunicado por radio a admisiones que traemos a tres más?

Percibí los *walkie-talkies*. La carga de las baterías emitía un zumbido bajo las carcasas de plástico. También percibí las máquinas de Ruido Blanco que llevaban sujetas al cinturón. Lo percibí todo y, al mismo tiempo, nada. La única voz que oía en la mente era la que me decía que me adueñara de aquella energía, que les hiciera a todos ellos el mismo daño que nos habían hecho a nosotros.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y repetí mentalmente las palabras, como si fuera un mantra: «No puedo, no puedo, no puedo».

Estábamos allí por un motivo. No podía atacarlos, no podía darles motivos para hacernos daños o matarnos «accidentalmente».

Recordaba todo aquello. Recordaba cómo funcionaba.

Otro soldado nos abrió la puerta del ascensor. Cuando entramos, por fin pude mirar a Priyanka y fijarme en la expresión de rabia apenas contenida de su rostro. Tenía rasguños nuevos en la mejilla y se le estaba hinchando el lado derecho de la mandíbula. Pero estaba allí. Conmigo.

Y Roman no.

La cabina del ascensor empezó a moverse con brusquedad y me lanzó contra la pared. No subimos hacia las plantas superiores del edificio, como yo esperaba, sino que bajamos. Bajamos y bajamos; la maquinaria del ascensor chirriaba y su energía me rodeaba, me envolvía en cintas de chisporroteante electricidad.

«Ya no eres una niña».

Podía protegerme a mí misma y proteger a Priyanka. Lo sabía. Racionalmente, lo sabía. Pero era como si me fuera desconectando a medida

que bajábamos, como si fuera dejando atrás una parte de mí. La cabeza me empezaba a dar vueltas.

«Estás bien. Tienes que estar bien».

A ratos perdía la visión y luego la recuperaba. Una mano enguantada me sujetó por la barbilla y me obligó a volver la cara. El soldado no era más que una oscura mancha borrosa. Solo conseguí enfocar su rostro cuando se inclinó para mirarme a la cara. Entornó los ojos de color avellana.

«Se ha dado cuenta. Sabe quién soy».

Tras recurrir al poco autocontrol que me quedaba, recordé lo que me había dicho Roman acerca de ver a alguien fuera de su contexto habitual. Así, hice lo único que jamás habría hecho la Suzume entrenada por el Gobierno.

Le escupí a la cara.

Me apartó de un empujón y choqué contra la soldado que sujetaba a Priyanka. El hombre se secó la cara con el brazo y cogió de nuevo su porra.

La puerta del ascensor se abrió con un ding. Al otro lado, nos esperaban otras tres figuras armadas.

—Waterson —dijo una mujer, con un marcado acento del centro de Estados Unidos.

Se hizo a un lado para que los cinco que ocupábamos el ascensor pudiéramos salir. Era mayor que el resto de los soldados y tenía el pelo salpicado de hebras plateadas. Las arrugas de los ojos y la frente, ya de por sí marcadas, lo parecían aún más debido a su sonrisa forzada. Iba vestida de camuflaje de pies a cabeza, como era lo indicado estando de servicio, pero su ropa era más oscura que la de los demás.

Me encogí al verla. El corazón me dio otro vuelco y me invadió de nuevo el pánico, un pánico incomprensible que me recorrió rápidamente el cuerpo entero.

«¿Por qué?».

—¿Señora? —dijo el soldado.

—¿Tenéis dificultades con esta interna?

«Interna». Se me encogió el estómago. Por lo menos, allí eran sinceros acerca de los que éramos. Basta de disimulos.

—No, señora —dijo el soldado irguiendo el cuerpo al salir del ascensor—. Solo estamos de apoyo en el traslado a admisiones.

La mujer asintió con un gesto breve y se colocó a mi derecha.

El pasillo era idéntico al que habíamos recorrido arriba, pero más corto... y no estaba vacío.

Dos chicas, cubiertas de polvo y algo que parecía hollín, tiraban con fuerza del banco metálico al que las habían esposado. Una de ellas era bastantes años mayor que la otra: por el tono similar de su pelo rubio oscuro y por la forma de la mandíbula, deduje que eran hermanas. Mis sospechas se confirmaron cuando la menor de las dos se encogió al ver que nos acercábamos y la mayor se inclinó hacia delante como si quisiera protegerla.

El poco autocontrol que había conseguido conservar hasta entonces se esfumó de golpe.

«¿Dónde está Roman?».

—No podéis retenernos aquí —gruñó la mayor de las dos—. ¡No hemos hecho nada malo! ¡Fue un accidente!

Intentó darle una patada al soldado que se había agachado para quitarles las esposas de los tobillos y las muñecas.

—Los actos importan —dijo la mujer—. Y vuestros actos os han traído hasta aquí para que os reeduquen. Poneos en fila.

Me volví a mirar a Priyanka. Había bajado la cabeza y observaba entre los rizos sueltos que se le habían soltado del moño. Arqueó una ceja en un gesto interrogante y yo negué con la cabeza.

La menor de las dos chicas tragó saliva con dificultad. Vi la gruesa lágrima que le resbalaba por la mejilla cuando ocupó su sitio en la fila, delante de mí.

Hacía lo que le decían. Obedecía, como le habían enseñado en el colegio, en su casa. Como le había enseñado la sociedad.

Como había hecho yo nueve años atrás, cuando nos habían colocado a todos en fila a las puertas del autobús que nos había trasladado hasta Caledonia. Estábamos confusos y asustados y suplicábamos una y otra vez que nos dijeran cuándo podíamos marcharnos a casa. Por aquel entonces, yo no era mucho mayor que aquella niña enclenque, que tenía las rodillas arañadas y conservaba aún unos cuantos dientes de leche. Y tampoco lo era la niña que aquel día estaba delante de mí en la fila. Ni la que estaba detrás.

«Está volviendo a pasar».

No había cambiado nada. Pese a todos los años que llevábamos trabajando para reclamar nuestro lugar en el mundo, no habíamos conseguido más que rascar la superficie del problema. El sistema de antes había vuelto, como una pesadilla recurrente.

O tal vez es que nunca había llegado a cambiar.

La chica mayor se abalanzó sobre el soldado. Priyanka contuvo una exclamación cuando una de las mujeres uniformadas cogió el táser que llevaba sujeto a la cintura y disparó con frialdad a la chica, que cayó sobre el suelo de baldosas retorciéndose de dolor. La carga del arma atravesó el torbellino de pensamientos que se me agolpaban en la mente y dejó tras ella una única palabra: «Basta».

—¡No! ¡Lo siente mucho! ¡Lo siente mucho! —gritó la pequeña.

No sé muy bien quién se cargó el táser, si Priyanka o yo. El aparato emitió un chasquido y dejó de funcionar, pero para entonces ya era demasiado tarde. La chica estaba bocabajo en el suelo, inmóvil.

—Dadle la vuelta para que pueda escanearla —dijo la mujer de más edad.

Uno de los soldados obedeció y tuvo que emplearse a fondo para girar el peso muerto que era el cuerpo de la chica. La muchacha se quejó de dolor y observó parpadeando a la mujer. El blanco de sus ojos destellaba en la

oscuridad del pasillo. Alguien cogió un dispositivo parecido a una tableta que colgaba de la pared y se lo entregó a la oficial al mando.

La mujer encuadró el rostro de la niña con el dispositivo e hizo una fotografía.

—Ah, así es mucho más fácil. Parece que, finalmente, el Gobierno sirve para algo.

Un escalofrío me recorrió hasta el último centímetro de la columna vertebral. Era imposible. Cruz se había negado a enviar material a los centros de formación de Moore hasta que este permitiera la entrada de inspectores en las instalaciones. O bien alguien había visitado aquel lugar y había marcado las casillas adecuadas... o al Gobierno había dejado de importarle.

Puesto que estaba detrás de la mujer, pude ver la pantalla y el flujo borroso de rostros del programa de reconocimiento de psi del Gobierno. Fueron pasando sin descanso hasta detenerse en la imagen de una chica, con el ceño fruncido y la cara muy limpia.

—Isabella Jenner —leyó la mujer en voz alta, mientras iba leyendo los datos anotados bajo la imagen—. Del campo Black Rock. Azul. Lo único que tenías que hacer era portarte bien para no tener que volver a un sitio como este —dijo la mujer, tras lo cual chasqueó tres veces la lengua.

Aquel sonido. Un, dos, tres sin ni siquiera pararse a respirar. Aquel sonido. Y entonces la recordé.

Aquella mujer... Aquella mujer había estado en Caledonia. Trabajaba en la torre de control y luego hacía rondas nocturnas por los dormitorios. Tenía la costumbre de llamar a las puertas de todas las habitaciones, a cualquier hora de la noche, para despertarnos. Porque le daba gana.

Chasqueaba la lengua una, dos y tres veces. «Cerrad la puñetera boca de una vez». Chasqueaba la lengua una, dos y tres veces. «¿Qué, ahora os vais a poner a llorar?». Uno, dos, tres. «Da igual a quién se lo contéis, porque no le importáis a nadie».

¿Cómo se llamaba? Lo único que recordaba era el apodo que le habían puesto los niños: Picaporte.

Noté el zumbido de la electricidad estática en los oídos, más y más alto a medida que ella hablaba.

—Y sin la cura, como ya sospechaba.

Picaporte chasqueó de nuevo la lengua, para llamar la atención de la soldado que me sujetaba a mí.

—Llevala a la sala de operaciones. Enseguida mando a la pequeña.

A la chica aún le quedaron fuerzas para oponerse. Mientras la pequeña chillaba, una de las mujeres armadas cogió a Isabella por el cuello de la camiseta y se la llevó a rastras por el pasillo. Las vi desaparecer a las dos tras unas puertas dobles.

Volví la cabeza y me encontré con la mirada de Priyanka. Jamás le había visto los ojos tan abiertos: era evidente que ella también había comprendido la verdad.

Allí no solo encerraban a los psi en contra de su voluntad. No, eso solo ocurría después de que les arrebataran todo el poder que poseían. Lo cual significaba que... habíamos ido hasta allí para pedirle ayuda a un psi que ya no tenía sus aptitudes.

Priyanka desvió la mirada hacia el dispositivo y se lo quedó mirando fijamente. La soldado que la sujetaba se llevó la mano libre al táser, al tiempo que me lanzaba una mirada significativa. Picaporte hizo una foto del rostro de la niña.

—Ah, una verde. Excelente —dijo, sonriendo—. Este mes vamos un poco cortos de verdes.

El otro soldado volvió a buscar a la pequeña.

—Esta llévala a la bodega —le ordenó Picaporte.

El soldado asintió y agarró a la niña por el brazo.

—¡No! ¡Quiero a mi hermana! ¡Quiero a mi hermana!

Se dejó caer al suelo, llorando, y se hizo un ovillo para protegerse. Sus gritos resonaron en las paredes desnudas. Siguió forcejeando cuando el soldado se agachó, cogió el menudo cuerpo de la niña y se lo echó al hombro.

Priyanka bajó las largas pestañas hacia las mejillas. Tras los párpados, movía los ojos de un lado a otro. Su mente, ya conectada, había empezado a trabajar.

«¡Mierda!». Si ya habían escaneado a Roman, antes de que Priyanka tuviera tiempo de manipular nuestras fichas para incluir la mentira de que ya nos habíamos sometido al procedimiento de cura... Si la adrenalina tumbaba a Priyanka...

No vi moverse a Picaporte hasta que me acercó la tableta a la cara y el destello del *flash* me hirió las retinas. El hilo plateado empezó a desenroscarse y acarició la batería del dispositivo, dispuesto a freírla.

«No puedo».

Resultaría demasiado sospechoso, sobre todo después de que el taser hubiera fallado. Me delataría.

—Anna Barlow —leyó Picaporte, al tiempo que volvía a mirarme.

Se acercó un paso y frunció el ceño, como si estuviera pensando. Entreabrió los labios. Me había reconocido. Si no del campo, entonces por las noticias. Percibí un centelleo en su mirada.

«Contexto».

No pensé. Me limité a hablar, imitando lo mejor que pude el acento de Liam.

—¿Tengo monos en la cara, guapa?

Parpadeó, sorprendida, pero se recuperó de inmediato. Frunció un poco el labio superior al hablar.

—No, solo una mirada de listilla que no me gusta en absoluto.

Picaporte concentró entonces su atención en Priyanka. Le hizo un gesto a la soldado que la sujetaba y luego me señaló a mí con la barbilla. La soldado

asintió, a modo de respuesta. Un fino mechón de pelo rojo se le había desprendido del apretado moño. Sin previo aviso, soltó a Priyanka y me agarró por el cuello de la camiseta, para luego arrastrarme pasillo abajo.

Giré el cuerpo, tratando de captar de nuevo la mirada de Priyanka, pero nos movíamos demasiado deprisa. Bastante trabajo me costaba poner un pie delante del otro para no tropezar. Durante un espantoso segundo, me convencí de que la soldado —GILBERT, según rezaba su placa— me iba a conducir a las puertas dobles de la SALA DE OPERACIONES, igual que había hecho con las otras dos niñas.

Sin embargo, pasamos de largo y me condujo hasta otra puerta en la que podía leerse DESCONTAMINACIÓN.

«Estoy bien —me dije—. Estoy bien».

Me llegó a la nariz el olor a alcohol desinfectante y falso limón. Tuve que cerrar los ojos con fuerza para protegerme del intenso resplandor de los fluorescentes que iluminaban aquella habitación de paredes blancas. Media sala estaba cubierta de estériles baldosas de color blanco marfil, que iban desde el suelo hasta el techo. Solo unas cuantas alcachofas de ducha fijadas a la pared interrumpían aquel diseño monótono. La otra mitad de la sala estaba revestida de estanterías metálicas. Hileras y más hileras, la mayoría llenas a rebosar de cajas transparentes de almacenaje. Cuando Gilbert y yo pasamos por delante, el murmullo de terror se convirtió en rugido.

Montañas de ropa. Zapatos. Efectos personales que se destruirían antes de ser devueltos.

Recordaba muy bien todo aquello.

—Quédate donde estás. No te muevas —dijo Gilbert al tiempo que señalaba la alcachofa de ducha más cercana.

Subí el pequeño escalón de la ducha. Sentí deseos de arañar con las uñas rotas las paredes de aquella sala. De arrancar los grifos de la pared, de rasgarle a aquella soldado el chaleco de Kevlar, de sobrecargar todas las luces

del techo hasta que estallaran en un millón de incandescentes fragmentos de cristal.

Nunca me había odiado tanto a mí misma como en aquel momento, allí de pie, con la cara vuelta hacia abajo, los hombros caídos, las manos aún atadas a la espalda. Una postura de sumisión. De rendición.

La fachada que tanto me había costado construir a lo largo de los años se había esfumado. Las palabras inteligentes, el carácter estudiadamente afable..., todo me había abandonado. Seguimos allí de pie, en un silencio que me asfixiaba más y más a cada segundo que pasaba.

«Se supone que estoy bien».

Habían transcurrido años desde Caledonia. Una vida entera. Lo sabía, sí, pero todo aquello me resultaba familiar. Y a mi cuerpo también. Me temblaba, por mucho que yo tratara de impedirlo apretando las manos a la espalda para intentar recuperar la sensibilidad. La puerta se abrió, a mi espalda, pero la oleada de alivio que me invadió al ver allí a Priyanka se esfumó en cuanto escuché la voz de Gilbert.

—Desnudaos. Dejad vuestras cosas en la caja...

Cogió una vacía del estante que tenía justo detrás y la depositó bruscamente en el suelo, con la fuerza suficiente como para sobresaltarme.

—Ahora.

Priyanka dio un paso al frente y aprovechó los centímetros que le sacaba a la soldado. Tenía en los ojos la mirada febril que le provocaba el exceso de adrenalina y daba la sensación de que estaba haciendo un gran esfuerzo para no temblar.

—¿Esperas que te ofrezcamos un espectáculo o te vas a dar la vuelta?

Gilbert obvió el táser y la porra y fue directa a coger la pistola. La desenfundó y nos apuntó a los pies.

—Lo que espero es que cerréis la puta boca y hagáis lo que se os dice.

La soldado que había escoltado a Priyanka se me acercó por detrás y me

cortó la brida que me ataba las muñecas.

«No luches —me había susurrado una chica en Caledonia mientras esperábamos nuestro turno para entrar—. Será peor. Mucho peor».

Hay momentos en la vida en que la conciencia simplemente se... esfuma. Momentos en que una se sumerge en un lugar muy oscuro de su interior. Y allí se siente protegida mientras el cuerpo sigue haciendo lo que tiene que hacer. Ese lugar silencioso es puro instinto de supervivencia. Había impedido que me viniera abajo en Caledonia y, en ese momento, era lo único que me lo impedía mientras me desabrochaba lentamente las botas, mientras me quitaba los vaqueros, la camiseta y el resto de prendas hasta quedarme completamente desnuda, temblando.

Recordaba todo aquello.

Crucé los brazos sobre el pecho mientras me colocaba bajo el grifo. Al ver a Priyanka de cerca, me di cuenta de que el pulso le latía en la base de la garganta y de que había tensado los músculos del cuello por el esfuerzo de permanecer inmóvil. De no reaccionar.

No pude mirar mientras la soldado le cortaba la brida a Priyanka y ella repetía el mismo proceso que yo, sin dejar de mirar en ningún momento a Gilbert, sin perder en ningún momento aquella expresión rabiosa y desafiante.

¿Cómo iba a volver a todo aquello? Intenté dejar caer los brazos, imitar la compostura de Priyanka, pero me pareció imposible. En lo único que podía pensar era en el proceso de admisión del campo, cuando nos habían metido a diez niñas bajo una misma ducha y se habían reído cuando nosotras habíamos empezado a gritar porque el agua estaba helada. Los pies nos resbalaban sobre el cemento mientras tratábamos de apartarnos del chorro de agua.

Dejé el cuerpo inmóvil, pero el corazón me latía con tanta fuerza que pensé que me iba a reventar. Mientras seguía allí, atrapada en el silencio del miedo,

se partió la última hebra deshilachada de negación que aún conservaba en el corazón.

Y lo único que quedó fue la verdad:

«No estoy bien».

El agua fría empezó a sisear por encima de nosotras y, en cuestión de segundos, nos empapó. Priyanka soltó un gruñido al notar las primeras gotas heladas, pero yo no pude emitir sonido alguno. Tensé el cuerpo y me preparé para el gélido tormento. Las gotas de agua fría eran como cuchillos que se me clavaban en la piel, pero a medida que iban pasando los segundos, hasta ese dolor empezó a remitir.

La tiza de color rosa se me fue borrando del pelo y descendió en vistosos riachuelos por los brazos y los hombros. Pero en lugar de escurrirse por el desagüe, fluyó por las juntas de las baldosas como la sangre por las venas y dejó allí un rastro rosa. Se quedó. No desapareció. No pude apartar la mirada del suelo de la ducha.

«No estoy bien». Las palabras me recorrieron por dentro, cargadas de energía a medida que se convertían en algo distinto. Algo nuevo. «No tengo que estar bien».

En casa de mis padres, había un jarrón que llevaba años en la familia. Lo imaginé en su lugar de siempre, una estantería del salón, iluminado por el cálido sol de la tarde. No se parecía en nada al resto de las obras de arte que teníamos en casa. Años atrás, la abuela de mi abuela lo había tirado sin querer al suelo y se había hecho añicos. En lugar de barrer los trozos y tirarlos, los habían enviado a no sé dónde. El jarrón había vuelto meses después, entero: lo habían recompuesto mediante el *kintsugi*, una técnica que utiliza un metal precioso en forma líquida o laca con oro en polvo para sellar las grietas.

Las cicatrices de lo que había ocurrido seguían allí, pero no pegadas de nuevo para tratar de disimularlas, sino resplandecientes como riachuelos de oro: el jarrón resultaba mucho más bonito después de haberse roto.

Recuerdo haber pensado, siendo muy pequeña, que si nuestras cicatrices pudieran arreglarse del mismo modo, nunca intentaríamos esconderlas ni borrarlas. En aquella época, aún no entendía que nuestras cicatrices no siempre son visibles en la piel, que a veces están por debajo, ocultas al resto del mundo, pero nos siguen doliendo por mucho que nos escondamos tras una máscara de felicidad, por mucho que aseguremos a los demás que estamos bien.

Mi familia me había abandonado.

Había huido del campo de rehabilitación en el que habían intentado matarme.

Rastreadores, las FEP, soldados, accidentes de coche, redadas, muerte... había sobrevivido a todo.

Yo había sobrevivido, pero otros muchos niños no. Y si no era capaz de aceptar todo lo que había tenido que pasar, nunca conseguiría ser capaz de impedir que otros muchos niños tuvieran que enfrentarse a la misma pesadilla que yo.

Seguía en pie. Aún me quedaba aire en los pulmones. No estaba bien, pero era fuerte. Y pensaba usar hasta el último gramo de mi energía para conseguir salir de allí.

Cortaron el agua y el grifo siguió goteando unos instantes. Priyanka se estremeció al notar el aire frío, pero yo no estaba dispuesta a darle otra vez a Gilbert la satisfacción de verme sufrir. La otra soldado empujó hacia nosotras dos juegos idénticos de ropa de hospital, de color marrón, y zapatillas sin cordones. Ni una toalla. Mi ropa ya estaba empapada cuando terminé de ponérmela. Tuve que enrollarme las mangas y las perneras de los pantalones. A Priyanka, en cambio, parecían haberle dado una talla infantil.

—Los zapatos no me van bien —se quejó.

—Da igual —dijo Gilbert—. Tendrás suerte si las salvajes de ahí fuera no te los quitan.

Priyanka y yo intercambiamos una mirada, pero la mujer se limitó a reír.

Gilbert nos condujo a las puertas dobles que estaban al otro lado de la sala, abrió una de una patada y la señaló ladeando la cabeza. No había vuelto a enfundar la pistola. La punta del cañón me rozó el hombro cuando pasé junto a ella y me adentré en otro pasillo poco iluminado. Torcí los labios al percibir un espantoso hedor a excremento y... algo más.

En el último segundo, Gilbert extendió un brazo y le impidió el paso a Priyanka.

—Puede que tengamos órdenes de no mataros, pero no de no impedirlos que volváis a hacer lo mismo. No lo olvides.

—Señora, tiene usted toda la vida para ser gilipollas. No pasa nada por tomarse un día libre de vez en cuando.

La obligué a cruzar la puerta antes de que Gilbert pudiera cruzarle la cara con la pistola. Las dos nos sobresaltamos cuando, en lugar de seguirnos, el soldado cerró de un portazo y echó el cerrojo.

Las cámaras del techo chisporroteaban debido a la electricidad intermitente. Priyanka debió de percibir las también, porque echó a andar con la cabeza gacha y la boca cerrada. La observé, en busca de cortes o moretones nuevos, pero aparte de la rabia que seguía consumiéndola, parecía ilesa.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Todo bajo control —me respondió, en un susurro—. Pero sigo teniendo ganas de agujerear de un puñetazo el cemento.

Dado que a nuestra espalda la puerta estaba cerrada, solo podíamos ir en una dirección. Seguimos el corredor, que poco a poco empezaba a ascender. Busqué alguna puerta o ventana, algún lugar por el que pudiera aparecer Roman.

El pasillo terminaba abruptamente en lo que parecía el principio de un campo de pegajoso barro negro. Una jaula de alambrada nos separaba del infierno que empezaba al otro lado. Las paredes que se alzaban a los lados

causaban la falsa impresión de que estábamos en una especie de estadio, pero no había asientos y solo constaba de dos niveles: el suelo, lleno de barro, y una serie de pasarelas metálicas conectadas entre sí, a unos tres metros del suelo. Por ese nivel superior patrullaban hombres y mujeres armados. Unos cuantos de ellos ocupaban puestos fijos de vigilancia y seguían las idas y venidas de los psi encarcelados a través de las miras de sus rifles automáticos.

En realidad, no había gran cosa que vigilar. No había estructuras permanentes, solo inmundas tiendas blancas como las que las Naciones Unidas habían distribuido entre las familias sin hogar antes de proporcionarles un alojamiento «tradicional». Había grupos de tiendas aquí y allá, entre ellas una de tamaño considerable. Daba la extraña sensación de ser una mutación que había absorbido otras tiendas cercanas.

Al otro lado de la jaula estaban los psi: la mayoría de ellos aún llevaban el pelo rapado, cosa que permitía apreciar las cicatrices todavía frescas del cráneo. Estaba claro que quien los había operado no disponía de tiempo, ni de ganas, para practicar las pequeñas incisiones que realizaban la mayoría de los cirujanos a la hora de implantar el dispositivo de cura. Las marcas de aquellos psi eran cicatrices largas y toscas que seguían la curva del cráneo.

Uno de ellos empezó a sacudir la valla y pronto se le unieron varios más, hasta que el sonido metálico se asemejó al de una jauría de perros ansiosa por recibir la siguiente comida.

Los ignoré, me acerqué a Priyanka y la cogí del brazo.

—Roman...

—Lo sé —respondió ella.

—¿Has cambiado su ficha?

—Sí, pero no sé si lo bastante rápido. Se lo han llevado por la otra puerta cuando hemos entrado, así que supongo que tienen otro sector de admisiones

para chicos. No sé si lo han hecho pasar muy rápido, si había alguien más y las cosas han ido lentas... No lo sé, la verdad.

—¡Internos! —gritó un soldado utilizando un megáfono—. ¡Apartaos de la valla!

Los chicos que estaban junto a la valla eran pequeños, justo al borde de la adolescencia. Los finos uniformes que llevaban se habían rasgado y cosido muchas veces. Algunos ni siquiera tenían mangas, o les habían recortado los pantalones. Algunos llevaban en la cabeza tiras de la tela desteñida del uniforme, o las usaban para recogerse el pelo. Los de más edad estaban unos cuantos metros por detrás de ellos, riéndose de los soldados. Durante un inquietante segundo, me pregunté si trataban de intimidarnos o si se proponían impedir que los tipos que controlaban la valla nos hicieran pasar.

«¿Dónde está Roman?».

Gracias a los adolescentes y los niños que estaban junto a la valla ganamos un par de minutos de tiempo para buscarlo, antes de que los soldados nos hicieran entrar. Me volví de inmediato, mientras las suelas de los zapatos se me hundían en el barro, para inspeccionar el resto de la jaula y después la parte posterior del edificio por el que habíamos accedido a las instalaciones. Y allí, surgiendo prácticamente de los cimientos, había otra especie de pasadizo similar a un túnel. Idéntico al nuestro.

—Mira —le dije a Priyanka tratando de ladear sutilmente la cabeza en aquella dirección.

He aquí lo primero que se aprende en sitios como este: si los que están al mando se dan cuenta de que quieres algo, se emplearán a fondo para asegurarse de que nunca jamás lo consigas. Incluso en aquel momento, noté el peso —como si lo cargara sobre los hombros— de las miradas que nos observaban.

Del túnel no salió nadie. Agucé el oído, tratando de captar el sonido de

pasos que se acercaban, pero era imposible oír nada entre los gritos y el alboroto de los niños que estaban junto a la valla.

Las sacudidas aumentaron de intensidad. Los psi de más edad silbaban y abucheaban a los soldados a sueldo que seguían apostados en la pasarela, similar a una viga, que estaba sobre la verja. Cuando apuntaron a los chicos con sus rifles, solo consiguieron que estos aullaran aún más. Un soldado de pelo plateado le murmuró algo al oído a otro, el que tenía el megáfono.

—¡Alejaos de la verja! —volvió a gritar el hombre.

Esta vez lo dijo con más seguridad, pero los psi no parecieron percibir peligro en su tono de voz.

Me volví hacia la otra abertura, esperando. Me obligué a coger aire por la nariz y expulsarlo por la boca.

Roman no llegaba.

El hecho de imaginarlo allí abajo, de pensar que lo habían arrastrado a la sala de operaciones como a las dos niñas... Cerré los ojos con fuerza y noté el sabor de la bilis en la boca.

«Demasiado tarde».

—Vamos —jadeó Priyanka—. Vamos... Jesús... Ya sé que yo no te rezo, pero Roman sí, y es de los buenos... Y sí, vale, no tendría que haber hecho esa broma sobre las sandalias que llevaba un actor que hacía de ti, lo siento mucho, pero... ¿quién iba a saber que las Birkenstock volverían a ponerse de moda? Bueno, seguramente tú sí lo sabías, pero... O sea... ¿por qué? ¿Por qué tenían que volver a ponerse de moda?

Una repentina descarga eléctrica estalló a nuestra espalda y recorrió la valla... y las manos de los niños que aún estaban agarrados a ella.

—¡Ostia puta! —dijo Priyanka al tiempo que giraba sobre los talones.

Los niños gritaron, cayeron hacia atrás y empezaron a sufrir convulsiones mientras la descarga seguía recorriendo su organismo. El hilo plateado de mi mente empezó a desenrollarse, se desplegó sobre ellos uno a uno y redirigió

el flujo de energía que les recorría los huesos. Lo alejó de ellos y del barro húmedo.

Los otros psi se dispersaron y desaparecieron en sus tiendas como si fueran conejos asustados.

—¿Qué pasa aquí? —dijo una voz grave a nuestra espalda.

—Han electrocutado... —empecé a decir.

Mi cerebro me obligó a interrumpirme un segundo demasiado tarde.

Roman tenía el ceño fruncido en un gesto de preocupación y los brazos cruzados sobre el pecho. En la sien derecha se le estaba hinchando un golpe nuevo. Del pequeño corte brotaba un hilillo de sangre que le descendía por la mejilla y le manchaba el uniforme.

Priyanka, de repente, pareció a punto de derretirse en un charco de alivio.

—Pensaba que había llegado demasiado tarde.

—Y seguramente ha sido así —dijo—. Pero he oído a uno de los guardias hablar del procedimiento de cura y le he dado un cabezazo a la tableta que tenía en la mano. Hemos tenido que esperar a que encontraran otra.

—Estoy tan orgullosa de ti y de tu desconcertante instinto... —dijo Priyanka.

—¿Estás bien?—le pregunté, mientras me acercaba para tocarle el corte.

Me di cuenta de lo que iba a hacer en el último instante y dejé caer el brazo al costado.

—¡Internos! —gritó el mismo soldado de antes, esta vez dirigiéndose a nosotros—. Quedaos junto a la verja y esperad a que se os autorice a entrar. Cualquier tipo de resistencia será neutralizada con fuerza.

—Sobreviviré —dijo, mientras nos dirigíamos a la entrada y formábamos una fila.

Las luces situadas en las dos esquinas empezaron a parpadear en rojo. Justo cuando la verja empezaba a abrirse, Roman se volvió hacia Priyanka.

—Pero que sepas que si conseguimos salir de aquí, te mataré.

33

En cuanto hubimos cruzado la verja, la misma horda de adolescentes se dirigió de nuevo hacia ella. Una decena de chicos. Dos decenas. Llegaron en oleadas y no tardaron en rodearnos.

—Conque formación individualizada, ¿eh? —dijo Priyanka lanzándome una miradita.

—No se saldrá con la suya —murmuré.

Expulsé aire por la nariz y observé a aquellos chicos mientras ellos nos observaban a nosotros. Muchos de ellos estaban esqueléticos y solo de verlos sentí una punzada de hambre. Pero lo que de verdad revelaba su historia era la expresión del rostro en la mayoría de ellos. Sospecha. Curiosidad. Resentimiento. El calor y las condiciones extremas habían alimentado esos crudos sentimientos en ellos. De vez en cuando, veía a alguno desviar la mirada con gesto nervioso o preocupado. Debían de ser los que habían llegado más recientemente.

En cuanto a los demás, era obvio que llevaban allí mucho tiempo. Que estaban allí desde antes de que la compañía de Moore hubiera empezado a construir. Mucho antes de que el supuesto modelo de comunidad hubiera estado sobre la mesa, a mi lado, mientras yo hablaba con la prensa acerca de la tímida participación del Gobierno en el proyecto.

No importaba que no me hubiesen proporcionado la verdad, pues yo debería haber sido más lista y preguntar. Insistir. En lugar de eso, me había creído la mentira por pura desesperación y, de hecho, había colaborado activamente a la hora de propagarla.

Tenía que cuestionarlo todo. Incluso a mí misma.

Puede que yo no fuera tan culpable como las personas que habían ideado aquel lugar y ahora lo dirigían, pero seguía siendo cómplice y eso me convertía en responsable, me obligaba a arreglar las cosas. Había estado tan obsesionada con encontrar a Liam y a Ruby, por no hablar ya de limpiar mi nombre y conseguir justicia para las personas que habían muerto asesinadas en el atentado de Penn State... ¿Y aquellos niños qué? ¿Por qué era más importante demostrar mi inocencia que conseguir justicia para las víctimas del mismo sistema en cuyo seno yo había intentado preservar mi lugar?

El sistema no estaba estropeado. Funcionaba a toda máquina... en nuestra contra. En ese momento, lo entendí todo con una claridad absoluta. Nunca jamás nos concederían indemnizaciones por lo que nos habían hecho, a menos que fuéramos nosotros mismos quienes las pidiéramos. Y nunca tendríamos esa oportunidad si nos escondíamos en los bosques o tratábamos en vano de trabajar con las mismas personas que se proponían, de forma lenta, silenciosa y deliberada, borrarlos del mapa.

No sabía en qué lugar nos dejaba todo eso, pero desde luego estaba dispuesta a averiguarlo. Y cuando lo averiguara, alguien tendría que responder por todo lo que nos habían hecho.

Una de las chicas mayores dio un paso al frente y se dedicó a caminar de un lado a otro delante de los demás. Nos miró de arriba abajo, con una sonrisa burlona. Roman trató de colocarse delante de Priyanka y de mí, pero lo aparté con el brazo.

—Intentadlo, si queréis —les dije a los otros—. Pero os juro que os arrepentiréis.

Los lugares como aquel seguían una jerarquía similar a la de una jauría. El más fuerte ascendía a lo más alto gracias a su fuerza de voluntad y a su brutalidad, mientras que los que admitían su propia debilidad entregaban el control de sus vidas a los perros más fuertes. Pese al rígido programa y al

estricto sistema de vigilancia de Caledonia, allí también había arraigado esa misma jerarquía, aunque fuera en aspectos menores.

—¿Ah, sí? —dijo la chica que había dado un paso al frente, arrastrando las palabras.

Bajo las salpicaduras de barro negro, el tono bronceado de su piel parecía natural. Se había recogido la larga melena en una especie de moño despeinado. Por su estatura, calculé que tendría unos dieciséis años, tal vez diecisiete.

Sacudió la manga de la camisa del uniforme y le cayó en la mano un largo palo de madera. A juzgar por la punta afilada, supuse que se trataba de una de las estacas de la tienda. Sin embargo, concentré toda mi atención en la mano: le faltaban el dedo anular y el dedo corazón. Y por las toscas cicatrices que tenía a la altura de los nudillos, era evidente que al nacer contaba con todos los dedos.

Nada más fijarme en aquella vieja herida, me resultó imposible no reparar en las de los otros chicos. Cada uno de ellos tenía su propia cicatriz: lóbulos mutilados, dientes que faltaban, un ojo vacío apenas cubierto por un trozo de tela...

Priyanka no parecía demasiado impresionada.

—¿Dónde prefieres que te la clave, en la garganta o en el bazo? —dijo la chica al tiempo que le daba un golpecito a la estaca.

Roman parecía aún menos impresionado.

—¿Tú qué dices, Doc? —preguntó la primera chica.

La tal Doc llevaba el pelo rapado y la cicatriz de la intervención quirúrgica aún era de un intenso tono rojo. Dio un paso al frente y ladeó la cabeza para observarnos.

—Primero la pequeña —dijo con una voz soñolienta, casi hastiada—. Los otros le tienen cariño y la protegerán. Harán lo que les pidas si la amenazas, pero ella solo te escuchará si le haces daño.

—Bueno —empezó a decir Priyanka—, no sé en qué diabólico colegio habrás estudiado, pero todo el mundo sabe que hay que esperar a que el plan esté en marcha para ofrecer esa larguísima explicación de tu talento.

La primera chica resopló, pero cuando abrió la boca y habló, sus palabras quedaron amortiguadas por el tañido de las campanas.

Los psi que nos rodeaban se dispersaron y echaron a correr hacia las tiendas que tenían a su espalda. Otros chicos salieron de ellas, se unieron a la marea de cuerpos y se dirigieron todos juntos hacia algo que no podíamos ver.

—Vamos, Cubby —dijo la chica de la voz adormilada mientras retrocedía—. Ya te ocuparás de ellos más tarde. Ya sabes cómo se ponen los demás si no te ven allí. Deja que los novatos se caguen de miedo por ahora.

—¡Nadie tendrá miedo si se lo anuncias por adelantado! —dijo Priyanka.

La chica —Cubby— resistió un segundo más y luego volvió a ocultar la estaca en la manga. Al ver moverse la tela, me di cuenta de que se había atado tiras de tela al antebrazo para que el arma permaneciera en su sitio.

—Será mejor que le hagas caso a tu niñera —sugerí.

El tañido de la campana terminó tan abruptamente como había empezado. Justo antes de que Cubby se volviera para seguir a Doc, me señaló, como si me estuviera amenazando.

Yo también me señalé.

—¿Qué? ¿Quieres que yo sea tu niñera?

—Se os da increíblemente bien a las dos hacer enemigos —dijo Roman, mientras observábamos a Cubby y a Doc, que en ese momento seguían el mismo sendero entre las tiendas que los demás.

—De alguna forma tendremos que entretenerte —comentó Priyanka—. Bueno, ¿qué es lo que nos estamos perdiendo aquí?

La pregunta iba dirigida a mí, como residente y —única— experta en el funcionamiento de los campos para psi.

—Ni idea. En el campo, las únicas alarmas que sonaban eran para despertarnos y...

«Ah».

—¿Qué? —me apremió Roman.

«Comidas».

En Caledonia, los bloques de habitaciones comían por turnos en la cantina. Nos dirigíamos formando una larga y silenciosa cola hasta la ventana de la cocina, donde nos daban un plato de poliestireno lleno de bazofia. Aunque termináramos pronto, teníamos que quedarnos sentados hasta que sonaba la campana que nos daba permiso para levantarnos. Entonces cogíamos los platos y los vasos de plástico y los depositábamos en los cubos de basura que estaban junto a la salida. Los de las habitaciones asignadas esa semana al turno de limpieza tenían que quedarse para limpiar y desinfectar las mesas, bajo la atenta mirada de los miembros de las FEP. Todo se hacía con orden y cuidado, como si se tratara de una operación militar.

Pero la hora de la comida en aquel espantoso lugar era... muy distinta.

—¿Qué pasa aquí? —consiguió decir Priyanka—. ¿Es una alucinación o qué? ¿Una pesadilla?

Cerca del centro del principal grupo de tiendas, en el suelo, había cuatro enormes trampillas. Llegamos justo a tiempo de ver abrirse aquellas puertas, lo cual lanzó una lluvia de barro hacia los ansiosos niños que se habían congregado frente a ellas. Aparecieron entonces una especie de plataformas elevadoras, repletas de cajones de embalaje llenos de lo que parecían raciones empaquetadas como las que repartían las Naciones Unidas. Las mismas que habían distribuido por las ciudades justo después de asumir el control del país.

Cubby se abrió paso hasta la primera fila. Antes de que tuviera tiempo de

llegar al cajón más cercano, una niña echó a correr y cogió una ración, para luego escurrirse entre las piernas de los psi que se apiñaban allí cerca. Unos pocos más lo intentaron, pero pronto les bloquearon el paso los mismos chicos que habíamos visto en la entrada.

Si en algún momento habíamos pensado que trataban de ayudarnos, esa idea se esfumó por completo.

—Bueno, a ver, ¿a quién odio menos hoy? —dijo Cubby al tiempo que se subía a una de las cajas.

Se inclinó para recoger uno de los paquetes. Me recordaron los almuerzos para el colegio, ya preparados, que podían comprarse en las tiendas de comestibles: misteriosos trozos de carne que no necesitaban frío, pan rancio, fruta liofilizada, paquetes de sopa instantánea y copos de avena que no debían de gozar de mucha popularidad.

Le lanzó una ración a uno de sus amigos, que se echó a reír y apartó de un empujón a un niño lo bastante delgado como para se lo llevara una ráfaga de viento. Uno a uno, los amigos de Cubby fueron recibiendo su ración... o raciones, en algunos casos.

Los demás niños parecían estar marchitándose delante de nuestros propios ojos. Lo que más me preocupó fueron sus rostros inexpresivos: la apatía que, de alguna manera, había derrotado la humillación y la rabia de verse en aquella situación. Daba la sensación de que ni siquiera tenían fuerzas suficientes para mantenerse erguidos, menos aún la energía necesaria para defenderse.

Los campamentos y los lugares como aquel se basaban en esa clase de resignación. En esa renuncia final a toda dignidad a cambio de una rutina. En aquellos sitios, la supervivencia significaba a menudo aceptar el camino más fácil hacia el agua, la comida y la seguridad.

Mientras, los tiradores a sueldo apostados en las pasarelas observaban la escena, sin hacer nada para impedirla. Al contrario, más bien parecía

divertirles, pues se reían y señalaban a los niños más pequeños, al fondo de la multitud.

—Es asqueroso —dijo Priyanka—. Todo. No es de extrañar que les den de comer como si fueran animales enjaulados, porque hasta ellos lo observan como si fuera un puto zoo.

Tragué saliva con dificultad. La sequedad que notaba en la garganta me recordó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había bebido agua. En el muro de la derecha, había una especie de grifos. Tres niñas habían aprovechado que todo el mundo estaba ocupado para lavarse a toda prisa. Tenían los uniformes pegados a la piel, hasta el punto de que se les podían contar las costillas.

Justo al lado, había una hilera de lavabos que, tanto por el olor como por el aspecto, no debían de ser más que simples agujeros en el suelo. Aunque la puerta ofrecía cierta privacidad a nivel de suelo, carecían de techo, lo que significaba que los soldados podían ver desde lo alto lo que ocurría allí dentro. De hecho, en aquel momento había varios hombres allí arriba, lanzando miradas lascivas hacia los cubículos.

El hilo de plata empezó a desenrollarse en mi mente, en busca de algo a lo que conectarse, de alguna forma de transformar mi rabia en explosión.

Quería largarme de allí. Quería que todos los niños salieran de allí.

—¿Y si nos dividimos para buscarlo? —pregunté—. Aquí habrá por lo menos un centenar de psi, puede que algo menos. No deberíamos tardar mucho.

Roman negó con la cabeza.

—No creo que sea necesario...

Señaló entonces a un adolescente negro que deambulaba entre la multitud de niños, al otro lado de los cajones. Varios vasos sanguíneos le habían reventado en el blanco de los ojos y las salpicaduras de barro disimulaban parcialmente los espantosos moretones de la mandíbula. Tenía heridas

abiertas en los brazos y un profundo rasguño en la mejilla. Por si eso fuera poco, cojeaba al andar.

—Oh, no... —dijo Priyanka—. Está que da pena.

Justo en el momento en que me fijé en él, Max Wendall se acercó al segundo de los cuatro cajones y se inclinó sobre él.

El alboroto se convirtió de repente en inquietante silencio. Tan absoluto era el silencio que, pese a encontrarme por lo menos a treinta metros de Max, oí el crujido de los contenedores de plástico que llevaba en la mano.

La expresión de Max era serena mientras iba apilando, uno sobre otro, los contenedores rectangulares con las raciones de comida. Hizo caso omiso de las miradas de incredulidad de la banda de Cubby. Incluso a la mismísima Cubby ignoró, hasta que ella subió al cajón y le sujetó el brazo con un pie.

—¿Tienes ganas de morir, Monje?

Max trató de retirar el brazo con calma. Cubby se inclinó hacia delante y apoyó todo el peso del cuerpo sobre el brazo de Max. Dejó descansar el codo sobre la rodilla y le dedicó a Max una sonrisa burlona mientras este forcejeaba. El muchacho apretó los labios con fuerza, pero ese fue su único gesto de dolor.

Roman dio un paso al frente, pero Priyanka le sujetó la muñeca y lo obligó a quedarse donde estaba.

Por algún motivo, las cosas se desarrollaron tal y como yo imaginaba.

Max se negó a devolver las raciones. Apartó el rostro justo cuando Cubby le soltaba el brazo, se inclinaba sobre él y le daba un puñetazo en un lado de la cabeza.

Aquello fue como el pistoletazo de salida en una carrera. Los de su banda echaron a correr hacia Max y se abalanzaron sobre él. Lo perdimos de vista tras el cajón y, durante varios segundos espantosos, lo único que vimos fueron los brazos y los puños de la banda de Cubby, que caían una y otra vez

sobre el muchacho. Di un respingo cada vez que él recibía un golpe y tuve que hacer un gran esfuerzo para no apartar la mirada.

—Max, ¿qué haces? —susurró Priyanka—. Defiéndete. Lucha. Tú sabes hacerlo...

Los soldados, desde sus puestos en lo alto, soltaban risotadas. Silbaban. Aplaudían. Animaban a los niños cada vez que estos le daban una patada o un puñetazo a Max.

Vi mi propia rabia, fría como el hielo, reflejada en el rostro de Roman.

Finalmente, Cubby les ordenó que se apartaran de Max. Las raciones que él había cogido se repartieron entre los niños que habían ayudado a reducirlo. La comida se agotó rápidamente y los grupos de niños se dispersaron, algunos de ellos con expresiones de perplejidad y las manos vacías. Y, a pesar de todo, seguimos los tres allí, sin movernos.

Max tampoco se movía. En realidad, no volvimos a verlo hasta que las plataformas elevadoras desaparecieron de nuevo bajo el suelo y las trampillas se cerraron. Para entonces, resultaba imposible no reparar en él, tendido boca abajo en el barro. Cubby se inclinó sobre él y le susurró algo con una sonrisita burlona. Cuando ella y los últimos chicos se alejaron finalmente hacia la tienda más grande, Max se apoyó en los codos.

Con cuidado, se tocó la sien y la oreja derechas. Le caía sangre por un lado del cuello, muy cerca de donde alguien había estado a punto de arrancarle el lóbulo.

Detuvo la mirada en Priyanka y luego en Roman, antes de volver a cerrar los ojos. Luego suspiró y hundió de nuevo el rostro en el barro.

—No sé cómo ha conseguido meteros aquí, pero tenéis que largaros. Ya.

—En primer lugar, Maximo, estoy encantada de volver a verte. Me alegra

que te hayas tomado tan en serio mis clases de teatro —dijo Priyanka—. A mí también me gusta tu, eh..., choza. Muy bonita.

No nos había invitado a seguirlo, pero lo habíamos hecho de todas formas. Su tienda, si es que podía llamarse así, tenía sectores enteros hechos jirones que colgaban sobre el reducido espacio. Por la forma en que había atado tiras de tela en otras partes, deduje que aprovechaba los retales de otras tiendas para tratar de reparar los agujeros. Había cavado un profundo hoyo en el suelo, probablemente para estar más fresco durante los meses más cálidos, y había utilizado barro y trozos de tela para preparar una especie de cama. Había una manta y unas cuantas botellas de agua, vacías. Aparte de eso, solo nosotros cuatro apretujados en un espacio no mayor que el asiento trasero de un coche.

La puerta de tela de la tienda me rozó el pelo. Al volverme, me topé con tres caritas: dos niñas y un niño algo más pequeño que ellas. Era imposible saber dónde terminaban sus pecas y empezaban las manchas de barro.

Una expresión de tristeza apareció en el rostro de Max al verlos. Negó con la cabeza.

—No pasa nada —dijo una de las niñas—. No te pongas triste, Max. Lo has intentado.

—Aún me queda esto —dijo, mientras rebuscaba bajo la manta doblada y cogía un fino paquete de galletas saladas—. Mezcladlas con un poco de agua, a ver si así puede tragarlas. ¿Aún tiene fiebre?

Miré a los niños, cada vez más horrorizada. El niño cogió las galletas saladas con una mirada tan avergonzada que se me clavó como si fuera un cuchillo.

La más alta de las dos niñas negó con la cabeza y le vi una larga cicatriz allí donde no le había vuelto a crecer el pelo.

—Pero antes ha hablado un poco y nos ha pedido agua.

—Eso está bien —les dijo Max—. Dentro de un momento voy a ver cómo

está Elise, ¿vale?

La otra niña nos observó con los ojos entornados.

—Esos son los nuevos a los que Cubby ha dicho que no debemos ayudar. Te odiará más de lo que ya te odia.

—Solo me odia porque no le doy la satisfacción de enfrentarme a ella —le explicó Max—. Marchaos, chicos.

Los niños colocaron bien la puerta de tela de la tienda, lo cual atenuó un poco el resplandor de los reflectores.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Roman—. Te entrenaron para luchar, igual que a nosotros.

—Porque ya no quiero esa clase de vida —respondió Max—. No lucho. No mato. Me prometí a mí mismo y al mundo que no iba a causar aún más sufrimiento. Pero no lo entiendo... ¿por qué os ha mandado Mercer a buscarme en lugar de venir él mismo? ¿Cuándo se ha enterado de que estoy aquí?

Priyanka soltó una imprecación y levantó ambas manos.

—¿Y cómo quieres que lo sepamos? Cuando te largaste, tuvimos que seguirte. No podíamos regresar junto a Mercer sin ti.

Max pareció momentáneamente aturdido, como si esa posibilidad no se le hubiera ocurrido jamás.

—¿Por eso te entregaste? —preguntó Roman, reconduciendo con delicadeza la conversación—. ¿Porque creías merecer un castigo?

Max, que en ese momento estaba alisando la tela de los pantalones de su uniforme, levantó la mirada.

—¿No lo merezco? ¿No lo merecemos todos?

—No te entiendo —le dijo Priyanka—. ¿En qué estabas pensando para dejar que te trajeran aquí?

—¿En las vidas que habíamos destruido! —dijo Max, estallando finalmente—. Estaba pensando en todos los hombres, mujeres y niños a los

que nos habían ordenado que matáramos solo para satisfacer a un hombre que nunca está satisfecho. Yo no soy como vosotros: ¡no puedo olvidar y seguir adelante como si nada!

En el silencio que siguió, oí los murmullos de los niños en las tiendas cercanas, hablando en voz baja entre ellos. Y la respiración fatigosa de alguien mientras caminaba entre el espeso barro.

—Yo no lo he olvidado jamás —dijo Roman—. ¿Cómo iba a olvidarlo? Era yo quien apretaba el gatillo.

—Ya... ya lo sé —dijo Max. La vergüenza que se adivinaba en sus palabras me encogió el corazón—. Pero esa ya no es mi vida. No quiero volver a ella, ni permitiré que Mercer me atrape la próxima vez que venga.

Yo fui la primera en asimilar aquellas palabras.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—¿Mercer viene aquí? —preguntó Roman.

Max pareció confuso.

—¿No habéis venido de su parte, ni tampoco para enfrentaros a él...?

—Hemos venido a buscarte a ti —contestó Priyanka.

—Max —dijo Roman en tono áspero tratando de que el otro chico le prestara de nuevo atención—, ¿estás seguro de que has visto aquí a Mercer?

—¿Es que crees que no sabría distinguir a ese monstruo a un kilómetro de distancia? —respondió Max al tiempo que se frotaba el rostro—. Todo forma parte del mismo sistema. Le reservan a los prodigios que llegan y, una vez al mes, él viene con un guardia armado y se lleva a los que le interesan. Lo he visto con mis propios ojos. Dos veces. Estuvo aquí hace un par de días.

Roman soltó un taco y apretó los puños sobre las rodillas. Priyanka abrió la boca y volvió a cerrarla, incapaz de pronunciar palabra.

—Lana no lo acompañaba —dijo Max—. O, por lo menos, yo no la vi.

—No —dijo Roman—, nos estaba siguiendo a nosotros.

—Pues Mercer debe de querer muy en serio que volváis —dijo Max. Se le

escapó una risa triste—. ¿Y sabéis qué es lo más asqueroso de todo? Que los niños que viven aquí lo consideran una especie de héroe. Lo llaman el Ángel del Infierno.

Infierno. Justo lo que era ese lugar. Muy apropiado.

—Ostia puta —dijo Priyanka—. Moore está enterado de todo esto, ¿verdad?

—Es posible que Mercer tenga un acuerdo directo con la empresa de seguridad que Moore ha contratado para supervisar este centro —dijo Roman—. Es más fácil sobornar a un subordinado que a un millonario como Moore.

—No... —dije encajando rápidamente todas las piezas—. Eso tiene sentido. Pensad en la clase de empresas que Moore compra y acumula. Una de sus mayores adquisiciones de los últimos años ha sido una compañía de transporte marítimo que ofrecía servicio en tierra y transporte al extranjero.

Camiones. Buques de carga. Permiso casi exclusivo para cruzar zonas y entrar en los puertos sin demasiada supervisión por parte del Gobierno.

Roman entreabrió los labios al comprender lo que aquello significaba. Traté de no imaginarlo a él, ni a ninguno de los otros niños robados a sus familias y encerrados en contenedores de transporte marítimo. Allí, en Estados Unidos, lo único que necesitaban era buscar a niños que se metían en líos, o que se habían colado entre las grietas del sistema. Los niños no reclamados. Los niños a los que nadie quería.

—Mercer consigue niños, pero... ¿qué es lo que obtiene Moore? —pregunté.

—Buena pregunta —dijo Max—. Te invito a salir de aquí y a descubrirlo en otro lado.

Priyanka estaba tamborileando con los dedos sobre las rodillas y no le hizo caso.

—Moore quiere un ejército, ¿no? Puede que haga creer al mundo que

quiere reeducar a los psi y convertirlos en personas «útiles», pero el plan original era una especie de fuerza de combate, ¿no?

—¿Adónde quieres llegar? —le preguntó Roman.

—¿No es más fácil conseguir tu propio ejército, en lugar de intentar obligar a todos los psi a regresar con sus familias y hacer el servicio militar? —dijo Priyanka—. Moore le proporciona los niños a Mercer, pero algún día se los volverá a comprar. Entrenados y con sus aptitudes potenciadas.

—¿Por qué llevarse a verdes, si ha estado trabajando con niños que no tenían la mutación? —pregunté.

—Mi padre descubrió que es más fácil mutar una mutación que ya existe —dijo—. Y los prodigios tienen menos capacidad de defenderse.

—Bueno, Maximo, pues ha llegado el momento de que enmiendes los errores de tu padre.

—No quiero hacer daño a nadie más —dijo Max, negando con la cabeza.

—Creo que lo que en realidad estás diciendo es que no quieres que nadie vuelva a hacerte daño a ti —dijo Priyanka—. Éramos un equipo y tú te lo cargaste. Estropeaste toda posibilidad de destruir a Mercer desde dentro, así que ahora él sigue haciendo daño a los niños, traficando con ellos, entrenándolos, haciéndoles pruebas, matándolos. Creo que deberías asumir tus responsabilidades, teniendo en cuenta que tu padre es el principal instrumento.

—¿De verdad os habéis colado en una cárcel clandestina solo para echarme la bronca? —preguntó Max—. Pues no hacía falta que os molestarais. Nada de lo que podáis decir será peor que todo lo que me he dicho yo a mí mismo. Las veo todas las noches, Priya. Veo a todas las personas a las que hicimos daño. Todas las personas a las que me obligaron a buscar. Así que, sí, me rendí. Quería la cura. No quería que volvieran a utilizarme de aquella manera nunca más. Si es por eso por lo que habéis

venido, estáis perdiendo el tiempo. La verdad es que nunca os consideré estúpidos, a ninguno de los dos. Y, sin embargo, aquí estáis.

Respiró hondo y cerró los ojos de nuevo. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja que ni siquiera estaba segura de entender bien lo que decía. Se golpeó suavemente la frente con la palma de una mano, como si quisiera grabar con fuerza las palabras en su mente. «No puedo cambiar el mundo, solo puedo cambiarme a mí mismo... No puedo cambiar el mundo, solo puedo cambiarme a mí mismo...».

La cicatriz que lucía en el cuero cabelludo no era tan visible como las de los otros chicos, quizá porque había tenido más tiempo para cerrarse. Pero estaba allí y Max tenía razón. Había sido una estupidez ir hasta allí, sobre todo sin informarnos mejor acerca de lo que íbamos a encontrar. Había sido un acto estúpido, temerario, desesperado.

Pero por una razón de peso.

—Sí, hemos venido a pedirte ayuda —dije—. Pero creo que eres tú quien necesita la nuestra.

—¿Y tú quién eres, si puede saberse? —preguntó levantando la cabeza para mirarme.

—Me llamo Zu —respondí—. Y os voy a sacar, a ti y a todos los demás, de este sitio.

34

La idea se me había ocurrido al mismo tiempo que pronunciaba las palabras. Tanto Roman como Priyanka se volvieron a mirarme, sorprendidos, pero yo seguí observando a Max.

—Creemos que una amiga mía estaba tratando de localizar a niños que habían desaparecido y que podrían haber caído en manos de Estrella Azul —le expliqué—. Ella también ha desaparecido.

—Siento lo de tu amiga, pero...

—Su amiga se llama Ruby Daly —dijo Roman.

La expresión de Max cambió de inmediato. Abrió mucho los ojos y separó las aletas de la nariz. Y entonces, lo comprendió todo.

—Zu es en realidad Suzume Kimura...

Asentí.

—Pero Daly lleva años desaparecida...

—No, lleva años escondida —dije—. Hay una diferencia. Si conseguimos encontrarla, podemos utilizar la información que ella haya descubierto como prueba para desenmascarar a Mercer y su Estrella Azul —dije. Pensé en la niña de la pista de patinaje y añadí—: Y a cualquier otro socio suyo al que estén utilizando para trasladar y vender a esos niños.

—Por mucho que quiera ayudaros... ya es demasiado tarde —dijo, mientras se pasaba una mano por la cicatriz de la cabeza—. Llegáis demasiado tarde.

—¿Crees que no puedo ocuparme de eso? —intervino Priyanka—. Pensaba que a estas alturas ya sabrías que no debes subestimarme.

—Espera... ¿puedes piratear un implante? —pregunté.

El dispositivo, tal y como lo habían diseñado Lillian Gray y otros científicos de Leda Corp, actuaba como un efectivo marcapasos. Regulaba el flujo anormal de electricidad que provocaba la mutación en el cerebro de los psi y les impedía acceder a sus poderes.

Se encogió de hombros.

—Claro. Lo único que tengo que hacer es apagarlo.

—¿Y eso no le haría daño? —pregunté, al tiempo que le lanzaba una mirada a Max—. Me ofrecería yo misma a cortar la energía del implante, pero recubren la batería con una carcasa especial para protegerlos de interferencias y manipulaciones, ya sean provocadas por la tecnología o por los psi.

—Bueno, yo tampoco lo he probado nunca, así que no te puedo prometer que no te vaya a doler, ni que no te vayan a quedar secuelas —le dijo Priyanka—. El implante siempre seguirá ahí dentro. Pero no es lo que te mantiene con vida, así que no veo motivos para pensar que el hecho de desconectarlo pueda perjudicarte de alguna forma.

Max bajó la mirada hacia su regazo, hacia las manos abiertas y agrietadas que antes había apoyado allí.

—No vais a salir de aquí. Nadie va a salir de aquí —dijo Max—. Y, además, ¿de qué sirve? Esta es la Isla de los Inadaptados. De los ladrones. De los camorristas. De los delincuentes de toda clase.

—Ya, ¿y de qué delitos son culpables? ¿De robar para sobrevivir? ¿De herir accidentalmente a otros porque nunca se les ha enseñado a controlar de forma segura sus poderes? ¿De actuar en legítima defensa? —pregunté—. Estábamos condenados al fracaso. Estas leyes nos han ido tensando la soga en torno al cuello, poco a poco, y ahora el nudo está tan apretado que ya no podemos huir. Cuanto más luchamos, más se tensa y más rápido morimos.

Max ladeó la cabeza, confuso.

—¿Tú no trabajabas para el Gobierno?

—Ya no.

Ya no había vuelta atrás. Había visto demasiado y me había hundido excesivamente en las sombras. Pero lo único que necesitaba era empezar a ver el camino delante de mí, paso a paso, hasta que pudiéramos dejar atrás la oscuridad y dirigirnos a la luz, si es que la había, que aguardaba al otro lado.

—¿Tendría que leerte? —me preguntó Max—. Podría hacerlo ahora y entonces tú podrías hacer lo que sea que tengas pensado para salir de aquí.

—No —dijo Priyanka—. Hace años que no ve a Ruby. La lectura no sería precisa. Tenemos que conducirte hasta alguien que la haya visto hace poco.

Max negó con la cabeza. Se pasó de nuevo las manos por el pelo y tiró de él.

—Tengo que estar aquí. Me merezco estar aquí.

—Eso no es verdad —le dije—. Ni tampoco lo merecen los demás psi que viven aquí. Nadie se merece esto.

—Por favor —le dijo Roman—. Te estoy pidiendo que nos ayudes. No porque creas que nos lo debes, sino porque es lo correcto.

—Creía que tú, precisamente, lo entenderías —dijo Max, con la voz quebrada—. No es lo correcto... Yo no debería salir de aquí, no después de todo lo que ha ocurrido. ¿Cómo se supone que voy a reparar los daños? No sé cómo arreglar las cosas. Dime cómo arreglar las cosas...

—La penitencia puede consistir en rezar para obtener el perdón —dijo Roman—, pero también en hacer buenas obras para ganárselo. —Eché un vistazo al interior de la tienda—. Ya has sufrido bastante. No dejes que tu dolor se convierta en una cárcel.

—Tú no has conocido un solo día de paz en toda tu vida —dijo Max.

—No —admitió Roman—. Y puede que no me lo merezca. Pero eso no significa que vaya a dejar de buscarlo para las personas que me importan. Y eso te incluye a ti.

—Nosotros somos los supervivientes, Maximo —dijo Priyanka—. Es

nuestro deber detener a Mercer.

—Y a mi padre —añadió Max en voz baja.

Me erguí.

—¿Significa eso que...?

—Sí. Os ayudaré —dijo—. Por si sirve de algo. Pero eso sigue sin aclarar el problema de cómo vamos a salir de aquí. No pienso abandonar a los demás.

—Tenemos que reducir este sitio a cenizas —dije—. Tienen que saber que no vamos a desaparecer sin más.

—¿Hablas literalmente o en sentido figurado? —preguntó Priyanka—. Porque a mí me falta muy poco para empezar a escupir fuego.

Me froté la cara mientras pensaba.

—¿Cuántos implantes podrías desactivar antes de que empezara a resultar peligroso para ti? —le pregunté a Priyanka.

—Pues depende de lo peligroso que sea accionar el interruptor —respondió ella—. No creo que tenga problemas, pero alguien tendría que vigilarme un poco después de haberlo hecho. Porque a lo mejor me da por reducir este sitio a cenizas.

—Yo lo haré —dijo Roman—. Me quedaré contigo todo el rato.

—La verdad es que estaba pensando en algo más que en desactivar implantes —contesté a modo de disculpa.

—No temas, Chispita. Lo conseguiré. No voy a tolerar que os divirtáis sin mí —dijo Priyanka.

—Bueno, no creo que tengamos tanto tiempo para convencer a los demás —repuso Max—. Debe de haber unos cien chicos aquí y alguno de ellos podría delatarnos para conseguir un trato de favor.

—¿En qué estabas pensando? —me preguntó Roman—. ¿Observar a los guardias para descubrir el horario de los turnos de vigilancia y luego huir con un grupo?

Era un riesgo, de eso no cabía duda. Planear el asalto a Thurmond nos había llevado semanas y nos habíamos coordinado desde dentro y desde fuera. Ahora, sin embargo, dependíamos más del factor sorpresa y del caos que de la estrategia y la sincronización.

—Estoy pensando en no dejar a nadie aquí —dije—. Además, no me hace falta convencer a todo el mundo: solo tengo que convencer a una persona.

—Bueno, bueno, bueno. Parece que las señoritas vienen a pagar sus deudas.

No me sorprendió en absoluto que Cubby viviera en la tienda más grande, ni tampoco que se hubiera rodeado de los chicos más idiotas. Dos de ellos se pusieron en pie cuando Priyanka y yo entramos. De reojo, vi que tenían en las manos objetos parecidos a las estacas para clavar las tiendas.

—Calma —dijo Priyanka—. A menos que vayáis a cazar vampiros, esas estacas no os van a hacer falta. Venimos en son de paz, o como se diga.

La tienda era, en realidad, cuatro o cinco tiendas unidas y enseguida resultó obvio que la mayoría de las toscas mantas de lana del campo estaban allí. Las utilizaban para todo: como relleno para que las camas resultaran más cómodas y como cortinas para separar la zona en la que Cubby y unos cuantos chicos se habían reunido, rodeados de cajones vacíos —los mismos en los que se repartían las raciones de comida— y de botellas de agua.

Dirigí la vista hacia lo alto, para asegurarme una vez más de que los soldados no podían vernos desde sus posiciones. Tampoco capté micrófonos ni cámaras. Priyanka lo confirmó rozándome el brazo y negando discretamente con la cabeza.

Casi me eché a reír. Al menos, aquellos mercenarios ni siquiera se molestaban en fingir que les importaba si estábamos vivos o muertos. Los controladores de Caledonia habían explotado durante mucho tiempo la mentira de que las cámaras y los miembros de las FEP estaban allí para

protegernos. En realidad, solo estaban allí para asegurarse de que nos comportáramos y para castigarnos cuando no lo hacíamos. Aquí, en cambio, los soldados no tenían que esforzarse tanto para mantener a raya a todo el mundo, ahora que habían extinguido las aptitudes de todos los psi como si fueran llamas. Al parecer, les bastaba con quedarse allí sentados contemplando cómo nos matábamos unos a otros.

Al fin y al cabo, aquellos eran los niños a los que nadie quería. Los no reclamados, los que se portaban mal.

O sea... los que eran como yo.

—¿Dónde está el novio? —preguntó.

Max se había llevado a Roman a dar una vuelta para que se familiarizara con la distribución del Infierno y pudiera trazar un plan de huida.

—¿A cuál de estos chicos no le confiarías tu vida? —pregunté, en vez de responder.

Cubby entornó los ojos.

—¿A qué juegas?

—Tengo una oferta para ti —le dije—. Pero solo te la comunicaré cuando me asegures que nadie va a ir a informar a los mercenarios a cambio de favores especiales.

—Al que se chiva a los grises, le clavamos una de estas —me dijo mientras cogía su propia estaca y me la mostraba.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté.

Los chicos que se habían reunido a su alrededor empezaron a murmurar, intercambiando miradas que en algunos casos eran de inquietud y, en otros, de curiosidad. Cubby se puso roja como un tomate y, de repente, dejó de parecer tan chula y bravucona.

La niña de voz adormilada, la tal Doc, estaba sentada a la izquierda de Cubby. Se echó hacia atrás y se apoyó en las manos, observándome con los ojos entornados.

—Te está poniendo a...

Cubby levantó una mano bruscamente y la obligó a callar. Su mirada inquieta se convirtió en un gesto airado cuando dirigió hacia sí misma la punta de la estaca, acercándola más y más a cada palabra que pronunciaba.

—Yo recibo lo mismo que los demás, se me trata igual que todo el mundo... ¿Crees que me voy a rebajar a colaborar con los mierdas que nos tienen aquí encerrados? ¿Crees que eso nos sirvió de algo en Black Rock? Y una mierda. Los niños me respetan, eso es todo.

«¿Black Rock?». Di un paso al frente.

Había dado por sentado que no tenía más de dieciséis años, pero si había estado en Black Rock, el segundo campo en tamaño y crueldad después de Thurmond, debía de tener como mínimo la misma edad que yo. Lo más probable, sin embargo, era que fuera algo mayor, pero que hubiera llevado una vida mísera que la había dejado prácticamente en los huesos.

Me la quedé mirando y ella a mí, sin parpadear. Priyanka me rozó el brazo con el suyo.

—O sea, que tú también estuviste en un campo, ¿no? —dijo Cubby, al tiempo que bajaba la estaca—. Te lo veo en los ojos. Tienes esa mirada oscura que no desaparece nunca.

Los demás guardaron silencio de nuevo. No era de extrañar que Cubby se hubiera hecho con el control del campo, pues sabía muy bien cómo funcionaban esa clase de sitios. Y, precisamente por eso, yo sabía muy bien qué decirle o, mejor dicho, qué decirles a todos. Porque el Gobierno no solo había confiado en mi voz, también me habían enseñado a utilizarla para persuadir mentes y conmover corazones. Y estaba dispuesta a aprovechar esos conocimientos.

—Sé que te estás preguntando qué puedo hacer por ti —dije relajando la postura—. Aquí somos unos novatos y no sabemos muy bien cómo funcionan las cosas. Aún. Pero tienes razón, sé muy bien lo que es estar encerrado y sé

muy bien lo que significa creer que la llave está a miles de kilómetros de distancia, muy lejos de tu alcance. Pero no es así.

Priyanka desvió la mirada hacia mí, sin duda preguntándose adónde me proponía llegar.

—Los lugares como este existen para despojarnos de toda dignidad, para someternos. Conocen el poder que tenemos y lo único que quieren es silenciarlo. Cuando no nos están diciendo que somos «demasiado jóvenes para entenderlo», o que tenemos que «esperar» y «escuchar», están haciendo todo lo que pueden para reprimir ese potencial que tenemos de hacer cosas increíbles. Esos tipos —dije señalando hacia arriba— creen literalmente que tienen derecho a pisotearnos. Les da igual si caemos muertos al suelo. Menos trabajo para ellos. De hecho, probablemente es lo que están esperando.

Entre los niños empezó a surgir un murmullo de aprobación. Cubby se inclinó hacia delante y se apoyó las manos en las rodillas.

—Los soldados os llaman salvajes. No niños, ni psi, ni monstruos. «Salvajes», como si fuerais animales que la gente caza por diversión. Me da asco. Me dan ganas de gritar, y sé que todos sentís lo mismo. En el pasado, dejé que la gente así me hiciera daño. Trataron de doblegarme y estuvieron a punto de lograrlo, pero no permitiré que os sigan haciendo daño a vosotros. Aunque sea lo último, o lo único que haga en mi vida... mi intención es ayudaros a salir de aquí. Nos merecemos ser libres. Nos merecemos mucho más que esto. Hemos heredado el legado más oscuro, pero ellos no saben que hemos aprendido a vivir en las sombras y a crear nuestra propia luz.

Repetición, hipérbole, dialogismo... todas las figuras retóricas que Mel y los escritores de discursos me habían enseñado. Eran como balas para conseguir que mis palabras dieran en el blanco. Pero no había nada mejor que hablar con el corazón en la mano.

Busqué de nuevo la mirada de Cubby.

—¿Sabes lo que ocurrió en Thurmond, aquel último día?

Su respuesta fue una sonrisa.
Y yo correspondí con otra.

35

Lo más difícil, a la postre, no fue conseguir que todo el mundo siguiera el plan, sino encontrar una excusa para reunir a todos los chicos en un mismo sitio sin despertar sospechas... y, al mismo tiempo, asegurarnos de que los guardias nos prestaran toda su atención.

—No puedo cambiar el mundo, solo puedo cambiarme a mí mismo...

Dirigí la mirada hacia Max, que estaba a unos pocos metros de mí. Los demás pasaban junto a él como si fuera una roca en un arroyo, pero Max no abrió los ojos ni una sola vez para devolver las miradas de curiosidad de los niños. Se limitó a quedarse donde estaba, repitiendo la misma frase una y otra vez.

No sabía muy bien cómo decirle que en realidad no era cierto. Una persona, fuera para bien o para mal, podía tener suficiente poder como para influir en muchas vidas. Solo dependía de la tribuna que ocupara, de esa curiosa química que consiste en ser la persona justa en el momento justo. Pero lo entendía, quizá mejor que el resto de la gente. Si no podía controlar el mundo, al menos podía controlar mi voz. Cuando todo resultaba abrumador, cuando seguir adelante parecía imposible, era más fácil avanzar a pasos cortos que a zancadas largas.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —le pregunté a Max.

Todos habíamos contenido la respiración mientras Priyanka desconectaba el implante de Max. No había ocurrido nada, aparte de que Max había notado una fuerte descarga de electricidad estática en el organismo, pero desde entonces no había dejado de temblar. Dos de los colegas de Cubby habían ido de tienda en tienda para regresar en grupitos de entre cinco y diez a la tienda

de Cubby. El proceso se había alargado por lo menos dos horas. Unos cuantos chicos habían decidido mantener activo su implante, pero los que se habían sometido al tratamiento de inversión de Priyanka deambulaban por el Infierno como si les corriera fuego por las venas.

La mayoría de ellos eran azules y amarillos, además de unos cuantos verdes rechazados. Quinesios, chispitas y prodigios. Los nombres de Priyanka nos habían ido muy bien para identificar a los miembros de cada grupo, en el caso de que los vigilantes nos estuvieran escuchando. Los niños adoptaron aquellos nombres al momento: los que nosotros mismos elegíamos siempre tendrían más sentido que las etiquetas que otros nos imponían.

Ver a aquellos niños recuperar sus poderes me recordó la forma en que la electricidad fluye por una guirnalda de luces. Cada bombilla tiene su propia luz, pero juntas ofrecen un espectáculo asombroso. Fue como si la armadura tras la que ellos mismos se habían ocultado cayera de repente y pudieran volver a sentir.

En cuanto notaban en la mente la primera chispa de poder, el instinto de la mayoría de los miembros del grupo era poner a prueba sus aptitudes, pero Cubby se lo impedía.

—Al primero que la líe antes de recibir la señal —repetía Cubby a cada grupo— me lo cargo. ¿Entendido? Podéis esperar una hora. Tenéis que esperar, porque si no lo vais a estropear todo.

—¿Max? —dije con un tono de voz algo más alto esta vez.

Las conversaciones en el interior de la tienda eran comedidas: los planes se trazaban entre susurros en los rincones, bajo la protección que ofrecía la tela. Max estaba observando a Roman y a Priyanka, que estaban calculando el tiempo con algunos de los quinesios de más edad.

La idea de mantener apartados a los pequeños, al menos hasta que hubiera terminado la primera fase de la fuga, había sido de Roman. Cuando Max

terminara aquí, iría a reunirse con los pequeños en la tienda abarrotada y allí esperarían a que terminara la parte más peligrosa del plan.

Se sobresaltó al escuchar mi voz y luego se pasó una temblorosa mano por la cabeza.

—Lo siento, estaba pensando..., pensaba que estarían más asustados.

—Yo también —admití.

En situaciones como aquella, un poco de miedo no iba del todo mal..., ayudaba a no bajar la guardia.

—Priyanka puede volver a conectarlo cuando hayamos terminado —le recordé—, si es eso lo que deseas.

—No, no es eso —dijo Max—. Es solo que... ya no me acordaba de lo que se siente. Es como si tuviera una tormenta atrapada en el cerebro. Si paso junto a alguien que está pensando en otra persona, o que la echa de menos, mi poder quiere buscar esa conexión. Encontrar a esas personas.

—Ir de pesca —dije, recurriendo a la expresión que había usado Priyanka. Asintió.

—Lana solía usar sus aptitudes con nosotros al principio, cuando estaba aprendiendo a controlarlas. Cuando ponía a prueba sus límites como Límite, ¿sabes? Aquellos momentos de paz eran para mí una especie de alivio. Cuando pesco a alguien, es como si mi cerebro se volviera febril. No hay forma de separar mi realidad y la de la otra persona. A veces me conecto y pesco aunque no quiera y veo cosas que jamás debería ver.

—Eso no es culpa tuya —le dije—. A Ruby le ocurría lo mismo al principio, hasta que aprendió a controlar sus poderes.

—Me lo he preguntado muchas veces —dijo—. Solía pensar en ella a menudo, jugaba a tratar de adivinar cómo era ser ella. Mi padre tenía toda clase de teorías acerca de cómo funcionaban sus poderes. Estaba obsesionado con ella, igual que Mercer.

—Sí, me lo dijeron Roman y Priyanka —le confesé—. Tengo que admitir

que no entiendo a tu padre. No es solo que experimentara con otros niños... es que te hizo a ti lo mismo. A su propio hijo.

—En realidad, no pudo elegir —dijo Max, al tiempo que acercaba las rodillas al pecho—. ¿Recuerdas todas aquellas pruebas obligatorias para los niños que aún no habían demostrado poderes? Mi padre trabajaba para Leda Corp en el antiguo laboratorio de Filadelfia, el que clausuraron. Me llevaba al trabajo para hacer todas aquellas pruebas... y alterar los resultados, de manera que pareciera que yo no estaba afectado. Por entonces, yo era un prodigio. —Hizo una pausa y soltó una risa forzada—. Caray. Nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Roman o a Priyanka.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Ya me sentía como un marginado por culpa de mi padre, así que no quería darles otra razón para que me odiaran —dijo. Abrí la boca para protestar, pero él negó con la cabeza—. En fin, se me daban bien los números y memorizar cosas, así que me resultaba fácil aprovecharme. Mi padre es el hombre más inteligente que he conocido jamás. A nadie le sorprendió mucho que yo fuera como él o como mi madre, que era profesora de matemáticas.

El temido «era».

—¿Está...?

Max se sujetó los brazos con más fuerza.

—Mercer hizo que la mataran. A ella y a mi hermana, aunque creo que lo de mi hermana fue más bien un accidente. Aquella noche tendría que haber estado trabajando. Siempre trabajaba los jueves por la noche.

—Oh, Dios... —dije—. Lo siento mucho. ¿Por qué lo hizo?

—Cuando nosotros cuatro superamos la transición, Mercer creyó que mi padre lo había estropeado todo a propósito para no darle a un eliminador... para no darle a su propia Ruby —dijo Max—. Y mató a un miembro de mi familia para dejarle claro que decepcionarlo tenía consecuencias, pero dejó al otro vivo con la amenaza pendiendo sobre él. Típico de Mercer. Ni él ni mi

padre me lo habrían contado jamás, supongo... porque eso me habría vuelto contra Mercer, y yo le era útil.

—Entonces, ¿cómo te enteraste? —le pregunté.

—Lo vi —dijo Max, con voz ronca—. Cuando estaba tratando de entender cómo funcionaban mis poderes, deduje que podía conectar con mi madre. Verlas a ella y a Neve. Y una vez establecida la conexión, siempre podría volver. Pero entonces, una noche...

—Max... —dije.

Cualquier otro comentario me parecía demasiado trillado.

—Venga, ¿lo hacemos o qué? —preguntó Cubby apareciendo de repente detrás de nosotros—. Que el tiempo pasa.

—¿Podrías mostrarte un poco menos ansiosa, por favor? —le preguntó Max, con voz apenada—. Ya sé que me odias, pero...

—No te odio, Monje —le dijo—. Solo me cabreas.

—Esa no... —empezó a decir Max—. Da igual. No importa.

—¿Seguro que estás preparada? —le pregunté a Cubby—. Si las cosas salen mal...

—Entonces moriré convertida en leyenda. No pienso permitir que nadie me aplaste como si fuera un gusano —concluyó Cubby—. Ya sabemos qué ocurrió en Thurmond y, desde luego, pienso asegurarme de que todo el mundo sepa qué ha ocurrido en el Infierno.

Me volví hacia Max, pero ya estaba apartando la puerta de tela de la tienda para dar comienzo al espectáculo. Se detuvo un instante antes de salir.

—Ya sé que no debo desearlo, que liberar todo este odio debe aportarme paz... pero algunas personas son auténticos monstruos. Su único objetivo es seguir devorándonos.

—Bueno, pues Mercer está a punto de atragantarse —le dije.

Con una risa débil, Max salió de la tienda.

—No pareces alguien cuyo plan general está a punto de ponerse en marcha

—dijo Priyanka, que en ese momento se me acercó por detrás.

Sus pupilas tenían de nuevo el tamaño normal y ya no saltaba de un pie al otro, pues había eliminado parte del subidón de adrenalina corriendo un rato por el recinto del Infierno.

—Estoy nerviosa, sí —admití, siguiendo a Cubby con la mirada mientras cruzaba la tienda dando palmadas y golpecitos en los hombros a los de su banda, diciéndoles algo que no llegué a entender—. Me sorprendió un poco que accediera con tanta facilidad. Creía que me haría falta más tiempo para convencerla.

—Vive, literalmente, en un hoyo de barro —dijo Priyanka—. Convencerla fue pan comido.

Me mordí el labio inferior.

—He tenido la impresión de que podíamos confiar en ella, pero ahora ya no tengo tan claro que mi intuición sea acertada. Aún podría traicionarnos.

—Pues yo me alegraré de traicionarla antes a ella, de tu parte, si eso facilita las cosas —se ofreció Priyanka.

—Tu conciencia increíblemente selectiva es lo que más me gusta de ti —le dije—, pero no creo que eso vaya a ser necesario.

La miré y luego me volví hacia Cubby, que en ese momento se estaba manchando disimuladamente la cara con barro. El resultado, una especie de máscara agrietada, era aterrador, pero supuse que esa era precisamente la idea. Los de su banda empezaron a hacer lo mismo.

—No, ahora en serio —dijo Priyanka—, tampoco tenemos que cogerle cariño. Solo tenemos que confiar en que vivir en el barro le guste menos que colaborar con nosotros.

—Están tomando posiciones —dijo Roman al tiempo que se acercaba a nosotros—. ¿Dónde quieres que nos situemos, Priya?

—Ahora iba a mirar. Conseguiremos introducirnos en el sistema general siempre y cuando lleven algún dispositivo conectado a un servidor del

edificio principal —dijo Priyanka. Justo antes de salir, nos abrazó a los dos y nos estrechó con fuerza—. Suerte, amigos míos.

—No pasa nada si no puedes hacerlo todo tú —contesté—. Y si es demasiado peligroso ir arriba...

Esa era la parte del plan que dependía del azar, cosa que no me gustaba. Cuando consiguiéramos echar abajo la verja, ella y Roman intentarían localizar lo que hacía las veces de centro de control. Necesitábamos pruebas de que Moore había mentido acerca de su programa de formación: si conservaban las imágenes que las cámaras de seguridad habían grabado en los últimos días, existía la posibilidad de que Mercer apareciera en ellas. Relacionarlo con Moore era fundamental. Sin pruebas concretas, nuestra versión de los hechos le parecería al público una especie de teoría de la conspiración.

Priyanka hizo un gesto vago, como si no le preocupara.

—No necesito mis poderes para guardar las imágenes de las cámaras de seguridad en una memoria USB. No me va a pasar nada. —Y entonces, mientras daba media vuelta para alejarse, me señaló—. Llegamos juntos, nos vamos juntos.

—Llegamos juntos, nos vamos juntos —repetí.

Roman echó a andar tras ella, pero se detuvo de repente. Se volvió hacia mí y empezó a levantar los brazos, como si quisiera apoyármelos en los hombros, pero enseguida los dejó caer de nuevo a los costados. Una expresión de dolor fue apareciendo en su rostro mientras apartaba la mirada de mí y la dirigía hacia sus zapatos y, luego, hacia algo muy interesante en el barro que yo no podía ver.

Finalmente, extendió una mano y yo tardé más de lo necesario en darme cuenta de que debía estrechársela.

Los dos dimos un respingo cuando, accidentalmente, le transmití una pequeña descarga eléctrica, pero no me soltó.

No quería ofenderlo preguntándole otra vez si de verdad podría imitar los poderes de Priyanka. Ya me había dicho que sí en una ocasión y con eso me bastaba. Pero, al parecer, me leyó el pensamiento.

—Si me desmayo... —empezó a decir sin soltarme la mano.

—No te dejaremos aquí —le dije—, así que ni te molestes en proponerlo.

—Vale... vale. Pero si estoy muerto, vosotros tampoco hace falta que os molestéis —dijo, visiblemente aturullado.

Para alguien que no fallaba jamás un disparo, le temblaba demasiado la mano.

Sin proponérmelo, di un paso hacia él, abandonándome al cálido y repentino cosquilleo que notaba en el estómago. El corazón me golpeó con fuerza las costillas mientras me debatía entre los nervios, la euforia y el miedo.

Y, entonces, él me dejó caer la mano y prácticamente salió corriendo de la tienda.

—¿Qué le has dicho, que huele a mierda o algo así? —me preguntó Cubby. Perpleja, negué con la cabeza.

—Bueno, no sé de qué iba todo ese rollo, pero mejor lo dejas para luego. ¿Lista? —dijo Cubby al tiempo que hacía girar los hombros y sacudía los brazos.

—No le hagas daño —murmuré mientras la seguía al exterior de la tienda—. Es todo fingido, ¿te acuerdas?

Se volvió a mirarme por encima del hombro y el barro seco de la cara se le agrietó cuando me lanzó una sonrisa forzada.

—Pues yo estoy cansada de pasarme la vida fingiendo. ¿Tú no?

—¡Cubby! —rugió Max, desde el exterior de la tienda—. ¡Sal de ahí, cobarde!

—Me toca —dijo—. No lo jodas todo.

Max lanzó el primer puñetazo.

Aterrizó en la mandíbula de Cubby, con tanta fuerza que prácticamente la hizo girar sobre sí misma. El barro, sin embargo, se le pegó a los zapatos y la ayudó a mantener el equilibrio el tiempo suficiente como para lanzar una pierna hacia delante. Max dobló el cuerpo al quedarse sin aire en los pulmones. Una y otra vez, intercambiaron puñetazos, patadas y golpes varios, dejando un círculo de pisadas en el barro. Los habitantes del Infierno se acercaron a la pelea y formaron un círculo en torno a Cubby y a Max, gritando y animando.

Levanté la mirada hacia los soldados: estaban apiñados en la pasarela y, al parecer, observaban con interés a los dos prisioneros que parecían decididos a despedazarse. Más y más guardias se fueron acercando a la pelea y desatendieron las pasarelas más alejadas, que supuestamente debían estar patrullando.

—¿Te crees mejor que nosotros? —le gritó Cubby—. ¿Te crees que no eres escoria?

—Creo que el problema aquí eres tú —respondió Max.

Priyanka y Roman estaban bajo la escasa sombra que proyectaba la pasarela. Él le apoyó una mano en el hombro cuando los dos miraron hacia arriba. Un segundo después, Priyanka me miró y asintió.

«Están dentro».

Fui avanzando entre la multitud de niños hasta llegar a la parte delantera y le hice un gesto con la cabeza a Cubby cuando pasó junto a mí. Ella respondió con otro gesto y luego se abalanzó de nuevo sobre Max.

Priyanka había calculado que necesitaban por lo menos cinco minutos para introducirse en el sistema de seguridad y desconectarlo. Cinco minutos. Trescientos segundos.

«Doscientos noventa y nueve...».

Max se lanzó hacia Cubby con un rugido, lo que provocó las risas de

varios de los soldados. Para ellos, aquella pelea no era más que la segunda parte de la que habían presenciado antes. Nada sospechoso en los monstruitos de allí abajo.

«Doscientos noventa y ocho...».

Los segundos iban pasando. Intenté mirar de nuevo a Priyanka y a Roman, pero no podía verlos entre las cabezas de los eufóricos niños. Me encogí cuando Cubby le dio una patada a Max en la garganta y este abrió desmesuradamente los ojos.

Retrocedió tambaleándose y tropezó con la multitud de críos, que entre risas lo empujaron de nuevo hacia Cubby. A ella le faltó tiempo para lanzarlo de nuevo al suelo, de espaldas. Aterrizó justo delante de mí y me salpicó de barro los zapatos.

Max me observó desde el suelo y me di cuenta de que toda su serenidad se había esfumado.

«Lo siento», murmuré mientras Cubby lo obligaba de nuevo a ponerse en pie.

—Venga, no te rindas ahora —le dijo Cubby—. ¡Me estoy empezando a divertir!

Max se tambaleó, tratando de recuperarse del último golpe. Hizo una finta a la derecha y Cubby mordió el anzuelo. Me fijé en su mirada de sincera sorpresa cuando Max le pasó el pie izquierdo por detrás de una rodilla y le levantó la pierna del suelo.

El niño que estaba a mi lado gritó, entusiasmado, y lanzó un puño al aire.

Lo vi suceder con una lentitud exasperante: los segundos se alargaron más y más, hasta que pensé que se detendrían por completo. La descarga de energía partió del puño del niño y le levantó los cordones de las botas a un soldado antes de adueñarse del todo de su cuerpo. El soldado estaba allí, con una sonrisa burlona y, de repente, ya no estaba: su cuerpo trazó una curva en

el aire y el hombre, perplejo, abrió la boca en un grito silencioso. Y entonces cayó.

Aterrizó en el barro, junto a todos nosotros.

36

El soldado se estrelló contra el suelo y levantó una ola de oscuro barro. Max se apartó de un salto, pero Cubby tuvo que rodar por el suelo para evitar que el soldado le cayera encima y la aplastara. Todos nos quedamos tan atónitos como el mismo soldado. El niño azul bajó el brazo y se lo pegó al pecho, como si hubiera golpeado físicamente al hombre. Se produjo un momento de silencio. De calma. Y entonces estalló el caos.

Exclamaciones de sorpresa y el tintineo metálico de las armas al desenfundarlas.

Cubby lanzándose a por la pistola del soldado caído.

Roman gritando «¡Uno!».

No pensé. No hablé. Solo reaccioné. Busqué el hilo plateado de mi mente y lo sujeté con todas mis fuerzas hasta asfixiar la corriente eléctrica que palpitaba dentro de los dos reflectores, justo encima de nosotros. Las pantallas de cristal y las bombillas reventaron en mil pedazos, lo cual hizo que tanto los psi como los soldados echaran a correr en todas direcciones.

El pánico teñía las voces que nos llegaban desde arriba.

—¡Código blanco! —gritó alguien—. Tenemos un código blanco..., avisad por radio...

—...la radio no funciona...

—...de avisarlos, pero la señal... ¡tenemos algún problema con la señal!

Los demás niños echaron a correr por el Infierno. Con los brazos levantados, iban apuntando en dirección a los demás reflectores con el objetivo de sobrecargarlos. Uno de los soldados empezó a gritar cuando las

bombillas reventaron y cayeron convertidas en una lluvia de chispas y fragmentos de cristal.

La oscuridad total me desorientó durante unos segundos. Tropecé y luego recuperé el equilibrio mientras me volvía de nuevo hacia los demás. La piel de los niños era incluso más oscura que la noche. No conseguía distinguir sus rostros, pero a medida que los ojos se me iban adaptando a la ausencia de luz, empecé a ver sus siluetas. La mayoría de ellos habían seguido las instrucciones y se habían protegido debajo de las pasarelas, donde a los soldados les resultaba más difícil apuntarles con sus armas.

Que era justo lo que estaban intentando hacer en ese momento.

—¡Dos! —grité.

Las niñas que estaban justo a mi lado eran quinesias. Me rozaron con los brazos al levantar a los soldados por los aires, siguiendo el ejemplo de los que también eran como ellas. Los gritos de los soldados al estrellarse contra el suelo tendrían que haberme resultado perturbadores pero, en lugar de eso, me sentía como si pudiera percibir su miedo dentro de mí, aumentando más y más hasta convertirse en una estruendosa corriente eléctrica. Amplificó las palabras que chisporroteaban en mi mente como la electricidad estática.

«Tenemos el poder».

«Somos más que ellos».

«Estamos al mando».

Y si no podíamos arreglar un sistema que no funcionaba, lo haríamos pedazos y lo volveríamos a construir con nuestras propias manos.

Se oyeron gritos a lo lejos: los pocos soldados que trabajaban dentro del edificio principal salieron atropelladamente por una puerta de la segunda planta que conectaba con las pasarelas. Antes incluso de que pudieran pasar por encima de la jaula, ellos también salieron disparados y se estrellaron violentamente contra el suelo.

Algunos de los mercenarios intentaban huir del Infierno trepando por la

alambrada de la jaula, pero un pequeño grupo de quinesios se abalanzó sobre ellos gritando y levantando el puño y los apartaron de la alambrada. En el tejado del edificio, una silueta oscura consiguió disparar una vez antes de salir lanzada hacia delante. El rifle cayó al suelo un segundo antes que el hombre.

Varios disparos retumbaron en el aire, pero no tardaron en ser silenciados cuando los niños derribaron a los soldados y les arrancaron las armas. En cuanto los soldados trataban de ponerse en pie, los niños jugaban a lanzarlos hasta el otro lado del Infierno.

—¡Que acuda todo el mundo! ¡Código blanco!

Me incliné a recoger la pistola semienterrada en el barro, a mis pies. El pulso se me desbocó cuando golpeé al soldado en la cabeza con la culata del arma y lo mandé al suelo. Oí un clic cuando alguien le quitó el seguro a su arma, justo detrás de mí. Giré en redondo hacia el sonido.

—¡Al suelo! —gritó Cubby.

Y entonces, con una serenidad inesperada, le disparó al soldado que se me había acercado inadvertidamente por detrás.

El hombre cayó al suelo, aullando, y se llevó las manos a la rodilla destrozada por el impacto. Justo tras él, vi finalmente las figuras de los niños más pequeños, que corrían pegados al muro en dirección al edificio principal. Max cojeaba tras ellos, armado con una pistola.

—¿Tres? —preguntó Cubby.

Asentí.

—Tres.

—¡Tres! —gritó ella.

Los de su banda acudieron al momento, armados con las pistolas que habían robado. Para entonces, la mayoría de los soldados yacían en el suelo, con las manos detrás de la cabeza y la cara enterrada en el barro, pero unos cuantos aún seguían en pie, disparando. Oí un sonoro chasquido metálico

cuando alguien recargó su arma y me volví. Un grupo de adolescentes pasó corriendo junto a mí, salpicando barro. Siguieron a Cubby y se dirigieron a toda velocidad a la valla que separaba el Infierno del edificio principal.

Desde algún lugar situado a mi espalda llegó una lluvia de balas. Me arrojé al suelo, me cubrí la cabeza y jadeé casi sin aliento. Los chicos parecieron saltar cuando las balas los alcanzaron por la espalda y, un segundo antes de que cayeran al suelo, vi la sangre que parecía flotar en el aire.

Tuve la sensación de que se me entumecía todo el cuerpo. Era como si el barro me sujetara, como si quisiera arrastrarme, asfixiarme. No conseguía apoyar las manos bajo el cuerpo. El Infierno empezó a dar vueltas y se volvió borroso.

«Levántate».

Cubby y varios chicos más echaron a correr de nuevo hacia nosotros, gritando mientras le disparaban al soldado que había abatido a los demás. Se arrodillaron junto a los muchachos caídos, les tomaron el pulso, los zarandearon para despertarlos... y nadie se fijó en el otro soldado que los estaba apuntando. Abrí la boca para gritar y advertirlos, pero ya era demasiado tarde. Se oyeron más disparos y, cuando finalmente cesaron, Cubby era la única que seguía en pie, tambaleándose.

«Ponte en pie».

Debajo de mí, el barro se convirtió en hielo.

«Levántate».

Intenté levantar la cabeza, pero me sentía como si no me quedara ni un solo gramo de fuerza. Aquellos críos... ¿qué me había hecho pensar que mi plan podía funcionar? ¿Por qué habían pensado que conseguiríamos salir todos con vida de allí?

«Ponte en pie».

Una figura corría hacia mí, disparándole a algo o a alguien que yo no veía. Durante un descabellado segundo, pensé que era Liam. Esperé a que me

cogiera con sus dulces manos, a que me llevara lejos de allí, pero lo único que hizo la figura fue detenerse junto a mí, apostarse a mi lado y devolverle los disparos a alguien. Las detonaciones sonaban como truenos y seguían el ritmo del frenético ruido de pasos que se dirigían hacia la valla.

«Puedes levantarte».

«Tienes que volver a levantarte».

Podía volver a levantarme. Podía hacerlo yo sola. Una vez, y otra y otra. Mientras me quedara aliento, volvería a levantarme.

Deslicé las palmas de las manos, atrapadas debajo de mi cuerpo, hasta colocarlas a la altura de los hombros. Extendí los dedos y traté de mantener el equilibrio mientras empezaba a levantarme del suelo. Y, entonces, la figura que estaba a mi lado me pasó una mano por la espalda y los hombros: Roman.

En la oscuridad, su máscara había desaparecido y lo único que vi en sus ojos fue pánico.

—¿Estás herida? —gritó.

Incapaz de hablar, negué con la cabeza y me llevé la mano derecha al hombro izquierdo. «Estoy bien». Roman asintió y me devolvió el gesto. «No pasa nada».

Podía ponerme en pie. Podía hacerlo yo sola.

Roman tenía el rostro bañado en sudor y los reveladores temblores ya empezaban a recorrerle el cuerpo. Solo disponíamos de unos minutos antes de que el dolor lo venciera.

Le cogí la mano libre y me tranquilizó notar que me apretaba los dedos con fuerza. Necesitaba asegurarme de que no se iba a quedar atrás. «Sigo aquí, sigo en pie».

Priyanka nos estaba esperando junto a la verja: tenía una mirada salvaje en los ojos y la energía le palpitaba en el cuerpo. Al ver que Roman y yo

estábamos bien, dio media vuelta y siguió a los demás, en dirección al edificio. Empujé a Roman hacia ella.

—¡Ve! —le dije—. Iré a asegurarme de que los demás están bien.

—Cinco minutos —dijo mientras se llevaba de nuevo la mano al hombro.

Le devolví el gesto y me sentí más ligera. «Estamos bien».

Se abrió paso entre la multitud de niños y desapareció en el interior del edificio. Una de las chicas de la banda de Cubby estaba junto a la alambrada, con un rifle entre las manos, y hacia señas a los demás para que fueran pasando. Al verme, se interrumpió. Me volví, tratando de vislumbrar quién se encontraba a mi espalda.

Solo soldados. Manchados de barro, a la carga, expresando a gritos su rabia. Ya no tenían pistolas, pero aún les quedaban los tásers y las porras.

—¿Ya ha pasado todo el mundo? —le pregunté a la chica.

—Sí, eres la última —respondió ella al tiempo que cerraba la verja y corría el cerrojo—. Hazlo.

Asentí. Priyanka no había desactivado del todo la electricidad en el Infierno, solo la había desconectado temporalmente. Me bastaron tres segundos para dirigir de nuevo la electricidad hacia la valla. Dimos media vuelta para largarnos justo cuando los soldados tocaban la valla y empezaban a gritar.

Alguien, seguramente un quinesio, había arrancado las puertas de la sala de descontaminación para facilitarnos el acceso al edificio. Las cajas transparentes de almacenaje estaban desordenadas, pero no me molesté en comprobar si mi ropa seguía allí. Habíamos dejado nuestras pertenencias en el coche, aparcado a más de sesenta kilómetros al norte de allí, en la frontera entre Texas y Oklahoma.

No vi ni rastro de Roman o de Priyanka mientras los demás seguíamos el rastro de destrucción por una escalera que no había visto al entrar en aquel lugar.

«Dales tiempo», pensé, tratando de ignorar el repentino nudo de inquietud que se me había formado en el estómago.

—¿Adónde vamos? —preguntó la misma chica a los demás.

Justo entonces, terminamos de bajar el último tramo de escalones y pudimos comprobarlo con nuestros propios ojos: un garaje inmenso.

Era tan grande que debía de tener el mismo tamaño que el Infierno. No solo se guardaban allí los vehículos privados de los soldados, sino también camiones de estilo militar y las furgonetas que sin duda se habían utilizado para llevar a los niños hasta allí.

La pared del fondo estaba ocupada por una hilera de taquillas y un tablón de anuncios lleno de ganchos, de los cuales colgaban juegos de llaves. Los niños ya habían abierto las taquillas y desvalijado el contenido: monederos, mochilas, ropa... Cubby estaba allí, repartiendo juegos de llaves entre los niños que aguardaban en una fila sorprendentemente ordenada.

—No os quedéis los coches más de unas horas —grité, para hacerme oír por encima del rugido de motores revolucionados y de las conversaciones eufóricas y aterradas de los niños—. ¡Y no os detengáis por ningún motivo!

Algunos respondieron a gritos, acatando las instrucciones. Vi a Max ayudando a otra adolescente a acomodar a varios pequeños en un todoterreno. Les hizo un gesto con la mano cuando la chica se sentó al volante y un chico ocupó el asiento del pasajero.

La mayoría de ellos se marchaban juntos, al parecer. Bien. Pero al verlos emparejarse o formar grupos, me detuve y me volví hacia la entrada, esperando.

«Vamos, chicos», pensé. «¿Dónde estáis?».

Cubby terminó de repartir las llaves de los vehículos y se quedó dos juegos pequeños para nosotros. Me los lanzó cuando pasó sonriendo junto a mí.

—Nos vemos en la siguiente pocilga, novata.

Las llaves en realidad no eran de ningún coche, sino de dos de las motos

aparcadas junto a otras muchas en un sector aparte, a lo largo de la pared este. Max corrió hacia mí, tras esquivar un jeep verde que pasaba a toda velocidad.

—¿Los ves? —gritó.

Fueron pasando los segundos. Los minutos. Más.

—¿Y si voy a buscarlos...?

—¡No, allí están!

Max salió disparado y zigzagueó entre los coches que aún quedaban. Los vi un segundo más tarde: Priyanka prácticamente llevaba a Roman auestas. Las venas y los tendones de los brazos se le marcaban y temblaba como una tetera al fuego.

—Lo he conseguido —dijo, al ver mi expresión—. ¡Lo he conseguido, lo he conseguido, lo he conseguido!

—Genial...

—¿Nos vamos en esas motos? Ay, mi madre, me encantan las motos, me encanta...

Di una palmada delante de la cara de Priyanka. Ella se volvió hacia mí, con las pupilas dilatadas y una expresión eufórica en el rostro. Cargaba con el peso muerto de Roman a la espalda y ni siquiera estaba sudando.

—¿Nos vamos? ¿De verdad lo vamos a hacer? —me preguntó—. ¿Por qué me miras así?

Le palpé el cuello a Roman en busca de pulso. Él entreabrió los ojos y, cuando Priyanka lo dejó en el suelo, se llevó la mano derecha al hombro. Tenía una jeringuilla clavada.

—He desvalijado la enfermería, todo va bien —dijo Priyanka—. Me tomaré la medicina en cuanto salgamos de aquí para que se me pase el subidón, os lo prometo, está todo controlado, estoy bien, pero dejadme volar... dejadme volar.

—Si puedes controlarlo —le dije, al tiempo que le apretaba la muñeca—, entonces por mí no hay problema.

Roman echó un vistazo a las motos.

—No puedo —consiguió decir, al tiempo que arrugaba la frente en un claro gesto de dolor.

—Yo sí —dijo Max al tiempo que cogía uno de los cinturones de los soldados—. ¿Te acuerdas de cómo se conducen?

La última pregunta iba dirigida a Priyanka.

—Me acuerdo de que te ganaba siempre, siempre, en todas las carreras — dijo. Cogió el cinturón que Max le tendía—. Subidlo detrás de mí, y vamos a hacer que este sitio salte por los aires.

Priyanka subió a la primera moto y, entre Max y yo, colocamos detrás de ella a un Roman inconsciente. Rodeé el pecho de ambos con el cinturón y, mientras lo abrochaba, recé para que aquello funcionara.

Priyanka arrancó y se dirigió a la puerta antes incluso de que Max y yo tuviéramos tiempo de subir a nuestra moto.

—Esto es... —empezó a decir.

—No pienses —le dije—. Vámonos.

Las palabras quedaron ahogadas por el rugido de la puerta cuando los demás chicos consiguieron finalmente abrirla del todo. La mayoría de ellos tocaron el claxon al salir y embestir las vallas de alambrada que tan imponentes nos habían parecido cuando habíamos llegado allí. Las vallas se doblaron y se rompieron, y finalmente acabaron aplastadas en el suelo cuando los primeros camiones y todoterrenos les pasaron por encima. Los coches que iban detrás se lanzaron entonces a toda velocidad hacia la salida, entre los gritos de júbilo de sus ocupantes. Y ese sonido se fue transmitiendo, como una ola, al resto de los vehículos, creando una electrizante sensación de esperanza en todos nosotros.

Cuando el último coche hubo salido, Max le dio al gas y acercó la moto a la de Priyanka. A medida que íbamos cogiendo velocidad, el mundo se abría

de repente ante nosotros. Puesto que las luces exteriores estaban apagadas, lo único que yo veía era un cielo infinito tachonado de estrellas.

Si no nos consideraban seres humanos, pensé, nos aseguraríamos de que comprendieran que éramos mucho más.

El coche nos estaba esperando justo donde lo habíamos dejado, tras un centro comercial desierto y medio en ruinas junto a la frontera estatal de Oklahoma. Ya había perdido la cuenta de los muchos coches que habíamos tenido que robar: habíamos necesitado dos solo para poner en marcha nuestro plan. Habíamos ocultado allí uno de los coches y luego habíamos robado otro para ir hasta la gasolinera de Texas, donde nos habían detenido.

Nos turnamos para quitarnos los uniformes y los dejamos allí junto con las motos. Ya se encargaría alguien. En un momento determinado, Max se alejó de nosotros y se dirigió al alegre cartel que nos había recibido al cruzar la frontera estatal.

—¿Aceptas la invitación de Oklahoma para «Descubrir la excelencia»? — le pregunté mientras lo observaba pasear de un lado a otro con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Habría jurado que a lo lejos se oía ruido de helicópteros—. Tendríamos que irnos.

O tal vez solo fuera el ruido de las turbinas eólicas. Habíamos pasado por delante de cientos de ellas. Surgían del suelo como si fueran flores desprovistas de pétalos y su figura esquelética encajaba muy bien en aquella zona del país, tan polvorienta como una pila de huesos viejos medio desintegrados.

—¿Va todo... bien?

Roman se había despertado junto antes de que llegáramos al coche, pero a mí no me parecía que estuviera muy bien. Su piel había adquirido un tono ceniciento y se tambaleó ligeramente mientras se dirigía hacia mí. Extendí

instintivamente una mano, como si quisiera ayudarlo a mantener el equilibrio. Él me lanzó una mirada un tanto compungida, pero aceptó la ayuda.

Ahora que ya se había aplacado en mí el calor de la rabia y del miedo, lo que encontraba de nuevo en mi interior era silencio. La clase de silencio que no te abruma, que lo clarifica todo. La clase de silencio que se experimenta al caminar junto a alguien que no necesita las palabras para saber lo que piensas.

—Creo que deberíamos escondernos en algún lugar seguro durante un tiempo y reagruparnos —dijo Priyanka, que se nos había acercado por detrás. El sedante le estaba empezando a hacer efecto y arrastraba un poco los pies por el polvo—. Así Max tendrá tiempo de prepararse para pescar. Si alguien tiene alguna propuesta acerca de cuál podría ser ese lugar mítico, soy toda oídos.

Oklahoma. Que yo recordara, no había nadie en la órbita de la antigua Liga de los Niños que viviera por allí. Pero... no me podía creer que no se me hubiera ocurrido nunca. Sam y Lucas, amigos de Ruby, se habían trasladado a Kansas con falsos documentos de identidad después de que Ruby desapareciera. Nos habían dejado una dirección para que la memorizáramos, por si acaso nos topábamos con algún rojo que pudiera necesitar su ayuda.

Pero no estaba muy segura de si quería alterar la poca paz que pudieran haber encontrado.

«Tiempos desesperados», pensé. ¿Y cuándo no lo eran?

—Yo sé un sitio —dije.

Tras el infierno en el que habíamos vivido los últimos días, las siguientes horas transcurrieron con una placidez asombrosa. Después de haber conducido el tiempo que me correspondía, le cedí el volante —y la dirección

de Sam y Lucas— a Roman. Estábamos tan agotados que nos limitábamos a ir hacia el norte, hasta que salió el sol y ya estábamos en Kansas.

—Despierta, Dorothy —dijo Priyanka, al tiempo que me zarandeaba ligeramente. Me había quedado dormida apoyada en su brazo, en el asiento trasero—. Estamos por encima del arcoíris, en Kansas.

Durante un confuso momento, me pareció escuchar otra voz.

«Soy Gabe. Esta es Dorothy».

—No me llames así —dije, restregándome la cara con las manos.

—Ah, pues ahora que lo pienso, Dorothy te pega mucho...

«Dorothy... Creo que... no tendríamos que habernos marchado de Oz...».

—Priya —dije con un tono de voz que dejaba entrever aquel antiguo dolor—. No vuelvas a llamarme así jamás.

—Vale —dijo ella con dulzura.

—Tiene que ser ahí, ¿no? —preguntó Max al tiempo que señalaba más allá del parabrisas.

A lo lejos, se perfilaba una pequeña granja con un establo o granero separado. Cuando nos adentramos en el largo camino de acceso, vi unas cuantas vacas que pastaban, varias cabras alborotadas y una pocilga aparte para los dos cerdos.

—Parece que está todo tranquilo —dijo Priyanka, mientras Roman aparcaba el coche.

Fui la primera en bajar y eché un vistazo por las ventanas, pero las gruesas cortinas interiores no me permitieron ver nada. Los demás esperaron en el coche, mientras yo me dirigía al porche y llamaba a la puerta.

Nadie abrió. Apoyé la oreja en la madera, con la esperanza de detectar algún movimiento en el interior. Era evidente que había alguien dentro. Vi huellas frescas que iban desde la casa hasta el abrevadero de los cerdos y el gallinero, que estaba al otro lado del establo. Un gallo solitario pasó pavoneándose junto a nosotros y se dirigió a la pequeña y ruidosa estructura.

Su rastro se cruzó con el de otras pisadas, que en este caso se dirigían a la puerta del establo.

—Zu... —empezó a decir Roman, al tiempo que cogía su pistola.

Le hice una seña para que no se acercara y les indiqué a todos que se quedaran donde estaban. Era probable que Sam y Lucas no recibieran muchas visitas, por lo que seguramente los habíamos asustado al presentarnos allí sin previo aviso ni invitación. Sin duda se habían escondido.

Me dirigí a la puerta del establo y la abrí empujándola lentamente con el cuerpo. Puesto que no apareció nadie de repente, entré despacio y escudriñé la oscuridad.

Y entonces noté en la espalda la fuerte presión del cañón de un arma.

—Levanta las manos —dijo una voz que me resultaba familiar—. Retrocede despacio...

Al reconocer la voz, noté una sensación tan intensa que creí que el corazón me iba a estallar. Conseguí volver un poco la cabeza para mirar a quien me apuntaba.

—¡Joder! —dijo el chico, palideciendo bajo la barba. Enseguida bajó la escopeta—. ¡Podría haberte matado! Me has dado un susto de muerte...

Me lancé hacia Liam y le eché los brazos al cuello.

Tres años antes

Llegamos a Blackstone justo antes del amanecer. Blackstone era una pequeña y adormilada ciudad que aún tenía que despertarse del colapso financiero del país. La naturaleza parecía haberse adueñado de varios de los barrios por los que pasábamos, en busca del mural que Liam y Ruby mencionaban en su mensaje en clave.

—Vale —murmuró Chubs—, esto empieza a ser ridículo.

En la época en que viajábamos en Betty, solíamos disfrutar de las mañanas como aquella, pues las posibilidades de que alguien nos viera y nos delatara se reducían lo bastante como para que pudiéramos buscar un sitio, aparcar y descansar durante unas cuantas horas. En aquella ocasión, sin embargo, parecía causarle el efecto contrario a Chubs. Sacudía la cabeza cada vez que pasábamos frente a una casa abandonada y suspiraba cada vez que pisábamos un bache. Era obvio que lo que a mí me parecía una bendición, a él le parecía un trabajo sin terminar.

«Queda tanto por hacer». Cuanto más pensaba en ello, más me abrumaba el hecho de darme cuenta. Parecía imposible. ¿Cuántas carreteras, cuántos barrios se hallaban exactamente en las mismas condiciones que aquel? ¿Cómo íbamos a llegar hasta todos ellos si solo teníamos una vida?

—Allí —dije señalando hacia el pequeño letrero con el nombre de una calle, que parecía a punto de caerse del poste del cual colgaba. Estaba medio doblado y combado hacia atrás, pero aun así podía leerse—. Tenemos que ir a la derecha para encontrar «Historic Main Street». Suena prometedor.

Pese a todas las horas que llevábamos conduciendo, una vez en la calle correcta no nos costó mucho encontrar el mural. Una especie de santo, con la

cabeza cubierta, nos tendía ambas manos, como si quisiera darnos la bienvenida. En comparación con las sucias fachadas de ladrillo de las casas, la pintura del mural se veía fresca y alegre. El día estaba encapotado y caía una fina llovizna, lo cual hacía resplandecer la imagen.

Había varios coches aparcados frente a los comercios de la calle. Los clientes podían elegir entre una tienda de comestibles, una farmacia y...

—Ahí está la cafetería —dijo Chubs al tiempo que la señalaba—. Vale, ¿qué es lo que decía el mensaje?

—Se supone que tenemos que escribir un nombre en la pared y dejar una piedra —dije mientras volvía a leer la hoja—. Y luego quieren que entremos a comprar té.

Chubs me miró.

—¿Y por qué té?

—¿Eso es lo único que te parece extraño? —le pregunté—. ¿Tienes algo para escribir?

Registramos el coche y finalmente encontramos un viejo bolígrafo en la consola central. Después de mirar a uno y otro lado de la calle, para asegurarnos de que nadie nos observaba, bajamos del coche y nos dirigimos al mural. Noté en el rostro el aire gélido al contemplar la altísima imagen del santo.

—Esto es ridículo —murmuró Chubs mientras trataba de garabatear su nombre en uno de los ladrillos pintados.

Una vez escrito, se veía tan poco que ni siquiera me molesté en escribir el mío cuando Chubs me pasó el bolígrafo.

Ya le había dicho antes que aquello no era una búsqueda del tesoro y seguía pensándolo. Era obvio que la dirección no iba a aparecer de repente en la pared solo porque hubiéramos completado con éxito aquellos misteriosos pasos. En todo caso, lo más probable era que los pasos no importaran, sino más bien el hecho de que nos vieran haciendo lo que se nos había dicho.

Debía de haber alguien por allí cerca vigilando aquel lugar. Y si ese alguien no tenía la dirección, probablemente pudiera comunicar a Liam y a Ruby que estábamos allí, listos para que nos recogieran.

—Tendría que habernos dado una puñetera dirección —dijo Chubs—. Me siento como un idiota haciendo todo esto. Venga, volvamos al coche.

—Espera —dije mientras echaba un vistazo al suelo, a mi alrededor—. La piedra.

Cogí un fragmento de ladrillo y me dirigí de nuevo al mural. Pero hasta ahí llegaban las instrucciones que teníamos. Puesto que en realidad no había ningún sitio donde colocar la piedra, la dejé al lado de la pared, justo debajo de los pies pintados de la figura.

—Esto es ridículo —dijo Chubs otra vez, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Tienes que ir a comprar té —le dije—. ¿Te acuerdas?

Quería ir con él, pero no quería enfrentarme a las preguntas ni a las miradas de los demás, sobre todo si existía la posibilidad de que eso ahuyentara a Liam y a Ruby.

Chubs suspiró, pero empezó a cruzar la calle embarrada.

—Un momento —le dije.

Me dejó bajarle un poco más el sombrero y recolocarle la bufanda para que le tapara el distintivo de identificación. Y ya puestos, también le quité las gafas, por si acaso. Que yo supiera, nunca salía en las fotos sin gafas.

Chubs me dedicó una mirada un tanto desenfocada y, desde luego, bastante irritada.

—Solo por esta vez —le dije.

Esperarlo en el coche se me antojó una auténtica tortura. Cuando Chubs volvió a aparecer, cargado con dos tazas humeantes, parecía aún más infeliz que antes.

—¿Nada? —pregunté.

Me pasó una taza de chocolate caliente, lo que siempre tomaba.

—Después de haberme dedicado a mirar a los ojos a todo el mundo como si fuera un chalado, espero que aparezcan enseguida, porque de lo contrario la policía va a llegar antes... Ay, jolines...

Le cayó un poco de agua caliente en el pecho y procedió a limpiar las manchas con una servilleta. La taza volvió a inclinarse peligrosamente.

—Anda, dame eso —le dije.

Al cogerla, la funda protectora de la taza se deslizó un poco. Dejé un momento mi propia taza y retiré por completo la funda. Luego giré la taza para que Chubs pudiera ver la dirección que aparecía garabateada.

Chubs se reclinó en su asiento y dejó que la servilleta cayera al suelo.

—Vale —dijo—. Vamos a ver otra vez ese mapa.

Finalmente, la dirección no nos condujo a ninguna casa. Nos llevó por una carretera secundaria hasta un solar vacío. Sin embargo, yo no habría dudado de que era allí incluso de no haber visto los números pintados con espray en el árbol que estaba a un lado de la carretera, o la camioneta roja medio escondida.

Chubs aparcó junto a la camioneta y apagó el motor. Durante un segundo, nos quedamos simplemente allí, escuchando el susurro de la lluvia entre las cercanas hojas del árbol. Poco a poco, fue empapando el parabrisas, hasta que todo se volvió borroso.

—¿No deberíamos bajar y echar un vistazo? —dije con la mano ya en la puerta.

—Supongo que sí —contestó Chubs.

Recorrimos el solar en círculos, cruzándonos. Al acercarme al extremo más alejado del terreno, me pareció que la lluvia sonaba de forma distinta. Como

si hiciera más ruido al caer. Me adentré entre la vegetación, aparté un arbusto y entonces descubrí por qué.

—¿Zu? —me llamó Chubs.

—¡Por aquí! —dije agitando vigorosamente los brazos para que me viera—. ¡Mira!

Chubs se acercó a mirar. Y no le gustó lo que vio. La única palabra capaz de describir su expresión era «lúgubre».

—¿Qué pasa? —pregunté.

Antes de que tuviera tiempo de responder, sin embargo, una figura oscura apareció entre la neblina y se deslizó deprisa, pero sin esfuerzo, sobre la superficie plateada del lago. Camisa de cuadros. Gorra de béisbol. Silbando una canción de los Rolling Stones.

«Liam».

Se volvió sobre el banco del pequeño bote de remos y por fin nos vio. La cuesta que descendía desde los árboles hasta el agua era empinada..., demasiado empinada para bajar corriendo y recibirlo como a mí me habría gustado.

—¡Eh, tíos, no me puedo creer que hayáis llegado antes que yo! —exclamó, al tiempo que viraba el bote para acercarlo de costado a la orilla—. A unos treinta metros de aquí hay una especie de playita, allí os podré recoger más fácilmente... a menos que quieras hacer el salto del ángel y aterrizar en mis brazos, Chubsie. Ya sabes lo mucho que me gustan los reencuentros teatrales.

Chubs echó a andar en la dirección que Liam había indicado. Desde el bote, Liam me dedicó una mirada interrogante y yo me encogí de hombros. Los dos sabíamos cómo era Chubs. A veces necesitaba un poco más de tiempo que los demás para adaptarse a las situaciones nuevas.

La curva de la ladera era más escarpada de lo que esperaba y Chubs retrocedió para ayudarme y sostenerme mientras subíamos a un árbol caído.

—No te preocupes, estoy bien —dijo, al darse cuenta de que yo lo estaba observando.

Cuando finalmente conseguimos descender hasta un terreno más liso y seguro, Liam ya había acercado el bote a la orilla. Me solté de la mano de Chubs y Liam se levantó justo a tiempo de cogermelo cuando me abalancé sobre él de un salto. Se reía casi sin aliento mientras girábamos y girábamos, hasta casi marearnos los dos.

—Bueno, ¡a eso le llamo yo saludar! —dijo al tiempo que me bajaba hasta las orejas el sombrero ladeado.

En cuanto volví a poner los pies en el suelo, le di un puñetazo en el estómago y dejó de reír al doblarse sobre sí mismo.

—¡Que sea la última vez que os marcháis sin decir nada! —dije, permitiendo que la rabia y la preocupación de los últimos seis meses tiñera mis palabras—. No estuvo bien... No está bien.

Liam se irguió y el júbilo desapareció de su expresión.

—Tienes razón. No estuvo bien. Si existiera la forma de haceros llegar un mensaje sin correr el riesgo de que alguien lo descubriera... Tendría que haberme esforzado más. Es que todo se estaba convirtiendo en una locura, especialmente después de lo que le ocurrió al padre de Ruby. Teníamos que largarnos antes de que las cosas empeoraran, sin pensar en las consecuencias.

Y las consecuencias eran que se habían convertido en fugitivos a los ojos del Gobierno. A Ruby la habían mantenido bajo una vigilancia más estrecha que a otros psi, con toques de queda y controles periódicos. Al desaparecer los dos, pues, Ruby había incumplido la palabra que le había dado a la presidenta provisional y a las Naciones Unidas de respetar esas condiciones. Ya no se nos permitía vivir al margen del sistema que el Gobierno había diseñado para nosotros. Al menos, no de forma legal.

—No es... —empezó a decir Chubs, pero enseguida se interrumpió.

Aún tenía las manos en los bolsillos de los pantalones, pero la tela era lo

bastante fina como para que yo pudiera ver que estaba apretando los puños.

Liam separó los brazos.

—Listo para el segundo asalto, compañero. No luches contra la corriente.

—¿Y si antes nos resguardamos de la lluvia? —dijo Chubs, mientras se quitaba las gafas y las limpiaba con su camiseta interior.

Del andrajoso sombrero que llevaba Liam caían gotas de agua, entre las cuales observó a Chubs. Dejó los brazos a los costados y luego desvió la mirada hacia mí. Yo le dediqué una sonrisa forzada.

Aquello era inaceptable. Ya imaginaba que la cosa sería un poco rara, y el hecho de que Liam fingiera que no pasaba nada no es que ayudara exactamente, pero aquella situación tan tensa no tenía el menor sentido.

Me acerqué a Chubs, le apoyé las manos en la espalda y lo empujé hacia delante hasta que, finalmente, se relajó lo suficiente como para fundirse en un rápido y forzado abrazo con Liam.

—Lo siento —murmuró—. Es que estoy cansado. Hemos salido muy temprano.

—Sí, ya me acuerdo de lo mucho que te gusta madrugar. Y también creo recordar que en una ocasión tuve que sacarte de la habitación de un motel en brazos, como si yo fuera el novio y tú la novia, para meterte en Betty antes de que amaneciera.

Chubs se quitó las gafas para volver a secarlas, aunque no estaban en absoluto mojadas.

El silencio tenso había regresado y se iba imponiendo entre nosotros.

—¿Vi se ha quedado en el coche? —preguntó Liam mientras miraba detrás de nosotros.

—Tenía trabajo —respondió Chubs.

A Liam se le ensombreció el rostro.

—Ah. Bueno, a lo mejor la próxima vez.

—A lo mejor —dijo Chubs antes de señalar el bote con la barbilla—.

¿Cabemos los tres en ese trasto? Deduzco que tenemos que volver a cruzar el lago para llegar a vuestro escondrijo.

—Deduces bien, mi querido Chubston —dijo Liam mientras se volvía hacia el lago con las manos apoyadas en las caderas—. No es tan ancho como el lago Lee, que está carretera arriba, pero bueno, supongo que todos los lagos tienen sus aspiraciones. Tuvimos mucha suerte de encontrar este sitio.

—Bueno, tiene ese relativo confort... de la familiaridad —contestó Chubs muy despacio.

Otra mirada de perplejidad empañó un poco la sonrisa de Liam, pero se recuperó enseguida y me ayudó a subir al bote. Cabíamos los tres, sí, pero muy apretados. Finalmente, tuve que acomodarme en el fondo del bote, utilizando el jersey de Chubs a modo de cojín. Liam empujó el bote de nuevo al agua y subió a bordo con la agilidad de quien lo ha hecho cientos de veces. Le pasé los remos.

—Váaaaamonos —dijo Liam.

Se subió las mangas mientras el bote se deslizaba. Al parecer, no le preocupaba ni el frío ni el hecho de tener la camisa empapada. Más bien se le veía... radiante. Percibí en él una especie de... serenidad que nunca antes le había visto. Los ojos le centelleaban de nuevo y tenía las mejillas menos hundidas. A veces, cuando lo miraba durante aquellas últimas semanas antes del cierre de los campos, ni siquiera lo reconocía. Los nervios por lo que estaba ocurriendo, el dolor tras haber perdido a su hermano, las constantes amenazas a la vida de Ruby... todo aquello lo había afectado mucho y había minado su salud.

—Perdonad tanto misterio —dijo—. Estamos trabajando en los problemas para establecer contacto. Ahora mismo todo parece muy complicado, pero no creo que la red de antes tenga muchos problemas para hacer llegar las instrucciones en las próximas semanas.

—Espera, ¿a quién te propones hacer llegar el mensaje? —le pregunté.

Liam introdujo los remos en el agua sonriendo.

—Esto no es solo nuestro nuevo hogar. Ruby y yo hemos decidido que queremos convertirlo en un lugar seguro para todos los niños que necesiten ayuda. Ya hemos ido a recoger a tres niños, gracias a los soplos de algunos de nuestros amigos de la antigua Liga de los Niños.

—Eso es genial —dije. Y, además, era muy propio de ellos. No me costó mucho imaginarlos a los dos recorriendo carreteras secundarias para ayudar a los niños que más lo necesitaban—. ¿Son fugitivos?

Liam desvió la mirada hacia Chubs, que nos había dado la espalda y se dedicaba a hundir los dedos en el agua.

—En realidad, los tres que tenemos de momento habían sido devueltos a hogares de acogida en los que no los trataban bien.

Chubs dejó las manos inmóviles.

—Bueno —dije con un tono de voz quizá demasiado alegre—. Eso está... muy bien. Superbien. —El incómodo silencio se había impuesto de nuevo—. ¿Y cómo habéis acabado aquí?

Mientras Liam contaba la historia, se relajó y siguió remando. Después de que él y Ruby desaparecieran, se habían pasado semanas enteras acampando por ahí hasta que Larry, el padrastro de Liam, había podido reunirse con ellos. Y cuando el banco sacó a subasta el apartamento de encima de la cafetería, la señora White les vendió su antigua casa, pues a ella ya le resultaba muy pesado ir y volver cada día del trabajo. A la casa, nos contó Liam, solo se podía llegar cruzando el lago en bote o recorriendo varios kilómetros por el denso bosque que la rodeaba. Habían dedicado buena parte del verano a adecuar la casa para poder alojar a más niños y excavar en el sótano una vía de escape.

El bote chocó contra la orilla opuesta y Liam, tras bajar de un salto, lo arrastró hasta sacarlo del agua. Mientras Chubs y yo esperábamos en la orilla, él llevó el bote hasta un pequeño refugio. Por último, cubrió el bote y el

refugio con una lona impermeabilizada para protegerlos de la lluvia. Mientras, aproveché la oportunidad para llevarme un momento a Chubs e interrogarlo con la mirada.

—Un escondrijo secreto para niños, en mitad del bosque, junto a un lago y bajo la protección de un naranja —me susurró Chubs, a modo de respuesta—. No, no, la verdad es que no me suena de nada.

Me encogí.

—Por favor, no se lo digas a ellos.

—Créeme —dijo Chubs, mientras dirigía la mirada hacia la pista de tierra que partía desde debajo de los árboles—, no tengo intención de decir nada.

A mí me pareció bastante poco probable.

—Por aquí —dijo Liam—, es un paseo de nada y Ruby nos ha preparado chocolate caliente.

Casi me enfadé con Chubs por haberme hecho pensar otra vez en East River. No era lo mismo, en absoluto: si Ruby y Liam estaban al mando, desde luego aquel lugar iba a convertirse en todo lo que East River había prometido ser. Además, no consistía en un montón de cabañas, sino en una sola casa, enorme y de aspecto muy acogedor. No tardamos en verla, pero no fue lo único que vimos.

—¿Eso del árbol es una cabaña? —pregunté, mientras señalaba una plataforma construida en un árbol cercano.

Liam chasqueó la lengua.

—Sí. Bueno, aún no lo parece, pero pensé que sería divertido, ¿no creéis? Y si los niños quieren estar a solas, siempre pueden usarla.

La puerta mosquitera se abrió de golpe y Ruby apareció en el porche cubierto. Su expresión era de impaciencia y llevaba dos paraguas en la mano. Liam le dedicó una mirada avergonzada.

—Tenía prisa —dijo.

—Los había dejado al lado de la puerta.

—Vale, es que me he emocionado y se me ha olvidado cogerlos, ¿qué quieres que te diga? —se excusó Liam—. Tenemos visita, cariño, ven a saludar.

Ruby hizo otro gesto de impaciencia, pero abrió uno de los paraguas y se acercó a nosotros. Tuve la sensación de que el corazón se me quería salir del pecho. Verla allí, con aquel jersey blanco tan calentito y las botas de agua rojas, con la expresión radiante... fue la mejor recompensa después de lo frustrante que me había resultado la espera y la búsqueda. Empujó el otro paraguas hacia el pecho de Liam y luego me abrazó.

—Estás helada —dijo, al tiempo que trataba de estrecharme con más fuerza.

Su jersey era cálido y Ruby desprendía un olor dulce, a canela y clavos de olor.

—¡Me encantan tus botas! —le dije.

Ruby movió la cabeza de un lado a otro.

—El sentido del humor de Liam no es que haya mejorado mucho. Me sorprende que te hayas resistido a la tentación de arrojarlo al lago, Chubs.

Chubs se la quedó mirando con una expresión que era casi de perplejidad. Fue como encontrarse cara a cara con una persona distinta. Jamás la había visto tan tranquila. Tan serena.

—Sí, ya —consiguió decir al fin—. No te voy a mentir, esa idea se me ha pasado por la cabeza unas cien o doscientas veces.

Cuando Ruby se acercó para abrazarlo, él no ofreció resistencia. Chubs la estrechó con fuerza y medio enterró el rostro en su trenza suelta.

—Solo para que conste, lo de luchar contra corriente ha tenido su gracia —insistió Liam.

—Sí, mucha —dijo Chubs, que por fin empezaba a parecer el mismo de antes—, teniendo en cuenta que esa corriente solo existe en tu cabeza.

Me relajé un poco al ver que las conversaciones volvían a adoptar un aire

familiar. Ruby le apoyó una mano en la espalda a Chubs mientras subían juntos la escalera del porche y ella le preguntaba por el trayecto en coche.

Liam subió tras ellos, pero su sonrisa empezó a apagarse.

—No pasa nada —le dije en voz baja—. Es solo que estaba preocupado. Dale un poco de tiempo.

—¿Ah, sí? —dijo Liam. Con un gesto juguetón, me bajó el sombrero hasta los ojos—. ¿Te importaría dejar de leerme la mente? En esta casa solo hay sitio para un telépata.

Encima de la puerta colgaba un pequeño letrero de la madera en el que alguien había escrito la palabra HAVEN. Y, nada más cruzar la entrada principal, me di cuenta de que no podían haber elegido otro nombre mejor.¹ La casa era cálida y acogedora, allí no se notaba el frío. Desde la cocina nos llegaba un delicioso olor a mantequilla fundida y me pareció oír, pasillo abajo, el chisporroteo de un fuego.

Ruby se quitó las botas y las dejó junto a tres pares de zapatillas sucias de barro. Liam hizo lo mismo, lo cual nos dio la pista de que debíamos imitarlos. Mientras me quitaba el sombrero empapado y lo colgaba de uno de los ganchos para que se secase, oí voces en el piso de arriba.

—He improvisado una especie de comida —dijo Ruby—, pero... ¿queréis que os enseñemos antes la casa?

—¡Hola! —gritó una voz desde la otra punta del pasillo.

Miré hacia allí y, por algún motivo, no me sorprendió ver tres caras que nos observaban. Un niño de piel oscura le indicó a la niña que se callara, pero ella ni se inmutó y nos saludó con la mano.

Ruby y Liam intercambiaron una cálida mirada de complicidad.

—Estos son Charles y Suzume —dijo Ruby—. Y esos son Lisa, Miguel y Jacob.

Los tres parecían tener más o menos mi edad, unos catorce, pero el segundo —Miguel, de aspecto tranquilo— era algo más bajito que los otros

dos, cosa que lo hacía parecer más joven. Se unieron a nosotros cuando subimos a la planta superior y nos mostraron con orgullo sus literas y las colchas que les había tejido la abuela de Ruby. Lisa tenía su propia habitación, cosa que no parecía hacerla especialmente feliz.

—Será por poco tiempo —le dijo Ruby al tiempo que le devolvía la sonrisa. Luego se volvió hacia nosotros—. Sam nos ha enviado un mensaje para hablarnos de una chica a la que están cuidando y que, al parecer, necesita un alojamiento permanente.

Escuché lo que decía, pero tardé unos segundos en comprender el significado. Y entonces vi en el rostro de Chubs que él también lo había comprendido.

Durante todo aquel tiempo... ¿habían estado en contacto con Sam y con Lucas?

—¿Cómo están Sam y Lucas? —pregunté, aunque me odié a mí misma por buscar confirmación—. ¿Y Mia?

—Siguen allí —dijo Liam—. Mia quiere volver al colegio, pero no puede sin un tutor... En fin, qué os voy a contar, chicos. Creo que están decepcionados por el hecho de que hayamos tenido que posponer la búsqueda de rojos, lo cual es comprensible.

Por primera vez, vi titubear a Ruby. La expresión de reproche de su mirada me pareció tan clara como dolorosa.

—Creo que todos estamos decepcionados en ese sentido. —Era la primera vez que Chubs hablaba desde que habíamos entrado en la casa—. Pero ahora que existe un sistema oficial de vigilancia, al menos resulta más fácil garantizar su seguridad.

El repiqueteo de la lluvia sobre el tejado llenó el silencio que se produjo a continuación. Liam se frotó la nuca y le dirigió a Ruby una mirada que no acabé de entender.

«Haz algo», pensé. Necesitábamos algo, algo que no fuera aquella calma

espantosa y forzada.

—Si la planta de arriba es para los niños, ¿vosotros dónde dormís? — pregunté.

Liam pareció relajar un poco la expresión.

—Nos hemos instalado en el desván, como ratoncitos. Venid, os lo enseño.

Tras una breve inspección de su pequeña pero acogedora habitación, así como de las estanterías y libros, el recorrido nos llevó de vuelta abajo, al salón. Una de las esquinas estaba ocupada por un televisor bastante viejo en cuya pantalla se veía la imagen congelada de unos dibujos que ni siquiera reconocí. Justo al lado, el fuego que ardía en la chimenea de obra se esforzaba por calentar la sala y el pasillo. Estaba claro que a la señora White le gustaban los tonos verdes y marfil, pero también que Liam y Ruby habían heredado casi todos sus muebles, cortinas y alfombras. Aunque algunas de esas cosas parecían ya un poco raídas, en general daba la sensación de que la casa estaba muy bien cuidada. De hecho, Liam parecía más que orgulloso.

Los demás niños se reunieron con nosotros para comer y se dedicaron a interrumpir las historias de Liam con sus propios comentarios. El estofado de Ruby era sorprendentemente delicioso para haberlo preparado alguien que, como todos nosotros, había sobrevivido durante casi un año a base de comida basura preparada. Era evidente que había tenido mucho tiempo para practicar.

—¿Quieres ver el jardín trasero, Zu? —me preguntó Lisa—. Acabamos de plantar un huerto.

—¿Antes podemos acabar de ver la peli? —preguntó Jacob—. Aún queda una hora.

—Puedes ver el huerto desde la ventana del salón. Dos pájaros de un tiro —dijo Miguel.

—Sí, claro —contestó Liam mientras dejaba los platos en el fregadero—, ¿por qué no te vas con ellos? Así puedes conocerlos un poco mejor.

Levanté la vista de mi mantel individual, cuya tela estaba restregando en

ese momento. Aunque sabía que no era cierto, al mirar a aquellos tres críos, al fijarme en cómo se daban codazos, se fastidiaban entre sí y se reían unos de otros..., me sentí mucho más vieja. El hecho de que Liam me animara a irme con ellos me hizo sentir como si fuera una cría y los adultos me estuvieran echando de la mesa para poder hablar.

—Quizá más tarde —dije.

Ruby cruzó otra mirada con Liam mientras se levantaba para servir chocolate caliente en un juego de tazas desparejadas. Los chicos cogieron las suyas y salieron disparados hacia el salón.

—No corráis con... —empezó a decir Ruby, pero enseguida se interrumpió y sacudió la cabeza—. Nunca me había parecido tanto a mi madre como ahora.

—¿Qué tal está tu familia? —le pregunté—. ¿Y tu padre?

Poco a poco, nos fuimos poniendo al día. Les hablé de Cate, de Vida, de Nico, del colegio y de todas las cosas que para mí se habían convertido en una rutina. Los escuché a ellos cuando hablaban de la familia de Liam, de la familia de Ruby y de los chavales de la Liga de los Niños que se habían dispersado tras el cierre de los campos. Cuanto más hablábamos, más evidente resultaba que Liam y Ruby habían estado en contacto con prácticamente todo el mundo excepto nosotros.

Y durante todo aquel rato, Chubs cumplió su promesa y se abstuvo de hacer comentarios. Cosa que a su mejor amigo, lógicamente, no se le escapó.

—Bueno, Chubs, suéltalo ya —le dijo Liam—. La última vez que te mostraste tan silencioso era porque te habías quemado la lengua con la sopa y te dolía tanto que no podías ni hablar.

—¿Que suelte el qué? —preguntó Chubs, mientras bebía un sorbito de chocolate.

—Tal vez deberíamos... —empezó a decir Ruby.

—Ese pensamiento superior que te está cruzando por la mente ahora

mismo —dijo Liam—. El insulto que llevas dos horas callándote. ¿O te crees que no lo sé?

—Lo que creo es que ya no me conoces en absoluto —se limitó a decir Chubs.

—¿Lo ves? —dijo Liam, al tiempo que extendía las manos encima de la mesa—. Venga, escúpelo, sácalo fuera.

Hasta a mí me escoció aquel tono. Chubs movió la mandíbula hacia delante y hacia atrás, como si estuviera tratando de triturar aquellas palabras para tragárselas.

—Han pasado seis meses —dijo Liam—. Mira, siento que las cosas hayan ido así. No había tiempo para explicaciones. Tuvimos que largarnos antes de que la situación se pusiera aún peor para nosotros o para la familia de Ruby.

—Lo entiendo —dijo Chubs.

—¿De verdad? —le respondió Liam—. Porque ahora mismo, lo que me transmites no es comprensión, sino esa hostilidad tuya tan especial.

—No es... —intenté intervenir.

—Olvídate de mi hostilidad —empezó a decir Chubs, con voz grave—. Supongo que solo me estoy preguntando por qué, si estáis tan bien instalados y sois tan felices, habéis esperado hasta ahora para poneros en contacto con nosotros y hacernos saber que estáis vivos.

Ruby y Liam intercambiaron otra mirada.

Chubs golpeó la mesa con las palmas de las manos.

—¡Basta ya de miraditas! Decidlo y punto.

—Queríamos asegurarnos de que... —dijo Ruby, pero se interrumpió—. Necesitábamos tiempo para arreglar la casa y para entender mejor qué estaba ocurriendo en Washington. Puesto que no parece que vayan a dejar de buscarnos...

—No van a dejar de buscaros —dijo Chubs en tono áspero—. ¿Queríais saber por qué Vida no ha podido venir? ¡Porque la única forma de evitar que

la detuvieran por obstrucción a la justicia era aceptar unirse al operativo especial que os está buscando!

Yo no lo sabía. Me había limitado a asumir que ella y Cate estaban trabajando en ciertos asuntos de seguridad nacional, como el control de intersección de zonas.

—Lo siento —dijo Ruby restregándose la frente—. Tendría que haberme imaginado que ocurriría algo así.

—No tienes por qué sentirlo —intervino Liam, con vehemencia—. Perdonadnos por pensar que nuestros amigos querrían venir aquí, a vivir con nosotros y hacer el bien de verdad.

«El bien de verdad».

Aquellas palabras se abrieron paso en el torbellino de pensamientos que era mi mente. Chubs tensó todo el cuerpo y trató de encajar el golpe.

—¿Queréis que... vivamos aquí? —dije, preguntándome por qué no notaba las manos, por qué de repente se me había entumecido todo el cuerpo.

—Sí —respondió Liam—. Es más seguro para ti. Para los dos. Y, además, estarías con niños y niñas de tu edad. Ya encontraremos la forma de traer a Vida.

Lo dijo en un tono tan sincero, con la esperanza y la bondad tan propias de él, que apenas me atreví a pronunciar las palabras que se me habían quedado atascadas en la garganta.

Liam era la persona que me había recogido de la nieve y me había llevado a un lugar seguro.

La persona que me abrazaba después de cada pesadilla.

Era alguien a quien amaba. A quien nunca, jamás, querría decepcionar.

Pero la única respuesta posible a su oferta era: «Ya no soy una niña».

Si me quedaba allí con ellos, nunca dejarían de verme así.

Yo no quería seguir viviendo al margen del sistema, ya no. No quería seguir viviendo con el miedo a que un día me descubrieran. Quería tener

esperanzas. Quería ayudar a conseguir que las cosas fueran mejores para todos, no solo buscar mi propia seguridad. En aquella casa, Liam y Ruby podían ayudar a una decena de críos, pero yo podía ayudar a miles.

No quería seguir sintiéndome impotente.

—Si luché tan duro para sobrevivir, no fue para venirme a vivir al bosque en íntima comunión con la naturaleza o la chorrada que tengáis pensado llevar a cabo aquí —dijo Chubs al tiempo que se levantaba de su silla.

—Dime cómo te sientes de verdad —le dijo Liam.

Nunca lo había oído hablar con un tono de voz tan frío. Ruby cerró los ojos y respiró hondo. Me pregunté si lo que de verdad deseaba Ruby en aquel momento era desaparecer. O si quería que desapareciéramos los demás.

—¿Intentáis proteger a los niños? Genial. Salvadlos. Sé el salvador, ese ha sido siempre tu papel favorito, Liam, porque no es complicado. No te obliga a dudar de ti mismo. No te hace sentir mal por tener que tomar decisiones difíciles. Mientras, los demás seguimos bajo todas las lupas imaginables, amenazados día tras día, tratando de conseguir un «cambio real y duradero».

—¿Ah, sí? —dijo Liam, poniéndose también en pie—. ¿Y qué habéis conseguido? ¿Obligar a todo el mundo a llevar esas estúpidas chapas, para que los demás puedan burlarse de ellos y humillarlos? ¿Obligar a los niños a regresar a los mismos hogares que los rechazaron? Ah, y por cierto, ¿cómo va el tema de las indemnizaciones? ¿Crees que veremos algún tipo de disculpa, o de compensación, antes del siglo que viene? ¿O eso también lo vais a posponer?

No podía respirar. No podía moverme. El mundo empezó a volverse borroso. Chubs y Liam se miraron el uno al otro desde ambos lados de la mesa, tratando de controlar la expresión de su rostro. Finalmente, Liam dio media vuelta y se alejó hacia el salón.

Chubs le dirigió una última mirada a Ruby. Y luego él también salió de la

cocina. La puerta trasera se cerró de un portazo. Un segundo más tarde, hizo lo mismo la puerta delantera. Las dos veces di un respingo.

Ruby se reclinó en su silla y soltó el aire muy despacio, pesadamente.

—Lo siento —dije, con la voz quebrada debido al nudo que se me había formado en la garganta—. No pensaba que fuera a ocurrir esto...

—Pues esto es justamente lo que yo pensaba que iba a ocurrir —dijo Ruby con voz débil—. Sabía que Chubs se enfadaría, pero creo que... que no pensé que pudiera sentirse traicionado.

—Nos abandonaste —susurré.

Coloqué los pies debajo del cuerpo, porque tenía la sensación de que me estaba viniendo abajo. Me avergonzaba llorar, pero no podía evitarlo. Todo aquello no estaba bien.

—Sí —contestó Ruby frunciendo el ceño—. Lo sé.

—No puedo quedarme aquí —le dije—. Este sitio es perfecto y sé que les daréis a esos niños todo el amor que necesitan. Pero no es para mí.

—Lo entiendo —dijo.

¿De verdad lo entendía? Tenía la sensación de que necesitaba explicarme, de abrirle mi corazón para que supiera que la quería, que quería a Liam, que amaba lo que éramos antes los cuatro juntos. Pero no quería seguir sintiéndome impotente. No podía quedarme.

—No pasa nada —dijo Ruby, al tiempo que rodeaba la mesa para abrazarme—. Te prometo que todo irá bien. Todo cambia. Es inevitable.

—Nosotros no —lloré—. Nosotros nunca.

Se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—Es doloroso porque nos preocupamos los unos por los otros. No dejes nunca de hacerlo. No permitas que nadie te arrebatase eso. Ya eres la persona más fuerte que conozco.

Negué con la cabeza mientras ella me echaba un poco hacia atrás y me apartaba de la cara los mechones sueltos de pelo.

—Ahora ya sabes dónde encontrarnos. Y puedes volver siempre que lo desees. Da igual lo que ocurra, aquí siempre habrá sitio para ti.

—¿Le dirás... le dirás que lo siento? —dije, mirando en la dirección por la que se había marchado Liam—. Me va a odiar.

—Eso nunca —respondió Ruby—. Nunca. Ya sé que parece que... que lo que estamos haciendo es poco, pero esto... —dijo al tiempo que respiraba hondo—. Sé lo que los demás esperan de mí, sé lo que necesitan de mí, pero esto es lo que puedo ofrecerle al mundo ahora mismo. Esta es una parte de mí que no necesita que la remienden. Que no necesita que la curen. Es algo nuevo y frágil que debo proteger. Ya sé que ahora tal vez no entiendas lo que estoy diciendo, pero este es mi sitio. Cada niño al que ayudamos hace que las piezas de mi corazón vuelvan a encajar.

Asentí.

—Encontrarás lo que estás buscando —me dijo—. Y yo seguiré aquí para ayudarte, pase lo que pase.

Mientras nos dirigíamos hacia la puerta principal, tuve la sensación de que dejaba mi cuerpo atrás. Ruby se quedó junto a mí mientras me ponía los zapatos. Luego me dispuse a descolgar el sombrero del gancho en el que lo había dejado, pero me detuve.

—Puede que la chica nueva lo necesite...

Ruby me ofreció su mejor sonrisa y trató de contener una avalancha de emociones. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

—Nos vemos pronto, ¿vale?

Aquella posibilidad era un sueño y creo que ambas lo sabíamos. No podía haber visitas por sorpresa. Y yo no los llamaría todas las semanas para que me pusieran al día. Nuestro trabajo nos había costado escaparnos en aquella ocasión y yo sabía muy bien que, después de nuestro pequeño ardid, aún nos vigilarían más de cerca.

Me volví a mirarla una última vez, con la mano apoyada en la puerta.

—Vete —dijo ella en voz baja—. Chubs te necesita.

Cuando finalmente salí al porche, ya había dejado de llover. Me entretuve allí unos instantes, a la espera de que Liam apareciera, pero Chubs ya había echado a andar. Y no quería que se marchara sin mí.

Las lágrimas me empañaron de nuevo los ojos mientras seguía el rastro fresco de sus pisadas por la pista de tierra. El frío me entumecía las mejillas y las manos. Cuando finalmente llegué al lago, Chubs ya había arrastrado el bote hasta el agua. Se volvió al oír el ruido de mis pasos sobre los guijarros y estuvo a punto de dejar caer los remos. La expresión de sorpresa de su rostro me partió de nuevo el corazón.

Juntos, empujamos el bote hacia el agua y, juntos, remamos hasta la otra orilla. La niebla se arremolinaba a nuestra espalda e iba engullendo la pista de tierra que conducía a Haven.

—No sabes cómo odio esta lluvia —dijo Chubs volviendo el rostro bañado en lágrimas hacia el cielo encapotado—. No para nunca.

37

Q —¿qué haces tú aquí? —Liam repetía la pregunta una y otra vez, al parecer tan asombrado como yo—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí? Yo no podía ni hablar. Me abracé a él con más fuerza y hundí la cara en su chaqueta de franela, como si Liam fuera un espejismo que podía desaparecer en cualquier momento.

Liam tensó el cuerpo de repente y se volvió para mirar hacia la entrada del establo. La pistola de Roman estaba apenas a unos centímetros del cráneo de Liam.

—Eh, Rambo —le dijo Liam, con los dientes apretados—. ¿Qué tal si te relajas un poquito?

Me aparté de los brazos de Liam y, tras hacerle un gesto a Roman, este bajó la pistola.

—Lo siento —murmuró al pasar junto a nosotros—. Es la costumbre.

—Sí, ya, qué me vas a contar —dijo Liam, que aún lo observaba con cautela.

Roman entró en el establo y se dedicó a inspeccionar las sombras y los posibles escondrijos.

—Hola..., desconocido al que Zu parecer tenerle cariño —saludó Priyanka mientras se asomaba al establo para echarle un vistazo. De repente, se le iluminó el rostro—. ¡Oooh, un caballo!

Priyanka pasó corriendo junto a nosotros y se fue derechita hacia un establo cercano. Una yegua blanca contemplaba la escena mientras masticaba despreocupadamente su comida.

—Esa es Snowflake —dijo Liam volviéndose de nuevo a mirar cuando

Max entró en el establo—. Cuidado, porque..., eh, muerde cuando se pone nerviosa.

Luego se volvió hacia mí con una expresión que decía claramente «¿quiénes son todos estos?».

—Ya tenemos algo en común, preciosa Snowflake —murmuró Priyanka, al tiempo que le acariciaba la nariz al animal—. Por otro lado, ¿no es bastante raro que me hayan presentado antes a esta yegua que al señor...?

—Es Liam Stewart —dijo Roman, acercándose de nuevo a nosotros—. Eres Liam, ¿no?

Entendí que se mostraran algo perplejos. La única palabra para describir el aspecto actual de Liam era «tosco». Llevaba el pelo muy largo y alborotado, y se había dejado crecer la barba. Por lo que podía intuir debajo de tanto vello facial, la piel de la cara había adquirido un tono casi ceniciento, cosa que acentuaba aún más sus profundas ojeras. Lucía un enorme moretón en la sien izquierda y el cuello de la camiseta estaba desgarrado.

—El mismo. Bueno, más o menos —respondió Liam haciendo una mueca—. ¿Serías tan amable de presentarme a tus amigos, Zuzu?

«Ah, claro».

—La nueva mejor amiga de Snowflake se llama Priyanka, el único que se ha acordado de que hay que tener precaución al entrar en un sitio desconocido es Roman, y Max es... —dije al tiempo que me volvía a echar un vistazo—. ¿Dónde está Max?

—Aquí —dijo, desde el fondo del establo. Estaba justo debajo de un rayo de sol que se filtraba por una grieta del tejado—. Es tan bonito..., parece una cinta dorada.

Priyanka lo observó con la cabeza ladeada.

—Vale, me parece que necesitas dormir un poco, Maximo.

Liam soltó una risa débil y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. Sus movimientos me parecían forzados, lentos, casi como...

Lo sujeté del brazo para que se estuviera quieto. Me fijé en la pequeña mancha de color rojo carmesí que asomaba en la camiseta interior, justo por encima de la cadera izquierda. Le aparté la chaqueta y vi entonces la mancha de sangre seca y el agujero de la tela. Me invadió el pánico.

—Oh, Dios —exclamé—. ¿Te han disparado?

—Estoy bien —dijo al tiempo que apoyaba una mano sobre la mía.

Todo aquel tiempo buscando a Ruby y resulta que Liam estaba herido. Que le habían disparado.

—Zu —dijo, apretándome la mano con más fuerza hasta que lo miré—. Ya estoy bien. Sam y Lucas se han pasado las últimas semanas cuidando a este pobre infeliz. Y, ahora, necesito saber si tú estás bien. He visto las noticias y, bueno, ya sabes que te quiero mucho, pero estás horrorosa.

—Ya, pero a mí no me han disparado —le espeté, reprimiendo el impulso de zarandearlo. En lugar de eso, lo rodeé de nuevo con los brazos y tuve la sensación de que le fallaban las fuerzas—. Y tampoco huelo a paja. ¿Es que te hacen dormir aquí? Y, por cierto, ¿dónde están Sam y Lucas?

Liam respiró hondo, como si le costara.

—Están buscando a Ruby.

—Vaya, qué extraña coincidencia —dijo Priyanka con un tono de voz que ya no sonaba jovial—. Nosotros también.

Liam nos condujo a la puerta de la casa y espantó al gallo, que se había acomodado en el porche. Se apoyó pesadamente en la barandilla. Pasó una mano por encima de la vieja cerradura y todos oímos claramente el clic cuando descorrió el pestillo.

—Al viejo estilo —dijo Priyanka con tono de admiración—. Me gusta.

La casa era pequeña, pero me envolvió como un cálido abrazo en cuanto puse los pies dentro. Solo había visto a Sam y a Lucas en dos ocasiones —

por aquel entonces, todo orbitábamos alrededor de Ruby— y, si bien era muy poco lo que sabía acerca de ellos, enseguida percibí el rastro de su presencia en la casa. La audacia de Sam se reflejaba en los colores de las paredes y en los muebles desparejados que, por alguna extraña razón, armonizaban. El carácter más dulce y tranquilo de Lucas se adivinaba en las muchas fotos Polaroid que colgaban enmarcadas de las paredes. En un rincón de la sala había un caballete en el que descansaba un lienzo inacabado. Solo me hizo falta ver las irregulares pinceladas en tonos rojo carmín y negro para saber quién lo había pintado.

Liam tensó todo el cuerpo mientras recorría la casa. Me sorprendió que a aquellas alturas aún no hubiera lijado las paredes. Entró en una cocina anticuada pero muy limpia, se dirigió a la encimera que estaba junto a los fogones y cogió un teléfono que se estaba cargando.

—¿Agua? —pedí.

—La extraen de un pozo y tienen su propio depurador —respondió él—. Esperad un segundo y os doy vasos.

—¿A quién le estás escribiendo? —preguntó Roman desde la otra habitación.

Priyanka se había despatarrado en un viejo sillón de piel. Max dormía en un extremo del sofá, con la cara apoyada en la palma de la mano. Roman, en cambio, estaba sentado en la otra punta del sofá, tieso como un palo y observándonos a Liam y a mí, que seguíamos en la cocina.

—A su amiga Vida —dijo Priyanka con un bostezo—. Quiere saber si Zu tiene algo que ver con ciertos rumores que le han llegado acerca de un «incidente» en el centro de formación de Moore. Al parecer, Moore ya está intentando colarlo en las noticias.

A Liam prácticamente se le cayó el teléfono al suelo. Me lanzó una mirada inquieta.

—A eso le llamo yo conjeturar...

—No son conjeturas —dije—. Mis amigos son diferentes.

—Todos somos diferentes —dijo él, arqueando una ceja.

—Diferentemente diferentes —me expliqué.

Liam empezó a teclear su respuesta, mientras observaba a Priyanka con los ojos entornados.

Ella le devolvió la mirada con cara de aburrimiento.

—Sí, puedo leerlo.

Liam masculló algo entre dientes y borró el texto.

—Dentro de un minuto voy a empezar a pedir explicaciones, pero primero tengo que decirles a Sam y a Lucas que vuelvan.

—¿Ese es su teléfono? —pregunté.

—De Sam —respondió Liam—. Me he dedicado a transmitir mensajes entre ellos y Vida mientras buscaban a Ruby. Nos parecía más seguro tener un intermediario, especialmente porque Vi no lo tuvo fácil para quitarse de encima al resto de los agentes y salir sola.

—¿Son seguras esas líneas? —preguntó Roman, mientras se apostaba junto a una de las ventanas.

Lo observé y me pregunté por qué no parecía capaz de relajarse ni siquiera un segundo.

Liam apartó de nuevo la mirada de la pantalla, esta vez con expresión de incredulidad.

—Yo ya enviaba mensajes seguros cuando tú aún te comías los mocos.

Lo fulminé con la mirada mientras llenaba los vasos.

—Tiene mi edad, viejales —le dije.

—Los chicos tardan más que las chicas en desarrollarse.

—¿Por qué estamos hablando de mis mucosidades? —preguntó Roman.

El teléfono vibró de nuevo.

—¿Qué quieres que le diga sobre el centro? —preguntó Liam—. Según

parece, Moore pretende hacer creer que has reducido a cenizas un encantador colegio progresista.

Priyanka hizo un gesto de impaciencia.

—Lo habríamos reducido a cenizas, pero había demasiado cemento.

—Pregúntale si ella o Chubs conocían su existencia.

Tenía que saberlo. Tenía que entender por qué.

La expresión de Liam se volvió adusta mientras tecleaba rápidamente el mensaje. Cuando terminó, acercó una mano y me pasó suavemente el pulgar por el ojo amoratado, al tiempo que estudiaba con atención los cortes y magulladuras de mi cara, que parecían formar una especie de mapa del tesoro.

Retrocedí un paso y bebí un largo trago de agua.

—Han sido unos días bastante intensos.

La sonrisa de Liam era forzada.

—Pues ánimo. Voy a buscarte un poco de hielo para ese ojo a la funerala.

Cogí el resto de los vasos y la jarra y me dirigí a la salita. Liam me siguió con el pan y una bolsa de guisantes congelados, que acepté agradecida al tiempo que me dejaba caer en el sofá. Cuando Roman se volvió a mirarme desde el puesto que ocupaba junto a la ventana, le hice señas para que se sentara en el sitio vacío que quedaba a mi lado.

Finalmente, relajó un poco la expresión. Cuando se sentó a mi lado, no pude dejar de pensar en el roce de su pierna contra la mía.

—Vi dice que llegará dentro de una hora —dijo Liam, mientras nos iba observando alternativamente—. Te ha estado siguiendo la pista desde que te marchaste de Haven —dijo, tratando de mantener una expresión neutra—. ¿Podemos salvarlo?

El destello de esperanza de su mirada casi me partió el corazón. Abrí la boca, pero no conseguí pronunciar ni una palabra. Lo único que veía era la

expresión de Liam, radiante de orgullo y felicidad, cuando nos había enseñado la casa a Chubs y a mí.

Hasta Priyanka guardó silencio y dejó que fuera Roman quien respondiera.

—El edificio se puede salvar, pero la ubicación resulta demasiado peligrosa. Nunca podréis volver allí.

Liam le dedicó otra larga mirada.

—Gracias por no andarte con rodeos.

Finalmente, la presión que notaba en el pecho estalló.

—Fue culpa mía. No sé cómo decirte... No soy capaz de expresar lo mucho que lo siento. Si hubiera tenido la más mínima idea de que nos estaban siguiendo...

—Hiciste exactamente lo que queríamos que hicieras, eso no debes olvidarlo jamás —dijo Liam—. Lo que me cabrea de verdad es no haber estado allí para proteger a los niños. Gracias por ayudarlos a salir. —Se volvió a mirar a los demás—. Gracias. Los niños están a salvo con mi madre y con Harry, de momento, y eso es lo único que importa. Haven siempre fue más un... En fin, da igual, lo reconstruiremos juntos.

«Quiere volver», pensé. Seguía sin querer implicarse en el verdadero problema, mucho más profundo.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunté—. Miguel, Lisa y Jacob dijeron que te habías mantenido en contacto con ellos, pero que no habían podido contrastar contigo la última ubicación conocida de Ruby. ¿Y cómo —dije, al tiempo que señalaba la herida de bala— te has hecho eso?

Liam soltó otro suspiro, largo y profundo, mientras se sentaba en el raído sillón de piel.

—Recibí un soplo a través de la red que utilizamos habitualmente para encontrar a niños psi en peligro. No sospeché nada, creía que era otra recogida normal, incluso cuando el teléfono empezó a volverse loco cerca de la ubicación... Ya sabes que las redes de telefonía móvil no son muy fiables.

Ni siquiera la dirección me pareció alarmante: era un edificio abandonado de apartamentos en Kennett, Misuri. Muchos niños se meten a vivir en sitios así, pensando que es seguro.

—Pero no lo era —dije.

—No, no lo era. Entré y no había ningún niño, solo cuatro tíos armados hasta los dientes. Conseguí huir, pero me llevé este recuerdo como regalo de despedida —dijo al tiempo que señalaba la herida—. En realidad, no creo que quisieran matarme, pues la bala me alcanzó de rebote. La típica suerte de Liam Stewart... Es más, ni siquiera creo que me estuvieran esperando a mí, porque oí a uno de aquellos tíos pronunciar el nombre de Ruby.

—Genial —dije.

Poco a poco, todos los detalles iban encajando entre sí.

—Me largué de allí a toda leche y conduje lo más lejos que pude, mientras intentaba enviarle un mensaje a Ruby. Ella se había marchado unos días antes que yo y no había oído nada sobre... —se interrumpió y me lanzó una rápida mirada—. Estaba perdiendo el conocimiento, pero al menos sabía que iba hacia Kansas. Le envié a Sam mi ubicación y aparqué en una cuneta para destrozarse el teléfono, por si acaso aquellos tipos me habían seguido. Ahora que sé que todo el mundo estaba tan preocupado por mí, me siento fatal.

No quise aumentar su sentimiento de culpa confirmando que así era.

—No sé cómo, pero Sam y Lucas consiguieron encontrarme y me trajeron hasta aquí. Me remendaron con la ayuda de un vecino que simpatiza con nosotros y luego se fueron a buscar a Ruby. Y desde entonces estoy atrapado en la granja. Sam y Lucas se llevaron el único coche. En un momento determinado, hasta se me pasó por la cabeza largarme a caballo, pero es verdad que Snowflake muerde cuando se pone nerviosa, cosa que al parecer le sucede con todos los representantes del género masculino.

—Qué culpa tendrá la pobre —murmuró Priyanka.

—Entonces te ocurrió a ti lo que te ocurrió y empezaron a despellejarte

viva... ¡como si hubiera algo de maldad en ti! —dijo con un tono de amargura que no me resultaba familiar—. Mierda... ¿qué coño está pasando? ¿Lo sabéis?

Miré a Roman, mientras me preguntaba por dónde empezar.

—Creo que finalmente estamos encajando las piezas. ¿Sabes algo de Estrella Azul?

—Hijo de puta —dijo Liam, mientras se pasaba las manos por el pelo.

—O sea, que sí sabes algo acerca de Estrella Azul —dijo Priyanka—. Porque eso aclara bastante las cosas.

Max se despertó finalmente. Le pasé uno de los vasos de agua que descansaban sobre la mesilla de café.

—¿Tienes un poco de zumo? —preguntó con voz todavía adormilada.

Roman respondió a mi mirada interrogante.

—Para poder hacer una lectura, tiene que subir los niveles de azúcar. Mucho.

—¿Una lectura? —preguntó Liam.

—El diferente diferente Max tiene una forma de localizar a Ruby —explicó Priyanka, mientras se ponía en pie y se dirigía a la cocina. A Liam se le iluminó el rostro, hasta que Priyanka añadió—: Pero necesita un poco de descanso y recuperación, porque de lo contrario la lectura no será exacta... o le fundirá el cerebro.

Liam se reclinó en el sillón y frunció el ceño. Lo pesqué varias veces mirando de reojo a Max, incluso cuando volví a conducir la conversación hacia el tema que nos ocupaba.

—Y supongo que también sabes que Ruby iba a visitar a Clancy —dije.

Liam apretó los labios hasta formar una fina línea.

—Sí. La madre de Clancy le pidió que fuera a verlo dos veces al año, para asegurarse de que la pérdida de memoria era permanente. Yo sabía que estaba ocurriendo algo, que Clancy estaba empezando a recordar su vida anterior. Si

no, no tenía explicación que empezara a ponerle a Ruby toda aquella información delante de las narices.

Priyanka, Roman y yo nos inclinamos un poco hacia delante.

—Continúa —dijo Priyanka.

—¿Sabéis cómo consiguió Lillian que descongelaran sus cuentas bancarias? —preguntó Liam—. Antes de desaparecer, parece que Gray padre se reconcilió con su lado paternal y dejó un excelente material de chantaje. Y también parece que el hijo ha aprendido todos los trucos del padre. Aunque Lillian ocultaba ese material, Clancy se las apañó para encontrarlo y empezó a compartir ciertas informaciones con Ruby. Creo que sé lo que se proponía al poner delante de Ruby esos datos y esperar su reacción.

—Mierda —dije.

Asintió.

—Aunque él nunca le dio motivos para sospechar, tengo la sensación de que Clancy sabía que era Ruby quien reprimía sus recuerdos. Ruby empezó a visitarlo con más frecuencia, para intentar sacarle información. Él le habló de un servidor caído que solo había que reiniciar. Nos peleamos por eso. Ruby se mostró de acuerdo, dijo que sabía que era un anzuelo, que advertiría a Lillian y dejaría de ir a visitar a Clancy.

Así que ese había sido el motivo de la pelea.

—Y ahora, Clancy ha desaparecido —dijo Liam con amargura—. No lo dicen en las noticias, pero Vida afirma que lo «secuestraron» una mañana mientras lo llevaban a clase. Está claro que lo ha hecho alguien de dentro. Pero por la cara que ponéis, empiezo a intuir que todo eso ya lo sabíais.

—Sí —dije soltando el aire—. Un poco.

—¿Has...? —empezó a decir tratando de mantener la voz firme—. ¿Podrías decirme qué sabes? Porque tengo un mal presentimiento y no sé si puedo aguantar un minuto más sin saber si tengo razón.

—Claro —dije y me dispuse a empezar, pero el sonido de mis palabras

quedó amortiguado por el ruido de unas ruedas sobre la tierra y la gravilla del exterior.

—No puede ser Vida..., es demasiado pronto —dijo Liam mientras hacía un esfuerzo para levantarse.

Lo ayudé a mantener el equilibrio y le dejé utilizar mi hombro como si fuera una muleta. Antes de que ninguno de los dos consiguiera llegar a la puerta, Roman ya estaba de nuevo apostado junto a la ventana, retirando un poco la cortina.

Liam me miró como si quisiera decir «¿De dónde has sacado a ese crío?».

Se me erizó el vello. Teníamos suerte de que al menos uno de nosotros tratara de no bajar la guardia. No pensaba burlarme de Roman por estar preparado para hacer lo necesario, lo que le dictaba su corazón.

Liam desvió la mirada del uno al otro y me puse roja al notar que me observaba con mucha atención.

—Ni se te ocurra —le dije cuando arqueó una ceja como si quisiera decir «¿En serioooo?».

Durante un segundo, pese a toda la tensión y a su aspecto desaliñado, Liam volvió a parecer el mismo de antes.

—No hay peligro —dijo Roman, mientras retrocedía un paso y apartaba la cortina para que pudiéramos verlo con nuestros propios ojos.

Solo me hizo falta echar un vistazo a la figura oscura que había bajado del coche y contemplaba con mirada ansiosa la fachada de la casa. Me escurrí de debajo del brazo de Liam y eché a correr hacia la puerta, que abrí con la brusquedad suficiente como para sobresaltar a Chubs.

—¡Madre mía! —dijo, al tiempo que se llevaba una mano al pecho. Me abalancé sobre él—. Como si no me hubiera pasado los últimos días muerto de miedo sin saber qué te había pasado, ahora casi me matas del susto...

Prácticamente le hice un placaje.

—¿Estás bien? ¿Dónde te habías metido?

—¿Que dónde me había metido yo? —preguntó, abrazándome con tanta fuerza que me levantó del suelo.

—En las noticias dijeron que habías desaparecido... Pensé que te habían detenido para interrogarte, o que te estaban castigando por mi culpa...

—Bueno, no fue para tanto —me prometió mientras me dejaba de nuevo en el suelo. Apoyó las manos en mis hombros y me los apretó con fuerza, como si quisiera tranquilizarme. Le acerqué una mano al rostro para colocarle bien las gafas, que yo misma le había desplazado al saltarle encima—. Cate me sacó a escondidas de la ciudad en el maletero de su coche, antes de que anunciaran la disolución del Consejo de los psi. Y fue toda una suerte, la verdad. Después de lo que ocurrió anoche, nos habrían metido a todos en un agujero y nos habrían dejado allí.

Me invadió una sensación de horror.

—¿Te refieres a lo que ocurrió en el centro de Moore?

—¿Su centro...? —dijo Chubs al tiempo que negaba con la cabeza—. No he oído nada de eso. No, me refiero a que alguien intentó hacer saltar por los aires la comitiva de Moore en Chicago y luego alguien más consiguió cargarse al enviado de las Naciones Unidas que había ido hasta allí para investigar.

Solté un largo suspiro y cerré los ojos.

—A ver si adivino a quién le han colgado el muerto...

Me apretó la mano con fuerza.

—Alguien del FBI filtró información falsa a los medios, diciendo que había sido obra del Círculo psiónico —dijo—. Los demás miembros del Consejo están tratando de reagruparse con antiguos integrantes de la Liga de los Niños. La idea es trazar un plan, pero cuando finalmente conseguí contactar con Lucas, me dijo que viniera directamente aquí. Ahora entiendo por qué.

El corazón me dio un vuelco cuando la puerta volvió a abrirse con un

chirrido.

—Bueno, creo que yo no soy la única razón —dije, al tiempo que me hacía a un lado.

Liam se acercó cojeando hasta el borde del porche y se apoyó en la barandilla. Hizo un esfuerzo por controlar la expresión, aunque la mandíbula le temblaba ligeramente. Chubs irguió el cuerpo y se alisó con las manos el elegante jersey y los pantalones.

Retrocedí otro paso, preocupada ante la idea de tener que cogerlos a los dos por la cabeza y darles un buen coscorrón.

Pero justo entonces Chubs giró las manos a los lados del cuerpo y extendió ambos brazos.

—Vamos —dijo con suavidad—, no luches contra corriente.

En los labios de Liam se fue abriendo paso una discreta sonrisa.

—Solo si tú prometes no dejarme caer esta vez.

—Solo si tú prometes que podemos dejar de utilizar estos ridículos eufemismos —dijo Chubs— y me permites echar un vistazo a esa espantosa herida que has conseguido hacerte.

—Vale, vale —dijo Liam—. Entra, te dejo que me mimes un rato.

Chubs empezó a subir los escalones del porche, en dirección al brazo que Liam le tendía. Se lo pasó por encima de los hombros, como si quisiera ayudarlo a tenerse en pie.

—La verdad es que si tuvieras un poco más de cuidado...

—Y —susurré yo mientras echaba a andar tras ellos— ya vuelven a ser los de siempre.

Vida se presentó en la casa una media hora más tarde. Irrumpió con la fuerza de un vendaval, rivalizando en furia con la tormenta de verdad que, a lo lejos, coqueteaba con el horizonte. A Max se le cayó un trozo de pan de la boca cuando Vida se anunció a sí misma diciendo:

—El puto trayecto por esta tierra de nadie que es Oklahoma ha sido la guinda de un asqueroso pastel de siete pisos.

Puesto que fui la primera en recobrarle, me apresuré a cerrar la puerta tras ella y a cogerle la más pequeña de las dos bolsas que llevaba.

—Menos mal que estás bien —dijo, cuando la abracé—. Pero tendría que darte una patada en el culo por obligarme a cruzar todas esas puñeteras zonas persiguiéndote. No me resultó nada difícil fingir que te odiaba, la verdad.

—Intentaré recordarlo la próxima vez que quieran echarme la culpa de un atentado terrorista —le dije, cortante.

Ella me pasó un brazo por la nuca.

—Pareces una puta punki. Mola.

—Yo también te quiero —le dije. Luego señalé con la barbilla la bolsa que Vida había dejado en el suelo—. ¿Qué llevas ahí?

—La poca paciencia que me queda y unos cuantos rifles de asalto.

Chubs se puso en pie para darle un beso y, como siempre, no me sorprendió que ella no se lo permitiera. Vida retrocedió un paso, tratando de parecer indiferente mientras lo miraba de arriba abajo.

—¿Por qué vas vestido como si fueras a un congreso de científicos?

Él se miró.

—Este jersey me lo regalaste tú.

—Pero no para que te lo pusieras con esa camisa tan horrorosa. —Cuando a Liam se le escapó una risita, Vida clavó en él sus oscuros ojos—. Y a ti ni se te ocurra reírte, que tienes pinta de haber estado viviendo debajo de un puente y alimentándote a base de ratas.

—Hacía tres años que no me llamabas feo a la cara —dijo Liam alegremente.

Se levantó del sillón y, cuando Vida lo vio acercarse cojeando a ella, suavizó un poco su mirada de fingido desdén.

Liam llegó hasta ella, la abrazó y Vida contempló a los demás por encima de sus hombros.

—No tengo ni puta idea de quiénes sois vosotros tres.

—Son Priyanka, Max y Rambo —le explicó Liam—, nuestros nuevos amiguitos.

Roman se dispuso a corregir a Liam, pero Vida levantó una mano.

—No. Me da igual cómo te llames de verdad. Ahora eres Rambo.

—Se llama Roman —dije negando con la cabeza.

—Gracias —murmuró él.

Mientras los demás hablábamos, Roman había adoptado una postura algo rígida. Su silencio casi absoluto me recordó lo abrumador que resultaba escuchar el continuo toma y daca del grupo.

—Se acabaron las presentaciones —dijo Vida.

Ella y Chubs se sentaron en el suelo, cerrando así el círculo que habíamos formado. Max soltó un eructo y se golpeó el pecho mientras terminaba la última botella de zumo de manzana. La dejó sobre la mesilla de café, junto a dos jarras ya vacías.

Priyanka y yo nos fuimos turnando para explicar lo que había ocurrido y, de vez en cuando, hacíamos una pausa para que Max o Roman aportaran algún detalle. Cuando finalmente llegamos al momento en que habíamos encontrado el cadáver de la niña en Baton Rouge, los tres —incluso Chubs y

Liam, que ya habían escuchado la historia— guardaron silencio, horrorizados. Cuando les describí el Infierno, tanto Chubs como Vida se mostraron inconsolables.

—Ya puedes decirlo —dijo Chubs con voz ronca, al tiempo que miraba a Liam—. Tenías razón.

Liam, por su parte, se dedicó a pasarse una mano por la cara y a apretarse los ojos. Negó con la cabeza.

—No voy a regodearme en el sufrimiento de unos niños. Y lo cierto es que yo no tenía toda la razón. A ver, chicos, tampoco puede decirse que no hayáis hecho nada bueno: estoy convencido de que el mundo sería un lugar mucho más feo de no ser por vosotros. Pero lo teníamos todo en contra desde el principio, y confiábamos en las cosas más de lo que las cosas confiaban en nosotros.

—Que en el Infierno hubiera material del Gobierno es una prueba de que están ampliando el programa. Jamás pensé que a Cruz pudiera importarle tan poco —dijo Chubs. Miró a Max, que tenía la mirada fija en la chimenea vacía—. Lamento mucho todo lo que has tenido que pasar, pero te aseguro que lo solucionaremos.

—No es que no le importe, es que está desesperada —dije—. Sabemos que no hay que confiar en que los demás se preocupen por nosotros, pero lo hicimos porque teníamos esperanzas. Y, sin embargo, ahí es donde termina la esperanza: donde empieza la agenda de los demás.

—Entiendo lo que dices —intervino Chubs—, pero si dejamos de trabajar de verdad con el Gobierno, o de intentarlo al menos, la poca empatía que la gente siente por nosotros se agotará rápidamente. Si nos enfrentamos a ellos, la gente nos verá como una auténtica amenaza y, entonces, el Infierno solo será el principio.

—Pero tenéis que admitir que vosotros también albergabais dudas en cuanto al sistema, porque de lo contrario me habríais dicho que Ruby había

desaparecido —proseguí, incapaz de parar. Mi tono, hiriente, revelaba que aún me sentía traicionada—. No os fiabais, sabíais que el Gobierno podía estar espiando todo lo que hablábamos por mensajes, por teléfono, en persona... No me lo contasteis porque sabíais lo que le ocurriría a Ruby si ellos la encontraban antes.

—No podíamos permitir que el FBI o los Defensores supieran que estábamos relacionados con la red de la Liga de los Niños, o que seguíamos en contacto con Ruby —dijo Vida—. Y si el Gobierno la tenía en algún centro clandestino de detención, no queríamos que la trasladaran antes de que pudiéramos llegar hasta ella.

—Joder —exclamó Liam, al tiempo que palidecía.

Reconocí la expresión del rostro de Chubs, aquella mezcla de horror, rabia y angustia: me había pasado la última semana perdida en ella, pero solo ahora podía ponerle nombre.

«Cómplice».

Él y los demás miembros del Consejo habían tratado de protegernos, pero en realidad no tenían forma de impedir que el Gobierno aprobara algo así. Su apoyo externo a aquellas políticas les había proporcionado, sin proponérselo, un escudo que protegía sus acciones de un análisis más minucioso. Todos habíamos desempeñado un papel a la hora de normalizar lo que estaba ocurriendo.

—Me doy cuenta de que este sistema es una mierda, pero es nuestro sistema —dijo Vida—. Ahora mismo, tenemos dos opciones: si conseguimos que Cruz siga en el cargo, entonces tenemos la oportunidad de aspirar a un futuro mejor en el que alguien finja al menos preocuparse por nosotros. Si sale elegido Moore, no es que estemos jodidos, es que en el mejor de los casos nos obligarán a hacer el servicio militar y, en el peor de los casos, nos mandarán a la cárcel de por vida.

No sé cómo conseguí tragarme el grito de frustración que me empezaba a

atenazar la garganta. Necesitábamos algo nuevo, pero ellos no lo veían. Todavía.

—¿Qué tal vas, Max? —preguntó Roman en voz baja.

Liam dirigió la mirada hacia el otro extremo del sofá.

Max carraspeó y se golpeó el pecho mientras se ponía en pie.

—Necesito lavarme la cara y aclarar un poco las ideas. Solo unos minutos más.

—Mientras esperamos, contadme algo más sobre esas pruebas que habéis reunido —dijo Chubs—. ¿Conseguisteis algo en el infierno?

Priyanka sacó la memoria USB que llevaba en el bolsillo trasero.

—Hemos grabado todas las imágenes y material que hemos podido. ¿Alguien tiene un ordenador que podamos usar?

Chubs se puso inmediatamente en pie.

—Yo. Voy a buscarlo al coche.

Priyanka lo esperó junto a la puerta, le arrebató el portátil y se dejó caer en el sofá, a mi lado. Se puso a trabajar de inmediato.

—¿Qué es exactamente lo que estamos esperando del otro crío? —preguntó Vida.

—Va a hacer una especie de lectura o algo así —dijo Liam—. No lo sé.

—¿Queréis que lo cuente yo esta vez? —les pregunté a Roman y a Priyanka.

Asintieron los dos, con expresión un tanto agradecida. Cuando terminé mi explicación, podría haber derribado a Chubs, a Liam y a Vida como si fueran fichas de dominó.

—¿Y Mercer está haciendo pruebas a más chicos? —preguntó Liam, con una mano apoyada en la cara—. Tenéis razón, Ruby está tratando de atrapar a Mercer. Y Clancy fue quien la puso inicialmente tras la pista para alcanzar sus propios fines.

—Lo que no entiendo es por qué Moore cree que el resto de los países le

van a permitir tener su propio ejército de psi —dijo Chubs, sentándose en el brazo del sillón que ocupaba Liam—. Como poco, provocará una guerra. O los otros países tendrán que buscar alguna forma aún peor de contrarrestar ese poder. ¿Y por qué esa obsesión con Zu? Si es Estrella Azul quien le está tendiendo una trampa... ¿por qué?

—No creo que sea Estrella Azul —dijo Vida con una expresión siniestra en el rostro—. Creo que es el puto Joseph Moore. Él es el gilipollas que se ha estado dedicando a fastidiar, a lanzar comentarios del Círculo psiónico a la primera ocasión. Necesita a alguien que demuestre que tiene razón. Pero Charlie y yo estábamos allí mismo... ¿por qué Zu?

—Demasiada seguridad —dijo Roman—. Zu no estaba tan protegida. Moore podría haber ordenado lo de la trampa y haber pedido a Estrella Azul que secuestrara a Zu, cosa que a la larga le habría permitido atribuirse el mérito de haberla capturado.

—Joder —dijo Vida—. Es tan diabólico que estoy casi impresionada. Así que se convierte en el héroe...

Respiré hondo y el aire me pareció abrasador.

—Y obtiene una victoria aplastante en las elecciones.

—Tenemos que encontrar a Ruby —dijo Liam con un centelleo salvaje en la mirada.

Se dispuso a levantarse, pero Chubs lo empujó para que volviera a sentarse.

Algo cuajó dentro de mí al ver a Liam a punto de desmoronarse. Quería sacarlo de aquel lugar oscuro y asfixiante, igual que él había hecho conmigo tantos años atrás. En aquel momento, tuvo que ser fuerte por todos, porque nosotros nos sentíamos totalmente impotentes. Era capaz de levantarse una y otra vez, después de cada golpe. Nunca había pensado que Liam pudiera hundirse, ni siquiera tras la muerte de su hermano.

Nunca se me había ocurrido pensar que Liam pudiera necesitar Haven

tanto como Ruby.

—Lo sé —dijo Chubs, rodeándolo con ambos brazos—. Lee, todos los sabemos.

Finalmente, Liam guardó silencio y se dejó caer hacia delante para apoyar la cabeza en el hombro de Chubs.

—Tengo que ser egoísta —dijo con voz ronca—. Sé que hay niños que sufren, sé que han muerto muchas personas. Quiero que se carguen a esos cabrones, quiero que se limpie el nombre de Zu, quiero ver un poco de justicia en todo esto, pero me aterra pensar en lo que pueden estar haciéndole a Ruby. O en lo que tal vez ya le hayan hecho. No quiero seguir adelante sin ella.

Hasta ese momento, me había dado pánico la idea de que nuestro círculo de amistad se viniera abajo. Había deseado que las cosas volvieran a ser como antes de que todo se volviera tan complicado y doloroso. Y había creído que podíamos conseguirlo, a poco que nos esforzáramos. Pero al ver a Liam en aquel momento, tuve la sensación de que se esfumaban mis últimas esperanzas.

Y la determinación ocupó su lugar.

Nunca volveríamos a ser lo que habíamos sido, porque ya no éramos las mismas personas. El mundo propio que habíamos construido, aquel espacio que habíamos llenado de amor y de seguridad, debía expandirse, debía crecer y convertirse en algo más fuerte. No había nada en el mundo lo bastante poderoso como para impedirnos estar allí, en aquellos momentos en que nos fallaban las fuerzas, y ayudarnos unos a otros.

El suelo crujió cuando Max entró de nuevo en la estancia. Se rascó una de las heridas que tenía en los brazos.

—Yo estoy listo, ¿y vosotros?

—¿Qué necesitas para hacerlo? —preguntó Vida—. ¿Alguna clase de conductor? ¿Silencio?

—Solo necesito coger prestada su mente —dijo Max—. Bueno, y un cubo.

—¿Para dejarme inconsciente? —preguntó Liam con voz débil.

—No exactamente —respondió Max.

—El viaje es bastante movidito —explicó Priyanka—. Y mucha gente puta.

—Genial —dijo Liam—. Qué más da, tampoco me ha gustado lo que he comido.

Liam y yo nos cambiamos de sitio y le cedí el que yo había ocupado en el sofá, al lado de Max. Roman, obediente, fue a buscar la papelera del cuarto de baño y la colocó cerca de Liam.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó Liam a Max—. ¿Le pedimos al público un poco de intimidad?

—No pasa nada —dijo Max, al tiempo que bebía un último sorbo de agua—. ¿Te importa que te coja del brazo?

Liam se subió la manga y le ofreció el brazo a Max. Yo estaba sentada en el brazo del sillón que ocupaba Priyanka y me di cuenta de que Max estaba temblando.

—Recuerda que no estás ahí —empezó a decir Max—. Solo estamos viajando en el eslabón que une las corrientes eléctricas de vuestras mentes. Veas lo que veas, tienes que dejar que yo te haga volver.

Liam asintió.

—Piensa en la última vez que la viste —le ordenó Max, con la mano inmóvil a pocos centímetros de la piel de Liam—. Así conseguiremos localizarla más rápidamente.

Los dos cerraron los ojos, aislándose así del mundo y de nosotros. Durante un rato, el único sonido que se oyó en la granja fue el de nuestra respiración. Para distraerme, me dediqué a contar las corrientes eléctricas que circulaban por las paredes y a través de ellas, y por debajo del suelo. Me fijé en el reloj digital que descansaba en la librería, en la televisión, en la nevera...

Liam sacudió violentamente el cuerpo y se reclinó contra el respaldo del sofá, como si quisiera apartarse de Max. Movi6 también las piernas y pate6 el suelo con fuerza.

—¿Qué pasa? —pregunt6 Chubs, al tiempo que se inclinaba para tomarle el pulso.

—No pasa nada —dijo Priyanka—. Est6 conectado.

El gemido de dolor que se le escap6 a Liam me parti6 el coraz6n.

—¿Seguro que est6 bien?

—S6, est6 bien —prometi6 Roman—. Max, ¿qu6 ves?

Corr6 de nuevo hacia el sof6. Liam se hab6a quedado tan quieto que supuse que hab6a entrado en una especie de trance o algo parecido.

—Luces..., batas de hospital..., camilla... —dijo Max arrastrando las palabras—. Cansada...

—¿Est6 viva? —lo presion6—. ¿Est6s seguro?

Liam sacudi6 el cuerpo de nuevo y tens6 todos los m6sculos.

—Liam, no pasa nada —le estaba diciendo Chubs—. No est6s ah6, ¿vale?

A Liam le brotaron l6grimas de entre las pestañas. Se estremeci6. Se le eriz6 el vello del brazo desnudo y se le puso la piel de gallina.

Record6 entonces lo que Owen hab6a dicho en Haven. «Tiene fr6o. Tiene mucho fr6o».

—Puerta..., cartel... —dijo Max.

Parec6a haberse despertado de golpe y, cuando solt6 a Liam, una especie de temblor le recorri6 el cuerpo entero. Parpade6 r6pidamente, hasta que dej6 de tener las pupilas dilatadas.

Liam jade6, respir6 con dificultad como si tuviera una arcada y dobl6 el cuerpo hacia delante. Vida le acerc6 la papelera de inmediato, pero 6l le hizo un gesto para que la apartara y trag6 saliva.

—¿Has visto una especie de s6mbolo?

Max asinti6.

—Estaba en unas puertas correderas..., una especie de pájaro.

—No era un pájaro cualquiera —graznó Liam, pálido como un muerto—.
Era un cisne. Estrella Azul no tiene a Ruby. La tiene Leda Corp.

La tormenta parecía bailar.

Las nubes cargadas de agua se desplegaron por encima de mí, pero no aplacaron la sed de los kilómetros y kilómetros de tierra reseca que suplicaban una gota de lluvia. Una pared de polvo recorría los campos cada vez que soplaba una ráfaga de viento. De vez en cuando, lo notaba en la boca, notaba la tierra áspera entre los dientes. Y aun así, pese a conocer la fuerza de la tormenta que rugía a lo lejos, no me atrevía a entrar de nuevo para enfrentarme a aquellas expresiones sombrías. Aún no.

No hasta que supiera lo que debía hacer.

Los relámpagos me hacían sentir como si las nubes fueran seres vivos. Recorrían el cielo de color púrpura como palpitantes venas plateadas. Cada relámpago me llenaba la nariz de un olor acre, parecido al del cloro. Cuanto más tiempo me quedaba allí mirando, más electricidad estática se me acumulaba en la piel y llegaba hasta mis terminaciones nerviosas.

No sé por qué lo hice, exactamente, ni por qué se me ocurrió intentarlo. Mi mundo se había inclinado tan bruscamente que había pasado de no cuestionarme nada a cuestionarlo todo, incluidos mis propios límites.

El hilo de energía de mi mente empezó a salir tímidamente y acarició la carga eléctrica del aire. Seguí con las dos manos apoyadas en el poste de piedra de la valla y después subí las dos piernas y las crucé bajo el cuerpo, de manera que pudiera mantener el equilibrio. Cerré los ojos y traté de visualizar el hilo entrelazándose con el manto de energía que me arropaba, imaginando que podía acercarlo lo bastante a mi cuerpo como para pintarme la piel con su luz.

El calor se me fue acumulando en el pecho, aumentando, alimentándose a sí mismo, despidiendo un resplandor cada vez más intenso hasta que finalmente explotó y llegó hasta todos y cada uno de mis nervios como si fuera una descarga de pura adrenalina. Me sentía flotar y caer al mismo tiempo, mi cuerpo se iba disolviendo en partículas que retumbaban como los truenos y relampagueaban con destellos de energía pura. Se me formó una carcajada en la garganta y enseguida se me escapó, tan sorprendida como eufórica. El aire seco del verano se fue calentando a medida que aumentaba el resplandor bajo mis párpados.

A mi espalda, alguien contuvo una débil exclamación. Aquel jadeo bastó para que yo dejara caer el hilo, para que liberara de nuevo el calor y la luz. Me volví hacia el sonido mientras el corazón me seguía latiendo desbocado en el pecho.

Roman levantó ambas manos y retrocedió un paso.

—Lo siento. He salido a pasear para aclarar..., estaba paseando. Paseando. Pensando en ruso. Hablando en inglés. Cerebro confuso. ¿Por qué sigo hablando?

—¿Sueles pensar en ruso? —le pregunté con curiosidad.

—A veces. A veces también sueño en ruso.

Roman, al parecer, seguía sin saber si debía marcharse o quedarse. Bajé del poste de piedra y me apoyé en la valla de madera, con la esperanza de que entendiera que se trataba de una invitación.

De no haber sido por las chispas que aún me ardían bajo la piel y me decían «inténtalo», tal vez me habría incomodado el hecho de querer que se quedara.

—He salido a buscarte —me soltó—. La tormenta... pensaba que podía resultar...

—¿Peligroso? —concluí.

Cuando él me miró, tuve la sensación de que mi cuerpo entero

resplandecía. La calidez había vuelto y se me mezclaba con la sangre, hasta que pensé que tendría que correr kilómetros y kilómetros para consumir aquella energía tan pura. Me pregunté si aquello era ni que fuera una fracción de lo que Priyanka sentía después de usar su poder. La expresión de Roman era de absoluto asombro.

—Parecías una estrella.

Un relámpago iluminó el cielo, por encima de nosotros, y el corazón me dio un vuelco otra vez. Roman se aturulló y, de repente, bajó la mirada hacia las manos.

—No sé ni lo que digo, perdona.

—Pensabas que yo parecía una estrella —dije con suavidad.

Las palabras quedaron flotando en el aire, entre nosotros, y ni siquiera el trueno fue lo bastante poderoso como para borrarlas.

Volvió a ocultarse tras su cuidadosa máscara, la que no revelaba nada... aunque solo a quien no lo conocía. Sus expresiones eran como un lenguaje: solo había que aprender a leer el rostro de Roman para descifrarlo. Relajó un poco la línea de los labios al expulsar el aire y cruzar la distancia que nos separaba. Cuando llegó, se sentó a mi lado.

Agradecí el silencio que se impuso entre nosotros. La forma en que dejamos que el viento y el trueno siguieran con su propia conversación, como si nosotros pudiéramos escucharlos y descubrir algún secreto.

—Tus amigos son... —empezó a decir en tono jovial, como si buscara la palabra adecuada.

—¿Muchos?

Roman asintió y pareció un tanto aliviado.

—Vida ha conseguido que se me marchiten las orejas.

Sonreí.

—No —se lamentó—. Vale, ¿cómo lo decís vosotros?

—Que te piten los oídos —le dije, pero luego me lo pensé mejor—. En

realidad... ¿sabes qué? Creo que no existe un equivalente perfecto.

Dejó caer la cabeza hacia atrás, claramente frustrado.

—Llevo aquí tanto tiempo. ¿Cómo es que aún confundo las expresiones?

—No las confundes —le respondí—. Amplías nuestro idioma con algunas variantes muy divertidas.

Roman me observó con mirada dudosa.

—En serio —le prometí.

—Cuando ocurre, me... —dijo, justo cuando un relámpago iluminaba el cielo y lo capturaba a él bajo una luz hermosa y perfecta. Vi la forma en que le subía y le bajaba la nuez, la forma en que él giraba ligeramente el rostro, como si quisiera ocultarlo parcialmente—. Me recuerda que ni siquiera debería estar aquí.

Seguí observándolo hasta que él se volvió a mirarme. Y, esta vez, ninguno de los dos apartó la mirada.

—Si no lo he entendido mal, Priyanka cree que querrás volver a casa después de haber ayudado a Lana —dije, reuniendo por fin el valor para preguntárselo.

«Quédate».

—Quiero tantas cosas —dijo—. Y la mayoría de ellas son imposibles. O contradictorias. Cambian, varían y las odio por estar tan lejos de mi alcance. Volver a casa, decirle a nuestra madre que estamos bien... son cosas que debo hacer, no que quiero hacer. Que Priya y Lana quieran quedarse y destruir a hombres como Mercer siempre me ha hecho sentir egoísta y estúpido por soñar con un sitio lejos de aquí. Un sitio tranquilo y seguro.

—Eso no es egoísta ni estúpido —le dije.

«Quédate».

El anhelo de seguridad es un instinto tan humano como querer más o desear venganza cuando nos hacen daño, o querer proteger a las personas a las que amamos. Si pudiera adueñarme de los relámpagos y quemar hasta el

último rincón de oscuridad para mis amigos, lo haría. Lo haría sin pensarlo, aunque después solo me quedarán cenizas.

Después de todo lo que habían visto, después de todo lo que Roman y Priyanka se habían visto obligados a hacer para evitar que él y su hermana se separaran, Roman se merecía vivir en el silencio del anonimato. Lejos de Mercer y de Estrella Azul. Lejos de un Gobierno que tenía interés en diseccionarle la mente para analizarla.

Lejos de mí.

«Por favor, quédate», pensé de nuevo. «Quédate».

—Ayudar a Lana, volver a casa..., creía que eso era lo que deseaba por encima de todo —dijo—, pero ahora ya no estoy tan seguro.

Roman aún me estaba mirando cuando pronunció esas palabras; en ese momento, sus ojos eran tan azules como el cielo de la mañana. Un poco antes, se había duchado y se había afeitado la barba de los últimos días, por lo que ahora tenía la piel suave y lisa. Parecía más joven y su delicada sonrisa me transmitió una ternura casi insoportable. Me invadió una cálida sensación de esperanza.

—No tiene nada de malo cambiar de idea —dije despacio. Ya no podía seguir mirándolo, porque el corazón me había dado un repentino y doloroso vuelco. Así pues, desvié la mirada hacia la pequeña cicatriz que tenía en la mandíbula—. Acerca de lo que necesitas, de lo que quieres.

Roman también tenía la mano apoyada en la valla, a pocos centímetros de la mía. Pensé en la forma en que había descrito la música que le gustaba, aquellas viejas canciones. Sencillas. Sería tan sencillo acercar los dedos y entrelazarlos con los suyos.

—¿Y tú qué quieres?

Su pregunta me obligó a despertar de aquel dulce sueño. Me volví.

—Si me lo hubieras preguntado hace dos semanas, te habría dicho que lo único que deseaba era conseguir que mis amigos me vieran como a un igual,

ser capaz de protegerlos como ellos me habían protegido a mí. No podía aceptar que me hubieran abandonado. Todos, cada uno a su manera, me habían dejado atrás. Y yo nunca tendría una voz lo bastante poderosa como para hacerlos volver. Estaba convencida de que lo peor que podía sucedernos era perdernos unos a otros. Separarnos.

Roman no dijo nada, se limitó a observarme.

—Por supuesto, ahora ya sé que lo peor no es separarnos, es fallarnos unos a otros —proseguí—. No puedo dejar de pensar en Ruby y en lo que debe de estar pasando. En el hecho de que está sola. Ya sé que estaba intentando protegernos, pero... ¿la hemos decepcionado? ¿De verdad no confiaba en que pudiéramos ayudarla? Si por algún motivo se imaginó que el Gobierno estaba metido en esto, o podía estarlo, y perdió la fe en nosotros... No lo sé. Tengo mucho miedo por ella.

—No creo que perdiera la fe en vosotros —dijo Roman—. Obviamente, no la conozco como tú, pero por todo lo que habéis dicho tú y los demás, más bien pienso que trataba de protegeros de cualquier retroceso.

Más que el razonamiento en sí mismo, lo que me resultaba tranquilizador era la firmeza de su voz.

—Todo este tiempo, estaba en Leda..., antes incluso de la explosión —dije—. Semanas. Y yo me negaba a creer que fuera posible.

Me había resultado más fácil asimilar la idea de que Ruby había decidido dejar Haven que el hecho de aceptar que la estuviera reteniendo el Gobierno. Pero por mucho que lo hubiera sabido todo desde el principio, ¿qué podría haber hecho yo para ayudarla? Nunca había tenido poder ni influencia, solo la ilusión de poseer esas cosas.

Roman cerró los ojos. La primera gota de lluvia le cayó en la mejilla y siguió exactamente el mismo sendero que yo quería trazar con los dedos. El agua fría me golpeó el pelo y los brazos desnudos, pero no consiguió aplacar el calor que me invadía.

—Lo más irónico es que esas personas destruyeron mi vida —dijo— y, en el proceso, me liberaron. Me llevaron a un sitio en el que me sentía más débil y más asustada de lo que me había sentido en años, pero eso me obligó a admitir la fuerza que ya poseía. Me quisieron hacer pasar por traidora y me dieron la oportunidad de descubrir las razones por las que valía la pena rebelarse. El modo de salir adelante no es elegir la menos mala de dos opciones, sino encontrar la forma de orientarse entre ellas. De crear nuestro propio camino. Un camino que proporcione a Chubs y al Consejo el material que necesitan para desenmascarar a la gente que trabaja para acabar con nosotros, luchar para conseguir medidas de protección más efectivas y duraderas para nosotros. Un camino que ayude a los psi en apuros a encontrar a personas como Liam y Ruby que les ofrezca la oportunidad de ser libres. Un camino que muestre al mundo quiénes somos en realidad, que recupere nuestra historia de las garras de personas como Moore.

Un relámpago cruzó el cielo e iluminó la expresión de admiración de Roman.

—Yo no tengo poder y puede que cause más problemas que otra cosa —dijo—, pero tal vez... ¿tal vez podría ayudarte?

«Quédate».

—Sí tienes poder —le dije—. No hay nadie como tú en todo el mundo.

—Pues menos mal —dijo con un tono de voz irónico, mientras la lluvia le empapaba la camiseta.

—Y cuando digo tú, quiero decir tú —le dije, dándole un suave codazo. El corazón me latía con tanta fuerza en el pecho que creí que me iba a reventar—. Yo no soy ni más ni menos poderosa que tú. Los dos canalizamos la energía.

—Te equivocas —dijo—. Tú no la canalizas, tú te conviertes en la energía. Tocar tu poder fue como... no sé si conozco las palabras adecuadas para describirlo.

—Por lo general, es bastante indescriptible —dije—. Ni siquiera sé si yo sabría hacerlo.

—Es como una conexión —dijo al tiempo que contemplaba las nubes de tormenta—. Ya sé que era una mentira, pero... me gustó que pensaras, al principio, que era como tú. Nadie más es como yo, pero tú y los demás formáis parte de algo mucho más grande. Y radiante. Nunca estáis solos.

—A mí también me gustó —le dije.

Cuando miré de nuevo a Roman, vi un destello ardiente en sus ojos. Me inundó de nuevo un intenso calor, que fue reduciendo a cenizas los últimos vestigios de incertidumbre. Notaba una presión tan fuerte en el pecho que apenas podía respirar. Vi lo que pensaba reflejado en el más delicado tono azul.

—¿Cómo te has sentido —me preguntó— al coger una tormenta con las manos?

Ni siquiera tuve que meditar la respuesta.

—Sin límites.

—¿Me dejarías sentirlo a mí también? —susurró—. Solo una vez.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, pues sabía lo que Roman me estaba pidiendo y también sabía que le causaría un espantoso dolor en la mente.

—No quiero hacerte daño.

—A veces el dolor es bueno —dijo—. Necesario. Prefiero sentir dolor que no sentir nada.

«Eso es lo que tú dices», pensé. «Pero yo soy la que tiene que quedarse aquí viéndote sufrir».

En esta ocasión, cuando atraje la chisporroteante carga eléctrica del cielo, me imaginé a mí misma cubierta de polvo de estrellas: me imaginé como algo lo bastante brillante y luminoso como para alejar cualquier cosa, incluso la

noche. La sensación de poder me resultó estimulante y la confianza que me otorgó, inquebrantable. No quería despertar jamás de aquella sensación.

«Sencillo», pensé. Tan sencillo.

Roman resplandecía con mi luz. Levantó la mano que tenía apoyada en la valla y volvió la palma hacia mí. No la cogí. En lugar de eso, apoyé ambas manos en sus mejillas y, al ver que no se apartaba, que relajaba la cara entre mis manos y cerraba los ojos, lo besé.

La energía, libre, fluía y chisporroteaba a nuestro alrededor. Tuve cuidado de no extraer demasiada electricidad del aire, ni de permitir que se acercara lo bastante como para quemarnos, pero noté el chasquido de la electricidad estática en los dedos al rozarle la piel, y también en la lengua. Cuando nuestros labios se encontraron, me resultó imposible diferenciar la descarga de chispeante energía de la vertiginosa sensación de estar tan cerca de él, de notarlo.

Medio aturdida, me di cuenta de que la tormenta estaba peligrosamente cerca, que los rayos caían lo bastante cerca como para sentirse atraídos por la energía que nos unía y fulminarnos en un instante. Me di cuenta y, aun así, no tuve fuerzas para apartarme.

Cuando finalmente nos separamos, la expresión de Roman era de asombro. El olor de la madera chamuscada de la valla y del ozono me llenó los pulmones; aún notaba en las piernas el cosquilleo de los últimos restos de la carga eléctrica, pero no podía apartar los ojos de su rostro. Y, entonces, Roman se echó a reír, con una risa pura y maravillada, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Buscó de nuevo mi mirada y lo vi mover la garganta, como si tratara de explicar algo.

«Lo sé», pensé. «Lo sé».

Ninguno de los dos habló cuando nos pusimos en pie y echamos a correr hacia la casa. Roman me cogió la mano, sin hacer caso del doloroso aguijonazo de la electricidad estática cuando unimos las palmas. Las gotas de

lluvia fría me golpearon la cabeza, luego el rostro y los hombros; poco a poco, fueron aplacando en mi piel el calor de la carga eléctrica.

Cuando llegamos al porche, Roman se volvió a mirar por encima del hombro y echó un último vistazo a las nubes amenazadoras que pasaban por encima de la granja. Yo, sin embargo, no pude hacer lo mismo: no quería ver cómo la oscuridad de la tormenta se tragaba los últimos restos de nuestra luz.

Al día siguiente, justo cuando el sol empezaba a teñir de rosa el cielo matutino, nos sentamos en silencio a la mesa para desayunar.

En silencio, hasta que Priyanka, que hasta ese momento había estado tumbada en el sofá con el portátil en equilibrio sobre el pecho, se sentó muy erguida. Tenía profundas ojeras en torno a los ojos y parecía un poco desquiciada debido a la euforia y la falta de sueño.

—Los tengo.

Roman se puso en pie y echó bruscamente su silla hacia atrás.

—¿Has encontrado a Mercer en las imágenes de la cámara?

—Los tengo a los dos —dijo—. A Mercer y a Moore. Juntos.

Liam dejó la cuchara junto al cuenco de copos de avena que ni siquiera había tocado. Al parecer, había dormido tan poco como Priyanka.

—Dime que no es una broma.

—No he encontrado nada en las imágenes de las cámaras de seguridad, pero luego he pensado, claro, ahí no voy a encontrar nada. Si hubiera algo, lo habrían borrado, o habrían apagado las cámaras para que el jefe pueda negarlo todo. Pero —dijo al tiempo que giraba el portátil sobre el sofá, de manera que todos pudiéramos ver la pantalla— he vuelto a entrar y he buscado los registros de tiempo del día que, según Max, Mercer estuvo allí por última vez. Y he encontrado algo. No os voy a mentir, como imagen no es muy buena. Es un reflejo de Mercer y Moore en una de las ventanas

interiores del edificio. Es obvio que creían estar seguros en el rincón en el que se ocultaron para hablar.

—Eres un genio, Pri —dijo Max al tiempo que se acercaba con Chubs y Vida—. Buen trabajo. Yo nunca me habría fijado en eso.

—¿Tiene sonido? —pregunté.

En lugar de responder, Priyanka giró la mano y le dio a REPRODUCIR.

Al principio, resultaba difícil distinguirlo, pero poco a poco, en el momento en que dejaban de caminar y se volvían el uno hacia el otro, empezó a resultar más fácil distinguir sus facciones.

Joseph Moore era un hombre muy atractivo que aparentaba diez años menos de los cincuenta que tenía. Siempre bronceado e impecablemente vestido, resultaba un poco sorprendente verlo con el aspecto un tanto desaliñado que presentaba en aquellas imágenes. Se pasaba una mano por el abundante pelo oscuro y se daba tirones al tiempo que se volvía hacia el otro hombre. Llevaba un traje gris bastante arrugado y en las austeras facciones de su rostro se adivinaba su nerviosismo.

A su lado, Gregory Mercer era exactamente todo lo contrario. Tenía las facciones toscas y una larga y abultada cicatriz que partía de la sien izquierda y le cruzaba la ceja. Él también vestía un traje, en su caso negro de pies a cabeza. El pelo, largo y rubio, lo llevaba recogido en una cola baja. Estaba tan quieto como una serpiente entre la hierba. Los ojos, apenas entreabiertos, eran lo único que indicaba que estaba tratando de controlar su furia, hasta que habló:

—*Ese no era el trato.*

Tanto Max como Roman dieron un respingo al escuchar aquella voz.

—*Mi tarea no es hacerte feliz* —le soltó Moore—. *Mi tarea es hacer que los dos ganemos dinero, y en estos momentos hay algo que me preocupa un poco, no sé si has visto últimamente las noticias.*

—*No he venido para escuchar tus excusas* —dijo Mercer—. *No intentes*

joderme. Sé muchas más cosas de ti que nadie, incluyendo a la pija de tu mujer. ¿Estás demasiado «ocupado» para respetar nuestras condiciones? Entonces yo estoy demasiado ocupado para asegurarme de que no se me escape nada... acerca de tus contactos en el extranjero, de la venta de secretos. Nada acerca de tu pequeño negocio de fabricación de bombas.

Moore levantaba en ese momento las dos manos.

—¿Crees que quería hacerlo? Si la hubiera entregado yo mismo a los federales, podría haber ganado las elecciones sin la ayuda de nadie. Ahí también he salido perdiendo. En lugar de eso, algún patético empleaducho del Gobierno se anotará el tanto cuando decidan que Cruz necesita potenciar sus RR.PP.

Roman me miró y yo me mordí el labio.

Pero Moore no estaba hablando de mí.

—No pierdas la perspectiva. La única forma de evitar una investigación a fondo era entregarla a los federales, intercambiarla discretamente a cambio de que hicieran la vista gorda. Yo he salvado este proyecto y si tú no puedes hacer ese pequeño sacrificio para que siga adelante, entonces...

Di un respingo ante el repentino movimiento que registraban las imágenes, cuando Mercer empujaba violentamente a Moore contra la pared y lo inmovilizaba clavándole el brazo en la garganta.

—A mí no me hables de sacrificio, saco de mierda mimado y nepotista.

Moore forcejeó y la emprendió a golpes con el otro hombre, hasta que finalmente Mercer lo soltó y dio media vuelta para marcharse.

—¿Adónde vas? ¡Aún no hemos terminado! ¡Quiero un informe sobre tus progresos!

Mercer ni siquiera se molestó en volver la vista. A medida que se alejaba de la cámara, sus palabras resultaban casi imposibles de escuchar. Casi.

—Voy a ir a buscarla yo mismo.

Liam se inclinó hacia delante y cerró el portátil. Sin ni siquiera mirarnos,

dijo:

—Preparaos. Nos vamos ahora mismo.

40

Entre todos, no tardamos en dar de comer a los animales y ordenar la casa. Una vez cerrada, a la espera de que Sam y Lucas regresaran aquella misma noche, nos dividimos en dos coches y sacamos la gasolina del tercero.

—Me gustaría ir con Zu —le dijo Liam a Chubs. Luego dirigió la mirada hacia mí, que en ese momento estaba metiendo nuestras sucias y raídas bolsas en el maletero del todoterreno en el que había venido Chubs—. Si no te importa...

Liam se había duchado y afeitado antes de bajar y, si bien sus movimientos aún resultaban un tanto forzados y parecía temblar a causa de los nervios, se parecía un poco más al Liam de antes. O, como había dicho Vida, ya no parecía un asesino de culto dispuesto a matarnos a todos.

—Pues claro que no —respondí—. Pero conduzco yo.

Una débil sonrisa.

—Hecho.

—Espero que te apetezca acurrucarte en el asiento de atrás —le dijo Priyanka a Max mientras bajaban los escalones del porche—, porque tengo pensado defender mi título de campeona jugando al «veo, veo».

Max se volvió hacia Vida.

—¿Puedo ir con vosotros, por favor? Necesito un poco de paz y tranquilidad.

Vida abrió la puerta trasera y le indicó con un gesto que entrara.

—Sube al puto coche.

—¿No debería decirle alguien que ese no es el coche de la «paz y

tranquilidad»? —susurró Liam mientras se acercaba cojeando a mí para acabar de cargar las bolsas.

—Algunas cosas es mejor descubrirlas por uno mismo —dije.

—¿Seguro que quieres conducir? —preguntó, al tiempo que observaba con nostalgia por encima de los asientos traseros. Algo en su expresión cambió.

«Desesperanzado».

Cogí una de las mochilas y abrí la cremallera delantera. La foto que me había llevado de Haven aún seguía allí, un poco chamuscada y arrugada, pero entera.

La sostuve en una mano hasta que Liam bajó la mirada. Al verla, abrió mucho los ojos.

—No todo está perdido —le dije—. Lo conseguiremos.

Cogió la foto con una mano y luego apoyó la palma de la otra sobre mi cabeza, como solía hacer antes.

—Me cuesta creer que seas tú quien lo está diciendo.

—¿Listo? —le pregunté.

—El viaje es largo —dijo—. A lo mejor necesitas descansar un rato..., ¿no?

Me lo quedé mirando.

—Esa es mi Zu —dijo al tiempo que se guardaba la foto en el bolsillo.

Antes de que yo tuviera tiempo de dirigirme hacia el lado del conductor, me cogió de la muñeca.

—Liam, no seas ridículo...

—No, solo quería decirte que... —Sacudió la cabeza y unos cuantos mechones de pelo rubio le cayeron sobre la frente—. Lamento no haberme despedido siquiera.

—¿Cuál de las dos veces? —dije conteniendo el deseo de abrazarlo.

Él hizo una mueca.

—Las dos. Lamento haberme ido sin avisar y lamento haberlos dejado

marchar a las dos estando enfadados. Nunca he sido perfecto, pero siempre he querido serlo para vosotros.

—Nunca he necesitado que fueras perfecto —le respondí—. Ninguno de nosotros lo ha necesitado jamás.

—Después de que Cole muriera, después de todo lo que ocurrió —dijo, haciendo un esfuerzo por pronunciar aquellas palabras—, era lo único que se me ocurría hacer.

—Lo sé —dije—. Liam, ya lo sé. Y no pasa nada. Pero... a partir de ahora tenemos todos prohibido largarnos sin despedirnos, ¿vale?

Liam asintió.

—Vale.

—Muy bien —dije asintiendo a mi vez—. Pues vámonos.

Vida se volvió un momento a mirarme antes de subir al asiento del conductor.

—Si me pierdes de vista, no te pares. Nos encontraremos a cuatro manzanas al sur del laboratorio.

Abrí la puerta de nuestro coche.

—¿Qué te hace pensar que yo te sigo a ti?

Vida sonrió.

Mientras me sentaba y me abrochaba el cinturón de seguridad, Priyanka se volvió y miró por la ventanilla trasera.

—Adiós, Snowflake, princesa de mi corazón.

—¿Va todo bien? —preguntó Roman.

—Mucho mejor —dije al tiempo que respiraba hondo y pulsaba el botón de arranque.

Una poderosa corriente de electricidad recorrió el coche entero. Una canción pop que no reconocí empezó a sonar en la radio, pero antes de que me diera tiempo a cambiar de emisora, Liam abrió la puerta del pasajero.

Y Roman ya había ocupado el asiento.

Liam chasqueó la lengua y señaló con el pulgar el asiento trasero.

Tras lanzarme una larga mirada, Roman se desabrochó el cinturón y se cambió de asiento.

—¿Qué? —dijo Liam al ver mi expresión—. Estoy herido, necesito más espacio.

Sacudí la cabeza de un lado a otro y puse el cambio en *drive*. El coche dio un brusco salto hacia delante, mientras yo me acostumbraba al cambio automático. Liam se llevó una mano al pecho.

—Calma, amigo —le dije.

Fui cogiendo velocidad cuando abandonamos el camino de acceso a la casa y salimos a la carretera de tierra. Vida ya estaba dejando una estela de polvo tras ella. Cuanto más tiempo pasaba al volante, diez minutos, veinte minutos, más me costaba ignorar el hecho de que Liam estaba prácticamente temblando.

—Me estás empezando a ofender —lo advertí—. Por no decir cabrear.

—No, no... Si eres una conductora excelente —se apresuró a decir—. Es solo que... ¿por qué tenemos que escuchar eso cuando podríamos escuchar literalmente cualquier otra cosa?

Concentrada en no perder a Vida, había vuelto a sintonizar la emisora de música pop.

—Pues cambia.

Pareció casi horrorizado por mi sugerencia.

—El conductor elige, siempre.

—Me sorprende que no te hayan echado nunca de un coche en marcha —comentó Priyanka.

Liam se volvió en su asiento.

—De los nuevos amigos de Zu, eras mi favorita. Ahora es él, que al menos respeta a sus mayores.

—¿Desde cuándo tú eres mayor? —le pregunté.

—Es una afirmación correcta —dijo Roman sin dejar de mirar por la ventanilla—. Supuestamente, el cerebro alcanza su máximo rendimiento a los veinticinco años. A partir de ahí, empieza a ir cuesta abajo.

—Qué majo —dijo Liam volviéndose de nuevo hacia el frente—. ¿Y este es el tío con el que te besuqueas sentada en una valla?

—¿Quéééééé? —canturreó Priyanka, con una falsa nota de sorpresa en la voz.

—¡Nos estabas espiando! —dije al tiempo que extendía una mano y le daba un golpe en el hombro. Miré a Priyanka por el espejo retrovisor y me fijé en que estaba absorta contemplando el techo del coche—. ¿Nos estabais espiando todos?

Roman no pareció en absoluto molesto por aquella revelación y siguió concentrado en trazar rutas alternativas en los mapas.

—Vale, sí —dijo Priyanka—. Pero la culpa no es nuestra. Charlie salió a llamaros para que entrarais antes de que os alcanzara un rayo, y os vio, y entonces entró corriendo en casa, aturullado y rojo como un tomate, y nos dijo que no pasaba nada, cosa que nos pareció muy, pero que muy sospechosa, la verdad, así que, claro, tuvimos que ir todos a echar un vistazo para asegurarnos de que estabais bien y no os habíais convertido en una pila de restos chamuscados.

La fulminé con la mirada a través del espejo retrovisor y luego pulsé el botón de escáner de la radio para que buscara otra emisora. Por suerte, se detuvo en la emisora oficial de la zona y no en la basura que pudiera estar emitiendo ese día la Radio de la Verdad.

Por desgracia, las noticias no eran precisamente buenas.

—...los oyentes que acaben de sintonizarnos. Interrumpimos la emisión habitual para ofrecerles una noticia de última hora de la emisora de la Zona Tres...

—¿Por qué la expresión «noticia de última hora» me ha provocado un

escalofrío?

Roman dejó que el mapa le cayera por encima de las piernas.

—¿Puedes subirlo un poco?

—*Tras el fallido atentado de ayer a la comitiva de la presidenta en funciones Cruz cuando volvía a la Casa Blanca, el secretario general de las Naciones Unidas acaba de hacer públicas las siguientes declaraciones...*

Tuve la sensación de que el flujo de sangre aumentaba en mis venas, de que la presión me aceleraba el pulso hasta que me resultaba prácticamente doloroso. El secretario general Chung nunca emitía comunicados públicos relacionados con Estados Unidos, a menos que...

—*Tras reunirnos con los delegados de las naciones que supervisan el restablecimiento del Gobierno de Estados Unidos, hemos adoptado por unanimidad la decisión de ampliar la supervisión de las Naciones Unidas durante otros dos años. La tensión actual, surgida en torno a las que hubieran sido las primeras elecciones independientes y democráticas desde la deposición de la anterior administración, encabezada por el expresidente Gray, han puesto de relieve la peligrosa volatilidad que aún impera en Estados Unidos. En aras de la estabilidad, tanto nacional como internacional, mantendremos el statu quo actual y aumentaremos el apoyo de las Naciones Unidas tanto a los Defensores como a las fuerzas de paz.*

—Lo han hecho —dije—. Han desconvocado las elecciones tal y como Moore predijo. Dudo mucho que fuera esa su intención...

No, Moore jamás habría hecho nada que lo alejara del poder.

—*Se ruega a todos los residentes de Chicago, Indianápolis, Detroit y otras ciudades importantes que no salgan de casa y mantengan las carreteras despejadas para que los servicios de emergencia puedan gestionar las manifestaciones espontáneas.*

Manifestaciones espontáneas. Típico eufemismo de RR.PP. para no hablar abiertamente de disturbios y protestas.

—¿Ha exagerado o qué? —preguntó Priyanka—. ¿No era esta la campaña del miedo que habían puesto en marcha desde el principio? Toda esa propaganda que producían como churros, lo de que las Naciones Unidas controlaban demasiado, que nunca dejarían que el país se echara a perder, aunque ellos mismos habían obligado a las Naciones Unidas a adoptar esa postura. Esto es exactamente lo que quiere Moore: una rebelión declarada.

Durante semanas —meses— Moore y otros como él se habían dedicado a lanzar chispas al aire para sembrar una peligrosa discordia. Y, ahora, esas chispas estaban a punto de caernos encima. En mitad del caos, la gente recurriría a él en busca de consejo, incluso quienes hasta entonces no necesariamente habían creído en él. Moore había fabricado las pruebas que necesitaba para convertirse en profeta y salvador.

—Pues vaya —dijo Liam mientras miraba por la ventanilla—. Qué mierda.

Cuando finalmente llegamos a Filadelfia, después de habernos pasado prácticamente un día entero en el coche, la ciudad estaba en llamas.

El humo era visible a varios kilómetros de distancia desde los controles que había levantado la policía en los principales puntos de acceso a la ciudad. Yo había seguido a Vida mientras se adentraba en la localidad de Lansdowne y se detenía en el aparcamiento de una tienda de comestibles cuyas puertas y ventanas estaban tapiadas. En las planchas de madera que protegían las puertas de entrada, aseguradas con una cadena, alguien había escrito con espray las palabras «NEGOCIO FAMILIAR POR FAVOR DEJADNOS EN PAZ». La calle estaba repleta de basura, cristales y botes de gas lacrimógeno, pero no se veía ni un alma por ningún lado. Las casas que habíamos dejado atrás parecían abandonadas y desvalijadas.

La espalda me estaba matando, incluso después de haberme turnado con los demás para conducir. De pie al lado del coche, traté de estirar los entumecidos músculos y de dejar que la adrenalina ahuyentara el cansancio que sentía. Vida también bajó del coche, con la oreja pegada al teléfono de prepago que había comprado cuando habíamos parado a poner gasolina.

—Sí, lo haré. Gracias. Serás la primera persona a la que llame, te lo prometo.

—¿Qué pasa? —preguntó Liam, al tiempo que se desperezaba.

—Cate —dijo Vida—. Ha estado siguiendo la situación en la ciudad. Basándonos en lo que ha podido escuchar en el canal del FBI, puede que consigamos entrar en la ciudad si vamos a pie y llegamos hasta el cementerio de Mount Moriah o algo así. Cate ha oído a los agentes que coordinan el

operativo decir que iban a retirar la cobertura de seguridad de esa zona y confiar en las patrullas aéreas.

Nadie tenía ninguna duda de que Vida iba a ser a líder *de facto* de aquella operación de rescate. Aparte de Ruby, era la única de todos nosotros que poseía experiencia real y demostrada. Aun así, pasar a un segundo plano después de tantos días de conducir mi propia carga, me hacía sentir de nuevo bajo la piel el cosquilleo de la electricidad estática. Lo único que me aportaba cierta sensación de control era observar a Vida analizando lo que iba a hacer para prepararnos. Por mucho que Vida prefiriera las misiones en solitario, nunca renunciaba a liderar a un grupo. Siempre había algo que aprender de todo lo que ella hacía.

Roman fue a coger el mapa de la guantera y luego lo desplegó sobre el capó del todoterreno.

—Aquí. Estamos a unos tres kilómetros.

La ubicación del laboratorio que Leda tenía en Filadelfia no era ningún secreto. Estaba en el mismo edificio que años atrás se había clausurado, en un intento de ocultar el hecho de que el Agente Ambrosía era responsable de la mutación de los psi. La sorpresa había llegado cuando, en lugar de reducirlo a cenizas, la compañía había recibido permiso por parte de la administración Cruz para reabrir las puertas. El hecho de que Leda hubiera recibido fondos de las Naciones Unidas para continuar sus investigaciones sobre la mutación y desarrollar nuevos fármacos no relacionados, había gozado de una tremenda impopularidad. Hasta yo me daba cuenta de lo injusto que era recompensar a las personas que tantas vidas habían destruido, aunque no lo hubieran hecho de forma intencionada.

—Y desde allí, ¿cuántos kilómetros hasta el centro de la ciudad? —preguntó Liam con las manos apoyadas en las caderas—. Vamos a tardar horas. ¿No hay ninguna manera de llegar en coche?

—No, a menos que te mueras de ganas de recordar qué se siente cuando te

meten en la parte trasera de una furgoneta policial sin distintivos —dijo Vida—. Si tanto echas de menos el Ruido Blanco, estoy segura de que habrá alguien más que dispuesto a hacerte el puto favor.

Liam hizo un gesto vago y se volvió hacia Chubs, que estaba apoyado en el coche con una expresión pensativa en el rostro.

—Si la ciudad está en esa situación —dijo Chubs—, ¿creéis que tal vez la hayan trasladado?

—Podría hacer otra lectura —se ofreció Max.

Vida negó con la cabeza.

—Cate ha dicho que han cerrado los edificios de la compañía, incluido el laboratorio. Lo más difícil va a ser sortear el incremento de las medidas de seguridad, pero tendremos que estudiarlas cuando lleguemos allí. Parece que han instaurado un toque de queda, pero de todos modos siguen tratando de controlar la situación.

En el rostro de Liam apareció una expresión de frustración, pero aun así asintió. Todos sabíamos lo que significaba tener que sacar el máximo provecho de una situación terrible.

—El edificio del laboratorio está a unos diez u once kilómetros de aquí —informó Roman—. Un par de horas caminando a buen ritmo, pero aun así demasiado para alguien con una herida de bala.

—Eh, chaval —murmuró—. Deja de tocarme las pelotas. Estoy bien.

Vida comprobó el cargador de su pistola antes de guardarla en el bolsillo de la chaqueta vaquera. Sabía que Roman también llevaba un arma, pero me sorprendió ver a Priyanka aceptar la pistola adicional que Vida le ofrecía.

—Supongo que no hace falta que te lo diga —le comentó Vida—, pero no dejes que nadie te pille con esto, especialmente si lleva uniforme. Puede que duden a la hora de dispararle al chico blanco, sobre todo si no saben que es un psi, pero no dudarán con la chica morena.

—Lo sé —respondió Priyanka—, pero para empezar no me van a pillar.

—Genial —dijo Vida—, porque no quiero cargar con la muerte de nadie más.

Priyanka la saludó con gesto sarcástico.

—Y tampoco quiero esa chulería —añadió con aspereza—. ¿Eres capaz de acatar las órdenes?

—Tú no tienes ni idea de lo que soy capaz —le respondió Priyanka con voz firme.

Vida relajó un poco la expresión de acero al tiempo que curvaba los labios en una de sus perturbadoras sonrisas de aprobación, marca de la casa.

Empezamos a cruzar la ciudad, cargados con agua y armas. No encontramos el primer helicóptero hasta que ya casi estábamos en el perímetro del cementerio. Priyanka y yo fuimos las primeras en detectarlo, antes incluso de que los demás lo oyeran. Priyanka cogió a Max y yo a Roman y los arrastramos hasta unos árboles cercanos para ocultarnos.

Un poco más arriba, los demás hicieron lo mismo y se lanzaron hacia las densas sombras. Liam se agazapó a poca distancia de mí y apoyó la cabeza en el tronco de un árbol. Estaba rojo y tenía las mejillas bañadas en sudor. Al verlo respirar trabajosamente, sentí una punzada de inquietud. Justo entonces, Liam apretó la mandíbula y adoptó una expresión de férrea determinación. Volvió a ponerse en pie en cuanto el sonido de las hélices empezó a confundirse con las lejanas alarmas de los coches y el aullido de las sirenas.

—Cruzaremos el cementerio de dos en dos —nos ordenó Vida, mientras saltábamos la valla—. Excepto tú, Stewart, que te vienes con Charlie y conmigo.

Antes de avanzar, cada pareja esperó hasta que la anterior se hubo abierto paso entre el laberinto de senderos y lápidas. Para cuando regresó el helicóptero y dio una segunda pasada, la ciudad ya nos había acogido entre sus brazos humeantes. No tardamos en sumergirnos en el caos.

En las afueras de la ciudad, varios edificios despedían aún llamas que el

viento empujaba. Los saqueadores rompían los escaparates de supermercados y tiendas de ropa. Un tipo blanco salió tambaleándose por un escaparate destrozado, cargado con un ordenador. Echó a correr hacia un grupo de amigos que llevaban la parte inferior de la cara cubierta con bandanas. Un coche de policía pasó a toda velocidad junto a nosotros mientras corríamos por la acera.

Cuando por fin llegamos al río y encontramos un camino no vigilado, habíamos pasado una hora entera esquivando a las patrullas de la policía y ocultándonos detrás de contenedores. Yo hervía de rabia; cada segundo que perdíamos era crucial. Bastaban unos segundos para acabar con una vida. Tal vez Ruby ya estuviera...

Vi el rostro de Liam, cubierto de suciedad, cuando se puso en pie detrás de los contenedores de basura y guio al grupo hacia delante. Roman y yo ocupábamos la retaguardia, analizando con gélida mirada todas las amenazas que íbamos encontrando. Mientras que Priyanka había acelerado el paso para seguir el ritmo de Vida y los demás, Max se había quedado rezagado, por lo que no tardamos mucho en alcanzarlo. Su expresión era de inquietud.

—¿Estás bien? —le pregunté—. Si todo esto es demasiado para ti, puedes volver.

No lo dije en tono de ofensa; de hecho, me sorprendía que Max hubiera accedido a acompañarnos. Cuando Liam los había llamado para darles las últimas noticias, Sam y Lucas habían invitado a Max a quedarse con ellos hasta que estuviera listo para enfrentarse al mundo. Pero Max había insistido en acompañarnos, con el argumento de que tal vez fuera necesario hacer otra lectura cuando llegáramos a la ciudad.

—Me las apañó —dijo—. Pero no esperaba tener que presenciar de nuevo tanta violencia.

—No tienes por qué luchar —le contesté—. Solo me alegro de que estés aquí.

Max asintió y dirigió de nuevo la mirada hacia la calle. Por mi parte, empezaba a ver el patrón de toda aquella destrucción. Los edificios en llamas fueron dando paso a otros cuyos rescoldos aún humeaban, a medida que los bomberos trabajaban desde el centro de la ciudad hasta las afueras. Cuando llegamos a los restos ennegrecidos de una hilera de casas adosadas, ya no se veían llamas por ninguna parte, pero la atmósfera estaba cargada de cenizas y humo. Me tapé la boca y la nariz con el cuello de la camiseta, tratando de respirar un poco de aire limpio.

El problema era que, a medida que nos acercábamos al centro de la ciudad, íbamos encontrando cada vez más gente. Nos apartamos de las calles para dejar paso a una multitud errante: estaba formada por personas de distintas edades, de distintas etnias, pero todos tenían los mismos ojos enrojecidos. Como si hubieran intentado arrancárselos.

—Gas lacrimógeno —dijo Roman, señalándolos con un gesto de la barbilla.

Un hombre de mediana edad ayudaba a otro más joven mientras los dos se alejaban renqueando. El más joven presentaba una herida abierta en la cabeza y tenía la mirada desenfocada. Avanzaron pesadamente entre los chasis de varios coches carbonizados, sobre una alfombra de cristales rotos. Cuando pasaron junto a nosotros, el de más edad me miró una vez, y luego volvió a mirarme.

Me aclaré la garganta y volví la cara hacia el otro lado.

—No vayáis a Independence Mall —dijo con voz ronca—. Allí es donde están reuniendo a todo el mundo y comprobando los documentos de identidad. No conseguiréis salir de allí.

Me arriesgué a devolverle la mirada. Aunque no me hubiera reconocido, tenía que haberse dado cuenta de lo jóvenes que éramos. Y de lo que eso probablemente significaba, por mucho que no lleváramos distintivos.

—El cementerio es la mejor forma de huir —le dijo Roman al tiempo que

me sujetaba con delicadeza por el codo y me guiaba hacia delante—. Pero cuidado con los helicópteros.

—Gracias —dijo el hombre herido, arrastrando las palabras—. Id con cuidado. No tienen balas de goma.

—Oh, no —susurró Max, en cuanto los hombres ya no podían oírnos.

—¿Aún estás bien? —le pregunté.

Max tragó saliva y asintió. Tuvimos que echar a correr para alcanzar a los demás. Por el camino, Roman se rezagó un instante y recogió algo que se había deslizado hasta una alcantarilla, empujado por el agua que salía de una boca de incendios. Era una gorra de béisbol de los Phillies. Me la ofreció sin decir nada.

—Gracias —susurré.

Me la puse y me la bajé todo lo que pude para taparme la cara. Lo último que necesitábamos era que alguien nos reconociera antes de que tuviéramos tiempo de llegar al edificio Leda.

—¿El edificio Leda no está cerca de Independence Mall? —pregunté, cuando finalmente conseguimos alcanzar a los demás y nos detuvimos a la sombra de una pizzería tapiada.

—Creo que está a unas diez manzanas —respondió Vida—. ¿Por qué?

—Está más cerca —dijo Liam con un tono de voz forzado—. Unas cuatro manzanas.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Aquí es donde mi hermano estuvo infiltrado cuando trabajaba para la Liga de los Niños —respondió Liam con voz tensa—. Estuve esperando en aquel parque, por si podía verlo. Estoy seguro.

Tenía razón. Estaba en la esquina de la calle Diez con Locust: era un edificio normal y corriente, sin logotipo ni señalización alguna. El laboratorio era un secreto a voces para todo el que trabajara en el Gobierno y, muy probablemente, también para todo el viviera y trabajara en Filadelfia. Al

público en general solo se le había dicho que el laboratorio se había cerrado y cedido a una universidad cercana, y que la investigación financiada por las Naciones Unidas que allí se llevaba a cabo se había trasladado a un edificio de Washington, bajo estricta supervisión del Gobierno. Si antes de que estallaran los disturbios aún quedaba alguien que no supiera qué era aquel edificio bajo y rectangular, sin duda ya debía de haberlo descubierto dada la fuerte presencia militar en los alrededores. Ni siquiera se veía la puerta principal detrás de todas las furgonetas blindadas que habían aparcado allí.

Nos quedamos a una manzana de distancia y nos ocultamos en una especie de callejón entre lo que quedaba de un restaurante de sushi y una lavandería. La suma de los olores y el humo hizo que me empezaran a llorar los ojos.

—No pongáis esas caras de pena, joder —nos dijo Vida—. Estaba claro que no íbamos a poder entrar por la puerta principal.

—¿Y no estarán vigiladas todas las entradas? —pregunté.

Cuando habíamos salido de Kansas, esperábamos encontrar vigilancia en el edificio, pero no hombres armados con rifles de asalto.

—Venga ya, que no somos putos idiotas —dijo—. ¿Alguien tiene alguna sugerencia?

—Yo tengo una malísima —dijo Priyanka muy despacio.

—Así me gusta —dijo Liam—. Adelante.

—Estamos rodeados por un montón de ruidosos manifestantes atrapados en un parque por una peña a la que superan de largo en número, ¿no? —dijo al tiempo que se volvía a mirarme—. Digamos que es una nueva versión de la estrategia que usamos en el Infierno. Conseguimos que irrumpen en Leda, haciendo correr el rumor de que allí hay... no sé, ¿provisiones? ¿Recordándoles que Leda es la causa de que estemos todos aquí? Si rodean el edificio, atraerán la atención de los soldados y de los vigilantes de seguridad hacia la fachada delantera... y, mientras, nosotros podemos buscar alguna entrada discreta y colarnos por la parte trasera.

—Ya, y también conseguiremos que maten a un montón de gente —dijo Chubs—. Y aunque podamos aprovechar el caos para colarnos, lo más probable es que estén preparados para evacuar el edificio.

—¡Naciones! ¡Unidas! ¡Basta! ¡Ya! ¡Naciones! ¡Unidas! ¡Basta! ¡Ya!

Hasta ese momento, las voces de las personas que se agolpaban en Independence Mall, las que habíamos visto con pancartas cerca de Independence Hall y Liberty Bell, eran apenas un rugido sordo. Pero cuanto más permanecíamos allí y más nos acercábamos, más aumentaban de intensidad las consignas.

—Podríamos robar uniformes de los cuerpos de paz o de la policía —propuso Roman.

—La idea es buena, pero no muy realista —dijo Liam—. Aunque se nos ocurriera una razón brillante para justificar por qué tenemos que entrar en el edificio, jamás conseguiremos encontrar siete uniformes, que en realidad tendrían que ser ocho, porque necesitaremos uno para sacar a Ruby. Nuestra mejor baza es confiar en que las cosas se pongan un poco feas aquí afuera, lo cual atraería la atención de las fuerzas de seguridad y nos permitiría colarnos por alguna puerta lateral.

—No sé de ninguna puerta lateral, pero tenemos la entrada del aparcamiento secundario.

Todos nos volvimos hacia Max.

—Tu padre trabajaba para Leda —dije al recordar de repente lo que me había contado en el Infierno—. En este laboratorio.

Max asintió.

—Vale, esa es la clase de información que nos hubiera ido bien tener hace cinco putos minutos —dijo Vida—. ¿Algo más que desees añadir?

—El garaje principal, el del personal, está justo debajo del laboratorio, en la parte trasera del edificio. El que os digo está a unos cuantos edificios al

norte, pero conecta con el laboratorio gracias a un pasadizo subterráneo — explicó Max.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Chubs—. ¿Seguro al cien por cien?

—Los investigadores lo utilizaban cuando llegaban tarde y no querían que nadie se enterara. También se usaba para las reuniones de empresa, cuando había muchos empleados —nos explicó Max—. Mi padre lo usaba cuando me traía para que me hicieran pruebas, así yo no tenía que aguantar las miradas de la gente en el vestíbulo. También está vigilado, claro, hay cámaras y al menos una persona en la garita, pero entrar no debería ser un problema. No sé de ninguna cerradura que se le haya resistido a Priyanka.

—Ay, Maximo —dijo—. Ahora me sabe mal haberte cambiado tantas veces la contraseña del móvil para torturarte.

Max entornó los ojos.

—¡Lo sabía!

Liam dio un par de palmadas.

—Concentración. ¿A qué parte del edificio lleva ese túnel del garaje? ¿Al vestíbulo?

—Conecta con la misma hilera de ascensores que se usa desde el garaje principal, pero un nivel por debajo. Los ascensores suben y bajan por la parte trasera del edificio. Se necesita una llave de tarjeta para entrar y salir, pero para eso también contamos con Priyanka.

Priyanka se echó la larga melena rizada por encima del hombro.

—Muy bien —dijo Chubs—. Siete plantas, contando el vestíbulo. Si nos dividimos, unos cuantos pueden empezar a buscar desde la última planta y los demás desde la segunda. Nos encontramos en el centro.

—Pues tú fijo que te vienes conmigo —le dijo Vida—. Y sin rechistar. Hace cuatro años que no tocas un arma.

—No pensaba rechistar.

—Yo también voy con vosotros —dijo Liam—. Los niños que se

encarguen de las plantas inferiores. Nos encontraremos en la cuarta planta, junto a los ascensores. ¿Existe alguna forma de apagar las cámaras de seguridad?

—Puedo intentarlo cuando llegemos —dijo Priyanka—. A ver si consigo que el sistema entre en un bucle.

Todo el mundo asintió. Todo el mundo excepto Max, que parecía un poco mareado.

«No quiero hacer daño a nadie más».

Ya lo habíamos obligado a romper la promesa que se había hecho a sí mismo cuando había peleado con Cubby. Y yo no estaba dispuesta a volver a hacerlo.

Roman también se había dado cuenta. Con su delicadeza habitual, dijo:

—Necesitaremos transporte para salir de la ciudad. ¿Crees que podrías encargarte de eso? ¿De buscar una forma rápida de cruzar los controles?

Max asintió entusiasmado.

—Solo necesito uno de los teléfonos de prepago para manteneros informados.

Chubs le dio el que había estado usando y Liam nos dio a nosotros el viejo teléfono de Sam.

—Solo mensajes de texto —dijo Vida—. Y solo a través de la app que usa sistemas de encriptación.

—¡Naciones! ¡Unidas! ¡Basta! ¡Ya! —Los cánticos se iban acercando—. ¡Queremos votar a Joseph Moore!

Vida fue la primera en dirigirse al final del callejón, con la espalda pegada a la pared. Por señas, nos indicó que avanzáramos. Obligó a Max a acercarse agarrándolo por el cuello de la camiseta.

—¿Van hacia donde está el garaje?

Max asintió.

—Está al norte del edificio. Si no se desvían de esta calle, la Diez, está en

línea recta.

Parecía una buena opción, teniendo en cuenta las barreras policiales que bloqueaban el acceso a ambos lados de Locust Street, repleta de vehículos abandonados y destrozados.

—Nuestra dama favorita ha regresado —nos susurró Priyanka—. Te echaba de menos, lady Suerte.

Cuando la primera oleada de manifestantes pasó frente a nosotros y se encaminó en la dirección opuesta, enarbolando pancartas como si fueran banderas y cubriéndose con banderas como si fueran capas, Vida nos condujo al centro de la multitud. Los manifestantes ocupaban incluso las aceras y se apretujaban unos contra otros para seguir hacia delante, hacia delante, hacia delante, obligándonos a empujarlos y esquivarlos para abrirnos paso. Unos cuantos guardias se habían apostado en las calles que desembocaban en la nuestra para vigilar a la multitud y asegurarse de que nadie se saliera del recorrido pactado.

Liam terminó a mi lado y se tambaleó cuando alguien le dio un codazo accidental en el pecho. Extendí un brazo y lo sujeté para ayudarlo a recuperar el equilibrio. La oscura melena de Vida era apenas visible entre las pancartas. Traté de seguirla y, al mismo tiempo, no perder de vista a los demás.

Noté en algún rincón del fondo de mi mente una presión cálida y repentina que me resultaba familiar, seguida de un escalofrío que me recorrió la espalda. Antes de que pudiera asimilarla, la sensación había desaparecido.

Liam se estremeció y se llevó una mano al pecho.

—Me siento como si alguien hubiera pasado sobre mi tumba.

Me puse de puntillas para inspeccionar los edificios que nos rodeaban. A medida que aumentaba mi nerviosismo, los rostros se diluían. Un poco más adelante, Priyanka se volvió y buscó mi mirada, al tiempo que ella también trataba de localizar la única fuente posible de aquella sensación.

«Lana».

Nos fuimos despegando uno a uno de los manifestantes mientras seguíamos a Max, que nos condujo por una especie de callejuela tan estrecha que ni siquiera tenía letrero con el nombre. De no haber sido porque estábamos siguiendo a Max, probablemente me habría pasado de largo la entrada. La puerta del garaje quedaba perfectamente disimulada entre los grafitis de la pared de ladrillo. Max señaló un pequeño cuadrado negro colocado en la esquina superior izquierda de la entrada.

—Es el control remoto —dijo mirando a Priyanka, pero ella estaba demasiado concentrada en la cámara de seguridad situada en la otra esquina de la puerta.

—¿Tu amiga está... trabajando? —me susurró Liam.

—Te oigo perfectamente —dijo Priyanka—. Y sí, estoy trabajando. Dadme un minuto más... Tienen un cortafuegos bastante bueno. Montones de... capas.

Roman sacudió la cabeza.

—No podemos entrar por esta puerta. Tiene que haber alguna clase de rejill...

Caminó hasta el final del edificio y se introdujo como pudo por el estrecho espacio que separaba la pared del garaje y el edificio contiguo. Finalmente, llegó hasta una especie de abertura en la parte trasera del edificio, no más grande que un armario. El corazón me dio un vuelco cuando desapareció por allí y luego otro cuando se asomó para que pudiera verle la cara.

—Lo he encontrado. Avisa a los demás.

Liam me observó con las cejas arqueadas.

—Qué fantasioso.

—¿Podrías dejarlo ya? —dije, mientras lo empujaba hacia la abertura.

Para poder pasar, Liam tuvo que quitarse el cinturón y la camisa de cuadros, quedándose solo con la camiseta. Chubs no parecía muy convencido de su capacidad para escurrirse entre dos edificios, pero de todos modos lo intentó. Priyanka fue la siguiente, pero tuvo que contener el aire y se rasgó la parte trasera de la camiseta.

Antes de que yo la siguiera, Vida se volvió hacia Max.

—Vamos a necesitar algún vehículo de transporte público. Un vehículo que tenga excusa para estar en la calle y que no necesariamente vayan a parar y a registrar. Si no puedes encontrarlo, al menos trata de buscar una carretera que no esté vigilada.

Max asintió y frunció el ceño.

—Haré lo que pueda.

—Tienes unos veinte minutos para hacer más de lo que puedas —le dijo Vida.

Los demás ya habían arrancado la rejilla metálica; Roman había entrado arrastrándose. Lo encontramos de pie junto al agente de seguridad inconsciente en la garita, a lado de la enorme puerta.

Roman nos condujo a lo largo del pequeño garaje, que estaba vacío, hasta que llegamos a una especie de camino abierto en el muro de cemento. Descendía gradualmente, antes de nivelarse. Estábamos muy por debajo del nivel de la calle, por lo que no oíamos ni las sirenas ni los cánticos de la multitud. Por encima de nuestras cabezas, las luces de los fluorescentes parpadeaban al mismo ritmo que mi corazón desbocado.

«Respira —me recordé a mí misma—. Encuentra a Ruby. Sal de aquí».

Era así de sencillo. No hacer que se dispararan las alarmas. No alertar a los guardias de seguridad. Encontrar a Ruby. Salir de allí.

Eché los hombros hacia atrás y noté en los dientes una descarga de

electricidad estática.

Tal y como había dicho Max, el túnel desembocaba en una pequeña hilera de ascensores.

—Nosotros solo tenemos que subir tres plantas. Podemos ir por la escalera —le propuso Roman a Vida—. Atraeremos menos la atención que si nos paramos varias veces.

—Buena idea —dijo Vida al tiempo que asentía en señal de aprobación.

Priyanka dio un paso al frente y acercó la mano al teclado numérico. Se oyó un ding cada vez que el ascensor descendía una planta y, al escuchar aquel sonido, todos dimos un respingo.

—Cuarta planta, delante de esta misma hilera de ascensores —dijo Vida—. Veinte minutos. Pase lo que pase, nos encontramos aquí. Y, si es necesario, decidiremos qué hacer.

Asentí mientras ellos entraban en el ascensor.

—Buena suerte.

Las puertas se cerraron y desaparecieron. Se me formó en el estómago un desagradable nudo de miedo. Roman levantó una mano y me la apoyó en la nuca. Al notar aquel roce, me volví hacia él.

—Llegamos juntos —dijo en voz baja—, nos vamos juntos.

Asentí y erguí de nuevo los hombros. Saqué el teléfono de prepago del bolsillo y empecé a grabar. Priyanka ya había pirateado la cerradura de la puerta que daba a la escalera y la estaba sujetando para que pasáramos. Respiré hondo y los seguí.

La energía del edificio era como un murmullo sordo en mis oídos. Las paredes de cemento de la escalera estaban pintadas y selladas, y los cantos de los peldaños cubiertos con goma para evitar resbalones. A un lado de los escalones habían colocado una tira de cinta que brillaba en la oscuridad. De hecho, casi resplandecía más que los apliques de la pared. Solo uno de cada dos estaba encendido, como si estuvieran usando las luces de emergencia.

—Puede que hayan evacuado el edificio —susurré.

—Creo más probable que nadie haya podido volver a entrar en la ciudad desde el comunicado —dijo Roman también en un susurro.

«No bajes la guardia», me dije mientras contaba los pisos que íbamos subiendo. Garaje principal, vestíbulo, primera planta...

Priyanka dio un nuevo paso al frente para ocuparse del teclado numérico. En la puerta había una ventanita que nos permitía ver bastante bien el pasillo vacío. Roman se llevó un dedo a los labios y sujetó la pistola con la otra mano al tiempo que empujaba suavemente la puerta con el hombro.

El pecho me ardía y mi respiración trabajosa resonaba en el silencio absoluto de la planta. Unas cuantas luces fluorescentes iluminaban desde el techo las hileras de grises cubículos. Las filas de mesas de trabajo ocupaban la planta de punta a punta. Hice un barrido con la cámara para grabar imágenes de todas aquellas mesas, y luego negué con la cabeza. Siguiente planta.

La segunda planta estaba tan en penumbra como la primera, pero la distribución era totalmente distinta. El hueco de la escalera daba a dos largos corredores: el primero de ellos se extendía en línea recta hasta terminar en un ventanal y el otro se dirigía hacia la derecha, para desembocar abruptamente en dos pesadas puertas correderas señalizadas como CUARENTENA.

Mis zapatillas de deporte chirriaron espantosamente cuando nos adentramos por el pasillo que teníamos delante. Me detuve de golpe y me preparé por si alguien salía de repente de las puertas. Priyanka se deslizó como si estuviera caminando entre las nubes. Roman negó con la cabeza cuando ella extendió una mano hacia el pomo de la puerta más cercana, pero Priyanka no le hizo ni caso y la abrió. Yo seguía grabando con el teléfono.

Era un despacho. Había un escritorio, una librería atestada, montañas de papeles y unos zapatos de tacón debajo de la mesa. No nos hizo falta ir más lejos para saber que los demás despachos serían exactamente iguales. Las

corrientes eléctricas que yo percibía eran idénticas, pero no eran más que chispas comparadas con el rugido de la energía que procedía de detrás de las puertas correderas, al fondo del otro pasillo.

En esta ocasión, yo fui delante y los demás me siguieron. El pasillo parecía sumirse en las sombras a medida que me acercaba a las puertas. El corazón me latía con tanta fuerza, tan desbocado, que no habría podido hablar por mucho que lo hubiera necesitado. Extendí una mano y pulsé el botón de la pared. Las puertas se abrieron con un siseo.

Pero en cuanto solté el botón para entrar, las puertas volvieron a cerrarse.

—Probablemente solo se abren desde el otro lado —dijo Roman.

—No mientras yo esté aquí —respondió Priyanka, en un susurro—. Ábrete sésamo.

Nos llegó un aire frío y estéril, que me acarició las mejillas y el pelo con sus gélidos dedos. Contuve un escalofrío mientras Roman se acercaba de inmediato a la caja de mascarillas quirúrgicas que colgaba de la pared y nos iba pasando una a cada uno. Me coloqué la mía sobre la boca y agradecí tener algo que me protegiera de respirar aquel hedor químico. Se me puso la piel de gallina en los brazos y en la nuca. Aquella parte del edificio era aún más oscura que las anteriores: una única luz brillaba en el techo mientras recorríamos las habitaciones, similares a las de un hospital y repletas de máquinas. Priyanka aminoró el paso, al tiempo que echaba un vistazo por la ventanilla de una de las puertas.

—¿Qué coño es este sitio? —susurró.

Tuve una desagradable sospecha acerca del uso que se le había dado a aquel lugar años atrás, cuando se había detectado la ENIAA por primera vez y todo el mundo había creído que se trataba de un virus contagioso. Probablemente, era allí donde habían aislado los primeros casos conocidos.

Roman se volvió hacia las puertas que acabábamos de cruzar y nos indicó

por señas que lo siguiéramos. Pero nada más dar un paso al frente, me llegó una débil melodía y a punto estuve de dejar caer el teléfono al suelo.

No era una melodía cualquiera, sino una canción de los Rolling Stones. «Start Me Up».

Viajaba sobre el suelo de baldosas, por la superficie lisa de las paredes. Al fondo, el pasillo estaba tan oscuro que ni siquiera habíamos visto que se cruzaba con otro y giraba a la derecha.

Eché a andar en primer lugar, con la sensación de que a cada paso iba perdiendo hilos de mí misma. Roman me seguía de cerca, apuntando con su pistola.

El pasillo terminaba en otro par de puertas, que se abrían y cerraban suavemente, movidas por la fuerza del aire acondicionado que las empujaba desde lo alto. Batas azules. Una mesa de quirófano. Máquinas enormes que emitían una especie de zumbido.

«Aquí no», pensé, mientras empujaba una de las puertas para abrirla. «Aquí no, por favor».

Tuve la sensación de estar dentro de una pesadilla.

Un cirujano estaba junto a la cabecera de la mesa de operaciones, moviendo el taladro que llevaba en la mano al ritmo del compás de la canción, como si fuera un director de orquesta con su batuta. Al otro lado se hallaba una figura pequeña, junto a una mesa de relucientes instrumentos plateados. Y, tras una pantalla, había una tercera persona que controlaba el brazo de una especie de escáner que rotaba sobre sus cabezas.

En la mesa, con la cabeza afeitada y el rostro pálido como la cera, estaba Ruby.

—¡Basta! —exclamé, pronunciando aquella palabra con un rugido de energía.

La lámpara quirúrgica parpadeó y estalló al mismo tiempo que la pantalla.

La mujer que estaba allí sentada salió despedida y se golpeó la cabeza con las baldosas del suelo.

—Voy a llamar...

Roman le disparó al hombre antes de que pudiera terminar la frase. El taladro que llevaba en la mano cayó al suelo un segundo antes que él.

La otra mujer empezó a gritar y se dirigió a toda prisa al estante de material quirúrgico que ocupaba la pared del fondo, a la izquierda. Lo desplazó fácilmente hacia delante. Demasiado fácilmente.

Priyanka echó a correr tras ella y prácticamente le hizo un placaje. Cuando la mujer trató de defenderse, pateando y retorciéndose, Priyanka se inclinó hacia el estante para ver qué había detrás.

—Aquí hay una puerta. ¿Adónde coño conduce?

—Solo es... —tartamudeó la mujer, lloriqueando de miedo—. Solo es una salida de emergencia que da a una de las calles... Por favor, solo estábamos haciendo nuestro trabajo.

No vi cómo la silenció Priyanka. Tampoco me importaba. Apagué la cámara del teléfono y me fui directa hacia la mesa de operaciones.

Cogí a Ruby por los hombros y le noté todos los huesos. Tenía el rostro demacrado y aún se le veía un moretón en la mejilla. Parecía...

«Muerta».

—¿Ruby? —dije—. ¿Me oyes, Ruby?

Busqué el gotero, algún fármaco que le estuvieran inyectando, pero no encontré nada. Le palpé la mano bajo la manta de hospital y traté de encontrarle el pulso. Débil. Pero tenía pulso.

«Solo quería salvarte. Solo quería ayudar».

—¿Quieres que...?

La silueta de Roman se fue diluyendo en el ángulo de mi visión. El quirófano adquirió entonces una textura sedosa y se iluminó hasta quedar completamente invadido por un blanco resplandor. Tuve la sensación de que

me iba a desmayar, aunque notaba el suelo firme bajo los pies. La luz blanca empezó a difuminarse y en la oscuridad que fue quedando atrás empezaron a perfilarse algunas formas. Un pasillo, no muy distinto al de aquella planta, se abrió ante mí. De repente, estaba avanzando por él, por delante de las puertas cerradas y de los rostros minúsculos que me observaban desde las ventanas de aquellas puertas. Vi también sus manitas apoyadas en ellas.

«Recuerdos».

Solté a Ruby con una exclamación, pero el recuerdo no desapareció. No hasta que vi el número en la pared del pasillo, tal y como ella lo había visto.

NIVEL 3.

—¿...bien? ¡Di algo!

Cuando la imagen del pasillo desapareció, la sustituyó la expresión preocupada de Roman. De repente, noté la presión de sus dedos en la parte superior de los brazos.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Priyanka—. ¿Qué es lo que acaba de pasar?

—Hay más niños aquí —dije—. Están en la planta de arriba. Ruby quiere que vaya a buscarlos.

Priyanka me observó y luego desvió la mirada hacia el rostro inquietantemente inmóvil de Ruby.

—No tengo tiempo de explicártelo —dije, cogiéndola por el brazo—. Tienes que venir conmigo para abrir las puertas.

—Vale —dijo al tiempo que apoyaba una mano en la mía—. Ro, ¿estarás bien?

Roman asintió.

—Lo tengo todo controlado —dijo.

Le lancé el teléfono a Roman, que lo cogió con la mano libre. Por un instante, me pareció que se disponía a protestar, pero algo en mi expresión

debió de hacer que se lo pensara mejor. Lo único que percibía yo era el miedo de Ruby; lo único que veía era su cuerpo, tan frágil como inmóvil.

—Envía un mensaje a los demás y diles que la hemos encontrado. Y dile a Max que vamos a necesitar un transporte más grande.

Priyanka abrió desde dentro las puertas de la sala de cuarentena y me precedió por el pasillo en dirección a la escalera. Seguía notando una especie de sensación esponjosa en la mente, como si me hubiera metido dentro algo que no debía estar allí. Ruby no se había despertado aún, pero estaba allí. De algún modo, sabía que era yo. Tal vez me hubiera oído, o percibido...

Nos detuvimos ante la puerta que daba a la tercera planta. Priyanka pegó la espalda a la puerta y trató de echar un vistazo a través del panel de cristal sin que nadie la viera. Tensó todo el cuerpo. Y, sin darme explicación alguna, se apartó para que yo pudiera verlo con mis propios ojos.

Un agente de seguridad yacía despatarrado en el suelo de baldosas. Bajo su cuerpo se había formado un charco de sangre.

Retrocedí de inmediato y la observé con los ojos muy abiertos. Tal vez los demás ya hubieran llegado hasta allí, o se hubieran encontrado antes con él y el hombre hubiera conseguido de alguna manera bajar hasta allí. Pero en la escalera no había ni rastro de sangre: no había más sangre aparte de la que le empapaba el oscuro uniforme. Había caído justo donde lo habían atacado.

Priyanka me dedicó una mirada interrogante, a la espera de que yo tomara la iniciativa. Eché un nuevo vistazo a través de la ventana de la puerta. No había nadie y tampoco disponíamos de más tiempo.

Abrí la puerta despacio: con una mano cogí la pistola que Priyanka me ofrecía y, con la otra, puse de nuevo a grabar la cámara del teléfono.

Cubrí a Priyanka mientras ella corría hasta la puerta más cercana y entonces, al ver que nadie disparaba, la seguí. Un niño, que no debía de tener

más de seis años, pegó la cara al cristal de la puerta y nos observó con los ojos muy abiertos. Me tembló un poco la mano cuando grabé su rostro con el teléfono y, a continuación, hice lo mismo con los demás niños. Ver ocho puertas, y saber que tras ellas se ocultaban otros tantos niños, me provocó un escalofrío.

Sin duda, las habitaciones estaban insonorizadas. Por el camino, vimos a una niña —con el pelo rapado igual que los niños— que gritaba en silencio y golpeaba con los puños el cristal de la puerta. Un poco más allá, otro niño trataba de llamar mi atención y señalaba con las manos hacia el lado opuesto del edificio, donde otro pasillo se cruzaba con el nuestro.

Donde Lana nos estaba esperando.

Levanté la pistola, pero noté de nuevo esa sensación de que me hervía el cerebro, como si me clavaran agujas, y me empezó a doler brutalmente el cráneo. Me tambaleé, tratando de mantener la posición vertical. Ninguna de las puertas estaba abierta: al parecer, a Priyanka no le había dado tiempo.

Lana llevaba la melena ondulada recogida en una cola perfecta. Vestía el mismo uniforme que el vigilante de seguridad al que había disparado y, en ese momento, me estaba observando como no me había observado antes: su expresión me recordó inquietantemente a Roman. Tenía la pistola a un lado del cuerpo, como si el arma con la que yo la estaba apuntando no supusiera amenaza alguna para ella. Me guardé el teléfono en el bolsillo para tener las dos manos libres.

«No tenemos tiempo para esto». Tenía que liberar a los niños.

—Tengo a un equipo entero aquí, conmigo —dijo Lana—. No conseguiréis salir, así que será mejor que vengáis conmigo ahora.

—No lo hagas —dijo Priyanka con voz suave al tiempo que se interponía entre las dos—. Por favor, Lana. Por favor, no vuelvas a partirme el corazón.

—Ese siempre ha sido tu problema, Pri —dijo Lana en tono hostil.

Levantó una mano para tocar el amuleto que llevaba colgado al cuello—. Siempre usas el corazón, nunca la cabeza.

—Cierto —admitió Priyanka, con voz temblorosa—. Soy una romántica, supongo que lo recuerdas.

—Recuerdo muchas cosas —dijo Lana endureciendo el tono.

—No abandonamos a Mercer, Lana —dijo Priyanka al tiempo que daba otro paso hacia ella—. Huimos de él. Ese hombre es un monstruo, está haciendo daño a los niños, igual que esta gente está haciendo daño a todos los niños que tienes justo delante de ti. Por favor..., por favor, deja que Suzume los lleve a un lugar seguro. Y luego llévame de nuevo con Mercer, si quieres.

Lana frunció el ceño en un gesto de asco.

—Como si ahora tuvieras elección. No he venido aquí a buscarte a ti, pero tampoco voy a desperdiciar la oportunidad de detenerte.

Finalmente, levantó la pistola. Yo seguí apuntándola, mientras el corazón me latía desbocado en las sienes. La espantosa sensación de tener los poderes reprimidos hacía que me temblaran las manos.

Yo tenía razón. Lana no hablaba como alguien a quien le habían lavado el cerebro, no tenía nada que ver con lo que yo había visto en algunos rojos. Lana hablaba como alguien a quien habían engañado y manipulado, alguien que había ido a parar directamente a los brazos de una persona que, al parecer, le había hecho creer que era lo bastante poderosa y fuerte como para protegerla.

—¿Crees que Mercer te ama? ¿Que le importas, más allá de lo que tú puedas hacer por él? —le dijo Priyanka, con una risa que sonaba hueca—. Eso no es amor; el amor no es torturar a críos inocentes, ni manipular sus cuerpos para poder utilizarlos. Yo te amo. Roman te ama.

—Y yo os odio —dijo Lana colérica—. Os odio.

Priyanka se estremeció.

—Eso es lo que Mercer te dijo que debías creer.

Lana siguió apuntándome con la pistola y su risa hizo que se me erizara el vello de los brazos.

—Yo creo lo que quiero creer y es esto: Mercer me hizo más fuerte. Me ofreció el poder necesario para ser la persona que quería ser. No me dejó tirada, reunió un ejército para mí. Para nosotros.

—Dejar tirada —repitió Priyanka con voz ronca—. ¿Sabes lo mucho que nos dolió tener que hacerlo?

—No lo bastante como para volver —replicó Lana—. No lo bastante.

A nuestra espalda, la puerta de la escalera se abrió bruscamente. Me volví justo a tiempo de ver a Vida extender los brazos y usar sus poderes para lanzar a Lana contra la pared más alejada. Priyanka contuvo una exclamación y tuve que cogerla del brazo para impedir que se abalanzara sobre el cuerpo tendido boca abajo de Lana.

La presión que ejercían los poderes de Lana en mi cerebro desapareció y la electricidad empezó a circular de nuevo por mi cuerpo, a fluir hacia mí desde todas partes: desde arriba, desde abajo, a través de las paredes de las habitaciones...

—¿Dónde están los niños? —aulló Vida—. ¡Tenemos que irnos!

—Ya os he dicho que no conseguiríais salir de aquí.

Lana consiguió ponerse en pie de nuevo. Me dispuse a abalanzarme sobre la pistola que se le había caído de las manos, pero ella ni siquiera se molestó en tratar de recuperarla.

Se limitó a levantar la tapa de plástico de la alarma de incendios y a pulsar el botón.

43

La alarma acabó definitivamente con el poco control que yo aún ejercía sobre mis nervios. Empezó a sonar a todo volumen, con un aullido tan penetrante como incesante. Pronto se encendieron luces rojas intermitentes, que proyectaron su resplandor sobre las paredes desnudas y el suelo de baldosas.

Vida empujó a un lado a una paralizada Priyanka y disparó a Lana, que en ese preciso instante se alejaba pasillo abajo.

—¡Va a por Ruby! —grité para hacerme oír por encima de la alarma—. ¡Hay un equipo de Estrella Azul en el edificio!

—Los chicos ya están allí —dijo Vida—. Solo necesitamos sacar a los niños de aquí. Priyanka... ¡Priyanka!

Extendió un brazo, agarró a Priyanka por el hombro y la zarandéó violentamente. Tal vez Priyanka se hubiera encerrado en alguna espantosa prisión, pero fue como si en ese momento volviera a salir por fin.

—¿Puedes apagar la alarma? —grité.

—¡Es demasiado tarde! —exclamó Vida—. Llegarán en cualquier momento. Mejor que la alarma siga sonando para disimular el ruido de los disparos. Vigila la otra entrada..., los ascensores del otro lado.

—Vale —dijo Priyanka mientras se encaminaba hacia la primera habitación como si estuviera en trance—. Necesito... Esto va a ser...

—No pasa nada —le dije—, pero date prisa.

Antes de que ocupara su posición, Vida nos gritó algo.

—Si por lo que sea nos separamos, saldremos todos por la sala de cuarentena.

Entonces, Max debía de tenerlo todo preparado. El breve alivio que esa idea me produjo se vio inmediatamente sustituido por el miedo palpitante que sentí al echar a correr pasillo abajo, en la misma dirección en que Lana había huido. Había un ascensor en el segundo pasillo a mi izquierda. Me detuve en la esquina y me agazapé para usar el ángulo de la pared como parapeto.

Un disparo resonó a mi espalda cuando Vida abatió sin demasiados miramientos al primer agente de seguridad.

—¡Tienes unos segundos! —le gritó a Priyanka.

No le hacían falta. Las puertas se abrieron todas a la vez, con un sonoro clac cuando cedieron las cerraduras. Los niños salieron y el resplandor de las luces de emergencia les tiñó de rojo la piel. Solo llevaban batas grises y zapatillas, pero ese no era el motivo de que estuvieran temblando.

—Seguidme, ¿vale? —les dijo Vida—. Os vamos a llevar a un lugar seguro.

Los niños la observaron con una mirada vacía, como si finalmente la sorpresa hubiera calado en ellos. No tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo.

—Somos como vosotros —les grité—. Y estamos a punto de darles una patada en el culo a todos los que os han hecho daño en este edificio. ¿Entendido?

Una niña, que no debía de tener más de diez años, levantó la mano. Vida tardó unos segundos en comprender que debía cogérsela. Una vez que lo hizo, los demás se pusieron en fila tras ellas, se cogieron de las manos y formaron una cadena. Priyanka ocupó la retaguardia y empujó suavemente a los niños hacia la puerta mientras Vida la abría con el hombro. Se asomó al hueco de la escalera y apuntó primero hacia arriba y luego hacia abajo por si llegaba alguien.

Yo esperé un segundo más, solo para asegurarme de que no subía nadie en el ascensor, y luego eché a correr tras ellas. Notaba la pistola resbaladiza

entre las manos, pero no me atrevía a soltarla para secarme el sudor en los vaqueros. Clavé la mirada y el cañón de la pistola en los escalones que quedaban por encima de nosotras, adoptando una postura idéntica a la de Vida mientras iba abriendo camino escalera abajo. Algunos de los niños se pusieron a gritar al ver los cadáveres y los heridos que rodaban por los escalones.

Las balas rebotaban en las barandillas y las órdenes que gritaban los vigilantes de seguridad uniformados se iban convirtiendo en gritos de dolor. Vida empujó con el hombro la puerta de la tercera planta. Fui contando las cabecitas de los niños que la seguían, formando una cadena que terminaba en Priyanka. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

Pero habíamos visto ocho puertas. Tenía que haber ocho niños.

Cogí aire y lo expulsé rápidamente mientras echaba a correr escalera arriba y empujaba de nuevo la puerta para abrirla. Los zapatos me resbalaron en el charco de sangre y dejé tras de mí un rastro. Traté de contener el pánico que me inundaba de nuevo como si fuera una ola y me concentré en registrar todas las habitaciones, en busca de escondrijos en los que un niño pudiera haberse ocultado. Me centré en el recuerdo que Ruby me había transmitido y traté de comparar aquellas imágenes satinadas con los rostros de los niños a los que había visto. La última habitación del lado izquierdo era idéntica a las demás, con la única diferencia de que el camastro era más grande. El estómago se me encogió cuando comprendí lo estúpida que me había vuelto el pánico.

Ruby. Ruby era la octava paciente de aquella planta. No había ningún otro niño.

Sonó en ese momento la campanilla del ascensor y se abrieron las puertas. Oí pasos de botas y fue lo único que necesité para echar a correr de nuevo hacia el hueco de la escalera, impulsándome con brazos y piernas como si me

fuera la vida en ello. Cuando llegué a la escalera iba tan rápido que prácticamente bajé rodando hasta el descansillo de la segunda planta.

«Tranquila», pensé. «Cálmate».

Intenté mirar por el panel de cristal de la puerta, pero una bala lo había convertido en una telaraña de grietas. Después de utilizar mi poder para comprobar si había alguna señal eléctrica cerca, y no encontrar ninguna, abrí lentamente la puerta y asomé primero la pistola.

La alarma aullaba por el pasillo. Las luces rojas se deslizaban sobre los cuerpos tendidos en el suelo. Me tragué la bilis mientras zigzagueaba entre ellos y corría hacia las puertas de la sala de CUARENTENA.

Solo lo recordé al soltar el botón.

—Mierda —exclamé.

Las puertas volvieron a cerrarse en cuanto levanté la mano del botón. Lo intenté de nuevo y eché a correr hacia las puertas, pero el pesado metal se me cerró en las narices. Apoyé la cara en la ventanita de la puerta derecha y escudriñé la oscuridad del pasillo en busca de los demás. La golpeé, conteniendo el aliento..., y aflojé la presión cuando nadie acudió.

«Piensa». Tenía que haber algo en aquella planta que pudiera usar para abrir las puertas o, al menos, para impedir que se cerraran del todo.

Jadeando, empujé una de las sillas de un despacho cercano y traté de colocarla justo en el centro, pero las puertas se cerraron con tanta fuerza que hicieron añicos la estructura de plástico de la silla. Las ruedas salieron disparadas en la otra dirección.

Podía intentarlo con los agentes de seguridad y soldados que yacían en el suelo, pero... Sacudí la cabeza para ahuyentar las escabrosas imágenes que la habían llenado. Las puertas les romperían los huesos, pero tal vez un chaleco de Kevlar pudiera resistir la fuerza del impacto. Me tembló todo el cuerpo cuando le quité el chaleco a uno de los soldados y noté la sangre que lo había empapado.

Pulsé el botón para abrir las puertas y luego empujé el chaleco, hecho una bola, hacia el espacio que las separaba. Al cerrarse, no consiguieron atravesar el tejido, pero la fuerza del impacto fue tan grande que el chaleco se deslizó y quedó al otro lado del pasillo. Golpeé de nuevo el botón con el puño y grité.

—¡Eh! ¡Priya! ¡Vida!

Pero apenas conseguía oír mi propia voz por encima del aullido de la alarma.

«Idiota», pensé, furiosa. No tenía teléfono. Ni siquiera sabía adónde iba a parar la salida secreta, por si podía reunirme con ellos en la calle. Mis opciones se iban acabando, se iban agotando como una batería que está en las últimas.

Solté el botón, retrocedí un paso y observé con atención las dos ventanitas de las puertas. Yo era más bien menuda... Tal vez retorciendo el cuerpo consiguiera pasar. Apunté con cuidado y absorbí con los brazos el retroceso del arma. Pero en lugar de romper el cristal, la bala salió rebotada. Cristal reforzado. El cargador estaba vacío.

—Mierda —exclamé, al tiempo que me secaba el sudor de la frente.

Pensé a toda velocidad, apurando las últimas posibilidades que me quedaban. Podía utilizar mis poderes para sobrecargar los circuitos de las puertas y freír los cables. Tal vez bastara con eso para que se quedaran abiertas, pero también podía activarse un circuito de seguridad que las bloqueara del todo.

Expulsé aire, temblando, y traté de calmarme para pensar. Llegados a aquel punto, ya no perdía nada por intentarlo. Nadie iba a venir a buscarme, excepto los soldados y los agentes de seguridad que ya debían de estar peinando las plantas. Si las puertas se abrían, genial. Mejor para mí. Si se cerraban, intentaría mi última opción: buscar otro camino para salir del edificio y reunirme con los demás en alguna parte.

«Ya he perdido demasiado tiempo», pensé.

Acerqué de nuevo la mano al botón de control de las puertas, pero entonces noté algo duro que se me clavaba en la base de la espalda. El intenso y repentino calor en la mente, y el hormigueo que me la adormecía, me hicieron gritar de rabia. La alarma seguía sonando y sonando, cosa que obligaba a Lana a hablarme junto al oído.

—Pórtate bien y apoya las manos en la puerta.

«Así no».

Las palabras me abrasaron por dentro y se me quedaron atascadas en el pecho.

Solo quería salvar a Ruby. Solo quería ayudar.

Lana me empujó con la pistola para obligarme a caminar. Vi mi reflejo ensombrecido en el metal gris de las puertas. Las noté heladas al apoyar en ellas las manos y la frente.

—Si no puedo llevarle a Ruby, al menos te puedo ofrecer a ti —dijo Lana al tiempo que me retorció un brazo a la espalda—. Al final resultará que el viaje no ha sido en vano.

—Puedes intentarlo, si quieres —le dije, ignorando la fría presión del cañón del arma en la espalda.

Cerré los ojos con fuerza y me concentré en encontrar el hilo plateado, en liberar aquella chispa del férreo control que Lana ejercía sobre mi mente. Aquellos poderes eran míos. Nadie podía arrebatármelos. Nadie.

El peso y la presión que notaba en el cráneo parecieron flaquear.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó Lana—. Para...

Sucedió tan rápido que ni siquiera me di cuenta de que estaba cayendo hasta que las puertas desaparecieron, delante de mí, y me estrellé contra el gélido suelo de baldosas. Me castañetearon los dientes y me mordí la lengua, al tiempo que notaba un intenso dolor en las rodillas y en las palmas de las manos. Me di enseguida la vuelta, con la intención de apartar a Lana de una patada, pero entonces vi que las puertas habían vuelto a cerrarse justo

después de pasar yo. Jadeé cuando se soltó el nudo que me atenazaba la mente y por ella empezó a fluir de nuevo la cálida energía.

«Míos».

Durante un desesperado segundo, creí que lo habían conseguido... pero yo había cruzado las puertas y ella...

Se oyó una especie de grito ahogado al otro lado de las puertas, aunque no tan ahogado como para que no pudiera oírlo por encima de la alarma. «¿Qué coño acaba de pasar?». Cuando me puse de nuevo en pie, vi el resplandor de las luces rojas que inundaba el pasillo.

«Corre, imbécil», pensé, mientras echaba un vistazo a Lana por la ventanita de la puerta.

La sangre se me heló en las venas.

Alguien había agarrado a Lana por detrás. La sujetaba por el torso, con los brazos pegados a los costados. Vi una cabeza de pelo castaño, bajo el resplandor de las luces de emergencia, y lo supe. Antes de que él levantara la mirada, lo supe.

—¡Roman!

Era... era imposible. Lo había dejado en la sala de operaciones. Se habían adelantado, con Liam, Chubs y Ruby. ¿Por qué no se había marchado con los demás?

¿Por qué estaba en el lado equivocado de las puertas?

Golpeé el cristal con las manos, tratando de llamar su atención. Lana se retorció ferozmente, pero él la sujetaba con más fuerza. Vi una expresión de dolor en su rostro cuando le dijo algo a Lana que yo no pude oír.

Que yo tuviera mi poder significaba... ¿qué significaba? ¿Que Roman había conseguido sorprenderla e imitar sus poderes antes de que Lana pudiera usarlos con él? Es decir, ¿que Roman había anulado la capacidad de Lana para anular nuestros poderes?

—¡Roman! —lo llamé golpeando la puerta con más fuerza.

Levanté las manos, dispuesta a tratar de freír las puertas, pero justo en ese momento Roman me vio. Se volvió, sin dejar de arrastrar el cuerpo de Lana, y le tembló el brazo al pulsar el botón de la pared. Se oyó un sonido metálico en la parte interna de las puertas y, tal y como había temido, se activó el circuito de seguridad. La energía se fue escurriendo como el alma que abandona un cuerpo.

—¡No! ¡Roman!

Introduje los dedos en la grieta de las puertas y afiancé los pies en el suelo. Podía fundir la cerradura, podía hacer algo... Las puertas eran muy resistentes, pero...

Roman desvió la mirada hacia el hombro izquierdo, donde había apoyado la mano derecha con los dedos juntos y extendidos. Levantó despacio la mano y luego volvió a apoyarla en el hombro, repitiendo así el movimiento. La señal.

«Estoy bien».

—¡No! —le grité.

Volvió a hacerlo mientras luchaba por sujetar a Lana.

«No pasa nada».

Supe que había empezado a llorar cuando me resultó imposible respirar, cuando noté las manos tan resbaladizas por el sudor y las lágrimas que ni siquiera conseguía agarrarme a la puerta. Me acerqué de nuevo a la ventanita, tratando de captar su atención. El esfuerzo de imitar los poderes de Lana ya estaba empezando a tener efectos en él. Mientras seguía arrastrándola por el suelo, una espantosa expresión de dolor apareció en su rostro.

Grité cuando varios soldados armados salieron de la puerta de la escalera y empezaron a recorrer el pasillo. No eran soldados uniformados del ejército, ni vigilantes de seguridad del edificio, ni siquiera Defensores... Aquellos hombres y mujeres vestían un uniforme completamente negro que me resultaba familiar.

«Estrella Azul».

La forma en que Lana se relajó al verlos y la sádica sonrisa triunfal que le iluminó el rostro me helaron la sangre y me obligaron a contener la respiración.

—¡No! —grité—. ¡Suéltala!

Roman no podía volver. Lo matarían... Mercer lo mataría: si no lo mataba de un balazo, lo sometería a una terrible tortura mental y emocional hasta acabar con él.

Pero Roman no estaba dispuesto a dejar marchar a su hermana. Otra vez no. Ni siquiera para huir y salvarse a sí mismo.

Se volvió a mirar a los soldados y luego de nuevo a mí: sus ojos azules centelleaban en ese momento tanto como los relámpagos en el cielo la noche de la tormenta. La expresión de su rostro era de una calma aterradora. Leí una palabra en sus labios.

«Corre».

Un bote salió rodando hacia los soldados. Roman retorció el cuerpo y les dio la espalda a los soldados para proteger a su hermana. Los hombres formaron una línea de defensa al fondo del pasillo; varios de ellos empuñaron las armas para cubrir a los que se acercaban provistos de esposas. Fue lo último que vi antes de que estallara el fogonazo de la granada aturdidora y la luz borrara las imágenes.

Apoyé de nuevo las manos en el cristal y lo aporreé.

«Corre», pensé. «Tienes que correr».

No podía quedarme allí. No podía marcharme.

Pero los demás... Ruby, Priyanka, Liam, Chubs, Vida y los niños... Me necesitaban. Me necesitaban para huir. Aún no había terminado mi trabajo.

Aún no había terminado mi trabajo.

No sé cómo conseguí volver a la sala de operaciones, ni cómo conseguí bajar por aquella escalera estrecha y tosca. Tuve el suficiente sentido común

como para volver a colocar los estantes en su sitio después de entrar y sobrecargar la cerradura con teclado numérico de la puerta, hasta que el metal empezó a sisear y se fundió.

Lo que sí sé es que, cuando llegué al exterior, los demás aún estaban allí. Al principio, nada tenía sentido. No reconocí aquella extraña callecita lateral, pegada a la parte posterior del edificio: había una especie de muelle de carga con un saledizo de ladrillo encima de la rampa, cosa que lo ocultaba a cualquiera que observara desde lo alto. Y allí, en el muelle de carga, vi aparcado uno de los camiones cisterna de color blanco que las Naciones Unidas y el Gobierno provisional utilizaban a menudo para llevar agua potable a los centros de población.

Max estaba junto a mujer de mediana edad y piel oscura que vestía ropa militar. La mujer señalaba el camión, con una expresión de pánico en el rostro. Chubs estaba en lo alto del tanque, bajando uno a uno a los niños por una pequeña escotilla. Liam y Ruby ya debían de estar dentro.

Las únicas que no habían subido aún al camión eran Vida y Priyanka, que en ese momento estaban hablando. Priyanka señaló el edificio con gesto acalorado. Vida, en cambio, señaló hacia el cielo; en algún lugar cercano, se oía el zumbido de los helicópteros.

Chubs fue el primero en verme. Llamó a las chicas y me señaló mientras me acercaba a ellas por el lateral del muelle de carga. Respiré hondo. El pitido que notaba en los oídos sonaba como un grito y me desgarraba más y más a cada paso que daba. A cada segundo que pasaba.

Mientras viviera, no olvidaría jamás la expresión de Priyanka cuando me vio correr hacia ellos, sola. Su mirada de alivio se fue diluyendo, se fue encogiendo hasta transformarse en angustia, y la herida se convirtió en una cicatriz duradera.

—¡No! —gritó al tiempo que saltaba desde la escalera y echaba a correr hacia mí—. ¡No! ¿Dónde están?

La cogí y, pese a que era mucho más alta que yo y que en aquel momento sufría un ataque de pánico, conseguí arrastrarla de nuevo hacia el camión cisterna.

—Tenemos que irnos. Se nos echarán encima en cuestión de minutos...

Vida trató de ayudarme a arrastrar a la larguirucha Priyanka y, a modo de recompensa, se llevó un puñetazo en la mandíbula.

—No me obligues a dejarte fuera de combate —la amenazó Vida.

—¡Aún siguen ahí dentro! —exclamó Priyanka—. ¡Roman ha ido a buscarla! ¿Dónde están?

—Estrella Azul —me limité a decir.

Vida me miró. El dolor que me atenazaba la garganta se fue extendiendo a todo el cuerpo. Vida acercó una mano y me echó el pelo hacia atrás.

—Has hecho lo correcto —me dijo con voz firme—. Lo único que podías hacer.

—Por favor —le estaba suplicando la conductora a Max—, tenemos que irnos. Aún están patrullando las calles. Quiero ayudarlos, en serio, pero tengo una familia. Si me pillan haciendo esto, lo pagarán ellos.

—No pienso irme —dijo Priyanka.

—Al parecer, pensabas que lo de dejarte fuera de combate iba en broma —le respondió Vida al tiempo que se arremangaba.

—Ahora mismo no podemos ayudarlos —dije, negándome a considerar la posibilidad de que no los hubieran cogido con vida—. Quería que nos marcháramos, Priya me ha dicho que me vaya.

—¿Estaban juntos? —preguntó Priyanka—. Roman y Lana... ¿estaban juntos?

A modo de respuesta, solo pude asentir.

Priyanka se volvió de nuevo hacia la escalera y se negó a mirarme mientras subía. Tuve la sensación de que me aplastaban el cuerpo cuando acerqué una mano para ayudarla a mantener el equilibrio y ella se apartó.

La seguí hasta lo alto de la cisterna y acepté la ayuda de Chubs para descender por la angosta escotilla. Se me hundieron los pies en el agua, cosa que me sorprendió. Apestaba a cloro y a la sustancia química con sabor a cobre que añadían al agua para neutralizar el Agente Ambrosía.

Fui palpando las paredes de aquel oscuro espacio hasta que la vista se me adaptó lo suficiente y pude ver a los niños acurrucados junto a una pared. Liam estaba al fondo de la cisterna y tenía a Ruby entre los brazos.

La habían arropado con varias mantas de basta tela, por lo que tenía el débil cuerpo tapado desde el cuello hasta los pies. Liam le sujetaba los hombros con un brazo y le había apoyado la cabeza en el pecho. Los dos tenían la mitad inferior del cuerpo bajo el agua. Me arrodillé frente a ellos y acerqué una mano para tocarle el rostro a Ruby. No tenía mejor aspecto que la última vez que la había visto. Las sombras acentuaban aún más sus facciones hundidas.

—Vamos, cariño —le estaba murmurando Liam—, no nos hagas esperar. Ya sabes que me pongo muy impaciente.

Priyanka nos observaba desde la otra pared, donde se había acurrucado junto a los niños. Por la escotilla se filtraba la luz suficiente como para ver las lágrimas que le resbalaban por las mejillas y se precipitaban al agua, bajo su cuerpo.

Finalmente, Max y Vida entraron y Chubs cerró la escotilla, por encima de nuestras cabezas. Los niños contuvieron una exclamación al verse sumidos en la oscuridad y quise decirles que esperaran un poco, que no tardarían en adaptarse, como a todo lo demás. Pero, por algún motivo, pensé que ese consejo no les hacía ninguna falta.

El motor del camión cisterna empezó a rugir y salimos lanzados hacia delante cuando la conductora hizo descender el camión por la rampa del muelle de carga y luego giró para enfilear la calle.

—¿Dónde la has encontrado? —oí que Vida le preguntaba a Max.

—Me ha pillado intentando llevarme el camión y me ha dicho que nos ayudaría —respondió Max.

—¿Y te has creído a alguien que lleva un uniforme del Gobierno? —le preguntó Priyanka.

—Ha traído el camión hasta Leda, ¿no? —preguntó Max.

—Joder, tío —exclamó Vida mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y la apoyaba en la pared de la cisterna.

El vehículo dio un bandazo cuando la conductora tomó otra curva.

—No nos va a entregar —dijo Max—. Vamos a llegar al encuentro que has organizado. Lo prometió.

—Si tengo yo razón, te juro que grabaré esas palabras en tu puta lápida —se burló Vida—. «Lo prometió».

Chubs le apoyó una mano en el hombro para tranquilizarla y se acercó para ver qué tal estaba Ruby.

—¿Algún cambio? —susurró.

Liam negó con la cabeza.

—Los niños dicen que no saben muy bien qué ha pasado. Dicen que lleva así... —dijo Liam, pero hizo una pausa para tragar saliva—, que lleva así varios días.

—¿La han sometido a la cura? —le pregunté.

—No lo sé —respondió Liam—. Los niños dicen que la gente de Leda les hacían pruebas y les tomaban muestras, pero quién sabe lo que le habrán hecho a ella.

La imagen del cirujano con el taladro se me apareció en la mente. Sin embargo, cuando acerqué una mano para pasársela por el pelo rapado, la imagen de Ruby desapareció en un fogonazo de luz blanca. La misma sensación de antes, aunque algo más débil, me recorrió por dentro. Y, en esta ocasión, supe que debía dejarme llevar.

El recuerdo fue cobrando forma en mi mente, como si estuviera hecho de

gotas de tinta que caen al agua. Vi árboles en pleno esplendor primaveral. Y una pista de tierra entre ellos. Un patio circundado por un edificio tapiado cuyas paredes estaban repletas de grafitis.

Reconocí el lugar.

El columpio roto pareció materializarse, surgir de entre el polvo y el aire. El antiguo rótulo de la escuela estaba hecho pedazos, pero aún se veía una parte del logotipo: «Escuela de enseñanza primaria de Blackstone».

¿Por qué me mostraba aquello?

Pasé o, mejor dicho, Ruby pasó junto a los columpios y se dirigió hacia una estructura de juegos infantiles. Se dejó caer de rodillas y se arrastró bajo un largo tobogán de plástico que se había combado.

Hundió las manos en la arena húmeda y fue apartando puñados a un lado. Transcurridos unos minutos, Ruby o, mejor dicho, yo, metí una mano en el bolsillo de su chaqueta. Una cajita negra, como las que se usan para guardar joyas, apareció entre mis manos. La abrí. Dentro, había una pequeña memoria USB. Y una tira de papel en la que solo aparecían escritas dos palabras: PONLE FIN.

La tapa se cerró de golpe y la caja fue a parar al agujero. Me dolía la mano mientras la iba tapando con arena. La última vez que Ruby me había implantado un recuerdo no había sentido nada, pero en esta ocasión el dolor era real.

Era Priyanka. Comprendí que me estaba aplastando la mano, que la estaba utilizando como si fuera una soga para extraerme del recuerdo cada vez más borroso de Ruby. La miré una última vez, pero su expresión me pareció tan imperturbable como antes.

—Algo está pasando —susurró Priyanka—. Percibo un montón de tecnología aquí cerca.

En ese momento, yo también la percibí.

Max tendría que haber dado gracias a la oscuridad, porque era lo único que

podía ahorrarle la mirada que, sin duda, le estaba lanzando Vida en ese momento.

—Vamos allá —dijo Vida, en voz baja—. Intentad quedaros muy quietos.

Los frenos del camión chirriaron y el agua se desplazó hacia un lado de la cisterna, como si fuera una ola. Pegué la oreja a la pared húmeda y me esforcé por escuchar algo.

—¿Por qué hemos parado? —preguntó Chubs.

Se me ocurrieron unos cuantos motivos: una carretera bloqueada, que nos hubiera parado la policía o alguna de las patrullas militares, que nos hubiéramos topado con algún control a la salida de la ciudad...

—...he dicho, he terminado la entrega y ahora tengo que largarme antes de que las cosas se pongan peor —estaba diciendo la conductora.

«Control», pensé. Apreté la mandíbula y le estrujé la mano a Priyanka con fuerza.

—Tenemos órdenes de inspeccionar todos los vehículos, incluso los de transporte militar —dijo un hombre.

—No... No lo abran —se apresuró a decir la conductora—. Con todo este humo, contaminarán el agua depurada. Y entonces no servirá para nada y yo tendré que rellenar miles de hojas de papeleo.

—Tenemos que inspeccionar el contenido de todos los vehículos —insistió el hombre.

Se oyó un golpe en la parte trasera de la cisterna, donde estaba la escalerilla. Los niños se apretujaron aún más y dirigieron la mirada hacia la escotilla.

—Pues aquí lo tiene —dijo la conductora—. Acerque la mano.

Había una especie de grifo junto a mi hombro izquierdo. Di un respingo al escuchar el chirrido metálico de una llave que giraba en la parte externa del camión.

El nivel de agua de la cisterna era demasiado bajo para llegar hasta el grifo

de la pared. Recogí agua con las manos, con la esperanza de verterla por el agujero. Antes de que lo consiguiera, uno de los niños —un quinesio, obviamente— levantó una mano y dirigió un flujo constante de agua hacia el grifo. No dejó de hacerlo hasta que oímos de nuevo el chirrido de la llave exterior al cerrarse. El agua que sobraba me cayó por encima del hombro y me empapó el pecho.

Vida se inclinó y le apretó el hombro al niño, admirada.

Cuando el motor rugió de nuevo y la cisterna empezó a vibrar otra vez, me pareció oír la voz de Max.

—Sabía que no nos delataría.

Pero mientras seguíamos avanzando, solo Liam se atrevió a hablar. Una y otra vez, formulando en mitad del silencio la misma pregunta aterradora.

—No se despierta... ¿por qué no se despierta?

44

La conductora nos llevó de vuelta al aparcamiento en el que habíamos dejado los vehículos y, para mi sorpresa, ya había alguien esperándonos allí: Cate.

Llevaba el pelo rubio oculto bajo una gorra de béisbol y vestía informalmente, con una camiseta y unos vaqueros. No reconocí la furgoneta que había aparcado junto al polvoriento turismo y el todoterreno, pero tampoco es que importara mucho.

La distancia entre el fondo de la cisterna y la escotilla era tanta que Chubs tuvo que usar sus poderes para subirnos a todos, uno a uno. Cuando por fin salí, vi que Vida y Cate estaban hablando y que tenían un mapa desplegado sobre el capó del turismo.

—Pensaba que habías dicho que erais ocho más los niños —oí decir a Cate, mientras yo ayudaba a uno de los niños a bajar por la resbaladiza escalera.

—Éramos ocho —se limitó a decir Vida, a modo de respuesta.

La conductora había bajado de la cabina y estaba observando a Chubs, que seguía con su tarea de ayudar a los niños. En su rostro apareció una expresión de asombro, como si estuviera presenciando un truco de magia. Me dirigí hacia ella, con la intención de decirle lo agradecidos que le estábamos por lo que había hecho, pero ella se limitó a levantar una mano.

—No me hace falta conocer los detalles acerca de lo que hacían en el laboratorio —me dijo—. Traía aquí a mi hijo todas las semanas para que le hicieran pruebas, hasta que desarrolló la ENIAA. Tened mucho cuidado, ¿vale?

Liam levitó a Chubs hacia la escotilla y luego, de algún modo, pasó a Ruby de sus brazos a los de Chubs. Por último, Chubs utilizó sus poderes para sacar a Liam.

Al principio, pensé que era agua lo que le empapaba el costado de la camiseta, pero la mancha era demasiado oscura para tratarse de agua. En algún momento, se le debían de haber soltado los puntos. Chubs también lo vio, pero ninguno de los dos intentó detener a Liam mientras llevaba a Ruby hacia la parte posterior de la cisterna y la depositaba con cuidado en los brazos de Vida, que ya estaba allí esperando.

Max había reunido a los niños y trataba de distraerlos con no sé qué historia mientras los conducía hacia la furgoneta de Cate.

—Tengo a una doctora de confianza esperándonos en el piso franco —dijo Cate, cuando ella y los demás pasaron frente a mí y se dirigieron al todoterreno—. Nos dará una respuesta sincera.

—No quiero sinceridad —le dijo Liam, que parecía exhausto—. Quiero que se ponga bien.

—Lo sé —dijo Cate en voz baja, al tiempo que abría la puerta trasera del coche para que Liam entrara primero. Luego, entre los dos, subieron a Ruby.

Saludé con una mano a la conductora del camión, consciente de que seguramente no me veía. Pero daba igual.

Vida ya se había sentado al volante del todoterreno y Chubs estaba a su lado, en el asiento del pasajero. Por tanto, a mí no me quedaba más remedio que apretujarme en el asiento trasero con Liam y Ruby. Priyanka y Max se llevaron a dos de los niños al turismo, mientras Cate ayudaba a los demás a subir a la furgoneta.

Lo hicimos todo con rapidez y en silencio, con la eficiencia de quienes quieren largarse cuanto antes de un sitio sin renunciar por ello a hacerlo con la mayor delicadeza posible. Seguimos a Cate hasta la calle y, por último, dejamos definitivamente atrás la ciudad.

La radio estaba en marcha, aunque con el volumen muy bajo, para que Chubs pudiera seguir las noticias. Traté de no escucharla y, para ello, me concentré en la respiración agitada de Liam, que seguía sosteniendo a Ruby entre los brazos. Me sorprendió observándolo y se le ablandó la mirada. Si seguía mirándolo, acabaría por echarme a llorar, pero echarme a llorar no resultaba precisamente útil dada la situación.

—Siento lo de Roman —dijo.

Sabía que era cierto. Sabía que todos estaban tan afectados como yo, pero el dolor que me atenazaba el pecho era tan intenso que me sentía como si alguien me hubiera atado los pulmones. No podía decirle a Liam que no pasaba nada y tampoco sabía cómo explicarle lo que había ocurrido, ni lo que podía ocurrirles a Lana y a Roman si regresaban a Estrella Azul, así que opté por no decir nada. Cuanto más nos alejábamos de Filadelfia, más comenzaba a asimilar la verdad de lo ocurrido. Mi silencio se convirtió en un lugar en el que podía recobrarme, no en una trampa. Y, en ese momento, era justo lo que necesitaba.

Liam extendió el brazo libre, me lo pasó por encima de los hombros y me acercó a él y a Ruby.

En ese momento, también lo necesitaba.

El piso franco de Dover debía de ser una reliquia de los tiempos de la Liga de los Niños, pero no hice preguntas y Cate tampoco se ofreció a dar explicaciones. Estaba al fondo de una calle por lo demás desierta; en el porche delantero aún ondeaba una descolorida bandera de Estados Unidos. Lo cual, teniendo en cuenta la situación, resultaba bastante irónico. Pero parecía un lugar relativamente seguro, sobre todo cuando ocultamos la furgoneta en el garaje y metimos a los niños en la casa. Así pues, no entendía por qué Liam tenía cara de haber visto un fantasma.

—Es el único piso franco que conservamos después de que se disolviera la Liga de los Niños —estaba diciendo Cate cuando regresó para abrir la puerta de Liam—. Creedme, de haber podido elegir no os hubiera traído aquí a ninguno de vosotros.

Una mujer con el pelo corto y oscuro apareció en la puerta.

—Entradla —dijo al tiempo que miraba a ambos lados de la calle.

Haciendo un visible esfuerzo, Liam llevó a Ruby por el sendero de acceso a la casa y subió los escalones del porche. Chubs los siguió de cerca y colocó una mano bajo el cuerpo inerte de Ruby. Por si acaso.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, Maria —le dijo Cate a la mujer mientras los chicos dejaban a Ruby en una cama del piso de arriba.

La cama no tenía nada, a excepción de la sábana que cubría el colchón. La doctora se quitó la chaqueta de lana que llevaba, demasiado grande para ella, y la enrolló y se la colocó a Ruby bajo la cabeza, como si fuera una especie de almohada.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Cate, que revoloteaba en torno a la cama como si no pudiera estarse quieta.

La doctora ya había preparado instrumental de mano en la mesilla de noche, así como un gotero.

—Agua limpia, paños y ropa para ella —respondió Maria—. He mirado en los armarios por si acaso, pero no he encontrado gran cosa.

—Vaciamos la casa, por si había algo que pudiera identificarnos como propietarios —dijo Cate, en tono de disculpa—. Pero tengo pastillas depuradoras en el bolso. Te subiré una jarra de agua.

—También me gustaría quedarme a solas para examinarla —dijo Maria lanzando una mirada significativa a Liam y a Chubs.

Liam se puso tenso, pero Chubs le apoyó una mano en el pecho y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Vámonos. A ver si al menos puedo remendarte esa herida.

Me quedé unos instantes junto a la puerta, incluso después de que los demás se marcharan. No sabía muy bien qué debía hacer, aparte de ir hasta los coches y hacer un recuento de nuestras posesiones y de la comida que podíamos ofrecer a los niños.

Entré las bolsas en la casa, con cuidado de no despertar a los niños que dormían en el sofá y sobre la alfombra de la salita. Se habían acurrucado todos juntos, como si fueran gatitos, lo cual me hizo pensar una vez más en la asombrosa capacidad de resistencia de los niños y en cómo el mundo la ponía a prueba.

No tenía nada en qué ocupar el tiempo, aparte de vaciar las bolsas y sumergirme en la tarea mecánica de colocar nuestras pertenencias sobre la encimera de la cocina. Por el rabillo del ojo iba viendo a Max y a Priyanka, pero de momento ninguno de los tres parecía tener muchas ganas de hablar. Cogí la última bolsa y rocé con los dedos un fardo de tela.

La camiseta gris me resultaba tan familiar que prácticamente me quedé sin aliento. Era la bolsa de Roman. Estaba vacía, a excepción de una muda de ropa, una linterna y lo que quedaba del botiquín de primeros auxilios que nos habíamos llevado de Haven.

—¿Zu? —me llamó Chubs desde el piso de arriba—. Ya está lista.

Aquellas palabras me obligaron a salir del trance en el que me había sumido. Volví a subir a la habitación, sin darme cuenta de que aún llevaba la camiseta de Roman en la mano, hasta que Vida la miró de reojo. Alguien había encontrado una muda limpia para Ruby: la sudadera gris le quedaba demasiado grande, pero al menos disimulaba mejor que las mantas su cuerpo esquelético.

—Por lo que he podido ver, no le pasa nada —dijo Maria, despacio—. Está deshidratada y un poco desnutrida, y también he encontrado cortes y puntos allí donde seguramente le han extraído tejido.

Liam movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Y a eso le llamas nada?

—Quiero decir —dijo Maria levantando ambas manos— que no la han sometido a ninguna intervención.

Aliviada, me dejé caer bruscamente contra la pared.

—Pero entonces ¿por qué no se ha despertado aún? —preguntó Chubs con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Es una reacción adversa a los sedantes? Por muy fuerte que fuera la dosis, ya se le tendrían que haber pasado los efectos.

—No dispongo aquí del material necesario para confirmar que no haya sufrido un traumatismo craneal. Habría que hacerle un escáner y tendría que verla un neurólogo, pero si lo que se proponían era analizar sus aptitudes, dudo mucho que quisieran perjudicar los procesos normales de su cerebro —dijo Maria—. En mi opinión, podría tratarse de un coma inducido para prevenir la inflamación del cerebro provocada por las pruebas. Por otro lado, me parece bastante posible que quisieran tenerla sedada, teniendo en cuenta lo poderosa que es.

¿Podía una parte de una persona seguir despierta, por mucho que esa persona estuviera sumida en la inconsciencia?

Liam movió la cabeza de un lado a otro y ocultó la cara entre las manos.

—Mierda... En algún momento tiene que haber estado despierta, porque de lo contrario Max no podría haber hecho la lectura. No habríamos visto lo que ella veía con la suficiente claridad como para encontrarla.

Cate arqueó las cejas al escuchar aquellas palabras.

—¿Ha mostrado alguna clase de reacción? —preguntó Maria—. ¿Ante vuestras voces o el hecho de que la movieran...?

«No se lo he contado».

—Sí.

—¿Zu? —dijo Liam—. ¿Has visto algo?

—Me ha enseñado dónde estaban los niños, en la planta de arriba —les

dije—. Cuando la hemos encontrado, le he tocado la mejilla para comprobar el pulso y... de repente me he sentido como si ya no estuviera en aquella habitación. Estaba arriba, caminando por el pasillo. Ya sé que parece imposible, pero era como un recuerdo... y no era mío.

A Liam le cambió la expresión y, cuando se volvió hacia Maria, fue como si la esperanza renaciera en él.

—Ya no tengo ni idea de lo que es posible y de lo que no —respondió Maria—. Podría despertarse dentro de unos minutos o dentro de unos años, o podría no despertarse jamás. Como he dicho, tiene que verla un especialista. Lo que sí recomiendo, por si acaso no despierta esta misma noche, es que le pongáis un gotero y la alimentéis por vía intravenosa. En eso, al menos, puedo ayudaros. Voy al coche a buscar lo que necesito.

—Gracias, Maria —dijo Cate—. Te debo una.

La mujer se detuvo junto a la puerta y se volvió a mirar a Ruby.

—No me debes nada. Pero tengo que decirte que he recibido una llamada de Beth y que tu ausencia no está pasando desapercibida en el trabajo.

—Eso ya lo suponía —dijo Cate—. Los federales necesitan a todos los efectivos disponibles ahora mismo.

Maria asintió. Escuchamos sus pasos alejarse silenciosamente escalera abajo y, luego, nos apiñamos a los pies de la cama.

—No te va a pasar nada, ¿verdad? —le pregunté a Cate.

Ella me dedicó una sonrisa cariñosa.

—Bueno, digamos que me he buscado una especie de excusa. Mi jefe simpatiza con la causa de los psi y me ha dado el día libre para buscar algún lugar lejos de la ciudad donde puedan quedarse Nico y algunos chicos más hasta que las cosas se calmen. Pero no hace falta que vuelva al trabajo.

—Tienes que volver —le dijo Chubs—. De momento, eres la única de todos nosotros que puede informarse acerca de lo que está pasando.

—¿De momento? —repitió Cate—. ¿Es que tenéis un plan?

—Tenemos algo —dijo Vida—. Limpiar el nombre de Zu y desenmascarar el papel de Mercer y de Moore en todo esto, con la esperanza de que nos sirva para arreglar lo que Cruz ha jodido.

—Solo debemos confiar en no provocar otro incendio, peor aún que este —respondió Chubs.

—No lo creo —dije—. No si nos centramos en lo que más va a cabrear a la gente: que estén vendiendo psi a países extranjeros que pueden convertirse en enemigos potenciales. Puede que nos odien, pero es evidente que el Gobierno no quiere que nosotros ni nuestros poderes caigan en manos ajenas.

—Eso es tremendamente cínico —dijo Cate.

Me encogí de hombros.

—Ruby no habría actuado sin tener pruebas —dijo Liam—. Después de todo lo que hemos vivido, sabe que debe recoger pruebas.

Porque eran muy pocos los que creían en nuestra palabra sin pruebas.

—Las tiene —dije—. Y creo que sé exactamente dónde están.

Vida arqueó las cejas.

—Zu, nuestra señora de las putas sorpresas. ¿Algo más que se te haya olvidado compartir con nosotros?

Negué con la cabeza.

Liam se pasó una mano por la cara y desvió de nuevo la mirada hacia Ruby.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Chubs.

—Estaba pensando en mis niños... los niños de Haven —dijo—. Confío en que Harry y mamá se ocupen de todo, pero en realidad no sé qué les ha pasado..., ni siquiera sé si están bien. No puedo llevarme a Ruby en estas condiciones, pero sé que me mataría si supiera que no he ido a ver cómo están.

—Puedes ir —le dijo Chubs—. Quédate unos cuantos días para asegurarte de que sigue estable y para ver si despierta. Y si sigue igual, puedes irte un

par de días, yo me quedaré con ella y os mantendré a todos informados. Mi padre podrá traerme del hospital el material que necesitamos y supongo que también podrá encontrar a un neurólogo de confianza para que la visite. Déjame hacerlo, por favor. Aún no me siento capaz de volver a Washington, no puedo ponerme delante de una cámara y contarle al mundo la verdad, pero sí puedo ayudar a mi amiga. Y quiero hacerlo.

—Bueno, quizá —empezó a decir Liam, con el corazón dividido—. Pero si ocurriera algo mientras yo no estoy...

—No ocurrirá nada —le prometió Chubs—. Así tendré tiempo para tratar de averiguar de dónde han salido los niños que están arriba y si tienen un hogar al que puedan volver. Y si no es así, tendré tiempo para pensar en otro lugar seguro al que podamos llevarlos.

Maria volvió, cargada de material. Salí al pasillo para que ella pudiera tener espacio, pero una vez fuera ya no me atreví a volver a entrar. Notaba de nuevo aquella sensación, como un hormigueo de electricidad estática bajo la piel, y la habitación me parecía demasiado pequeña para mí.

Una de las luces del pasillo parpadeó cuando pasé por debajo y me dirigí a una de las habitaciones vacías de la parte trasera de la casa. El cuarto no tenía cama ni cómoda, solo una ventana y un escritorio sin silla. Me apoyé en él, cerré los ojos y me acerqué a los labios la camiseta de Roman. Aspiré el olor a cedro, cuero y humo.

Priyanka y Max aún no tenían ni idea de por qué yo había salido, pero Roman y Lana no. Sin embargo, aún me sentía demasiado cobarde como para bajar a contárselo. La cuestión era que cuanto más pensaba en aquellos últimos segundos, menos sentido parecían tener.

Lo veía tan claramente... Veía a Roman levantar una y otra vez la mano de la cicatriz, apoyársela repetidamente en el hombro contrario hasta que yo lo entendí. Hasta que capté el mensaje.

«Estoy bien. No pasa nada».

Roman tenía que saber que se trataba de soldados de Mercer, tenía que conocer los riesgos. Y eso era lo que no entendía: ¿por qué entregarse él, por qué devolver a su hermana a Estrella Azul? ¿Por qué no cruzar la puerta para reunirse conmigo, por qué no tratar de enfrentarse a los soldados para huir por otro lado?

«Por ti», susurró una vocecilla en mi mente.

Había entretenido a los soldados para que yo pudiera huir con Ruby y los demás. Puede que una parte de él hubiera admitido lo que Priyanka y yo pensábamos: que Mercer había manipulado mental y emocionalmente a Lana, pero ella no se daba cuenta y eso la convertía en un peligro para todos nosotros. Pero Roman jamás la hubiera dejado sola con Mercer. Otra vez no.

«Estoy bien. No pasa nada».

Me invadió la rabia, que se llevó consigo el dolor y el sentimiento de culpa.

—Pues claro que pasa.

No pensaba perder a Roman, ni a nadie, en aquel círculo de pesadillas. Había acabado por aceptar lo poco que me habían ofrecido: no iba a permitir que me hicieran creer otra vez que la rueda de nuestra historia seguiría girando por inercia, sin que la empujáramos. Ya no teníamos tiempo para quedarnos allí sentados, esperando a que las cosas mejoraran. Limitándonos a esperar.

Ya no teníamos tiempo para esperar. Si querían un Círculo psiónico, lo tendrían.

Con mis condiciones.

Abajo, Max y Priyanka estaban sentados a la mesa de la cocina, el uno frente al otro. Max había apoyado la cabeza en la mesa y tenía los ojos cerrados, pero Priyanka se dedicaba a reseguir con el dedo los nudos de la madera con una expresión angustiada. Encontré un bloc de notas adhesivas y un bolígrafo junto al teléfono fijo, garabateé una breve explicación y pegué la

nota a la puerta de la nevera. «Prohibido largarse sin despedirse». Esa sería siempre la regla. El resto, lo decidiríamos por el camino.

Al oír el ruido, los dos se irguieron de golpe.

—¿A alguno de vosotros le interesa dar una vueltecita en coche? —les pregunté.

—¿Por qué? —preguntó Priyanka—. ¿Qué pasa?

—Ruby nos dejó un regalito —dije—. Y vamos a ir a buscarlo.

Dos semanas más tarde

No nos molestamos en abrir la puerta. Sencillamente, hicimos saltar por los aires la puñetera pared. Entera.

Volví la vista atrás y vi el reflejo de las llamas en los ojos oscuros de Priyanka. El pasamontañas negro le ocultaba la cara, pero percibí la satisfacción que irradiaba cuando cayeron al suelo los últimos ladrillos y restos de polvo. El aire, pegajoso y cargado de humo, se me pegó a la piel. Respiré hondo y toqué el intercomunicador que llevaba en la oreja.

—Tres minutos a partir de ahora —les dije a los demás—. ¿Estás en tu puesto, Vi?

La respuesta fue otra pequeña explosión, esta en la entrada principal del almacén de Mercer, donde se había apostado Vi con su equipo de siete psi.

—*Estamos dentro* —la oímos decir por los intercomunicadores.

Enseguida se escucharon disparos. Hice una seña con la mano al grupo que me seguía y entramos en los restos aún humeantes de la habitación que había dispuesto Mercer para que durmieran sus secuaces. Jacob entró y, con un movimiento de la mano, hizo volar por los aires a dos de los hombres de Mercer, que acabaron estrellándose contra una pared cercana.

—Quédate aquí —le dije—. Asegúrate de que no entre ni salga nadie hasta que nosotros volvamos.

Tanto él como Lisa habían respondido a mi petición de ayuda, lo mismo que una docena de otros jóvenes psi con quienes hacía años que no tenía contacto. Una vez que la red volvió a cobrar vida, la corriente del cambio que fluía entre nosotros creció y creció hasta volverse imparable.

Se podía silenciar una voz, pero no una docena de voces. Ni un centenar de

voces. Ni un millar de voces.

Nuestro objetivo no era la violencia, ni someter a los demás mediante el terror: era trabajar al margen de la ley para reunir información, proteger a los psi y hablar directamente con el pueblo, contarles las verdades que quienes estaban en el poder les ocultaban.

—Estamos dentro, Max —dije por el intercomunicador—. Prepárate.

En el exterior estaba Max, esperándonos en el camión.

—*Listo* —dijo. Se oyó una interferencia cuando añadió, en voz baja—: *Mi padre...*

—Lo sé —dije, mientras conducía a los demás fuera de la habitación—. No te preocupes.

Uno de los hombres de Mercer esperaba en el pasillo, medio vestido, eufórico de adrenalina después de que lo hubieran despertado violentamente de un profundo sueño. Disparó una vez, pero falló. Uno de los quinesios lo levantó en el aire y luego lo hizo caer bruscamente al suelo, donde el hombre quedó aturdido.

Priyanka me miró, angustiada.

—Lo sé —le dije—. Pero si no están aquí, buscaremos en la habitación siguiente, y en la otra.

—Los cambiaré de sitio —susurró—. En cuanto lleguemos a su cuartel general, lo sabrá. Si es que aún están...

No terminó la frase. «Vivos».

Nos habíamos ido abriendo paso, lentamente, entre los almacenes y edificios conocidos de Mercer, en busca de cualquier rastro de Roman y Priyanka. Mercer no estaba viajando con Lana en aquellos momentos, lo cual me hacía tener esperanzas de que Lana y su hermano aún estuvieran juntos. Todas las veces que Max había ido de pesca para determinar su ubicación exacta, lo único que había visto era oscuridad.

—Lo están —dije—. Están vivos y los vamos a encontrar. Pero también

vamos a sacar a todos estos críos de aquí, pase lo que pase.

Irguió el cuerpo. No vi ni un atisbo de duda en su rostro, ni uno solo, cuando dijo:

—Puedes apostarte lo que quieras a que lo vamos a hacer y con eso nos basta.

«Con nosotros nos basta».

El interior del almacén era exactamente como Max y Priyanka lo habían descrito: un largo pasillo con varias habitaciones y el despacho de Mercer, que en aquellos momentos estaba cerrado. Habíamos estado esperando, mientras Max trataba de ubicar también a Mercer todos los días durante una semana y media, hasta estar convencidos de que Mercer había abandonado el cuartel principal de Estrella Azul y había salido de viaje para reunirse con Moore y su equipo.

Priyanka quería que Mercer estuviera allí. Quería reducir el edificio a cenizas y obligar a Mercer a verlo, esposado y amordazado, en el asiento trasero de un coche que después lo llevaría al punto de control más cercano de las Naciones Unidas. Pero creo que las dos sabíamos que eso jamás sería suficiente, que alguien surgiría para llenar el vacío que dejara atrás Mercer, que alguien seguiría ocupándose de sus intereses. Si queríamos a Mercer fuera del juego, teníamos que arrasar su empresa hasta los cimientos y erradicar las actividades delictivas que tanto se esforzaba por ocultar.

Estábamos allí para salvar a los niños que él había robado, pero también para recuperar archivos y registros de sus actividades y de sus socios. Y si las pruebas que pudiéramos conseguir no le bastaban a la justicia, aportaríamos las nuestras.

Priyanka forzó la cerradura de la puerta del despacho de Mercer. Antes de entrar, sin embargo, me cogió del brazo.

—¿Llegamos juntos, nos vamos juntos?

—Llegamos juntos, nos vamos juntos —le prometí—. Lisa, Jen..., vais con

Priya.

Las dos chicas se separaron. Con una seña, indiqué al resto del grupo que siguiera avanzando y registrara el resto de las habitaciones en busca de los niños.

—¡Volved con Jacob en cuanto hayáis terminado!

Todos asintieron con un gesto y yo seguí corriendo, hasta doblar la esquina del pasillo. Según Priyanka, Mercer —que era un capullo paranoico— viajaba siempre acompañado de un nutrido grupo de agentes de seguridad. Allí, en el cuartel, se notaba su ausencia, pues no tuve ningún problema para ocuparme del único hombre que, parapetado tras una puerta cercana, trató de dispararme. El tipo llevaba un teléfono, pero no le duró mucho tiempo. Todavía escuchaba sus gritos cuando finalmente llegué a las puertas dobles que estaba buscando.

Al entrar en aquella habitación, me quedé sin aliento. Había máquinas de tamaño descomunal en todos los rincones: aunque no estaban trabajando, vibraban, rebosantes de energía. Justo delante, tenía una pequeña mesa de operaciones y, detrás, una cama de hospital en la que yacía, inmóvil, una niña de pelo negro. Estaba pálida como la cera, como si le hubieran extraído toda la sangre.

Durante un segundo, no vi a aquella niña. Vi a Priyanka. A Roman.

Apreté los dientes cuando me invadió la rabia. Las pantallas y los aparatos situados a ambos lados de la cama controlaban sus constantes vitales, pero no les hice ni caso y me concentré, en cambio, en el hombre de piel oscura que vestía una bata de laboratorio. Me daba la espalda y parecía concentrado en ajustar el gotero de la niña.

Al oír el chirrido de mis botas sobre el suelo de baldosas, se quedó inmóvil.

—Apártese de la niña —le dije, sin dejar de apuntarlo con la pistola— y ponga las manos sobre la cabeza.

—*Hemos encontrado a los niños* —dijo Vida a través del intercomunicador. De fondo, se oía un alboroto acompañado de estrépito metálico—. *Pero Roman y Lana no están aquí.*

Noté una aguda punzada de dolor en el costado. Expulsé aire con fuerza, tratando de renunciar al último hilo de esperanza.

—*No me iría mal un poco más de ayuda* —dijo Vida—. *Algunos de los niños no parecen muy dispuestos a acompañarnos.*

—*Enseguida voy* —le respondió Priyanka.

Intervinieron algunos de los chicos, pero el sonido de sus voces quedó amortiguado por el zumbido de las máquinas.

—¿John Wendall? —pregunté, mientras notaba el odio que se iba adueñando de mi corazón.

El hombre asintió. Vi a Max en aquel rostro, tras las profundas arrugas y la expresión tensa.

—Tiene usted mucha suerte, porque le he prometido a su hijo que no lo iba a matar —le dije con voz temblorosa.

Pero aquella niña... si le había hecho daño...

—¿Max? —susurró el hombre—. ¿Mi Max? ¿Está aquí?

—En el exterior —contesté—. Puede acompañarme voluntariamente o puedo obligarlo a hacerlo, pero en ambos casos se va a pasar el resto de su vida pagando por todo lo que ha hecho aquí.

Vi cómo se le movía la nuez al tragar saliva.

—Voluntariamente. Los demás niños...

—Los tenemos —dije, al tiempo que desviaba la mirada hacia la niña—. ¿Podemos moverla?

El padre de Max asintió y se acercó a la niña para desconectarla de las máquinas. La pequeña no se movió, solo suspiró débilmente, sumida aún en un profundo sueño. Wendall se dispuso a cogerla.

—No la toque —dije.

—*Estamos fuera, Zu* —dijo Vida.

—*Voy hacia ti, ¿aún estás...?*

La puerta se abrió a nuestra espalda. Al doctor Wendall le cambió la expresión de golpe, prácticamente se le iluminó.

—Priya. —El sentimiento, al parecer, no era mutuo.

—La misma —le gruñó ella—. He venido para llevarte en persona al mismísimo infierno.

Sabía que Priyanka empuñaba un arma, así que enfundé la mía y cogí a la niña. Me apoyó la mejilla en el hombro e, instintivamente, me rodeó el cuello con sus bracitos.

—Andando, demonio —le dijo Priyanka—. Con brío. ¿O es que necesitas una nube de azufre para salir de aquí?

—No hace falta mostrarse tan hostil... —empezó a decir el doctor Wendall. Priyanka lo empujó y le clavó la pistola en la espalda.

—Bueno, bueno, pues claro que hace falta.

Salimos por donde habíamos entrado. Jacob se había rezagado para esperarnos. Al vernos, cogió a la niña que yo llevaba en brazos y echó a correr hasta el pequeño camión de transporte que acababa de detenerse delante de nosotros con un brusco frenazo.

Priyanka, incapaz de ocultar su decepción, me apoyó una mano en el hombro.

—Iremos al siguiente almacén —le dije—. Y al siguiente... y al siguiente..., tardemos lo que tardemos en encontrarlos.

Priyanka respiró hondo y asintió.

Había deseado con todas mis fuerzas que Roman estuviera allí, pero aquello me bastaba. Saber que todos los niños estaban bien y que nunca más volverían a caer en las manos de Mercer o del Gobierno, saber que nunca jamás los volverían a meter en un laboratorio... Con aquello me bastaba.

Vida bajó de un salto de la cabina y dejó a Max en el asiento del

conductor. Puesto que la luz interior estaba encendida, vi perfectamente el rostro tenso de Max cuando Priyanka pasó con Wendall frente a él y se dirigió a la cabina del camión. El portón trasero del camión se cerró, silenciando así las voces nerviosas de los niños.

Vida contempló a la niña que llevaba Jacob en brazos, justo cuando la pequeña apartaba la cabeza de su hombro.

—Es la última —le dije.

—¿Habéis...? —empezó a decir la niña con una voz que era apenas un murmullo.

Jacob se detuvo.

—¿Qué has dicho? ¿Necesitas algo?

—La chica... de la flor —murmuró la pequeña, haciendo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

Priyanka la observó con atención.

—¿Qué chica, cariño?

El largo silencio que siguió fue una tortura. Notaba una opresión tan fuerte en el pecho que apenas podía respirar.

—En el despacho —susurró—. En la oscuridad.

Priyanka y yo nos miramos y vi mi propia esperanza reflejada en su expresión.

—Hemos comprobado el despacho —dijo Vida, al tiempo que se quitaba el pasamontañas.

—Hemos entrado en el despacho, pero no lo hemos registrado —dije, obligándome a pronunciar aquellas palabras—. Id vosotros con los niños. Nosotras iremos a registrar el despacho y os alcanzaremos más tarde.

Vida arqueó una ceja, pero no pareció sorprendida.

—No te olvides de darle luz verde a Chubs.

—No me olvidaré —dije—. Conduce con cuidado.

—Prefiero conducir como una hija de puta —dijo guiñándome un ojo.

Los niños estarían bien en el nuevo Haven que habían organizado hasta que consiguiéramos averiguar si sus familias los estaban buscando. Me preocupaba duplicar el número de niños en una sola noche, pero al menos mientras Harry y su madre siguieran allí, Liam no estaría tan atareado.

Eché a correr tras Priyanka cuando ella volvió a entrar en el edificio, resbalando sobre los escombros que cubrían el suelo. La seguí a un paso de distancia, haciendo todo lo posible por no quedarme atrás mientras recorríamos el pasillo a toda velocidad, de vuelta al despacho de Mercer.

Abrió la puerta de una patada y se peleó con la linterna para encenderla. Los restos de los servidores y del ordenador de Mercer estaban esparcidos por el suelo. Las estanterías estaban volcadas, después de que las hubieran registrado en busca de carpetas ocultas o memorias USB.

Priyanka fue palpando desesperadamente las paredes, en busca de algún hueco o puerta secreta. Yo me quedé inmóvil, notando en todo el cuerpo el pulso desbocado mientras liberaba el hilo plateado de mi mente.

El hilo detectó nuestros intercomunicadores, apenas dos pitidos de energía en comparación con la electricidad que fluía por los edificios cercanos y las farolas de la calle.

Me obligué a respirar hondo y apreté los puños a ambos lados del cuerpo.

Y entonces, como si fuera el delicado roce de un dedo en la mejilla, noté una corriente eléctrica. Débil, sí, pero estaba allí. Oculta.

Me abalancé sobre el escritorio.

—¡Ayúdame!

Priyanka respiraba con dificultad mientras me ayudaba a empujar hacia la pared el descomunal escritorio de Mercer, hecho de metal y madera. Cogimos la alfombra con las manos y, tras retirarla, descubrimos una puerta blindada con cerradura electrónica.

—Joder —exclamó Priyanka.

Traté de fundir la cerradura, pero Priyanka fue más rápida y pirateó la

contraseña. Los números fueron apareciendo uno tras otro en la minúscula pantalla digital. Cada vez que aparecía un número, se me aceleraba el pulso.

Finalmente, y tras un último pitido electrónico, la cerradura se abrió con un chasquido. Levantamos la puerta entre las dos y la dejamos caer ruidosamente hacia el otro lado.

Lana, pálida como un fantasma, nos miró. Se tapó los ojos para protegerlos de la luz de la linterna. Priyanka contuvo un grito y su expresión pasó de la sorpresa al alivio y, después, al miedo. Por la forma en que tragaba saliva y le centelleaban los ojos, deduje que no podía ni hablar.

—¿Dónde está? —le pregunté a Lana.

—Aquí —respondió Lana con voz ronca. Tenía una mano apoyada en la escalera construida en el muro de la pared. Con la otra, señaló hacia algún lugar que no podíamos ver—. Herido.

Priyanka se tendió boca abajo en el suelo y enfocó la habitación con el haz de su linterna, que luego movió en la dirección que Lana hacía indicado. Vi un cuerpo acurrucado en el suelo, dándonos la espalda. Estaba ensangrentado y lleno de moretones.

Lana se apartó cuando salté a aquella especie de agujero, seguida por Priyanka.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras me arrodillaba junto a él—. ¿Roman? ¿Me oyes, Roman?

—Herido —repitió Lana mientras retrocedía hacia un rincón.

Volvió el rostro hacia un lado. A pesar de la poca luz, sin embargo, me di cuenta de que le temblaban las manos. Priyanka parecía debatirse entre acercarse a ella o quedarse donde estaba, arrodillada junto a Roman.

Eché un vistazo a mi alrededor para comprender qué les habían hecho y me arrepentí de inmediato. Los restos de comida putrefacta y los cubos de excrementos explicaban el espantoso hedor que reinaba en aquel espacio

oscuro. Allí abajo hacía un calor sofocante y no tenían agua, ni nada que se pareciera a una cama.

—¿Roman? —dijo Priyanka zarandeándolo con fuerza—. Ro, ¿me oyes?

Le dimos la vuelta, pero tenía la cara tan amoratada e hinchada que resultaba prácticamente irreconocible. Al verlo, me recorrió un escalofrío de horror.

«Vivo», me recordé. «Está vivo».

—No quería... no quería abandonarlo —musitó Lana—. Él le hizo daño. Dijo que no lo haría. Dijo... fue...

—¿Y tú? ¿Estás bien? —le pregunté.

Lana no soportaba mirarnos. Se volvió de nuevo hacia el rincón y empezó a llorar.

—¡Roman! —repitió Priyanka prácticamente gritando. Luego me miró, impotente—. Vamos a tener que sacarlo nosotras...

Le puse una mano en el brazo, para que se tranquilizara.

—Espera. Déjame probar una cosa.

Solo necesitaba un fino hilo de energía, una pequeña descarga para hacer que recuperara el conocimiento. Me quité el intercomunicador que aún llevaba en la oreja, lo sujeté con fuerza con una mano y apoyé la palma de la otra en el pecho de Roman.

—¿Qué estás haciendo...?

La electricidad fluyó hacia él y le recorrió el cuerpo. Durante un segundo siguió inmóvil y después...

Contuvo una exclamación y levantó del suelo la parte superior del cuerpo, al tiempo que abría mucho los ojos. Me sujetó la mano con fuerza mientras trataba de respirar otra vez, jadeando. Su expresión era de perplejidad.

—Calma, calma —le dijo Priyanka con voz quebrada—. No pasa nada, somos nosotras. Te vamos a sacar de aquí.

Roman desvió la mirada hacia mí y, pese a que tenía los ojos amoratados e

hinchados, percibí su gesto de asombro, su expresión de perplejidad e incredulidad cuando trató de contener el aliento. Me incliné hacia él y apoyé la frente en la suya.

—Estás bien —le susurré—. Estás bien. Pero tenemos que irnos. Tenemos que irnos ya.

Movió una mano y se la apoyó en el hombro derecho. Vi cómo le subía y bajaba la nuca al pronunciar en silencio una única palabra: «Bien».

No sé cómo, pero entre Priyanka y yo conseguimos levantarlo lo bastante como para poder llevarlo hasta la escalera, medio arrastrándolo y medio cargándolo. Antes de agarrarse al primer travesaño, se volvió hacia Lana y le tendió una mano.

—Ven —le dijo con voz ronca.

Lana se apartó. Esta vez, sin embargo, no era un gesto desafiante, sino de vergüenza.

—Puedes quedarte aquí —le dijo Priyanka con voz firme— o venir con nosotros. Tú decides. Tú... —dijo, pero se interrumpió y sacudió la cabeza de un lado a otro, antes de repetir—: Tú decides.

Tras las últimas semanas, que había vivido atrapada en un círculo de esperanza y miedo, sabía muy bien lo mucho que sin duda le había costado pronunciar aquellas palabras. Pero Priyanka tenía razón: Lana debía elegir. Si la obligaban a acompañarnos, solo conseguirían agravar aún más la confusión y el resentimiento que Mercer había sembrado en ella.

—Por favor —susurró Roman.

—Los niños... —dijo Lana.

—Están a salvo —le dije—. Ya los hemos sacado.

Esta vez miró a Priyanka y le tendió una mano. Cuando se rozaron los dedos, Lana empezó a temblar, pero finalmente asintió. Priyanka le cogió la mano y ya no se la soltó, ni siquiera cuando subieron la escalera detrás de Roman y de mí.

Tras ayudarlo a ponerse en pie, me coloqué sobre los hombros uno de sus brazos y traté de que apoyara en mí todo el peso posible. Priyanka condujo a Lana hacia el humo que aún flotaba en el pasillo. Roman se aferró a mí con más fuerza al ver el muro caído del cuartel general y la calle oscura, al otro lado.

Todos los músculos del cuerpo le vibraban, por el deseo y la necesidad de huir de aquel sitio. Lo ayudé a caminar entre los restos de literas y bloques de hormigón, y a mantener el equilibrio cuando finalmente llegamos a la calle. Mi recompensa fue notar cómo respiraba hondo y se llenaba de aire los pulmones.

Doblamos la esquina cojeando, pero cuanto más nos alejábamos de aquel sitio y de todo lo que allí había ocurrido, más firmes y rápidos parecían sus pasos.

Aminoré un poco la marcha solo el tiempo necesario para sacar del bolsillo de mi chaqueta el teléfono de prepago, buscar el mensaje que había escrito antes, cuando habíamos irrumpido en el complejo de Mercer, y pulsar la tecla ENVIAR.

LUZ VERDE. SUELTA EL PAQUETE.

Habíamos juntado todos los informes y fotos de la memoria USB de Ruby y el resto de las imágenes que habíamos grabado. Después, me había sentado ante otra cámara y, sin apartar la mirada de su oscuro ojo, había explicado todo lo que Mercer, Moore y sus socios habían hecho, entre otras cosas matar a muchos inocentes y vender niños. Chubs y Vida seguían pensando que aún quedaba sitio para nosotros en el Gobierno, pero yo supe, nada más pronunciar las primeras palabras, que estaba quemando mi único puente de regreso.

«Me llamó Suzume Kimura y soy la líder del Círculo psiónico. Todo lo demás que os hayan contado sobre mí es mentira».

Chubs tenía una lista de contactos en el Gobierno y los medios de comunicación, tan larga que podía llenar kilómetros y kilómetros de carretera, y todos aquellos contactos estaban a punto de recibir las imágenes. Lo único que yo me preguntaba era si a alguien le importaría lo bastante como para hacer algo al respecto.

Pero en lugar de confirmar que había recibido mi mensaje, Chubs me mandó otra cosa: la foto de una figura frágil, con la cabeza rapada, envuelta en mantas y sentada en la cama. No miraba la cámara del teléfono, sino que tenía el rostro vuelto hacia la ventana. En su expresión, se adivinaba una tímida sonrisa. A cualquiera que hubiera visto su foto en los periódicos o las noticias, le resultaría prácticamente irreconocible. Pero no a mí.

«Ruby».

—¿Lista para esto? —preguntó Priyanka cuando llegamos junto a ella y Lana.

Contemplé la oscuridad que se abría ante nosotros y el corazón se me fue llenando de chispas.

—Más que lista.

Un instante después, estábamos corriendo, alejándonos como sombras en la noche.

Agradecimientos

Cuando terminé de escribir *Una luz incierta*, sabía que existía la posibilidad de que un día quisiera volver al mundo de las Mentes poderosas: solo era cuestión de encontrar la historia adecuada y al personaje adecuado para contarla. En los años que han transcurrido desde entonces, tuve la suerte de viajar y conocer a mucha gente. De vez en cuando pensaba en los personajes y me preguntaba qué estarían haciendo ellos, qué aventuras habrían vivido durante todo ese tiempo. Cuando finalmente se me ocurrió la historia y me senté a escribir los primeros capítulos de lo que se convertiría en *El legado más oscuro*, fue como volver a casa y reencontrarme con viejos amigos.

Ante todo, quiero darte las gracias a ti, mi querido lector. Ya sea este tu primer contacto con la saga o la retomes después de varios años, es un placer y un privilegio poder contarte historias. A los lectores que han seguido la saga desde el principio, quiero decirles que gracias a ellos estos personajes han seguido vivos en mi mente y en mi corazón. Jamás habría podido escribir este libro sin vuestro increíble apoyo y espero que esta historia y sus giros argumentales hagan vuestras delicias. Si hay un mensaje que quiero transmitir con este libro, es que nuestra voz es poderosa: jamás debemos tener miedo de usarla para pedir lo que merecemos, ni para luchar por los derechos de los demás y por las cosas en las que creemos.

El legado más oscuro aún sería una idea dando vueltas por mi mente de no ser por mi increíble editorial, Hyperion. ¡Sigue fascinándome que ya llevemos siete años publicando libros juntos! (¿Cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo?) Quiero dar las gracias, como siempre, a Emily Meehan y Hannah Allaman, que no solo me han ayudado a convertir este libro en algo

especial, sino que gracias a ellas se cumplieron unos plazos de entrega de auténtica locura. ¡Sois las verdaderas capitanas de este barco! Y a Seale Ballenger: eres una de las mejores personas de este mundo y la amabilidad que me has demostrado a lo largo de los años me ha cambiado la vida. Marci Senders, ¡sigues conservando el título de Reina de las Portadas!

En Hyperion trabajan muchísimas otras personas increíbles con las que estoy en deuda: Mary Ann Naples, Augusta Harris, Dina Sherman, LaToya Maitland, Holly Nagel, Elke Villa, Andrew Sansone, Jennifer Chan, Guy Cunningham, Meredith Jones, Dan Kaufman, Sara Liebling, Cassie McGinty, Mary Ann Zissimos y todo el equipo de marketing. ¡Vosotros sois los verdaderos héroes de esta historia!

Me sentiría completamente perdida de no haber sido por los increíbles consejos y el apoyo de mi agente, Merrilee Heifetz. Da igual que estemos comiendo pasta en Italia, bebiendo margaritas en la playa o hablando por videoconferencia, siempre me lo paso de miedo contigo. Estoy impaciente por saber qué nos depararán los próximos años. Muchas, muchas gracias también a Rebecca Eskildsen por todo su apoyo a la hora de coordinar el lado comercial de las cosas y por ser mi caballero blanco cuando más lo necesitaba.

Alyssa Furukawa, te agradezco muchísimo que quisieras leer la historia y darme tu opinión, incluso cuando estaba en una fase muy inicial. Una de tus notas, en concreto, cambió para siempre mi forma de enfocar la descripción de los personajes. Gracias por tu tiempo, tus ideas y tu energía.

A Morgan Watchorn y Lisa Jordan, muchísimas gracias por vuestras generosas donaciones del año pasado. Morgan, ¡espero que disfrutaras de la primera lectura! Lisa, estoy entusiasmada por poder revelar finalmente a cuál de mis personajes le he puesto tu nombre. Siento no haber podido incluir también tu apellido en esos capítulos, pero espero que no te importe que te lo compense mencionándote aquí.

Quiero expresar todo mi cariño a Miya Cech, la amiga más encantadora que se puede tener y la mejor Zu en la gran pantalla que podría haber deseado. Me alegró mucho conoceros a ti y a tu familia el año pasado y estoy impaciente por verte triunfar en todos tus proyectos futuros. ¡Gracias por guardar el secreto de esta historia! Me alegré muchísimo de que tú fueras una de las primeras personas en saber que Zu iba a tener su propio libro.

Los últimos años han tenido, lógicamente, sus altibajos y me alegra haber podido capear el temporal junto a mi amiga Susan Dennard. Gracias por asegurarte de que no pasáramos frío durante nuestras sesiones de *brainstorming* y gracias por tu maravilloso instinto de editora, que ayudó a resolver problemas en la trama de *El legado más oscuro* que yo ni siquiera sabía que existían. Eres una persona comprensiva y generosa y tu amistad me ayudó a sobrevivir en los peores momentos a los plazos de entrega y al estrés.

A Erin Bowman, Leigh Bardugo, Victoria Aveyard, Amie Kaufman y Elena Yip: sois auténticas joyas y, siguiendo con la metáfora, os considero un verdadero tesoro. Gracias por estar siempre a mi lado (y, a veces, por soportarme a mí y a mis muchas neuras) durante este último año.

Este libro se lo dedico a mi amiga Anna Jarzab, quien —y no exagero— fue la primera persona que se enamoró de *Mentes poderosas* y de sus personajes. Incluso ahora, Anna, ves en la historia cosas que a mí se me han escapado completamente. A veces, ¡hasta estoy convencida de que comprendes mejor que yo ese mundo ficticio! Por todas las horas que has dedicado a criticar estos libros y ayudarme con mis ideas... no sé cómo expresarte hasta qué punto te estoy agradecida. Gracias por resolver, tantos años atrás, todas mis dudas sobre el mundo editorial. Estoy impaciente por volver a encontrarme contigo.

Y, finalmente, me considero muy, muy, muy afortunada de tener una familia que me quiere y me apoya tanto: mamá, Steph, Daniel y Hayley.

Escribir un libro siempre es un trabajo en equipo, pero en cierto modo, escribir *El legado más oscuro* se convirtió en una maratón en equipo a tiempo completo. Durante nueve meses, os encargasteis de todo, desde hacer recados hasta organizar planes o cuidar a Tennyson cuando yo tenía que trabajar toda la noche para terminar este libro a tiempo. Nunca lo olvidaré, os quiero.

¹ *Haven*, literalmente, significa ‘refugio, remanso’. (*N. de la t.*)

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:

www.editorialmolino.com